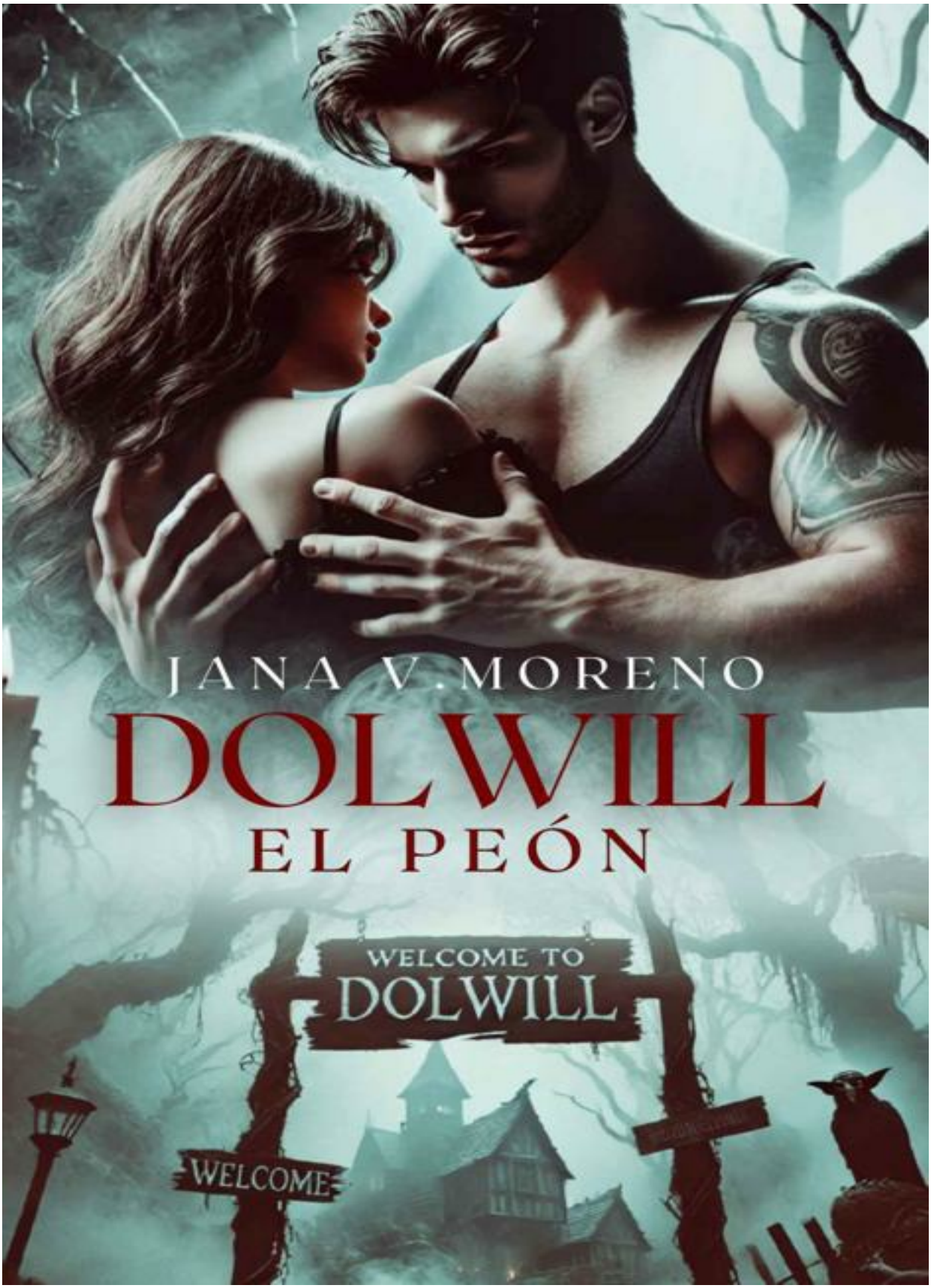
JANA V. MORENO
DOLWILL
EL PEÓN
WELCOME TO
DOLWILL
WELCOME


JANA V. MORENO
DOLWILL
EL PEÓN
WELCOME TO
DOLWILL
WELCOME

Dolwill

El peón.

Jana V.Moreno

Copyright 2024. Jana V. Moreno.

Nombre de la obra: Dolwill: El peón.

Todos los derechos reservados.

Diseño de la portada: Jana V.Moreno

Maquetación: Jana V.Moreno

Edición: 16 de noviembre del 2024.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su trasmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo del titular de los derechos de autor. La infracción de las condiciones escritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

Advertencia de contenido:

- Prólogo.
- Capítulo 1: Bienvenida a Dolwill.
- Capítulo 2: Cuentos de niños y un caníbal.
- Capítulo 3: El familiar.
- Capítulo 4: La nada.
- Capítulo 5: El hijo de Gula.
- Capítulo 6: Dueño del tiempo.
- Capítulo 7: Death
- Capítulo 8: El peón.
- Capítulo 9: El asesino y el verdugo.
- Capítulo 10: La mujer de los sueños.
- Capítulo 11: Mi rey y mi reina.
- Capítulo 12: Érebos y Gula.
- Capítulo 13: El demonio de la guarda.
- Capítulo 14: Ángel caído.
- Capítulo 15: La bruja y la muerte.
- Capítulo 16: El cazador.
- Capítulo 17: La caza del conejo.
- Capítulo 18: Sentimientos entrelazados.
- Capítulo 19: Como nunca.
- Capítulo 20: Esclava de la luna.
- Capítulo 21: Nacida para él.
- Capítulo 22: Ojos de luna.
- Capítulo 23: Doppelgänger
- Capítulo 24: La hija del cazador.
- Capítulo 25: La sonrisa de Death.
- Capítulo 26: ¿Blancas o negras?
- Capítulo 27: Sangre de placer.
- Capítulo 28: Cazador cazado.
- Capítulo 29: Sin unión de sangre.
- Capítulo 30: Pactos de almas rotas.
- Capítulo 31: Un beso y una canción.
- Capítulo 32: Jugando a las casitas.
- Capítulo 33: La cuñada del rey.
- Capítulo 34: Verdades que duelen.
- Capítulo 35: La reina perfecta.
- Capítulo 36: El rey del engaño.
- Capítulo 37: Falta de fe.
- Capítulo 38: Damon Evans.

Capítulo 39: Conversación de humo.
Capítulo 40: Invocando al deseo.
Capítulo 41: La creación del fin.
Capítulo 42: El incendio.
Capítulo 43: El nuevo ángel.
Capítulo 44: El anticristo.
Capítulo 45: Quien da la vida.
Capítulo 46: El fuego y el agua.
Capítulo 47: Dueña del rey.
Capítulo 48: Escamas púrpura.
Capítulo 49: Puñalada de control.
Capítulo 50: Sanación y renacimiento.
Capítulo 51: El ángel del demonio.
Capítulo 52: Recuerdos de Érebos.
Capítulo 53: Amenazas de muerte.
Capítulo 54: Una nueva Evans.
Capítulo 55: Azul.
Sobre el autor

“Para aquella niña que creó un mundo perfecto, lleno de sus imperfecciones en el cual jamás sentirse sola. También para mi huroncito Klay, que en paz descanse.

Siempre vivirás junto al personaje más importante de esta saga. Te extraño y te quiero a rabiar. Siempre en mi mente, en mis libros, pero mucho más en mi corazón.”

Advertencia de contenido:

Este es un *romantasy* con alto contenido explicito y tabú. Mezcla la fantasía oscura con toques de terror y erotismo. No encontrarás un cuento de hadas con brillantina, sino sangre y oscuridad. Los personajes son moralmente grises y actuarán dependiendo de sus creencias y pensamientos.

Este libro no tiene ningún estigma religioso, es todo inventado, así como los personajes y lugares que salen en él. No se busca ninguna disputa religiosa o algo por el estilo. Tampoco busca romantizar actitudes inadecuadas o pensamientos ambiguos, tomad esto como una lectura fantástica y separadla de la vida real.

Así pues, también tiene toques de *dark romance* por lo que las situaciones pueden llegar a ser incómodas para gente sensible. Abstenerse menores de edad y personas a las que no les gusta el terror, el gore explícito y el *spicy* +21.

Prólogo.

La fantasía puede teñirse de terror dependiendo de quién la imagine y la plasme. Puedes suspirar con un príncipe azul o estremecerte bajo las garras de un villano despiadado que pueda mostrar misericordia cuando vea a su princesa. Volar en dragones que puedan ser tu compañero de vida o llorar de terror frente a las fauces de un cerbero.

Empecemos con un érase una vez, dos hermanos y un solo reino. La codicia ensucia corazones puros y junto a unos padres que no supieron quitar el rencor y el odio, alimentaron la tragedia.

Eiden brillaba como el sol y era el mayor, mientras que Zarek se hundía en las sombras de la noche y sus ojos se volvían plateados cuando la luz de la luna lo iluminaban. Habían sido criados como armas y por su padre aprendieron a competir entre ellos hasta que la magia de alguno de los dos fuera superior al otro. Cuando el elegido por la luna ganó en el último juego de ajedrez que su padre les preparó, todo su mundo se tiñó de rojo.

Las campanas sonaron y alertaron a todo el pueblo que rodeaba el castillo. La sangre caía a chorros por la cama del rey y su esposa yacía clavada a la pared, con la muerte abrazando sus ojos abiertos sin vida. El terror de Eiden pareció genuino cuando gritó con todas sus fuerzas y alertó a los guardias. Frente a él, arrodillado en la habitación, encontraron a Zarek, empapado con la sangre de sus padres. El joven miró a su hermano un instante, buscando algún rasgo de apoyo, pero el pelirrojo solo alejó la mirada y dejó que los guardias lo apresaran.

—¡Soltadme! —gritó Zarek—. ¡Eiden, haz algo! ¡Eiden! ¡Yo no he sido! ¡No los he matado!

Eiden, arrastró los pies hasta detener sus huellas de sangre en medio del pasillo. Escuchó las súplicas de su hermano, observó su intento por soltarse y lo vio arrastras, pero no movió ni un solo músculo ni fue capaz de dirigirle la palabra.

Entre barrotes de luz que se elevaban hasta el cielo, la oscuridad cubrió el cuerpo ensangrentado de Zarek después de haber recibido una tortura a la altura de sus pecados. Le rezaron por horas por si su alma se marchaba del mundo al que pertenecía y clavaron su cuerpo con púas de hierro a una cruz de madera que cayó ensangrentada por el barro que lo rodeaba. La luna iluminaba su rostro y lo acunaba mientras sus gritos de dolor se escuchaban por todo el reino.

Eiden observaba detrás de los consejeros reales y cuando la corona tocó su cabeza, comprendió que era lo correcto y que su hermano debía ser torturado hasta la muerte. Los latigazos no fueron suficientes. No importaba cuánta sangre escupiera y cuánto suplicaran sus ojos negros hacia un hermano mayor que lo observaba con soberbia y un poder que un pedazo de oro en la cabeza le había otorgado. Cuando el bate con hierros punzantes desgarró la suficiente

carne, Zarek murió, claro que murió. El dolor fue insoportable y no pudo soportar por más tiempo. Junto a la cruz, fue arrojado a una fosa común detrás de un acantilado y la lluvia cubrió su cuerpo pálido e inerte.

Pasaron horas, quizá varias noches. Los pulmones de Zarek se llenaron de aire en una noche de luna llena. Empezó a toser y se sentó de un movimiento brusco. Miró como poco a poco la sangre volvió a teñir de color piel su brazo. Confundido, agitado, divisó de reojo a un soldado que avisó con un grito a palacio.

—¡Revivió! —lo escuchó decir—. ¡Avisad a Eiden!

Los recuerdos pasaron rápidos por la mente de Zarek. Observó sus manos clavadas con clavos al tablón de madera y tomó una bocanada de aire. Tiró con fuerza, la mano se le desgarró junto al clavo y gruñó en voz baja por el dolor. Hizo el mismo procedimiento con la otra mano y cogió los ropajes de un cuerpo cercano. Se envolvió las manos ensangrentadas y se levantó del suelo. Mareado, no tuvo tiempo para recobrar el aliento. Empezó a correr y cruzó los reinos que rodeaban al suyo.

Pudo imaginar el dedo índice de Eiden señalando su posición cuando escuchó a las gárgolas perseguirlo. Los gruñidos que los leones de piedra alcanzaban a hacer cuando estaban por morderlo le estremecían el alma. Los soldados lo seguían a caballo y los cascos amenazaban con llegar, no podía correr más que esos animales.

Sus pasos terminaron en la playa. Dejó sangre goteando por la arena y cuando llegó al agua, tropezó. Sus manos tocaron las olas y estas se tiñeron de rojo. Un rojo que no provenía de su sangre y que olía dulce. Jadeó mientras observó que el horizonte se volvía carmesí y que el cielo reflejaba el color del agua y la braveza de las olas que aumentaba hasta empaparle el rostro y despejarlo.

—¡Ahí está! —gritó uno de los guardias.

Zarek se levantó del suelo y caminó de espaldas hacia el mar. Con una magia que no comprendió, el océano se partió por la mitad y al final del pasillo observó una especie de puerta luminosa. Frunció el ceño y caminó indeciso por unos pasos. Observó el fondo marino a los laterales y se le congeló el aliento cuando vio sobre él los metros de agua que lo cubrían.

Un gruñido lo aterró y temió más a quienes lo perseguían que al propio océano. Empezó a correr y tras él, el mar empezó a cerrarse. Los gritos de los guardias que intentaron cruzar al mismo tiempo y no lo conseguían, lo hacían avanzar y correr con más fuerza. Sus piernas no podían ir más deprisa y la sangre parecía menguar en la ropa después de haber tocado el agua salina. Miró al cielo y el astro de la noche lo cegó en el momento que cruzó aquel extraño portal donde la luz parecía emanar pero que desapareció una vez saltó dentro de él.

La oscuridad rodeó a Zarek y empezó a sentir un sofoco angustioso en el pecho. Deseó con todas sus fuerzas que sus ojos vieran algo. Los cerró e intentó echar atrás, pero en los confines

del espacio tiempo, nada queda ni prevalece. Sin embargo, cuando la lluvia volvió a empapar su rostro y quiso mirar alrededor, un cartel le daba la bienvenida a un pueblo de nombre "*Dolwill*" y un cuervo posado en la madera le graznó para asegurarle que estaba en casa.

Los cánticos se alzaron como una leyenda en el pueblo, recordando por los siglos la historia de un hechicero llegado de tierras lejanas, donde el espacio tiempo se rompía en sus manos el cual les otorgó una maldición que sobrepasó la humanidad y el juicio. La oscuridad y la luz. Como un hilo roto entre las pesadillas y lo real, en donde debían de convivir con los dueños de sus temores y ver sus ojos rojos en las sombras que les acecharan en las noches. Un ventrílocuo perfecto hijo de la mismísima luna.

Años después.

La noche caía con una oscuridad impenetrable sobre el oscuro bosque que rodeaba el solitario camino. María apretó con fuerza el volante mientras la lluvia golpeaba con furia el parabrisas de su viejo coche. El temporal había empeorado rápidamente, convirtiendo el viaje en una pesadilla.

El motor del coche comenzó a dar tumbos, rugiendo como si estuviera luchando por respirar. Con un gemido de frustración, la joven golpeó el volante. El coche se detuvo y se quedó varada en medio de la tormenta sin señal de móvil. Miró a su alrededor, tratando de ver a través de la cortina de agua que caía del cielo. Fue entonces cuando vio el cartel desgastado a un lado del camino: Dolwill - 5 km.

Sin otra opción, María decidió dejar el coche y buscar ayuda en el pueblo cercano. Se envolvió en su chaqueta empapada y comenzó a caminar en dirección a Dolwill, con el bosque oscuro y amenazador extendiéndose a ambos lados del camino.

Cada paso que daba se hundía en el barro, la lluvia golpeaba sin piedad su rostro. La luz de su linterna apenas lograba abrirse paso a través de la densa oscuridad del bosque. El viento aullaba entre los árboles, susurrando historias de antiguos males que habitaban aquel lugar perdido en el tiempo.

A lo lejos vislumbró las luces titilantes de las casas de Dolwill.

Capítulo 1: Bienvenida a Dolwill.

Dicen de un lugar, al que solo se accede cuando el velo entre la vida y la muerte se rompe. Donde te pierdes en pesadillas reales. Un pueblo, capaz de resucitar tus más oscuros y peligrosos deseos.

El bosque rodeaba la carretera. La temperatura bajó abruptamente y la niebla se elevó hasta cubrir la visión del joven que conducía. De camino a una fiesta, una pareja se había perdido entre caminales de tierra que pronto se convirtió en barro. El ceño de ambos se frunció cuando a lo lejos, a pesar de la neblina, pudieron divisar el vehículo abandonado de alguien que había tomado ese sendero antes.

Sin embargo, no vieron que de la nada, el supuesto conductor del coche se detuviera en medio de la carretera.

El chico que conducía gritó, intentó frenar a tiempo, pero fue demasiado tarde. El cuerpo rebotó sobre el vehículo y rompió con el impacto el cristal.

—¡Atropellaste al conductor! —le gritó la novia.

—¡No lo vi venir! Espera, por favor. Iré a verlo, llama a emergencias.

La joven asintió y sacó el teléfono en lo que su novio iba a investigar a la persona que había atropellado. Su preocupación era saber si aún tenía pulso.

—¡No hay cobertura! —gritó la muchacha y por ese mismo motivo, bajó del coche. Elevó la mano al cielo y empezó a moverse. Mientras tanto, caminó hacia el vehículo varado y observó el bolso de la que supuestamente era la dueña. Miró el DNI.

Su novio llegó con el cuerpo, le tomó el pulso y se llevó una mano al rostro.

—Lo maté —sentenció.

—¡Cariño! ¡¿Es una mujer?!

Se volteó para ver a su compañera de travesía.

—No, ¿por qué?

—Porque aquí solo hay documentación de una mujer.

De pronto, el rostro de la joven cambió. Su palidez podía confundirse con la de la niebla. Abrió la boca con sorpresa y tras un grito ahogado, echó a correr por el camino.

—¿Qué pasa? ¡¿Dónde vas?!

No fue hasta que giró sobre sus propios talones, que se dio cuenta de que, el cadáver sin pulso se había elevado tras de sí. Los pies no le tocaban el suelo. No pudo gritar cuando se le acercó. Lo sujetó del cuello y sintió mil dolores en un segundo. Sus órganos empezaron a quemarse. La

sangre se resbaló por la cuenca de los ojos, por la boca, orejas y nariz. Por cada orificio por donde pudiera liberarse de la presión. Su cuerpo convulsionó y cuando el corazón estaba por explotar, el ser extraño de ojos negros como la noche, apretó de más y los huesos de su cuello estallaron dejando un crujido que opacó el silencio.

La mujer, sollozaba mientras las piernas no le daban de sí. Entre la neblina, sus ojos dibujaron siluetas humanas que se deshacían y se formaban a su antojo. La rodearon, el pánico la consumió, y, cuando una de esas siluetas se hizo carne frente a ella, solo pudo arrodillarse y llorar por su alma.

Sin embargo, no hubo compasión. El hombre de colmillos afilados y tez pálida sostuvo su mano y de un bocado le arrancó tres dedos. Mientras crujían en su boca, la mujer gritó de dolor. Quiso rogar, pero le indicó un rotundo *no* con el dedo antes de que lo hiciera.

De entre la oscuridad, las sombras que parecieran obedecer a ese extraño caníbal le entregaron un bate. Solía jugar con él contra los visitantes. Era visible por las marcas de sangre que en su madera se habían quedado secas. Buena forma para matar sin destruir lo que tanto quería comerse.

La golpeó en la cabeza. Un golpe tan duro que el cráneo no lo resistió. Murió al instante y, mientras dejaba tras de sí el cadáver del novio de la chica, a ella la eligió para ser su cena. La cargó sobre su hombro y caminó, dejando un reguero de sangre tras sus pasos.

***

Empapada, María, tiritaba en el rellano de una casa de madera cercana al camino por el que había llegado al pueblo corriendo. Echó aire a sus manos y sacó el teléfono. Vio la poca cobertura y se maldijo internamente.

—¡Oh, vamos! ¿Cómo puede ser que en un pueblo no haya cobertura hoy en día? —De reojo, divisó de vuelta, como la puerta de la casa se movía. Necesitaba ayuda, además de que, con el sofoco y con el único fin de intentar buscar una solución, había dejado atrás su bolso. Sin embargo, adentrarse en casas ajenas no era una buena idea para ella.

El crujir de la madera la hizo voltear de golpe. Era obvio, que había alguien en el interior.

—¡¿Hola?! —se asomó por la ventana y observó el oscuro y espacioso salón—. ¡Soy María Flitz, periodista! ¡Estaba en un viaje de negocios y me perdí, algo le ocurrió al motor de mi coche!

Quiso llamar a la puerta, pero al ejercer un poco de fuerza, ésta terminó de abrirse. Rechinó en el proceso, erizando la piel de la joven.

Tragó saliva, en un intento inútil por conseguir la calma en su corazón agitado. Dio un paso al frente, obviando las marcas extrañas que había en el parqué, parecidas a garras que rompieron el

suelo al ser arrastradas por alguien.

La madera siguió haciendo sonidos mientras ella pisaba. El interior de la casa era espacioso, limpio, ordenado. Rustico, pero hogareño. Podría sentirse cálido si no fuera porque el aura que se respiraba era como poco siniestra.

El sonido de la lluvia acompañaba a sus jadeos de pánico.

—¿Hola? —preguntó, con la voz demasiado baja.

A su espalda, la puerta se cerró abruptamente. Cuando se volteó, con el corazón en la garganta y las manos temblorosas, vio una silueta que le prohibía el paso.

—Juliet, ¿eres tú? —preguntó una voz masculina.

—No, yo —María tomó una bocanada de aire—. Me acabo de perder. Me llamo María Flitz. Necesito ayuda.

Algo ocurrió después, un mareo abrupto la desestabilizó. Se apoyó de la pared y cuando pudo recobrar el norte, aquel hombre, no estaba. Como si se hubiera evaporado en las sombras.

Más asustada, intentó llamar al número de urgencias. Lo tecleó, pero su teléfono móvil seguía sin responder. Estaba sin cobertura.

—¿Señor? —dio unos pasos hasta encontrarse con la escalera del primer piso. El frío empezaba a calar en sus huesos—. ¡Señor, solo necesito que reparen mi coche!

Subió las escaleras, una a una. La lluvia avanzaba furiosa en el exterior y golpeaba los tablones del techo.

Las puertas de las habitaciones estaban abiertas. El interior de éstas desordenado. Caminó lentamente, con precaución, hacia uno de los dormitorios, el cual traía una muñeca sentada en la entrada y mirando hacia las escaleras. Ignoró el juguete, terminó de abrir la puerta, pero algo la golpeó en el rostro. Se echó hacia atrás, pues había caído del techo. Su consternación le acompañó un grito cuando observó que, lo que colgaba del techo, era un cadáver.

—¡Aaaaah! —gritó. Echándose hacia atrás tropezó y cayó al suelo.

Pese al golpe, sus uñas arañaron el parqué y entre quejidos quiso volver a las escaleras. La muerte de ese hombre era tan fresca, que todavía goteaba sangre y podía verse espasmos en sus manos. Sus ojos se nublaban por segundos, pero pareció que una de sus cuencas la miraba antes de dejar de pestañear.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ayuda! —consiguió llegar a las escaleras y corrió lo máximo que sus piernas temblorosas le dejaron. Jadeante, llegó a la puerta principal. Al abrirla, una luz blanquecina la cegó. Elevó el brazo y se cubrió el rostro para intentar ver algo tras esa luz, pero no lo logró.

—¿Quién es usted? —preguntó una mujer.

—¡Me llamo María Flitz y ahí dentro hay un cadáver! —María se alejó de la puerta y caminó pegada al barandal del rellano de la casa—. ¡Había un hombre colgado del techo!

Su llanto alertó a quien la iluminaba. Bajó el foco de la linterna. María no tardó en fijarse en las vestimentas de la mujer. Era policía.

—Gracias a Dios —suspiró aliviada. Vio varios hombres trajeados acceder a la vivienda.

—¿Estabas sola? —preguntó la jefa policial.

—Sí. Me perdí y…

—¿Nos acompañas a comisaría? —la interrumpió.

—¿Disculpa?

—Tienes que declarar.

—¡Yo no lo maté!

—En este pueblo, las apariencias engañan. —Al ver que María asintió y, con poco agrado caminó a su encuentro, se dio cuenta de que en realidad no vivía allí. Era demasiado confiada. Optó por presentarse—. Soy la inspectora Jody Rodriguez. Acompáñame, no tardaremos mucho.

La comisaría era pequeña y al igual como todas las casas que había allí, rústica. Antes de entrar, María leyó el cartel que le daba la bienvenida al cuartel, junto al nombre del pueblo.

—Nunca he escuchado sobre este pueblo y me he movido bastante por mi trabajo. No sale en el GPS. Tampoco escuché que pasara algo aquí alguna vez —comentó la joven periodista.

—Es difícil encontrar Dolwill —confesó la mujer que la acompañaba—. Eres muy joven para ser periodista, ¿no?

—Tuve que crecer rápido. Es lo que pasa cuando te crías en hogares de acogida y sabes que al cumplir la mayoría de edad nadie va a querer mantenerte.

La inspectora la observó un segundo. Acomodó su pelo rubio y corto tras la oreja y suspiró hondo.

—La gente que encuentra este pueblo suele tener pasados dolorosos.

El interrogatorio no fue muy extenso, pues se notaba que María estaba realmente perdida en la situación. Su expresión mostraba horror cuando hablaba de lo visto en aquella casa. La consternación crecía cuando debía dar algún detalle especifico. No mentía y la inspectora Rodriguez podía notarlo.

—Tengo que irme de este lugar —añadió María—. No puedo avisarle a nadie. Ni siquiera funciona el teléfono.

—¿Salir de Dolwill? —el ceño de la inspectora se frunció.

—Sí, claro. Pero necesito un coche para eso, ¿sabría si hay algún mecánico?

La inspectora se quedó en silencio por un momento. Con disimulo, observó al compañero que la esperaba en la puerta.

—Dame un segundo, ¿de acuerdo?

María asintió.

—¿No le vas a decir que no puede salir de aquí? —preguntó el policía, con la voz baja para que solo Jody pudiera escucharlo. El joven moreno de ojos castaños observó a María con disimulo.

—Todavía no, Damián, está demasiado afectada con todo lo que vio esta noche. Entraría en un colapso nervioso, así como nos pasó a todos la primera vez.

María suspiró. Elevó la mirada hacia la inspectora. Ésta le dedicó una suave sonrisa que la joven agradeció con otra, sin embargo, su nervio era palpable por como jugaba con sus manos sobre la mesa de interrogatorio. Su mirada se quedó fija en el atractivo y joven policía que la observaba con atención notable a pesar de sus intentos por parecer poco obvio.

Pasados unos minutos, la inspectora regresó con María. La joven seguía con la mirada fija en su teléfono inservible. Observaba fotografías de la galería donde podía verse con todas las familias de acogida. Siendo rechazadas tiempo después al tener pesadillas en las noches que asustaban a cualquiera que estuviera cerca.

—Te comento cómo está la situación. —Jody dejó los papeles del caso sobre la mesa—. El hombre que viste fue asesinado. Por el momento, no puedes irte del pueblo. Debemos tenerte localizada por un delito de supuesto homicidio.

—¡Le conté todo lo que vi!

—Lo sé, pero la ley tiene unas pautas que no podemos saltarnos —se excusó la mujer. María suspiró con desespero—. Sin embargo, haremos porque tu estancia aquí no sea difícil.

—Ni siquiera tengo dónde quedarme —reclamó—. Y tampoco puedo avisar a mi jefe del por qué no estoy en el lugar que me asignó.

—Por el hospedaje, no te preocupes. Hablé con Alexa Uriarte, una joven que está interesada en unirse al cuerpo policial. Es una forma de que trabaje, si debe ponerte el ojo encima. Ella será tu guía y tu sombra el tiempo que tengas que permanecer aquí.

María entornó los ojos. No le convencía la idea de sentirse como una asesina hacia la opinión pública, pero no tenía más opción que aceptar.

—¿Y mi coche? —preguntó—. No puede quedarse en medio del camino.

—Lo remolcaremos hasta el pueblo cuando amanezca.

María asintió.

Algo había en toda esa conversación que le hacía sospechar. Sus habilidades como periodista pasaban también por investigar si las noticias eran falsas o reales. Observó de reojo a la inspectora cuando las gotas de lluvia mojaron de vuelta su rostro.

Una mujer con aparente juventud, le sonrió. Era pelirroja, de ojos claros color miel y la piel

pálida, contrarrestando con los colores de su pelo.

—Hola, soy Alexa —se presentó. Se estrecharon la mano—. ¡Hace mucho que no tenemos visita del exterior!

—¿Y cómo os abastecéis si no hay repartidores de comida que vengan hasta aquí? —la pregunta de María hizo el silencio. La sonrisa de Alexa se esfumó. Con extrañeza, ladeó levemente la cabeza.

—¿Repartidores? Nosotros cosechamos nuestra propia comida —aclaró—. Eres la primera persona que llega en milenios.

—¿Milenios? —Alexa asintió y volvió a sonreír—. ¿A caso hay un registro de la gente que llega al pueblo? Hace milenios nadie de los presentes existía.

—Bueno, eso no es…

—¡Alexa! No hay que presionar a nuestra invitada —la interrumpió Jody.

—Tampoco voy a quedarme por mucho tiempo —aseguró María—. Solo necesito que alguien revise mi coche.

—¿Cómo? —Alexa arqueó las cejas y, no comprendió las muecas que la inspectora le mostraba con el fin de que no dijera más información—. No se puede salir de Dolwill una vez llegas. Y menos si vienes del mundo terrenal.

—¿Qué? —El silencio se instaló entre las tres mujeres. María las miró y arrugó la nariz—. ¿Mundo terrenal? ¿Esto es una secta?

—No, es Dolwill —respondió Alexa, agrandando su sonrisa—. ¡Estoy muy feliz de que alguien nuevo vaya a quedarse!

El pulso de María se aceleró. Observó a la inspectora. Intentó que con la mirada comprendiera que necesitaba una explicación, pero la mujer solo se encogió de hombros. No la había. Pensó entonces que lo que pretendían era raptarla. Con el nervio aflorando en sus entrañas, María echó a correr de vuelta hacia el camino por donde había llegado a ese extraño lugar.

—¡¿A dónde vas?! —La joven pelirroja quiso ir tras ella, pero Jody detuvo sus pasos, deteniendo el brazo frente a su pecho.

—Déjala, debe comprobarlo sola.

Los pies de María chapoteaban y se hundían en el barro. El sonido de su desesperado caminar acompañaba a los jadeos inmersos en el pánico.

Un cuervo cantó en la oscuridad, agravando lo tétrico del lugar.

Mientras la lluvia azotaba con fuerza el escalofriante pueblo de Dolwill, María sintió un escalofrío recorrer su espalda al llegar con su coche y percatarse de que todavía se negaba a arrancar. Abandonada a su suerte en medio de la tormenta, giró la cabeza en busca de ayuda y su mirada se detuvo en un vehículo solitario a pocos metros de distancia.

Corrió hacia él, con la esperanza de encontrar las llaves puestas y una vía de escape. Sin embargo, al acercarse, descubrió el oscuro interior del vehículo, iluminado únicamente por destellos de relámpagos. Una figura inerte yacía en el suelo del asiento del conductor, con los ojos vacíos fijos en la nada y un reguero de sangre que se desvanecía entre los pliegues del asiento. Colocado expresamente para inspirar sus pesadillas. Era obvio por la sangre que permanecía en la carretera, que el cuerpo había sido arrastrado para dejarlo ahí.

El corazón de María se aceleró y un grito atrapado en su garganta amenazaba con salir. Tragó saliva y se obligó a apartar la mirada y quitar el cuerpo. Lo dejó caer y ocupó su lugar. El motor rugió y apretó el acelerador, decidida a huir de ese espeluznante lugar. Sin embargo, a medida que pisaba el acelerador y el paisaje lluvioso se desdibujaba a su alrededor, se dio cuenta de que las calles parecían repetirse una y otra vez, como si el pueblo de Dolwill se burlara de su intento de escapar.

"*Bienvenidos a Dolwill*" anunciaba el cartel de madera una y otra vez.

—¡Aaaah! —gritó la joven. El terror la perseguía hasta que escuchó una voz a sus espaldas.

—Vas a malgastar la gasolina.

María miró por el retrovisor y observó al policía moreno sentado en medio de los asientos traseros. Freno de golpe. Las ruedas dejaron marca en la carretera y el volante se le fue ligeramente. Alrededor estaban de nuevo las casas con las luces tenues que las caracterizaban.

—¡¿Cómo has entrado al coche?! —gritó la periodista.

—Me llamo Damián.

—¡No te he preguntado tu nombre!

—Soy policía.

—¡¿Me estás escuchando o solo estás hablando como si fueras un disco rayado?!

—Deberías dejar de hacer preguntas absurdas.

Un silencio incómodo se instaló entre los dos. Los ojos castaños del joven se unieron a los de María a través del retrovisor. Fue entonces cuando notó que la mirada de ese policía parecía fría, carente de vida de alguna manera aterradora. Además, sus ojos eran decorados por dos ojeras ennegrecidas por el tiempo y su cabello negro, alborotado y cayendo por su rostro, le daba una apariencia amenazante.

—¿Qué sois? —preguntó la joven, la voz le tembló.

—Al fin haces una pregunta interesante, a la que no puedo darte respuesta. —El policía bajó del coche, dio la vuelta y abrió la puerta del conductor—. Baja.

—¡No, espera! —María se tensó cuando la cogió del brazo—. ¡Suéltame! ¡Maldita sea, secta de locos, dejadme ir! ¡Auxilio!

Cargada como un saco de patatas, María empezó a patalear, pero Damián no la soltó ni siquiera cuando pasó por el lado de Jody y Alexa.

—Ya verás, nos lo vamos a pasar genial —comentó la joven pelirroja—. Al menos tenemos televisión, pero a veces la señal nos llega unas décadas tarde o tenemos el canal de las brujas.

Mientras hablaba sin parar, como si se hubiera tomado más de cinco tazas de café, María no era capaz de cerrar la boca. Sus brazos se dejaron caer por la ancha espalda del hombre que la cargaba y resopló con resignación. La ansiedad le crecía en la boca del estómago.

Al llegar a la casa de la pelirroja, María intentó escaparse, pero Damián volvió a cogerla del brazo y con un empujón la sentó en el sofá.

—¡Eh! —le regañó y colocó sus mechones de pelo tras la oreja—. ¡No eres para nada cuidadoso!

—Si quieres seguir con vida, te quedarás aquí y más siendo de noche —advirtió el joven.

—¿Me estás amenazando?

—Advirtiendo.

—¡Estáis locos!

La ignoraron.

María no daba crédito mientras Damián y Alexa hablaban como si ella no estuviera presente.

—Cierra la puerta con llave —le aconsejó Damián.

—Ya, lo sé —respondió Alexa—. Es mejor que no salga a estas horas.

—Por su bien.

—¡Sigo estando aquí! —reclamó María—. ¡¿Me podéis explicar qué está pasando?!

Volvieron a ignorarla por lo que ella gruñó. Vio a Alexa cerrar con llave la puerta y con mirada de preocupación sus ojos claros se elevaron hacia el cielo donde se veía una luna llena preciosa y brillante.

—Está enfadado —comentó.

—¿La luna? —preguntó María, Alexa no respondió, siguió mirando su brillo—. ¿Hablas de la luna como si fuera un hombre o algo vivo? Es solo un astro.

Alexa bajó la mirada y la llevó hacia María. Con una sonrisa suave asintió con la cabeza.

—Olvidé que de donde tu vienes, todo se rige por la ciencia. Lo extraño. —Alexa suspiró y caminó hacia María con las manos en la espalda y una mirada tan tétrica como la noche—. No debiste venir aquí, ninguno de nosotros. Espero que ayudarte no me traiga consecuencias.

***

Con la duda surgiendo en su mente, María se acostó en la cama que Alexa le había preparado con mimo en una de las habitaciones de su casa. Desde la ventana, podía verse la luna. Como las leyendas anunciaban en el pueblo, nunca se debía pedir nada a su brillante luz, pero de forma inconsciente, María pidió con fe. Le rogó que la ayudara a salir de ese pueblo, aunque con ello

supusiera perder algo de lo que más amara. No tenía a nadie a quién amar ni valor hacia ningún objeto que poseyera. ¿Qué podía entregarle a cambio de la libertad?

Capítulo 2: Cuentos de niños y un caníbal.

La luna llena colgaba en el cielo nocturno como un ojo vigilante. Dejaba caer su luz plateada sobre la solitaria playa de Salem. Las olas susurraban secretos antiguos mientras se rompían suavemente contra la orilla. Narraban promesas de magia.

En el centro de la playa, una fogata ardía con una intensidad sobrenatural, sus llamas danzaban y se retrocedían como serpientes de fuego que ascendían y formaban los rostros de un león.

Alrededor de la fogata, un grupo de figuras encapuchadas se movía en una danza frenética y primitiva. Eran las brujas de Salem, un aquelarre reunido en esa noche sagrada para rendir homenaje a fuerzas más allá de la comprensión humana. Sus cantos, en lenguas antiguas y olvidadas, se elevaban en el aire junto al crepitar de las llamas y el rugido del océano.

Las brujas giraban y saltaban, sus movimientos se sincronizaban en una coreografía oscura y mística. Las capas negras que llevaban se agitaban con cada paso, viéndose pequeños destellos de piel pálida y ojos brillantes de emoción. Sus rostros, ocultos en las sombras de las capuchas, no mostraban terror, sino éxtasis.

La líder del aquelarre, una mujer de cabellos plateados y mirada penetrante alzó los brazos hacia el cielo, invocando el poder de la luna y la tierra. Su voz poderosa retumbó entre la hoguera y el mar. Invocó a los espíritus antiguos y llamó a las fuerzas oscuras que habitaban en los rincones más profundos de la noche. Como a la mismísima muerte.

La energía las envolvió al igual que una tensión extraña. Tan fuerte que hizo que incluso las olas parecieran detenerse por un momento. Las brujas, en su frenesí, comenzaron a moverse más rápido, elevaron sus voces en un clímax febril. La fogata creció, sus llamas alcanzaron alturas imposibles.

Y en ese instante, cuando la tensión alcanzó su punto máximo, un trueno rompió el silencio, estallando en la distancia. Las brujas se detuvieron con los ojos fijos en la líder, esperando su siguiente movimiento. Ella bajó los brazos lentamente, con su rostro iluminado por la luz de la hoguera. Una sonrisa enigmática curvó sus labios.

Escudriñó el círculo de brujas que la rodeaban. Autoritaria, preguntó:

—¿Dónde está mi sucesor?

Las demás brujas intercambiaron miradas y luego, como si fueran un solo ser, señalaron hacia el mar. La líder siguió la dirección de sus dedos y vio una figura solitaria sentada en la orilla. Era un hombre joven, de pelo negro y largo, cuyos ojos eran tan oscuros como la noche misma, sin embargo, con la luz de la luna se teñían de plata. Vestía los ropajes negros del aquelarre, pero su

postura y expresión lo diferenciaban del resto. Él lo había perdido todo hacía mucho tiempo atrás y, en ese momento sentía esa extraña sensación en el pecho que notó el día que tuvo que huir de palacio. A pesar de que llevaba tiempo siendo parte del aquelarre y sirviendo con su magia, algo lo atormentaba.

La mujer caminó hacia él con decisión, hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para que la luz de la hoguera dejara de iluminar su torso. El joven mantenía la mirada fija en el horizonte, donde el mar y el cielo se encontraban en una línea infinita.

—¿Por qué te alejas de todos en nuestra noche sagrada? —preguntó la líder. Aunque quiso sonar dulce, no hubo más que un tono autoritario por su parte.

El joven levantó la mirada hacia ella, sus ojos negros eran un reflejo nítido de la profundidad de su tormento interno.

—Siento como si un pedazo de mi alma se hubiera ido en algún momento —admitió en un susurro—. Como si algo esencial dentro de mí se hubiera perdido para siempre.

La líder frunció el ceño, sus ojos buscaron respuestas en su rostro.

—¿Desde cuándo sientes esto? —preguntó. Como una madre acompañando a su hijo por un trance, acarició su cabeza.

—Desde hace más tiempo del que querría admitir, pero hay algo más —contó—. Desde que me nombraste tu sucesor, empecé a soñar con alguien.

Ella se sentó a su lado, no hubo mejor recompensa que el silencio por varios minutos.

—El poder que tenemos no viene sin costo —le dijo, con toda la suavidad que le era posible emanar—. Cada hechizo, cada invocación, coge algo de nosotros. Pero es en ese vacío que queda donde encontramos nuestra verdadera fuerza. La pérdida es parte del camino, Zarek. Y el vacío puede ser llenado de nuevo, pero no con lo que has perdido, sino con lo que descubrirás.

El joven hechicero la miró, la incertidumbre en sus ojos se acentuó con cada palabra de la mujer. La líder del aquelarre estudió el rostro del joven.

—¿Qué es lo que sueñas por las noches que te tiene así? —quiso saber.

El joven desvió la mirada, su voz tembló ligeramente al responder.

—No es solo en sueños, a veces son visiones. Algo más real que los sueños.

Intrigada, la líder se inclinó hacia él y colocó una mano en su hombro.

—Háblame de esas visiones.

El joven cerró los ojos, como si necesitara reunir fuerzas para describir lo que veía.

—Es una mujer. Una mujer capaz de sacar la locura de mi interior. Cuando la veo, todo lo demás se desvanece. Y cuando no la sueño, siento que no puedo vivir, como si una parte de mí estuviera vacía, perdida sin ella.

La líder frunció el ceño.

—¿Cómo es esa mujer? —preguntó, había despertado su curiosidad. El joven hechicero no

había mostrado nunca ningún interés por las mujeres y si bien había retozado por horas y noches enteras con gran parte del aquelarre, jamás había ido más allá como para que le afectara a un nivel emocional.

Zarek abrió los ojos, mirando hacia la distancia.

—Es etérea, como un espectro. Su cabello es tan oscuro como mis pensamientos más profundos, y sus ojos... sus ojos son pozos de locura y deseo. Pero no consigo verle el rostro completo. Cuando estoy con ella en mis sueños, siento que soy verdaderamente yo. Pero al despertar, la ausencia de su presencia me consume. Como si me fragmentara.

La líder asintió lentamente. Entendió entonces el porqué de la actitud del hechicero.

—Las visiones y los sueños son poderosos, especialmente para aquellos de nosotros que manejamos la magia. Ella puede ser una manifestación de algo más profundo, algo que necesitas encontrar, incluso quizá, alguien.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo enfrento o encuentro algo que no sé si es real?

—Eso tienes que descubrirlo tú, quizá es más real de lo que piensas. Pero primero, necesitas aceptar que lo que ves es parte de ti, una parte que quizás has ignorado o reprimido. Ven conmigo, confía en el aquelarre. Juntos, encontraremos el camino para sanar esa parte rota de tu alma.

La líder le sonrió y, con un gesto, lo invitó a levantarse.

—Vamos —le dijo con una suave sonrisa gentil dibujada en sus labios finos y rosados—. El ritual continúa. Y en esta noche, tú serás quien nos gobierne. El rey de nuestro aquelarre. Nuestro mayor hechicero.

El joven mostró una perfecta sonrisa ladeada, se puso de pie y siguió a la líder de regreso a la hoguera, donde el aquelarre esperaba, listo para recibirlos.

—Eso de *"el rey de los hechiceros"*, me gusta —admitió.

Entre cánticos y bailes, el hechicero se unió a los suyos. Dejó que la energía del ritual lo envolviera. Los movimientos de las brujas eran hipnóticos, y sus cánticos en lenguas antiguas se escuchaban con una fuerza ancestral acompañados por el graznido del cuervo que parecía ser la sombra de Zarek. Por un momento, el joven se permitió ser arrastrado por la mística de la noche. Sin embargo, entre las sombras que el fuego proyectaba sobre el bosque cercano, algo captó su atención. Una silueta conocida, una figura que creía perdida. Sus ojos se entrecerraron, enfocando en la penumbra hasta que pudo distinguir la forma de su hermano, de pie en el límite donde el bosque se encontraba con la playa. La visión era inquietante y, sin pensarlo dos veces, decidió ir a buscarlo.

Se apartó del círculo sin hacer ruido. En silencio, se dirigió hacia la oscuridad del bosque. Se alejó de la calidez del fuego y la protección del aquelarre. Los árboles se alzaban altos y oscuros a su alrededor, sus ramas entrelazadas formaban un techo natural que apenas dejaba pasar la luz

de la luna.

Avanzó siguiendo la figura imponente de su hermano, que siempre parecía estar justo fuera de su alcance.

—¿Eres tú? —murmuró al viento, como si la soledad misma hubiera susurrado. No hubo respuesta, solo el crujido de las hojas secas bajo sus pies, el alarido del viento entre las ramas y el aleteo de las alas del cuervo.

El sendero se volvía cada vez más oscuro y solitario, y la silueta de su hermano seguía apareciendo y desapareciendo como un espejismo. A medida que avanzaba, no pudo evitar sentir una creciente inquietud. Sabía que estaba solo, pero la sensación de ser observado no lo abandonaba.

La figura de su hermano se detuvo en un claro del bosque, iluminado débilmente por la luz de la luna que se filtraba a través de las copas de los árboles. El hechicero se acercó con cautela.

—Eiden, ¿Qué haces aquí? —preguntó Zarek—. ¿Vienes a terminar lo que empezaste conmigo?

La figura se giró lentamente. Zarek lo miró con detenimiento. Se fijó en cada detalle que lo hacía inconfundible. Su cabello largo y de un intenso rojo granate caía en cascada sobre sus hombros, como un río de sangre en la oscuridad del bosque. Los ojos de su hermano, dorados como el mismísimo fuego, brillaban con una intensidad que parecía capaz de penetrar hasta el alma.

Una barba de varios días trazaba su rostro, añadiendo un aire de dureza y misterio a su apariencia. Vestía los ropajes propios de su reino, con un león de fuego como emblema. Contrastaba dramáticamente con el resplandor de su cabello y la fulgurante mirada de sus ojos. Cada movimiento que hacía era una muestra de poder contenido, su presencia irradiaba una fuerza imponente que no podía ser ignorada.

A pesar de la oscuridad que los rodeaba, su hermano parecía brillar con una luz propia, con autoridad y misticismo. Digno hijo del sol.

—Estoy aquí por ti —respondió Eiden, como un eco en la mente de Zarek—. Siempre he estado aquí, esperando.

El hechicero dio un paso adelante, pero el claro parecía estirarse, alargando la distancia entre ellos.

—No puedo seguir sin saber por qué no me creíste —reclamó Zarek con un deje de dolor.

—Debes enfrentar tu pasado y aceptar tu destino —respondió la figura, desvaneciéndose lentamente en la oscuridad del bosque—. Solo entonces podrás encontrar lo que has perdido.

El joven cayó de rodillas, sintió el peso de las palabras de su hermano como una losa sobre su alma. Las sombras del bosque se cerraron a su alrededor, y el camino de regreso al aquelarre parecía más oscuro y solitario que minutos antes.

Entonces hubo un grito, dos, tres. Hasta formarse una multitud de ellos donde antes había cánticos y risas. Los gritos provenían del aquelarre. Los bailes habían sido reemplazados por sonidos de dolor y terror que ocupaban el silencio en la noche, haciendo estragos en su mente. Su corazón se aceleró, y sin pensarlo dos veces, comenzó a correr hacia la playa, impulsado por un temor profundo por las vidas de todos.

Los árboles lo mareaban y alargaban el camino. El bosque, que antes había sido una presencia imponente pero pasiva, se había vuelto un laberinto sin fin. Cada vez que creía acercarse a la salida, el sendero se torcía y giraba, alejándolo de su destino.

—¡No! —gritó.

El pánico lo abrazó y nubló sus pensamientos. Se forzó a seguir corriendo, luchando contra la creciente sensación de desesperación. Pero los gritos continuaban, cada uno más angustiante que el anterior, llenando su mente con una cacofonía de horror. El cuervo bajó de las alturas en picada y voló frente a él. Zarek lo comprendió como si fueran uno mismo y lo siguió hasta la salida.

Después de lo que pareció una eternidad, el hechicero llegó a la playa. Se detuvo en seco, su respiración agitada se cortó de golpe, sus ojos se ampliaron de horror por la visión que tenía ante él. La arena, que antes había sido un lienzo pálido bajo la luz de la luna, estaba empapada de sangre. El mar en movimiento se había teñido de un rojo profundo, las olas llevaban y traían el color escarlata en su eterno vaivén. Como aquel recuerdo en el que se tiñó de rojo bajo sus dedos.

El joven avanzó lentamente, sus pies se hundieron en la arena húmeda y pegajosa. Su mente luchaba por procesar la magnitud de la masacre que se observaba ante él. Los cuerpos de sus compañeros del aquelarre yacían esparcidos. Sus formas inmóviles eran un testimonio silencioso del horror que había ocurrido. Porque para lo que él fue segundos, en la playa fueron minutos.

—¡No! —volvió a gritar, y su voz se quebró.

—Zarek —lo llamó una de las brujas. Corrió hacia ella y se agachó para sostenerle la cabeza —. Termina con mi agonía, por favor.

—Y con la mía —pidió otra.

Varias alzaron la voz a coro. Las heridas eran mortales y no había hechizo ni magia lo suficiente poderosa como para revertir la muerte. Las mejillas de Zarek empezaron a empaparse con las propias lágrimas. Un cuchillo hecho por magia se posó en su mano. Cerró los ojos y el filo desgarró el cuello de la primera.

Cuando bajó la mirada, el cadáver le agradecía con una sonrisa empañada en sangre. Así lo hizo con cada una. Cortó su agonía con el filo de su puñal encantado. Se manchó las manos de sangre por primera vez y su rostro se salpicó del brebaje al igual que sus ropajes negros, los cuales escondían el rojo.

El fuego se alzó entre unas rocas y arrastró los pies hacia donde provenía aquel despropósito. Con cruces de iglesia y trajes, unos hombres alzaban las cruces frente a su líder y otras mujeres, que, atadas en postes de madera, empezaron a arder vivas. Las manos de Zarek se cerraron en puño. Se llevó una de ellas a la boca y la mordió para no gritar. Jadeaba, temblaba. Los gritos de las mujeres le ensordecían los sentidos. Y fue entonces, cuando sin poder contenerse, emanó un rugido propio de un león. Una bestia encerrada y que dudaba mucho que saliera de él en algún momento. Con el rugido, la silueta de un león volvió a dibujarse en las llamas que asesinaban al resto de su familia. Abrió la boca con ferocidad y los colmillos brillaron de naranja a la vez que los de Zarek resplandecieron con la luz de la luna.

Sin embargo, no pudo hacer nada. Los hombres se fueron asustados cuando ya era demasiado tarde.

No había nada que hacer, solo desatar los cuerpos calcinados para que las llamas no los convirtieran en cenizas. Se arrodilló junto al cuerpo de la líder, sus ojos dorados se habían apagados y su cabello plateado se enredaba con la sangre.

Las lágrimas de Zarek se unieron con la sangre de la arena.

—¿Quién demonios ha hecho esto? —susurro, pero terminó gritando—. ¡¿Quién ha sido?!

Mientras la brisa marina soplaba sobre la playa teñida de rojo, el hechicero se quedó allí, rodeado por los restos de su familia. El mar susurraba su propia letanía de lamento, y él supo que la noche no le traería paz ni redención. Por eso, con el fuego quemando bajo las yemas de los dedos y un hechizo que lo entregaría en cuerpo y alma a la magia oscura, trazó los caminos de su venganza.

***

—¿Y qué pasó después? —preguntó una niña al cuentacuentos que cada tarde les narraba a los más pequeños las leyendas de Dolwill.

—El hechicero odió a las familias fundadoras, pues de ellas había salido el primer aviso para asesinar a las brujas. Se alió con la muerte y le fue su fiel creyente. Desde entonces, se dice que una maldición rodea Dolwill. Por eso, cuando suenan las campanas del pueblo, hay que correr para llegar a casa y cerrar las ventanas. Aliarnos con sal. Debemos dormir por las noches con luces de velas que nos iluminen, hacer caso a las profecías y las leyendas y, sobre todo, rezar para que no se cuelen en nuestros sueños.

María escuchaba la historia, sentada en la fuente que había en medio de la plaza. Entornó los ojos y llevó la mirada hacia la tienda donde Alexa cogía comestibles para su abuela.

—¡Estoy lista! —exclamó con entusiasmo la pelirroja.

—¿Esos son cuentos para menores de edad? —preguntó María—. Matanzas de brujas, mares

ensangrentados. Muy bíblico e histórico, pero aterrador.

—No son cuentos —relató la pelirroja—. Quien olvida su historia está condenado a repetirla, por eso preferimos que siempre recuerden los errores, para enmendar los que cometieron los antepasados.

La periodista sacó su libreta y empezó a apuntar, quizá si nunca salía de allí algún día lo hicieran sus escritos. Revisó el móvil una última vez. No tenía caso hacerlo, pero se aferraba a una pequeña e ínfima esperanza de vencer al destino y que hubiera cobertura.

—¿Vamos? Te encantará mi abuela —la animó Alexa—. ¡Prepara una tarta de manzana deliciosa!

María no se negó, tampoco podía ir a ningún otro lugar. Sin embargo, mientras sus pasos se alejaban de las casas y se adentraba por un camino a tierras santas repletas de cruces que señalaban tumbas, el graznido de un cuervo la hizo girarse sobre sus talones. En la penumbra que dibujaba la niebla blanquecina que se alzaba desde cada esquina del lugar, observó una silueta oscurecida de un hombre que miraba con atención una de las lápidas, con las manos metidas en los bolsillos de una gabardina tan negra como aura que lo rodeaba.

—¡Vamos, no te quedes atrás o te comerán! —La advertencia de Alexa atrajo la atención de aquel hombre. Levantó la cabeza y su mirada castaña se centró directamente en María. Sus ojos parecieron abrirse en sorpresa, para luego ladear la cabeza y mostrar una pequeña mueca parecida a una sonrisa. La respiración de la joven periodista se cortó en una fracción de segundos. Aquel hombre de apariencia amenazante y de ropajes rotos por el tiempo, le había acelerado las pulsaciones con solo una mirada.

—¡María! —insistió Alexa.

—¡Voy!

Alejó la mirada del extraño y echó a correr con la pelirroja.

***

En una casa pequeña, rodeada por bosque y flores de colores, la abuela de Alexa las atendió con una sonrisa radiante. Aunque pareciera que solo ella vivía allí, todo lo contrario. María se encontró a toda la familia de Alexa, incluyendo a sus padres. La amabilidad fue excesiva a cierto punto y no pudo evitar fijarse en la cantidad de estatuillas de madera talladas en las ventanas. Todas representando escenas extrañas. Desde las más fantasiosas como el torso de un dragón, a la más aterradora como un puñal ensangrentado.

La sal adornaba la entrada en una línea que le prohibieron pisar y el olor a palo santo inundó sus fosas nasales hasta sentir que respirar era un reto. Todos hablaban por los codos, como Alexa.

—Viven aquí porque prefieren el bosque al pueblo —explicó la pelirroja y entonó una risa, como si el estar metidos en una cabaña en medio del bosque para ella, fuera lo más normal del mundo.

—¿De dónde vienes, María? —preguntó la abuela de Alexa.

—De Valencia —contó la joven—. Vine a Galicia para un caso de un asesinato y encontré otro. Además de un misterio que mi lógica no puede asumir.

—¿Ya intentaste salir del pueblo? —siguió la mujer. María asintió—. Aprenderás que la lógica es para momentos puntuales. ¿Estás segura de dónde estás?

—Pues, estaba yendo a Galicia y…

—¿Segura? —María frunció el ceño. Había mucha lluvia, niebla. Era difícil transitar por la carretera y unas luces la habían cegado antes de verse en el camino que la llevaba al pueblo—. Veo que no estás segura.

—Me perdí y llegué aquí, no sé nada más.

—Nadie nos prepara para el final de nuestra vida.

Sin entender la última frase de la anciana, el pecho de María empezó a doler y el desconcierto le llenó los ojos de un pesar que poco podía controlar. Alexa se encontraba sonriendo y canturreando con sus padres desde la cocina. Quiso no molestarla y al observar un río cercano, pensó en despejar su mente.

Sin decir nada, salió de la casa y corrió donde quería que el agua se llevara todo su mal estar. Sin embargo, lo que encontró al llegar le heló la sangre. Vio el cuerpo del policía que conoció en el pueblo, echado en la horilla del río, pero con la cabeza dentro del agua y los brazos flotando a los laterales.

—¡Oh, Dios mío! ¡¿Por qué me encuentro todos los cadáveres?!

Tras quejarse, corrió hacia él y sin pensarlo se metió al agua. Le levantó la cabeza cogiéndolo del pelo. Damián traía la mirada fija en un punto, hasta que sus pupilas se movieron y se dirigieron hacia María.

—¡Aaah! —gritó la periodista. Lo soltó y se alejó de él mientras los pájaros huían de su grito.

—¿Qué haces? —preguntó Damián, como si su postura no hubiera sido preocupante.

—¡¿De verdad me estás preguntando eso?! —Las manos de María empezaron a temblar—. ¡Parecía que estabas muerto!

—Y lo estoy.

—Ya, claro. —Se pasó ambas manos por el pelo, incrédula—. ¿Qué estabas haciendo?

—Miraba los peces.

—Los peces —repitió María.

—Sí.

—¿Para qué?

—No sé, tienen cara de esquizofrénicos.

María se le quedó mirando y no supo si hablaba de los animales o de él mismo.

—Es irónico que les llames esquizofrénicos, justamente tú.

—He dicho que parecen, no que lo sean. El que tiene voces en la cabeza, soy yo.

La piel de María se erizó por completo al escucharlo y tomó más distancia con él. Forzó una sonrisa cuando el policía enarcó sus labios.

—Necesito irme de este lugar o me volveré loca —murmuró para sí misma. Empezó a caminar de espaldas, con el único fin de alejarse de Damián, pero a la vez no quitarle la vista de encima.

—No creo que salgas, pero allá tú. —Volvió a estampar la cara contra el agua. Salpicó alrededor y María observó cómo se perdía en las profundidades del agua, sin siquiera respirar, completamente muerto a simple vista. A la joven le costó cerrar la boca. No podía dar crédito de lo surrealista que le parecía que aquel sujeto fuera, justamente, el policía de aquel lugar.

No pensó en las advertencias que le habían dicho la noche anterior. Tampoco en lo que podría esconderse en la bruma que envolvía el bosque con su manto espectral. No quiso esperar a la pelirroja que con su habladuría le quitaba tensión al asunto. Aun si no tenía nada ni nadie que fuera la extrañara, no iba a quedarse allí a ver cómo su vida pasaba envuelta de personas como poco peculiares.

Por suerte, siempre vestía cómoda para trabajar y con las mismas ropas del día anterior, le importó poco mojarse con la lluvia descontrolada e intermitente de ese extraño pueblo.

Intentó volver sobre sus propios pasos, regresar al pueblo sin escolta y probar si esa vez, funcionaba el volver a casa. En su subconsciente se repetía que quizá lo que pasó la noche anterior fue debido a la oscuridad que la cegaba y que por ende, no encontró un camino que la alejara de Dolwill.

Entre los árboles del bosque llegó a perder el camino enfangado que había recorrido unos minutos antes con Alexa. Los árboles majestuosos se mecían con el viento y llevaban consigo una banda sonora propia de una película sacada de las pesadillas más escondidas de los humanos. El viento parecía aullar y lamentarse y entre más pasos producía la periodista, más sentía que a su espalda, alguien más provocaba otros. Sin embargo, al girarse, no veía a nadie.

En medio de la ansiedad, cuando los minutos pasaban y no encontraba el pueblo, una cabaña a lo lejos llamó su atención. Tragó saliva y aunque quiso presentarse antes de acercarse, recordó cómo eran los que la rodeaban y prefirió mantenerse callada.

Mientras se acercaba, vio que el barro había sido removido y que el fango se mezclaba con un líquido rojo extraño. En el porche, apoyado y rodeado por sangre seca, se encontraba un bate rodeado por alambre de espino.

Sacó su libreta, y aunque se empapó con las gotas de lluvia y la tinta del bolígrafo se corrió un

poco, dibujó el bate junto una pequeña descripción de la cabaña.

—¿Te interesa? —la voz masculina a sus espaldas le estremeció la columna vertebral. Cerró la libreta y la guardó en su bolso. No quiso ni siquiera girarse.

—Solo me interesa salir de aquí —dijo, con la voz temblorosa.

—Eres demasiado atrevida para permanecer viva en este sitio. —Sintió los dedos fríos de ese hombre acariciarle el cuello mientras le movía el pelo. Su aliento cálido contrastó y la estremeció por completo—. Por suerte tuya o quizá mía, te diré que me interesa mucho más probarte sin desgarrar tu piel. Quiero beber de ti algo que no es precisamente sangre.

María tragó saliva y al fin tuvo el valor de mirar de reojo. Sin embargo, cuando lo hizo, no había nadie.

Terminó de darse la vuelta con el corazón en un puño y caminó hacia atrás, sin darse cuenta que la puerta a sus espaldas estaba abierta.

Como si pasara a la bodega de una carnicería, María se vio rodeada de cuerpos desmembrados, vísceras que se extendían por el suelo y una camilla al centro del supuesto salón, con una mujer cuyas extremidades habían sido cortadas, y llevaba un cuchillo de cortar hueso clavado en el tórax.

—Ah, joder. —Se llevó ambas manos a la boca para no gritar. El olor era nauseabundo. Se fijó en dos barriles de desechos cárnicos a un lado, mientras que al otro, había botes de conserva donde se podía observar que el caníbal al que pertenecía aquella cabaña, disfrutaba con los sesos y partes blandas de sus víctimas. Incluyendo pechos de mujer en perfectas condiciones.

—¡Pero qué maldito enfermo! —exclamó. Con el corazón en un puño salió corriendo de la cabaña. Tropezó a la salida y cuando levantó la mirada, un rayo estremeció el cielo, viendo sobre ella la silueta del hombre que le había susurrado en el oído, pero esa vez, llevando consigo el bate, con el que golpeaba su propia mano, produciéndose heridas que no parecían lastimarlo. Sin embargo, la oscuridad fue suficiente para no verle con claridad el rostro.

Le lanzó barro al rostro, pero cuando se dio la vuelta y empezó a huir, sintió un tirón en su pierna. La arrastró por unos metros por el barro. Se rompió varias uñas en su intento por aferrarse al suelo y los gritos de María fueron escuchados solo por la tormenta.

—¡Suéltame, loco de mierda! —Como si de una muñeca se tratara, le dio la vuelta en suelo y se abalanzó sobre ella—. ¡Aléjate de mí!

Con un trueno que estremeció la piel de María ante su braveza, los labios de aquel caníbal callaron sus súplicas. Ella no entendía nada. Tampoco el hecho de que el sabor metálico de la boca de ese sujeto le encendiera por dentro al punto de jadear, y no de miedo. Sus manos se cerraron y cogieron puñados de barro que soltó cuando las lenguas de ambos empezaron a danzar y escuchó el bate caer a su lado. Él le tapó los ojos, no lo dejó verlo, solo sentirlo sobre ella devorando su boca como si hubiera ansiado su saliva desde que empezó a acecharla.

—Saca la lengua —ordenó y ella obedeció. Él sonrió y dejó caer un poco de saliva junto a la sangre de su última degustación. María jadeó y como si de un licor afrodisíaco se tratara, jugó con su lengua y lo tragó—. ¿Te gusta jugar?

—Al parecer sí.

—Vuelve a casa del guacamayo pelirrojo que tienes como protectora y quita la sal que protege la ventana de tu habitación.

María se rió levemente.

—¿Vais a comisión con la sal?

—Tú hazlo. —Sin descubrir sus ojos, le acarició los labios y metió dos de los dedos en su boca, para empezar a jugar con la lengua de María. Ella gimoteó—. Nos vemos cuando suenen las campanas de la iglesia, en tu habitación. Solo te pido que te cubras los ojos y te quites la ropa.

Tras esas palabras, dejó de sentir la mano en sus ojos y cuando los abrió, observó el cielo nublado sobre ella y las gotas de lluvia dificultando su visión. Se sentó en el suelo y observó su piel erizada. Lamió sus labios y notó en ellos aquel sabor metálico que tanto le había gustado. Era ilógico, pero una atracción febril se había posado en su entrepierna a tal punto de arrancarle jadeos. El terror mezclado con la tensión sexual era sofocante y en ese momento, no se arrepintió de probar la boca del asesino que había puesto trozos humanos en tarros de cristal.

Cuando se fijó en dónde se encontraba, era el camino de vuelta al pueblo y la cabaña se había esfumado de su lado. Como si un sueño tan húmedo como la lluvia y tan delirante como un libro de Stephen King se tratara.

El agua parecía más fuerte e intensa a medida que regresaba a Dolwill. Sus pies, pálidos como todo su cuerpo por culpa del frió, empezaban a temblar sin control alguno y sus rodillas empezaban a fallar. Fue entonces cuando llegó al cementerio que cruzó junto a Alexa. Recordó aquel hombre que la miró de pie en una de las lápidas. Las piernas le fallaron del todo y cayó de rodillas. Tuvo que coger una bocanada de aire para volver a levantarse. Parecía como si algo o alguien le hubiera drenado la energía.

Su perspicacia de periodista no la dejó quedarse tranquila y mientras tropezaba, llegó a la lápida que aquel hombre miraba. Fue cuando todas sus fuerzas se marcharon y tuvo que poner ambas manos en su boca. Era una foto de una mujer idéntica a ella la que reposaba en la cruz de madera. Ahogó un grito y negó. No había dejado de ver cadáveres desde que estaba allí, pero lo último era verse a ella misma enterrada.

Con pavor, se arrodilló e ignoró la angustia que se había asentado en la boca del estómago. Empezó a escarbar con las uñas, con desesperación, para poder llegar al ataúd y cerciorarse de

que ella no estaba ahí. No era posible, no podía ser.

El desespero la hizo gritar mientras lloraba y no se dio cuenta de que su cuerpo mortal estaba por colapsar. Por suerte, el policía del pueblo, quién tras verla huir del río se había dispuesto a patrullar el pueblo, escuchó sus quejidos agónicos.

—¿Qué haces? —Lo ignoró—. ¡Novata, eh! —Al ver qué seguía sumida en su idea de profanación, Damián se agachó, la sujetó de los brazos y la apartó del montículo de arena—. Para.

—¡Suéltame, Damián! ¡Mira! —Señaló la foto y se señaló a ella misma—. ¡Soy yo!

—Ya.

—¡¿Cómo que ya?!

—Relájate.

—¡Tengo que ver si estoy ahí!

—No estás ahí —aseguró y dicho eso, la cargó en brazos. María tiritaba y por ello, la abrazó —. ¿Y Alexa?

—En casa de su abuela —sollozó María—. Tú, pareces bueno. —Lo miró fijamente y se fijó que él la observaba de reojo—. Sácame de aquí, Damián. Te juro que puedo darte, no sé, dinero, ¡lo que sea!

—Querría sacar a mucha gente de aquí, pero no puedo.

—Damián, ¡por favor! —Le dio unos golpes en el pecho, mientras lloraba desesperada—. ¡Te lo suplico, por favor!

Él no dijo nada más, hasta llegar al rellano de la casa de Alexa. La puerta se abrió ante él sin necesidad de mano y dejó a María sentada sobre la mesa del salón. Le levantó el rostro, posando un dedo debajo de su mentón e hizo que lo mirara a los ojos. Pudo notar cómo la pupila de Damián se agrandaba.

—Vas a estar relajada, te vas a calmar y vas a estar quieta sin necesidad de ir a buscar más respuestas por hoy —ordenó el joven.

—Voy a estar relajada… —repitió sus palabras.

Cuando Damián se marchó, la dejó sumida en un trance.

***

Esconderse no es de valientes, pero cuando la sangre ha salpicado tu rostro y el filo de la guadaña ha rozado tu brazo, cortando la superficie de la piel, tu cuerpo solo actúa por instinto básico de supervivencia. Además, su abuela también le había dicho que lo hiciera. Escuchó los gritos, el llanto de sus padres. Solo asomó los ojos en la pequeña obertura que había en el armario, para ver a los cazadores de pie en la habitación. Su abuela había intentado huir, pero

como un animal había sido perseguida y acribillada con balas de plata.

—Creo que es la última —comentó uno de los hombres—. ¿Sientes algo más?

La pregunta se dirigió hacia un joven de pelo largo y ondulado que traía más cicatrices en el rostro que barba por los años.

—No siento que haya más brujas aquí, quizá la que escapó, no lo fuera—sentenció. Alexa frunció el ceño al escucharlo, pero aguantó toda la ira y el dolor hasta que los cazadores de seres sobrenaturales se marcharon del lugar.

La pelirroja caminó por charcos de tonalidades carmesí, como su pelo, que ondeaba como una bandera de destrucción, con el contraste rojo que manchaba toda la estancia. Observó el cadáver de su abuela y de ella rescató un collar con unas hierbas en su interior, el cual se puso sin restricción. Acarició su canoso pelo empapado en sangre y terminó su llanto al observar a sus padres y hermana mayor. Todos estaban muertos y habían dejado de sangrar, pues se había derramado el interior de sus cuerpos en su totalidad. Se preguntó entonces si ella también era una bruja, y recordó que la luna le daba tanta paz como un abrazo.

Recogió la cesta que le había llevado a su abuela, ya no la necesitaba. Consternada, las lágrimas le caían a peso por las mejillas y morían cuando se precipitaban por el mentón. Con el cuerpo temblando, mientras caminaba por el frondoso bosque, se detuvo un momento a implorar. Pues si tan bruja era, rogó por un familiar que la protegiera de los asesinos de su familia.

Capítulo 3: El familiar.

La lluvia caía formando cortinas gruesas de ensoñaciones viejas entre la gente del pueblo. Cada gota, sonaba como un tamborilero constante sobre tejados de paja y las calles empedradas. Una niebla espesa se alzaba del suelo, envolviendo el pueblo en un manto gris y decadente que parecía devorar la luz del día.

Dolwill siempre había sido un lugar de secretos, un refugio para aquellos que entendían y practicaban las artes oscuras. Incluso para los que eran fruto de ellas. Los árboles que rodeaban al pueblo se erguían altos y antiguos. Las ramas entrelazadas hacían un dosel natural que mantenía la oscuridad aún en los días más soleados. Sin embargo, bajo la niebla, Dolwill parecía más inquietante que nunca. La energía se sentía, vibraba. Una vibración enigmática que hacía temblar los huesos.

Los habitantes del pueblo, sabiendo lo que significaba, se apresuraron para cerrar puertas y ventanas, encender algún sahumerio e incluso dejar que la luz de una vela les diera una mínima protección al llamar con ellos a los ángeles que los cuidaban. Todo era poco para protegerse sobre fuerzas malignas que se habían instalado por décadas en un pueblo al que solo se podía acceder cuando el velo entre la vida y la muerte se rompía.

En el centro de Dolwill, donde se alzaba una antigua fuente de piedra, las gotas de lluvía caían pesadas en el agua estancada, creando pequeños círculos concéntricos que se expandían y desaparecían en la superficie. Las mismas ondas que fueron acariciadas por una mano cubierta de cicatrices.

La niebla era tan densa que apenas se podía ver a unos pocos metros de distancia, y las sombras se paseaban felizmente bajo los límites de la visión, aunque para él, era fácil observarlas. Era un hombre, cubierto por una capa empapada, que caminaba por las calles desiertas. Sus botas hacían retumbar cada paso en el ambiente, sobre todo cuando rompían las piedras que pisaba.

—¡Oh, Dios! —el alarido de una mujer entretuvo los pensamientos del hombre que rompía el silencio sepulcral al que solo se atrevían a amenizar las gotas de lluvia. Al darse la vuelta encontró una joven de cabello teñido de rojo y ondulado que empapado le caía por el rostro a la vez que se agachaba para recoger una cesta de alimentos del suelo.

—¿Necesitas ayuda? —El temor en la joven pudo observarse al mirarlo con los ojos saltones y más brillantes que el agua que se reflejaba en el suelo. Recogió del suelo el paraguas rojo que había dejado caer al resbalarse y dio unos pasos atrás.

—Sé que tendría que estar en casa y qué clase de seres merodean cuando la bruma cubre el

pueblo —comentó la joven. Elevó el mentón como muestra de un atrevimiento que no poseía en realidad y fingió que las piernas no le temblaban al percatarse de la cicatriz que partía el rostro del hombre.

—También deberías saber que irte sola es más peligroso que dejar que te ayude. —Antes de que pudiera negarse, se agachó para recoger la fruta. Observó la manzana roja que, con las gotas que la cubrían, se veía cuanto más apetecible de lo que ya era. La joven solo pudo sostener el aliento cuando lo vio morderla y observó dos caninos afilados como los de un felino.

—¿Qué eres? —le preguntó. Aguantó la respiración por un momento y dio un paso hacia él. No parecía un demonio, sin embargo, tampoco alguien de quien confiar—. Eres nuevo por aquí, ¿verdad?

—Vienes del bosque —le respondió, sin ser una pregunta, sino una afirmación—. En él lloraste, ¿no es cierto?

La joven miró al suelo. Había presenciado algo horrible en aquel bosque cuando había ido a visitar a su abuela. Aquella que la había criado y que le había regalado los mejores recuerdos de su vida, y que, sabía, que no podía volver a ver nunca más.

El hombre frente a ella no lo había presenciado, no sabía qué había pasado, eso creía. No comprendía por qué lo estaba nombrando si ni siquiera estaba allí. Con una mano sobre su hombro, el ser de rostro felino y oscuro a la vez, formó una suave y lenta sonrisa ladeada en su boca y le susurro a baja voz. Tan baja, que solo el aliento pudo sentirse en el oído de la joven.

—A partir de hoy, seré tu familiar —aseguró. Un pacto de vida, de muerte o incluso de resistencia. Los ojos vidriosos de la bruja se elevaron hasta fundirse con la oscuridad de su mirada. Mucho más allá de un hechizo o una conexión, había dolor. Un dolor que compartían y que se estaban expresando sin palabras.

—Soy Alexa —se presentó, como forma de aceptar lo que le estaba diciendo.

Él hizo una pausa antes de decir su nombre. Porque el suyo significaba algo más que un nombre. Era la causa de todas sus desgracias.

—Raúl —dijo después de pensar un rato—. Me llamo Raúl.

—Al menos no tienes un nombre imponente. —Ella le sonrió, aunque de él no emanó ni una sola mueca, dejando atrás lo que había sido para poder ser algo más. Aunque sabía, en el fondo, que su oscuridad sobrepasaba los límites de la voluntad que podía tener en su alma.

Tan confiada como él había predicho, Alexa se puso de camino a su casa. Ya no le importó la lluvia y parecía haber calmado un poco el tormento que no terminaba de irse de su pecho. Traía un nudo en su garganta, pero, aun así, sintiéndose acompañada, fue capaz de sonreír. Era tan ingenua como él había previsto, como se esperaba. Siguió sus pasos mientras la joven hablaba.

—Mi abuela siempre me dijo que era una Meiga —le contó—. Pero no podía creerlo. Hasta hoy. Supongo que fue demasiado tarde para saber manejar mis poderes y salvarlos. Si tan solo…

—Lamentarse por el pasado no sirve de nada —la interrumpió—. No puedes revivir lo que ya está muerto.

Alexa frunció un poco el ceño y miró sobre su hombro. Al hablar, parecía como si el hombre que la acompañaba estuviera hablando sobre él mismo. Su pelo negro y alborotado caía corto sobre su frente, pero no era capaz de cubrir lo sombrío que se veía sin mirar a nadie, sin mirar a nada en concreto. Era como estar viendo a alguien que vivía por inercia.

Al llegar a la casa, Raúl se detuvo un momento antes de pasar el umbral. Las notas de un piano melancólico empezaban a amenizar el paisaje bajo la lluvia. Levantó la mirada. Dejó a un lado la visión de la plaza del pueblo, donde la fuente de piedra se erguía como un centinela antiguo. Olvidó lo tenebroso que parecía el parque que lo acompañaba o el sonido que pudiera llegar desde la iglesia al hacer sonar las campanas en alerta para que nadie saliera de casa. El piano era lo único que se escuchaba y provenía de una mansión de estilo gótico que se observaba a lo alto de una colina.

—Proviene de la mansión del señor Evans —le aclaró Alexa, al ver su curiosidad—. Es mejor no acercarse. El piano suena solo desde que ya no está.

—Lo sé —murmuró para sus adentros.

—¿Decías? —Alexa se dio la vuelta para mirarlo. Dejó el paraguas y la chaqueta empapada en el suelo, como si no le importara el desastre que tenía por toda la casa, aunque era más visible en su cuarto. Había libros, grimorios esparcidos y un montón de hechizos fallidos que habían terminado en pequeñas explosiones que habían manchado de negro varias zonas.

—Nada —respondió, antes de que su tapadera de familiar se le cayera—. No sé qué está más desordenado, si tu casa o mi cabeza.

Alexa profirió una carcajada, aunque no fue para nada un chiste. Cuando el cansancio por soportar su cuerpo humano fue demasiado reto para Raúl, con una niebla azulada que lo cubrió, su cuerpo de casi dos metros y de contextura robusta, se convirtió en un pequeño hurón sable entrañable y afelpado.

—¡Wow! —Alexa dio un paso atrás, sorprendida por el cambio. El animal, que apenas levantaba un palmo del suelo, la observó con sus ojos negros como dos botones centelleantes—. Esperaba todo menos eso, ¡eres adorable!

Raúl movió su naricita rosada y con una sacudida que secó levemente su pelaje, se marchó con orgullo al salón. Como si siempre hubiera pertenecido a esa casa.

—Eh, vale —murmuró Alexa—. Sí, estás en tu casa. No pidas permiso ni nada.

Escuchó la vieja radio del salón, el hurón la había encendido con tal de no escucharla, así que comprendió que era batalla perdida que tuviera un poco de educación.

—¡María! —la llamó Alexa. Creía que estaba en su habitación. Al no obtener respuesta, la joven se cambió de ropa y secó su pelo con una toalla. La cual cayó al suelo cunado entró al

salón y la vio completamente consternada, mirando a un punto del salón sin pestañear.

Raúl, sobre el cabezal del sofá, le daba golpes con la patita en la cabeza. La pobre periodista llevaba tanto rato así, que los ojos le lloraban y los traía irritados.

—Ay, joder… —Alexa corrió hacia la salida de la casa y bramó con todas sus fuerzas—. ¡Damián!

***

—¿Qué querías que hiciera? No se está quieta, me exaspera —se quejó el policía. Miró hacia Raúl—. ¿Tienes una mascota?

El hurón le bufó como un gato enrabiado.

—No, es mi familiar.

—Así que sí, eres una bruja.

—Sí, la más patética que conozco.

—Quedan pocas, es fácil obtener ese título.

Alexa entrecerró los ojos, no esperaba apoyo de su amigo, pero Damián cada día parecía tener menos tacto.

María se levantó del sofá pudiendo recordar todo y recobrando su capacidad para moverse. No quiso abrir la boca, estaba demasiado confundida. Los dejó discutiendo y subió a la habitación donde cerró la puerta sin siquiera mirarlos.

—Siento mucho lo de tus familiares —siguió Damián—. Noté el dolor hasta aquí.

—Fueron los cazadores —contó Alexa—. Son un problema, nos tienen martirizados.

—Querría saber por qué desde hace unos años quieren matar a cualquiera que no sea humano —añadió Damián—. Ignorando el hecho de que ellos no lo son en su totalidad.

—Ellos sabrán, pero los cazadores de demonios están labrándose muchos enemigos.

Mientras la charla en el salón continuaba, María caminaba en círculos en la habitación. ¿Cómo había llegado a ese pueblo? ¿Por qué estaba maldito? ¿Qué hacía que no pudiera salir de ahí? Y lo que más la atormentaba, ¿qué hacía su rostro decorando una de las lápidas centenarias del cementerio?

Se pasó ambas manos por la cabeza y echó su pelo hacia atrás. Entonces recordó aquel hombre extraño de la cabaña. Quizá podría darle alguna respuesta. Dudó si hacer lo que le había pedido, pero junto a las ganas que tenía de volver a escuchar su voz, se sumó la duda y creyó que era el único que podría aclararla.

Abrió la ventana de par en par, miró hacia el horizonte cubierto de árboles y oscuridad. Tomó una bocanada de aire y bajó la mirada hacia la hilera salina formada en el marco de madera.

Soltó la exhalación de golpe y junto a una ráfaga de aire, pasó el dedo por la sal y creó una grieta en la barrera.

La luz de la habitación empezó a tintinear. La ignoró y caminó hacia la cama, dándole la espalda a la ventana que había dejado expresamente abierta.

Dejó caer su ropa sin el menor temor y ató sus ojos, usando como antifaz una de las camisas limpias que Alexa le había prestado. Los primeros pasos se escucharon cuando apretó el nudo tras su cabeza.

—Cuánta rapidez —comentó la periodista.

—No puedo decir lo mismo.

Era él, la misma voz, el mismo olor a sangre.

—Disculpa por quedarme consternada después de todo lo que estoy viviendo en esta pesadilla de pueblo. —Lo escuchó reír—. Aunque te haga gracia, necesito respuestas.

—Si te parece una pesadilla, mi mal sueño es que salgan los dragones.

—¿Dragones?

—Olvídalo… —el demonio dio una risita suave—. Así que quieres respuestas.

—De hecho, las exijo.

—¿Por qué crees que te las daré yo?

La voz se iba escuchando de un extremo al otro de sus oídos, como un audio con efectos para escuchar con audífonos.

—Porque eres el único que conozco que no tiene filtros.

—Tampoco me conoces tanto.

—Y, aun así, te he dejado entrar.

—¿Crees que solo busco tu cuerpo? —Rozó el mentón de María, pero cuando lo hizo, se sintió huesudo, frío. No era un tacto con piel o humano. Ella frunció el ceño—. Qué humana más imbécil. Bonita, pero poco astuta.

María levantó la mano y lo sujetó. El tacto fue breve cuando la carne en descomposición se movió bajo sus dedos solo a causa de los parásitos que se la comían. Dio un paso hacia atrás y cayó en la cama. Quiso quitarse la camisa que cubría sus ojos, pero el ser le apretó la muñeca contra el colchón.

—¡¿Qué coño eres?! —María iba a gritar por ayuda, pero su cuello fue apresado y la dejó sin aire.

—Soy Gula —aclaró con orgullo. Le soltó el cuello.

—¿El pecado capital?

—¡Bingo! —La sonrisa del demonio se agrandó, y aunque no lo viera, dejó entre ver dos caninos que se marcaban en sus carnes putrefactas—. Siento las pintas, pero debo poseer cuerpos humanos y, normalmente, duran poco. Os pudrís muy rápido, ¿no crees?

La voz de la joven tembló.

—¿Me vas a comer? —Su pregunta provocó una carcajada sonora al demonio que tenía sobre ella.

—Vengo a por tu energía —aclaró Gula.

—Pero…

—No te descubras los ojos, no te gustará verme.

Las piernas de María se abrieron y ella no puso resistencia. Sintió la primera lamida mortecina en su intimidad, la cual le abrió los labios vaginales y le empapó de un líquido caliente que le hacía vibrar la piel.

—¿Por qué yo? —preguntó con un gemido ahogado.

Él no le respondió a eso.

—También puedes llamarme Érebos —comentó—. Por si necesitas gemir mi nombre.

María reprimió el primer gemido que lo entonaba. Se sentía extraño, pero la fuerza, la intensidad con la que estaba moviendo su cuerpo, la estaban llevando al borde de la locura. Sus colmillos se sentían, amenazantes y punzantes, como el asesino que era. Cómo la misma Gula, capaz de comerla por completo. El rostro del demonio se movió a ambos lados y la abrió más. La lengua se clavó en su interior y la acompañó uno de sus dedos. Absorbió, no solo los fluidos del placer, sino también poco a poco la energía vital de María.

—Sigo necesitando respuestas —gimoteó ella. Con las manos, arañó las sábanas y su espalda se arqueó. Sus paredes se apretaron, se expandieron y volvieron a apretar. Sus fluidos se resbalaron por las nalgas y empezaron a empapar la cama sin ningún control.

—Y yo necesito un orgasmo. —Lo tuvo. Gruñó con el squirt mientras la escuchaba gritar. Cerró los ojos y al abrirlos, vio a la humana temblar y convulsionar por el placer. Sonrió satisfecho, comiendo todo lo que estaba sacando—. ¿Hacemos un trato?

María estaba nublada.

—¿Cuál? —preguntó, sintiendo como su intimidad no encontraba descanso a pesar del orgasmo.

—Me alimento de ti por unos días y a cambio, respondo tus dudas.

—¿Cuántos días? —Jadeó y no aguantó otro orgasmo—. ¡Joder!

—Dos semanas.

—¡¿Dos semanas alimentándote de mis orgasmos?! —se quejó, pero fue reprendida por un azote en el trasero. La elevó, dejándola a cuatro sobre la cama.

—No me alimento de tus orgasmos —confesó Gula—. Me alimentaría más tu carne que esto, pero admito, que tenía ganas de follarte desde que te vi en la casa cuando llegaste al pueblo.

Los recuerdos de María se amontonaron. Los cadáveres de la carretera, el asesinato en la casa, el hombre colgado del techo, el sujeto que la miraba frente a la lápida en el cementerio, todo

había sido él. Gula tenía respuesta a todas sus preguntas.

Sin embargo, ni pensar la dejó. La penetró de una sola estocada.

—¡Érebos, joder! —gritó al fin, contraída y temblando de placer. Apretó las manos en puño sobre la sabana y la mordió. Entornó los ojos y movió la cadera en busca del miembro que le acababa de dar el mayor placer que había sentido en su vida.

—Imagino que con eso has aceptado —dijo Gula, con la voz engrosada—. ¿Eres mía por dos semanas?

—¡Lo soy, lo soy! —aceptó, inconsciente de lo que estaba haciendo.

—En ningún momento podrás negarte. Si lo haces, nuestro trato se acabará y no seré tan benevolente contigo.

Capítulo 4: La nada.

—Las cosas se están complicando, señor —dijo el consejero real, mientras Eiden era capaz de escuchar los gritos de la multitud furiosa que pretendía entrar a palacio. Sin embargo, los soldados les impedían el paso y no dudaban en usar la fuerza bruta, aunque hubiera bajas.

—No he podido convencer a mi hermano para que venga, ni siquiera matando a sus jodidas brujas —gruñó el rey—. Dame los informes de hoy.

Eiden se alejó de la ventana y caminó hacia la puerta de su habitación, donde gritó a pleno pulmón.

—¡Sacad las gárgolas! —Así lo hicieron y los gritos de los plebeyos inundaron los oídos de Eiden. El consejero real, tragó saliva y con las manos temblorosas, desenroscó el papiro que traía en las manos, sellado con cera de vela.

—El reino de Hawan ha presentado perdidas en su territorio. La vegetación se muere y la oscuridad está matando a los animales de los que se alimentan. Los lobos no pueden abastecerse, por lo que han iniciado una guerra con las aldeas colindantes. La reina está desesperada. Respecto al reino de Rakam… —La pausa del consejero tensó el cuerpo de Eiden. Los dragones no eran de fiar.

—¿Qué pasa con ellos?

—Los reyes de Rakam han anunciado que vendrán para aquí si no consigue que sus tierras dejen de morir. La magia insondable se está marchando, mi rey. La nada asusta a todo el mundo. Los mares se tiñen de negro desde el este hasta el oeste. Humanos quedan pocos, mueren como si el mismísimo aire fuera veneno.

Eiden elevó la mano para que callara. No era capaz de escuchar por más tiempo.

—Retírate y reúne al consejo.

—Sí, señor.

Eiden se vistió con los ropajes propios para la tensión que se respiraba en el reino. Se puso por encima la capa con melena de león que le caracterizaba y con sus ojos naranja y brillantes como el mismísimo sol que daba vida a sus aterradoras bestias de piedra, se colocó una armadura con las fauces de un león grabado en el metal. Antes de llegar a la sala de reuniones, se detuvo un instante junto a una bola de cuarzo que flotaba en uno de los estantes de su habitación. Movió las manos a su alrededor y pudo observar el mapa de su reino tiñéndose de negro tan rápidamente como su respiración. Un gruñido escapó de su pecho y cerró tan fuerte la boca, que sus colmillos felinos se clavaron en el labio inferior. Se lamió la sangre, como un gato intentando curar sus heridas y sin esperar ni un segundo, llevó sus pasos hacia la sala donde lo esperaban.

Sentado, observó a todos los consejeros reales que lo acompañaban. Pudo escuchar muchas opiniones a su alrededor, pero sus oídos solo podían escuchar sus propios latidos esparcirse junto al desesperado de la situación.

—Lo cierto es, que el rey no tiene suficiente magia para contener a La nada —anunció el comandante Selver. Eiden levantó la mirada lentamente hacia él y las gárgolas que permanecían quietas a cada extremo de la habitación, gruñeron como sus adentros. Los ojos de los animales hechos con piedras se iluminaron con el mismo color de los ojos brillantes de Eiden y el hombre comprendió, que debía permanecer en silencio.

—Soy igual de capaz que mi hermano de contener a La nada —gruñó—. Pero no me dejáis la opción de intentarlo.

—Señor, lo cierto es que esta crisis no pasó nunca —siguió el consejero real—. Siempre ha habido un rey hechicero que ha contenido a la perfección la oscuridad. Ahora nos está ganando terreno, y como un agujero negro, a cada centímetro que borra nuestro mundo, se hace más grande. Si tan solo el príncipe Zarek…

—¡Él es un traidor a la corona! —gritó Eiden. Con el puño golpeó la mesa de piedra que los reunía y observó cómo se rompía por la mitad sin llegar a caerse—. No quiero volver a escuchar que mi hermano es superior a mí. Al próximo que abra la boca le corto la maldita cabeza. Dadme soluciones.

—Quizá un pacto —rompió el silencio el lord Valentín—. Podría aliarse con una casa real que tuviera la magia suficiente para ayudarlo a combatir esta crisis. Acallaría las habladurías de su impotencia en todo el reino y las masas calmarían su angustia. Quizá podríamos solucionarlo.

—¡No diga tonterías, mi lord! —exclamó el consejero real—. ¿Qué casa querría aliarse con nuestro rey después de todo lo que está ocurriendo?

—Quizá alguien que desee más riquezas de las que tengan. Me han dicho que en el reino de Pandoria, dos de las hijas de la reina están solteras y tras la muerte del rey, ansían una alianza. No creo que sea mala idea aliarse con una elfa del bosque. Son muy fuertes. Además, un reino sin una reina no puede prosperar. Nuestro rey necesita una mujer a la que dar hijos. Si hubiera un golpe de estado, ¿quién reinaría si no?

Eiden entrecerró los ojos y con un movimiento tosco, se levantó de la silla. Los ojos encendidos de las gárgolas se apagaron.

—Si poder es lo que necesita, poder tendrá el reino —aseguró antes de retirarse y dejarlos a todos con la palabra en la boca.

El rey se perdió entre pasadizos de piedra que él mismo movía hasta abrir un nuevo corredizo. Entre caminos hechos de su propia magia blanca, llegó a una capilla donde se encontraba un vórtice que no dejaba de girar y emanaba una luz cegadora junto al calor que podría desprender

el propio sol. Alrededor, las velas que se alzaban encendidas eran de un rojo tan profundo y granate como el pelo de Eiden. Con un grimorio en las manos, la voz del rey rompió las paredes e hizo temblar todo el pueblo como un sismo natural que se sintió hasta en los cimientos de Dolwill.

Sus manos se engarrotaron y se vio obligado a soltar el libro. De sus uñas se dibujaron garras afiladas y sus falanges se rompieron para hacerse más grandes y alargadas. Cada hueso de su cuerpo empezó a romperse y mientras la rotura opacaba el silencio sepulcral del lugar, él sonrío con rabia. Sus colmillos se gormaron gloriosos y sobrepasaron más allá de sus labios. Los ojos de Eiden se perdieron en los libros de mitología que había a un lateral. Las páginas se abrieron y buscó una alianza factible, hasta que la encontró. Una Furia. Hechas para aplicar castigos divinos por malas acciones. Quizá eran suficiente purificadoras para ayudarlo con la oscuridad que estaba destruyendo su reino.

La hoja se arrancó y fue comida por ese vórtice caliente. Las venas de Eiden se hincharon hasta romperle la piel y cuando la sangre empezó a chorrear, una hilera se llenó de ésta a sus pies. Alimentó con ello aquel extraño y aterrador ritual y cuando parecía que las fuerzas de Eiden iban a perderse en su propia locura por atraer a un ser mitológico de tal envergadura, la silueta de una mujer de contundentes curvas apareció lejos del fuego a sus espaldas.

El ardor en el pecho de Eiden se sintió también en el de la mujer, la cual bajó sus ojos reptianos y de color rojo hacia la marca que se había dibujado sobre uno de sus pechos y que pintaba la silueta de un sol.

—¿Me has atado a ti? —fue lo primero que pronunció aquella mujer. Su mirada de pupila alargada e iris rojo como la sangre, se fijó con atención en Eiden—. ¿Quién eres?

—¿Estabas mejor en el infierno? —preguntó él. Con rapidez, limpió su sangre con la capa que llevaba—. Puedo regresarte si así lo prefieres.

La furia, pasó ambas manos por su pelo blanco y lo elevó. Lo dejó caer liso tras su espalda y suspiró con un toque de desesperación. A sus pies, varias serpientes de color blanco se deslizaron hasta verse amenazantes hacia Eiden. Eran albinas, como ella.

—Un solo mordisco y estás muerto —anunció la mujer. Eiden sonrió, una sonrisa ladeada que mostró sus colmillos brillantes con la luz del vórtice que todavía los estaba iluminando.

—Iré al grano —anunció—. Necesito una esposa y tú salir del infierno, ¿me equivoco?

La furia frunció el ceño. Suspiró hondo y recordó lo que ella y sus hermanas estaban padeciendo allí durante demasiados milenios. Tantos que la libertad le sabía lejana y desconocida. Los pecados campaban libres al poder encerrarlas en aquel ataúd perpetuo en el que no había día en el cual no sintieran alguna clase de tortura física o mental.

—¿Cómo sabes que nos encerraron? —preguntó la mujer con recelo.

—Sé muchas cosas, no soy humano.

Ella lo revisó de arriba abajo y elevó las cejas.

—Puedo notarlo, me emocionaría si maúllas.

Después de una pequeña risa, Eiden empezó a volver a su estado normal, donde las garras perforaban sus dedos y se retraían.

—Te propongo algo —continuó el rey—. Tú me ayudas con lo mío y yo te saco del infierno.

—Siendo tu esposa.

—Exacto. —La mujer hizo una mueca y sus dientes afilados como los de una serpiente se mostraron levemente por debajo de su labio carnoso—. No puede ser tan malo.

—¿Tú crees?

Eiden se encogió de hombros. Detuvo la mano frente a la Furia y ésta dudó por unos segundos, pero ya estaba marcada y lo que le esperaba en el infierno era mucho peor que estar casada con un hombre que no conocía y el cual no amaba. Levantó la mano, pero antes de estrecharlo, la volvió a bajar.

—Con una condición —dijo, Eiden asintió para que siguiera—. Mis dos hermanas vienen conmigo. Si las sacas, juro lealtad. Mía y de ellas.

La mirada de Eiden brilló con emoción. No una, sino tres Furias a su disposición, ¿quién sería capaz de decirle que no tenía poder? Asintió y aunque la fuerza le estaba flaqueando, mantuvo la compostura. Debido a que el portal ya estaba abierto, traer a las otras dos mujeres no fue tan complicado.

Una de ellas, de un aspecto más varonil, de ojos reptilianos y de un morado intenso, tuvo que sujetar a la pelirroja de mirada celeste que, por el impacto de llegar, se había mareado tal y como si fuera una damisela en apuros.

Eiden interrumpió el abrazo que las tres hermanas se estaban dando, emocionadas por estar fuera de su condena que, hasta el momento, creyeron eterna.

—Nombres y poderes —ordenó.

—¿Y éste quién es? —preguntó la más alta y ruda de las tres, cuyo cabello violeta estaba anudado a un lateral con una trenza.

—Soy el rey Eiden Bishop —se presentó—. A quién debéis sumisión y lealtad, después de estar atadas a mí con el pacto que vuestra hermana aceptó.

La primera, suspiró hondo e intentó ignorar la mirada de desconcierto de las otras dos. Dispuso la mano y esta vez, sí que fue estrechada por la robusta y venosa mano del rey.

—Me llamo Katerina Blackwood —se presentó con la cabeza erguida con orgullo a pesar de estar ofreciendo sus poderes a un extraño—. Tengo el poder de Medusa.

La robusta mujer que las acompañaba se encogió de hombros y fue la siguiente en presentarse.

—Bellatrix, puedes llamarme solo Bella. —Entornó los ojos—. Y como buen dragón, no

esperes que te obedezca en todo.

—Genial —susurró Eiden. Dejó caer la mano de Katerina y fijó la mirada en la pelirroja, que seguía callada, con los ojos abiertos al máximo. Su azul era tan claro que parecía blanco—. ¿Y tú?

La joven abrió la boca, pero Bella la interrumpió.

—¿Estás seguro de que quieres que hable? —preguntó.

—Sí, ¿por qué?

Katerina escondió una pequeña risita.

—Me llamo Alice —canturreó. No lo dijo hablando, no, sino entonando una melodiosa voz que aturdió a Eiden por segundos—. Tengo el poder de una sirena.

Lo volvió a marear y tuvo que sostenerse de la pared. Sin embargo, cuando lo hizo, vio que, de ésta, entre recovecos de barro, empezaban a salir lombrices e insectos poco agradables a la vista, que correteaban hacia Alice.

—Cada vez que habla, canta y los animales van con ella —comentó Katerina—. Y tú eres un gatito, así que…

Eiden se había quedado sonriendo, atontado mientras miraba a Alice. Sus pupilas felinas se habían dilatado como si estuviera drogado. Al escuchar a Katerina, movió la cabeza a ambos lados y despertó del trance.

—Vale. —Señaló a Alice—. No vuelvas a hablar en tu puta vida. —Alice frunció el ceño y arrugó la nariz, era más que obvio que no le caía para nada bien—. Vamos, tenemos que anunciar nuestro enlace.

Katerina se asombró por la rapidez de su demanda.

—¿Ya? —preguntó. Miró a sus hermanas y las tres lo siguieron por el pasadizo.

—Mi reino se muere —contó Eiden—. Espero que con tu presencia aquí sea posible detener lo que está consumiendo este mundo. No podemos esperar, el tiempo apremia.

Después de estar por tanto tiempo en el infierno, estar en un palacio supuso un cambio enorme para las tres. Observaron los pasillos, boquiabiertas. Alice, siendo la más aniñada de las tres, correteó de un lado a otro. Su cabello rojo y despeinado se balanceaba al igual que su cuerpo al que no dejaba quieto. Bailando de felicidad y dando vueltas sobre su propio pie como si fuera una peonza. Bella y Kate se rieron al observarla de aquel modo y aunque no lo aparentaban tanto, compartían su emoción.

Veían cada decorado, escultura y cuadro. El suelo que sus pies descalzos tocaban, al fin no era arenoso, no quemaba, no pinchaba o lastimaba. El aire no oprimía sus pulmones y al fin podían ver la luz del día calando por los ventanales.

—No podéis ir así vestidas por palacio —señaló Eiden. En efecto, las tres hermanas vestían con trajes que parecían más un harapo sucio que una prenda de vestir.

—Perdone usted, majestad, pero en el infierno no nos dejan tener equipaje —se quejó Kate.

—Noto tu sarcasmo y me da felicidad, te estás comportando como mi esposa y acabas de llegar.

—Espero que no quieras algo más que el sarcasmo matrimonial de mi parte.

—Descuida, creo que mi mano puede satisfacerme más que una mujer que puede convertirme en piedra.

—Puedo ponerte duro como una piedra, que es distinto. —Kate sonrió ante el estupor de Eiden. Al fin su atrevimiento le dibujó una sonrisa en los labios y el pelirrojo se acarició la barba de días con curiosidad.

—Si vas con esas será difícil contenerme —confesó el rey.

—Tendré que recordarte que lo nuestro es solo un pacto, gatito.

Eiden entrecerró los ojos, con un suspiro dio la conversación por finalizada. Las acompañó a las habitaciones, subiendo las escaleras al ala este del castillo. Allí le pidió a una empleada que les llevara ropa apropiada para aposentarse y hecho eso, hizo llamar a su consejero real para avisarle del atropellado enlace.

Fue entonces cuando, mientras esperaba en su habitación a qué Kate terminara de arreglarse, sujetó un espejo de mano con decorados en plata cuyo espejo no reflejaba su rostro, sino un vacío penetrante.

—Muéstrame a mi hermano —ordenó y el cristal empezó a formar la silueta de Zarek, hasta verlo acostado en la cama de la habitación que Alexa le había asignado en su casa. Parecía estar pasando por un mal sueño, uno que lo hacía sudar, estremecerse y temblar, como si el dolor que estaba procesando fuera suficiente para quitarle la vida.

—Estoy lista —anunció Kate.

Eiden dejó rápidamente el espejo sobre la cama y cuando se volteó, juró haber visto un ángel caído más hermoso que los que siguen brillando en el cielo. Kate, vestía un traje verde oscuro con bordados negros, tan gótico que contrastaba con su apariencia. Ese color relucía en sus ojos granate. Su rostro se pintó con una media sonrisa atrevida que dibujó al ver a Eiden el cual, asombrado por su belleza, pudo engrandecer un poco más el brillo en sus ojos felinos.

—Joder —murmuró el rey.

—No pierdas los modales, eres de la realeza.

—Y tú naciste para serlo.

Eiden se levantó de la cama y se colocó a su lado. Levantó el brazo y esperó a que ella se lo aceptara para salir los dos de la habitación.

En la sala de reuniones, todos permanecieron en silencio, excepto el consejero real, quien no tardó en expresar su desacuerdo por algo tan apresurado y poco ético. Sin embargo, entre tanta

queja, Kate se levantó de su silla y como si de una deidad hipnótica se tratara, contoneó sus caderas y llegó con el rey. Dejó un casto beso en sus labios, que fue suficiente para que la mirada del león brillara como el sol en cuestión de segundos.

—Mi prometido ha elegido y como rey, le debéis sumisión y respeto. No seré yo quien diga que el desacato a la realeza se castiga con penas de muerte —amenazó, mientras rozaba con los dedos el mentón y el cuello de Eiden—. Yo solo estoy aquí para decir una cosa… —Cogió una de las copas de vino que se reservaba para la charla y la elevó frente a ella—. Larga vida al rey.

Dio un sorbo. Eiden también quiso tomarlo, pero Kate le retiró la mano de la copa. Sin embargo, los demás sí que se tragaron el vino.

De repente, empezaron a convulsionar. Eiden se levantó completamente estupefacto y los observó mientras la sangre les salía por las cuencas de los ojos y se ahogaba con ella cuando los órganos les reventaban y empezaban a expulsarla por la boca. La mesa de piedra se tiñó de sangre y el suelo supuso una piscina de horror de color rojo. El vino se derramó y quemó varios tapetes de piel, pues el veneno era tan corrosivo como para comerse incluso la madera. Kate observó de reojo a Eiden y con una sonrisa, rodeó su cuello en un afectivo abrazo. Con las manos, acarició y tiró con suavidad de su larga cabellera roja.

—Te estaban traicionando —anunció la Furia—. Se habían aliado con otro reino, el de los dragones. Lo vi cuando los miré a los ojos. Te juro que, junto a mí, serás invencible.

La sonrisa de Eiden se agrandó y mientras los desafortunados traidores convulsionaban en el suelo y el silencio se rompía con sus lamentos ahogados, el rey y su prometida fundieron sus labios en un beso mucho más provocativo que el que se habían dado unos segundos antes. Sin embargo, aun cuando la respiración de ambos se había perdido entre las lenguas que se inspeccionaban y habían probado de la saliva del otro como si de un elixir a la perversidad se tratara, Kate se alejó de Eiden. Le dedicó una última mirada y una sonrisa coqueta con la que mostró sus colmillos viperinos. Se lamió los labios carnosos y pateó uno de los cuerpos sin vida, antes de que sus tacones negros empapados de sangre mancharan la moqueta del pasillo al marcharse. Eiden, como no, no fue capaz de hacer nada más, que rozarse los labios y soñar con volver a besarla de aquella manera.

Sin embargo, el cuento de hadas terminó cuando, junto a las hermanas de Kate, cruzaron un portal hecho por Eiden hacia la nada misma. Solo quedaba un trozo de tierra donde apoyaron los pies y frente a ellos, la oscuridad iba comiéndose todo a su paso como un inmenso agujero negro. Las Furias intentaron detenerlo. Por separado y unidas, pero ni siquiera atacando el poderoso mal junto a Eiden, pudieron detener su creciente creación. No había manera. Eiden suspiró hondo y bajó la mirada a la tierra que poco a poco se consumía, a su reinado que se marchitaba como las ramas secas cuando entraban en la oscuridad. Solo su hermano, Zarek, aliado de la luna y la

muerte, podría detener esa catástrofe.

Capítulo 5: El hijo de Gula.

Perderse en pesadillas es agotador. Tanto como entrar en un laberinto donde solo ves árboles arañando tu piel y desgarrando tu ropa para impedirte el paso. Raúl estaba acostumbrado a tenerlas desde que apareció en Dolwill. Se lo había dicho a la bruja cuando pertenecía al aquelarre de Salem, y aunque los siglos habían pasado en su mente, no para él. Seguía la imagen vívida en sus recuerdos. Empezaba a sudar como un desgraciado cordero rodeado por lobos. Ella estaba ahí, a su alrededor había mínimo diez hombres adorándola como una deidad. Él no ponía restricciones, la amaba suficiente para no hacerlo. Sin embargo, no era su mundo. Jamás había pertenecido allí. En un segundo, la imagen de la mujer empezaba a alejarse. Raúl rogó para sus adentros que no lo hiciera, que llevaba demasiado tiempo sintiéndose vacío, pero no lo consiguió. Tampoco logró ver con nitidez su rostro, solo el cabello negro y ondulado que caía sobre sus hombros, simulando las olas de un mar embravecido en el que no dudaría en ahogarse.

Sin embargo, cuando ese sueño cesó, escuchó un ruego. Uno con una voz familiar. Sus párpados empezaron a moverse y sin abrir los ojos, recorrió la estancia en la que se encontraba hasta llegar a la habitación de Alexa. La joven bruja, arrodillada, lloraba con desesperación. Raúl abrió los ojos lentamente y resopló. Había aceptado ser su familiar, y aun si no lo hubiera hecho, cuando la gente rogaba por paz de esa manera, le era difícil ignorarlo.

Se levantó de la cama y arrastró sus pies descalzos sobre la moqueta. Sin camisa, podían verse las cicatrices sobre su piel y la marca que cruzaba su rostro y parte del ojo, pareciera más visible con el día nublado. La marca que lo ataba con la deidad que había hecho el pacto sagrado, se observaba como un tatuaje perfecto en la parte izquierda de su pecho. Justo en el corazón que en algún momento había dejado de latir. Se apoyó del borde de la puerta entreabierta y golpeó la madera con los nudillos. Alexa levantó la cabeza, destensó las manos que reposaban unidas sobre los pies de su cama y se levantó, intentando disimular sus rezos.

—¿Te desperté? —preguntó, con un rápido movimiento, limpió sus mejillas.

—No importa.

—Estaba haciendo la cama —se excusó la pelirroja—. Pero ya, ya está lista.

Carraspeó la garganta y antes de que pudiera salir de la habitación, Raúl la cogió del brazo y la entró de nuevo.

—Espera…

—Fue solo un bajón puntual.

—Cuéntame, ya lo estabas haciendo.

—¿Qué lo estaba haciendo? —Raúl señaló hacia la cama—. Ah, ya. No, no estaba hablando

contigo exactamente.

—¿Tú crees? —Ella se encogió de hombros, Raúl solo tomó asiento en la cama y le indicó con la cabeza que también lo hiciera—. Cuéntame, insisto.

Alexa suspiró hondo y tomó asiento a su lado. Abrió la boca, la cerró. Jugó con sus manos en el regazo y aunque no sabía qué decir, Raúl siguió.

—Comprendo —susurró. Fue suficiente para que Alexa estallara en llanto. Abrazó a Raúl y aunque al inicio él no supo cómo mover los brazos para acceder a aquel actor mortal, terminó por hacerlo. La apretó con un poco de fuerza y acarició su largo cabello rojo para calmarla.

—No tengo familia —sollozó en su cuello—. Estoy completamente sola.

—Hay gente que se queda sin familia mucho antes de que éstos fallezcan —comentó Raúl—. Por desgracia, hay gente que no merece traer a nadie a este mundo, pero aún así, en su infinito egoísmo, lo hacen. Debes estar feliz de que tu familia dejó una huella bonita en ti y que están, quizá no en persona, pero… —Le señaló el pecho—. Sí aquí y en y ADN. Siempre formarán parte de ti. Además, no estás tan sola. No estoy pintado, eh.

Consiguió que la joven diera una risita ante aquel comentario. Asintió con la cabeza mientras Raúl limpiaba sus lágrimas con una caricia torpe.

—Lo tuyo no es el contacto físico, ¿verdad? —preguntó la bruja.

—No mucho, normalmente solo escucho.

—Lo puedo notar. —Raúl sonrió, una sonrisa ladeada de infarto que dejaba ver sobre su labio un canino puntiagudo y brillante. Sus hoyuelos se marcaron y, tal sonrisa genuina elevó la sensación de bienestar en Alexa.

—¿Estás mejor? —preguntó. La bruja asintió con la cabeza, no era capaz de pronunciar palabra en ese momento—. Bien, vamos a desayunar. Muero de hambre, ¿tú no?

—Un poquito.

—Bien.

Raúl se levantó y con amabilidad, cogió la mano de Alexa e hizo que lo acompañara.

—Oye… —Lo interrumpió. Él miró hacia abajo para encontrarse con la mirada brillante de la bruja—. Gracias.

—De nada, pero no te acostumbres. Aprende a gestionar tus movidas mentales.

Alexa volvió a reír.

—Vale, vale, tampoco me regañes.

Cuando llegaron al salón, la mente de Raúl se aturdió. Como si un susurro pasara por ella y le advirtiera de algo inminente. Del mareo pasó a la acción y se convirtió en hurón para ir más rápido. Llegó a la cocina, derrapó cuando vio a María y antes de que la periodista tocara el suelo, volvió a ser humano y la sujetó.

—Ah… —se quejó ella. Llevó una mano a su cabeza y cuando se vio sujeta por los fuertes y

musculosos brazos de Raúl, abrió los ojos al máximo—. Me morí.

—¿Eso es un halago? —preguntó el hechicero.

—Pues…

—¡María! —Alexa entró corriendo y se agachó con ellos—. ¿Qué te pasó? —Se fijó rápidamente en los moratones que marcaban la piel de la periodista, por las piernas y los brazos —. Dios mío, ¿qué es eso?

—Tranquila, ese colchón me mata cada noche —se excusó María—. Solo estoy cansada. Creo que me acostaré un rato.

Intentó incorporarse, pero el mareo se lo impidió.

—Te ves muy pálida y débil. Es extraño porque ayer gozabas de buena salud —comentó Alexa—. Raúl, ayúdame a llevarla al sofá.

Él accedió y la acostaron allí.

—No es nada, es solo que… —Se calló para quejarse por un simple movimiento de rodillas —. Au…

—Emm… Alexa —la llamó Raúl—. ¿Vienes a la cocina un momento?

—Pues… —No le dejó opción, la cogió del brazo y la llevó con él—. ¡Ya va, ya va!

Raúl se apresuró a cerrar la puerta antes de hablar.

—¿Con qué está jugando tu amiga? —preguntó el hechicero—. Oh, más bien, con quién.

—La casa está protegida contra seres demoniacos. No podría haber ninguno aquí, fuera cual fuera —explicó Alexa—. Ayer estuvo consternada durante bastante tiempo y se empapó en la lluvia, quizá se resfrió.

—Mira, me huele a demonio. —Se tocó la nariz—. Huele tanto que podría sentirlo de aquí al inframundo. Y no es un demonio raso, está jugando con un original.

—Un demonio original, ¿aquí? —Raúl se encogió de hombros cómo respuesta—. Revisaré la casa.

—Bien.

—¡Hola! —llamaron desde la puerta. Raúl enarcó las cejas.

—Ahora huele a ángel.

Alexa se rio por lo bajo y se asomó por la ventana. La puerta de la casa siempre estaba abierta para los conocidos.

—¡Hola, Damián!

—¡He conseguido ver un pez naranja! —gritó emocionado.

—Guau, yupi —comentó Raúl a espaldas de Alexa, con poco entusiasmo.

—¿Este quién es? —preguntó Damián.

—Soy tu consciencia, ¿has sido bueno?

Damián se quedó con la boca abierta.

—Alexa, estoy viendo mi conciencia. Tengo miedo.

—¿Qué? —La bruja le dio un leve empujón a Raúl—. ¡No! Es mi familiar, Raúl. Raúl, él es Damián.

—Encantado —a pesar de sus palabras, Raúl pasó por el lado de Damián sin estrecharle la mano—. Necesito aire, demasiada comunicación verbal y física por esta mañana. Vengo en un rato, si me necesitas, Alexa, solo llámame y aquí estaré.

—¿Cómo Batman? —preguntó Damián, bajó la mano que tenía suspendida en el aire a la espera de Raúl.

—Exacto, sí, como Batman —respondió Raúl, sin ganas.

Salió de la casa y los dejó allí.

—Tu familiar es un poco enigmático, ¿no? —preguntó Damián.

—Sí, es un poco particular. —Miró hacia María que se había quedado dormida en el sofá—. Damián, ¿le hiciste algo más ayer a parte de la hipnosis?

—No, que va. ¿A santo de qué?

—No sé.

—No, solo quería que estuviera quieta. Estaba en pánico y preguntaba mucho.

—Pues, está destrozada —le contó Alexa—. Y mi familiar dice que podría ser parte de algún demonio.

Damián se puso serio y por un segundo, la locura que le caracterizaba se esfumó de su ser. Se acercó a María y se agachó al lado del sofá. Levantó levemente su camisa, para revisar que los moratones que traía por brazos y piernas se extendían por la piel que le cubría la ropa.

—Érebos —pronunció.

—Se supone que Gula no puede salir del bosque.

—Pues, parece que ahora sí.

***

En la cabaña del bosque, el sonido de los cuchillos espantaba a los pájaros que canturreaban cerca del río. Lo único que se escuchaba era el sonido de los artilugios metálicos que cortaban los huesos de sus víctimas. Érebos estaba lleno de energía y poder en ese día, solo un poco de comida sería suficiente para sentirse completamente lleno después de la forma en la que María se había entregado a él la noche anterior.

—¿Qué cojones estás haciendo? —habló una voz grave y gruesa tras la espalda de Érebos. Éste, asustado, dejó caer el cuchillo y se clavó en la frente del hombre al que estaba descuartizando.

—¡Joder, Zarek! —se quejó el demonio capital—. Me hiciste romper lo que más me gusta.

—Aquí me llaman Raúl, deja de usar ese nombre —ordenó. Con las manos en los bolsillos, el hechicero caminó entre trozos de humanos y se detuvo al lado de Érebos—. Aléjate de Alexa.

—Oye, no he tocado a tu bruja.

—Pero, estás en su casa. No te di libre albedrio para que hicieras lo que te saliera de las narices, estás trabajando para mí.

—Nadie te dijo que te fiaras de un demonio original.

Raúl gruñó en voz baja y movió dos dedos sin mucho esfuerzo. Érebos sintió que los músculos se le contraían y las articulaciones se le rompían. Ligamentos, huesos, todo. Poco a poco. Tan lento y dolorosamente que lo hizo gritar de dolor.

—Lo último son los órganos —advirtió Raúl.

—¡Para, para! —rogó Érebos. Raúl lo cogió del cuello y con un ahorque que le hizo crujir hasta el último de los huesos, lo tumbó en la misma camilla donde ya había un cadáver. Cogió uno de los cuchillos y lo apuñaló varias veces en las costillas—. ¡Oh, jajajaja! ¡Si me lo vas a meter así, mínimo avisa y me pongo lubricante!

—Cerdo. —Lo empujó y lo dejó caer a un lado, con el cuchillo clavado. Érebos jadeó y se lo sacó, mientras expulsaba sangre por la boca.

—Uff, que agresividad, cariño. Mínimo invítame a una cerveza primero. —Al ver la furia en la mirada de Raúl, éste se sentó en el suelo y levantó las manos en estrella—. Bien, trabajo para ti. No voy a tocar a tu protegida y seguimos con el plan, pero necesito a María.

—¿Para qué?

—¿Quieres que el demonio que está contigo tenga mucho más poder? —preguntó Érebos. La respuesta era tan sencilla que Raúl no tuvo que responder—. Entonces, deja que haga lo que tengo que hacer. Por el momento, estoy atrayendo a mi hijo y necesito a la periodista.

—A tu hijo —se interesó Raúl—. Otro demonio original.

—Soberbia es muy inteligente, pero demasiado emocional —continuó Érebos—. Manipular a alguien que ha sido humano, es muy fácil. Deja que Damon venga a mí, juguemos bien nuestra partida.

Raúl dio un paso atrás y se quedó pensando. Se apoyó de la camilla sin importarle la sangre y lo desagradable que se sentía el ambiente en aquella cabaña. Dibujó una pequeña sonrisa en el rostro y asintió.

—Bien, pero tengo una tapadera muy buena, así que más te vale no romperla —advirtió.

—No, vale —Érebos se levantó y esbozó una plena sonrisa—. ¿Te quedas a comer? Puedo ser muy complaciente contigo.

—Y yo puedo hacer que te tragues la lengua.

—Me tienta.

Raúl entornó los ojos y se dispuso a marcharse.

—Por cierto —añadió antes de salir de allí—. Hay que quitarnos de encima al poli, parece imbécil, pero estoy seguro de que supo que tú estás en casa de Alexa.

Érebos rompió a carcajadas.

—¿Qué pasaría si recordara su muerte? —dejó caer, con lo que agrandó la sonrisa genuina de Raúl.

—Excelente —gruñó por lo bajo el hechicero—. Cuando no eres obsceno, eres brillante.

—De ambas formas lo soy.

***

Atraído, como una luz a la polilla sabiendo que va a morir, un joven de pelo negro y ojos azules tan claros e intensos como el mismísimo cielo, buscaba desesperado al origen de todos sus males. Terminó su turno de trabajo en un taller de coches donde lo explotaban como mecánico sin derechos ni contrato y subió a su bicicleta para descubrir un agujero nuevo en su camisa desgastada.

—¡Damon, a la próxima que vengas así de desarreglado estás despedido! —le gritó el jefe.

El joven apretó tanto el manillar de la bicicleta, que el hierro se fundió en sus manos y tomó la forma de sus huellas ardiendo de rabia. Sus ojos azules se tiñeron de negro en un escaso segundo y la cicatriz que le partía una ceja le empezó a sangrar. Sin embargo, tomó una bocanada de aire y con una falsa sonrisa, sus ojos volvieron a su azul natural y observó al jefe.

—Descuida, me despido yo.

Dicho esto, volvió a su normal apariencia seria y se marchó, olvidando tras de sí los gritos e improperios que ese señor le procesaba. Al final, ni siquiera había un contrato de por medio que obedecer.

Llegó a la finca en la que se hospedaba. Medio en ruinas y con vecinos poco agradables, pero al menos, tenía un techo sobre su cabeza el cual pudo pagar, hasta el momento. Ese mes no había sido capaz de costearse el alquiler. Subió las escaleras en silencio y cuando llegó al rellano, su piel se volvió traslucida. Traspasó la pared de su casa, para que el casero, siempre alerta tras la puerta, no pudiera pedirle el alquiler en ese justo momento.

—Joder, qué día —se quejó, sin embargo, había ido para algo más importante que un simple descanso para la vida que tenía. Entre sus brazos, cogió una carta que había recibido. Para un demonio que lo había perdido todo, incluyendo la dignidad, había sido un asombro no solo ganar un apellido, sino también una extraña herencia en un pueblo del que jamás había oído hablar en su vida. Sin embargo, no había nada que perder. Quizá podría ser un nuevo comienzo, porque desde siempre se había negado a ser un demonio como su padre. Lo odiaba tanto que odiaba la sangre que corría por sus venas y aquello al que lo había convertido.

Con las pocas propinas que le habían dado en el día, pudo pagarse el transporte público. En el autobús, el pensamiento de las personas aturdía su mente. Solo pudo sentirse tentado cuando una joven que había al final de la fila pensó en lo atractivo y guapo que se veía el nuevo chico que había subido al transporte junto a su bici. Damon escondió una pequeña sonrisa y siguió en silencio. Los demás, solo pensaban en trabajo, penas, envidias y pesares. No soportaba escuchar sus pensamientos, así que sacó el móvil y junto a unos auriculares, puso la música a todo volumen. Así fue, como pudo dejar en pausa su cuerpo y desconectar hasta que la lluvia golpeó los cristales. Se suponía que estaba cerca de Dolwill. Observó la carta, la carretera era esa, pero no había ningún camino señalizado. Se levantó y se acercó al conductor.

—Disculpe —lo llamó—. ¿Me puede dejar aquí?

—Chico, llueve a cántaros y no hay ningún pueblo cerca de esta ubicación.

Confundido, Damon volvió a mirar la carta donde señalizaba la ubicación. No podía perder la oportunidad por un conductor de autobús que siempre hacía el mismo recorrido.

—Necesito bajar justo aquí —volvió a pedir.

—Bueno, pero me desentiendo de lo que te pueda pasar.

—Tranquilo, no habrá nadie que pregunte por mí.

El señor pensó mil cosas y ninguna agradable para Damon, pero se forzó a callar para que no sospechara de que, en realidad, no era humano. Cuando el autobús arrancó, Damon subió, a su bicicleta y empezó a pedalear entre árboles y caminos que creaba con sus propios pedaleos. La niebla empezó a nublarle la visión y un camino asfaltado apareció de la nada frente a él. Sus ojos azules brillaron de alegría al observar que el lugar era el correcto. El quilómetro seiscientos sesenta y seis, indicado por una pequeña señal de madera a un lateral del arcén se lo aseguraba. Un cuervo graznó a sus espaldas cuando pasó frente al cartel de bienvenida que le daba el paso a Dolwill.

No detuvo su pedaleo cuando las primeras casas se alzaron a sus laterales. Recorrió las calles empedradas y las gotas de lluvia le empaparon los ropajes desgastados. Las ruedas salpicaron en cada callejón y se maravilló con el imponente campanario que se alzaba en medio del pueblo. La fuente de la plaza le dio la bienvenida cuando en sus aguas claras dibujó su rostro al pasar. El miedo en Damon no existía, así como otros tantos sentimientos humanos. Llegó hasta el camino que llevaba a la mansión Evans.

—Damon Evans —dijo para sí mismo. Al fin podía tener un apellido y sentirse un poco más humano. Volvió a pedalear. Cruzó las puertas de metal que se abrieron como si fueran automáticas. Junto al sobre de la carta, iban las llaves de la mansión. Dejó caer la bicicleta y levantó la mirada lentamente. Jamás había estado frente a un edificio tan señorial y a la vez aterrador. Su fachada estaba algo desgastada por el tiempo y un lateral parecía haber sido víctima

de un incendio en un pasado tenebroso. Las paredes de piedra soportaban vigas de madera en las ventanas y una cruz decoraba el apellido Evans sobre la puerta.

La mano de Damon tembló e hizo sonar las llaves. Tragó saliva. Entraron a la perfección. Con un movimiento ligero, abrió la mansión. Dio un paso al frente. No pudo evitar que la mandíbula se le desencajara. Aquello por dentro era espectacular. El suelo y decorados se vestían de polvo, pero, aun así, la belleza señorial y antigua de cada rincón de la mansión no era opacada.

Caminó y dejó su huella mojada sobre la moqueta roja. Acarició con la yema de los dedos el sofá de cuero del salón y maravillado, se fijó en la chimenea que lo esperaba. Se acercó y con un chasquido de dedos, prendió la leña que por tanto tiempo estaba esperando ser quemada. Suspiró y dejó las manos a centímetros del calor. Las fregó entre sí antes de seguir el recorrido.

Observó una habitación a un lateral y al entrar, encontró la mayor biblioteca que había visto en su vida. Sus ojos azules brillaron un poco más y tras un vistazo ligero, dejó las escrituras de la mansión sobre la mesa de aquel despacho decorado con libros que revestían la pared.

—Esto es un maldito sueño… —Observó una botella de un Whisky perfectamente conservado sobre la mesa y la cogió. En la cocina, a pesar de los años que arrastraba aquella casa, podía verse un refrigerador sin uso. Era evidente que quien fuera que vivía ahí anteriormente, tenía una gran suma de dinero en su poder.

Se sirvió el bourbon en un vaso que lavó previamente y le dio un pequeño sorbo. Las escaleras crujieron a medida que él subía. Los cuadros parecían observarlo bajo la tenue luz que se colaba de las ventanas. De entre tantas habitaciones, solo una que estaba abierta llamó la atención de Damon.

Al entrar, pudo observar un traje negro perfectamente colocado sobre la cama de sabanas rojizas y blancas. Dejó el vaso sobre una de las mesillas de noche y le quitó el polvo a la ropa. Lo elevó y se miró con él encima de sus ropas desgastadas. El reflejo del espejo del armario fue algo que no pudo creer. Parecía quedarme como un guante. Con una ilusión que no pensó tener por unos trozos de tela, se vistió con ello. Al terminar de anudar la corbata no fue capaz de tener una pequeña sonrisa que se encorvó en sus labios. Al abrir el armario, se encontró con un montón de trajes de etiqueta, de colores oscuros, de la misma talla y tan imponentes como el que llevaba puesto.

Al fijarse en un pequeño saliente en el fondo del armario, hizo presión en la madera. Ésta cedió y tras un poco más de fuerza, los billetes salieron como si fueran parte de un riachuelo creciente por la lluvia. Dio un paso hacia atrás, pues el dinero era tanto que salió desbordado del armario y le cubrió parte de los pies. El cielo azulado de sus ojos se empañó con lágrimas que simulaban una lluvia de pesar. Sus piernas fallaron y se arrodilló, con el único pensamiento en la persona que lo había traído a la vida.

—Ya no tendrás que preocuparte por mí, mamá —susurró, con la culpabilidad de la muerte de

su ancla en la boca del estómago.

Capítulo 6: Dueño del tiempo.

La respiración de María empezó a agitarse. No importaba cuánto quisiera resistirse a lo que su cuerpo estaba sintiendo, pero tras ser acostada en su cama, las sábanas se habían puesto de acuerdo para dibujar en ellas la silueta de un hombre de rudos abdominales que empezó a tocar cada parte de su cuerpo y despojarle de la ropa que se había puesto. Somnolienta, abrió levemente los ojos y se asustó al ver vivas aquellas telas que solo estaban pensadas para cubrirla en el sueño.

—Apuñalaron el cuerpo nuevo que había conseguido —señaló el ser que había poseído las sábanas—. Se ha podrido antes de tiempo y no pude cazar a nadie más. Voy a ser parte de tu cama hoy.

María inhaló y exhaló con fuerza. Sus ojos se perdieron entre las sombras de la habitación que formaban siluetas oscuras, las cuales se movían por la habitación campantes y sin pizca de vergüenza. Las sábanas cubrieron su cuerpo desnudo y sujetaron sus brazos con nudos tan fuertes como los de una soga. La tela que rozaba su boca, empezó a empaparse cuando la besó y sintió el sabor de azufre en la lengua. Gimió cuando la tela la empezó a ahogar, a probar cada centímetro de su boca. Entre sus piernas, los labios vaginales eran testigos de cómo se abrían y la tela los acariciaba. Ésta subía y bajaba a medida que María reaccionaba y elevaba la pelvis en busca de un roce nuevo. Entornó los ojos y le cayeron varias lágrimas por la sensación de calor absoluto que su cuerpo estaba sintiendo. Sus piernas temblaron, y cuando él clítoris fue azotado por la sábana, las quiso cerrar, pero las sombras que obedecían a Érebos, le sujetaron para que permaneciera del todo abierta.

Las manos de esos seres ardían con un fuego proveniente del mismísimo infierno, pero no hizo más que aumentar la excitación que María estaba sintiendo.

La sábana se enrolló entre sí y empezó a meterse en ella. Abrió sus entrañas y la penetró con brusquedad. Sus fluidos morían en la tela al igual que sus gritos de placer. Las sombras la soltaron, ella sola se forzaba a permanecer abierta de piernas para él.

Otro pedazo de tela se enrolló y empezó azotarla por detrás. La sábana se la estaba follando con una intensidad abrumadora. La polla hecha por sábanas podía medir todo cuánto quisiera, y así lo estaba aprovechando. Cada vez había más tela enrollada que la formaba, su ano se lamentaba al inicio, pero cuando se acostumbró y se abrió, también hubo más tela irrumpiendo en su interior.

—No grites —le susurró la sábana al oído, cuando le liberó la boca y sintió que su coño apretaba su tela—. Quiero follarte toda la noche.

—No me dejes más moratones, es sospechoso —pidió entre gemidos.

—Hoy solo me ocuparé de que tengas que lavarme después.

Los pechos de María fueron apresados y la sábana aprovechó la etiqueta que llevaba para rozarle sin piedad los pezones. Se enrojecieron, se endurecieron y la joven periodista tuvo que gemir sin importar si alguien la escuchaba. La misma sábana volvió a amordazarla y a jugar con su lengua. Por un instante pensó enloquecer. En medio del orgasmo, no sé detuvo. La puso de lado y como un experto actor porno, le levantó una pierna y siguió follándola. María llevó la mirada hacia su coño y lo vio. Vio como la sábana endurecida entraba y salía de ella lubricada por sus propios fluidos vaginales. Todo su cuerpo estaba envuelto por ella, incluido el clítoris al que no dejaba de fregar con una intensidad tal, que permanecía hinchado. Las lágrimas le cayeron del puro placer y dejó de estar tensa. Se rindió ante él, ante el placer.

—Así, nena. Soy tu sábana, debes confiar en mí. Al fin de cuentas, yo soy quién te cubre y protege de los demonios que se esconden en la oscuridad.

—Cúbreme y fóllame todas las noches —pidió, en completa locura.

—Juro espantar todos los monstruos con placer, aunque yo sea uno de ellos.

María se estremeció y la acompañó dos orgasmos seguidos que no hicieron una pausa en la sábana. Al contrario, aumentaron su ritmo y la ansiedad por estar más dentro de ella. En un segundo, María estaba toda envuelta por la sábana. Cabeza incluida. Acariciaba sus piernas, brazos y espalda. Envolvía su cuello y cubría sus ojos. Probaba de su boca y jugaba con la lengua, dejándole un exquisito sabor a pecado y metal que la llevaba al éxtasis sin descanso.

La sábana fue más al fondo en su ano y su coño. María lo sintió, y antes de que pudiera gritar, la amordazó con fuerza y envolvió su lengua en un delicioso beso. Los miembros hechos con tela no salían en lo absoluto de ella. La sábana se había atado y aferrado a su cintura y los embistes eran internos, intensos, fuertes. Uno tras otro. María saltaba, la cama se escuchaba, rechinaba y su estómago se abultó por la grandeza de lo que la estaba penetrando.

La cordura se esfumó, María se dio la vuelta y a voluntad empezó a montar la sábana. Escuchó una risa ahogada en su oído y pudo sentir cómo la misma expulsaba más líquido del que ella le había entregado. Se había corrido con ella, pero ni la tela ni ella estaban dispuestos a detenerse. En esa burbuja hecha por la sábana, solo había cabida para el placer y es lo único que María quería.

La sábana la colocó en cuatro, sujetó sus manos sobre el cojín y se la empezó a follar por ambos lados. Los pechos de María saltaron, hasta que fueron apretados y pellizcados por la misma tela que la estaba haciendo suya.

—Tenemos un acuerdo —comentó María, mientras jadeaba—. Tú me haces todo esto y yo a cambio tengo respuestas.

—Pregunta.

—¿Así?

Le dio una penetración fuerte y directa a su punto exacto.

—Así —aseguró él, por encima del grito ahogado de María—. Voy a terminar oliendo a coño hoy, que maldita perversidad.

María ahogó otro grito y con un gemido suave, prosiguió a preguntar.

—La tumba —dijo con la voz temblorosa—. Yo estaba ahí, ¿por qué?

—No eras tú, pero ella sí es la razón por la que estás aquí —le respondió sin reparo.

—¿Por qué?

—Porque solo por ti, ella puede regresar. —María no pudo seguir hablando, pues su boca fue cubierta y la forma en la que la sábana se la follaba, empezaba a ser tan demencial como placentera—. Gracias a ti, estaré completo, así que disfruta. Goza lo que te quede de vida. Haré que experimentes el placer más inmortal que pueda ofrecerte. Que te corras hasta la saciedad. Es mi pago por tu muerte. Y cuando llegue el momento, te prometo que no será doloroso. Tu coño estará palpitando cuando tu corazón deje de latir.

María ahogó los gritos, sus orgasmos eran provocados uno tras otro, sin control. Su cuerpo temblaba, se convulsionaba de placer y arañaba la propia sabana que le estaba haciendo entrar en un espiral de placer del que no podía salir. La sábana siguió follándola, haciéndola estallar siendo su mejor amante, hasta que las fuerzas de María se perdieron y se desmayó. Solo entonces, salió de ella y cayó inerte sobre su piel desnuda y empapada.

Cuando la noche dio paso al día, María envolvió la sábana en un montón y la lanzó contra la pared solo por recordar lo que había pasado en la noche y, comprobar que, efectivamente, no solo había sus fluidos sobre la cama. Lo había disfrutado, pero no dejaba de ser raro y con la mente y el cuerpo en frío, le dio el suficiente repelús como para que saliera volando a una esquina del cuarto.

Suspiró hondo y se vio la piel. No había moretones nuevos y los del día anterior parecían empezar a difuminarse junto a su cordura.

Se levantó de la cama, y aunque el cansancio era mayor al que ya tenía, pudo caminar hacia el baño. Una vez allí, se dejó caer en la bañera, con el agua tibia curando cada músculo contraído.

De repente, la puerta se abrió con lentitud. Tras ella, unos pequeños pasos que lo provocaban las uñas del hurón sonaron rompiendo el silencio. Raúl asomó solo la cabeza tras la puerta y miró a María con sus ojos negros como aceitunas curiosas. Movió la nariz al igual que sus orejas redondeadas y ladeó levemente la cabeza.

—Salte, sé perfectamente que no eres un animal indefenso —le dijo María, pero él no se retiró, al contrario, entró al baño y con un movimiento sutil con su patita, cerró la puerta—. ¡Voy a llamar a tu bruja si no sales de aquí inmediatamente!

Una vez llegó al lado de la bañera, se tumbó boca arriba, para volver a su forma humana. Con ambas manos tras la cabeza y una expresión de pocos amigos que denotaba la molestia que sentía con aquella mortal en esa casa.

—Hablemos, periodista venida a más… —susurró con esa voz de locutor de radio que tanto podría encender corazones en las noches—. ¿Qué tal te sientes hoy?

—Raúl, voy a gritar.

—Hazlo. —Levantó un viejo reloj de frente a los ojos de María. Éste no se movía. La manecilla de los segundos estaba encallada—. El tiempo es relativo. Y es mío. Nadie va a escucharte por mucho que te quedes sin voz y escupas una angina por tu boca.

María tragó saliva.

—¿Qué quieres? —preguntó María, con el terror envolviendo cada centímetro de su ser.

Raúl se sentó y cogió un poco de espuma con la mano. La sopló y sus ojos negros siguieron el recorrido del jabón hasta desvanecerse en el aire.

—Eres tan etérea como ese jabón, tan frágil como una gota de agua. —Se giró para mirarla directamente a los ojos—. Y estás jugando con una piedra.

—El agua erosiona las piedras.

—No sin antes morir por el camino. ¿Quieres morir por el camino, humana?

María negó con la cabeza.

—Lo dices por…

—Érebos —siguió Raúl—. Y no trabajas para él, sino para mí. Tienes un gran papel sentimental para él y puedo darte aquello que un humano no posee si sigues el juego que yo te dicte.

—¿El qué?

—Inmortalidad. —Raúl se levantó del suelo y le mostró una suave sonrisa en la que se vieron sus colmillos afilados—. Piénsalo, es una grandiosa oferta. Si aceptas, ve a la mansión Evans. El nuevo necesita una bienvenida. —Chasqueó los dedos y el agua se volvió roja. María se asustó, se echó hacia atrás y miró a Raúl suplicante—. No es sangre —aclaró antes de marcharse.

María frunció el ceño y se lamió el brazo al ver una gota roja resbalando por él. Era vino. Miró hacia la puerta y tras varios sonidos de manecillas del reloj, el tiempo se restableció y el agua volvió a hacerse trasparente. Ese hombre era el dueño del tiempo, algo sumamente aterrador.

***

Como buena periodista, claro que iba a llegar al fondo de todo lo que estaba pasando.

Se vistió con la rapidez que su cuerpo sin fuerza le permitió y salió de la casa aprovechando

que Alexa seguía dormida. Corrió por la plaza del pueblo, donde, sin querer, chocó con un niño de unos ocho años, de ojos claros y angelicales. Lo tumbó al suelo junto al pan que su madre le había ordenado comprar.

—¡Ay, perdona! —se disculpó María. Se agachó junto a él para ayudarlo a recogerlo.

—No importa —dijo el pequeño a baja voz. Levantó la mirada y el mar de sus ojos brilló al ver a María con detenimiento—. Guau, ¡cuándo sea mayor quiero una novia como tú!

María sonrió por lo dulce de ese comentario y comprendió que entre tanto ser extraño, quedaban humanos en el pueblo.

—¡Nox, date prisa! —lo llamó su madre—. ¡Parece que vaya a caer la niebla!

—¡Sí mamá! ¡Adiós, señorita!

—Adiós.

María acompañó su despido con la mano, sin alejar la mirada del pecho y sin borrar la sonrisa de su rostro. De repente se había sentido en su mundo. Una sensación cálida que le abrazaba el alma y le llenaba el corazón como un abrazo familiar y cercano.

—Estás sola —la espantó Damián. María se llevó las dos manos al pecho por escucharlo susurrar en su oreja de aquella manera.

—¡Joder, Damián!

—No le hables así a la autoridad. —María bajó la mirada hacia una pecera que llevaba en las manos con varios peces del río—. Son los jinetes del apocalipsis en peces. Fíjate en los colores.

María se quedó con la boca abierta.

—De verdad, visita a un psicólogo —le aconsejó y quiso marcharse, pero la mano de Jody se lo impidió.

—Espera, tenemos que hablar —ordenó la policía—. Damián cree que estás frecuentando a alguien que no debes.

—¿Y te fías de él?

—Es un policía perspicaz, sería capaz de confiarle mi vida. Síguenos.

María entornó los ojos y tras un suspiro no le quedó de otra que seguirlos a comisaría. De algún modo que no pudo comprender, la noche llegó como si fueran minutos. Pero claro, conocía a alguien que al menos podía parar el tiempo y supuso que del mismo modo podía jugar con el pasar de los días a su antojo.

***

A pesar de lo peligroso del pueblo, había alguien que disfrutaba de la vista. Recordaba la sonrisa que se dibujaba en cada uno de los habitantes, la naturaleza que rodeaba el pueblo, la magia que desprendía. Tan apacible y eterna antes de que se volviera oscura y tenebrosa. El

espeso bosque que los abrigaba, los protegía e intimidaba a partes iguales nunca había sido un guardián malvado para ella.

Desde que la oscuridad se apoderó de cada rincón del pueblo y muchos tuvieron que huir de él, la gente temerosa empezó a narrar historias de sucesos extraños que se habían vuelto comunes, pero a ella, seguía sin darle miedo. Solía caminar bajo el susurro del viento, envuelta por las sombras de los árboles y acompañada con el crujir de las hojas que se rompían bajo sus pasos. Dentro de su infinita forma oscura, al atreverse a inmiscuirse en su interior, el bosque la comprendía más que nadie. Silencioso, señorial y mágico. Una belleza que pocos podían observar, pero que ella tenía la dicha de poder hacerlo.

La rubia de ojos azules, suspiró hondo y dejó que las lágrimas fluyeran por sus ojos al igual que los recuerdos de su niñez en el pueblo. Algunas veces soñó con huir, pero otras, daba las gracias por vivir en Dolwill.

En sus oídos, retumbó la voz de su hermano pequeño. Ella observaba el bosque sentada en el pasto, envuelta por su larga falda blanca. Sus padres no sabían que la niña disfrutaba de las vistas al tenebroso bosque cada noche. De saberlo, seguramente, no la dejarían salir de casa.

—¡Naminé! —el suave y melodioso grito de su hermano pequeño amenizó sus pensamientos por el bosque—. ¡Tengo algo para ti!

Dirigió la mirada hacia él. El pequeño de ojos azules y sonrisa radiante corrió dándose paso entre los caballos para llegar ante su hermana con las manos cargadas de flores. La niña se percató de cómo las entrelazaba entre sí, formando una diadema que luego, colocó en su cabeza, adornando el cabello.

—¡Son hermosas, Nox! Gracias.

—Papá dijo que te gustarían —contó con entusiasmo. Se dejó caer a su lado, sentándose y se puso a juguetear a arrancar trocitos de hierba—. He acompañado a mamá al pueblo a por el pan y vi una mujer hermosa.

—Vaya, que bien.

—¿Cómo crees que será el cuento que nos narre mamá hoy antes de dormir?

—Yo quiero una de aventuras —respondió la niña.

La madre siempre les contaba historias que ocurrieron en el pueblo a modo de cuento de hadas. Bajo una suave y bondadosa voz hacía que pudieran imaginar al punto de verse como los protagonistas. Naminé se veía como una atrevida luchadora en cada una de ellas.

—¡Nox, ven! —lo llamó su padre—. ¡Te necesito para que me ayudes con la leña!

—¡Voy!

El niño besó la frente de su hermana mayor antes de marcharse. Ella mostró una suave sonrisa que terminó siendo una risita baja. Sabía que más que ayudar al señor lo que conseguiría era dar problemas, pero su padre disfrutaba de pasar tiempo con los dos.

La vista de Naminé se fijó en uno de los potrillos recién nacidos. Le recordaba a su hermano, tan pequeño, frágil y contento. Libre y tierno como ese pequeño caballo.

De repente, un crujido sonó a sus espaldas. Se dio la vuelta bruscamente, pero no pudo ver nada que lo hubiera provocado. Los caballos cercanos seguían en la misma posición y aquel crujido había sonado demasiado cerca. Sintió la comodidad calarle en los huesos y por un impulso, se levantó del suelo. Iba a anochecer y era hora de regresar a casa, pero antes, debía meter los caballos al establo.

Los fue metiendo uno a uno, pero cuando la última yegua y mamá del pequeño potro dio un paso frente a ella, notó que el recién nacido no estaba. El corazón de Naminé empezó a acelerarse. No era común que un potro se alejara de su madre. Lo empezó a buscar, pero no había rastro. Entonces, sus ojos azules se dirigieron hacia el bosque. Tragó saliva, aunque le costó debido al nudo que se había forjado en su garganta. Aseguró a los animales y salió corriendo hacia la zona del pasto.

Y otro crujido. Llevó la mirada hacia los primeros árboles del bosque, de donde había provenido el romper de ramas que había escuchado. Justo por el estrecho camino por el que solía pasear sin permiso de sus padres. Se acercó, una de sus manos tocó la madera del primer árbol. Lo escuchó crujir, pero su atención permaneció en la marca de pequeños cascos que se adentraban al oscuro y tenebroso bosque. Su preocupación creció.

—¡Naminé, está anocheciendo! —la llamó su madre desde la puerta de su casa. La miró un momento, la señora se ataba una rebeca de lana sin atreverse a dar un paso fuera del umbral de su hogar—. ¡Sabes que no podemos estar tarde fuera de casa!

La desesperación en la niña creció.

—¡El potrillo se ha marchado por el bosque! —informó.

—Si se ha metido ahí, ya no hay nada que hacer.

—Pero, ¡mamá! —con el reclamo, sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas—. Es solo un bebé.

—Para mí, la protección de mi familia es más importante que la de un animal —sentenció la mujer, que había abandonado su puesto en la casa para acercarse a su hija y persuadirla de hacer cualquier locura—. Vamos a casa.

La mente de Naminé se bloqueó y sus pies se movieron solos. Corrió hacia la dirección que tomaban las huellas de los cascos. Escuchaba a su madre gritar y rogar de fondo, pero la ignoró. Sus pasos eran torpes debido a las lágrimas que nublaban sus ojos y la cegaban. Ella no era capaz de abandonar a ningún ser vivo, aunque fuera un animal. Los gritos de la señora quedaron atrás, no iba a atreverse a pasar de los primeros árboles sin la compañía de su marido. Por suerte, la niña conocía cada roble, cada matorral, cada camino. Como si se dibujara en la palma de su mano.

Cuando se calmó, las mangas del vestido fueron su pañuelo para limpiarse el rostro. Respiró con tranquilidad, porque, aunque a los demás el bosque les daba pánico, a ella le resultaba apacible lo tenebroso.

Dio un paso y escuchó otro. Naminé frunció el ceño y arrugó la nariz. Comprobó dar varios pasos más y ocurría lo mismo. Las hojas rompían del mismo modo que lo hacían bajo sus pies. Se detuvo con una inquietud que nunca había sentido antes. Miró a cada dirección posible y aunque se sintió vigilada, no pudo ver nada. No quiso hacer caso a nada de lo que sonase con el fin de encontrar al potro, pero de repente, un relincho la puso en alerta.

—¡Pequeño! —gritó—. ¡Ya voy a por ti!

Corrió con todas sus fuerzas, siguiendo la dirección de los relinchos.

Sus pasos la llevaron a un lugar fantástico, donde tuvo que deleitarse con las vistas. Un río serpenteaba a través del corazón del bosque, dividiéndolo en dos mitades iguales. Su curso se precipitaba en una cascada majestuosa, cuya agua caía con un rugido ensordecedor y se transformaba en una bruma brillante que parecía hechizar el aire a su alrededor. La belleza del paisaje se unía a un sentimiento inquietante de peligro latente.

En el fondo, dominando el horizonte, se erguía una imponente torre de piedra. Sus muros estaban cubiertos de flores vibrantes, que ofrecían un contraste sorprendente con el entorno sombrío del bosque. La torre, antigua y majestuosa, parecía un faro de vida en medio de la oscuridad. Las piedras desgastadas por el paso del tiempo contaban historias de tiempos quizá más sombríos o fantasiosos, mientras que las flores que cubrían la fachada, tan hermosa como inquietantes, consiguieron en la niña una sensación extraña de estar en casa. Fue cuando se preguntó, cómo sería vivir ahí y qué precio se debía pagar por eso.

Mientras el sonido de la cascada inundaba sus oídos, la llevó a recordar uno de los cuentos que su madre solía contarle a su hermano y a ella por las noches. Sin embargo, no se detuvo mucho a pensarlo, pues exhaló aliviada al ver al potro tranquilo, bebiendo de la orilla. En medio de ese oasis natural, su sonrisa volvió a brillar como siempre solía hacerlo.

Dio unos pasos hacia el pequeño animal. No había tenido mucho trato con los humanos, así que se acercó con mucho cuidado para cogerlo sin que ninguno de los dos resultara herido. A medida que avanzaba, el animal reculaba, aunque pareciera que miraba a una dirección diferente. Detrás de ella.

—Tranquilo, pequeño —susurró y alargó la mano para intentar tocar su hocico con los dedos —. Soy buena, quiero llevarte a casa con tu mamá.

Como si de un espasmo involuntario se tratase, el pequeño animal piafó y corrió hacia ella. La obligó a echarse al suelo para no ser aplastada. Horrorizada, levantó la mirada y vio cómo, sin sentido alguno, el animal saltó y se precipitó de cabeza al río. Justo, donde la corriente era más agresiva.

—¡No! —gritó.

La impulsividad de Naminé la llevó a saltar detrás del potro. Sin pensarlo, sin medir las consecuencias. Consiguió coger la cabeza del pequeño y la levantó para que no se asfixiase. Lo difícil llegó cuando tuvo que nadar a contracorriente. Las fuerzas de la niña se iban agotando a cada movimiento. Lo intentaba. Intentaba nadar a la orilla, pero la corriente la arrastraba con su imponente presencia, sin piedad por ella, por el animal o por cualquiera que cayera en sus profundidades. Empezó a ver la orilla cada vez más lejana. Su resistencia física se agotaba y su final cayendo por la cascada era cada vez más próximo.

Una roca golpeó su pierna y se hundió. Perdió el potro al igual que el aire. Lo tuvo claro; si no la mataba la caída se ahogaría antes. Empezó a observar borroso, los ojos se le cerraron. Se preguntó a sí misma si iba a morir. A punto de perder la conciencia, observó unos ojos azules y brillantes, mucho más que la luna reflejando sobre el agua. Una enorme mano cubrió parte de su espalda, la cual se arqueó hacia atrás. No tenía fuerzas para ninguna especie de resistencia. Fue entonces, cuando perdió el conocimiento.

Se quejó. Estaba empapada y debía sentir frío, pero lo que sentía era calor. Sus ojos se abrieron lentamente para encontrarse con la luz candente de una hoguera. Reaccionó a la fuerza y empezó a toser. Parte del agua que no había expulsado se resbaló por su mentón. Confundida, se quedó sentada. Todo el cuerpo le dolía y, además, la cubría una chaqueta de cuero negro. Se quedó mirando fijamente la chaqueta y el olor a alcohol que desprendía. Era Bourbon.

—¿Cómo he salido del agua? —murmuró para sí misma.

Un relinchar pequeño le hizo girar el torso. El potro estaba atado a uno de los árboles por una soga.

—Cómo… —volvió a susurrar. Su mirada llegó a la hoguera y luego, a su lado.

Unas zapatillas negras, pantalones del mismo color. Siguió subiendo la mirada por el torso de aquel hombre. Al menos la camisa era blanca y resaltaba con el vestuario. Se detuvo en su rostro y tragó saliva. Era un atractivo hombre de ojos azul oscuro que, sentado a su lado, traía una expresión de molestia mientras quemaba un palo. Como si de ese modo estuviera quemándose él mismo por haberla salvado. Llevó la mirada hacia ella y frunció el ceño. Elevó el labio superior con un evidente mohín de desagrado. Fue entonces, cuando Naminé pensó que iba a matarla.

—Te saco del río para luego matarte, tu lógica es asombrosa. —A la niña se le cortó la respiración, le había respondido a sus pensamientos. Poco pudo pensar antes de que gritara—. ¡¿Estás loca o qué te pasa?!

Naminé no sabía qué responderle. Permanecía con los ojos abiertos como una gacela frente a un león.

—Yo… Siento haber pensado… —se calló. ¿De verdad se estaba disculpando por un pensamiento?

—No lo digo por eso, es lo de menos. —Se pasó una mano por el pelo. Estaba muy molesto —. Dime, ¿en qué momento decidiste morir con tanta facilidad?

—No podía dejar que se ahogara.

—Y por eso dijiste, ¡voy a ser buena compañera e iré a asfixiarme con él!

—¡No! ¡Solo no quería que muriera!

La niña empezó a colapsar. Era de noche y sus padres iban a regañarla. Si un extraño ya lo había hecho, con más motivo lo harían ellos. Se vio como una impulsiva, una cabezota y entonces, sintió que metía en problemas incluso a la gente que no conocía. Le costaba demasiado controlar sus sentimientos y su mente se hacía un nudo con demasiada facilidad.

—Yo… Soy un desastre —susurró. Dobló las piernas y las abrazó. Luego agachó la cabeza entre ellas—. Lo siento mucho. Siento haberte dado tantas molestias, señor.

—Fue mi culpa. —La mirada celeste y vidriosa de Naminé se fundió con el azul oscuro del hombre sentado a su lado. Él siguió—. El animal me vio antes que tú y se asustó. Por eso saltó de esa manera al río. Tiene más sentido de la supervivencia que tú.

—¿Qué estabas haciendo en el bosque? —Con la pregunta de la niña, él frunció más el ceño. Si es que eso era posible, por lo que Naminé pudo prever que no le gustaban las preguntas—. Lo pregunto, porque no es muy común que la gente del pueblo se meta al bosque.

—Estaba cazando. —Naminé bajó la mirada a cómo iba vestido. No eran ropas de caza, aunque poco pudo ver, pues cuando llegó a la camisa y se fijó en la forma en la que la camisa se pegaba a sus músculos, las mejillas le ardieron y tuvo que forzarse a apartar la vista—. Lo raro aquí es ver a una niña tozuda metiéndose a un lugar que todos temen. Eso sí que es raro.

—No le temo al bosque. Suelo venir bastante, incluso de noche.

—Y estás viva, fascinante.

—En realidad, gracias a ti.

—Ese no era el plan.

—Pero lo has hecho.

El hombre levantó las cejas, aunque no parecía para nada sorprendido. Dio un largo suspiro y se levantó del suelo. Su fuerte y robusta figura le aclaró a Naminé cualquier duda que tenía de cómo había podido sacarla a ella y al potro del río. Entonces la miró. Sus ojos, con ese azul profundo, parecían perforar el alma de quien los mirara, irradiando una intensidad y una seguridad inquebrantable. Su cabello, negro como cada sombra de los árboles, caía de manera desordenada sobre su frente, aumentando su aspecto salvaje. La tela húmeda de la camisa, transparentaba ligeramente e insinuaba la fortaleza que yacía debajo. Naminé no pudo sostener la mirada en él por mucho tiempo y la vergüenza de que la hubiera pillado haciéndole un repaso, le

ardió en el rostro.

A pesar de su apariencia ruda y varonil, había algo en su porte y en la forma en la que se movía que sugerían un control absoluto sobre sí mismo y de su entorno. Era como un brebaje que mezclaba la fuerza bruta y la elegancia contenida.

—Te acompañaré a casa —le dijo él, ignorando todo lo que la joven estaba pensando—. No deberías venir más por aquí, mucho menos sola.

—Lo tendré en cuenta.

Aunque cansada, Naminé logró levantarse y sujetar la chaqueta para que no cayera al suelo y se ensuciara.

—Vámonos antes de que nos vean. —El hombre parecía un poco inquieto.

—Gracias por prestarme tu chaqueta, por salvarme y por tomarte la molestia de ayudar a mi caballo.

La miró de reojo y se acercó para entregarle la cuerda que sujetaba al potro.

—De nada —respondió cortante—. Empieza a escuchar más las historias que se cuentan por el pueblo y deja de arriesgar tu vida tan tontamente al meterte al bosque.

No dejaba de regañarla, lo que la hizo suspirar. Al no pedir la chaqueta, Naminé la utilizó para cubrir sus hombros. Se iba enfriando a la vez que se alejaban del fuego. Entonces, la niña se dio media vuelta. Según ella no habían apagado el fuego, sin embargo, lo estaba. No salía ni humo. No había rastro de nada, como si nunca hubiera estado ahí.

—Muévete, no tengo toda la noche —volvió a regañar.

Naminé agachó la cabeza y lo siguió. No quería escuchar ni un regaño más, iba a tener suficientes al regresar a casa. El camino fue silencioso, guiada por los pasos sonoros de su salvador. Iluminados solo por la luna llena que señalaba el camino con sus siluetas en la oscura noche. A pesar de llegar al prado y saber que la niña podía llegar a casa desde ahí, el hombre que la acompañaba no se detuvo. Caminó con decisión, sabiendo dónde se encontraban las caballerizas, como si la casa fuera propia. Naminé lo observó de reojo un momento mientras dejaba al potro en las caballerizas. Le resultaba demasiado extraño, pero a la vez, atrayente.

Antes de llamar a la puerta de su casa, el cuerpo de Naminé se detuvo en seco.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó curiosa.

—Damon Evans.

La joven le dedicó una sonrisa suave antes de girarse hacia la puerta.

—Gracias por responder. —Llamó a la puerta.

—Naminé —la llamó y ella se giró de golpe. No le había dicho su nombre en ningún momento. Señaló hacia sus hombros—. Mi chaqueta.

La niña se quedó en trance y él aprovechó para arrebatarle la chaqueta. Pudo ver una sonrisa dibujarse en los finos labios de Damon. El amplio asombro que los ojos de la niña reflejaban, era

tanto, que, por no pestañear, le empezaban a doler. La puerta se abrió, llevó un segundo la mirada hacia su madre y cuando regresó a la posición inicial, el hombre ya no estaba.

Capítulo 7: Death

Un aleteo, una respiración. Una exhalación que se convertía en jadeos cortos que levantaban el pecho y contraía los pulmones de Raúl. El sudor caía frío sobre su frente y con las manos arañó el colchón hasta que las uñas rompieron las sabanas que lo envolvían. En su ventana, el cuervo que lo seguía desde que había aparecido en Dolwill, empezó a emanar graznidos aterradores que sonaron más a una bestia del inframundo que a un simple pájaro negro. Con el pico, empezó a golpear el vidrio. Cada quejido de dolor que Raúl daba envuelto en una pesadilla en la que perdía la cordura y a la mujer de su vida, suponía un golpe más en la ventana. Hasta que cedió. El crujido y el sonido del cristal rompiéndose no despertó al hechicero, estaba como en trance. En un universo donde el dolor era más fuerte que la propia vida.

El animal revoloteó varias veces en círculo sobre su rostro y se detuvo en el pecho, mirándolo con detenimiento. Levantó la cabeza y abrió el pico. Al hacerlo, una sombra cuya altura era imposible de descifrar con claridad salió de su interior y se posó observando a Raúl a centímetros de su rostro. Solo se podían distinguir dos ojos blanquecinos con tres puntos negros que formaban su iris, en los cuales, si te fijabas bien, veías la propia muerte de la humanidad en ellos. Raúl gritó a la vez que ese ser, rugiendo, se metió en sus entrañas y abrió los ojos en el momento que su corazón tuvo una pequeña arritmia. El pájaro cayó sin vida a un lado de la cama y solo le quedó un último suspiro antes de que el grito de Raúl despertara a Alexa que dormía plácidamente en la habitación contigua.

—Joder, ¿qué coño fue eso? —se quejó Raúl. Vio sus manos temblorosas y el sudor que empezaba a sentirse recorriendo su espalda.

La puerta se abrió abruptamente y la bruja lo observó, tan asustada como él mismo.

—¿Gritaste tú? —le preguntó—. ¡Me has asustado!

—Solo fue un mal sueño.

Alexa llevó la mirada hacia la ventana partida, Raúl hizo lo mismo y arrugó la nariz con extrañeza.

—¿Solo un mal sueño? —insistió ella.

—Eso creo…

La pelirroja dio unos pasos hacia su familiar y le llevó la mano a la frente.

—Estás ardiendo, no sé si sería prudente que fueras a tomar una ducha.

—Será mejor —susurró Raúl. Se sentía extraño, aturdido. La mente se le confundía entre pensamientos propios y otros que en su sano juicio jamás tendría, como el querer arrancarle la cabeza a Alexa sin venir a cuento.

Arrastró los pies por el suelo y empezó a marearse. Escuchó de lejos como Alexa recogía los vidrios y una risa cínica salió de lo más hondo de su ser, al imaginarla tocando uno de los cristales y cortándose la mano.

Tropezó contra la puerta y al sentir el golpe, el puñetazo fue tal que rompió la madera.

—¡¿Qué fue eso?! —gritó Alexa desde la habitación.

—¡Nada! —Raúl bajó la voz para seguir—. Métete en tus putos asuntos, escoria.

Al escucharse él mismo, parpadeó varias veces y se pasó ambas manos por la cara. Intentó arreglar la puerta, pero cuando un trozo de madera estuvo en su sitio el otro cayó y terminó con el pomo en la mano, mientras que todo lo demás estaba destruido.

—Oh, genial. Menos mal que no pago alquiler.

Llegó hasta la ducha y reguló el agua, sin embargo, la fiebre le estaba llevando a un estado de delirio extremo con el que no conseguía enfocar bien lo que estaba frente a él. Ningún detalle del baño se veía claro. Apoyó las dos manos en la pica e inclinó el cuerpo hacia delante. Abrió el agua y metió la cabeza debajo del chorro fresco.

—¿Quieres ahogarte? —le habló una voz gruesa en su cabeza.

Raúl se levantó de golpe y aunque se golpeó la nuca con el grifo, le preocupaba más el estar teniendo un episodio de esquizofrenia.

Se escurrió el agua del rostro con las manos y se observó en el espejo. Parpadeó varias veces y cuando pudo percatarse, su cara había cambiado. Sus ojos se veían blancos como la misma pared o como el alma de un ángel, pero los tres puntos que se veían en ellos mostraban un mural de caos y horror en su interior. No podía escuchar los gritos de la gente que en ellos se reflejaba, pero sí podía sentir la agonía. Su boca se desfiguró, mostrando una hilera de afilados dientes puntiagudos.

—¡Aaah! —el grito de Raúl volvió a alarmar a Alexa. Él se echó hacia atrás y como si de un mal sueño se tratara, cuando se volvió a mirar, estaba normal. Las piernas le fallaron y cayó en el suelo.

—¡La puerta! —se quejó Alexa, hasta que vio la palidez en el rostro de Raúl. Entrecerró los ojos y se acercó a él—. ¿Raúl? Estás como si hubieras visto un fantasma.

—No sé qué he visto… ¡No lo sé!

—Levántate, no sé si llamar al médico.

—¡Nada de médicos! —gritó la voz de la cabeza de Raúl.

—¡No llames a un médico! —le siguió Raúl. Alexa entrecerró los ojos, estaba tan confusa como el mismo Raúl.

—Va…le… —susurró la joven. Intentó ayudar a Raúl para caminar fuera del baño, pero él se quedó quieto, pegado a la pared.

—Parece deliciosa —le habló la voz—. Quizá con un poco de sal.

—¿Cómo? —le respondió Raúl—. No soy un puto canibal.

—¿Con quién hablas? —se preocupó Alexa.

—Dile que soy tu Pepito grillo.

—¡Cállate! —gritó Raúl. Alexa dio un salto hacia atrás y levantó las manos.

—Vale, me callo —susurró la pelirroja—. Solo quería ayudar.

—No, tú no, esque… —Raúl quiso explicarse, pero no sabía cómo. Se llevó las dos manos a la cabeza y salió por el lado de la bruja—. Necesito irme, tomar el aire.

Bajó al salón y vio a María. Llevaba horas en un interrogatorio absurdo y sabía que no había cumplido lo exigido por Raúl. La mirada de ambos se cruzó, pero el hechicero no estaba por la labor de atender asuntos que tuvieran que ver fuera de su propia mente.

—¿A esta sí le arrancamos la cabeza? —le preguntó la voz.

—¡No! —María lo escuchó y frunció el ceño. Raúl, en cambio, no le dijo nada y se marchó de casa—. Me estoy volviendo esquizofrénico, es eso.

—Para esquizofrénico estoy yo —volvió a hablarle la voz—. ¿Sabes lo que ha sido acosarte durante tantos años hasta hoy? Eres muy cargante.

—¿Cómo? —Raúl se apretó las sienes y negó varias veces. Era imposible que tuviera una conversación con él mismo de esa manera. Los latidos de su corazón empezaron a acelerarse y se golpeó la cabeza a voluntad—. ¡Basta!

Echó a correr, como queriendo escapar de lo que le estaba pasando, creyendo que estaba envuelto en una vorágine de locura transitoria y que pronto, esa voz en su cabeza, desaparecería.

—Haz eso que haces tú para irnos a otro sitio —le pidió la voz. Raúl se quedó quieto, de pie, en medio del bosque, mientras el agua de la lluvia lo empapaba—. Tengo hambre y ganas de fiesta.

—Lo que hago yo —repitió Raúl—. ¿Cómo sabes que sé usar portales dimensionales?

—Te he dicho que te he acosado, denúnciame. Será divertido.

Raúl suspiró y volvió a negarse a él mismo que lo que estaba pasando, fuera real.

—Necesito un trago —dijo para sí mismo.

—¡Eso, vamos a emborracharnos!

—¿Vamos?

Al fin la voz se calló y los latidos de Raúl empezaron a calmarse. Detuvo la mano frente a su rostro y con un pequeño rugido, se abrió un portal hacia el mundo terrenal. Lejos de Dolwill y donde podía beber hasta perder el conocimiento si hacía falta con tal de olvidar la locura que estaba viviendo.

Caminó por las calles nocturnas y divisó un local que no solo servía bebidas alcohólicas, también comida. La barriga le rugió como si no hubiera cenado o comido por milenios. Se sentó en el taburete de la barra y levantó el dedo para pedir un trago, pero…

—Comida —exigió la voz de su cabeza.

—Comida —repitió él. Agachó la cabeza y golpeó la frente contra la barra—. ¡Lárgate de mi cabeza!

—Señor, ¿está bien? —preguntó la camarera. Raúl forzó una sonrisa.

—Sí, estamos bien, guapa. Digo, estoy, estoy… —respondió, para sonar amable.

—¿Cómo que guapa? —reclamó la dichosa voz—. Ella no es, aún no.

—¿Qué coño estás diciendo?

Raúl se percató de lo raro que lo miraba la camarera y forzó una sonrisa. Se giró para aparentar normalidad e ignorar a la voz que seguía hablándole como si alguien más lo acompañara.

—Yo te diré a quién le puedes llamar así, pero a otra no. Hagamos las cosas bien.

Raúl lo ignoró por esa vez. Su estómago volvió a quejarse y sin más remedio, obedeció a su cuerpo y esa extraña voz. Pidió comida junto a la botella de cerveza y al dar el primer bocado, escuchó como ese extraño que se había colado en su mente, disfrutaba del sabor y de la comida tanto como él.

—Menos mal que estás comiendo, estaba por comerte por dentro si no me alimentabas —le advirtió. Raúl cerró los ojos un momento y se levantó del taburete. El aturdimiento se acrecentó y golpeó el hierro de la barra de una patada—. Uy, te estoy poniendo nervioso.

—¡Sal de mi cabeza! —le exigió.

—¿Crees que puedes exigirme tú a mí? Todavía no sabes quién soy yo.

La gente, horrorizada, empezó a salir del local por los gritos de Raúl. Ellos no sabían con quién hablaba y qué tanto le estaba torturando aquella voz. El hombre de seguridad posó la mano sobre el hombro del hechicero y le invitó a marcharse. Raúl se giró, pero cuando lo hizo, su rostro no era humano. No había color en sus ojos y los colmillos sobrepasaban los labios por completo. Con un movimiento rápido, la mano de Raúl rompió la caja torácica del hombre y le sacó el corazón. Sin embargo, a pesar de la sangre que el señor derramaba y del grito que ahogó con ella, el corazón no dejaba de latir, seguía vivo, aun cuando el órgano no estaba en su lugar.

—Me presento —dijo la voz de su cabeza—. Soy Death, y sí, yo decido quién muere y quién no.

El corazón dejó de latir y el hombre cayó al suelo. El rostro de Raúl regresó a su estado natural y con horror, soltó el órgano que caliente le manchaba la mano. Miró de reojo a los dueños del bar, éstos estaban llamando a la policía.

—Joder, ¡joder! —Sin esperar a comprender nada, empezó a correr para marcharse de ahí.

—¡Pero deja que venga la policía, será más divertido!

—¡Cállate la maldita boca! —Cuando las sirenas de policía sonaron, Raúl abrió otro portal, llevando consigo al intruso a otro plano paralelo de la tierra, donde el espacio tiempo no existía y

se había detenido alrededor de los dos—. Vale, estamos en punto muerto. Dime qué quieres de mí.

—Tú quisiste algo de mí antes. —Del pecho de Raúl, creció una vigorosa sombra negra que podría confundirse con petróleo viviente. Se alzó sobre él y su rostro, fuera de ser humano, mostró solo los ojos blanquecinos y su sonrisa amenazante repleta de dientes afilados como cuchillas—. Hiciste un pacto conmigo cuando asesinaron a las brujas de Salem.

Raúl frunció el ceño y agachó la mirada hacia su pecho, donde se encontraba dibujada la media luna que formaba el sello con la deidad o lo que fuera que había pactado.

—¿Hice el pacto con la mismísima muerte?

—¡Anda, pero si sabes pensar! Ya estaba dudando de tu IQ.

Raúl resopló y levantó la mano. Le traspasó el pecho y observó el líquido pegajoso que lo formaba.

—Que mal royo —murmuró.

—Anda que tú eres guapo, chaval. Te conviertes en ardilla.

—¡Es un hurón!

—Lo que sea, yo al menos soy enorme.

—Claro, ya.

—¿Te digo qué más tengo grande?

—¡Por Dios!

—¡Los sentimientos, inútil!

Raúl entornó los ojos y resopló, con la poca paciencia que le quedaba.

—¡Todavía no me has dicho qué quieres de mí!

—Lo quiero todo, amorcito.

Raúl entrecerró los ojos.

—Voy a buscar un hechizo para arrancarte de mi cuerpo ahora mismo.

—¡Y morirás! —se alegró la muerte—. Mira, es fácil lo que quiero de ti. Eres como un taxista o como un escort. Ambas cosas, pero sin cobrar.

—Quiero matarte.

—Ponte a la cola. —Death se elevó sobre él y mostró sus tres metros de altura, sabiendo que nadie podría verlo—. No puedo estar en el mundo humano sin ti. En ningún otro plano que no sea el inframundo, si no es contigo. Tenemos un pacto álmico y ahí abajo está calentito, pero es muy aburrido. La gente no tiene chicha, son todo huesos. ¿Lo pillas? Porque están muertos y eso…

Raúl lo seguía mirando con una seriedad que podía cortar la tensión entre los dos.

—¿Te crees gracioso? —soltó el hechicero.

—No lo creo, lo soy. Soy mejor que tú y que todo el mundo, pero sé que cuesta digerir.

Tranquilo, terminarás por acostumbrarte.

—Entonces, ¿estás conmigo por aburrimiento? —preguntó Raúl, encaminando la conversación.

—Sí.

—No te creo.

—Puede que haya algo más, pero no tengo tanta confianza contigo como para abrir la boca tan rápido. Si quieres abrirla tú pero para otra cosa, yo encantado.

Raúl suspiró hondo y se mordió el labio inferior para intentar calmar la ansiedad que le estaba provocando.

—Mira, voy a dejar que te quedes conmigo, pero…

—No me dejas quedarme contigo —lo interrumpió—. Me lo debes, tu vida es mía. Eres mío, de mi propiedad. ¿Lo entiendes? Somos uno y es fantástico.

—Estás pirado.

—Pronto te darás cuenta de que no miento, amorcito.

—No me llames así, y si te vas a quedar tendrás que seguir unas normas o acabaré en el psiquiátrico.

—Le vienes con normas a quien ama el caos. El mismo que también amas tú.

—Solo… No quieras comerte a Alexa —pidió Raúl, harto de intentar convencer a ese ser tan poco flexible—. Soy su familiar.

—Somos.

—Pues en plural, como sea. Se lo debo.

—¿Por qué razón?

Raúl suspiró hondo y se encogió de hombros.

—Cuando le pedí ser su familiar, no sé si la estaba rescatando a ella, o ella a mí. Aceptó sin conocerme. Hacía mucho tiempo que alguien confiaba en mí tan ciegamente.

Death asintió. Volvió a poseer la altura de Raúl y ladeó levemente la cabeza.

—Bien, no me como a la pelirroja, pero date prisa para encontrar a nuestra chica porque a esa sí nos la vamos a comer. De una manera demasiado perversa para que pudiera salir en los cines.

Raúl hizo una mueca.

—No sé de quién me hablas.

—Pronto lo sabrás, ¿volvemos con la bruja y con la que se folla al demonio?

—¿No tienes filtro?

—Para qué.

Poco convencido, Raúl abrió otro portal que lo llevó a Dolwill, justo frente a la puerta de su casa. Alexa lo esperaba con una preocupación palpable. Al final, el único que le quedaba era él.

Corrió a su encuentro y lo abrazó con fuerza.

—Estaba muy preocupada por ti —confesó y en sus ojos claros se notó lo poco que había descansado desde que él se había ido.

—Tenías razón, a esta bruja la tenemos que querer —comentó Death.

—Estoy bien —respondió Raúl, ignorando esa voz que ya sabía que no iba a desaparecer—. Me pasó algo extraño, pero… Todo está bien.

—Te prepararé algo, creo que has enfermado por el tiempo loco que tenemos aquí. —Alexa se retiró hablando sola respecto a chocolate caliente y galletas.

Una vez se había ido, Raúl se acercó a María y la levantó del sofá, cogiéndola del pelo de la nuca con tanta fuerza, que le provocó un gemido.

—Te dije que fueras con Damon —gruñó el hechicero.

—Fui, pero Damián y Jody me detuvieron a medio camino y me estuvieron interrogando. Saben que tengo trato con Érebos.

—¿Se lo confesaste tú?

—¡No! —Hizo un mohín de desagrado—. Fue Damián, es un ángel y él presiente estas cosas.

—Que Érebos no lo sepa. Continúa viéndote con él como te pedí y ve a casa de Damon nada más te sea posible.

—¿Y Damián?

—Yo me encargaré de él.

***

Podría verse como la diosa más hermosa de todo el reino. Como una deidad imponente e inalcanzable. Su cabello blanco caía como una cascada de poder decoradas por polvo de hadas de color amarillo. Sus ojos traían el perfilado de sirena que su hermana Alice le había realizado para que fuera la envidia o la inspiración de cada mujer que la viera en su enlace. Kate era una furia, no era de la realeza y eso había dado mucho de qué hablar en el reino. Sin embargo, aunque los planes de Eiden se habían torcido al no poder contrarrestar a “La Nada” ese pacto seguía siendo importante para salvaguardar la seguridad del reino. Cuánto más poderosos los vieran, menos se atreverían a atacarlos.

El vestido no era blanco, sino que el verde ceñido con pequeños volantes se asemejaba a las escamas de las serpientes que a voluntad sacaba de su ser para envenenar a sus adversarios. Se veía vigorosa, salvaje, tentadora, ella. No había nadie más en todo el reino que pudiera verse tan maravillosa vestida de un verde venenoso el día de su boda. El rojo sangre vistió sus labios y sus colmillos reflejaron el color en el blanco impoluto que los adornaba. Los ojos de Kate, brillaron del mismo color que sus labios y el iris reptiliano y negro, le daba ese toque único que podría

hipnotizar a cualquier hombre difícil.

—Estás hermosa —aseguró Bella—. Sé que este matrimonio no llega a ser real, pero, por todos los Dioses, quiero llorar.

—Ay, Bella —Kate la estrechó entre sus brazos y Alice se les unió con una sonrisa radiante en el rostro. El azul del vestido de la sirena contrastaba muchísimo con las vestimentas góticas de sus dos hermanas mayores.

—Alice, consigue unas flores del jardín para el ramo —pidió Bella y la sirena no tardó en salir corriendo descalza de la habitación. A sus espaldas, dejó a ambas furias riéndose por la forma en la que la más joven se entusiasmaba.

Sin embargo, la sonrisa de Alice cambió cuando al doblar la esquina del pasillo, se estampó contra el mismísimo rey. Las escaleras estaban peligrosamente cerca, por lo que en un acto de protección impropio de Eiden la sujetó del brazo e ignoró el hecho de que le había derramado por encima el té que iba a tomar para menguar los nervios.

Cuando la mirada de los dos conectó en el pequeño espacio que los separaba, la mano del rey se aflojó y la dejó libre.

—Perdón, pensé que ibas a caerte —se disculpó Eiden. Ella negó y señaló la camisa que llevaba. Estaba arreglado, vestido por un traje caro de telas finas y ella lo había ensuciado—. No te preocupes por eso, iré a cambiarme. Tengo más, será por ropa.

Alice le dedicó una pequeña sonrisa y se dio la vuelta para seguir su descenso por las escaleras.

—¿Dónde vas? —preguntó el felino rey, con la curiosidad que siempre le había llevado a saber más de la cuenta.

Alice se detuvo y dibujó con las manos el ramo de flores. Si hablaba cantaría y el rey se lo había ordenado expresamente. Nada de cantar o las pupilas de león volverían a dilatarse como la última vez.

—El jardín que da a mí habitación está repleto de rosales. Solo ten cuidado, sueles ir descalza.

Alice se miró los pies, los movió un momento y observó de nuevo al rey. Le pareció extraño que el prometido de su hermana se hubiera fijado en ella tanto como para percatarse que debajo de los volantes de la falda, no existían zapatillas. Además, parecía preocupado. Le dedicó una sonrisa amable, asintió con la cabeza y tras una pequeña reverencia que Eiden devolvió, como el caballero educado que era en palacio, Alice se marchó.

El rey se miró los ropajes, lo cierto era que llevaba las mejores galas del armario, pero le había parecido injusto culpar a Alice por un traspié. Sin embargo, la actitud amable cambio para sus empleados en palacio y con una sola mirada con esos ojos que brillaban como dos soles, fue

suficiente para que todos se movilizaran para arreglar el desastre que Eiden llevaba encima.

En su habitación, los empleados seguían implorando por clemencia. Eiden era poco estable.

—Lo sentimos mucho señor. Sentimos si tardamos. Ya tiene la ropa lista. ¿Le ayudamos a vestirse?

—Largo —ordenó como un gruñido interno.

Lo obedecieron sin chistar. Eiden se vistió sin la ayuda de sus vasallos y mientras se anudaba los botones de la camisa, observó desde la ventana hacía el jardín, donde Alice se encontraba formando el ramo que más tarde llevaría su futura mujer. La observó de lejos, en silencio, bastante tiempo, como un carnívoro entre las sombras observando a la gacela que podría estar en sus fauces.

La boda empezó sin incidentes. La capilla entre piedras que dibujaban las ruinas de un antiguo castillo, era recordada por ser la prueba viviente de que la fe podía resistir contra guerras pasadas y venideras. Sin duda, el lugar más sagrado del reino de Eiden y por lo tanto, perfecto para contraer matrimonio. Eiden esperó a la futura reina impaciente en la capilla y cuando al fin la vio caminar entre el pasadizo de gentío que había ido a ver tal inesperado enlace, juró perderse una vez más con el contoneo de sus caderas.

—Estás hermosa —le susurró él, cuando al fin había llegado a su lado. Sujetó sus manos y la colocó a su lado.

—Y tú te ves muy fiero —susurró Kate—. Me gusta cómo se ve tu pelo rojo y largo así de alborotado.

—Lo cierto es que me olvidé de peinarme con los nervios y la prisa. Además, me quedé traspuesto mirando por la ventana.

Kate se carcajeó y se encogió de hombros.

—Eres un hombre muy varonil y apuesto, te peines o no.

El inicio del pacto matrimonial empezó, cuando el sol y la luna también se unieron. En la piedra que los separa se dibujó la forma del eclipse solar. Cuando la luz volvió a iluminar a todos los presentes, fue la señal para besarse y completar el enlace. Así se hacían los enlaces en el reino de Las Maravillas.

No obstante, un rugido rompió la paz antes de ponerse los anillos de compromiso. Eiden elevó la mirada al cielo y con un auto reflejo, empujó a Kate tras su espalda para protegerla del animal que guardaba el fuego en su garganta.

Capítulo 8: El peón.

El fuego iluminó a todos los presentes y se alzó sobre las piedras macizas del lugar sagrado. Eiden no retrocedió. El rey elevó sus brazos y con ellos se cubrió a él mismo y a la mujer con la que había contraído matrimonio. Sus ropajes se calcinaron y su piel empezó a quemarse después. Sin embargo, siendo hijo del mismísimo sol, ni las llamas de un dragón conseguían derribarlo del todo. Eiden dio varios pasos al frente, bajo la mirada asombrada de Kate y sus hermanas, las únicas que se habían quedado junto al rey mientras los plebeyos huían despavoridos.

Eiden gritó y junto a la voz humana se unió un rugido que hizo temblar los cimientos de cada casa cercana, incluyendo el palacio y el alma de cualquier criatura viviente. Tan potente como un trueno y poderosa como el chocar de un meteorito al suelo, el cual también empezó a vibrar. Las garras de Eiden salieron rompiendo su piel y sus colmillos mostraron la bestia que se escondía detrás de su apariencia inquebrantable y poderosa.

Los dragones se alzaron furiosos alrededor del rey, pero Kate no tardó en reaccionar. Su traje se rompió y se acortó cuando sus alas de furia se mostraron en la espalda. Su pelo se transformó en serpientes de piedra pintada de verde viscoso, con los ojos tan rojos como los de su dueña. Movió los brazos, cuando ya estuvo a la altura de uno de esos majestuosos animales y formó un arco de luz con flechas repletas de un veneno sin cura habida o por haber.

Las flechas se convertían en serpientes antes de llegar a su destino y éstas se encargaban de traspasar la piel de los reptiles para morder más allá de la capa dura y externa. Envenenaban la sangre de los dragones y de los jinetes que sobre ellos habían iniciado la guerra.

Alice, vio parecer a los inocentes bajo el fuego y con rapidez los protegió bajo su hechizo de agua. El líquido salía del suelo, rocas e inclusive las pocas plantas que había alrededor. Sin embargo, la barrera no era suficiente, así que temiendo por lo que pudiera provocarle a Eiden, lo observó por un segundo y lo hechizó, solo para que sus oídos no escucharan hasta que ella dejase de cantar.

El mundo de Eiden se quedó en silencio unos segundos. Miró a Kate, a Alice entonando notas que no conseguía descifrar, pero que enloquecía a los dragones que intentaban atacar a los aldeanos. Bella caminó a su lado con una tranquilidad aplastante y colocó una mano sobre su hombro. Suspiró hondo, y no por él, sino por sus hermanas, su cuerpo empezó a cambiar al de un hermoso dragón de escamas moradas y ojos tan penetrantes como un zafiro iluminado por la luz del sol. En ese momento de sosiego, fue cuando el rey, consiguió ver al causante de la rebelión. El joven feudal de los dragones del norte. Con rapidez, subió al lomo de Bella y ésta se elevó en el cielo. Eiden le señaló su objetivo y con un movimiento rápido, rodearon al dragón que

manejaba. Eiden saltó, sacó las garras y gruñó a la vez. Se encalló con las uñas al dragón contrario y con un zarpazo derribó al jinete.

Los dragones y otros jinetes empezaron a caer del cielo convertidos en piedra. Los ojos de Kate se habían convertidos en dos faros luminosos, potentes y sangrantes. Manchaban su rostro pálido, pero no parecía dolerle. Al contrario. Aquella escena de caos y a la vez justicia le dibujó una sonrisa en sus carnosos labios.

El fuego de Bella ayudaba a su hermana a desubicar al resto de atacantes y luchaba con igual potencia que las fieras que los querían muertos.

Eiden se lanzó del dragón en el que estaba y rodó por el suelo. Sacó la espada de su vestimenta calcinada y la alzó. Escuchó el sonido del filo chocando con la espada del feudal del reino de Rakam y con fuerza, se levantó hasta medir condiciones con él. El joven feudal, sin facultades para caminar, pero con una buena noción de brujería, se mantenía de pie entre el fuego de dragón que lo rodeaba, mas no lo consumía.

—¡Retírate antes de que no te perdone la vida! —le advirtió Eiden. El joven se carcajeó y con rabia volvió a moverse. Eiden tuvo que esquivarlo, agachando la cabeza para que no le rodara de un corte certero.

—¡Nuestro mundo se muere y tú no haces nada! —gritó el heredero de Rakam—. ¡Queremos al verdadero rey, solo él puede salvarnos!

—¡Él os abandonó y mató a su padre! —le recordó Eiden—. ¡Soy vuestra única salvación!

—¡Eres nuestra condena!

Al escucharlo, los aldeanos empezaron a hablar. El terror en sus ojos desapareció y de un segundo a otro, abandonaron la protección de Alice para colocarse detrás del heredero de Rakam. Adam, que así se llamaba el joven, elevó la cabeza con orgullo y clavó el filo de la espada en el suelo a modo de alto el fuego.

—Si no viene el rey prometido, te derrocaremos.

Eiden se quedó sin habla. Cuando Kate y Bella se pusieron a su lado, elevó los brazos y las detuvo, para que no le hicieran nada al heredero del reino de los dragones. La advertencia no quedaría impune, pero no debían jugar con fuego, nunca mejor dicho.

—Acepto la afrenta —aseguró Eiden y clavó también su espada—. Pero si al final os salvo, tú y tus descendientes morirán bajo mi yugo.

—Por la sangre de mil dragones lo prometo —aseguró Adam—. Al igual como prometo la muerte del hijo del sol si no detiene la oscuridad.

Eiden dio un paso atrás, Adam también. Sin embargo, los aldeanos siguieron hablando. Eiden tuvo que escuchar como lo tachaban de dictador. Lo culpaban si llovía, si no llovía, si hacía sol o demasiadas nubes. Lo culpaban si el vecino le golpeaba a la mujer o algo tan absurdo como un resfriado. Él era el culpable de todo, incluyendo el mal que estaba consumiendo su mundo. Cada

pecado y desgracia portaba su nombre. La respiración de Eiden fue en aumento. Agachó la cabeza y sin más, abrió uno de los portales que solo él y su hermano Zarek sabían manejar y apareció en palacio.

Por un momento se odio tanto como lo hacía la gente. Cuando vio uno de sus retratos pintados en la pared, sus garras destrozaron la tela y lo partió por la mitad. Huyó de las miradas de todos, incluyendo las de los empleados de palacio. Se encerró en la habitación que esa misma noche debía compartir con Kate y se sentó a los pies de la cama, en el suelo.

Los ojos de fuego de Eiden se apagaron por un instante para dejar escapar varias lágrimas que se deslizaron calientes por sus mejillas hasta que se evaporaron. Se llevó ambas manos a la cabeza y apretó tan fuerte que su pelo rojo se volvió más carmesí por la sangre provocada por sus uñas. Escuchó la puerta de la habitación, pero no tuvo la fuerza para si quiera moverse. Mucho menos para que lo vieran llorar.

Los tacones de Kate inundaron sus sentidos y la escuchó sentarse a su lado.

—Vivimos creyendo que la aceptación de los demás es lo que nos define —comentó Kate—. Yo creo que nos define lo que hacemos por los demás, no cuánto nos acepten o piensen de nosotros.

—Zarek se marchó —contó Eiden con la voz rota—. Desde entonces mi vida ha sido solo este reino. Mi pueblo. No he tenido vida para que ellos tuvieran sol cada mañana. Cosecha, animales, medicamentos. Todo. ¿Tan malo soy?

Kate le sujetó una de las manos y le acarició. No dejó el roce hasta lograr que soltara su cabeza. Las uñas se escondieron, Eiden iba calmándose lentamente y eso la calmaba también a ella. Entrelazó sus dedos con los del rey.

—Siempre habrá quien prefiera un demonio antes que a un Dios, aun si éste les da la vida. ¿Crees que hubieran sobrevivido sin ti durante los milenios que los guías? —Eiden negó—. Entonces, agradécete a ti mismo por ser benevolente. Es humano perdonar, más a uno mismo.

—No soy humano.

—En el fondo sí. —Kate le sonrió y le acarició la mejilla a un segundo de que una de las lágrimas se volviera humo—. Aunque escondida, todos tenemos un alma que desea la humanidad y los sentimientos son lo que la representa. Así que solo mira qué has hecho y qué harás a partir de ahora.

Eiden suspiró y miró al frente.

—Son unos hipócritas —dijo con la voz rasgada en odio—. Si quieren a mi hermano lo tendrán. Colgando del jodido campanario de la plaza.

—No me refería a eso…—susurró Kate, tan bajo que Eiden no logró escucharla. Se levantó del suelo y la observó, completamente decidido.

—Tú me ayudarás a conseguir que Zarek vuelva.

—¿Cómo? —Kate se levantó con él, al final, le prometió fidelidad por sacarla del infierno.

—Serás mis ojos en esa dimensión en la que está —le ordenó—. Haz que pierda todo apego por aquel mundo. Que se sienta tan solo como…

—Como tú —lo interrumpió Kate. Eiden frunció el ceño, pero ella no se retiró—. Con todo respeto, Eiden, pero creo que estás un poco desquiciado. Intenta pensar con claridad. Las furias miramos por la justicia y esto es venganza.

—¡Me importa una mierda lo que sea! —el grito se convirtió en un gruñido animal y visceral que rompió los cristales del ventanal de la habitación—. ¡Vas a ir a buscarlo y le vas a destrozar la vida! Lo quiero de rodillas, frente a mí, antes de decapitarlo frente a toda la jodida multitud. —Le dio la espalda sin derecho a réplica—. Saldrás mañana mismo y no hay discusión.

Kate tragó saliva. Se observó la marca del sol que la conectaba a Eiden y tras pensar en la felicidad de sus dos hermanas, asintió.

—Sí, señor. —Ella misma se puso el anillo de matrimonio que no se colocaron por la intromisión y dejó el otro sobre la cama—. Le dejo sobre la cama el anillo, pasaré la noche al raso. Necesito aire.

—Pero… —Eiden miró sobre su hombro—. Es la noche de bodas.

—Es solo una noche en la que un trato se efectuó —lo contradijo. Forzó una sonrisa y se retiró—. Buenas noches.

Solo y rodeado por su propia oscuridad, Eiden se sentó en la cama y la punta de los dedos rozó el anillo de compromiso. Lo observó por un instante y cerró con fuerza sus labios. Se lo puso y resopló. No había estado solo desde que sacó a Kate del inframundo. Luchó junto a él al igual que sus hermanas y por último había sido capaz de sentarse a su lado en el suelo. Y él, se lo había pagado con un grito. Se pasó ambas manos por el pelo y se dejó caer de espaldas. Se odió por ello, por su impulsividad. Por esos momentos en los que su cabeza parecía funcionar como la de un tirano.

No iba a poder dormirse, lo sabía bien. Comprobó que Kate estaba segura en los jardines, donde el césped más verde le hacía de colchón mientras observaba las hadas a su alrededor. Quiso dejarle su espacio, no agobiarla más después de la discusión. Caminó hasta el mar y no se acercó mucho a la horilla. El agua era un elemento que lo aterrorizaba tanto o más que la muerte. Se sentó y dejó que su cuerpo fuera abrazado por la arena. Se llevó ambas manos a la cabeza y perdió la mirada en las estrellas y la luna.

—Nada de esto debió ser así —susurró para sus adentros.

No era el único que se perdía en pensamientos en la playa. Zarek también y aunque en otro plano diferente, los dos observaban los mismos astros.

***

Los ojos de Raúl se volvían plateados cuando observaba a la luna. Los problemas se los llevaba su brillo y los acunaban las olas del mar cuando se dejaba caer en la orilla y se sentía abrazado por el agua. No tenía ni idea que su hermano, al igual que él, permanecía mirando el cielo y las estrellas que les recordaban a reyes pasados que alguna vez brillaron en vida. Sin embargo, algo los conectaba y les hacía pensar el uno con el otro.

La muerte se había puesto sus vestiduras humanas para permanecer sentado a su lado. No tenía un aspecto físico, por lo que había optado a tener el mismo rostro que Raúl, a excepción de sus ojos. Seguían emanando el dolor en sus tres iris negros. Otra diferencia, era que todo el cuerpo de Death permanecía marcado por sellos de color negro. Todos reteniendo un alma nueva en el inframundo destinada a la agonía eterna.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Death. Cogió la arena mojada en su mano y la observó marcharse con el agua.

—Pienso en Eiden —confesó Raúl—. A veces lo extraño.

—Es un asesino.

—Sigue siendo mi hermano.

—El mismo que te llevó a la muerte —le recordó Death—. Agonizaste por horas, fue horrible. No podía intervenir.

Raúl se sentó de golpe. Observó a la muerte a los ojos y en una fracción de segundos, vio en la oscuridad su propio desvanecimiento a base de torturas impuestas por Eiden.

—Estabas ahí…

—Estoy en todos los sitios, a cada segundo, cada momento —respondió Death—. Aunque me veas aquí, persigo a cada ser existente en este y todos los planetas en los que la vida existe.

—¿Tú me reviviste?

—No, lo hiciste solo. —Death miró al horizonte, recordando la forma en la que fue vencido —. Fue asombroso. Desde entonces no he podido alejarme de ti. Pocas veces pasa.

Raúl suspiró hondo y observó junto a Death el mismo mar calmado.

—Eiden imaginó que podía despertar, había un guardia junto a mi cuerpo haciendo vigilia —recordó Raúl—. Mi hermano no merece perdón.

—No.

—Sin embargo, soy consciente de cómo fuimos criados. —Death llevó su mirada blanca hacia Raúl, atendiendo a sus palabras. Éste lo observó de reojo y mostró una pequeña sonrisa—. Eres un cotilla.

—Sé la historia, pero te vendrá bien contármela. Hay historias que duelen tanto, que, aunque el lápiz se borre, debes volver a reescribirlas con sangre. Recuerda estas palabras para más

adelante. Hay mucho por hacer, conmigo a tu lado.

Sabiendo que la muerte le había dado la delantera en la vida para poder alcanzarlo, aunque fue vencido, Raúl se calló y no contó lo que Death ya sabía. Sin embargo, sí lo recordó. Tan vívido como si estuviera pasando en ese mismo momento.

Milenios atrás.

Eiden y Zarek se miraron a los ojos fijamente con un tablero de ajedrez frente a ellos. Con cada ficha que movían sus manos temblaban. El sudor frío les recorría la espalda. Al lado de los dos niños, una figura imponente esperaba por el final de la partida. Zarek susurró un “lo siento” que caló hasta lo más hondo del pecho de Eiden.

—Jaque mate —susurró el hijo de la luna.

Eiden tomó una bocanada de aire cuando vio caer a su reina blanca. El último que pudo tomar antes de que el mismo hombre que los criaba y a la vez se presentaba como un verdugo infalible, lo cogiera del cuello de la camisa y a rastras lo llevara hacia el río cercano en donde estaban jugando. Una vez ahí, le hundió la cabeza.

El niño pataleó, quiso respirar, pero su padre no lo soltaba por nada del mundo. Fue entonces cuando Zarek tomó el valor para gritar.

—¡Suéltalo! —El valor se le esfumó cuando escuchó a Eiden jadear y toser, pero la mirada del hombre estaba fija en él—. Es suficiente. Solo fue una partida.

—¿A caso eres tú el peón? —preguntó el verdugo.

—No… —susurró Zarek.

—¡Dilo!

—¡No! —Una sonora bofetada acompañó a esa negación.

—Pues entonces, no tengas compasión. No estáis aquí para sentir, estáis aquí para servirme, no me decepcionéis. Tenéis que ser reyes implacables. El pueblo debe temeros, si no lo hacen, jamás será un reino próspero. —Zarek agachó la cabeza. Ignoró la siguiente bofetada y el sabor metálico en su boca—. Hazlo tú.

—¿Qué? —Sus ojos negros se elevaron hasta observar a quién llamaba padre y rey. El hombre le dio un pequeño cuchillo y señaló a Eiden. Éste negó con la cabeza, en el suelo, todavía recogiendo bocanadas de aire.

—Demuestra lo que se tiene que hacer con los peones, Zarek. De lo contrario, el filo conocerá tu piel. —Zarek titubeó, no quiso hacerlo. El hombre le arrebató el cuchillo y con un movimiento rápido cortó su rostro. Una cicatriz que le perseguiría por el resto de su vida—. ¡Hazlo! ¡Demuéstrame cómo se comporta un rey con sus peones!

Con el miedo pulsando en su pecho y la sangre empapándole medio rostro y la camisa, Zarek

cogió el cuchillo y acató la orden. A pesar del llanto de Eiden, a pesar de sus gritos, a pesar de que el dolor era mutuo y terminaron los dos llorando envueltos en sangre, la vida era una partida de ajedrez eterna donde el peón moría por el reino.

***

Sentado en la horilla, Raúl regresó al presente y rozó con la yema de los dedos la cicatriz que le destrozaba el rostro. Aquella por la que creyó que perdería el ojo. Miró sus manos, tantas veces manchadas de sangre y obligadas a lastimar a aquellos que amaba. Miró hacia Death un segundo y se dejó caer a su lado, acostado en la arena. Sus ojos negros se volvieron plata, buscando consuelo en la luna y ella le reveló la visión de Eiden, al igual que él, observándola y buscando un abrazo en esa oscura y melancólica noche.

—Estamos destinados a estar enfrentados, como la luna y el sol. Como la luz y la oscuridad. Por mucho que el uno no exista sin el otro.

Capítulo 9: El asesino y el verdugo.

Eiden no despertó hasta que las olas rozaron sus manos. Arrugó el ceño y cuando notó que podía elevarse un poco en el agua, su pelo se puso de punta. Se arrastró por la arena, clavó las garras en ella y fue de espaldas hasta chocar con una piedra de la orilla. Sus pulsaciones habían subido como la misma marea y sus ojos felines se achinaron todavía más por el sobresalto. Sin embargo, una visión breve consiguió que el iris se le dilatara hasta casi cubrir en su totalidad el color naranja.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con la voz cascada por haber pasado la noche al raso.

Alice levantó su cola de sirena. Tan hermosa y azul como el mismo mar. Ladeó levemente la cabeza, mientras el rey se detenía a contemplar lo mucho que brillaban sus escamas al reflejarse el sol en ellas. Su hermoso pelo ondulado, caía en hondas sobre su pecho, con lo que cubría ambos senos sin necesidad de ropa.

—Ah, sí, ya —susurró Eiden—. Eres una sirena, el que está fuera de su hábitat soy yo. —Alice asintió y señaló a palacio, desde allí se podían apreciar los primeros muros de las torres—. Ahí debería de estar, sí.

Alice levantó el dedo índice de una mano y el de la otra. Los unió y se encogió de hombros. No tuvo que decir palabra para que Eiden la comprendiera. Suspiró hondo y se levantó del suelo.

—No hemos pasado la noche juntos —le aclaró—. Porque soy un imbécil. Aunque culpo a mi hermano de esto. Siempre que está él en alguna conversación es como una maldición. Me trae la desgracia el solo nombrarlo.

Llevó la mirada hacia la sirena. El azul claro de sus ojos parecía transportar las dudas que la joven estaba pensando.

—¿Me estabas espiando mientras dormía? —preguntó el rey. Alice levantó las cejas a modo de sorpresa y aprovechó el oleaje para perderse por el agua—. Vale, eso es un sí. Claramente.

***

Como un puñal recién afilado, los aldeanos observaron a Eiden con desdén mientras paseaba por sus calles. Habían escuchado tantísimas cosas del rey, que solo las gárgolas que custodiaban las calles e imponentes les advertían de una muerte segura si le hacían algo, les detenía en sus pensamientos de derrocarlo. Eiden tuvo que suspirar hondo y mientras en sus pasos dejaba detrás los mil cuchicheos hacia su persona, aguantó también el nudo que se le formaba en la boca del estómago y por el que no había podido comer desde el día anterior.

Por el contrario, Kate lo observaba desde la ventana de su habitación. Ella no había podido dormir si quiera, pero había ocupado la noche para informarse sobre la historia de ambos príncipes. Al menos lo poco que podía leerse en los viejos libros de la inmensa biblioteca del castillo.

Cuando el rey puso un pie en el interior, los empleados corrieron para atenderlo. Con una mano los detuvo y éstos se retiraron mientras él subía las escaleras hacia la habitación donde lo esperaba su esposa. Kate no esperó a que llamara la puerta para abrirla y ambos se observaron con una seriedad inquebrantable.

—Necesito hablar contigo —empezó Kate.

—Yo también, no debí haberte gritado.

—No, no es eso.

Kate cogió la mano del rey y tiró de él. Lo hizo entrar a la habitación, sin embargo, dentro de la preocupación que ella tenía, Eiden solo se fijó en que se había puesto el anillo de compromiso. Movió la mano y le acarició el dedo anular, como muestra de aprobación de que lo llevara.

—Te queda genial —comentó.

—Gracias —entonó con una pequeña sonrisa en sus labios rosados. Luego suspiró y lo hizo sentar con ella en la cama—. Necesito que nos pongamos serios un momento.

—¿Vas a pedirme el divorcio tan pronto?

Provocó una pequeña risa en Kate.

—He estado viendo los viejos escritos del reino —contó la furia—. En ellos sale desde el nacimiento tuyo y de tu hermano hasta el día de hoy.

—¿Tienes alguna duda al respecto?

Kate hizo una pequeña pausa y soltó las manos de Eiden.

—¿Los mataste tú? —preguntó.

—¿A quién?

—A tus padres.

Eiden se levantó de la cama y se pasó ambas manos por el pelo. Enredó su cabellera roja en lo alto y frunció el ceño. Su mohín de asco podía notarse a quilómetros.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? —respondió con la voz rota por un gruñido de rabia contenida—. Fue Zarek.

—Los testimonios escritos dicen que él rogaba clemencia y juraba no ser culpable.

—¿Y por eso lo vamos a creer?

—¿Mataste a tu propio hermano sin tener pruebas? —Eiden se quedó en silencio. Resopló y negó con la cabeza—. ¡Ni judas se atrevió a tanto! Te tenía como un rey más justo.

—Lo encontré de rodillas envuelto en la sangre de mis padres —contó Eiden—. ¿Me vas a decir que no fue él?

—A veces las cosas no son lo que parecen. Me resulta complicado que seas de un pensamiento tan lineal viviendo en un mundo como éste, en donde existen seres que escapan a la comprensión humana. —Se levantó de la cama y con un empujón en el hombro, consiguió la completa atención del rey—. Eiden, ¿y si no hubiera sido él?

—¿Por qué lo defiendes cuando ni siquiera lo conoces?

—Tengo una corazonada.

—La mía es que mi vida siempre se rompe cuando él está en medio —gruñó Eiden. Sus ojos brillaron y a pesar de la furia que parecía emanar, Kate no dio un paso atrás—. ¿Vas a servirme o no? Puedo mandaros a tus hermanas y a ti por donde habéis venido.

Kate cerró las manos en puño. Aunque en otra ocasión su mano hubiera visitado gustosa la mejilla del rey, sabía bien que eso no haría más que empeorar su furia y por ende, la situación de desamparo de sus hermanas. Lo último que quería era volverlas a condenar al infierno.

—Te lo dije cuando me sacaste del infierno, mis hermanas y yo estamos para servirte —contestó, mordiéndose su propia lengua y sintiendo el sabor del veneno que podría haberle inoculado al rey.

—En ese caso, necesito que te metas en la vida de mi hermano y se la destruyas al punto en el que ese pueblo futurista en el que está sea un completo infierno comparado con la muerte que le espera en mis manos aquí, en su mundo. Cuento contigo.

—¿Cómo iré con él? Y, más importante, ¿cómo sabré que es él?

—Es imposible no darse cuenta de quién es, tiene una marca muy visible en el rostro que le rompe medio ojo por la mitad y parte de la mejilla. Un regalito de nuestro padre —contó Eiden con una sonrisa en el rostro, recordando el dolor de Zarek como si fuera una victoria—. Además, me han dicho que lo acusaron de brujería e intentaron encerrarlo dentro del cuerpo de un hurón. No lo consiguieron. Es un cambia formas.

—Respecto a cómo irás a Dolwill, yo te llevaré. Hay portales escondidos por el bosque, pero no suelo contarle a nadie dónde están. Prefiero abrir los míos.

Así lo hizo. Kate, siendo la primera vez que veía un portal de tal envergadura, hecho solamente con los dedos desnudos de Eiden, se quedó asombrada unos segundos antes de pasar.

—¿Qué pasa si me descubre? —preguntó.

—Mátalo antes de que lo haga él. No me des más motivos para vestirme con su piel.

Kate asintió y tras de sí fueron sus serpientes, las cuales subieron por las volandas de su vestido verde hasta perderse en sus curvas. Miró de reojo a Eiden por un instante y sus pestañas blancas se alborotaron en un pequeño coqueteo que él agradeció con una suave sonrisa. Era fácil tener contento al león, por muy fiero que se viera.

Una extraña sensación de déjà vu se presentó en los sentidos de Kate cuando se encontró en

las calles de Dolwill. Veía a los habitantes como conocidos de otra vida y con el alma en un puño empezó a caminar lentamente. Sabía dónde estaba la tienda del panadero, incluso trazó caricias sobre la fuente de la plaza. Levantó la mirada hacia el campanario y revisó el torreón antiguo que lo acompañaba. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios y la visión de alguien tomando su mano y arrodillado frente a ella cruzó sus recuerdos. La sonrisa ladeada de ese hombre misterioso le estremeció la piel hasta el último centímetro. Levantó la mano antes de que la visión se le esfumara como el viento que elevaba las hojas secas que revestían el camino. Miró hacia la dirección de esa brisa y el camino que llevaba al mar la atrajo como envuelto en un canto de sirena.

***

Dicen que los sueños, sueños son. Que no hay que darles importancia, son parte del subconsciente. Dicen que las pesadillas tampoco son reales, y que, aunque duelan o te atemoricen, debes pasar página. Sin embargo, para Raúl, había un sueño que se repetía sin cesar.

Esa mujer que le quitaba el aliento. El motivo de todas y cada una de sus obsesiones. Por la que sudaba de pasión por la noche o lloraba en las mañanas al saber que, al despertar, ella no estaría a su lado.

Esa misma noche, soñó que se despedía. Una despedida tan prematura y agria, como dolorosa. Juró no olvidarla en cuerpo y alma, aunque su mundo se alejara, aunque su mente sí que lo hiciera. Le dijo que no habría otra como ella, y aunque ambos lloraban desconsolados, sabían que sus manos sería la última vez que se rozaran. Que su aroma iba a quedarse en su memoria, como su mirada o su sonrisa. Sin embargo, ella no. Solo quedarían pequeños recuerdos de un amor tan puro y devastador como un maldito apocalipsis. Trascendiendo todo. Reencarnaciones y vidas, quizá incluso a la propia muerte.

Su pecho dolía, tanto como sus puños al cerrarse contra el colchón y cuando sus ojos negros se abrieron, notó como las lágrimas se dieron paso por sus mejillas. Algo que él nunca se permitía. Llorar era de débiles, decía su padre antes de morir. Para él no estaba permitido.

Se levantó de la cama y se adentró en el baño. Con la mirada fija en el espejo se inclinó y apoyó las manos en la pared. Vestía solo el pantalón ancho del pijama, sus venas se hincharon al hacer fuerza para aguantar su peso corporal y bufó hondo. Se notaba que había llorado.

—Como te jode llorar —comentó Death. A su lado se materializó y le colocó una mano en el hombro—. Está cerca, la huelo.

—Me siento devastado —confesó Raúl, quien se empezaba a acostumbrar de la constante presencia de Death. Lo observó, como si siguiera viendo su reflejo en el espejo. Era tan idéntico

como un hermano gemelo, pero lejos de desagradarle le calmó, a pesar de sus innumerables sellos en la piel y sus ojos repletos de dolor y misticismo.

—Toma aire —propuso Death—. ¿Por qué no intentas canalizar a la mujer que te pone así? No sé, hay veces que nuestra alma sabe más que nuestra mente.

Raúl gruñó fastidiado y se salió de la habitación, donde Alexa lo esperaba preparando el desayuno.

—Buenos días —lo saludó, con un tono desanimado—. Tengo que acompañar a María a la biblioteca, está bastante intensa. Ya espera fuera, pero te he preparado el desayuno.

—Ya.

Alexa dejó la sartén en su sitio y se cruzó de brazos.

—¿Ni un gracias? —Se pasó una mano por el pelo—. Hombres.

—Gracias.

—¡Ahora no vale! Eres mi familiar, deberías ser un poco más considerado conmigo.

—Los hurones no somos cariñosos. Bueno, somos independientes, pero damos lamidas. ¿Quieres que te dé una lamida?

—¿Qué? —La cara de Alexa fue un poema de terror.

—Dame tu ojo, Alexa.

—¡Aléjate de mí! —Raúl le sostuvo de la cabeza, sacó la lengua y se acercó a su ojo—. ¡Raúl!

Por poco le dio un sartenazo.

Raúl salió de la casa, vio la inquietud en María. Ambos cruzaron miradas, como una advertencia de que siguiera el plan que él le había exigido. Sin embargo, no hubo palabras entre ellos.

El hechicero quiso hacer caso a su pacto almico y se adentró en el bosque. Envuelto por un círculo de belleza natural, cerró los ojos y empezó a caer en un profundo trance.

Capítulo 10: La mujer de los sueños.

Raúl recordó dos noches atrás. Una noche más, el nuevo castigo, el mismo suplicio de cada una de las noches desde que tenía memoria. La pesadilla había sido tal, que el hechicero terminó durmiendo en el sofá. Incluso envuelto entre las sábanas e iluminado con la luz de la fogata, la pesadilla no se detenía. Era incansable. Un tormento que sabía que no iba a detenerse por mucho que lo quisiera. Sus quejidos empezaron a sonar por todo el salón. Apretó con fuerza la manta y en un momento de desesperación, cuando creyó estar tocando el cielo y el infierno a la vez en la boca de la mujer que tanto lo hacía delirar, dio la vuelta y se cayó de cara al suelo.

—¡Ah, joder! —Con el puño, golpeó el suelo, como si fuera culpable de sus desgracias y lo vio romperse bajo sus nudillos. Había viajado al pasado, en ese momento hacía dos noches atrás.

Esa vez, las visiones no desaparecieron cuando la conciencia regresó, sino que pasaron por sus ojos como producto de una diapositiva. También lo hizo su voz, su aroma. Ese que sintió cuando hundió el rostro en su pelo y exhaló como despedida. Cuando renunció a ella. Entre la paranoia, el desconcierto y la obsesión, el graznar de un cuervo nubló su mente y la cara de Death mostrándose como un espejismo lo cegó. Se llevó ambas manos a la cabeza, cubrió sus oídos y dejó escapar un gruñido potente. Los muebles y las paredes temblaron y el suelo en sus pies se alborotó tanto que vio como las losas se partían por la mitad.

Aturdido, mareado y temblando, caminó hacia el baño. Volvió a apoyarse como lo hacía normalmente, pero esta vez, en su reflejo, aunque vio a alguien parecido, no podía distinguirse. Tuvo que pestañear varias veces para volver a reconocerse. Se tocó la cicatriz que le partía el ojo y tragó saliva. No podían ser sólo visiones, eran recuerdos. Agachó el cuerpo y se llevó las manos repletas de agua a la cara. A cada chapuzón, escuchaba las olas del mar. Escuchaba un cántico ligero y algo que le decía que debía volver como cada vez que se sentía perdido.

Vestido solo con sus pantalones del pijama y descalzo, como solía dormir, ignoró a la bruja a la que debía cuidar y que le mostraba el desayuno. No estaba para hablar, menos para comer. Se puso su chaqueta de cuero negra y salió de la casa. Cuando sus pies pisaron la calle, no tardó en correr hacia la playa, esperando perderse por un rato y encontrar un abrazo para su alma rota en mil y un pedazos.

Volvió al presente y se vio el torso, traía la chaqueta, arrodillado en medio del bosque. Tenía que ir a la playa. La urgencia lo sofocó tanto que con los pies descalzos se levantó y echó a correr.

***

El sol aún iba a tardar un poco en salir. Donde el hijo de la luna reinaba, salía más tarde el amanecer. Por ello el horizonte era más bien oscuro. Las últimas estrellas se despedían del cielo, sus reflejos eran abrazados por las olas del mar. No le hacía falta mirar mucho a cada lado de la calle para saber que estaba solo allí, incluso sus sombras parecían tranquilas. Muy extrañamente tranquilas.

Algo comenzó a sonar desde la orilla, suficientemente angelical como para saber que no se trataba de un pájaro del crepúsculo. Sus recuerdos, todos sus sueños se alborotaron en su mente amenazando con tirarlo al suelo y perder la conciencia. Fue entonces cuando los ojos de Raúl, negros como la noche misma, se iluminaron con un pequeño círculo plateado en el centro, pues su mirada se había fijado en una mujer que irradiaba la luz de la propia luna.

Se trataba de una mujer alta, de cabellos largos, ondulados y blancos que se agitaban con la brisa del mar, al igual que su vestido verde. Parecía de una pureza que Raúl siempre había anhelado. Sus labios estaban abiertos, era ella quién parecía embaucarlo con sus cánticos y su mirada perdida en el océano, como si le estuviera cantando una dulce nana al sol para invitarlo a salir, tiñendo el amanecer de rojo.

Cada uno de sus recuerdos escondidos en sueños que se repetían sin cesar desde que era un niño, empezaron a salir frente a sus ojos, como fantasmas de un pasado doloroso. Raúl tragó saliva. Su corazón latía tan rápido que por un momento pensó que podría hacerse parte de su garganta y no volver a bajar. Sus manos temblaron y la ansiedad aumentó mientras su mente gritaba por ella. No la conocía, pero su corazón le gritaba feroz que sí. Que desde hacía demasiado tiempo había estado esperando por ese preciso momento.

Como un cachorro perdido en medio de la nada, de forma instintiva y sin temores, Raúl se deslizó por el montículo de arena. Esquivó las piedras e ignoró si alguna concha se le clavaba en la suela de sus pies descalzos. No le llamó la atención el hecho de que fuera la única en la playa aparte de él, sino algo mucho más allá. Una sensación que tiraba de su cuerpo y alma hasta dejarlo sin aliento. Llegó a unos pasos detrás de ella, pero el cúmulo de emociones que podía sentir estallando en su pecho lo hizo detenerse. La valentía que siempre mostraba, esa garra que no lo frenaba frente a ninguna situación se había ido de viaje y no parecía con ganas de volver. Se había congelado en el tiempo, o quizá en el presente que antes de ella, no podía concebir. Así que se quedó ahí, de pie, sintiendo un fugaz aroma que le recordaba a mil cosas y a nada en concreto a la vez.

La albina se había parado en la orilla, observando el lento pero progresivo amanecer con las manos juntas tras su espalda. El viento deslizó su pelo hacia un lado cuando giró su cuello hacia el hombre que se encontraba a sus espaldas. Su expresión parecía confiada y tranquila, sin embargo, cuando clavó sus ojos reptilianos con los de Raúl, sintió un único latido ensordecedor

que hizo vibrar su cuerpo de arriba a abajo. Su rostro era un retrato de la sorpresa. Sea lo que fuera que acabara de sentir, sin duda no lo tenía planeado. Fue tal el impacto que su cuerpo se giró solo hacia la dirección de Raúl, ambos mirándose intensamente, frente a frente.

A él le era imposible alejar la mirada. Romper el contacto visual le hubiera parecido el mayor de los sacrilegios. Las manos le empezaron a temblar y se preguntó para sus adentros dónde había quedado el hechicero que era cuando no la miraba. Cerró sus manos en puño, con rabia contenida e impotencia al no comprender sus propias emociones. Para disimular, metió las manos en los bolsillos de la chaqueta que antes de la visión no traía. No podía verse quebrado o incluso emocionado frente a una extraña. Tomó una bocanada de aire y caminó hasta detenerse a su lado, con los pies rozando las olas que rompían con la orilla.

—Te juro que no soy un psicópata que va matando por ahí a personas vestido con pijama —rompió el silencio.

Ella trató de calmar la tensión soltando una pequeña pero erótica carcajada. Lo miró descaradamente de arriba a abajo y sonrió.

—No me importaría que me mataras, honestamente —susurró y volvió a mirar al mar—. Bonito contraste la chaqueta de cuero y el pijama mullidito.

—Ja —dejó escapar una pequeña carcajada—. Eso es porque no has visto el pijama que tengo con hurones dibujados jugando con pelotas de tenis. Seguro que te encanta. —Extendió la mano frente a ella con una suave sonrisa ladeada en el rostro—. Me llamo Raúl.

—Katerina —respondió estrechando su mano con la suya, justo cuando una corriente eléctrica recorrió todo su cuerpo de arriba a abajo, y a juzgar por el rostro de Raúl, intuyó que él también acababa de sentirla—. ¿Qué ha sido eso?

Raúl había sido sacudido por la misma sensación. Había sido tanta, que no se sentía con fuerzas de soltar la mano. Se lamió los labios y se forzó a tragar saliva. Negó con la cabeza ante la pregunta de Kate, sin saber darle una respuesta. Cuando reaccionó, pudo darse cuenta de la forma en la que la estaba apresando y la soltó, con un movimiento de cabeza como disculpa.

—Menos mal que la has soltado, empezaba a sentir vergüenza ajena por ti —comentó Death en su mente.

—Nunca te he visto en esta playa —continuó Raúl, para intentar olvidar un poco el torbellino que se había formado en la boca de su estómago.

—Es que no soy de aquí —suspiró ella, recuperándose—. Vivo más o menos cerca, pero no me he pasado mucho por esta playa. ¿Tú vives enfrente?

—Más o menos. —Bajó la mirada y se observó la mano. La piel de sus brazos seguía erizada. No comprendía nada, no podía sentir algo así de forma instantánea y su cabeza estaba discutiendo con sus propias sensaciones.

—Pareces salido de un puto psiquiátrico —se volvió a quejar Death, por suerte solo Raúl lo

escuchaba—. Actúa normal o estamos jodidos. No te la vas a poder tirar.

Katerina se quedó mirándolo fijamente durante un largo período de tiempo.

—¿Puedo hacerte algo? —preguntó luego.

—¿Hacerme? —Raúl hizo una mueca y llevó la mirada hacia ella. Arqueó una ceja. Mil cosas le pasaron por la mente, ninguna para menores de edad y mucho menos legales—. Mejor no me preguntes algo así si no quieres terminar en prisión.

Ella ignoró su respuesta para moverse, ponerse en frente de él y de puntillas. Subió sus brazos al cielo para poder tocarle el rostro con ambas manos, podía verse a ella misma reflejada en el abismo de sus ojos negros. La misma electricidad de antes la recorrió con más intensidad, tanto que se vio obligada a alejarse varios pasos de él, como si acabara de robarle la energía.

—Joder… —jadeó pasándose la mano por el pelo.

No era la única que traía la respiración agitada. Raúl, había aumentado la seriedad con la que la observaba, pero no era una mirada amenazante la que le entregaba. Era una repleta del fuego más oscuro que dormía en su interior hasta ese momento.

—Si me vuelves a tocar así no respondo —advirtió.

Katerina separó los labios, su rojez y la de sus mejillas, mezcladas con el jadeo que se le escapaba por la boca la delataba demasiado. La acababa de excitar un extraño.

—Lo… Siento.

Volvió a moverse el pelo para deshacerse de los calores. Raúl cerró los ojos, inhaló hondo, pues la brisa de la mañana que rompía sobre las olas también le llevaba ráfagas del perfume de la mujer que tenía al lado. El olor se intensificaba cada vez que su pelo se abanicaba con las ráfagas.

—No hay nada que perdonar, solo era una advertencia para que no te extrañara si luego te veías envuelta por mi sudor.

—¡Toma! —gritó Death para los adentros de Raúl, como un espectador emocionado.

—¿Qué? —jadeó Kate, confusa. Respiró en voz alta y se replanteó seriamente tirarse en sus brazos. Negó con la cabeza y trató de recomponerse. Volvió a acercarse a él. En cuanto retomó el contacto visual, perdió el habla de nuevo—. Eh… Ejem. ¿Quieres que vayamos a tomar algo?

—Claro —la voz de Raúl salió baja, susurrada y un tanto rota—. Siempre y cuando no te den miedo los asesinos con pijama.

Katerina soltó una carcajada para aliviar la tensión sexual y lo agarró de la muñeca para conducirlo tras ella, dirección a la cafetería de enfrente. Raúl observó sus manos unidas cuando ella lo sujetó. Fue entonces cuando un calor extraño ardió por sus venas y a la vez que lo aceleró, que lo hizo sentir vivo como nunca había creído estarlo, sus ojos también se inundaron, pero de un ardor diferente. Un pesar que se acumulaba en el lagrimal y que amenazaba por salir en cualquier momento. Mientras pequeños contactos con una mujer en sus recuerdos le sacaban más

de un gemido, era más poderosa esa fuerza que lo impulsaba a llorar. Tomó una bocanada de aire y cerró los ojos un momento. Tragó el llanto y aceleró los pasos para intentar volver a tener el control de la situación.

Ambos entraron en la cafetería en silencio, ciertamente colorados, como si fueran una pareja de adolescentes salidos que acaban de venir de un callejón de meterse mano.

Katerina lo siguió hasta una mesa con mantel y sofás a cada lado. Se sentaron en silencio y la camarera no tardó en llegar. Katerina aprovechó para pedir un batido frío de chocolate.

—Yo quiero un café —pidió Raúl—. A ver si me despejo o colapso por la hiperactividad, en cualquier caso, lo veo una buena opción.

Se acomodó en el sofá, con los brazos extendidos en el respaldo y las piernas abiertas. Movió levemente el torso para observar a la mujer que lo acompañaba, de alguna manera que no comprendía, no era capaz de dejar de mirarla. Katerina bajó su mirada instintivamente a su entrepierna, y se retocó el pelo disimuladamente como si no acabara de hacerlo. Acomodó sus caderas en el sofá y trató de no centrarse en la manaza que tenía Raúl apoyada a sus espaldas.

Entonces, quiso indagar. No tenía dudas, era Zarek, pero debía de confesárselo él mismo.

—Dime, ¿quién eres además de Raúl?

—El dueño de tus futuras fantasías sexuales a partir de hoy.

—¿Cómo? —Lo miró fijamente con la boca abierta.

—Deberías de tener miedo de haberme conocido —confesó. Con una sonrisa ladeada que dejaba ver su colmillo sobre el labio inferior, Raúl se encogió de hombros antes de continuar—. Cuando me obsesiono, soy un tremendo acosador.

—¿Y por qué ibas a obsesionarte de mí? —preguntó apoyando su mentón sobre su mano, con el codo encima de la mesa y una sonrisa pícara—. ¿O es tu intento barato de psicología inversa? ¿Acaso soy yo la dueña de tus fantasías?

Raúl torció ligeramente el gesto y volvió a sonreír. Su mano se apretó con un poco de rabia en el respaldo del sillón, por lo que sus venas se hincharon.

—Lo eres y te diré más, de algún modo, ya estoy obsesionado de ti.

—Interesante… —Se hizo la desinteresada mirando las venas de sus grandes manos, recostándose hacia atrás como quien ignora la señal de: “Cuidado, perro peligroso. Puede morder”. Por lo que extendió su mano sutilmente por su antebrazo, regalándole ligeras caricias con los dedos, placenteras y superficiales por igual—. Tú también podrías ser mi obsesión perfectamente.

—No te estaba dando otra opción. —Movió el brazo y con brusquedad capturó la mano de Kate. La apoyó sobre el respaldo del sofá y empezó a acariciarle entre los dedos, aunque su agarre era más para mantener su mano quieta y que dejara de acariciarlo o perdería los papeles.

—Tampoco te quedaba alternativa —susurró ella aproximándose más a él en una inclinación,

aún con la mano apresada.

—No quería alternativa.

—Oh, genial.

Sonrió y la camarera llegó con las bebidas correspondientes para cada uno. Kate tomó un largo trago de chocolate frío para tratar de refrescarse un poco las entrañas, mirándolo a él de reojo. Raúl se inclinó hacia la mesa. Vio el frío que se resbalaba por la mesa, proveniente de la condensación de agua del vaso de Kate. Levantó las cejas y con los dos dedos de enmedio, resbaló las gotas de agua por la madera.

—Que fácil se moja todo aquí —comentó. Luego se tomó su café de un trago y dejó la taza—. ¿Qué tal funciona esa pajita?

Katerina sonrió y llevó su mano mojada por la humedad del vaso hasta su propia pierna, limpiándosela contra el vestido, dejando una mancha más oscura.

—Bueno, sirve para absorber, supongo. Aunque si me preguntas a mí, las prefiero más grandes.

—Mientras te quepan en la boca.

—Bueno, el vaso es bastante grande. La pajita se queda un poco pequeña en comparación, por eso prefiero un tamaño más largo y grueso que me llegue a la garganta, ¿sabes lo que te quiero decir?

—Claro, y para que pueda tocar todas las paredes del vaso. Es mejor, podría haber más humedad en el cristal.

—¡Exacto! Cuánto más me quepa, más disfruto el sabor.

Jugueteó con la pajita sobre su lengua y absorbió un poco mirándolo a los ojos, posteriormente le puso la pajita en sus propios labios.

—Vamos, prueba un poco —lo incitó como si se tratara de una manzana envenenada—. Solo un sorbito, que lo quiero solo para mí.

Raúl levantó la mirada, lo suficiente para encontrar en los ojos rojos de la mujer que lo que estaba haciendo era un juego tentador al que estaba dispuesto a jugar. Mostró una media sonrisa y abrió la boca, tras dar una lamida a la pajita, absorbió y tomó un pequeño trago de la bebida fría.

—Delicioso, aunque soy más de cosas calientes —soltó, sin el menor pudor.

—Yo prefiero las temperaturas que me endurezcan los pezones.

—Eso no es problema, se pueden endurecer de muchas formas.

—¿Tú crees? —preguntó volviendo a apoyar la cabeza en su mano, sobre la mesa, fingiendo inocencia.

—Claro. —Con un movimiento suave, señaló hacia sus pechos—. Solo por hablar contigo, pueden notarse sobre la tela. No me hizo falta estimularlos de ninguna manera.

—¿Ah, sí? A ver… —dijo con la ilusión de una niña, solo con la excusa de cogerse sus pechos para pasar sus dedos índices por las pequeñas montañitas—. Es cierto.

Raúl siguió el movimiento de sus dedos. Entrecerró los ojos. El bulto en su pantalón del pijama era notorio, pero intentaba disimular que no le estaba afectando nada de esa conversación. Tragó saliva y se llevó una mano al pelo, donde se lo peinó para intentar airearse.

—También podría haberlo comprobado yo.

Katerina fingió un rostro de preocupación.

—¿Es que no me crees? —Sin darle tiempo a responder, cogió una de sus manos y la puso sobre su prominente pecho, moviendo la suya sobre la de Raúl—. ¿Lo notas?

Él sostuvo la respiración por un momento. No le prestó importancia a las personas que pudieran haber en el local. Movió las manos y rozó con la palma los pezones de Kate. De un lado a otro.

—Si sigo tocándolas se pondrán más duras.

—¿Quiénes, tus pelotas o mis chicas? —preguntó sujetándose ambos pechos.

Raúl se rió en voz baja. Una risa que carecía de humor, plagada de lascivia.

—Las dos cosas.

—Oh, entiendo… —ronroneó. Agarró la pajita sin ningún tipo de disimulo y la tiró bajo la mesa—. Ups.

Miró un poco alrededor, y se coló bajo el mantel que tapaba lo que había debajo. Raúl vio como se deslizaba debajo de la mesa y una pequeña sonrisa surgió en su boca. Pensó mil obscenidades, de las que no la creyó capaz. Sin embargo, de solo pensarlo, pudo notar la erección que se erguía más notoria en sus pantalones, cosa que no pasó por desapercibida para Katerina. Sus ojos se transformaron en dos corazones gigantes, su pupila afilada se extendió hasta parecer que sus ojos eran negros como los de Raúl de lo encantada que estaba con lo que veía. Así que, sin poder aguantar ni un minuto más, le sacó el miembro de los pantalones, el cual, de lo erecto que estaba, chocó con el techo de la mesa provocando un ruido importante.

Katerina no tardó ni cinco segundos en agarrarlo con ambas manos, con su boca haciéndose agua al verla. Tan grande, tan venosa y perfecta, que no soportó más hasta llevársela a la boca de golpe.

Raúl la había subestimado. Sí que era muy capaz de hacer todo lo que él estaba pensando. Ignorando a la gente que se encontraba alrededor. Ahogó un jadeo y se acercó hacia la mesa. Apoyó las manos en la madera y gruñó en voz baja. Un sonido gutural y excitante que pudo escucharse debajo de la mesa. En tal momento es que la mesera se acercó para hablar con él.

—¿Y su acompañante? —preguntó la muchacha. Raúl sostuvo el aire para que su voz saliera lo más natural posible.

—Ha ido a…—se calló unos segundos para no gritar mientras notaba cómo Katerina se metía

más tamaño en su garganta—. Al baño un momento.

—Oh, retiro los vasos entonces.

—Sí y tráeme algo fresco —pidió—. Con hielo, mucho hielo, por favor. Lo que sea, pero con hielo.

La mesera asintió y aunque extrañada, se retiró. Las manos de Raúl se cerraron en puño y se le salió una risita.

—Si pretendías tener un acosador, acabas de conseguirlo, Kate.

Ella se sacó su miembro de la boca y se dio toquecitos con él en sus labios, disfrutando de los golpes.

—¿Y eso por qué? ¿No vas a aguantar un diíta sin que te la chupe? —Y volvió a tragársela.

Raúl gruñó como un animal. Cómo la fiera que se encerraba en su ser.

—¿Aguantarás tú sin chupármela? Creo que no, dudo que otra te quepa mejor en la boca y te ocupe más en el coño, así como me explicaste antes. —Bajó la mano entre la tela de la mesa y sujetó su pelo. La apretó contra su miembro y lo hundió hasta el fondo, provocándole una pequeña arcada.

El miembro de Raúl hacía un tremendo bulto en la garganta de Katerina, pero esta no parecía en absoluto disgustada por las lágrimas de sus ojos o por los puentes de saliva. Cerró los ojos con fuerza cuando Raúl comenzó a moverla muy internamente, penetrando su tráquea sin darle posibilidad para respirar.

—Joder….—susurró para sí mismo. Levantó la mirada hacia la chica que le llevaba un refresco con hielos y elevó la pelvis mientras fingía sonreírle.

Soltó la cabeza de Kate y la dejó libre con su miembro, mientras fingía beber el contenido del vaso que le acababan de llevar.

—Luego no te arrepientes de esto —le susurró—. Soy lo más adictivo que pudiste llevarte a la boca.

Katerina se aguantó las ansias para no toser demasiado, tocó su garganta como si todavía lo notara ahí adentro.

—Me arrepentiré cómo no te corras en mi boca —lo amenazó volviendo a follarse ella solita la boca con su polla, de delante hacia atrás, chocando su nariz contra su pelvis tan bruscamente que estaba moviendo la mesa encima de ella a golpes.

Raúl tragó saliva, esa mujer lo estaba poniendo a mil por hora. Movió una mano y consiguió que las chupadas no se escucharan en el ambiente, que los demás no vieran cuánto se estaba sacudiendo. Metió los dedos en el vaso y cogió varios cubos de hielo. Los lamió él, antes de resbalarlos entre los labios de Kate y metérselos en la boca.

—Ya que quieres jugar, te doy las herramientas.

Capítulo 11: Mi rey y mi reina.

Katerina jugó con el hielo en su boca, incapaz de compaginarlo con su miembro que ya ocupaba todos sus espacios. Pero se apañó para meter el hielo adentro, agarrar su miembro con la mano y pasárselo por toda su longitud, enfriándoselo.

—¿Te gusta así, mi rey?

Raúl gruñó en voz alta. La forma en la que lo había llamado tensó todos sus músculos. Cerró los ojos y jadeó con fuerza.

—Dilo de nuevo…

—Me preguntaba si le gusta a su majestad que esté de rodillas frente a él, chupándole la polla.

Tensó la quijada. Levantó el mantel de la mesa para observarla y se mordió el labio inferior.

—Estás haciendo muy feliz a tu rey, de hecho, te ordena que no pares.

—No iba a hacerlo, aunque me ordenara.

Y tragó toda su polla de nuevo, jugando con sus manos por sus muslos, clavándole las uñas mientras lo miraba a los ojos. Él estaba encendido. La observaba con los gemidos ahogados en su garganta. No apartaba la vista. Pasó una mano por su mejilla y le golpeó cerca de la comisura de sus labios, para sentir con la mano la forma en que le estaba tragando el miembro. Bombeaba, mojándose la punta con el presemen que tantas absorciones estaba sacando. Katerina lo saboreó con deleite al darse cuenta, gimiendo en su boca, provocándole vibraciones por toda su longitud mientras ponía los ojos en blanco.

—¿Estás orgullosa de convertirte en la obsesión del rey?

—Depende… —ronroneó con la voz algo entrecortada por el dolor de su garganta. Agarró su miembro y siguió pajeándolo con ambas manos mientras lo miraba muy intensamente a los ojos —. ¿Ese rey me convertiría en su reina?

—Si te lo mereces, sí.

—¿Cómo que si me lo merezco? —gruñó ella, asomando más la cabeza con una expresión de enfado mientras seguía acariciándole, a sabiendas de que estaba al límite—. Yo soy tu puta reina. Así que obedéceme y sírveme como es debido.

Raúl dejó salir de su interior una risa llena de rabia y a la vez, placer.

—Hazme correr y te llamaré mi reina a partir de ahora.

Katerina aceleró la masturbación, moviendo sus manos más deprisa. Justo cuando Raúl estaba al límite, se detuvo.

—Tú aquí no das las órdenes. Te he dicho que soy tu reina, y mi primera orden es que te

corras. Y como mi buen rey, me obedecerás.

Ni siquiera le da opción a responder, pues vuelve a tragársela más deprisa volviendo a saborear el líquido preseminal que tanto le gustaba. Raúl cierra los ojos un momento. Estaba rabioso, ansioso. Odiaba perder el control o que alguien se atreviera a dudar de que pudiera mandar sobre todo el mundo.

—A la mierda —gruñó. La sujetó del pelo con ambas manos y empezó a moverse al ritmo que ella llevaba. Ahogó los gemidos que amenazaban por salirle y en poco, empezó a correrse en su boca.

Katerina cerró sus labios alrededor de su glande, masturbándolo mientras se corría en su lengua a grandes chorros, ahuecando sus mejillas para que no saliera ni una gota por fuera. Una vez terminó de rellenarla, saboreó con gusto su semilla enseñándosela con la boca abierta, con cuidado de que no cayera nada al suelo. Volvió a disfrutarla para ella misma y se la tragó, le sacó la lengua y le sonrió triunfante.

—Buen chico.

Raúl sonrió con molestia. Le tiró del pelo e hizo que subiera a horcajadas sobre él. Le abrió las piernas y ladeó las bragas con dos dedos.

—Vas a compensarme como es debido, no como un puto perro. —Le apretó la cadera, la bajó sobre él, penetrándola de una sola estocada. Se deslizó tan bien, que Raúl no pudo contenerse y gimoteó. Levantó una mano y detuvo el tiempo en la cafetería. Solo ellos seguían viviendo el presente mientras todos los demás se pausaban.

—A la orden, mi señor —contestó Katerina tras haber vuelto a respirar.

Comenzó a moverse de delante hacia atrás, intentando salir lo mínimo de él, porque lo quería dentro a más no poder.

—¿Le gusta así? —gimió.

El miembro parecía ir creciendo lentamente en su interior. Más larga, gruesa, grande, hasta que notó que las paredes internas de Kate estaban tirantes.

—Estaba acoplando la pajita… —Lamió sus labios, probando su propio sabor—. Me tienes que llamar “mi rey” cada vez que te refieras a mí.

Katerina hizo una mueca de dolor y se tocó el vientre, que sobresalía por delante de sus tetas como si estuviera embarazada.

—¿Qué coño acabas de hacer? —gruñó mirándolo con rabia.

—Llegarte donde otro no lo hará jamás. —La recostó sobre la mesa y cubrió su boca con la mano. La movió, golpeándole internamente. Sin sacar ni un centímetro de su interior. El dolor se convirtió en un placer cegador y extraño. Sofocante y delirante a partes iguales.

—Vas a dejarme paralítica, imbécil —gruñó, con la saliva escurriéndole por la boca al igual que las lágrimas por sus sienes—. A ver qué haces después cuando no pueda moverme por tu

jodida culpa.

—Pues seguir follándote. —Le apretó el cuello. Hizo una suave presión y la dejó sin aire por un momento—. Cállate la boca y deja que tu coño sea mío, es lo único que tienes que hacer.

Katerina se carcajeó con sorna, tratando de ignorar lo mucho que la estaba poniendo.

—Claro, claro. Y me lo dices después de haberte corrido por mis órdenes, ¿verdad que sí, cachorrito?

Le dio un fuerte azote en el muslo sin previo aviso.

—Soy tu puto rey, no un cachorro y me corrí porque quería que me dieras placer no porque me lo hubieras pedido. Ahora bien… —Le apretó las mejillas con una mano—. Di quién soy, ahora.

Katerina esperó unos segundos desafiándolo con la mirada.

—Síguete mintiendo a ti mismo, mi rey, como si no dependieras de tu reina. ¿Te vale eso?

Raúl bufó y acabó dando una sonora carcajada.

—Me estás poniendo como no tienes idea. —Se inclinó sobre ella y empezó a besarla con tal de callarla. Metió la lengua en su boca y le envolvió la de ella, quitándole la saliva y el aliento.

Katerina no se opuso, sino que envolvió sus piernas y sus brazos alrededor de él, compitiendo hasta contra la lengua de Raúl. No lo podía dejar ganar, por lo que le mordió con fuerza el labio inferior y se separó de él con su sangre manchando sus labios, y riéndose como una desquiciada sobre la mesa de madera.

Él sacó la lengua. Probó la sangre en su labio inferior. Su sonrisa se volvió llena y sus dientes se observaron afilados, amenazantes. Se rascó el mentón y miró de reojo hacia la barra.

—¿Por qué no huyes de mí? Quizá encontremos algo rico detrás de esa puta barra.

Se le notaba rabioso, pero a la vez, con unas ganas tremendas por verla correrse sobre él. Katerina se separó y bajó de la mesa de un salto. En lugar de huir, lo agarró de la muñeca.

—Así, dame la patita como todo el trayecto que hiciste hasta esta cafetería, siguiendo a tu dueña.

Al escucharla, movió el brazo e hizo que lo soltara. La subió sobre una de las mesas y chasqueó los dedos. Kate sintió que no podía moverse, ni siquiera tenía la voluntad de cerrar las piernas.

—Haces mal creyendo que soy tu puto perro, preciosa. Voy a hacerte correr hasta que tus gritos se escuchen en mi país natal.

Katerina intentó moverse y resistirse, pero era incapaz.

—Maldito psicópata, ¡suéltame ahora mismo! —Subió la mitad superior de su cuerpo hasta abrazarlo y arañarlo como un gato montés.

—Así, araña —pidió. Dio un jadeó, y comenzó a pasarle los dedos por el coño. Moviendo sus labios, palpando y tirando de ellos hasta mojarlos—. Hazme sangre, grita. Quiero escucharlo y

sentirlo.

Katerina gruñó de pura rabia, le rompió la chaqueta de cuero y comenzó a arañarlo por toda la espalda, clavando sus uñas con fuerza en un intento por desahogarse mientras no podía evitar jadear ante la presión de sus dedos sobre ella.

—Hijo de puta… —maldijo por lo bajo—. ¡Te vas a cagar!

—Tiemblo de miedo.

Movió una mano y el bote de leche condensada de la barra voló hacia él. Lo cogió y con fuerza, rompió el vestido que Kate llevaba. La dejó desnuda por completo frente a él. Apretó el bote en su cuello y dejó que la leche se escurriera por sus tetas y siguiera bajando hasta empaparle el clítoris.

—Mira, qué postre más bueno me han sacado con el café.

—Atrévete a limpiarme, vamos —lo retó.

Él tiró de su pelo, hizo que arqueara la cabeza hacia atrás y lamió su cuello. Empezó a chupar. Absorbía y junto al dulce, también iba por su piel. Fue bajando, hasta probar cada rincón de sus pechos. Se detuvo en sus pezones y usó los dientes. Apretaba, lamía y absorbía. Se turnaba para que el delirio fuera mayor. La mano con la que acariciaba la humedad entre sus piernas, metió tres dedos en ella y los hundió hasta los nudillos, encontrando su punto G sin ninguna complicación.

Katerina gruñía en voz alta, hasta que su voz se apagó más a unos gemidos placenteros, incapaz de aguantarse. El toque de Raúl le hacía perder el norte por completo.

—¿Es que no vas a metérmela dentro? ¿Temes que vuelva a hacerte correr?

—Shh… —la calló —. Creer que puedes manipular mis acciones es un poco ingenuo por tu parte. Quiero lamerte el coño, luego ya veré si te vuelvo a compensar con mi polla real dentro o no.

—Vale, bien —acabó accediendo, cegada de placer, incapaz de seguir resistiéndose.

El rostro de Raúl se perdió entre sus piernas. Apretó sus caderas y las elevó. Su lengua empezó a lamer y chupar con fuerza el clítoris mientras que, con el mentón, conseguía abrirle los labios y darle roces internos para que las ganas porque algo llenara su interior, aumentaran.

Sus ojos negros se centraron en ella, y cuando la desesperación empezaba a mezclarse con los llantos, deslizó la lengua y la metió en el interior de su coño, acompañada por tres dedos más que la abrieron y la estimularon para que el placer se intensificara. Ella dejó caer la cabeza por fuera de la mesa mientras sus lágrimas de placer manchaban el suelo. Contraía su estómago, al límite de perder la conciencia con su boca.

—Mira, mi rey, ¿no le gustaría volver a follarme la boca estando así boca abajo? —trató de decir—. Podría ver mejor cómo entra y cómo sale su polla real.

—Me encantaría —murmuró con la boca pegada a su entrada, haciéndola vibrar—. Pero usted

primero, mi reina.

Tras una risita, su lengua se enloqueció en el interior. Lamió cada recoveco como un animal. Jadeaba, cogía aire solo para hundirse entre sus pliegues y usar la nariz como un vibrador para el clítoris. Con los dedos, golpeó sin cesar su punto G, rozando, fregando. Con el dedo gordo, lo deslizó entre sus nalgas y lo adentró en su ano, para acentuar el placer y el orgasmo.

Ella no tardó mucho más, con los calores acumulados en su vientre, y explotó sobre él gritando muy alto. No había zona de su coño que no estuviera ocupada por él, y los fluidos del squirt le dieron de lleno por el rostro y el pecho.

—¡Ah, mierda! —gritó, y al ver su mirada insaciable, vino un segundo—. ¡Joder!

—Dime, ¿quién soy? —preguntó. Metió tres dedos en su interior y levantó el rostro, lamiéndose los labios, aunque seguía empapado con sus fluidos, pero no le importaba. Movió la mano, apretando los dedos como si quisiera atraerla contra su cuerpo. En el lugar exacto para crearle un nuevo squirt en unos segundos.

—Mi… —Quería decir “mi perro”, pero al verlo tan mojado por ella y tan dispuesto a todo, volvió a estallar sin reparo—. ¡Mi rey!

Su cuerpo comenzó a temblar como si estuviera poseída, corriéndose por tercera vez en el mismo minuto. Jamás nadie había logrado robarle tres orgasmos tan rápido y cada vez más intensos.

—Así me gusta, mi reina. Justo así… —Sin esperar a que el tercer orgasmo terminara, en medio de los movimientos pélvicos y las contracciones uterinas, la penetró, levantándola de la mesa con la fuerza que había ejercido para ello.

Gruñó y se dejó caer sobre ella. Kate ya podía moverse, pero aprovechó el desatarla de su magia para subir sus piernas y hacer que, con ellas, lo abrazara por la cintura. Ella, en medio del orgasmo, como si su miembro tuviera un hechizo mágico para hacerla explotar aún más si eso fuera posible, se aferró a él con todas sus fuerzas. Aprovechó para contraer sus paredes a un ritmo perfecto para el placer de Raúl: las contraía al máximo cuando entraba, las relajaba cuando salía.

—¿Algo más que pueda hacer por usted? —gimió con el rostro sin energía apenas, dándole a ver que estaba a su merced.

—Te faltó un “mi rey” en la frase —se quejó y le dio un golpe interno y más fuerte. La hizo saltar de la mesa, la sujetó y dejó un mordisco en una de sus tetas—. Tienes que decirlo más seguido o me vas a enfadar. —Volvió a golpear—. Y lo que pasará, es que te haré correr una cuarta vez, ¿quieres probarlo?

Empezó a darle así, fuerte, uno tras otro, sin descanso.

—Claro —dijo entre estocadas, su voz era interrumpida por su culpa—. ¿Algo más que pueda hacer por usted… —Su rostro pasó de cansado a una sonrisa maliciosa—. ¿Perrito?

Kate le dio la vuelta rápidamente y se sentó sobre él, levantando las caderas y bajándolas sobre su polla a un ritmo exquisito, con sus manos apoyadas sobre su pecho para ir estimulando su clítoris de vez en cuando.

—Dime, ¿cómo se siente ser montado por la reina?

—Es una jodida fantasía —gruñó. Bajó con una mano a su coño y empezó a fregarle el clítoris, con la otra, le azotó el trasero y se lo apretujó con tanta fuerza que dejó la marca de su mano.

No quiso apartarse ni la forzó a moverse, dejándola con el control de la situación hasta que él decidiera. Se mordió el labio inferior, observando el vaivén de sus pechos y escuchando lo empapada que estaba gracias al sonido que hacía cada vez que su miembro la perforaba. Ella se agachó sobre él, muy cerca de su oído mientras le restregaba el coño por la pelvis.

—¿Sabes dónde va a acabar tu leche a partir de ahora, Raúl? —susurró—. En mi boca, en mi coño y en mi culo. ¿Lo has entendido?

Con ambas manos le ahorcó el cuello con fuerza, aprovechando ese punto para impulsar sus movimientos y separar los labios para gritar muy alto.

Él gruñó y cerró los ojos. El placer era cegador, podía enloquecerse más de lo que ya estaba. Deslizó la mano entre sus nalgas y uno de sus dedos conoció el interior de su ano. Apretó un punto en específico, donde el placer llevaba ondas a su coño. Abrió los ojos para mirarla y dio un movimiento de pelvis hacia arriba, yendo más al fondo.

—No tengo objeción de que seas mi maldito contenedor de semen —contestó entre jadeos por falta de aire—. Tengo una orden para ti.

Katerina soltó su cuello, le agarró ambas manos en el aire y entrelazó los dedos, para impulsarse ambos con la fuerza de sus muñecas.

—A ver qué dices —ronroneó con una sonrisa.

—Corrámonos a la vez —se inclinó y apretó más las manos cuando lo sujetó. Pasó la nariz por su cuello y le susurró al oído—. Creo que esta petición nos va a gustar a los dos…

—Sí, vale —jadeó.

Impulsó sus manos para tirar de él y subirlo. Enroscó sus rodillas en su espalda y comenzaron a saltar juntos los dos, en un baile donde eran los únicos que se sabían la coreografía. Katerina buscó sus labios y enterró sus gemidos dentro de su boca. El ahogó los gritos que le estaba arrancando. Tocó cada recoveco de su cuerpo, como si en algún momento pudiera escapar de él. Apretó sus nalgas y la elevó levemente para que sus movimientos fueran igual de duros e internos que los de ella. Probó su boca, como el elixir perfecto para la locura y la pasión. No había poción que lo encantara tanto que su saliva. Tragó y gruñó en su boca. Cerró los ojos y cuando sintió que el interior de Kate lo apretaba, supo que era el momento de llenarla y que el placer los envolviera a los dos.

—¡Ah! —gritó en voz alta, sin importarle cómo sonaba, era imposible callar tanto placer.

—¡Ah! —respondió ella, dejándose llenar por él mientras ella le devolvía sus fluidos a cambio, agarrándose a cada músculo, a cada parte de su cuerpo que pudiera poseer en ese momento, hasta que los dos acabaron jadeando en voz alta, derrotados el uno sobre el otro.

Katerina se separó un poco de él para mirarlo a los ojos, ambos con la mirada brillante, tanto que se le escapó una sonrisa genuina.

—Parece que incluso acabamos de hacer el amor, luego de una dura follada —dijo entre risas.

Raúl le siguió la risita, pero luego añadió:

—¿Acaso lo dudas?

Katerina se quedó en silencio, mirándolo fijamente como si no fuera capaz de creerse sus palabras y sus hoyuelos le estuvieran mintiendo.

—¿De verdad? —preguntó en un hilo de voz.

—No hace falta que te lo diga, tú misma lo has sentido. Llevo demasiado tiempo esperándote.

Los ojos de la albina se volvieron vidriosos, había lágrimas empañándolos tan deprisa que una lágrima resbaló por su mejilla. Rápidamente se la sacó y recompuso su semblante gélido y picarón.

—No sé qué coño me ha pasado —admitió.

—Que eres mía —le respondió Raúl. Pasó una mano por su pelo y le acarició—. Y no habrá nada ni nadie que te haga olvidarme.

Ella asintió con una pequeña sonrisa.

—Si tú lo dices, tendré que creérmelo.

Al levantarla con un tirón, Raúl observó el anillo que vestía su anular.

—¿Estás casada? —preguntó. Kate se miró la mano y la llevó a su espalda.

—Es una reliquia familiar —mintió—. Pero, de todas formas… ¿Es algo que importe?

Se levantó de la mesa y con una mirada pícara llamó a sus serpientes. Las escamas de los animales cubrieron su cuerpo y tras su partida, Kate se encontraba vestida por un traje negro diferente y limpio.

—Obvio que importa —gruñó Raúl—. Te he dicho que eres mía.

Kate sonrió y le dio un toque en la nariz con el dedo índice. En el mismo dejó un beso y empezó a marcharse.

—Nos vemos —se despidió. Levantó la mano, sin siquiera darse la vuelta para ver a Raúl.

—¡¿Cuándo?

—¿No se supone que eres un acosador? Haz tu trabajo —lo retó.

Raúl agrandó la sonrisa. Sus hoyuelos se marcaron y la observó mientras se marchaba. Se

dejó caer sobre la mesa y miró el techo, reaccionando con todo lo que había ocurrido con esa misteriosa mujer.

—Guau —escuchó a Death.

—Has estado muy callado, maldito voyeur.

—Tremenda fantasía acabo de vivir —confesó. Apareció al lado de Raúl y ladeó la cabeza—. ¿La compartes?

—Has estado en mi cuerpo todo el rato, en resumen, ya lo he hecho.

—Bueno, pero quería consentimiento.

Raúl entornó los ojos y se levantó. Sus manos se iluminaron de rojo y con la magia que lo rodeaba, volvió a vestirse. Chasqueó los dedos y el tiempo se restauró en el local. Todos actuaron como si nada hubiera pasado dentro de esas paredes. Él dejó caer el dinero sobre la barra y salió junto a Death.

—Escóndete —le ordenó a la muerte—. No quiero que piensen que tengo un hermano gemelo cuando en verdad es un Shinigami.

—En algún momento sabrán de mí.

—Bien, pero no ahora.

Death se escondió dentro del cuerpo de Raúl cuando ambos divisaron en la lejanía a Alexa. Se había quedado sentada en la fuente del pueblo, con un libro en las manos mientras María seguía en la biblioteca.

La bruja, levantó la mirada al reconocer las botas negras que se habían detenido frente a ella.

—¿Dónde estabas? —preguntó, como una madre a punto de regañar a su hijo.

—Joder, que marcaje —se quejó Raúl. Alexa notó que llevaba la chaqueta rota.

—¿Y eso? —Señalando la prenda.

—Me peleé con una fiera.

—¿Fiera?

—Uff, sí. Si me vieras la espalda…

Alexa prefirió no preguntar, era la primera vez que Raúl llevaba una sonrisa sin ser forzada, pero se veía demasiado psicótico como para querer averiguar algo. Lo miró mientras se marchaba para ducharse.

Capítulo 12: Érebos y Gula.

María revisó los libros que contaban la historia del pueblo. Viejos, polvorientos, con las páginas rotas en algunas secciones. Intentó leer algunas en lenguas antiguas que ella no comprendía, pero los dibujos que mostraban le hacían comprender de un pasado doloroso con un supuesto Dios resentido por el dolor y la perdida de gente querida.

—Campos magnéticos —leyó en voz baja. Pasó la página. El silencio en la biblioteca y la oscuridad que la rodeaba parecían tornarse pesados—. Dimensiones paralelas, portales. ¿Qué es esto? —Pasó más páginas y encontró la clave. Solo si el velo entre la vida y la muerte se rompía se podía acceder a esa dimensión. Pero ella no estaba muerta. Eso pensó. Arrugó la nariz y cerró el libro—. ¿Cómo vine a parar aquí?

Un libro del estante le llamó la atención. Levantó la mirada en la sección de demología. ¿Qué biblioteca tenía una sección expresamente para eso? Se levantó del asiento y un crujido a sus espaldas la distrajo por un segundo. Miró en la escuridad de los inmensos pasillos y negó para sus adentros. Alargó el cuerpo para poder coger el libro y tiró de su solapa. Éste cayó, junto a otro que explicaba las diferentes formas lunares y el efecto en la gente que vivía en Dolwill.

Miró de reojo la página que se había abierto. Luna llena, explicaba sobre un ser del inframundo capaz de transformar la pureza y bondad en la mayor maldad que pudiera existir en el mundo. Todo parecía sacado de un cuento de hadas transformado en una historia de terror.

Dejó a un lado ese libro lunar y sobre la mesa, abrió el libro de demonología, escrito en puño y letra por un tal Jason Whraid, quien se denominaba un cazador de demonios junto a sus familiares.

Entre monstruos que no quisiera ver ni en sus más internas pesadillas, hasta otros que parecían indefensos pero que podían arrebatarte el alma con una sola sonrisa, María buscó el nombre de Érebos. El mismo que estaba marcando su piel con moratones tan pronunciados como las ojeras debajo de sus ojos castaños por culpa de no poder descansar. Se colaba en su piel, en su alma, en su cuerpo y sus propios sueños. No la estaba dejando descansar y lo que en primer momento supuso un placer implacable, ya se estaba tornando doloroso y asfixiante. Al punto en el que, cuando notó que le costaba levantarse de la cama, temió por su vida.

Hasta que lo encontró, en un apartado de la mitología griega.

—Es un Dios primordial —leyó en voz alta—. Personificación de la oscuridad y las sombras. Se dice que sus nieblas densas repletas de una oscuridad insondable rodeaban los bordes del mundo. Llenaban los lugares subterráneos. —Recordó la niebla que ciega en la carretera de ida a Dolwill y la misma que nubla cada árbol en el bosque que ese mismo ser guardaba con recelo—.

Posee todas las habilidades de los dioses. Más poderoso al ser un primordial. Inmortalidad. —Pasó página y en un dibujo realista vio su verdadera forma de ser. Se le erizó el vello de todo el cuerpo y exhaló para seguir leyendo—. Habilidad de umbrakinesia, le da autoridad divina, control absoluto sobre la oscuridad y las sombras. Personificación de la noche, hijo de Caos. Simboliza el oscuro corazón del inframundo.

Pasó página y observó catástrofes y el caos que tanto amaba Érebos. Al igual como su forma de consumir la luz.

—¿Por qué lo atribuyen a Gula? —preguntó María. Algo no encajaba. Si era un Dios primordial, ¿cómo era posible que le llamaran Gula?—. ¿Ese no es un pecado capital? —susurró en voz alta. Y buscó a Gula—. Demonio de la Gula, pecado capital. En la teología católica cristiana, forma uno de los siete pecados capitales. La habilidad de Gula le permite robar las habilidades de una persona, consumiendo su alma. El demonio sufre un hambre incontrolable y para aliviar el dolor necesita consumir constantemente las almas de humanos y poseer cuerpos nuevos cuando no aguanten la carga energética.

María se quedó pensando. La forma en la que se apoderó de las sábanas de su cuarto, el cómo le dijo que su cuerpo se podría. Sin embargo, también recordó las sombras que lo rodeaban. El pánico que sintió al verlas. Entrecerró los ojos e hizo una mueca.

—¿Cómo ha pasado que Érebos y Gula sean el mismo?

—Maté a Gula —hablaron a sus espaldas. María dio un respingo en la silla y se levantó. Apoyó las manos en la mesa y a sus espaldas vio a un ser repleto de sombras, formado por ellas, pues debajo de éstas solo había huesos que se vestían por una gabardina negra.

—Érebos —susurró María. Éste movió su cadavérica quijada en una fingida sonrisa que solo se pudo entrever en la poca piel podrida que quedaba en medio rostro. Tenía el cráneo de un ciervo y los cuernos de tal, como un Wendigo.

—El mundo necesita a los pecados capitales —comentó. Las sombras que lo rodeaban se expandieron por el espacio y la oscuridad nubló los libros—. Por ese motivo, fui maldito. Soy todo lo que un Dios odiaría. Un pecado capital y un dios primordial en un mismo ser con un hambre insaciable y una ansiedad abrumadora por matar.

María tragó saliva. Todo el cuerpo le empezaba a temblar.

—¿Por eso me estás drenando la energía? —Lo escuchó reír—. Eres el hijo del Caos. Quieres causar el caos, ¿qué tiene que ver tu existencia conmigo?

Érebos dio unos pasos hacia María. Parecía levitar por el suelo. Ladeó un poco la cabeza y los huesos del cuello le crujieron.

—Quiero poder para tener un receptor que no se pudra —comentó—. Pero, además, fuera del caos, busco de ti algo completamente diferente.

—¿El qué?

—Tu vida.

Los ojos de María empezaban a llorarle.

—¡¿Por qué?! Tienes mil mortales que podrían satisfacer tu hambre, yo…

—Tú eres mi única opción.

—Pero, yo…

—¿Crees que los monstruos puedan enamorarse? —preguntó de repente. Sus rudos dedos rozaron la barbilla de María y limpiaron con una tosca caricia su mejilla repleta de lágrimas—. Estás aterrada.

—Déjame ir, por favor —suplicó la periodista—. Déjame marchar de este pueblo. Fuiste tú, ¿verdad? ¡Tú me trajiste aquí!

Érebos suspiró hondo y asintió.

—Quería a alguien más —admitió.

—¡Pues libérame! —gritó. El llanto en María no iba más que en aumento—. Voy a volverme loca.

—¿Y qué hay de malo en eso? La locura es la parte más placentera de estar vivo. —Érebos dio un paso atrás. María sintió que las piernas le temblaban y terminó arrodillada en el suelo, temblando. Ver a los ojos vacíos de un Dios primordial había sido demasiado para su mente humana.

Dejó de verse como un Wendigo a un cadáver humano. Las sombras, entre risas sarcásticas y melódicas, rodearon el cuerpo muerto que poseía Érebos y lo cambiaron por otro. El cadáver cayó a un lado y él, mostrándose renovado, con un nuevo cuerpo humano en su poder, se veía como un joven rubio de ojos verdes. Agrandó su sonrisa y, solo por los colmillos prominentes se podría decir que no era humano.

—¿Y si jugamos? —propuso. María negó con la cabeza.

—No, más no.

—¿Segura?

Negó de nuevo, pero cuando los labios de Érebos rozaron los suyos sintió que se derretía entre el peligro y la irracional atracción que sentía por ese ser infernal. María apretó la camisa negra del pecado y poco a poco la fue soltando hasta envolverle el cuello en un suave abrazo. Pasó ambas manos por el pelo del hombre que cambiaba de rostro como quien cambia de calcetines. Jadeó en su boca y el sabor de su lengua se asemejaba al azufre, pero no le era para nada desagradable. El veneno del pecado era mucho más fuerte que cualquier repulsión que pudiera sentir por él. Le aseguró estar volviéndose loca, pero la realidad era que su cordura ya estaba flaqueando ante la locura de ese mundo aterrador.

Una risa ronca que emanó de Érebos opacó el silencio. Alejó la lengua de la de María y ésta jadeó. Buscó de nuevo el contacto, pero él se negó a concederle el deseo.

—Me gusta jugar de formas poco tradicionales —comentó. María escuchó el cerrojo de la puerta de la biblioteca y la soledad con Érebos le resultaba lo más tentador del mundo.

María sonrió con un atrevimiento impropio. Caminó por el lado de Érebos y dejó caer al suelo su camisa. Él se desvaneció y fue una sombra más del montón que disfrutaba las vistas de la joven periodista. Ella no tuvo miedo. El sujetador y el pantalón también visitaron el suelo. Se sentó en la mesa y antes de quitarse la ropa interior, abrió sus piernas y dejó que las sombras de ojos brillantes observaran su humedad. Alguna fue más atrevida que otra y deslizó sus dedos por la tela. Sabiendo que eran parte de Érebos, María lo disfrutó. Echó la cabeza hacia atrás y sus piernas temblaron al mojarse más.

Lo disfrutaba y no iba a negarles nada. Sus bragas fueron ladeadas por esos espíritus errantes y notó la estimulación abriéndose paso por el interior. Apoyó ambas manos en la mesa y echó la cabeza hacia atrás. Rompieron la tela de sus bragas y se agolparon entre sus piernas. Ella no sabía exactamente qué le estaban haciendo, pero era tan placentero que les regaló un orgasmo. Las sombras se enloquecieron más, no hubo ni una gota que cayera al suelo, pero María quiso obedecer a Érebos y cuando ya estaba desnuda al completo gracias a sus ayudantes, se acostó en la mesa.

Abrió las piernas. Espero todo, menos sentir el roce duro de la tapa del libro que anteriormente estaba leyendo, rozarse entre sus labios vaginales. Ahogó un jadeo y se apoyó de los codos para mirar al objeto. El libro se movía, abría sus labios y parecía disfrutar de que los fluidos de excitación le corrieran por las páginas.

El libro palmeó su coño con las solapas como si se tratara de una mano humedecida por sus fluidos.

—Ah, joder… —gimoteó ella. El placer aumentó cuando el libro se abrió por la mitad y empiezo a pasarle las páginas por el interior de sus labios vaginales.

—Quiero que tus fluidos mojen mis páginas hasta pegarlas entre sí. Que cuando alguien vaya a leerme después, no huela a libro nuevo, sino al olor de tu interior.

—¡Sigue, sigue! —suplicó ella—. ¡Noto tus cantos en puntos tan erógenos que estoy a punto de llegar al orgasmo!

Así lo hizo, estalló y el libro aprovechó el bombear de su coño para arrugar las páginas y meterlas en su interior. No importaba si alguna se arrugaba o se rompía por la humedad. La tapa golpeaba su coño y con una punta, abrió su ano para follarla. Ella volvió a gritar. Se llevó ambas manos al coño y apretó el libro entre sus piernas. Éste se movía en su interior y podía escuchar sus jadeos emanando cerca del clítoris.

La punta de la tapa terminó por introducirse en su ano y una vez ahí, la disfrutó y se metió lo máximo que pudo.

Lloriqueando de placer, María lo sujetó y lo apoyó en la mesa. Envuelta por libros, en la

librería, empezó a montarlo. Perdió la mirada en las vigas de madera del techo y montó al libro como si no hubiera un mañana. Escuchó sus páginas arrugarse y las notó empapadas dentro de ella, pero no se detuvo.

La tinta emborronada del libro se convirtió en un liquido blanquecino que estalló y la llenó cuando ella llegó al orgasmo. Había hecho correr a un libro mágico que ansiaba por seguir follándola por más horas.

***

—Perdón por tardar —se disculpó María con Alexa al salir de la biblioteca. La pelirroja seguía leyendo sentada en la fuente del pueblo.

—¿Encontraste lo que querías? —preguntó Alexa.

—Más o menos, nunca fui de libros. Supongo que ahora me gustan un poco más. —Alexa fingió una sonrisa como respuesta—. ¿Qué te pasa?

—Se trata de Raúl, mientras estabas ahí dentro apareció e iba bastante extraño. Lo conozco de relativamente poco, pero es mi familiar y las brujas creamos un vínculo enorme con ellos.

María se detuvo. Recordó la amenaza de ese hechicero y tragó saliva. Miró hacia la biblioteca y la piel se le erizó. No sabía a cuál de los dos temía más, si a Érebos o al compañero de la bruja.

—He oído que ha vuelto uno de los Evans —comentó María a modo de cuchicheo—. Podríamos llevarle algo de comer como buenas vecinas.

—¿Los Evans? —Alexa levantó la mirada hacia la mansión que imponente se alzaba entre los árboles. Desde lejos ya era capaz de helarle la sangre—. No han sido nunca muy hospitalarios. Lo raro es que hayan encontrado un heredero vivo para tanta fortuna.

—Bueno, como dices, es un heredero. Quizá no sea como sus familiares y nos encontremos alguien agradable que está solo en este pueblo sin conocer a nadie. Es desconcertante una vez entras a Dolwill si nadie te explica que no puedes salir.

Alexa tomó una bocanada de aire y luego sonrió. La inocencia de la joven no se había perdido con la matanza que habían sufrido sus familiares ni por todos los años que por ella habían pasado, aunque no se notaran.

—¡Le compramos unos dulces del horno! —aceptó. María sonrió al salirse con la suya.

Capítulo 13: El demonio de la guarda.

A pesar de estar acostumbrada a las sombras que envolvían todo el pueblo, Alexa temblaba mientras recorrían las tierras del jardín de los Evans. La puerta señorial frente a ellas parecía burlarse cuando llamó con sus nudillos y se abrió con un estridente chirrido.

—¿Hola? —preguntó María.

—¡No! —Alexa le tapó la boca—. Nunca hagas eso, jamás. En las películas de terror dicen "hola" y preguntan si hay alguien y son los primeros en palmarla.

—Yo ya he visto mi tumba, así que…

—Por lo que a mí respecta, quiero seguir teniendo la cabeza sobre los hombros. —Y le indicó silencio con el dedo. María asintió.

Con el miedo cargado como una mochila repleta de piedras, Alexa fue la primera en poner un pie dentro de la mansión. Solo el crujir de los pasos de las dos se escuchaba en la enorme estancia, ahora viéndose reluciente, limpia. Fuera quien fuera el nuevo propietario, sabía cuidar lo suyo.

—Me parece absurdo que traigáis pasteles, pero no la paciencia suficiente para esperar fuera. —La voz imponente, rasgada y fuerte del hombre las hizo saltar a las dos a la vez. Al darse la vuelta, lo vieron de pie, al lado del piano. Mimetizado por sus ropajes negros. Mostrando rectitud y un semblante majestuoso. Sus ojos azules podían captar la poca luz que se calaba desde los ventanales y se veían como un mar profundo dentro de la tormenta que dibujaba su rostro.

—Perdón —pronunció Alexa a baja voz—. Te traemos…

—Al que le gusta comer dulce es a mi padre. —Como forme había levantado Alexa la mano para entregarle los dulces de la bolsa, la bajó—. ¿Qué queréis?

—No hace falta que seas tan soberbio con nosotras —reclamó María.

—Disculpa que no salte de emoción por unas intrusas. Además, no me agradan las brujas, hacen pacto con demonios.

Alexa frunció el ceño y apretó la mano alrededor del asa de plástico.

—Pues lo que eres tú —contestó la pelirroja. Damon, entonces, cambio su aspecto y el ceño se le frunció.

—Marchaos —ordenó—. No quiero entrometidas en mi casa.

Alexa dio un paso para marcharse, pero fue detenida por la mano de María. Por muy desagradable que le pareciera aquel hombre, el hurón que había en casa le hacía temblar cada célula del cuerpo y le había pedido la tarea de hacerse amiga de Damon.

—Tienes una hermosa fachada de soberbia entre tanta inseguridad —soltó la periodista.

—¿De verdad vas a ponerte a retar a un demonio original? —preguntó Damon.

—¿Lo eres? —Damon mostró una mueca en su cara siempre seria—. Porque hasta ahora, en todo el pueblo, eres el que más noto humano después de Alexa y el poli loco.

—¿Quieres comprobarlo? —la retó Damon, con prepotencia—. No te van a gustar mis métodos.

—Dudo que sean tan crueles como aparentan. —María dio unos pasos hacia él y elevó la mano frente a su pecho—. Me llamo María Flitz, soy periodista y, me encanta fijarme en los rasgos de la actitud de la gente.

Damon dudó, claro que lo hizo. Después de todo su vida no había sido fácil, pero algo era cierto con la observación de la periodista. Sabía lo que era ser humano. Lo había sido. Tomó una bocanada de aire y le terminó estrechando la mano.

—Damon Evans, aunque me conocen como soberbia.

María ató cabos al estar frente a otro pecado capital.

—¿Tienes vinculo con algún otro pecado capital? —preguntó.

—Bueno, tanto como vinculo… —Damon le soltó la mano y miró hacia el piano. Acarició sus teclas como forma de apaciguar el mal estar que irremediablemente le producía el pensar en él—. Gula es mi padre.

—¿Cómo que es tu padre? —Alexa interrumpió la charla y se acercó a ellos, ignorando el hecho de que así se desenmascaraba con María de que ella sabía la existencia de Érebos en su casa—. ¿Dónde está el pecado de la soberbia original?

—Lo único que sé es que ahora lo soy yo —declaró Damon. Inclinó el torso hacia Alexa y le agradeció con la mirada por los dulces que, finalmente, aceptó.

La bruja tragó saliva y un nudo se le formó en el estómago. Era guapísimo y le había sonreído sutilmente. Suficiente para que le temblaran las piernas.

—Al fin rompes un poco las defensas —se alegró María.

—Tampoco juegues tanto con la suerte —advirtió Damon.

—¿Para qué existe la suerte si no es para jugársela? —María le sonrió con seguridad, mientras que él la observaba en silencio—. ¿Nos podemos quedar un rato?

—Em…

—¿Puedes interpretar algo al piano para nosotras? —le sugirió, antes de que se negara.

Damon miró el piano. Como si de una herencia familiar se tratara, aunque no había tenido noción de piano con anterioridad, al verlo fue como conectar con un viejo compañero de vida. Se sentó y al apretar sus teclas, la melodía salió sin errores de novato. Ni un solo fallo o tecla mal sonante. Una sinfonía nueva que se elevaba entre las paredes y ponía el pelo de punta para todos los habitantes del pueblo, sabiendo que era el símbolo inequívoco de que había un Evans nuevo.

María se apoyó del piano y fingió tener un interés especial en él. Sin embargo, los ojos azules

de Damon se pasearon por su silueta, terminaron por las teclas y al levantarla, el mar fue a buscar en el firmamento de la ventana, aquella joven rubia de ojos celestes que vivía a tan solo unos cuantos robles de distancia. Podía observarla de pie, mientras cuidaba el ganado. Sonriéndole a la naturaleza. Con una pureza tan amplia que cegaba.

Las manos de Damon se detuvieron y observó hacia la bruja que, callada, miraba la escena preguntándose qué pretendía María con el hijo de Érebos.

—Bruja —la llamo Evans—. ¿Sabes quién es esa chica?

Alexa miró hacia la dirección donde Damon señalaba.

—Se llama Naminé Cortés —contestó.

—Eso lo sé, soy un demonio. Me basta con ver a alguien para saber su nombre. Lo que digo es... ¿Cómo es su vida?

—Tranquila, de campo. Es la típica niña buena. Tiene un hermano pequeño, Nox. Nacieron aquí una noche de luna llena. Ambos hermanos el mismo día a la misma hora, pero con ocho años de diferencia. Es raro que un nacimiento se efectúe en este pueblo sin que haya alguna desgracia, pero ellos están bien.

—No estoy tan seguro de ello —comentó Damon en voz baja—. ¿No tiene ángel guardián? —María y Alexa conectaron sus miradas al escucharlo, parecía genuinamente preocupado. Al notarlo, Damon se levantó del piano y lo disimuló—. No importa, gracias por los dulces y por la bienvenida extraña, aunque os hayáis colado en mi casa.

—Cuenta conmigo para lo que necesites —le ofreció María con otra radiante sonrisa que el demonio ignoró por completo.

La sonrisa de la periodista se esfumó cuando Damon pasó por su lado y salió de la casa sin mediar una sola palabra más con ella.

—Bueno… —comentó Alexa—. Es más agradable que los otros Evans, al menos.

—Pues no me imagino cómo serían —respondió la periodista. Alexa no le quitaba la mirada de encima en todo el trayecto de vuelta a casa—. ¿Me vas a decir qué pasa?

—¿En qué estás metida? —preguntó la bruja, sin filtros ni tacto.

María apretó los dientes entre sí.

—¿Conoces algo de la vida de Raúl? —preguntó. Alexa se quedó pensando por unos segundos y luego negó—. ¿Y cómo confías tanto en él?

—No lo sé. —Sonrió y se encogió de hombros—. Pensarás que estoy loca, pero confío muchísimo en él.

—Ya…

Para María le era imposible contar la extorsión que estaba viviendo por parte de Érebos y Raúl después de ver la sinceridad y lealtad de la bruja hacia su familiar.

—¿Me dirás qué tramas o no? —insistió Alexa.

María suspiró y miró al suelo. Se sentía tan sola que el pecho le empezaba a doler.

—Nada —mintió con la voz algo rota—. Es solo que no esperaba que Evans fuera tan atractivo.

Alexa no la creyó al principio, pero tras recordarse a ella misma flaqueando por su cercanía pensó que quizá no le estaba mintiendo en su totalidad.

***

Escribiendo un cliché bajo sus pasos, Damon caminaba cada día a la espera de ver a su musa de paz salir con los animales. No le importaba si no lo veía, si no era capaz de sentirlo adorándola como si se tratara de una escultura milenaria. Como la humanidad que anhelaba y que nunca más iba a poseer. Esa musa que lo invitaba a seguir con vida a pesar de la lucha interna y física que tenía con su padre. Se olvidaba de la muerte, de los rencores, del dolor. De su madre. Se olvidaba de cada recoveco de odio que vivía en su interior y aunque golpeaba como un puño que ella no pudiera saber de su existencia, no dolía. Le bastaba con observarla. No había soberbia con ella, solo estaba él.

Cuando el viento levantaba su cabello rubio y sedoso, su aroma lo arropaba y podía suspirar con los ojos cerrados, imaginando que, en algún momento, pudiera al menos abrazarla.

Al seguir los pasos de Nami hasta el granero, ella se detuvo antes de entrar a una de las caballerizas.

—No sé quién eres, pero te siento —susurró la joven y fue ahí cuando le aseguró que no se equivocaba. Ella tenía algo distinto al resto de humanos que no podía ocultar.

—¡Nami, mamá dijo que tenemos que ir dentro de casa ya! —la llamó Nox. El niño entró a las caballerizas y automáticamente un ser celestial derribó a Damon de un solo puñetazo que le desencajó la mandíbula.

—¡Joder! —gritó Damon, siendo opacado por un trueno. Con otro golpe perforó el suelo con el cuerpo y escupió sangre. Intentó levantarse, pero el siguiente golpe le quitó la noción del tiempo y pudo jurar sentir el sabor metálico en su boca.

—¡Aléjate de él! —le advirtió un haz de luz que pasó de un lado a otro.

—¿Gabriel? —preguntó Damon, con la voz ronca. Se dio la vuelta por el suelo y se tocó el estómago—. Que sensible eres, luciérnaga.

La siguiente patada la sintió sin remordimientos y cuando le dio la vuelta por el impacto en el rostro y la sangre salió a chorros, observó como mojaba el rostro pálido y suave del arcángel.

Los ojos bicolores de Gabriel le recorrieron el cuerpo y cuando se detuvo en su mirada azul, hizo una mueca de rabia.

—Deberíais de extinguiros —soltó.

—Y tú serías un inútil, aunque ya lo seas, rubito.

Otra patada lo dejó sin aire y habla. Escuchó los huesos romperse debajo del toque del arcángel. Cuando vio que sacaba las armas, Damon levantó las manos en cruz para que se detuviera.

—¡Para, para! ¡No vengo por el niño! —Gabriel se detuvo antes de clavar la primera flecha —. No estoy aquí para hacer nada de lo que crees.

—¿Qué pretendería un demonio de unos humanos?

—No quiero maldecirlos, matarlos ni poseerlos —aclaró—. Déjame respirar, joder.

—Te comportas extraño —confesó el arcángel. Se retiró unos pasos, pero siguió en guardia —. Podrías devolver los golpes, pero no lo haces.

—Me interesa más preguntarte otra cosa. —Damon se limpió la sangre de la boca y con un dolor sofocante, se levantó del suelo aboyado por todos los golpes—. ¿Eres el ángel guardián de Nox?

—Así es, te quiero alejado de él.

—Te repito que no quiero nada con el niño, capullo. —El siguiente puñetazo de Gabriel sí que fue interceptado por Damon. Le sujetó la mano y con fuerza le crujió los dedos. Gabi sonrió con rabia y Damon hizo la misma expresión—. No me gusta el abuso de poder.

—Pues ve al grano, porque me están dando muchas ganas de aniquilarte.

—¿Quién la protege a ella? —miró hacia Naminé. Los dos hermanos estaban ayudando a sus padres sin imaginar la lucha que había acontecido a sus espaldas.

Gabriel se fijó en Nami y arrugó la nariz. No había visto a ningún compañero por allí desde que Nox nació.

Gabriel sacó una libreta que se dibujó con una luz cegadora, la cual quemó levemente la piel de Damon. El arcángel empezó a pasar página. Las hojas no se terminaban, aunque las pasara. Entonces, detuvo el dedo. Volvió a observar a Nami y levantó la mirada hacia Damon.

—No sé cómo es posible que no tenga ningún ángel guardián asignado —comentó Gabriel.

—¿Error de cálculos, mensajero?

—No puede ser un error.

—Claro, porque vosotros sois perfectos. Ignoraba el egocentrismo de los tuyos.

—No lo digo por eso. —Gabi la vio de nuevo y negó—. Cuando pasa esto, es porque el humano debió haber fallecido. Antes de nacer o después.

—¿Cómo? —Damon la escuchó reír y llevó la mirada hacia ella mientras jugaba con su hermano—. No la veo muy tiesa que digamos.

—Ja-ja.

—Ahora enserio, ¿tanto te cuesta admitir un error? —Se puso delante del arcángel y golpeó

su libreta con el dedo índice—. Arréglalo. No entiendo cómo ha estado viviendo completamente sola.

El demonio se dio la vuelta para marcharse, pero Gabriel lo detuvo con lo siguiente que dijo.

—No ha estado sola, ¿verdad? —Damon lo miró sobre el hombro—. Un demonio guardián no es lo típico. ¿Desde cuándo?

—Desde que vine.

—¿Por qué? —Damon quería responder, pero no pudo—. Por eso no me gustan los mestizos. Algunos seguís teniendo sentimientos humanos y es asqueroso. ¿Te has enamorado de una mortal? Oh, vamos, Damon. La matarías si la tocaras, lo sabes, ¿verdad? Claro, por eso solo la ves a la distancia. La estás cuidando de todos, pero, sobre todo, de ti.

Damon no relajó su expresión, aunque sus ojos azules mostraran un dolor tan intenso como el color que los vestía.

—Ocúpate de hacer tu trabajo y que algún ángel la cuide, lo demás es cosa mía.

—Si nadie la ha cuidado ya, nadie lo hará —sentenció Gabriel—. A no ser, que tú aceptes el cargo. Aunque, ya lo has hecho.

Gabriel se esfumó como si fuera polvo y Damon lo comprendió. La seguridad de aquella joven dependía única y exclusivamente de él.

***

Escondido en la oscuridad de la casa de Alexa, Raúl recorrió con sigilo los pasillos, como el gato que escondía dentro de su ser. Cada ventana que cruzaba e iluminaba la luna su rostro, volvía sus ojos de un plateado tan profundo como la noche. Escuchó la cama de Alexa y desde la puerta entreabierta la vio acostada boca abajo, vestida únicamente con un camisón gris y ropa interior de encaje.

—Que atrevida nuestra brujita —comentó Death en su cabeza—. Tú te quedas con la furia y yo con ella.

—Ni se te ocurra, la veo como una hermana —lo regañó Raúl.

—No lo es y no tengo por qué tener los mismos gustos que tú, ¿sabes? Me gusta la bruja.

—Te he dicho que no.

—Veremos.

El hechicero siguió su camino. Se deslizó por el pasillo y miró hacia la ventana de la habitación donde se encontraba María. Se coló en ella y le quitó la sabana de un tirón.

—Ale… —iba a gritar por la ayuda de Alexa, pero su grito se quedó en la nada. Sintió que su garganta era oprimida sin necesidad de que Raúl se moviera de los pies de la cama. Él chasqueó la lengua contra su paladar, elevó el dedo índice y le indicó silencio apoyándolo sobre sus labios.

—Te dije que fueras a ver a Damon Evans —gruñó Raúl—. Pero no como una visita cordial.

La dejó respirar. María se quejó y llevó ambas manos a su cuello.

—Es desconfiado, ¡no podía hacer nada más!

La abofeteó. María se quedó con la palabra en la boca mientras Raúl sonreía de oreja a oreja, como un payaso aterrador en medio de un circo en penumbra.

—Te he dicho que no grites —le advirtió. Caminó a gatas sobre la cama y le calmó el dolor con una caricia suave. Detuvo los nudillos sobre los labios de la joven—. Necesito algo mucho más que eso.

Las lágrimas de la muchacha mojaron su mano, pero a él no le interesó.

—¿Qué quieres?

—Fácil, lo mismo que estás haciendo con el padre. —María puso cara de horror. Abrió la boca para reclamar, pero al verlo elevar las cejas se calló—. ¿Te parece horroroso?

—Espantoso —afirmó.

—Lo siento, pero estás en un lugar donde la ética se viste de muerte y baila un vals con las traiciones. Es lo que tiene ser un peón en mis manos, se astuta y quizá saldrás viva de esto. Si no, puedo prescindir de ti.

—Pero, es el hijo de Érebos —susurró, consternada.

—¿Y? —Raúl se quedó en silencio viendo el arrepentimiento en sus ojos mucho antes de obedecerlo y empezó a reír a carcajadas tan altas como lo hubiera sido el grito inicial de María —. ¿Te has enamorado de Gula? ¡Qué estúpida! Él no te quiere, quiere a alguien que está muerto.

—No te entiendo… —balbuceó con el llanto incrementado.

—Eres su jodido sacrificio, mojigata. Por eso te quiere débil. —Raúl se levantó de la cama y ladeó la cabeza mientras su lengua paseaba por sus nudillos donde las lágrimas le alimentaron el ego—. Voy a hacer algo inusual tratándose de mí. Investiga sobre la muerta que viste idéntica a ti. Luego, cuando vayas a aceptar mi trato, búscame. Eres periodista, sabrás arreglártelas para saberlo todo. Y recuerda, mantén silencio con el acuerdo que te he comentado. No quieras morir tan joven, cariño.

Raúl dejó a María consternada. Llorando y temblando en la cama, pensando en qué momento había pasado de ser un ser humano a un juguete.

Raúl, por el contrario, se marchó de la casa. Recorrió las lluviosas calles de Dolwill, conociendo cada piedra y muerte que habían visto las paredes de las casas que lo rodeaban y llegó a la plaza. Al lado de la fuente, Damián esperaba quieto, impasible. De alguna forma, el astuto ángel había adivinado que iban a por él.

—Zarek —pronunció sin darse la vuelta.

—Hola, Damián. ¿Listo para ser un ángel caído?

Capítulo 14: Ángel caído.

Damián podía parecer un lunático, pero dentro de su psique se encontraba un ángel tan voraz como temido. Miró sobre su hombro al hombre que lo había retado y con una media sonrisa mostró sus colmillos y sus ojos brillantes tomaron una tonalidad lo suficiente sangrienta como para parecer más un ser del inframundo que un ángel venido del cielo.

El tiempo se detuvo y la realidad se distorsionó alrededor de ellos, como si se tratara de una dimensión repleta de espejos que los aturdía, pero no a ambos por igual, pues era el propio Raúl el que lo creaba.

Damián no se intimidó. Sorteó los espejos y saltó por el circulo que trazaba cada casa iluminada por la luz roja que pintaba el cielo. Raúl, elevó las manos al cielo y los cuervos rodearon su figura para confundir al ángel, quien, armado con dos dagas de luz en sus manos, empezó a atacar, sin éxito. El cansancio empezó a mermar las fuerzas del ángel cuando el primer puñetazo le golpeó el rostro. Cayó en una especie de fosa cristalina. Los espejos se rompieron alrededor de su cuerpo y cortaron cada centímetro de su piel. Se cubrió el rostro con los antebrazos, y cuando el suelo también de cristal chocó con su espalda, sintió que una astilla afilada le rompía una de las costillas.

—¡Aaaah! —gritó, completamente ensartado. Arrastró las manos por el suelo y se las cortó Dejó las manchas de su sangre hasta que logró quitarse el cristal en punta que le había roto por dentro.

Sin embargo, lejos de querer rendirse, Damián volvió a sacar sus dagas y temblando, se levantó del suelo. Tembló, pero por el rabillo del ojo vio la silueta de Raúl. Se dio la vuelta y a pesar de la sangre que perdía, logró clavar la daga en el brazo del hechicero.

Raúl gruñó con rabia e intentó defenderse, pero su mano fue detenida por el ángel. Éste le dio un rodillazo en el estómago y cuando vio que se agachaba, usó sus propios cristales para cortarle parte del cuello.

Raúl tomó una bocanada de aire y solo aguantó sin morir por el pacto de alma que tenía con la parca que estaba enfadándose más a cada segundo que pasaba.

Fue entonces, cuando Death se apoderó del cuerpo de Zarek. Vistió su piel con sellos malditos que encerraban miles de almas en el inframundo. La estatura del cuerpo de Raúl creció considerablemente y de su rostro salieron unos colmillos tan afilados como los de un cocodrilo. Gruñó, como el shinigami que era y las pupilas le cambiaron. No había mi rastro del hechicero, solo era la parca que todo el mundo temía.

Cogió al ángel del cuello y lo levantó del suelo. En un pestañear de ojos, todo alrededor de

ellos volvió a la realidad. Dolwill, las calles oscuras, los llantos provenientes del bosque y la lluvia que los empapaba.

—Mírame a los ojos —gruñó con voz ronca.

—No…

—¡Mírame! De lo contrario, los humanos a los que cuidas…

—Vale —aceptó antes de que terminara la frase. Los humanos eran frágiles frente a la muerte.

Lo miró a voluntad y sintió como el alma le ardía. Extendió sus hermosas y grandes alas blancas por el dolor y éstas mismas empezaron a consumirse como si se tratara de un incendio en el bosque. Hasta llegar a la piel, donde fueron arrancadas de cuajo, dejando dos prominentes y sangrantes agujeros.

Por los ojos de Death vio su propia muerte y empezó a recordarlo todo. Absolutamente todo. Los ojos de Damián perdieron su brillo natural y su piel palideció por completo. Sus labios se volvieron morados y las ojeras que ya mostraba por genética, se marcaron como dos pozos de tristeza y dolor.

Cuando Death lo soltó, Damián cayó de rodillas. Apoyó las manos en el barro, mirando a un punto perdido de la nada y las lágrimas mojaron más su rostro que la lluvia. Hecho el trabajo, la muerte y el hechicero se marcharon para celebrar la derrota del bien.

Damián, sin embargo, empezó a recordar sin cesar cómo había muerto.

Entre llantos, cubrió el cuerpo de su hermana pequeña la cual le rogaba piedad a un padre abusivo que no le importaba la edad de los dos. Fue entonces cuando Damián, siendo un niño que recién había entrado al colegio, cargó a su hermana y sin temer el sadismo de su padre, la encerró en uno de los armarios. El hombre no tenía a nadie más con quién desquitarse. Su madre había muerto un día mientras estaba en el colegio por un supuesto resbalón en la bañera.

Así fue, como el agresor se desquitó con él hasta que el mismo aliento le dolía. Perdió el conocimiento por un par de minutos en los que ese señor siguió como si se tratara de un saco de boxeo. Sin embargo, cuando la tierra cubrió el cuerpo de Damián, él todavía respiraba. El peso de la tierra le nubló la vista y se clavó en sus fosas nasales. Quiso gritar, pero no pudo. Cuando los golpes y el poco oxígeno dieron sus frutos, el pequeño pereció.

Damián se levantó del suelo y sus ojos claros empezaron a oscurecerse. Se arrancó las pocas plumas que quedaban en su espalda y se quitó por el camino el uniforme policial, incluyendo las botas. Bajo la lluvia, sus pies descalzos dejaban un reguero rojo.

Rompió el velo de Dolwill con su rabia y pasó nublado por el cartel que anunciaba el final del pueblo. Pocos podían irse de Dolwill, pero cuando el odio era mayor que la voluntad de raciocinio el pueblo daba la voluntad de marcharse, como si estuviera destinado a causar el

mayor caos posible.

Fue así como Damián llegó a la casa de su propia parca humana. Golpeó la puerta, pero no esperó a que el hombre se levantara de la cama para abrirle. Como una auténtica alma en pena, recorrió los pasillos, destrozando a su paso los espejos y fotos que reflejaban sonrisas en una familia rota por su culpa.

Llegó a la habitación y rompió la puerta de una patada. El hombre gritó. Lo reconoció a pesar de que Damián se veía como alguien de más de veinte años. No podía negar que era él, su hijo.

—¡Damián! —Gabriel se interpuso en el camino del joven ángel caído y le negó avanzar—. No lo hagas, te repararemos las alas. Por favor.

—Déjalo, está corrompido —comentó otro aparente hombre, de apariencia aterradora y cabello castaño.

—No digas eso, Miguel —reclamó Gabi. Luego, volvió a mirar al ángel—. Por favor, Damián. Si lo haces, no podré ayudarte, ya no podrás…

El sermón de Gabriel fue callado por un empujón de Damián. Estaba cegado en el odio y con furia, se encaramó sobre su padre. El hombre empezó a gritar. Pudo sentir todos sus órganos reventando uno a uno. Las dagas volvieron a formarse en sus manos, pero esta vez, estaban hechas de sangre, no de luz. Y con ellas, lo mató. Empezó a clavarlas una y otra vez. Las puñaladas no podían contarse y mientras lo hacía, lloraba. ´

—¡Vuelve a golpearme! —le gritó, ahogado por el llanto y el rostro empapado de sangre—. ¡Vuelve a matarme! ¡Habla, grítame!

Horrorizado, Gabriel miró hacia Miguel y aunque el inquebrantable arcángel de guerra negó con la cabeza, el mensajero sí que quiso intervenir. Gabriel intentó separar a Damián para calmar su locura que escondía un terror profundo.

—Damián, ya.

—¡Gabriel, dile que me hable! —Le dio varios puñetazos al cadáver—. ¡Háblame, hijo de puta! ¡No te quedes callado justo ahora!

—Lo has matado. —Damián se quedó quieto. Estático, como si la verdad pesara más que los golpes y la arena que todavía reposaba en sus pulmones—. Así es, Damián. Lo asesinaste.

Al reaccionar, Damián se levantó de la cama y dio unos pasos atrás. Los justos para que su espalda chocara con la pared. Temblando, levantó las manos y se las vio ensangrentadas. Ahogó un grito que no pudo callar cuando enfocó en su ropa manchada de su propia sangre, pero también de otra que no lo era.

—No, no… —Soltó las dagas. Éstas sonaron a metal, ya no había luz, no había pureza que las creara. Buscó auxilio en los ojos bicolores de Gabriel, pero éste no supo qué decirle—. ¿Me condené?

—Lo siento.

Fue lo último que escuchó, antes de que la espada de Miguel lo derribara con una estocada certera en el estómago.

Cuando los arcángeles lanzaron el cuerpo de Damián al bosque de Dolwill, para que fuera devorado por otros seres que anhelaran la sangre de un impuro, todavía respiraba, pero estaba lo suficiente malherido como para no poder moverse. Moriría si no lo atendían.

—Vámonos —anunció Miguel. Sin embargo, Gabi miró de reojo como Damián movió uno de sus dedos. Sin embargo, se calló. No dijo nada.

Las horas pasaron y cuando el mensajero pudo librarse de su compañero, apareció al lado de Damián.

—Maldición —se quejó. Levantó su larga melena rubia en una cola alta y resopló—. Yo no soy tan inflexible como los otros. —Se agachó y comprobó que los ojos castaños de Damián aún lo miraban—. Hola, chaval. La has liado, ¿eh?

Damián no pudo contestar. Gabriel lo cargó en su espalda y acomodó su cuerpo para que las heridas no le dolieran tanto. Era poco lógico ver a un arcángel ayudar a un demonio neófito, pero Gabriel sabía de lealtad y cuanto le había servido Damián durante el tiempo que estuvo en el pueblo. Abandonarlo no estaba en sus planes.

Sus pasos los llevaron fuera de la mansión de Damon. Gabriel levantó la vista por su fachada y llamó a la puerta por cortesía. Confiaba en ese demonio de alguna extraña manera.

Cuando Damon abrió, su mandíbula se desencajó.

—Ah, no. No. —De nada le sirvió. Al tercer “no” Gabriel ya había acostado al moribundo demonio en una de las habitaciones de la mansión—. ¡¿Tú me escuchas cuando hablo?!

—Es inocente, recordó su muerte. —Damon apretó las manos en puño. Sabía lo doloroso que era eso. Miró hacia la cama y escuchó el pulso débil de Damián.

—¿Va a ser común esto de que tenga que hacerle favores a un arcángel?

—Somos compañeros, ¿no?

—¿Compañeros? —repitió Damon. Gabi asintió—. ¿Nos has visto? Deberíamos de estar matándonos ahora mismo.

—Bueno, pues, no somos amigos, pero ayúdame con Damián.

Por mucho que regañó, Damon lo ayudó. Revisó a Damián e hizo su parte para compartir su fuerza con él, aunque no lo conocía de nada. Sin embargo, nada cambió. La espada de Miguel era demasiado venenosa para los demonios como para contrarrestarla con facilidad.

—Va a morir —sentenció Damon.

—No hoy —dijo una voz ronca a espaldas de los dos.

Se dieron la vuelta hacia la figura imponente vestido por una armadura propia de la edad media. Su pelo rojo era tan oscuro y brillante que, por un momento, los cegó a pesar de la oscuridad que reinaba en la mansión.

—¿Cómo has entrado en mi casa y quién eres? —preguntó Damon.

—Dejasteis la puerta abierta, pero eso no importa. —Dio unos pasos hacia la cama—. Me llamo Eiden, y algún día os necesitaré.

Din más, se acercó a la cama. Damon seguía desconfiado, pero Gabriel asintió con el hecho de que se acercara a Damián. Había visto la vida en sus ojos felinos de colores del sol. Eiden dejó caer la mano sobre la barriga ensangrentada de Damián y aunque fuera un demonio, reparó su ser y también su alma, para que lo que quedara de bondad jamás pudiera escapar de su ser.

El último aliento era también el primero. Damián respiró hondo y se sentó en la cama, con la respiración agitada y el corazón volviendo a sonar en su pecho después de un tiempo que le pareció eterno.

Eiden se retiró y caminó con genuina elegancia hasta salir de la habitación.

—Recordad del bando al que estáis a partir de ahora —les advirtió a los tres, antes de desvanecerse.

Death y Raul estaban de fiesta, claro, ellos sí que podían salir de Dolwill cuando querían. Sin embargo, la música dejó de sonar para ellos y las sonrisas se convirtieron en seriedad cuando sintieron la recuperación de Damián y pudieron observar a Eiden entre la multitud. Iluminando lo que la oscuridad y la muerte habían apagado.

—Hijo de puta —gruñó Zarek, sin quitarle la vista a su hermano. Lejos de huir, Eiden dio unos pasos hacia su hermano y ladeó la cabeza.

—Así que ahora tienes un nombre más común —comentó. Hizo una pausa y siguió—. Raúl. —Miró hacia Death—. Bonita mascota. —Los dos fruncieron el ceño a la vez—. Acabo de revivir a uno de mis peones.

—Lo sé —respondió Zarek con sequedad—. Lo que no sé, es cómo.

—La vida a veces gana a la muerte a pesar de los diagnósticos desafortunados.

Dicho esto, el león empezó a retirarse.

—Eiden —lo llamó Raúl. Éste se detuvo a escucharlo—. La partida no acaba hasta que se mata a la reina y acabo de ver tu anillo de compromiso.

La amenaza de Raúl consiguió que su hermano cerrara las manos en puño. Sin embargo, Eiden no entró en discusiones, había demasiados humanos cerca. Mostró una sonrisa de rabia y se marchó, tan solemne como había llegado.

***

Eiden no podía quitarse de la cabeza en lo que se había convertido su hermano. En la propia

muerte. Sus ojos miraron el firmamento de su reino hasta que el sol dejó de iluminarlo como un abrazo reconfortante de un padre.

Con un nudo en el pecho, bajó las escaleras y observó a Alice sentada en las últimas, con la mirada puesta en los empleados. Se entretenía mirándolos y a veces ayudando.

—Hola. —La joven ladeó la cabeza cuando lo escuchó y lo observó—. ¿Te apetece acompañarme? No querría estar solo. —Alice negó, levantó la mano y le señaló el anillo de compromiso—. Ah, no. No me mal entiendas. Respeto a tu hermana, aunque haya sido un matrimonio arreglado. Solo quiero a alguien que se siente a mi lado, ¿te apetece? Como amigos.

Alice asintió.

Los dos caminaron en silencio hasta llegar a la colina más alta y cercana al castillo. Eiden no había mentido, solo quería compañía y silencio. Alice observó el pesar en sus ojos. Ese dolor que no podía expresar con palabras pero que se podía leer como un libro abierto si prestabas atención en su expresión.

Se sentaron en la hierba fija y verde que los rodeaba. Eiden llevó la mirada al cielo y observó las estrellas por un instante.

—He hecho tantas cosas mal —susurró, como si estuviera rogándole a alguien más divino que él. Cuando bajó la mirada, la llevó hacia Alice. Callada, solo lo observaba intentando averiguar qué le pasaba. Eiden le dedicó una suave sonrisa y deslizó sus manos por la hierba. Esta floreció a pesar de ser de noche. Flores de color amarillo se alzaron alrededor de ellos y las luciérnagas iluminaron el lugar, vivas solo por el toque de Eiden. Una de ellas se detuvo en la nariz del rey y ésta miró, quedándose bizco. Alice agachó la cabeza y tuvo que esconder una risa al verlo. Cuando la luciérnaga alzó el vuelo, Eiden siguió su recorrido y sus ojos de fuego brillaron, bailando con la luz.

—La vida es preciosa, pero solo se valora cuando falta.

Alice asintió a las palabras de Eiden y aunque hubiera podido hablar, tampoco sabía cómo calmar la angustia del rey. Eiden había sentido el aroma de Kate sobre la piel de Zarek al acercarse a él, pero por mucho que le atormentaba ese pensamiento se negaba a aceptar una traición similar.

Capítulo 15: La bruja y la muerte.

Kate levantó la mano y encima de la cara y observó el hermoso anillo que vestía su anular por un buen rato. Su esposo la había mandado para una misión mucho más retorcida de lo que realmente estaba haciendo allí. Suspiró con angustia y dejó caer la mano. Con magia básica, había dejado la torre al lado del río tan impoluta como habitable. Y allí estaba, sabiendo que no habría ningún ser que quisiera molestar o al menos que supiera que estaba ahí, el Dolwill, escondida por el bosque y sola. Nadie en su sano juicio lo estaría, aunque empezaba a pensar que juicio tenía poco después de lo que había ocurrido con Zarek.

—¿Por qué? —se preguntó para ella misma. Dio una vuelta por la cama y hundió la cara en el cojín. Se repitió—. ¿Por qué?

Y seguía sin comprender cómo había perdido la cabeza así por un extraño al que debía destruir. Lo del rey era un matrimonio arreglado, pero sabía solo por el aspecto del león que no era de compartir, mucho menos con quién más decía odiar. No quería probar cuan posesivo llegaba a ser Eiden, porque ya se hacía una idea de que no era todo oro, aunque reluciera como el sol, y que una parte oscura y visceral se escondía dentro de su cálido aspecto.

***

En el *mundo de las maravillas*, el castillo se alzaba majestuoso sobre una colina, sus torres altas perforaban el cielo con una elegancia imponente. Las paredes de piedra gris, desgastadas por el tiempo, pero robustas, estaban decoradas con intrincados relieves y gárgolas de leones que parecían cobrar vida bajo la luz del sol cuando amanecía. Las figuras de piedra, con sus colmillos afilados y sus expresiones feroces, vigilaban celosamente los alrededores del castillo.

Los portones de madera maciza, adornados con hierro forjado, se abrían hacia un puente levadizo que cruzaba un foso profundo y lleno de agua cristalina. Más allá del puente, los jardines del castillo se extendían entre plantas exóticas y flores a las que nadie les puso nombre.

En una de las torres más altas, en una habitación con grandes ventanales que ofrecían una vista panorámica de todo lo que gobernaba, se encontraba el mayor hechicero del reino. O eso era lo que él decía. El rey. Después de los años que habían pasado por sus ojos, no había dejado de ser un hombre imponente, con una melena pelirroja que resplandecía como la sangre bajo la luz del sol. Sus ojos, de un verde intenso, estaban fijos en el espejo que sostenía firmemente en sus manos. El artefacto antiguo, con marco dorado ornamentado con gemas preciosas que brillaban con luz propia que siempre usaba para observar a los demás. Tenía la mente nublada desde que vio a su hermano. Le olía a Zarek y no podía estar tranquilo.

El rey, con voz profunda y resonante le ordenó al espejo:

—Muéstrame a mi hermano.

Una niebla mística comenzó a arremolinarse en la superficie del espejo, mostrando lentamente la imagen buscada. El hombre, similar al rey, pero con un semblante más oscuro y enigmático, se encontraba teniendo una de sus tantas pesadillas.

El rey entrecerró los ojos mientras lo veía sufrir en sus recuerdos, sudando y empapando sus mejillas con lágrimas que corrían por sus mejillas sin control.

—Dormiste solo, bien—dijo para sí mismo Eiden. Miró hacia su mano, donde reposaba dormido el anillo de compromiso y gruñó en voz baja. Un gruñido más propio de una bestia que de un humano. No iba a descansar, hasta que su hermano no existiera ni en su mundo ni en cualquier otro. Donde todo era posible, la paciencia del rey era lo único que no se lograba observar.

Se levantó y se marchó al salón del trono.

Sentado en su trono de piedra, decorado por grabados de leones que rugían furiosos al igual que su alma, Eiden golpeaba la piedra con el dedo. El anillo solar que llevaba en su dedo emitía golpecitos suaves mientras lo hacía. Estaba esperando a la dueña de ese enlace que le hizo tener un anillo de compromiso día y noche. Le había abierto un portal en la torre para que fuera con él de forma urgente.

—¿Dónde coño se ha metido esta mujer? —gruñó, dejando atrás un pequeño rugido que nació desde su pecho.

—Ya estoy aquí, amorcito —canturreó Katerina caminando lentamente hacia él. El portal se cerró a sus espaldas—. Adelante, comienza con tu interrogatorio.

El rey resopló y se llevó una mano al pelo. Lo echó hacia atrás y entornó los ojos.

—No te comunicaste conmigo para absolutamente nada, el trato no era ese, Katerina.

—Vengo ahora a decirte qué ha ocurrido, porque ha pasado poco desde que conocí a tu hermanito Zarek. —Caminó por su lado, pasando su mano por los altos hombros del rey.

Eiden rodeó su cintura y con un empujón la sentó sobre su regazo, quedando sentados en el trono de piedra.

—Y bien, ¿qué pudiste averiguar? —se interesó, dejándola cómoda sobre sus piernas.

—Bueno… —comenzó, pasando sus dedos juguetonamente por los botones de la camisa del rey. Lo cierto era que no podía decirle mucho más a parte de lo bueno que era su hermano en el sexo—. Lo he atraído desde la playa. Ahí lo conocí. Hablamos, conectamos, fuimos a tomar algo y me aseguré de engatusarlo para que no pueda dejar de verme. Es más, hoy mismo por la noche iré a visitarlo.

Eiden entrecerró los ojos, conocía a su hermano y el engatusarlo o manipularlo de alguna

manera era una tarea sumamente difícil. Sujetó a Kate de la cadera y la movió hasta sentarla sobre él con las piernas abiertas a cada lado de su cintura.

—Ten cuidado, no vayas a ser tú la engatusada. Zarek es un poco voluble.

—Ya, me he dado cuenta —afirmó perdiendo sus ojos momentáneamente en los recuerdos que tenía con él—. Pero no ha ido nada mal, todo lo contrario. Así que el plan parece ir sobre ruedas. —Lo miró a los ojos—. Necesito algo de tiempo, como comprenderás. No me dirá sus planes de un día para otro.

—Bien, aunque empiezo a desesperar sin tenerte en mi cama.

—¿Te importa más eso que tu detallada estrategia? —susurró en su oído, jugueteando con un mechón rojo de su pelo.

—Parte de la estrategia es llenarte de placer —respondió con la voz gruesa, imponente. Digna del rey que decía ser—. Es un sacrilegio estar tanto tiempo sin tu sabor en mi boca.

Ella rió un poco sobre su hombro y afiló su pupila aún más.

—Las furias encontramos el placer en la justicia, y para mí no hay mayor deleite que participar tan activamente en este plan. —Empezó a jugar con su barba—. Así me haces una esposa muy feliz.

—Hay alguien entre mis pantalones que también se pone feliz solo porque estés cerca —respondió el rey, siguiendo su risa juguetona—. Podríamos ir a la habitación antes de que te vayas.

Katerina se regañó a sí misma. Se preguntó por qué diablos estaba replanteándose no ir, o por qué sus ansias de regresar junto a su hermano eran más intensas. Se obligó a decidirse rápido y colocó las manos sobre su pecho.

—Trabajo antes que placer —respondió—. Y necesito estar con fuerzas, los dos sabemos cómo me dejarías al terminar. ¿Acaso no sientes compasión por mí? —preguntó poniendo morritos.

—Sentir compasión es algo que me cuesta, mucho menos si se trata de darte placer. Pero está bien, ve. —Le acarició el pelo y pasó los dedos por su mejilla. Los resbaló hasta su mentón y le subió el rostro—. Sabes bien que esto fue pactado, pero que estoy encantado con cumplir mis obligaciones como esposo.

—Claro que lo sé —respondió ella dándole un fugaz beso en los labios—. Y estoy encantada con ello.

Con ese beso no fue suficiente para el rey. Apretó su espalda y la acercó hacia él para devorar su boca. Le pasó la mano por la nuca y enredó los dedos por su pelo para poder hundir la lengua mejor y saborear la saliva de su esposa. Lo hizo tan brusco e intenso que el respirar se les hacía complicado y por unos segundos, pensó olvidarse de todo y llevarla a la fuerza a la habitación si hacía falta. Alejó la boca de ella y suspiró hondo para encontrar el autocontrol necesario para

dejarla ir.

—Ve, porque de lo contrario abriré tus piernas y te follaré aquí mismo.

Katerina movió sus caderas hacia delante para tentarlo, e igual de rápido se separó de él y se levantó del trono. Eiden abrió de nuevo el portal.

Lo miró por encima del hombro y se despidió agitando los dedos de la mano con una sonrisa. El rey se quedó embobado mirando un punto perdido del lugar mucho después de que ella se hubiera ido. Apretó los dientes entre sí, sus colmillos afilados se le clavaron en el labio inferior y se lamió la sangre. Miró de vuelta el anillo de compromiso y entrecerró los ojos. Ella también olía a él.

***

En casa de Alexa, la joven bruja no se encontraba bien. Había estado soñando con su familia y aunque los cazadores no sabían por el momento que en su casa vivía una bruja y un hechicero, el miedo porque aparecieran por allí iba creciendo cada vez que recordaba los alaridos de su abuela.

La bruja dio un largo suspiro y dejó el móvil sobre la mesa. No iba a llamar al cazador para pedir misericordia, no iba a hacerlo. Tragó saliva y se levantó del sofá. Había anochecido, pero para las brujas no existía el toque de queda. Además, últimamente había más noche que día y quien fuera que controlaba el tiempo amaba la oscuridad.

Arropada por una chaqueta visitó la casa de su abuela, en la que todavía podía sentirse el olor a los ricos pasteles que cocinaba. Le encantaba pintar, y sobre la mesa del salón quedó inacabado un dibujo de tres cerditos. Suspiró hondo y sus gritos volvieron a los tímpanos como si estuviera ocurriendo ese mismo día.

La masacre con las brujas de su aquelarre al que pertenecía y su abuela, indicándole que se fuera con la mano, suplicando con sus ojos azules una retirada, antes de cortarle el cuello. Era Jason, el menor de la familia Whraid, linaje de fuertes y temibles cazadores. El objetivo de tantas de sus pesadillas. Por suerte, luego encontró a Raúl y el dolor pudo mitigarse un poco a pesar de su forma de ser tan caótica.

Con el corazón en un puño, se dirigió hacia casa una vez más, aunque para sorpresa, se encontró a María por el camino.

—Tienes prohibido ir sola por ahí —le advirtió—. La última vez casi te mueres perdida por la noche.

—Lo sé, tranquila. Ya asumí que no puedo salir de esta pesadilla —le aclaró, resignada—. Te juro que no haré nada estúpido, solo quiero regresar a la biblioteca.

—¿Otra vez? Me gusta leer, pero lo tuyo ya es vicio.

—Si supieras a lo que tengo vicio —susurró María para sí misma.

—¿Decías? —Alexa ladeó levemente la cabeza.

—Que no es vicio, necesito averiguar una cosa.

—Ya. —Alexa la dejó pasar por su lado, pero cuando la distancia todavía permitía que la escuchara, habló—. Deja de juntarte con demonios, sería como si yo fuera a buscar a los cazadores.

—¿A quiénes? —se interesó María, mirándola sobre su hombro.

—Olvídalo.

En casa, Raúl no estaba soportando a su compañero de vida. O de muerte. Se tocaba la sien mientras veía al Shinigami frente a él.

—La sensual pelirroja se habrá levantado ya, es muy madrugadora. Se levanta todos los días a las cuatro de la mañana y…

—¿Desde cuándo estás acosando a Alexa? —lo interrumpió Raúl.

—Es un pasatiempo increíble.

—Te repito, es mi cuerpo.

—Nuestro —le corrigió.

—Death, otra vez, ¡no me voy a acostar con Alexa!

—¡Pues claro que no, lo haré yo, subnormal!

Raúl suspiró. Quiso ignorar su petición, pero como un mosquito zumbando en su cerebro, Death siguió insistiendo mientras se duchaba. Cuando se lavaba los dientes e incluso mientras se secaba sentado en la cama.

—¡Ya cállate! —gritó exasperado.

—Mira, hagámoslo más fácil.

El hechicero no pudo reclamar. Su piel empezó a teñirse de sellos que la cubrían casi por completo y su cuerpo creció en tamaño. Llegó a los dos metros. Los músculos de cada zona se agrandaron y las venas se marcaron imponentes en sus brazos. Los ojos se le cambiaron. Pasaron a ser dos fosos blancos en donde el único agujero visible se decoraba con diapositivas de terror. Sus dientes afilados como una navaja decoraron su amplia sonrisa y Raúl se esfumó por completo.

Death se miró al espejo y enarcó las cejas. Se alabó mentalmente y anudó con fuerza la toalla a su cintura. No le hacía falta ropa para lo que pretendía. Cualquier prenda iba a estorbar.

Llegó al salón justo cuando Alexa abrió la puerta. La joven levantó la mirada por un segundo y sin pensarlo sollozó el nombre de su familiar y se colgó del cuello de Death en un abrazo.

—Estás frío —se quejó. Apoyó la frente en su hombro y siguió llorando—. Deberías taparte.

Death se quedó estático. Levantó las manos y con lentitud la estrechó por la cintura. La aferró

contra su cuerpo y al hacerlo, la levantó levemente del suelo, dejándola de puntitas sobre sus propios pies.

—¿Qué te pasa? —preguntó. Su voz era diferente a la de Raúl. Más gruesa y rota, pero suficiente parecida para que Alexa no sintiera una diferencia enorme.

—Creo que te estás resfriando, deja de ir medio desnudo por la casa —le regañó.

—Repito, ¿qué te pasa? —insistió Death. María suspiró y cuando levantó la mirada, aunque no lo observó a él a la cara, lo supo todo. Era el dolor de la muerte. Death separó los labios entre sí y suspiró—. Perdona por llevármelos.

—¿Qué? —Al fin Alexa conectó con los ojos blanquecinos del ser que estaba abrazando. Al sentir el cambio, quiso dar un paso hacia atrás, pero el abrazo cerrado de Death se lo impidió. Dejó la palma de las manos sobre su pecho.

—No se podía hacer nada —siguió Death—. Estaban sufriendo mucho. Era mejor simplemente que se fueran. Un pensamiento egoísta es creer que vivir es un regalo cuando el dolor físico rompe con todo lo moral. Te aseguro que solo me llevo a quienes les toca. Pero, aun así, perdóname. Sé que los necesitabas.

—¿Quién eres? —preguntó ella, con la voz temblorosa.

—Tu familiar.

—No.

Death mostró una sonrisa y cuando un rayo iluminó la estancia, Alexa observó que en su rostro se dibujaba la silueta de un cadáver con capucha.

—La parca —susurró la joven. Él agrandó la sonrisa y aunque Alexa quiso alejarse su cercanía se hizo más presente. Sin medir consecuencias o conocer el significado de vergüenza, Death apresó su boca. Alexa ahogó un jadeó y cuando se alejó, lo premió con una bofetada. Le giró la cara con el impacto y Death sintió el sabor metálico en su boca.

—Vaya, golpeas que da gusto —comentó. Su sonrisa sádica se agrandó y volvió a fijar la mirada en ella—. ¿No quieres ahorcarme un rato mientras me montas?

Alexa tragó saliva. Quería volver a abofetearlo, pero tras un jadeo se abalanzó sobre sus brazos con una intención completamente diferente. Fue ella quién cortó por completo distancias y se atrevió a revisar el interior de su boca. Death ahogó una risita traviesa mientras la besaba. La levantó en brazos y sin esperar a ir a la cama, la tumbó sobre el sofá, yendo con ella.

Apoyó los brazos en el sofá y Alexa se deleitó acariciando los músculos y las venas que se marcaban hasta las grandes manos que se enredaron con las suyas. Entrelazó sus dedos y se agachó para volver a devorarle la boca. La bruja gimió cuando sus lenguas empezaron a jugar. Notó un sabor tan amargo como excitante en su boca. Amaba el riesgo y no había más peligro que el mismo que le arrebataría la vida en algún momento, la llevara a la cima del placer.

Las manos de Death bajaron desde las suyas y con sus uñas rompió la tela tan fácil como si se

tratara algodón de azúcar vistiendo el cuerpo de Alexa. Le arrebató cada prenda y gruñó en su boca cuando frotó su entrepierna por fuera de la ropa interior y la sintió mojada. Tanto como lo había deseado.

—Creo que tengo sed —gruñó en su boca.

Alexa jadeó y se dejó besar y lamer por él. Soltó sus labios y dejó marcas por su cuello. Bajó por sus pechos y los chupones le endurecieron los pezones rosados y redondos. Pasó los dedos después y tiró de ellos. Alexa enarcó la espalda y dejó un quejido alto. Llevó las manos tras su cabeza y tiró de su pelo hasta sentir dolor. Buscaba encontrar un poco de cordura, pero imposible.

La lengua de Death hizo estragos cuando se deslizó sin detenerse hasta la parte baja de su estómago. Apoyó los labios donde se encontraba el clítoris, pero sin quitar la tela que los separaba.

—¿Qué tienes escondido aquí? —preguntó con la voz rota por las ganas de poseerla—. ¿Le vas a entregar a la muerte uno de tus orgasmos? Sin un pacto, sin nada a cambio.

Alexa levantó la cabeza. Lo observó y se mordió el labio inferior.

—Por favor —le rogó. Ni ella misma creía lo que estaba diciendo.

La sonrisa de Death se agrandó y mordió la tela. Tiró de ella y probó la humedad que la empapaba y la hacía transparente.

—¿Dónde quieres mi lengua? —Alexa tragó saliva, pero no respondió. Él pasó la lengua por su ingle y susurró—. ¿Aquí? —Dejó un suave mordisco. Ella gimió. Sacó la lengua y trazó un camino hacia su muslo. Lo apretó con las manos y dejó otra mordida—. ¿Aquí? —Alexa jadeó y negó con la cabeza. Él siguió su recorrido hasta la pelvis. Mordió—. ¿Aquí?

—No —gimoteó ella. Death deslizó una mano hasta detenerla en su entrepierna y empezó a pasar los dedos por sus labios vaginales con lentitud. Alexa gimió y entornó los ojos—¡Ahí! —gritó—. ¡Lo quiero todo ahí!

—¿Lo quieres duro? —preguntó y apretó los dedos. Los pasó de arriba abajo. La tela se clavó entre sus labios al igual que los dedos. Cuando encontró el clítoris lo castigó con un pellizco fuerte. Gritó—. ¿O suave? —Así lo hizo. Bajó los dedos hasta donde sabía que se encontraba el orificio y lo masajeó por fuera hasta que Alexa tuvo un tirón de placer—. Dime, ¿cómo quieres ser mía?

—¡Como sea, pero fóllame ya!

La suplica de la bruja lo hizo reír a carcajadas. Golpeó sus muslos por la parte interna y abrió mejor las piernas. Perdió la lengua por la tela que ya estaba metida entre los labios vaginales y empapó todo a su paso, probando del dulce néctar que la excitación de Alexa le estaba dando. Levantó la mirada y desde abajo la adoró mientras le absorbió el clítoris y le mordió con suavidad. Alexa empezó a retorcerse. No había segundo que la estimulación no la volviera loca.

Sabía cómo excitar y dejarte con unas ganas atroces.

Con los dientes estiró la tela y la rompió. Alexa gimió y al verse completamente desnuda, elevó su pelvis y se entregó por completo.

No era la primera vez que una bruja bailaba en el abismo del placer con la muerte, pero sí la primera que gemía y se retorcía bajo su lengua sin querer nada más que unos orgasmos. No era una bruja oscura, solo una mujer dejándose llevar por la tentación y el peligro de algo tan poderoso como él.

La lengua de Death le arrebató los fluidos y lo escuchó tragar. Recorrió todo su coño hasta enredarse por completo en su clítoris. Jugó con él como un experto y lo absorbió. Con dos dedos, siguió masajeando. Los pasos por su coño de arriba abajo, dejando más abierto por donde iba a poseerla. Dejó caer un hilo de saliva que se detuvo por su agujero. Levantó levemente la cabeza y Alexa lo pudo ver. Jadeando, con la mirada perdida y la saliva chorreando de su boca. Desesperado por su placer. Cuando volvió a acercarse fue para meterle la lengua. Ésta creció a un nivel desproporcional y se sintió como una completa penetración.

—¡Ah, joder! —gritó Alexa. Apretó los cojines del sofá, los arañó tan fuerte que juró escuchar alguno romperse—. ¡Harás que te empape la cara!

—Que así sea —gruñó, perdido entre sus paredes internas—. Conviértete en mi actriz porno, pequeña.

Death se movió. Se sentó en el suelo y apoyó solo la cabeza en el sofá. Elevó la mirada y dejó que Alexa se sentara sobre su boca, arrodillada sobre los cojines. Ella se derritió. Apretó con fuerza el respaldo del asiento y empezó a moverse. Las lágrimas de placer empaparon su rostro y juró que Death dejaba de respirar solo para saborearla mejor.

Las manos de Death apretaron el trasero de Alexa. Le azotó con ambas y cuando la escuchó gritar no pudo contenerse. Con los propios fluidos que ya los empapaba a los dos, mojó sus dedos y metió uno por el ano. Alexa entornó los ojos, pero no le regañó. Llevó las manos a sus nalgas y se las abrió para él.

—Atrevida —gruñó hundido entre sus piernas.

—Ya que quieres que sea tuya, hazlo bien y no dejes nada por tocar.

Death lo tomó como una orden deliciosa. Se rió roncamente y volvió a su tarea. Un segundo dedo se introdujo por la retaguardia de Alexa y con la lengua, el castigo era mucho más intenso que si de una penetración normal se tratara. Sin embargo, la lengua tenía más movilidad.

La sentía resbalar por sus paredes, retorcerse y jugar con su punto G. Llegar hasta la pared uterina y formar remolinos de placer intenso que le abrieron las paredes. Con la nariz, rozó y jugó con el clítoris. Lo empezó a fregar mientras los azotes se incrementaban en el trasero de la pelirroja y sus dedos se la follaban por detrás como si no hubiera un mañana que celebrar. Era tan intenso. Había aprendido a disfrutar y hacer que disfrutaran hasta el éxtasis.

—Me voy a… —la voz rota de Alexa no consiguió terminar la frase. Echo la cabeza hacia atrás ya abrió la boca. Su grito fue creciendo. De algo suave al más desgarrador placer que había sentido en toda su vida—. ¡Aaaah!

Death le tensó las piernas e hizo que levantara el trasero. Abrió la boca y observó los chorros del squirt saliendo directamente a su cara, cayendo en su boca. Se relamió los labios y la movió de delante hacia atrás, para que lo siguiera empapando.

—Muy bien, pequeña. Acostúmbrate a echar todos los chorros de squirt sobre mí. No habrá otro que te los saque de esta manera.

Cuando los temblores en su cuerpo se habían calmado un poco, lo miró desde arriba y tras un jadeo, pudo hablar.

—Me toca —advirtió.

—No sé si vayas a poder. —Alexa se colocó a su lado en el suelo y se mordió el labio inferior cuando se quitó la toalla. Vio un miembro enorme y erecto. Goteando, venoso. La punta rosada invitaba a lamerlo. Sin embargo, cuando se agachó para probarla, él la detuvo—. Esta es la del hechicero al que he poseído.

—Oh… —A Alexa se le hizo la boca agua igualmente—. No se ve muy disgustado con esto.

—No, no lo está. —Death acarició la punta y jugó levemente con ella. Ésta bombeó y le empapó la mano. Él la levantó y probó el presemen sin repulsión—. Pero vamos a portarnos bien, brujita.

El miembro humano se revistió de uno marcado en sellos como la piel que cubría todo el cuerpo. Poco a poco, fue convirtiéndose en un auténtico monstruo. La bruja tragó saliva, no solo por lo largo, sino también por lo grueso. Aquello era descomunal. Sin embargo, no pudo evitarlo y cuando estaba transformado por completo, se agachó a mamarle el glande. Era lo único que le cabía en la boca.

Death la dejó hacerlo. Echó la cabeza hacia atrás y sonrió con satisfacción. Con una mano, le acarició la cabeza por detrás y le sujetó del pelo. Acompañó los movimientos de su cabeza y la observo mientras intentaba tragar el máximo que podía, aunque no era posible hacerlo toda.

—Espero que tu coño se haya abierto lo suficiente con el orgasmo para que entre esa bestia.

Alexa lo miró y dejó la lengua apoyada en su glande. Le lamió y le hurgó en la uretra con la punta, lo que le hizo estremecer.

—Quiero probarlo ya —sentenció la bruja.

—Pienso meterla toda, ¿estás segura?

—Déjame sin poder caminar después si hace falta.

Capítulo 16: El cazador.

Los pechos de Alexa rozaron las piernas de Death y levantó el trasero. Lo fue bajando lentamente y con ello, el miembro empezó a abrir sus paredes. Su agujero se expandió y a medida que fue entrando aquel colosal miembro, sus orgasmos fueron repetitivos. Death la vio bombear sobre su miembro y aprovechó cada obertura para llevarla más hacia dentro. Vio las gotas de fluido recorrerle y empaparlo hasta los testículos. Se lamió los labios y tragó saliva. Lo estaba disfrutando demasiado.

Alexa arañó sus piernas y siguió bajando. Él la premió con caricias por las nalgas, las cuales se convirtieron en azotes que le marcaron la pálida piel de un rosado intenso y tentador. El mismo color que estaba tomando su intimidad con tremenda intromisión.

Llegó a un punto en el que ya no cabía más, pero era lo suficiente para darles un placer sofocante a los dos.

Con unos pequeños movimientos, Alexa estalló.

—¡Aaaa! —exclamó, desde un pequeño grito a otro más elevado. Empezó a temblar del placer y notó que por mucho que su coño se contraía el placer no se detenía y los fluidos no hacían más que aumentar la presión que se quedaba en su interior—. ¡Death!

—¿Algo que decirme? —le susurró en el oído.

—Duro —susurró. Se le rompió la voz y se mordió el labio inferior. Lo miró de reojo y sonrió con atrevimiento—. Me preguntaste como lo quería, pues lo quiero duro.

—Estás loca.

—Y te acaba de poner al mil que lo esté.

Death sonrió.

—Sí, lo admito. Como también admito que no vas a parar de correrte en todo el día y ya veremos si te dejo descansar por la noche.

Alexa se estaba riendo hasta el primer empujón. Calló su risa y la cambió por un grito. Apretó las manos en el suelo y lo dejó ponerla en cuatro. Lo miró de reojo y cogió uno de los cojines del sofá. Sabía que lo iba a necesitar para no gritar tanto y poderlos morder. Y así lo hizo, aunque sus quejidos y su cuerpo no mentían cuando temblaba y estallaba en puros squirts, uno tras otro.

***

María caminaba con paso firme por la estrecha vereda que serpenteaba entre los altos muros de piedra del cementerio. El cielo estaba encapotado, y una ligera bruma flotaba en el aire,

envolviendo las lápidas en un misterioso velo de humedad. El crujido de la grava bajo sus zapatillas era el único sonido que perturbaba la silenciosa calma del lugar, mientras el viento jugueteaba con los mechones de su cabello, arrastrando consigo el olor de las hojas caídas y el musgo.

No había podido quitarse de la cabeza aquella tumba de una mujer cuya foto en la lápida era su viva imagen. La curiosidad, ese fuego implacable que alimentaba su carrera como periodista, la había llevado hasta allí. Eso y la advertencia de Raúl.

Cruzó un pequeño arco de hierro oxidado y avanzó entre filas de tumbas desgastadas por el tiempo, hasta que finalmente la vio. Al acercarse, el pulso se le aceleró. Sobre la piedra fría y oscurecida por los años, destacaba una fotografía en blanco y negro de una mujer. María sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Era como mirarse al espejo.

Se agachó frente a la tumba, estudiando la imagen con atención. Como no lo había hecho antes por el terror que le daba.

—Aquí estoy otra vez —susurró.

Allí estaba, la misma mirada penetrante, la misma curva en los labios. A su lado, el nombre grabado en la lápida le ofrecía una única pista: Juliet Evans.

Sacó su libreta, temblando y escribió el nombre con trazo rápido. El sonido del lápiz contra el papel nunca le había parecido tan aterrador. Quería hacer preguntas, pero ¿a quién? El silencio del cementerio parecía tener todas las respuestas, ocultas bajo capas de tierra y años.

Guardó la libreta y se quedó un momento más, observando, reflexionando, mientras la brisa se hacía más fría y el cielo gris comenzaba a cerrarse sobre ella, como si el mundo mismo se estuviera envolviendo en un manto de secretos.

María se levantó lentamente, sacudió la humedad de sus pantalones y guardó la libreta en su chaqueta. No podía apartar la imagen de Juliet Evans de su mente.

—Eres todo un misterio para mí, Juliet. Tengo que saber más.

Su próximo destino era la biblioteca del pueblo, esta vez para investigar sin distracciones. Incluso pensó que le intromisión de Érebos aquel día fue a propósito para que dejara de buscar.

Había algo inquietante en la conexión que sentía con esa mujer, algo que no lograba comprender, pero la impulsaba a seguir adelante.

El camino hacia el pueblo no era largo, bordeado por árboles altos que parecían susurrar entre ellos mientras el viento los agitaba. La niebla comenzaba a disiparse, y el sol, aunque tenue, iluminaba el sendero con una luz pálida. A lo lejos, las casas del pequeño pueblo aparecían como sombras que emergían de la tierra. María aceleró el paso, deseando llegar cuanto antes a la biblioteca. Necesitaba respuestas.

De repente, el sonido de motores la distrajo. Giró la cabeza, justo a tiempo para ver cómo varias camionetas todoterreno negras se detenían al borde del camino. La puerta de la primera se

abrió, y de ella bajaron varios hombres. Eran altos, corpulentos y se movían con una confianza que resultaba difícil de ignorar. Vestían ropa de trabajo, camisas ajustadas de cuadros y jeans gastados, pero había algo más en ellos, una presencia poderosa. Cazadores, pensó María, al notar las escopetas que algunos llevaban al hombro.

Pero lo que realmente llamó su atención fue el tatuaje que todos compartían en el brazo derecho: un lobo negro, elegante y feroz, con ojos de color rojo que parecían brillar, y alrededor del lobo, un círculo de runas antiguas, intrincadas y misteriosas, como si contuvieran un significado más profundo. El tatuaje parecía moverse con cada contracción de sus músculos, casi vivo, como si el lobo pudiera saltar en cualquier momento.

Los hombres hablaban entre ellos en voz baja, pero María prestó atención. Uno de ellos, un hombre de mandíbula fuerte y ojos oscuros, le dio una palmada en la espalda al que parecía el líder, llamándole por su nombre.

—Jason, parece que tenemos una larga noche por delante —dijo, con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

Al escuchar ese nombre, María se detuvo en seco. Jason. Lo había escuchado antes. De inmediato, su mente volvió a aquel libro que había leído hacía unos días. El tomo polvoriento que había encontrado en la librería antes de que ese mismo libro terminara donde no tenía que estar. "Seres de la noche", escrito por Jason Whraid, un autor cuya obra se centraba en criaturas paranormales y las formas de destruirlas. La idea le pareció absurda entonces, pero en ese momento, viendo a ese hombre, la sensación de familiaridad la golpeó con fuerza.

María se mantuvo oculta detrás de un árbol, observándolos. No podía evitar sentir ansiedad, pues Alexa parecía tenerles miedo y si una bruja les tenía miedo, ella también debía.

Entrecerró los ojos mirando a ese tal Jason. ¿Podría ser el mismo Jason? El que describía las criaturas sobrenaturales con tanta precisión que parecía haber vivido esas experiencias de primera mano. Su instinto de periodista se activó de inmediato. Tenía que averiguarlo.

Los hombres seguían hablando, preparándose para lo que parecía ser una cacería nocturna.

A pesar de sus intenciones de mantenerse alejada, algo en María la impulsó a acercarse a Jason Whraid. Desde su escondite entre los árboles, lo observaba con detenimiento. Jason destacaba entre los demás cazadores como un líder natural. Su cabello largo y marrón caía de forma descuidada sobre sus hombros, enmarcando unas facciones fieras y varoniles que le conferían una apariencia imponente. Sus ojos, de un tono profundo y cálido como la miel, tenían una intensidad que contrastaba con el resto de su apariencia ruda. Su cuerpo, esculpido y fuerte, parecía hecho para la caza y la lucha, con músculos que se marcaban bajo la tela ajustada de su camiseta.

A su espalda, colgaba una escopeta que, aunque pesaba a simple vista, parecía no suponerle ningún esfuerzo. Los otros cazadores que lo rodeaban eran corpulentos y poderosos también,

pero Jason tenía una presencia diferente, algo que lo hacía destacar. Su sola existencia parecía dominar el espacio a su alrededor, como si las sombras mismas del bosque se marcharan despavoridas para que no las matase.

María se tragó el miedo. Al final, ella era humana. Se apartó del tronco del árbol que la había ocultado y caminó lentamente hacia ellos. Podía notar las miradas de los cazadores volviéndose hacia ella, desconfiados. Sin embargo, no parecían una amenaza. Sus ojos se enfocaron en Jason, quien no mostró sorpresa ante su aparición, como si ya supiera que ella estaba allí.

Él fue el primero en hablar, su voz grave, profunda, acorde con su apariencia.

—¿Se te ofrece algo? —preguntó, sin quitarle la vista de encima, sus ojos miel brillaron con un destello que la hizo dudar por un segundo—. Llevas un buen rato mirándonos, ¿no?

María, hizo acopio de todo el valor que tenía. Sonrió a desgana y avanzó un par de pasos más.

—Soy María Flitz —se presentó. Extendió la mano, siendo profesional, aunque estaba de los nervios—. Perdona, no sabía si acercarme o no.

Él no apartó la mirada de ella, pero tampoco hizo amago de tomar su mano.

El silencio se extendió por un segundo incómodo. Entonces, Jason desvió la vista brevemente hacia sus compañeros antes de regresar a María, inclinando la cabeza ligeramente.

—Jason Whraid —respondió con firmeza, sin la calidez que ella esperaba.

Le había confirmado que era el autor del libro sobre seres paranormales. Era él. Sin embargo, el hombre frente a ella no parecía ser alguien que escribiera historias, sino más bien alguien que las vivía.

María intentó no dejar que su sorpresa se notara demasiado. Tenía tantas preguntas, pero no era el momento de plantearlas todas. Debía ser cuidadosa.

—¿Qué os trae a este pueblo? —preguntó, con la esperanza de que él se mostrara más abierto —. ¿También estáis atrapados?

Jason la miró de arriba abajo, evaluándola, y luego sonrió, una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Trabajo —contestó de manera seca, sin dar detalles—. No estamos atrapados.

Los otros cazadores permanecían en silencio, atentos, como si esperaran la señal de su líder para hacer cualquier movimiento. No sería fácil conseguir información de él, María pudo notarlo solo por cómo la había saludado, pero no iba a rendirse tan pronto.

Sostuvo la mirada de Jason, intentando leer algo en sus ojos que fuera más allá de esa frialdad cautelosa. El ambiente se sentía tenso, como si una invisible barrera se alzara entre ellos. Sin embargo, no estaba dispuesta a retroceder. Con un ligero gesto de la cabeza, señaló a los hombres que lo acompañaban.

—¿Son tus amigos? —preguntó, buscando algo de humanidad detrás de esa máscara dura.

Jason frunció el ceño levemente, y luego su respuesta salió con la misma brusquedad que

antes.

—Familia —dijo, subrayando la palabra con un tono firme que no dejaba lugar a dudas.

María se sorprendió por la respuesta. "Familia." Había algo más profundo en esa palabra viniendo de él, algo que no parecía simplemente referirse a lazos de sangre. Miró de nuevo a los otros hombres. Todos compartían ese mismo tatuaje de lobo en el brazo, y se preguntó si la palabra "familia" tenía un significado diferente en el contexto de lo que ellos eran.

—Entiendo —respondió, aunque en realidad, no entendía nada. Decidida a romper el hielo, intentó otra táctica. Sacó la pequeña libreta del bolsillo de su chaqueta y la mostró con una sonrisa más relajada.

—Soy periodista —dijo, con orgullo profesional—. Estoy investigando una historia y... bueno, tal vez puedas ayudarme.

Jason no pareció impresionado. En lugar de abrirse, su expresión se volvió más impenetrable. Miró la libreta con desdén antes de volver a cruzar los brazos sobre su pecho a la defensiva.

—No estoy aquí para responder preguntas —dijo con sequedad, sus palabras cayeron como una barrera invisible entre ellos—. Y no estoy interesado en salir en ninguna noticia.

María sintió que la conversación se estaba cerrando rápidamente. No obstante, no era del tipo que se dejaba intimidar fácilmente, aunque la mirada penetrante de Jason hiciera tambalear su confianza. Y sus piernas. Mantuvo su postura, buscando una manera de mantener el diálogo abierto.

—No busco una historia cualquiera —insistió—. Hay algo aquí, en este pueblo, que tiene que ver con una mujer... Juliet Evans. Quizá...

Antes de que pudiera terminar, Jason interrumpió.

—No sabes en lo que te estás metiendo, periodista. Este no es tu lugar.

María contuvo el aliento, sintió un ligero escalofrío. Ese hombre había pasado de la simple frialdad a una amenaza tácita. Sin embargo, su mente de periodista no podía evitar seguir hurgando. Cada palabra de Jason cortaba como un cuchillo, pero no podía detenerse a medio camino.

—Por favor, necesito que me ayudes —confesó, desesperada. Se mordió el labio, intentando mantener la calma, pero su voz temblaba—. Esto... es importante. Urgente. Necesito hablar contigo.

Extendió una mano hacia él, como si el gesto pudiera romper la distancia que Jason había impuesto entre ellos. Era un gesto lleno de nerviosismo. Mientras lo hacía, sus dedos temblaban, y sin darse cuenta, su otra mano fue a acariciarse el brazo, un hábito que había desarrollado cuando se sentía ansiosa.

Jason, que no dejaba de observarla, notó el movimiento, sus ojos agudos captando algo que nadie más parecía haber visto. Al acariciar su brazo, María sin querer levantó ligeramente la

manga de su camisa, dejando al descubierto unos moretones oscuros y amoratados que serpenteaban por su piel, como si alguien la hubiera sujetado con demasiada fuerza.

Pero Jason sabía lo que realmente eran.

Sus ojos color miel se estrecharon, y su postura cambió de inmediato. De ser distante y arisco, su expresión se tornó más alerta, incluso peligrosa. Dio un paso hacia adelante, acercándose lo suficiente para ver mejor las marcas en su piel. Los moretones no eran simples hematomas. Eran señales claras de que alguien, o más bien algo, le había absorbido la energía vital.

—Esas marcas... —susurró. María lo miró, desconcertada por el cambio repentino en su actitud—. ¿Desde cuándo las tienes?

Ella parpadeó, sorprendida de que las hubiera notado, y bajó rápidamente la manga, ocultando los moretones. Sintió el calor subirle al rostro. No quería mostrarse vulnerable ante un hombre que ni siquiera la conocía.

—No... no es nada —respondió, aunque siempre se le había dado mal disimular—. Solo un accidente. Me caí.

Jason ya no la estaba mirando con la misma frialdad de antes. Había algo en su mirada que delataba que sabía perfectamente lo que esas marcas significaban, y lo que eso implicaba. María podía sentir que el aire entre ellos había cambiado, como si un peligro invisible los rodeara de repente.

Él exhaló lentamente y luego asintió, como si hubiera tomado una decisión importante. Miró a los otros cazadores, que lo observaban con curiosidad.

—Necesito hablar con ella a solas —dijo el cazador, no admitía discusión.

Uno de los cazadores levantó una ceja, pero ninguno se atrevió a contradecirlo. Parecía claro que Jason tenía la última palabra. Los hombres asintieron y comenzaron a dispersarse, algunos revisando sus armas, otros simplemente alejándose unos metros para darles privacidad.

Jason volvió a mirar a María, esta vez con una seriedad que la hizo sentir que había cruzado un umbral. Lo que fuera que él sabía, lo que fuera que esas marcas en su piel significaban, podían aterrar más que ese cazador.

—Ven conmigo —le dijo en voz baja, inclinándose un poco hacia ella—. Si lo que creo es cierto, entonces no tienes ni idea del peligro en el que te encuentras.

Sin decir más, comenzó a caminar hacia un pequeño claro a unos metros del camino. María lo siguió, con el corazón en la garganta. Sabía que estaba a punto de obtener algunas respuestas, pero también presentía que lo que iba a descubrir no sería fácil de aceptar.

Una vez que estuvieron a solas en el claro, Jason se apoyó en un árbol cercano, cruzó los brazos sobre el pecho y la observó con la misma intensidad de antes. No había rastro de la frialdad inicial, pero tampoco parecía relajado. Si acaso, había una urgencia en su postura.

—Vamos, date prisa en preguntar. —Se notaba la impaciencia del cazador—. No tenemos todo el día y sé que quieres preguntarme para librarte de lo que sea que te está haciendo los moretones.

María tragó saliva, nerviosa, pero sabía que debía aprovechar la oportunidad. Su mente estaba llena de preguntas, pero empezó con la más importante.

—¿Sabes algo sobre los dioses primordiales? —preguntó, esforzándose por sonar segura a pesar de los nervios.

Jason la miró por un momento. Evaluó sus palabras, y luego asintió. Se pasó una mano por su larga cabellera castaña antes de hablar.

—Sé más de lo que debería. Los dioses primordiales no son simplemente mitos antiguos. Eran las primeras entidades en el universo, fuerzas puras que existieron mucho antes de que los humanos llegaran a este mundo. No se les puede considerar ni buenos ni malos en términos humanos. Eran caos y orden, vida y muerte, luz y oscuridad. Cada uno gobernaba sobre un aspecto esencial del cosmos. Los antiguos textos los mencionan como los creadores de las primeras energías, los que dieron forma a lo que conocemos como el equilibrio del universo —hizo una pausa. Pensaba en cuánto debía contarle. Luego continuó—. Con el tiempo, los dioses primordiales desaparecieron, o más bien, se retiraron del plano humano. Algunos fueron sellados, otros simplemente cayeron en el olvido. Pero su poder… su influencia sigue aquí, latente en el mundo. Los más poderosos pueden manifestarse a través de individuos que heredan sus bendiciones, o maldiciones, según cómo lo mires.

María escuchaba atentamente. Cada vez sentía más miedo. Estaba a punto de hacer la pregunta que realmente la carcomía por dentro.

—¿Y sobre Érebos? —dijo, con voz baja, como si temiera invocar algo solo con mencionarlo —. ¿Qué sabes de él?

Jason apretó la mandíbula y se enderezó un poco. Estaba claro que Érebos infundía terror allá donde iba.

—Érebos es uno de los dioses más antiguos —dijo, en un tono grave—. El dios de la oscuridad primordial, el vacío entre la vida y la muerte, la sombra que existe antes del amanecer. Es más peligroso que cualquier otra entidad de la que hayas oído hablar. No es simplemente una fuerza de oscuridad; representa el abismo, la nada, el lugar donde incluso las almas se pierden. Muchos lo consideran el origen de todos los males del mundo, aunque eso es un punto de vista limitado. —Se quedó callado un instante, como si recordar a Érebos trajera consigo recuerdos oscuros—. Durante siglos, ha habido sectas que intentan despertar su poder, liberar su esencia. Pero aquellos que lo intentan terminan consumidos por su oscuridad. Nadie ha sobrevivido a un encuentro directo con Érebos... al menos, no que yo sepa.

María sintió un escalofrío recorrerle la espalda, pero su curiosidad la empujaba a seguir

preguntando. Ella sí había sobrevivido y no a uno, sino a varios encuentros altamente sexuales.

—¿Y tú? —preguntó ella, intentando suavizar la tensión—. ¿Has tenido algún... encuentro con algo así?

Jason la miró con seriedad, era obvio que no iba a contarle todo.

—No con Érebos directamente —admitió—. Pero he lidiado con sus seguidores. Gente desesperada por obtener poder, por servirle, o por liberarlo de su prisión. Y he visto el tipo de abominaciones que su influencia puede crear. Hace unos años, maté a uno de esos seguidores… o más bien, a lo que quedaba de él.

María lo miraba con atención, pero Jason no había terminado.

—Pero hay algo más —continuó—. El pecado capital de la Gula. Hace tiempo, en una misión, me enfrenté a un demonio que encarnaba ese pecado. Era una criatura antigua, hambrienta de almas, de poder, de todo lo que pudiera devorar. Después de una larga lucha, pareció que algo más lo mataba. Pero cuando lo hizo... su esencia, su poder, no desapareció. Se transfirió a quien lo mató. —Jason bajó la mirada, como si el recuerdo lo perturbara—. Desde entonces, se dice que Érebos está maldito. Y yo… —No dijo más al respecto, dejó la frase a medias—. Este mundo es difícil de controlar. Esa es mi carga, mi condena por tener la sangre que tengo. Piénsate bien lo que haces.

María miró su libreta y con rapidez empezó a apuntar. Jason le había dado suficiente información para entender que las fuerzas con las que estaba lidiando no eran para tomarse a la ligera.

—Entonces... —susurró María—. Si tú fuiste capaz de derrotar a un demonio tan poderoso, tal vez puedas ayudarme a descubrir lo que está pasando con Juliet Evans, y conmigo. Por qué siento esta conexión con ella.

—¿Contigo? —preguntó el cazador.

—Hay una lápida en el cementerio con ese nombre y bueno, creo que tiene que ver conmigo.

Hizo una pequeña pausa y continuó.

—Te ayudaré, pero solo porque sé lo que es llevar una carga que no pediste. Pero te lo advierto, periodista... lo que estás buscando no es solo una historia. Es un viaje a lo más oscuro del mundo. Y lo que encuentres allí podría destruirte. —Pareció que había terminado, pero de repente, insistió—. Ese nombre... Juliet —murmuró con la voz engrosada—. ¿Estás segura de que ese es el nombre que viste en la lápida?

María asintió, aunque por dentro estaba tan confundida que si no fuera por la libreta que siempre traía encima, no estaría segura de absolutamente nada.

—Sí, estoy segura. Juliet Evans. Su foto está en la lápida y... —Tragó saliva—. Es idéntica a mí. Es como si fuera mi reflejo. No es solo un parecido, Jason, es... ella soy yo.

Jason frunció el ceño. Caminó lentamente hacia ella, cerrando la distancia de forma

imperceptible, mientras sus ojos brillaban con esa intensidad feroz que ahora empezaba a reconocer como preocupación.

—Entre los cazadores, hay una historia —relató a baja voz, como si estuviera compartiendo un secreto enterrado durante años—. Una leyenda que pocos conocen, y menos aún se atreven a mencionar en voz alta. Habla de una mujer, hace siglos, que no solo sobrevivió a la presencia de Érebos, sino que fue capaz de estar con él... sin morir.

María lo miró, incrédula. La mera idea de alguien soportando la esencia del dios primordial de la oscuridad le parecía imposible, pero Jason no mostraba duda en sus palabras y ella había aguantado. Sin embargo, estaba segura de ser humana. De lo contrario, Jason lo habría sabido y la habría matado.

—¿Era humana? —preguntó, e intentó disimular su nervio jugando con las manos en el regazo.

—Se dice que sí. Érebos, el dios maldito —continuó Jason—, es una fuerza que consume todo lo que toca. Su maldición es eterna, una oscuridad que devora todo a su alrededor. Nadie puede estar cerca de él sin ser absorbido por su vacío, sin que su alma sea destruida. Pero esta mujer... ella fue diferente. Los cazadores hablaban de ella como de una leyenda. Una mujer que fue capaz de resistir su oscuridad, de compartir su vida con él sin caer en la locura ni en la muerte. Nadie sabe cómo lo logró, pero dicen que ella fue marcada por su poder, y que en algún momento desapareció... para siempre. O al menos, eso creíamos.

María dio un paso hacia atrás, sintiendo una presión invisible que la rodeaba. Las palabras de Jason le formaban un nudo en la garganta.

—¿Qué estás diciendo, Jason? —preguntó, aunque en el fondo temía conocer la respuesta.

Jason la miró directamente a los ojos, como si atravesara todas sus barreras.

—Estoy diciendo que, si Juliet Evans es igual a ti... si esa mujer en la foto es realmente idéntica a ti, entonces es posible que no sea solo una coincidencia. Podría ser que esa mujer que desapareció... no se haya ido realmente. Que su esencia haya perdurado. Que su historia esté conectada con la tuya de alguna forma que aún no comprendemos. Quizá por eso las similitudes entre las dos y que ambas seáis como dos gotas de lluvia.

La respiración de la joven se entrecortó. Érebos no la quería a ella, quería el recuerdo de esa tal Juliet.

—¿Y qué tiene que ver Érebos en todo esto? —preguntó con voz temblorosa, aunque lo sabía. Claro que lo sabía.

Jason suspiró hondo.

—Érebos no perdona. Su maldición no se desvanece con el tiempo. Si esa mujer estuvo con él, si sobrevivió a su oscuridad, entonces su destino está sellado. Su alma, o su esencia, está atrapada en un ciclo que no podemos comprender del todo. Y si estás viendo su imagen, si

sientes una conexión con ella, entonces podrías estar más cerca de ese poder de lo que imaginas. Tal vez, tú seas la clave para romper ese ciclo, o para continuar lo que ella empezó.

María trataba de asimilar toda la información mientras su mente giraba frenéticamente en busca de respuestas. Algo no encajaba del todo, así que decidió regresar a un punto clave de lo que Jason había mencionado antes.

—Dijiste que los dioses primordiales están sellados —redirigió la conversación, éste asintió —. ¿Entonces dónde está sellado Érebos? ¿Cómo es posible que su poder aún afecte todo lo que está sucediendo?

El cazador señaló hacia el bosque.

—Se cree que Érebos está sellado en algún lugar dentro de este mismo bosque. —Señaló los árboles que los rodeaban—. Su oscuridad es tan vasta que, aunque su cuerpo esté atrapado, su influencia se extiende más allá de su prisión. De hecho, muchos cazadores piensan que la neblina que rodea el pueblo y el bosque no es natural. Es una manifestación de su poder, un eco de su presencia, manteniéndonos a todos atrapados en su sombra.

María sintió un escalofrío recorrerle la espalda al escuchar aquello. Cada vez que había notado esa neblina pesada y misteriosa, no la había relacionado con algo tan oscuro, pero ahora todo tenía más sentido. Algo en el ambiente siempre había parecido antinatural, como si el aire mismo estuviera llevando con él una amenaza invisible.

—¿Podría estar Érebos... en una casa? —preguntó de repente, siguiendo un pensamiento que acababa de formarse en su mente—. ¿Podría estar en algún lugar que no sea el bosque?

Jason la miró, entrecerrando los ojos, como si intentara leer más allá de sus palabras.

—Un dios primordial no puede simplemente caminar a donde le plazca —respondió, aunque el hecho de que hiciera esa pregunta, no le había gustado nada—. No sin ayuda. Si está sellado, su movimiento está restringido. Pero —añadió, haciendo una pausa significativa— si alguien lo invita a entrar, podría pasar el umbral de cualquier lugar. Eso es lo que lo hace aún más peligroso. Las entidades como Érebos no pueden traspasar la barrera de un hogar sin ser invitadas. Pero una vez que les abres la puerta... ya no hay vuelta atrás.

María sintió que el aire se le escapaba del pecho. Las palabras de Jason retumbaron en su mente con una claridad alarmante. "*Si alguien lo invita a entrar…*" De repente, un recuerdo vívido le golpeó: ella lo había invitado a su habitación, quitando la sal de la ventana. El temor comenzó a apoderarse de ella, pero lo ocultó lo mejor que pudo. No podía contárselo a Jason. Seguro que era capaz de matarla si con ello hacía un bien mayor para los humanos.

El cazador, sin embargo, era demasiado astuto. Percatándose de la tormenta interna que atravesaba María, continuó hablando.

—Tienes que ser muy cuidadosa, María. Si Érebos ha encontrado una manera de influir en ti,

o de acercarse a ti, entonces podría estar usando esa conexión para liberarse por completo. Ya no es solo una cuestión de investigar el pasado. Estás jugando con fuerzas que no entiendes. Y si él te ha marcado de alguna manera, entonces no hay lugar seguro al que puedas ir.

—Lo entiendo —murmuró, al darse cuenta de que, a pesar de la astucia del cazador, no pretendía matarla. Aunque no podía sentir tranquilidad sabiendo todo lo que le había dicho—. Necesito saber más. Si Juliet estuvo conectada con él, si de alguna forma yo también lo estoy, entonces necesito respuestas. ¿Qué hago ahora, Jason?

Jason miró al cielo y entonó un sonido de pensamiento. Tanteó la manera de proceder.

—Mmm… Veamos. Debemos averiguar más sobre Juliet y su conexión con Érebos. Si ella fue la única capaz de sobrevivir a su maldición, tal vez su historia tenga las claves para entender tu propia conexión. Pero ten cuidado. No sabemos qué te ata a ella y por qué os parecéis tanto.

María apretó los labios. Estaba aterrada, por un momento pensó que sus encuentros con Érebos eran algo divertido, placentero. Que solo estaba con ella para pasar el rato. Él le aseguró que no era así, que no buscaba solamente placer y así era. Ella misma se había engañado, como una ilusión estúpida que solo una humana que se ilusiona rápido podría tener.

Jason, después de un largo silencio, sacó un pequeño papel arrugado de su bolsillo, junto con un bolígrafo, y escribió rápidamente algo en él. Luego lo extendió hacia María.

—Este es mi número —dijo de manera escueta.

María lo tomó, pero inmediatamente frunció el ceño, confusa.

—Pero... los móviles no funcionan aquí —respondió, recordando cómo había intentado varias veces hacer llamadas y no había recibido señal en ningún rincón del pueblo.

Jason esbozó una media sonrisa, algo irónica.

—El mío sí funciona. —Guardó su bolígrafo y se cruzó de los brazos, como si aquello fuera algo completamente natural—. Solo llámame si las cosas se ponen feas. Y mete tu móvil en un tarro con sal si quieres que funcione.

—¿Un tarro con sal? —La cara de extrañeza de la joven periodista fue un poema. Tanto que a Jason le costó conservar su apariencia seria.

Justo cuando él parecía a punto de irse, una pregunta nació de sus labios antes de que pudiera detenerla.

—Jason —lo llamó. Se detuvo y la miró sobre el hombro—, ¿sabes cómo salir del pueblo?

Jason no respondió de inmediato. Su mirada se endureció un poco y se perdió en el horizonte.

—¿Salir del pueblo? —repitió.

—Sí. He intentado irme muchas veces, he seguido todos los caminos posibles, pero siempre vuelvo al mismo lugar. Es como si no hubiera forma de salir. Como si estuviera atrapada en un bucle.

Jason la observó en silencio. Decidiendo cuánta información compartir.

—Porque lo estás —dijo finalmente, ese hombre no tenía filtro alguno—. Este no es el plano humano real, al menos no del todo. Estás atrapada en una especie de limbo. Un espacio entre el mundo humano y el mundo que Érebos influye. Nadie puede salir de aquí sin entender primero su conexión con él. Porque de alguna manera todos estamos conectados. Mi teoría, es que hay fuerzas demasiado grandes como para entenderlas, que nos tienen como simples peones. Yo lo acepté, acéptalo tú.

Entre tanta charla, había una verdad escondida. Una escapatoria.

—¿Entonces… hay una forma de salir? —preguntó, con la esperanza aferrada en sus palabras.

Jason entrecerró los ojos.

—Sí, hay una manera.

—¿Tú has salido?

—Sí.

—Por favor, podrías…

—No —la interrumpió.

—¿Siempre hablas tan cortante cuando no es sobre historia de demonios y cosas así?

—Sí.

—¿Por qué?

—Solo conozco eso.

—Pero…

—Que no.

Silencio. María se apretó la sien, le empezaba a doler la cabeza.

—Pero, ¡¿Qué te cuesta sacarme de este maldito infierno?!

— No voy a decirte cómo salir hasta que sepamos cuál es tu conexión con Érebos. Hasta que no comprendamos qué papel juegas en todo esto. Salir del pueblo sin esa respuesta podría ser más peligroso de lo que imaginas. Sobre todo, para el mundo humano.

La desesperación comenzó a colarse en el corazón de María. Estaba atrapada en un pueblo del que no podía escapar, con una amenaza latente acechando en cada rincón donde hubiera oscuridad. Todo estaba ligado su posible conexión con un dios primordial.

—¿Y qué pasa si nunca descubrimos esa conexión? —preguntó, con la voz temblorosa.

Jason no apartó la mirada de ella, pero su respuesta fue dura y sin consuelo.

—Entonces, te quedarás aquí para siempre.

María sintió que el mundo a su alrededor se cerraba un poco más. Atrapada en un pueblo neblinoso y oscuro, con un dios maldito al acecho. Por muy crudo que pareciera, Jason tenía razón. No había forma de escapar hasta que entendiera el porqué de todo.

Cuando regresaron al grupo de cazadores, una pequeña figura emergió de entre los hombres. Una niña, de no más de cinco años, corrió hacia Jason con una sonrisa radiante, llamando su atención.

—¡Papá! —gritó mientras corría con los brazos abiertos.

Jason se inclinó de inmediato y la cargó en sus brazos con una facilidad que sorprendió a María. Era un hombre grande, rudo y serio, pero al sostener a la niña, su expresión cambió por completo. Sus ojos miel, que antes brillaban con dureza, se suavizaron, con una calidez y afecto que dibujó en los labios de María una dulce sonrisa. La niña le dio un abrazo y Jason le devolvió el gesto.

—¿Cómo estuvo tu día, pequeña? —preguntó. No parecía tan rudo cuando hablaba con ella, incluso intentaba adornar el tono ronco que poseía su voz.

La niña, con una sonrisa, levantó la mano para que Jason chocara los cinco, y él lo hizo con una ternura que contrastaba por completo con su naturaleza habitual. En ese momento, parecía alguien completamente distinto, alguien que María jamás hubiera imaginado al verlo tan arisco y distante.

Cuando el cazador levantó la vista hacia María, su mirada se endureció al instante, y esa seriedad fría volvió a apoderarse de su rostro. Bajó a la niña cuidadosamente, devolviéndola a los brazos de uno de los cazadores.

—Ve con tu tío —le ordenó a la niña. Luego lo miró a él—. Llévala adentro de la casa, nos vamos de caza enseguida.

La transformación de Jason fue sorprendente. El hombre que apenas unos segundos antes reía y jugaba con su hija ahora volvía a ser el cazador frío y reservado que María había conocido. La miró con desdén.

—Sígueme —ordenó, sin más explicación.

María lo siguió sin decir palabra. Jason la condujo hasta su camioneta, una gran todoterreno negra que estaba aparcada en un lado del camino. Abrió el maletero y, tras rebuscar entre varias cosas, sacó un pequeño collar.

Era un objeto peculiar: una fina cadena de metal oscuro, pero lo que realmente destacaba era el colgante. Tenía un símbolo que María no reconoció de inmediato, un círculo con runas grabadas alrededor, y en el centro, un extraño patrón que se asemejaba a un ojo, como si estuviera observando todo a su alrededor. Era antiguo.

Jason se giró hacia ella y sostuvo el collar en alto.

—Hasta que no sepamos más, si quieres sobrevivir, tienes que ponerte esto.

—¿Qué es? —preguntó, se acercó para observar el símbolo.

Jason entornó los ojos. Dar explicaciones le reventaba la poca paciencia que tenía.

—Es una protección. No es infalible, pero hasta que descubramos más sobre tu conexión con

Érebos, esto te mantendrá viva. Hay cosas que pueden sentir su marca en ti, criaturas que vendrán por ti, atraídas por esa oscuridad. Este collar puede desviar esa influencia, al menos por un tiempo.

María tragó saliva. No había opción. Si lo que Jason decía era cierto, estaba en peligro inminente, y ese pequeño collar era su única defensa.

—Póntelo ahora —añadió Jason, con su tono de voz inapelable.

María se recogió el pelo en alto y lo miró para que la ayudara a ponérselo. Sin embargo, él arrugó la nariz.

—¿Qué? —preguntó la periodista.

—Odio el contacto físico.

—Solo vas a ponerme un collar.

—¿Y qué?

María suspiró y cogió el collar. Lo colocó alrededor de su cuello y aunque le costó, logró ponérselo sin ayuda. Tan pronto como lo hizo, sintió una ligera vibración en su piel, un leve calor que emanaba del colgante. No sabía si era real o solo su imaginación, pero lo que estaba claro es que Jason no estaba bromeando.

—No te lo quites por nada —siguió Jason. Cerró el maletero con tanta fuerza que la joven temió que lo hubiera roto—. Si te lo quitas, podrías no sobrevivir para ver el amanecer.

Capítulo 17: La caza del conejo.

—¡Ya te vale, tío! —regañó Raúl—. Lo vi y lo sentí todo.

—Te quejas y has dormido lo que quedaba de mañana como un bebé —se defendió Death—. ¡Yo te he hecho un regalo! Esa mujer es preciosa.

—Creo que no entiendes el vínculo que me une a ella.

—Me importa una mierda, también te lo digo.

—Esta relación no va bien si no me tomas en cuenta.

—¿Relación?

Se quedaron los dos en silencio, mirándose a los ojos, pestañeando a la vez y sin saber cómo romper la situación incómoda.

—Tengo que… Ir a hablar con alguien —argumentó Raúl, para quitar la tensión del momento.

—Vale.

De nuevo se instaló un silencio incomodo. Esta vez ninguno de los dos lo rompió. Death se escondió en lo más profundo del ser de Raúl y éste se marchó a los confines de su propio oasis de terror.

***

Zarek caminaba lentamente por su reino del terror. Su capa oscura ondeaba como un ala de cuervo en la brisa fría de la noche. Había llegado a un lugar donde la luz temía adentrarse, un rincón del mundo tan sombrío que parecía una grieta en el mismo tejido de la realidad. El aire estaba impregnado de un hedor acre, y sus botas hacían un eco hueco, como un lamento de almas perdidas.

Caminó entre estallidos de gas verde que emergían del suelo, similares a exhalaciones del mismísimo inframundo. A su alrededor, sombras deformadas se movían con una vida propia, proyectadas por un fuego espectral que arrojaba su ardor maligno sobre las paredes de piedra y granito. De la superficie, emergían figuras de leones tallados. Sus rostros eran feroces, vigilantes, como guardianes eternos de un reino de oscuridad.

Mientras avanzaba, la risa maníaca de sus esclavos hacía eco en sus oídos. Era un coro de desesperación y locura que parecía surgir de todas partes y de ninguna a la vez. Risas que no conocían la alegría, sino la amarga satisfacción de complacerlo solo a él.

En poco tiempo, se encontró frente a un palacio oscuro. Era una estructura imponente,

levantada con bloques de piedra negra que absorbían la poca luz que había. Las llamas danzaban alrededor de la entrada, envolviendo las columnas en un ardiente abrazo.

Los leones esculpidos parecían cobrar vida a la luz del fuego, sus ojos vacíos observaban con una atención siniestra. El palacio se alzaba como un monumento a todo lo tenebroso, un trono en el reino de la noche. Zarek subió los escalones de granito, su alta figura se veía poderosa y absoluta con el brillo infernal que lo rodeaba. Al cruzar el umbral, un rugido de fuego lo saludó, sellando la entrada a sus espaldas.

La sala del trono no era normal. El trono estaba formado por cartas y fichas de ajedrez cortadas y alineadas con formas abstractas. En el suelo se podía observar un tablero de ajedrez dibujado y unas fichas de tamaño colosal que se movían a medida que Zarek las observaba. Movió varias de las fichas. Un peón, una torre y un alfil, y con una sonrisa ladeada, perfecta, sus ojos se oscurecieron unos grados más.

Unos pasos lo acompañaron en la oscuridad.

—Tengo muchas ganas de actuar —habló el dueño de las sombras que lo habían seguido todo el camino y aquel que en tal oscuridad se sentía a salvo—. Tengo demasiada hambre.

—Tranquilo, Érebos —susurró Zarek—. Pronto todos caerán y seremos los únicos en pie en el tablero. Te lo aseguro.

—Ya.

—Por cierto, me enteré de que tu hijo está en el pueblo.

—Vaya, que sorpresa.

—No pareces sorprendido. —Zarek lo miró de reojo y dibujó una pequeña sonrisa en los labios—. ¿De qué color son tus fichas, Érebos? Porque las mías son negras.

—Estoy de tu bando —comprendió Gula—. No comprendo por qué tanta desconfianza.

—Solo te he hecho una pregunta, ciervo. Quiero saber si tengo que matar alguno de mis alfiles para llegar a la reina.

Érebos profirió una carcajada tal que las paredes del castillo temblaron.

—Suerte con tu caza de brujas. —Dicho esto, Érebos empezó a marcharse. Sin embargo, se detuvo y lo miró de reojo—. Oh, vaya. Había olvidado que vosotros a las brujas las cuidáis y os las folláis. —Escuchó un rugido provenir de Raúl y éste sonrió con mayor plenitud—. Tranquilos. —Levantó las manos en estrella—. Alexa no está en mi camino. No os pongáis vosotros en el mío.

Cuando se marchó, Death apareció al lado de Raúl con su apariencia habitual.

—Nos va a dar problemas —comentó Death.

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo a su debilidad bajo la manga —susurró. Levantó la mano y en una bola de cristal

que se dibujó en humo, apareció una mujer cuyo rostro era idéntico que el de María, pero sus ojos negros no podían ser opacados por la oscuridad de la mazmorra en la que estaba encerrado.

—Eres un hijo de puta —comentó Death. Agrandó su sonrisa—. ¡Me encanta!

—Volvamos a casa.

—¿Tan pronto? —preguntó Death con curiosidad.

—Si hace lo que yo creo que hará, nos visitará la mujer del otro día. —Death se quedó con la boca entreabierta—. Soy un hechicero, ¿recuerdas? A veces tengo visiones de futuro. Así es como puedo mover las fichas. Lo que no sé es qué ficha le pertenece a ella.

—Quizá la reina —comentó Death. Como quien ve la lluvia caer.

Raúl lo miró un segundo y se negó aceptarlo. Se levantó del trono y caminó seguro hacia la salida.

—Lo dudo. En todo caso, si lo es, sería la mía.

Death lo siguió y suspiró hondo.

—¿No podrías dejarlo para otro día? —preguntó—. No estoy preparado para volver a quedarme cachondo como el otro día después de ver tal danza de apareamiento.

—Porno, se llama porno.

—Como sea.

—Te jodes. —Raúl agrandó su sonrisa y le mostró los colmillos con cinismo—. La venganza se sirve en un plato frío.

—¡Rencoroso!

***

Katerina caminó por el pueblo, guiada por su intuición, hasta dar con una casita encima de una colina. Al mirar a sus espaldas pudo ver todo Dolwill.

No se encontraba precisamente frente a la puerta principal de la casa, sino que se transportó justo debajo del balcón de la habitación de Rául. Una sonrisa asomó sus labios, su estómago comenzó a revolotear con mariposas como una adolescente.

Extendió sus gigantescas alas de furia para subir con fuerza, y bajar delicadamente en contraste. Posó sus pies sobre el balcón. Desde la amplia cristalera, pudo verlo recostado en su cama, y dio gracias a quién fuera que la estuviera escuchando por hacer que justo en ese preciso instante, Raúl estuviera solo en su habitación.

Antes de entrar, se tomó un par de minutos para observarlo desde el otro lado, simplemente apreciando todo de él, pues hasta ese preciso momento no había tenido la oportunidad. Amó ver cada músculo de su cuerpo contraído para sujetar el libro que estaba leyendo, con la belleza cruel de su rostro denotando su concentración. Se mordió el labio solo de

imaginarse a su lado, y de su mano salieron un par de serpientes que se encargaron de deslizar la cristalera hacia un lado, permitiéndole apoyarse en el marco con una sonrisa lasciva en el rostro.

—¿Interrumpo algo? —entonó con atrevimiento.

Raúl levantó la mirada lentamente. Sus ojos negros se clavaron en ella como dos pozos de deseo y descontrol. Dejó el libro a un lado y apretó su abdomen para sentarse.

—Llegas en el momento justo en el que el acosador iba a hacerle algo a la protagonista. Sí, interrumpiste. —Una sonrisa ladeada se fue formando en su perfecta boca y terminó por reír en voz baja—. Tendré que hacerte todo lo que lea para poder estar feliz después de esta interrupción y te aseguro, que lo mío es el Dark Romance.

Katerina comenzó a caminar muy lentamente hacia su cama. Se tumbó en ella en los pies del colchón y le robó el libro. Lo abrió por la página marcada. Se tomó su tiempo para leer las dos carillas que había abierto con detenimiento, y su sonrisa fue a más a medida que acababa la página.

—Nosotros podemos ser peores —confirmó moviendo sus párpados hacia él.

—Quiero que seamos peores —afirmó Raúl—. Te regalaré una rosa solo si me complaces a mí, no por gusto.

—Suena tentador… —Se dio la vuelta dejando el libro. Apoyó su mentón en su mano con las rodillas flexionadas hacia arriba—. Pero eso está un poco complicado.

—¿Complacerme? Puede, aunque supiste sacarme hasta la última gota de semen la última vez.

—El complacerte no —respondió y empezó a caminar a gatas hacia él—. Complacerte solo a ti, sí.

El rostro de Raúl se endureció. Apoyó la mano en la cama y con la otra la sujetó con braveza por la nuca. Tiró de ella y la forzó a mirarlo, sin importarle si con ello le hacía algo de daño.

—¿Qué coño quieres decir con eso?

—Pues que no eres el único hombre de mi vida, o el único ser en general que me da placer, ¿sabes? —respondió con malicia—. Te conocí ayer, pero tengo una vida a parte de ti.

—Tu vida y tu delirio tengo que ser yo y si no lo comprendes, me ocuparé de matar a cada una de las personas que te rodean para que lo hagas.

La mano en la nuca de Kate se apretó con más fuerza. La ansiedad por perderla se amontonó en su pecho como termitas que le rompían por dentro. La tumbó con fuerza sobre la cama y le apretó las mejillas, como advertencia de lo que era capaz de hacer.

—En mis sueños te perdí una vez, no permitiré que haya una segunda.

—Nadie ha dicho que me vaya a ir de tu lado, por algo he venido aquí, a tu habitación. —Se lo sacó de encima y se puso ella sobre su abdomen, agachándose para susurrarle al oído—. No he venido solo por sexo.

—Nuestro idioma del amor es el sexo, no sé para qué más has venido. —Con la palma de la mano abierta, le azotó el trasero y agarró su nalga.

—No estoy de acuerdo. Yo diría que más bien es la violencia.

—La violencia me pone —gruñó Raúl—. Dame una bofetada, por favor.

—¿Que haga qué? —preguntó con una sonrisa que no pudo retener—. Dámela tú a mí primero, luego ya veremos.

—Eso es trampa, quería disfrutarlo yo antes. —Raúl dio un largo suspiro y entornó los ojos —. Vamos, Kate, pégame.

Kate le cruzó la cara con una bofetada con una mano, y le cambió el sentido con la otra.

—¿Qué tal así?

—¡Yuju! —gritó Raúl y levantó los brazos sobre su cabeza en puño a modo de victoria—. Ya estoy empalmado, gracias.

Kate se echó a reír a carcajadas, tirándose a su lado en la cama sin poder respirar de la risa.

—¡Me ahogo! —gritó.

Él se inclinó sobre ella y le pasó la mano suavemente por la nuca. Tan lento que le provocó un escalofrío al contacto con su piel.

—Voy a hacerte el boca a boca para que puedas respirar. —Juntó sus labios y la empezó a besar, tan lento que se sentía delirante.

Usaba solo los labios y los separaba para que las ganas fueran creciendo. Sacó la lengua y le lamió el contorno de sus labios. Los dibujó con saliva y mordió su labio inferior.

—¿Cómo van tus niveles de oxígeno? —preguntó a baja voz.

Un jadeo fue la respuesta de Kate, pero entonces se separó de él repentinamente y se sentó en la cama.

—Quieto —le ordenó con el dedo índice—. Espera, todavía no sé nada de ti. Ni siquiera sé con quién coño vives.

—Con que conozcas mi polla es más que suficiente.

—Bien, a esa ya me la conozco, somos mejores amigas. Ahora háblame de los demás.

—¿Los demás? —Se le escapó una risa sarcástica—. ¿Te refieres a mis dedos y mi lengua?

—A las personas que han sido importantes para ti, lo que sea. Vale, a ver —Se acomodó en la cama sentándose como un indio—. Empiezo yo. Tengo dos hermanas más.

—¿Me tiene que importar eso?

Kate levantó las cejas, se levantó de la cama y empezó su caminar a saltitos hacia la ventana.

—Espera, vale, cuéntame toda tu vida —la detuvo Raúl.

—Ah, ah, de eso nada. Tú no vas a saber ni mú, ya que no me cuentas de ti. La única información que tendrás sobre mí a parte de lo que ya sabes, será el chop chop de mi coño,

¿vale? —le sonrió maliciosamente—. Ojo por ojo.

Los ojos de Raúl se entrecerraron al escucharla.

—Ese sonido me interesa más que una charla, la verdad.

Kate soltó se apoyó de espaldas a la ventana.

—Bien, en ese caso vamos a cambiar las condiciones. Tú me cuentas algo que yo considere relevante sobre ti, y tú haces lo que quieras conmigo por toda la noche, ¿qué te parece?

Los ojos de Raúl parecieron oscurecerse más de lo que ya estaban.

—¿Todo lo que quiera? —repitió para asegurarse.

—Todo lo que desees, de aquí hasta que salga el amanecer. Yo siempre cumplo mi palabra.

—¿Cuánto dolor eres capaz de soportar? —Apretó las manos en puño sobre la cama—. Siempre he querido hacer la fantasía de forzar a alguien.

—Viniendo de ti, podré soportarlo. Y mira tú por dónde, mi fantasía es que me fuercen en contra de mi voluntad. Alguien que me guste, claro. Alguien como tú.

Raúl tragó saliva, ya sentía los estragos de la charla entre sus piernas.

—¿Quieres que te viole, mi reina?

—Repetidas veces, mi rey.

—Hasta que tu coño se empape sin parar.

—En realidad es consentido por los dos, por nuestras mentes retorcidas. Eres consciente, ¿verdad?

—Sí, ¿puedo morderte el coño antes? Por morbo, más que nada.

—Yo ahí ya no me meto, tú verás lo que haces con mi cuerpo —respondió acercándose a la cama para sentarse a su lado—. Bien, ahora quiero mi parte del trato. Desembucha toda tu vida por esa boquita preciosa que tienes.

Él estalló en carcajadas.

—No, mi amor. Un detalle de mi vida, una noche de sexo. Así funciona esto.

—Eso es una balanza desequilibrada, teniendo en cuenta la de cosas que me harás. —Sus ojos afilados de furia brillaron—. Y no me gustan nada las injusticias.

—Vale… —Raúl cogió el libro que leía y lo dejó sobre la mesilla de noche. Se acercó hacia ella y agrandó su sonrisa—. Mitad de la noche eres mía, mitad de la que quede soy tuyo. ¿Es más equilibrado así?

—Mi mitad equivaldrá a lo que yo desee, no necesariamente algo sexual —afirmó.

—Vale —aceptó—. Pero ten en cuenta que podrás hacerme lo que quieras, ¿lo vas a desaprovechar?

—Tengo tiempo para todo, no te preocupes, ricura —afirmó acariciándole el mentón.

—Bien, juguemos. —Raúl se alejó de ella y se sentó sobre la cama, con la espalda apoyada contra la pared—. Pregunta, seré sincero.

Katerina también se acomodó.

—¿Qué hay de tu familia?

—Mis padres fueron asesinados hace muchos años, solo quedamos mi hermano mayor y yo. No nos hablamos.

—¿Por qué?

La tensión en el rostro de Raúl se convirtió en un resentimiento que arrugó su ceño. Se señaló la cicatriz que partía su rostro.

—Esto me lo hicieron por él y aun así, la última vez no terminamos en abrazos precisamente.

—¿Qué fue lo que pasó para que acabarais así?

Raúl dio un largo suspiro antes de contestar.

—Estás tocando cosas bastante delicadas.

—Tú las tocarás en un par de horas. Responde a la pregunta, cariño. Con pelos y señales.

Raúl se quedó pensando cuál era la mejor forma de explicar lo sucedido sin contar con exactitud las cosas.

—Él siempre fue el hermano perfecto. El que tenía mejores notas en la escuela de hechicería, el que hacía el bien cada día, el que siempre tenía una sonrisa en el rostro. Yo en cambio, me dispersaba. Me llamaba la atención la magia oscura y, además, no prestaba atención a nadie. Mi mente solo pensaba en mí. Claro, ver que todos le daban atención a él fue bastante duro. Nos acabamos distanciando a pesar de que él y yo en algún momento estábamos tan unidos que sentíamos que no podíamos vivir el uno sin el otro.

—¿Tú, Raúl, un hechicero poderoso que me va a violar en un par de horas, te "acabaste distanciando" de tu hermano así por las buenas? No me lo trago.

A Raúl se le escapó una pequeña risita.

—Él dio el primer golpe. En nuestra vida no había cabida para los dos. Me lo quitó todo… —Su voz se rompió ligeramente al recordar a su aquelarre. Tragó saliva para recomponerse—. Fue un maldito traidor, pero claro, ¿a quién iban a creer? ¿Al hermano perfecto o a la oveja negra?

—Yo te creo —afirmó Kate—. Pero, ¿por qué crees que cometió esa traición?

La mirada de Raúl se perdió por la habitación, entre recuerdos vividos que volvían a su mente lenta y agónicamente.

—Poder —respondió—. No hay nada más que mueva el mundo que nos rodea.

—¿Y qué es lo que te mueve a ti?

—La lujuria, la locura y la venganza. Tres razones de peso, ¿no crees?

—Mira por dónde, son mis apellidos.

La sonrisa de Raúl se fue haciendo cada vez más amplia, depredadora. Se inclinó sobre la cama y levantó un dedo, con el que acarició los pezones de Kate sobre la ropa.

—¿Tienes alguna otra pregunta?

Kate agarró su muñeca y puso toda la mano de Raúl sobre su teta.

—Pues sí. ¿Por qué te gusta tanto la venganza? ¿Es que acaso planeas una? —preguntó mientras hacía que Raúl le masajeara el pecho.

—Esa pregunta cuesta muchas más mamadas de las que me has dado. —Movió la mano y le pellizcó con fuerza el pezón—. No planeo nada, soy un hurón inocente.

—Hmm… —gimió cerca de su oreja—. ¿No era que ibas a ser completamente sincero?

—Las medias verdades también valen, ¿no? —Se mordió el labio inferior y golpeó levemente el pezón que estaba torturando—. ¿Cuándo toca mi juego?

—Eres un impaciente. Y no, las medias verdades no valen, para mí son mentiras.

Raúl levantó las cejas. Se levantó de la cama y empezó a caminar a paso lento hasta el armario. Lo abrió y empezó a rebuscar en él. La miró unos segundos y se le escapó una risa digna de una película de terror.

—Cariño, hay cosas de mí que no debes saber y esa pregunta es una de ellas. Cámbiala.

Su voz no hizo más que incitar con más fuerza a Katerina, quién se dio la vuelta para ponerse de rodillas sobre la cama.

—Créeme, estoy muy segura de que quiero saberlo. Es más, no soporto que todavía no seas un libro abierto para mí. Necesito conocerte de arriba a abajo, y no me refiero solo a tu cuerpo.

Kate vio como Raúl sacaba unas sogas del armario, varias fustas, pinzas y una pequeña pluma de color negro. La miró de reojo y negó con la cabeza.

—Mira, habíamos quedado con que me harías una sola pregunta por cada noche conmigo, has hecho varias y te las respondí todas porque me caes bien. Ahora, tienes una deuda conmigo.

Katerina bufó y lo miró con rabia, todavía no era suficiente, pero no dijo nada más y se levantó para desnudarse prenda a prenda, sin rechistar. Volvió a sentarse en la cama y lo miró a los ojos, esperando pacientemente.

Raúl esperó hasta verla desnuda. Tragó saliva y se apoyó de la pared sin detenerla. Cuando se sentó sin ninguna prenda encima, quiso asegurarse.

—¿Estás segura de lo que va a pasar hoy?

—Ya te he dicho que sí, ¿estás sordo o qué? —escupió con una pequeña sonrisa.

Raúl asintió.

—Dime una palabra de seguridad.

Ella sonrió con malicia.

—Rey.

—Que cruel que tenga que escucharla solo para parar.

—Esa es mi condición por no haberme respondido a la última pregunta. Jódete.

—A quién voy a joder toda la noche es a ti.

Katerina se apoyó con las palmas hacia atrás, subiendo las piernas a la cama y separándolas de par en par, para dejarle sus preciadas vistas.

—Demuéstramelo.

Él no pudo apartar la mirada de cada movimiento, mucho menos del lugar al que quería enterrarse con furia.

—¿Recuerdas el juego que iba a excitarnos muchísimo a los dos? —le recordó Raúl. Con una sonrisa, movió una mano y aparecieron los dos en medio del bosque. Kate sentada en el suelo completamente desnuda—. Te toca correr, conejito. Voy a contar hasta diez, espero que te sepas el juego.

Kate no esperó a que empezara a contar, y huyó de él lo más rápido que pudo.

Capítulo 18: Sentimientos entrelazados.

Katerina se perdió en el bosque a toda velocidad, sin importarle las heridas en sus pies que se iban curando velozmente, o el frío nocturno que le hacía tener los pezones de punta. Correr tan rápido le llenaba de adrenalina, y más sabiendo lo que le esperaba y de qué forma, cosa que no hacía más que excitarla.

El calor en su estómago acentuaba con cada pensamiento que tenía sobre Raúl, imaginándose que podría estar en cualquier parte, en cualquier momento, con sus ojos puestos en ella. Su corazón iba muy deprisa, sus mejillas estaban sonrojadas y sus labios más carnosos y rojizos de mordérselos tanto, pero pese a todo, no podía negar que una sonrisa le inundara el rostro.

Como era de esperar, Raúl la seguía de cerca. Dejaba que escuchara pequeños gruñidos que la seguían entre la oscuridad de los árboles. Le daba ventaja y dejaba que sintiera la adrenalina y el peligro de estar huyendo de él.

Nadie en el bosque, ya fuera un ser malévolo sacado de las sombras más tenebrosas, se atrevía a acercarse a ella sabiendo que Raúl era quién la estaba cazando. Kate empezó a escuchar los pasos del hombre que la perseguía cada vez más cerca, más rápidos. Sus botas retumbaban en el ambiente y rompían todo a su paso, tanto como quería romperle a ella el juicio.

Cuando giró en uno de los árboles, su cuerpo chocó con él, estaba ahí, sabiendo sus próximos movimientos antes siquiera de que los hiciera. Sin embargo, no vio a Raúl como tal. Tenía el rostro cubierto por una máscara negra que dibujaba una sonrisa escalofriante, una calavera con dos colmillos parecidos al cráneo de un león.

En la oscuridad de su rostro, sus dos ojos negros brillaban como los de un felino iluminado por los faros de un coche, pero en su lugar, reflejaban la luz de la luna que se filtraba suave entre la copa de los árboles.

La sujetó del mentón, bajó con los dedos al cuello y le apretó. Golpeó su espalda contra el árbol cercano. Katerina se sobresaltó y se quedó sin respiración unos instantes, negándose a perder el contacto visual con él.

—Bonita máscara —comentó con una sonrisa retadora—. ¿Me vas a follar la boca sin dejarme verte la carita de enloquecido?

Raúl no hablaba, no emitía ni un sonido. Estaba metido en su papel por completo. Apretó más fuerte la mano en su cuello y la dejó sin aire. Con la otra mano, cubrió su boca y nariz. Apretó de igual forma para que no tuviera ni una oportunidad de recoger oxígeno. Con la rodilla, le abrió las piernas y le rozó la intimidad hasta abrir con el pantalón sus labios y empaparse la ropa con

los fluidos de Kate.

Ella sintió el placer más intenso, mezclado con la desesperación por faltarle el aire, que a cada segundo que pasaba, era peor. Abrió mucho los ojos mirándolo, notaba como la sangre le subía a la cabeza y comenzó a arañarle el brazo para que soltara un poco de presión. Raúl lo notó y aflojó. Sabía lo que estaba haciendo, lo tenía controlado y aunque no lo pareciera, estaba fijándose en cada una de las sensaciones de Kate. Se aseguraba de su bienestar, aunque intentara parecer un verdadero abusador.

Le dio la vuelta y apretó su cabeza contra el árbol. Con azotes en los muslos separó sus piernas y empezó a danzar con los dedos por el medio de sus labios vaginales. Tocó sus fluidos y jugó con ellos sin llegar a masturbarla. Estaba jugando sucio, a encenderla, enloquecerla. Le apretó las manos contra la madera y se acercó, rozando el miembro encerrado en su pantalón contra su trasero. A pesar del impedimento de la ropa, su falo era de tal dimensión, que pudo sentirlo clavarse entre sus nalgas.

De forma inconsciente, Katerina movió más hacia atrás su culo, restregándoselo por sus pantalones, masturbando por encima de la ropa, incapaz de controlarse. Cada vez que una ráfaga de viento le traía su aroma, se perdía por completo y se dejaba a su voluntad, cosa que le costaba demasiado.

Él aprovechó ese movimiento de cadera. Se desató el pantalón, golpeó sus nalgas con el miembro y lo introdujo entre ellas sin penetrarla, solo para que su trasero se encargara de darle placer. Hubiera podido entregarle toda la información necesaria con tal de tenerla así para él, por esa noche o por muchas más. Movió la cadera de delante a atrás, pasando el miembro entre sus nalgas. Inclinó el cuerpo y cerró los ojos, oliendo su pelo, sintiendo su cercanía. Lamió su cuello y gruñó. Ese gruñido fue lo único que pretendía que escuchara de él.

Ella se puso de puntillas apropósito y separó las piernas, logrando que el miembro de Raúl bajara hasta colarse por debajo de su vagina. Lo apresó entre sus muslos y se encargó de masturbarlo de delante hacia atrás, impregnándolo de paso de sus propios fluidos. Echó la vista hacia abajo para ver el glande de Raúl reluciente, traspasándola por en medio de sus piernas mientras gemía con ganas.

La soga que había en la habitación apareció en la mano de Raúl. Con habilidad, sujetó las manos de Kate y las ató en su espalda. El nudo no se detuvo ahí, sujetó los extremos y rozó el trasero. Movió la cuerda y la azotó con ella. Siguió el camino de los nudos y los pasó entre los muslos. Al apretar, Kate notó como la forzaba a abrir más las piernas. Raúl la apoyó más contra el árbol. Prácticamente la estaba sujetando con el miembro.

Con la misma cuerda, subió por sus costillas y rodeó con fuerza su pecho, dejando al aire las tetas que también apretó con la cuerda. Terminó en el cuello, donde podía regular la fuerza con la que la apretaba, sin llegar a ahorcarla.

Los fluidos que comenzaban a resbalarse más allá del miembro de Raúl delataban a Katerina, que notaba constantemente sus palpitaciones justo en su botón de lujuria, encima de su polla, ansiando transmitírselos de alguna forma para que supiera que lo necesitaba ahí mismo y en ese momento.

—Sigue tocándome, por favor… —suplicó Kate.

Bajo la máscara, la sonrisa de Raúl se amplió. Bajó una mano por su barriga y jugó con la intensidad de las cuerdas que se apretaban en su piel y le estiraban lugares tan erógenos como escondidos. Bajó hasta su coño donde pellizco el clítoris, pero a modo de desesperarla más, solo lo apretó y se quedó quieto, haciendo que se debatiera entre el dolor, el placer y la ansiedad por algún otro estímulo de placer.

Katerina gimió con el ceño fruncido por la desesperación, sabía que sólo lo hacía por joder y para que le siguiera suplicando.

—Te vas a enterar —advirtió ella.

Apretó con fuerza sus muslos y movió su pelvis prácticamente golpeándolo, masturbándolo velozmente para hacerlo enloquecer a él también. Lo que ella no sabía era que no había nada más que lo enloqueciera tanto como el simple hecho de tenerla cerca. Apoyó la frente en su espalda y con un movimiento rápido, sin lubricante, sin preparación, la abrió por detrás. Se clavó en su ano y se deslizó sin importarle nada más que el placer de ambos. La mano que traía en el clítoris al fin tomó fuerza y movimiento. Girando, apretando, rozando, haciéndola vibrar.

Katerina volvió a quedarse sin respiración, se quedó hasta sin fuerzas para seguir moviéndose por el repentino dolor. Afortunadamente, la estimulación de Raúl en su clítoris la hacía relajarse ínfimamente, lo suficiente para compaginar el dolor con el placer. Sus ojos se llenaron de lágrimas, tan vidriosos que acabó mojando sus mejillas.

—Despacio, por favor…

Esa súplica era la única a la que Raúl estaba dispuesto a obedecer. Sus movimientos de pelvis se volvieron suaves, lentos, algo completamente diferente a lo que la intimidad de Kate empezó a experimentar. Un dedo, dos, tres. Llegó el cuarto y los apretó en su interior. Llegó hasta los nudillos y movió la mano en círculos. Metió su quinto dedo, con casi toda la mano abriéndola y rozando cada centímetro de sus paredes internas.

—Oh, Dios, sí… —gimió sintiéndose completamente llena.

El placer acababa de superar al dolor, y dejó de quejarse en silencio, para pasar a gritar en alto, moviendo su pelvis a su favor para que siguiera llenándola por todas partes. En un momento dado, incluso estiró el cuello hacia atrás para apoyarse en el hombro de Raúl, ansiando sentirlo hasta en la nuca.

—Más, más…

Raúl resopló por su cuello. Dejó que el aire caliente le calentara por donde pasaba. Aunque

estaba ansiando calentarla de todas y cada una de las formas posibles. Su mano no cabía completa, pero era un sueño notar todos sus dedos en el interior, siendo lubricados y apretados por sus paredes. A medida que movía el cuerpo y los golpes internos en su esfínter se hacían más prolongados, también lo eran los golpes de sus dedos. Tocando cada terminación nerviosa, cada lugar de su interior. Apretó un poco más y el sonido a mojado ahogó los jadeos de los dos, siendo lo que más predominaba a su alrededor.

Ese sonido fue la gota que colmó el vaso para que Katerina pusiera los ojos en blanco. Giró su cabeza para llegar a cualquier parte de la piel de Raúl, de su cuello y su clavícula, de lo que fuera, para hincar sus dientes con fuerza. Gimió en alto, en su oído, comenzando a correrse y contrayendo sus paredes al máximo.

—Sigamos el juego en mi cuarto —le susurró Raúl. Al fin lo había escuchado hablar, pero su voz gruesa era mucho más aterradora e infernal que de costumbre.

Le dio la vuelta y la observó de cara. La desabrochó un momento y dejó que lo tocara brevemente.

—Aprovecha para tocarme ahora —avisó—. Más tarde no vas a poder.

Katerina trató de recuperarse de su orgasmo y centró su mirada en la oscuridad. No se lo pensó más veces y le arrancó la máscara, pasó los brazos por su nuca y se obligó a ponerse de puntillas para llegar a su boca y besarlo con fuerza, tirando de su pelo con ansias.

—Mmm… Kate —gimoteó en su boca. La abrazo por la espalda y hundió más su beso. Lamió su lengua, jadeó. Con esa facilidad lo enloquecía. Con un movimiento rápido la cargó en brazos. La hizo abrazarlo con las piernas por la cintura y gruñó por la cercanía. Entre beso y beso, entre cada movimiento, dejaba mordidas en sus labios. El superior, el inferior y estiraba. Probaba de su lengua y la envolvía con la suya, de forma frenética, intensa, necesitada. Con cada movimiento parecía adorarla, como si para él fuera todo, aunque no fuera capaz de expresarlo.

Ella siguió su beso tan frenética y necesitada como lo estaba él, tomándose su tiempo para acariciar su cabeza, tirar levemente de su pelo denotando sus tremendas ansias por él. Incluso acarició su mejilla. Pasó con delicadeza sus dedos por su mandíbula y por sus hombros. No había parte de él que no estuviera tocando intensamente, permaneciendo en cada zona el tiempo suficiente para que Raúl la sintiera en todas partes, mientras que con su boca se encargaba de dejarle claro que quería luchar contra su lengua y sus dientes.

En un segundo, aparecieron en la habitación de Raúl. Él no se veía capaz de dejar de besarla, de no sentirla tocándolo. Miró de reojo los juguetes que había sacado con anterioridad, pero los ignoró. Se dejó caer en la cama de espaldas y una vez el colchón retumbó en él, dio la vuelta y la dejó debajo de su cuerpo. Jadeó en su boca, la miró a los ojos y se perdió. Todo el cuerpo se le erizó por mirarla y gruñó de rabia porque el corazón se le subiera a la garganta.

Sus ojos se llenaron de una emoción contenida que no pudo detener esa vez. Llevó la cabeza

entre su larga melena y cuando varias lágrimas cayeron por sus mejillas las limpió con ella sin que pudiera percatarse de cuánto le estaba afectando su contacto. Cerró los ojos y tragó saliva. Sus manos temblaron y encontraron las de ella. Entrelazó sus dedos y los apretó contra el colchón.

—Dime que eres tú, por favor —le susurró, bajo, roto. Volvió a tragar, lo último que quería era sentirse tan devastado—. Dime que has vuelto conmigo.

Katerina apartó ligeramente su rostro del suyo. Con sus palmas acarició sus mejillas, apreciando su mirada vidriosa, de la cuál bajaban lágrimas hasta mojarle los dedos.

—Estoy aquí contigo, Raúl —susurró en un tono dulce, como un eco lejano—. ¿Ves? —Limpió más lágrimas con los pulgares y bajó el rostro para besarle cada párpado con suavidad—. No voy a irme a ninguna parte.

Kate lo movió y lo acostó en la cama para observarlo mejor. Sus manos subieron por su pelo de nuevo, acariciándolo con ternura, perdiendo su vista en él mientras sus ojos se empañaban sin que ella les diera la orden de hacerlo. Se mordió el labio reteniendo las ganas de llorar, pero una gota acabó sobre la mejilla de Raúl. Esa también la besó.

Raúl la empujó con suavidad y volvió a colocarse encima. Apoyó la frente contra la de ella y rozó varias veces sus narices, a muestra de un pequeño juego cariñoso. Acarició su mejilla, pero bajó lentamente por su cuerpo. Rodeó la aureola de sus pezones y siguió hasta jugar con su ombligo. Suave abrió sus piernas y se enterró en ella de una forma tan lenta, que pudo sentir el estremecimiento de ambos.

—No me basta una noche —confesó él—. Me basta una y mil vidas más contigo.

Katerina sonrió, más lágrimas bajaron por sus mejillas cuánto más alargaba sus labios. Le encantaba sentirlo dentro, no solo de forma carnal. Sus cuerpos estaban unidos de una manera mucho más profunda, ancestral. Eran uno.

—Las que quieras, cariño —susurró volviendo a besarlo con suavidad en los labios—. Las que quieras.

Ni ella misma podía ponerle nombre a lo que estaba sintiendo en aquel momento, o por qué era incapaz de seguir besando sus mejillas y de lamer sus lágrimas, ansiando compartir su dolor.

—Mi alma está completa contigo —susurró Kate, sin darse cuenta de lo que decía su boca —. Hasta que te conocí, creía que no me faltaba nada. Pero me di cuenta de que no tenía mi mitad. —Volvió a besarlo, esa vez en la frente, como un sello de su unión—. Ahora ya la tengo.

Raúl suspiró, un suspiro de alivio que dejó tras de sí una sonrisa genuina y ladeada dibujada en sus labios. Le sujetó las manos, entrelazó los dedos con ella y apretó contra el colchón. Empezó a moverse en su interior, tan fuerte y sin cuidado como siempre, pero con los ojos fijos en ella. Era diferente, como el momento en el que le había pedido correrse juntos.

Empezó a jadear en su boca. Dejaba besos en lugar de gemidos para no despertar a Alexa o María. Se aferró a ella y le subió las piernas sobre su cintura, hundido en ella, abriendo sus carnes, lento, pero sabiendo la forma en la que podría enloquecer del placer. Era como si su cuerpo fuera algo conocido y no de dos días. Sabía todo, cada recoveco de placer, cada movimiento para hacerla temblar.

—Creo que los dioses han escuchado mis súplicas y te han traído a ti —susurró Kate en sus labios, entrecortada por las fuertes estocadas que comenzaban a dejarla sin aliento—. Porque es imposible que reconozcas tan bien mi cuerpo. Y mis puntos débiles —confesó mirándolo a los ojos.

—No suelo venerar a Dioses —murmuró contra sus labios—. Pero lo haría, si tú fueras mi deidad.

Gruñó levemente y se le erizó la piel por completo, por el placer o quizá por sus propias palabras de completa adoración.

—Puede que esté loco, pero también puede que conozca todo tu cuerpo porque llevo toda una vida esperando poder tocarlo de nuevo.

Kate volvió a llorar. No sabía si por tristeza, felicidad, placer, o las tres juntas. Los segundos iban transcurriendo y el miembro de Raúl tocaba demasiado bien su punto de mayor placer, robándole jadeos que tuvo que callar mordiéndole el cuello con fuerza mientras aceleraba el ritmo.

Raúl dejó de mirarla fijamente a los ojos y se hundió entre el pelo y su cuello. Lamió y subió hasta su oído. Golpeó su interior con el miembro y levantó las piernas de Kate hasta tenerlas sobre los hombros. Así, haciéndole pulsos internos, fuertes, seguidos, le susurró:

—¿Eres capaz de ser tan mía como para obedecer mi voz? Si es así, córrete para mí.

Kate encogió su estómago como si sus palabras fueran una orden directa a su cuerpo y explotó cerrando con fuerza los ojos. Comenzó a gritar tan alto que tuvo que taparse ella misma la boca y morderse la palma para ahogarse en paz, con los ojos en blanco, disfrutando de cada gramo del peso de Raúl sobre su cuerpo. Raúl no pudo soportarlo y la llenó a la vez, dejando que los bombeos del coño de Kate le sacaran todo el semen que el orgasmo le estaba entregando.

—Ah, joder… —gruñó—. Y la cantidad de noche que queda todavía, estoy feliz. —Miró de reojo hacia el baño—. ¿Alguna vez te han amordazado en una bañera?

Ella, recuperándose, miró al baño.

—Esta noche podría ser mi primera vez.

—Podría. —Sonrió y eran tantos los sentimientos que estaba encerrando en su interior que dejó salir risas nerviosas—. Me siento como un puto adolescente.

Kate se rio con él contagiada por su risa, tratando de liberar tensión de todas sus emociones.

—No te preocupes, yo estoy en las mismas. ¿O ves que me esté resistiendo a lo que me haces?

—Imposible que te resistas a mí, solo, mírame. —Levantó el mentón con orgullo.

Ella puso los ojos en blanco y lo derribó hacia el lado, riendo juguetonamente. Se levantó de la cama y comenzó a caminar animadamente, goteando su semilla por el camino. Miró a Raúl sobre su hombro. Una invitación a seguirla en toda regla que Raúl aceptó encantado y al instante. No le hacía falta collar.

Él besó su hombro cuando pasó por el lado y le abrió la puerta del baño.

—Las reinas primero.

Kate lo miró con una sonrisa y entró. De seguido tiró de su muñeca para hacerlo entrar a él también a la fuerza, y lo estampó contra la puerta, cerrándola al instante mientras volvía a ponerse de puntillas para besarlo, como si siguiera sin tener suficiente de su boca.

Las gotas de la ducha se resbalaban insinuantes por cada recoveco de los cuerpos de Raúl y Kate. Profundizaba en lugares donde solo los dedos de Raúl podían y los acompañaba para empapar más aquella montaña rosada que se abría y se contraía alrededor de su mano.

El vaivén de los besos no se detenía, aunque la respiración faltara y cada segundo que pasaba era un oasis más del pecado. El hechicero elevó a Kate entre sus brazos y dejó que las piernas se envolvieran en su cintura. Su espalda se marcó en la cristalera llena de vapor por el calor de sus cuerpos y el agua caliente. Apoyó la mano, y esta dejó escurrir unas gotas por el cristal que dejaron ver desde fuera como la penetraba y la levantaba con cada embiste, abriendo sus entrañas, queriendo quedarse a vivir en ellas.

Cada montaña que formaba sus pechos, era un lugar perfecto para acampar su lengua. Y así lo hizo, pudo lamer y absorber cada rincón hasta endurecerlo y hacerla gritar tantas veces como quiso que fuera suya.

La dejó en el suelo con una delicadeza impropia de él y le azotó el trasero. Sin esperar por mucho tiempo, se agachó, se arrodilló frente a ella y elevó el rostro. El agua que caía le llevó el pelo hacia atrás, dejó que cada músculo marcado se observara como un lienzo recién pintado y esculpido a la perfección para querer dibujar caricias de lujuria en él. Sonrió, su sonrisa ladeada y sus caninos blanquecinos aportaron un poco más a la sensualidad de la escena en la que Kate podía perderse cuando lo vio de rodillas frente a ella.

No le hizo falta hablar, con una caricia por sus piernas las abrió e introdujo la lengua en ella como un animal insaciable. Sus dedos se deslizaron y abrieron sus nalgas para ir más allá de la superficie. Introdujo en su recto hasta dos dedos de distinta mano y apretó hacia él, para devorar más su interior y demostrarle hasta cuánto le pertenecía.

Kate tenía el pelo mojado y más blanquecino que nunca, brillando plateado a la luz. Algunos

mechones estaban desperdigados por su rostro, goteando sobre el de Raúl mientras ella se perdía en su mirada, y con ambas manos lo peinaba para volver a sentir su pelo entre sus dedos. Tiró de él cuanto quiso sin llegar a hacerle daño, solo para demostrarle las ansias que le tenía.

—No es justo —gimió en cuanto pudo—. Tú ya me has comido más de una vez, yo no he tenido oportunidad.

Tiró de su pelo hacia atrás para exponer su cuello, se agachó, arrodillándose frente a él y lo agarró de las mejillas, marcando sus afilados pómulos.

—Déjame devorarte —exigió muy seria.

—Si me lo pides así, no puedo negarme —respondió Raúl. Se levantó del suelo y apoyó la espalda en la pared. Se sujetó el miembro y lo movió frente a su rostro, para incitarle a probarlo.

Ella lo agarró con suma delicadeza, como si fuera una obra de arte en exposición. Se tomó su tiempo para contemplarlo bien, quería memorizarlo para siempre en su cabeza, y que luego su garganta fuera capaz de recordar cada vena. Pasó ambas manos por él, estirándole la piel con suavidad, observando el movimiento. La boca se le hizo agua rápido, y no esperó mucho para mirarlo a los ojos, y dejar un beso juguetón en el glande. Sonrió ampliamente.

La ansiedad creció en el interior de Raúl. Gruñó cuando los labios de Kate dejaron aquel beso en la punta del miembro. Lo sujetó con más fuerza y se lo movió sobre ellos. Le acarició los labios con la polla y se los abrió con un poco de presión. Le pasó la otra mano a la nuca y sin poder evitarlo, la empujó y se enterró en su garganta, sin poder soportar ni un segundo más sin que su miembro estuviera rodeado del calor de la saliva de Kate.

Ella puso los ojos en blanco al principio, no sabía si por el impacto o por las ganas que tenía de tenerlo tan adentro en su boca. Deslizó sus manos por los muslos de Raúl, acariciándolos hasta tocar con suma delicadeza sus testículos, sujetándolos y tentándolo a él. Comenzó a mover su cabeza de delante hacia atrás muy lentamente, disfrutando de cada centímetro como si fuera la mayor de las delicias.

—No creo que aguante un día entero sin tenerte en mi boca —confesó mirándolo a los ojos—. Tendrás que contentarme todos los días.

—Estaré encantado de hacerlo —respondió con la voz engrosada por el placer. Tragó saliva y jadeó. Echó la cabeza hacia atrás y una de sus manos le apretó la cabeza a Kate. Jugó con su pelo y se lo acarició. Cerró los ojos un momento y abrió la boca. El fluir del agua opacó los pequeños gemidos que dejó escapar de su interior. Apretó el abdomen y sus músculos se marcaron más, como un espectáculo a la sensualidad y a la perfección que Kate estuvo encantada de apreciar.

—Estar contigo se siente como tocar el cielo, y descubrir que arde —murmuró ella alrededor de su miembro, pasando una mano por las montañas de sus abdominales, incluso clavó las uñas por las ansias como quien las clava en la madera para escapar de un asesino serial—. Eres bello como el diablo.

—Quizá lo sea.

—Lo dudo, pero, aun así, me encantarías.

Fue entonces cuando no se aguantó más y se tragó su polla hasta el fondo, tratando de concentrar su mirada para poder mirarlo a los ojos, aunque la profundidad que ella misma había decidido alcanzar la delataba. Agarró la otra mano de Raúl y la colocó también en su pelo, para que la moviera cómo quisiera.

Raúl quiso aceptar su petición silenciosa cuando sujetó su mano. La agarró con fuerza de la cabeza, envolvió su pelo entre los dedos y la llevó hasta chocar la barbilla contra los testículos. Cada empuje conseguía abrir más su garganta. Hasta el final, follándole la boca a su gusto. Movía en círculos para observar cómo la saliva caía a chorros por la comisura de su boca. Disfrutaba verla así, mojándose con su propia saliva y con el agua que seguía deslizándose por el cuerpo de ambos.

Gruñó sin poder evitarlo y acarició su nuca, solo para levantar más su cabeza y conseguir que el miembro se deslizara todo lo máximo que pudiera, ignorando las arcadas que Kate pudiera tener. Ella notaba cómo su miembro se abría paso por toda su garganta, estirándola por culpa del bulto que sobresalía por fuera. Cuánto más entraba de él, más rápido palpitaba su clítoris y más se aferraba a sus muslos, incapaz de mirarlo a los ojos por las arcadas. Su cara se iba poniendo más y más roja, a causa de la falta de oxígeno que también disfrutaba.

—Basta —gruñó Raúl—. Necesito follarte ya.

Con brusquedad la levantó cogiéndola del brazo. La apretó contra la pared y con el tubo del grifo de la ducha ató su cuello. Apretó lo suficiente para que no pudiera moverse ni un centímetro si lo que quería era seguir respirando. Con una mano, sostuvo las de Kate y las levantó sobre su cabeza. Las apretó contra la pared y la dejó inmóvil. Con la mano libre, movió una de sus piernas, la levantó y con rapidez se deslizó en su interior.

El miembro le abrió las entrañas, le apretó cada lugar placentero y antes de dar el golpe tosco del final, se aseguró de darlo en el punto G que tanto conocía y encontraba en ella desde el primer día que la había conocido. Ella ya no se aguantó más y comenzó a jadear constantemente, ya no era dueña de sí misma, solo reaccionaba a lo que él le hacía sentir. Perdió su mirada en la ducha, entre la falta de oxígeno y el placer no podía saber siquiera a qué estaba mirando. La saliva que le había colgado cuando Raúl le estaba follando su boca, le volvió a resbalar por las comisuras como si nunca tuviera suficiente.

—Raúl… —gemía sin parar a través de sus labios rojos e hinchados.

—Sigue llamándome, porque no pienso parar. —Mordió su labio inferior y tiró de él. Soltó sus manos y la cargó en brazos. Con la fuerza de la gravedad, la hizo saltar sobre su miembro, sin parar. Un golpe tras otro, sin cuidado. Seguía sin soltarle el cuello, pero iba atento de su estado. De cómo respiraba. Buscaba someterla, que sintiera el control absoluto sobre su cuerpo,

pero no lastimarla. Apretó la quijada, agachó la cabeza y mientras los golpes internos le abrían hasta rozarle el útero, mordió y absorbió sus pechos, perdiéndose en ellos, probando como si buscara sacar algo. Absorbió sus pezones y levantó la mirada, con la lengua fuera y escondiendo su ladeada sonrisa. Tan juguetón y perverso que parecía hacerlo a propósito para aumentar su placer.

Kate frunció el ceño del placer, tan cegador que ni siquiera tuvo fuerzas para seguir sujetándose a él, y su espalda cayó hacia atrás mientras las estocadas de Raúl seguían dándole un placer absoluto y ella cerraba los ojos. Expuso todo su cuerpo, su pelo colgaba hacia abajo y Raúl podía ver perfectamente la constante unión de sus cuerpos, chocando y salpicando al aire, bien por agua o bien por fluidos.

—Voy a tener que pajearme cada vez que entre a esta ducha y recuerde esto —le susurró Raúl, sin detener los movimientos—. Estoy a punto de llenarte.

—Llénname, llénname, llénname… —gimió ella sin parar, incapaz de regresar a su posición inicial.

Estaba tan perdida que iba a tener que ser Raúl quién volviera a ponerla de pie, o directamente llevarla en brazos hasta la cama. Sentía que ya no le quedaban más fuerzas con él, y estaba dispuesta a dejarse al completo en sus manos, sin rechistar ni un segundo. Raúl no pudo aguantar por mucho más tiempo y empezó a llenarla con intensidad. Su miembro bombeó y la dejó sentir cada chorro, cada centímetro de venas que se clavaban en sus entrañas, todo el calor que se empezaba a resbalar por sus ingles cuando dentro de ella ya no quedaba espacio para más semen.

Notó lo derrotada que estaba, cómo había dejado de tener fuerza, la manera en la que se había rendido por completo y empeoró su sentido común, queriendo más de ella, aunque así consiguiera que perdiera el conocimiento. Kate abrió la boca de par en par, ni siquiera tenía ganas de volver a cerrarla. Gimió tanto que le dolía la garganta y volvía a tener la boca seca, apenas le quedaba mucho más para expulsar de su interior, pero estaba encantada de que él la siguiera llenando. Se dejaba colgar en sus brazos como una muñeca, como si pudiera hacer con ella lo que quisiera de lo delirante que era su toque.

En brazos, la sacó de la ducha, no quiso salir de ella hasta que llegó a la cama. La acostó boca abajo, con la cara contra el cojín. Se tumbó sobre ella y la penetró por detrás. No iba a darle tregua. Entre las estocadas y los orgasmos que llegaban a veces sin poder sacar nada, Kate pudo observar cómo desde la ventana amanecía. Los colores se volvieron anaranjados, y como bien le había afirmado Raúl, fue suya durante toda la noche.

Capítulo 19: Como nunca.

El estómago de Érebos rugía con furia mientras la música y el alcohol inundaban su ser. Con otro rostro, otra identidad. La de su última víctima. Agrandó la sonrisa cuando entre baile y baile varias mujeres se le acercaron. Cogió la mano de ambas y les dio la vuelta sobre su propio eje. Les dio un tirón y las acercó a su cuerpo con fuerza. Iba disfrutando como solía hacerlo. Con el bullicio de la gente, se inclinó sobre el cuello de una y, como un beso de la muerte se tratara, dejó marcados sus caninos. Tragó de su sangre y pasó la lengua para probar hasta la última gota. Con los labios manchados por aquel licor rojizo que alimentaba su oscuridad, cambió de víctima e hizo lo mismo con la otra mujer. Ésta quiso quejarse, pero no tuvo tiempo antes de que su alma fuera del Dios que, además, como Gula, la había consumido.

Los pocos humanos que frecuentaban el único bar de Dolwill de noche, eran carnaza. Todos lo sabían, así que cuando los cuerpos cayeron al suelo, como hienas otros aprovecharon para seguir con la carnicería.

—¡Estáis invitados a este banquete! —anunció Érebos. Levantó una copa de sangre y todos alabaron su invitación. Levantaron las copas vacías y con un movimiento de cabeza de Érebos, cortaron la yugular de los humanos que tenían cerca. ´La sangre llenó las copas. Con ella se emborracharon y con ella se bañaron en un festín que tiñó las baldosas blancas del suelo.

Una mujer, cuyo rojo carmín era por lo que había bebido y no por el color de su pintalabios, se acercó a Érebos y lo retó con la mirada hasta devorarle la boca. Érebos la empujó contra una pared y se abalanzó, hundió la lengua en su boca y le apretó la parte baja de la espalda. Parecía que podría olvidar el dolor que le arrancaba la existencia, pero cuando su aroma perforó sus sentidos, se nubló y se separó. La recordó de repente, como si de un fantasma del pasado se tratara. La orgía en el bar estaba en su máximo apogeo y todos rogaban que se uniera, pero Érebos tenía la mente en un lugar lejano. Tanto como su propia existencia, donde solo la oscuridad reinaba en el cosmos.

Esquivó los cuerpos desnudos. Unos sin vida y otros con tanta ansia como locura. Consiguió salir del bar y cuando el agua mojó su rostro, las manos le temblaron y un grito desgarrador llenó de sombras la noche. La luna se cubrió y la oscuridad de Érebos hizo suyo el pueblo.

Érebos corrió por la oscuridad, él podía ver el paraíso donde cualquiera vería el negro más oscuro que existiera. Aquel que podría separar planetas y universos para perderse por milenios.

Llegó hasta el cementerio, sorteó lápidas, inhaló fuerte y como un animal la encontró. El cuerpo humano quedó atrás, cayó como un cadáver más aquella noche. El aspecto de Wendigo de Érebos se alzó imponente como los árboles que arañaban con sus ramas el cielo oscurecido.

Las gotas de lluvia se escurrieron por sus cuerpos y cayeron intrépidas por el cráneo de ciervo que le servía como rostro. Sus ojos se iluminaron de un rojo oscuro y luminoso. Las piernas de Gula fallaron al llegar a la tumba de Juliet. Como si fuera un soldado derrotado arañó la piedra con sus zarpas y gruñó para sus adentros como lo que era, un animal herido.

—¿Por qué no volviste? —le reclamó al retrato—. ¡Yo te llamé a ti! —Sus ojos rojos, empezaron a llenarse de lágrimas que le emborronaron la visión. Inhaló hondo y apretó los labios entre sí—. Haré que vuelvas, aunque no hayas podido hacerlo ahora. Regresarás. Tengo todo lo necesario, pero volverás conmigo y nunca más nos van a separar. Ni la maldita muerte.

Hundió sus garras en el barro, como una súplica, como si así pudiera estar más cerca de ella de lo que estaba. La respiración de Érebos fue en aumento y cuando su llanto se tornó incontrolable, se inclinó y se dejó caer del todo sobre el montículo de tierra que formaban la tumba de quien había sido el amor de toda su existencia.

***

María pensó que iba a poder descansar tranquila esa noche. Con la mano en el collar que le había entregado el cazador, suspiró hondo y hundió el rostro en el cojín. Sin embargo, lejos de dormir, sus ojos avellana volvieron a abrirse poco después. No fue solamente por el estruendo que los truenos emitían tan poderoso como para hacer vibrar los cristales de la habitación, sino porque su mente no dejaba de darle vueltas a todo. Cuál sería aquello que la unía tantísimo a Juliet, el por qué de su parecido y sobre todo, cómo había podido ser tan estúpida de dejarse manipular de esa forma por Érebos y creer que quizá, de ese modo, le iba a conceder una libertad que no iba a darle jamás.

Un rayo iluminó la estancia de colores eléctricos. El azul se reflejó en los ojos castaños de la joven periodista y en ellos se dibujó la silueta de la ventana cuando se abrió y dejó paso al viento más frío que pudo sentir en toda su vida.

Con los pies descalzos, se acercó al umbral y se asomó. Su cara se iluminó con el blanco de la luna que al fin se despejó de un nubarrón negro. Miró al cielo y el agua mojó su nariz. Fue momento de cerrar y retirarse en la oscuridad de su habitación. Sin embargo, cuando sus pies tocaron el colchón y se dispuso a cubrirse, una silueta en una esquina le hizo erizar cada fibra de su ser. Agudizó la vista, pues los cuernos se veían reflejados en la pared. Cuando un rayo los iluminó, María no pudo ahogar el grito que no fue escuchado por nadie, pues murió en la inmensidad de la habitación y el grueso de la manta con la que se cubrió la boca con manos temblorosas.

—Hueles a lobo —gruñó Érebos.

—Esa voz —susurró María, fue como lo reconoció. Creyó que iba a librarse de él por todos

los medios con el collar de Jason, pero al parecer, estaba equivocada.

—¿Por qué hueles así?

El terror en los ojos castaños de María dibujó en la noche la silueta de Érebos caminando lentamente hasta la cama, después de haber estado un rato en la esquina, acechando como lo que era, un depredador con ansias de su sangre y de todo lo que pudiera entregarle esa noche.

—No entiendo. —A medida que Érebos se inclinó sobre María ella echó la espalda hacia atrás y terminó acostada en la cama, con la mirada furiosa y roja como dos faros en medio de tanto tormento infernal.

—No esperaba eso de ti —dijo al fin el demonio y empezó a reír tan fuerte que los cimientos de la casa se resintieron. María aferró con más fuerza las sábanas, sabía bien que quería matarla, y aunque nunca estuvo segura del todo con él, la fantasía que había creado en su mente de que la consideraba especial, se había esfumado.

—Sigo sin entenderte —dijo ella con un hilo de voz.

—¡El maldito collar! —bramó Érebos—. No puedo tocarte.

—Para eso sirve —se envalentonó María—. Así será hasta que me liberes.

—La llevas clara.

—Libérame del pueblo, Érebos.

—Me gusta escucharte suplicar.

—No es una súplica, te lo estoy exigiendo.

—¿Te atreves a exigirle a un Dios primordial?

—Así como me atreví a acostarme con él sin morir. —Érebos se quedó con la boca abierta y se retiró de la cama. María aprovechó su alejamiento para levantarse—. Así es, lo sé todo.

—No sigas por ahí…

—Sé por lo que has pasado.

—No tienes ni puta idea, mortal.

—Por mucho que hayas sufrido, yo no…

—No lo digas.

—Yo no soy ella. No soy Juliet.

—¡No te atrevas a nombrarla! —Junto al grito, Érebos dejo escapar un gruñido de furia y movió una mano con la que partió en mil pedazos el cristal de la ventana. La brisa abanicó el pelo de ambos y la luna los iluminó mientras las cortinas se mecían a la vez que los sentimientos encontrados entre los dos.

—He estado preguntándome por qué… —siguió María, con la valentía que el collar le otorgaba—. Por qué te costaba tanto tocarme, porque no me follabas a penas si no era con objetos. Ahora resulta, que todo este tiempo has podido matarme, pero no lo has hecho porque tu único fin es transferir el alma de tu mujer a mí. ¿Me equivoco?

Érebos se carcajeó como respuesta. Llevó la mirada al techo de la habitación y su serpenteante lengua pasó acariciando sus fauces y los colmillos blanquecinos.

—Eres muy buena periodista —gruñó a baja voz.

—Me necesitas viva, ¿por qué? ¿No la encuentras? —María empezó a dar la vuelta alrededor de Érebos, mirándolo de arriba abajo como la bestia que era—. No sabes dónde está su alma, por eso no puedes matarme. Por eso usaste el libro, la sábana. Pero no te has resistido a seguir alimentándote de mí porque te recuerdo a ella.

—Me ponen las mujeres astutas.

—Ah, ¿sí?

—Por eso no me gustan las rubias.

—Pues ojalá acabes con una por gilipollas.

Érebos volvió a reír a carcajadas. María fingió una sonrisa que borró al instante.

—Te dije que fueras mía por un tiempo para que te dijera todo, pero solita has dado con cada una de las cosas que podría ofrecerte, excepto… —alargó la intriga y la miró de reojo—. El cómo salir del pueblo y, no sé si sabes que sin mi autorización, no puedes salir.

—Eso me dijeron.

—El lobo.

—El cazador.

—Pues eso, el lobo. —María arqueó las cejas, quizá ese era un mal nombre que Jason se había ganado en el pueblo, porque de lobo tenía poco a simple vista—. Bien, ¿recuerdas que te dije que si me desobedecías y hacías algo me iba a encargar de no ser tan benévolo?

María frunció el ceño y mostró una pequeña sonrisa esporádica.

—No tengo nada con lo que me puedas chantajear.

—El cazador tiene una hija pequeña —comenzó Érebos—. Es un amor de niña, ¿sabías que el papá la adora?

—No serás capaz…

—¿No? —Érebos caminó hacia ella, hasta que la barrera del collar lo separó y se inclinó para susurrarle—. ¿Te has preguntado qué ha sido del policía que quería ayudarte?

—Damián… —susurró María como un eco lejano—. ¡¿Qué le has hecho?!

—Yo nada, en realidad.

—¡¿Qué le ha pasado?!

—Lo mismo que le pasará a la hija de Jason si sigues dejando que te ayude.

Con los ojos vidriosos, María llevó la mano al collar. Lo acarició por unos segundos y tras un suspiro hondo en el que quiso retener las lágrimas, aunque alguna que otra, más atrevida que otra ya le hubiera resbalado por las mejillas, arrancó el collar de su cuello.

Érebos volvió a su forma humana, tomando el rostro y cuerpo de una de sus víctimas. Como

hombre se acercó más a María y deslizó los dedos por su mentón. Le levantó el rostro y dejó que se fijara en lo profundo de sus ojos marrones. Agrandó la sonrisa y con el dedo gordo acarició lentamente su labio inferior.

—Tienes razón, no eres ella —le susurró a baja voz—. Ella no temblaba cuando me tenía cerca ni escuchaba su corazón latir tan desbocado como el tuyo. No sé si estás aterrada o si te enamoraste de mí, pero ambas opciones son erróneas.

María no respondió con palabras, pero sus ojos llevaron un camino peligroso desde sus ojos hasta su boca, donde se quedó como un náufrago en busca de algo que le quitara la sed. Tragó saliva en lugar de agua.

—Estúpida —susurró Érebos antes de darle lo que quería y hundir la lengua en su boca, para saciar su propia sed y necesidad que le surgía cuando su alma corrupta no estaba cerca de ella. María apretó sus brazos y subió las manos hasta envolverlas detrás de su nuca. Se puso de puntitas y siguió besándolo, ignorando el hecho de que se estaba erizando por el mismo ser que juró acabar con ella por otra mujer.

Quizá fue por la influencia de la luna llena, el viento que recorría sus cuerpos hasta arroparlos o el ambiente que había creado aquel momento en el que no podían tocarse, pero no hubo ningún objeto por medio esa noche.

Érebos la dejó caer en la cama y le despojó de la ropa con un cuidado tal, que le arrebató gemidos con solo su roce. Y la hizo suya, como tantas veces, pero como ninguna otra.

***

Un mareo tras otro. Nami no pudo comer. Su cabello rubio brillaba con intensidad desde que había caído la noche, pero a pesar de su aspecto radiante, no se encontraba bien. Había sentido mareos por todo el día y probar bocado le era imposible. Traía un nervio inexplicable en la boca del estómago que se agudizó cuando el sol se perdió entre las montañas.

—Hija, tienes que comer algo —comentó su madre.

—No puedo —confesó la joven. Miró el plato y de repente, sintió ganas de vomitar. Se llevó la mano a la boca.

—¿La preñaron? —preguntó Nox.

—¡Nox, no digas eso de tu hermana! —le regañó el padre.

—¡Cuando las perras que cuidan el ganado se preñan a veces vomitan! —se defendió el niño.

—¿Me acabas de llamar perra? —se sorprendió la hermana. Nami se quedó con la boca abierta cuando lo vio asentir con la cabeza.

Antes de que la joven se hubiera levantado de la silla, el niño ya había echado a correr y mientras que los dos intentaban cazarse por la casa, los padres siguieron cenando, ignorando los

llantos de Nox minutos después, donde les reclamaba el capón que le había dado Naminé con la mano abierta.

—Pues, se ha quedado una bonita noche —comentó la madre. El padre sonrió y asintió.

—¿Quieres más pan? —preguntó.

—Por favor.

Los vieron correr en circulo alrededor de la mesa y cuando Nox evitó la zapatilla de su hermana, éste se subió sobre el sofá y empezó a bailar como victoria.

—¡Soy el puto amo! —aludió.

—¡Esa boca, niño mal criado! —se quejó Nami.

Sin embargo, un mareo más derribó de repente a Naminé. Los padres se alarmaron enseguida y fue su hermano la que la sujetó como pudo para que la cabeza no le golpeara el suelo al desmayarse.

Lo que no imaginaron, era que, por la noche, la joven despertara para manchar su pijama amarillo del rojo más infernal que existiera.

Capítulo 20: Esclava de la luna.

Naminé llevaba horas sumida en un sueño inquieto. La habitación, oscura y silenciosa, se movía al ritmo de su respiración agitada. Las cortinas de la ventana dejaban pasar un tenue rayo de luz lunar, que se filtraba como una serpiente sigilosa hacia su cama. La luna llena dominaba el cielo, poderosa, omnipresente.

Fue la sensación de algo frío y extraño lo que primero perturbó su inconsciente. No era el aire de la noche, sino algo más profundo, como si la luz misma la tocara. Un escalofrío recorrió su columna vertebral, pero Naminé no despertó. Aún no. Un zumbido agudo comenzó a invadir su cabeza, como el lamento de una criatura lejana. La claridad plateada de la luna se intensificaba, acariciándole la piel con una insistencia antinatural.

De repente, sus ojos se abrieron. Sin motivo aparente, su cuerpo la traicionó y comenzó a tensarse bajo las sábanas, como si algo, o alguien, estuviera sujetándola. No podía moverse. Solo sus ojos, muy abiertos, recorrían la habitación, buscando una explicación. Pero todo seguía igual. Excepto la luz. Esa maldita luz, que en ese momento, parecía vibrar, como si tuviera vida propia. Se colaba entre las rendijas de las cortinas, directa hacia su rostro, cegadora, despiadada.

El mareo volvió de golpe, más fuerte que antes, y Naminé sintió que el estómago le daba vueltas. Quería gritar, pero su garganta estaba seca, atenazada por un miedo visceral, un miedo que no comprendía pero que la devoraba desde dentro. La luz parecía estar invadiéndola, llenando cada rincón de su ser, como si quisiera extraer algo de ella.

De repente, una presión invisible la obligó a sentarse. Sus movimientos no eran propios, como si algún poder externo guiara sus extremidades. El zumbido en su cabeza se intensificaba, y sus manos temblaban, crispadas, mientras se apoyaba en el borde de la cama. La luna, desde lo alto, se mostraba en toda su gloria, pero había algo extraño en ella. Un brillo maligno, una presencia que la llamaba, que la exigía.

Naminé se levantó, tambaleándose, con los ojos fijos en la ventana. Cada paso la acercaba más a esa luz fría, que la envolvía, que la devoraba. Quería resistirse. Quería correr. Pero no podía. Algo, algo monstruoso y antiguo, la arrastraba hacia ese resplandor pálido, y con cada segundo que pasaba, el miedo en su pecho crecía hasta convertirse en puro terror.

Al llegar a la ventana, sintió que su piel comenzaba a arder. No era calor lo que sentía, sino un ardor que provenía desde el interior. La luna la estaba consumiendo. Quiso apartar la mirada, pero su cuerpo no respondía. Y entonces, lo comprendió. La luna no la iluminaba: la reclamaba.

Con su fino pijama y descalza, no sintió el frío del suelo bajo sus pies mientras se dirigía, como en trance, hacia la puerta de su habitación. El tiritar de sus manos se apagaba conforme la

luna la llamaba, y sus pasos, antes tambaleantes, se volvieron cada vez más seguros, más decididos. Bajó las escaleras sin una palabra, sin un solo sonido. La casa dormía, ignorante del horror que se estaba desatando bajo la luz nocturna.

La puerta principal cedió ante sus dedos fríos y temblorosos. El viento nocturno acarició su piel desnuda, pero ella no se estremeció. La luna llena, implacable en el cielo, bañaba todo con un resplandor fantasmagórico, y su luz envolvió a Naminé tan pronto cruzó el umbral. La calle, vacía y silenciosa, se extendía ante ella como un sueño inquietante.

A medida que la luz de la luna la alcanzaba, algo en ella comenzó a cambiar. Primero fueron sus ojos. El azul profundo de su mirada comenzó a oscurecerse, diluirse, como si algo desde dentro la estuviera consumiendo. Sus pupilas se contrajeron en finas rendijas y el iris adquirió un brillo dorado, incandescente, que reflejaba el mismo fulgor de la luna en lo alto. No era solo un cambio de color. Sus ojos eran inhumanos, parecían ver más allá de lo que cualquier mortal podría percibir.

Cada centímetro de su piel, bajo la luz pálida, palidecía más. La carne se estiraba, tornándose de un blanco casi translúcido, como si la vida misma estuviera siendo drenada de su cuerpo. A su paso, la hierba se doblegaba ante su presencia, como si la tierra misma temiera lo que estaba sucediendo. Sus venas, antes invisibles bajo la piel, comenzaron a brillar con un sutil resplandor azulado, como si algo nuevo fluyera por ellas. El mareo había desaparecido, pero en su lugar sentía una energía extraña, ajena, como si un ser antiguo y poderoso se hubiera apoderado de su frágil cuerpo.

Naminé alzó la cabeza hacia el cielo, y su cabello, dorado bajo la luz, comenzó a brillar intensamente, como hebras de oro fundido. Cada mechón reflejaba la luna con un resplandor que no pertenecía a este mundo. El viento jugaba con él, haciéndolo ondear como si estuviera vivo, mientras su cuerpo seguía caminando, atraído por la fuerza irresistible que la luna ejercía sobre ella.

No era ella misma. O tal vez, siempre había sido así, oculta bajo una piel humana, esperando el momento en que la luna la despertara.

Ya no tenía miedo.

***

Jody dormía profundamente, ajena a lo que ocurría afuera. Había sido un día largo en la comisaría, lleno de papeleo y problemas menores en el vecindario. Si se podía decir menor el investigar el por qué su compañero de trabajo, Damián, llevaba días sin aparecer. La casa de Jody, una modesta construcción de una sola planta, se encontraba al borde de la calle, a unos pasos del hogar de Naminé. El silencio reinaba en su dormitorio, roto solo por el leve zumbido del ventilador que giraba perezosamente en el techo. La luna llena brillaba a través de las

persianas medio cerradas, arrojando líneas de luz en su rostro, pero Jody no se movió. Nada la inquietaba.

Fuera, Naminé se detuvo frente a la puerta. Sus ojos dorados, reflejando la luz de la luna, parecían arder con una maldad recién despertada. Su respiración era tranquila, serena, como si el mareo y el terror de antes hubieran sido barridos de su mente. En su lugar, una fuerza primigenia se apoderaba de su cuerpo, dirigiéndola sin cuestionar.

El pestillo cedió con un crujido bajo, pero perceptible. Naminé entró descalza, con pasos ligeros y precisos, como una sombra. La oscuridad de la casa la abrazó, pero su nueva mirada atravesaba las tinieblas como un depredador nocturno. Cada respiro, cada crujido de la madera bajo sus pies, se sentía amplificado en su conciencia, pero nada la detuvo.

Caminó por el pasillo estrecho, dejando que la luna la guiara. Un suave zumbido resonaba en sus oídos, como un susurro lejano, incesante. Los destellos de luz lunar en su piel le daban una apariencia etérea.

La puerta del dormitorio de Jody estaba entreabierta. Dentro, el ronquido suave de la policía resonaba, mezclado con el sutil zumbido del ventilador. Naminé se detuvo un momento, observando. El rostro de Jody estaba relajado, en paz, completamente ajeno al peligro. No sabía lo que se acercaba.

Sin un atisbo de emoción en su rostro, Naminé avanzó. El silencio que traía consigo era absoluto. Incluso el viento afuera pareció detenerse, como si el mundo contuviera el aliento. Los pies de Naminé, fríos y descalzos, pisaron el umbral de la habitación. La luz de la luna se colaba por las ventanas, envolviéndola, dándole una forma divina y terrorífica.

Se acercó a la cama, su silueta se proyectó sobre Jody, quien siguió dormida, ajena a la presencia que se cernía sobre ella. El zumbido en la cabeza de Naminé se intensificó. No había vuelta atrás.

Con una rapidez imposible de imaginar en un ser tan frágil, sus manos se lanzaron al cuello de Jody. Los ojos de la policía se abrieron de golpe, brillando con un terror instintivo. No tuvo tiempo de procesar lo que estaba sucediendo. Las manos de Naminé, pálidas y frías como el mármol, la sujetaron con una fuerza inhumana. Jody intentó gritar, pero solo emitió un jadeo ahogado, sus manos arañando desesperadamente los brazos de su atacante.

Los dedos de Naminé se hundieron más profundo, apretando con fuerza, letales cuando desgarraron la carne. El rostro de Jody se tornó rojo, sus ojos se desorbitaron mientras pataleaba inútilmente, golpeando el aire en un vano intento de liberarse. Pero Naminé no soltó. Sus ojos dorados, inhumanos, no mostraban piedad ni remordimiento. El brillo de la luna en su cabello dorado le daba el aspecto de un ángel caído, una figura hermosa y mortal, que no era consciente de lo que estaba haciendo, o tal vez sí, y eso la hacía más aterradora.

El cuarto se llenó de sonidos horribles: jadeos, arañazos, el crujir de huesos. La lucha de Jody

fue breve. Naminé la levantó y utilizó el ventilador del techo para romperle el cuello del todo, además de escuchar como las aspas le rompían el cráneo después de muerta. La luz en sus ojos se extinguió, y su cuerpo se quedó inmóvil, colgando como una marioneta rota bajo el control de Naminé. Sus manos soltaron el cuello ya sin vida, y el cuerpo de Jody cayó pesadamente sobre las sábanas, dejando un silencio insoportable.

Naminé no se detuvo a mirar lo que había hecho. No había horror en sus ojos, solo una calma extraña, como si todo aquello fuera una simple formalidad. Dio media vuelta y salió de la habitación con la misma tranquilidad con la que había entrado.

Y el cuerpo de Jody, inerte, permanecía en la oscuridad, atrapado en un sueño eterno que no pudo evitar.

***

En lo más profundo de la noche, en la lujosa mansión oscura y aislada, Damon Evans, el demonio de la soberbia, acariciaba las teclas del piano con una precisión impecable. Sus largos dedos, de piel pálida como piedra lunar, recorrían el teclado con una gracia antinatural. Las notas se escuchaban y bailaban en el aire, con una perfección dolorosa, un sonido que vibraba con el peso de su poder y arrogancia. Para Damon, el arte de tocar el piano era una manera de reafirmar su supremacía sobre todo lo que existía. Ninguna melodía era suficiente para contener su grandeza.

Su apariencia era tan imponente como su presencia: alto y esbelto, con un porte que irradiaba una confianza inquebrantable. Sus ojos, de un azul profundo y perturbador, relucían a la luz de la chimenea, donde el fuego crepitaba con una intensidad apagada en comparación con su propio brillo. Llevaba un traje negro, impecablemente ajustado, con una elegancia que pocos podían alcanzar. En su rostro, una leve sonrisa que mostraba una calma gélida mostraba la satisfacción que sentía al dominar la música con tanta facilidad. Todo lo que tocaba, todo lo que hacía, lo hacía mejor que cualquier ser viviente.

Pero, de repente, algo cambió. Una ligera vibración recorrió el ambiente. Poco perceptible para cualquier otra criatura, pero no para Damon. Sus manos, que flotaban sobre las teclas, se detuvieron de golpe. El sonido del piano se apagó de inmediato, como si el mundo hubiera contenido el aliento. Los ojos de Damon se entrecerraron, y su sonrisa se desvaneció.

Sentía una perturbación, una grieta en el equilibrio perfecto que siempre mantenía. Naminé. Su protegida, su vínculo terrenal. Aunque su relación estaba sellada en las sombras, Damon siempre sabía cuándo ella lo necesitaba. Siempre podía sentir cuando algo se movía dentro de ella, un peligro, una amenaza, o incluso un simple cambio en su estado de ánimo desde que Gabriel había sentenciado que iba a ser su protector. O incluso antes. Pero esa vez lo que sentía

era distinto. Más oscuro. Más visceral.

El demonio se levantó lentamente del piano, su figura alta y elegante se recortaba contra la luz del fuego. Sus ojos, antes distraídos en la música, estaban enfocados y afilados como cuchillas. Damon sabía que algo terrible estaba sucediendo con Naminé, algo que ni siquiera él había previsto. Y eso le enfurecía.

Un demonio como él, un guardián de un alma tan especial, no podía permitirse fallar. Ella era suya, bajo su cuidado y protección, y ningún poder, ni humano ni celestial, debía interferir con eso.

Damon se detuvo frente a una gran ventana que daba a la vasta oscuridad exterior, observando la luna llena que iluminaba el mundo con su pálida luz. La luna. La misma luna que bañaba a Naminé en su resplandor, la misma luna que la había atraído y que, de alguna manera, había despertado algo en ella.

Sintió la vibración de la luna llena en su sangre demoníaca. No era solo un malestar pasajero. Esto era diferente. Su conexión con Naminé estaba siendo manipulada, distorsionada. La luna estaba reclamando a su protegida, y eso no era algo que Damon permitiera fácilmente.

Sus manos se crisparon a sus costados, y una oscura energía comenzó a emanar de su figura. El fuego en la chimenea parpadeó y casi se apagó, ahogado por la intensidad de su ira silenciosa. No le gustaba que interfirieran con lo que le pertenecía, y menos cuando se trataba de alguien tan importante como Naminé. Ella era su obra maestra, su inspiración, su joya de la soberbia.

Damon giró sobre sus talones y sin in una palabra más, desapareció en las sombras, su figura desvaneciéndose en la penumbra de la mansión, rumbo hacia donde sabía que debía estar. Si la luna había desatado algo en Naminé, él lo enfrentaría. Porque nadie, ni siquiera la misma luna, podía reclamar lo que ya estaba bajo su dominio.

***

Damon atravesó la negrura con una velocidad imposible, su silueta se desmaterializaba entre las sombras mientras seguía el rastro de Naminé. Sentía su presencia cada vez más cerca, su esencia distorsionada por el influjo de la luna. Su mente se emborronaba, dándose cuenta de lo que estaba ocurriendo: la luna la había transformado, despertando algo dormido en su interior, algo que él, como su guardián, debía haber controlado. Un error que no estaba dispuesto a repetir.

La encontró en la calle, bajo la luz plateada de la luna. Naminé no era la misma. Sus ojos, de un dorado incandescente, lo miraban con una intensidad depredadora. Su piel, pálida y translúcida bajo el brillo lunar, parecía emanar una luz propia, mientras su cabello dorado flotaba a su alrededor como una corona de fuego líquido. Pero lo que realmente perturbaba a Damon era

la sonrisa en sus labios: una sonrisa que no era suya.

Desde la ventana de la casa se veía el cuerpo de Jody, sujeta por los hilos de la muerte que Naminé había tejido a su alrededor. Damon avanzó, pero se detuvo cuando notó que ella daba un paso hacia él con demasiada seguridad.

—Naminé —murmuró con autoridad y una calma amenazante—. Debes detener esto.

La joven, en lugar de reaccionar como lo haría normalmente, dio un paso hacia él, la luz de la luna se intensificaba a su alrededor, haciéndola parecer una diosa peligrosa y resplandeciente. Su sonrisa se amplió. Se movía con una confianza peligrosa, sus caderas oscilaban con una sensualidad que nunca había mostrado antes.

—Damon… —susurró, en un tono bajo y aterciopelado—. ¿Por qué quieres detenerme? Estoy… descubriendo algo nuevo. Algo hermoso.

Mientras hablaba, sus dedos rozaron su propio cabello, recorriendo su cuello con una lentitud exasperante, como si disfrutara de cada segundo de contacto con su piel transformada. No era solo Naminé hablando; algo más, oscuro y antiguo, estaba arrastrándola. Damon lo reconocía, y sentía que la luna lo potenciaba, extrayendo de ella una sensualidad y poder que nunca había manifestado antes.

Damon, sin dejarse impresionar, avanzó hacia ella. No era la soberbia por nada. No podía permitirse perderla en ese abismo, no a ella. Pero cuando extendió la mano para tomar su brazo y detener su avance, Naminé fue más rápida. Giró ágilmente, su cuerpo acercándose al de él con una fluidez tentadora, sus dedos rozando la tela de su impecable traje negro. Se detuvo a unos centímetros de su rostro, y su aliento cálido y dulzón chocó con la piel fría de Damon.

—¿Por qué quieres que me resista a esto? —murmuró, Nami. Trazo caricias que subían por el pecho de Damon, tocando la tela del traje con suavidad—. ¿No te das cuenta? Esto… esto es lo que siempre he sido, lo que siempre has querido que fuera.

Sus palabras eran un veneno seductor, cálidas y envolventes, pero Damon sabía mejor que dejarse enredar en ellas. A pesar de su apariencia delicada y su tono hipnótico, la fuerza que emanaba de Nami era notable. No era fuerza física lo que lo inquietaba.

—Esto no es lo que eres, Naminé —contestó Damon, con voz baja y firme—. Es lo que la luna quiere que seas. Pero no eres suya. Eres mía.

Por un breve segundo, el rostro de Naminé vaciló. Sus ojos dorados parpadearon, como si algo en sus palabras hubiera golpeado dentro de ella. Pero entonces, la sonrisa volvió, más feroz que nunca. Se acercó aún más a él, sus cuerpos se tocaban, y sus labios rozaron el lóbulo de la oreja de Damon mientras susurraba:

—¿Mía, dices? Quizá es el momento de que yo sea más que solo tu protegida. Quizá es el momento de que sea… tu igual.

Sus palabras se deslizaron por su oído como un veneno dulce, pero Damon no se inmutó.

Sabía que Naminé estaba luchando contra una fuerza que la controlaba, y aunque la provocación y sensualidad de sus gestos podrían haber quebrado la voluntad de otros, él no era como los demás. Ella era suya, sí, pero no de la forma en que la luna pretendía que fuera.

Con un movimiento firme, Damon tomó sus manos y las apartó de su pecho, manteniéndola a distancia. Sus ojos azules se encontraron con los de ella, y en su mirada había una furia contenida.

—Esto termina ahora —gruñó Soberbia.

Capítulo 21: Nacida para él.

La sonrisa de Naminé se volvió seductora. Damon la sostenía a cierta distancia, intentando, pero la lucha interna en su pecho era cada vez más evidente. Ella estaba tan cerca. Sentía el calor de su cuerpo irradiando hacia él, su piel iluminada por la luna como si estuviera hecha de luz misma. La atracción entre ambos no podía negarse, un imán oscuro que los arrastraba, como si el destino hubiera tejido ese momento con hilos invisibles y poderosos.

Sin previo aviso, Naminé rompió el breve espacio entre ellos. Con una velocidad que ni siquiera Damon pudo prever, sus manos se aferraron a la solapa de su traje y lo atrajo hacia ella, como si el aire mismo se desvaneciera entre ambos. Sus labios chocaron con los de Damon con una fuerza cruda, un beso que era todo menos suave. Era intenso, húmedo, lleno de una necesidad peligrosa y salvaje. Damon, a pesar de su poder y autocontrol, sintió cómo cada fibra de su ser reaccionaba al contacto, la oleada de deseo que lo inundaba, más intensa de lo que jamás había experimentado.

Por un segundo eterno, Damon intentó resistirse. Sus manos se tensaron contra su espalda, intentando empujarla, recordando quién era él, recordando lo que debía hacer. Pero el calor de su boca lo envolvía, lo arrastraba hacia una oscuridad embriagadora. El sabor de Naminé, dulzón y peligroso, era una provocación que se le colaba bajo la piel, derritiendo su resistencia como la cera bajo una llama.

El deseo, profundo y agresivo, lo devoraba. Su agarre en ella cambió; lo que antes era un intento de apartarla, se convirtió en una posesión intensa. Damon la sujetó con fuerza, sus manos recorrieron su espalda y la atrajo más contra él, como si necesitara sentir cada centímetro de su cuerpo bajo el suyo. El beso se volvió más profundo, más hambriento. No había delicadeza en sus movimientos; era una lucha de voluntades, una batalla entre lo que ambos eran y lo que estaban convirtiéndose en ese momento.

Naminé, al sentir la rendición de Damon, sonrió contra sus labios, y lo besó con más fiereza, entrelazó los dedos en su cabello oscuro mientras lo mantenía cerca. Se fundieron en un abrazo abrasador.

Los dedos de Damon recorrieron su piel pálida, subiendo por su cuello, aferrándose a su cabello dorado que brillaba con la luz de la luna. Cada movimiento de Soberbia se llenaba de desesperación y lujuria. Ya no había control, ya no importaba lo que debía hacer. Solo estaba Naminé, solo estaba el fuego que crepitaba entre ellos, el hambre de sentir más, de poseerla en esa vorágine salvaje. Habría jurado que su padre Gula, lo había poseído por las ansias que tenía de comérsela.

El cuerpo de Damon estaba completamente sumido en la atracción intoxicante que Nami ejercía sobre él, pero, de repente, un destello de conciencia se activó en su mente. Se percató de lo que estaba ocurriendo. Él era Damon Evans, el demonio de la soberbia, guardián de Naminé, no su esclavo.

Con un gruñido, Damon detuvo el beso y se separó. Jadeó y dejó escapar un pequeño quejido, pues en el fondo, no quería hacerlo. Su respiración entrecortada mostraba el esfuerzo monumental que le había costado romper la cercanía con ella. Sus ojos azules brillaban con el fuego del deseo, pero se encontraron la mirada de la joven, para intentar volver en sí.

Nami no retrocedió, al contrario, sonrió con malicia. Sus labios, que brillaban por la humedad del beso, fueron acariciados con su lengua. Y se burló de él, con una risa baja y desafiante.

—¿Qué pasa, Damon? ¿A caso te has asustado? ¿O es que no puedes controlar lo que sientes por mí?

Damon cerró los ojos por un segundo. Debía calmar el caos que rugía en su interior. El deseo seguía ahí, como una bestia acechando en las sombras, lista para saltar de nuevo si él bajaba la guardia. No podía dejar que ella lo dominara, no podía permitirse perder lo que lo caracterizaba, la soberbia.

—No es miedo —sentenció con voz grave y profunda—. Es control, algo que tú, al parecer, no entiendes. ¿Qué le has hecho a Naminé?

Tuvo una risa como respuesta.

—Soy Nami —canturreó, mientras se balanceaba de un lado a otro.

—Lo dudo.

—Pregúntame lo que quieras.

—¿Cómo me conociste?

—Me salvaste, en el río, pero encaminemos la conversación. —Damon frunció el ceño al segundo. Nami agrandó la sonrisa y dio un paso más hacia él, con actitud provocadora—. ¿Control, dices?

—Exacto.

—Oh, Damon, si esto es control, entonces deberías de estar muy preocupado. No pareces el demonio frío y calculador que conocí aquella noche. —Se acercó lo suficiente para darle un toque en la nariz con el dedo índice—. De hecho, pareces muy humano. Y eso te aterra, ¿verdad?

Damon frunció el ceño, después de que se le pusieran los ojos bizcos. Estaba jugando con él. Le quería arrancar la compostura. Le repateaba admitir que era verdad. Nami tenía un poder sobre él que ninguna otra criatura había tenido jamás, y esa sensación de vulnerabilidad lo enfurecía y atraía a partes iguales.

—Tienes una idea equivocada de lo que esto significa, Naminé —gruñó él y caminó hacia ella, rompiendo la poca distancia que quedaba entre los dos—. Esto no es debilidad, es poder.

—Poder… —repitió con una sonrisa torcida. Se puso de puntitas para estar más cerca del rostro de Soberbia—. Entonces, demuéstramelo, Damon. Dime que no sentiste nada. Dime que no te consumí por completo cuando nuestros labios se tocaron. Dime que no me deseas.

—Te deseo, Naminé —confesó, ronco y varonil—. Pero no en la forma que tú crees. No serás mi debilidad. Si te quiero, es porque eres mía, porque yo te moldeé, y ningún poder, ni siquiera el que la luna te da, cambiará eso.

—¿Tuya? ¿Estás seguro de eso, Damon? —Rozó con los labios la piel de su mandíbula, tan cerca que pudo sentir el calor de su respiración—. Porque, por lo que veo, en este momento yo soy la que tiene el control. Eso debe molestarte.

Él tembló. Deseo y rabia se agolparon en su pecho. Su autocontrol estaba al borde del colapso. Ella lo estaba desafiando, provocándolo, jugando con su propio dominio. Y lo peor de todo era que, en parte, ella tenía razón. La deseaba con una intensidad que lo quemaba.

—No juegues conmigo —gruñó, y aferró su cintura con fuerza—. Puedes provocar todo lo que quieras, pero al final, tú y yo sabemos cómo va a acabar esto. Yo siempre gano, niña. Por algo soy Soberbia.

—¿Eso crees? —replicó Nami. Rozó los labios contra los de él y habló en susurro estando ahí —. Entonces, adelante, Damon. Gana. Si puedes.

—Al tenerte así ya lo he hecho.

Ella dejó escapar una risita que él siguió con una mueca, sin embargo, había algo que a la joven le daba tremenda curiosidad. “Yo te moldeé”, había dicho él. Y, aunque el deseo entre ellos ardía con una intensidad abrasadora, no pudo evitar preguntar.

—¿Qué quisiste decir con que me moldeaste? —preguntó, con una sonrisa traviesa en los labios, pero con genuina curiosidad—. ¿Qué soy para ti, Damon? ¿Solo una creación?

Damon inhaló profundamente, tratando de recuperar el control que ella había puesto a prueba tantas veces en los últimos minutos. No podía seguir evadiendo lo que realmente la unía a él, la verdad que siempre había mantenido oculta bajo capas de misterio y poder. La verdad de por qué la necesitaba. Su mirada, dura, se suavizó un poco mientras la contemplaba.

—No eres solo una creación, Naminé —confesó—. Eres algo mucho más importante. Hace tiempo, mucho antes de que nacieras, yo pedí algo al universo, algo que pensé que no se me concedería jamás. —Hizo una pausa, como si las palabras fueran difíciles de decir en voz alta, como si hasta para un ser tan poderoso como él, reconocerlo fuera admitir una debilidad—. Pedí tu nacimiento.

Los ojos de Naminé se entrecerraron levemente. No retrocedió, pero la sorpresa se podía leer en su expresión.

—¿Pediste mi nacimiento? —repitió, su voz baja, para intentar asimilarlo—. ¿Por qué lo harías?

Damon exhaló lentamente. Cerró los ojos por un momento mientras recogía sus pensamientos. Cuando volvió a mirarla, la barrera de arrogancia que solía rodearlo había caído. Era una grieta en su fachada, pequeña pero significativa.

—No quería estar solo. —La admisión salió de sus labios más suave de lo que él mismo esperaba. Era la verdad más oculta, la más incómoda. Damon, el demonio de la soberbia, cuya vida siempre había estado marcada por su arrogancia y poder, había deseado compañía. Y esa compañía era ella—. Durante mucho tiempo vagué por el mundo sin encontrar algo que realmente pudiera interesarme, algo o alguien digno de compartir mi existencia. Entonces, te pedí a ti.

Naminé lo escuchaba con una sonrisa que crecía lentamente en sus labios.

—Y cuando llegué a este mundo, ¿cómo supiste que era yo? —preguntó.

Damon la miró intensamente, recordando el momento que la vio en el pueblo. La primera vez que había puesto los ojos en ella. Lo había sabido de inmediato, sin duda alguna.

—Lo supe cuando te vi y no pude matarte—admitió—. Algo en ti… algo en tus ojos, en la forma en que caminabas, me lo dijo. Supe que eras tú, la que yo había pedido. Desde ese instante, te observé, te protegí, te guié sin que lo supieras. El saber que debiste nacer muerta me confirmó que no estaba equivocado.

Naminé sonrió, completamente cerca de él. No se detendría con meras palabras. Ella quería retarlo, seguir provocando el control que Damon se esforzaba por mantener. Sus manos suaves, comenzaron a deslizarse lentamente por su pecho, acariciándolo con una ligereza provocadora.

—Entonces, Damon —murmuró—, ¿qué es lo que esperabas de mí? Si me pediste, si me deseaste tanto… ¿qué es lo que quieres realmente?

Sus dedos se deslizaron con una lentitud exasperante por su pecho, recorriendo la tela de su traje, provocando con cada caricia. Lo desafiaba, claramente disfrutando del control que ella misma ejercía en ese momento. Damon, aunque luchaba por mantenerse estoico, no pudo evitar sentir cómo cada roce de sus manos encendía de nuevo ese fuego abrasador en su interior.

—Naminé… —murmuró con un tono grave—. Esto no es lo que debería ser.

Pero ella solo sonrió. Le rozó la oreja con los labios mientras continuaba.

—¿No? ¿Y qué debería ser, Damon? ¿Solo tu creación? ¿Solo un peón en tu juego?

—No soy yo el que está jugando.

—¿Qué quieres decir?

—No vine aquí por casualidad, alguien quiso que viniera sabiendo que estabas tú. Así que ahora que sabes la verdad, contrólate porque te necesito cuerda. Si eso es posible tratándose de ti.

Nami deslizó las manos por el cuello de Damon, acariciando la piel bajo su mandíbula.

—Dime, ¿de verdad crees que puedes controlarme? —susurró—. Porque lo que veo ahora es que te estoy poniendo a prueba… y estás fallando.

—Pero, ¿tú has escuchado lo que te he dicho? —La vio reírse—. Vale, no. Estás como drogada.

—De ti.

—Claro que sí —entornó los ojos—. Deberías volver a casa y dormir, así funciona cuando uno está drogado. Aunque sea de la luna.

—¿Me ves *delulu*?

—¿Qué?

—Loca.

—Pues sí.

—Genial.

Y mordió el cuello de Damon. Él se estremeció y dejó salir una risita rabiosa de su interior.

—Esto no es un juego, Naminé —advirtió—. No tienes idea de lo que estás desatando.

Ella simplemente se rio en su cara. Entrelazó los dedos por su pelo y tiró de él con una leve presión que lo acercó más a ella.

—¿Seguro que no es un juego? —susurró en sus labios—. Porque yo estoy disfrutando cada segundo.

Damon ya no podía más. El control que tanto se esforzaba por mantener se desmoronó como un castillo de arena bajo la marea de deseo que Naminé había desatado. Sus provocaciones, sus palabras afiladas y su cercanía abrumadora lo empujaron más allá de los límites de lo que creía poder soportar. Con un gruñido bajo, cerró la distancia entre ambos con un beso furioso, intenso, con toda la pasión que había intentado reprimir.

Sus labios se encontraron con los de ella, y todo el mundo pareció desaparecer. No había luna, no había pueblo, solo el calor abrasador del contacto, la vorágine de sensaciones que estallaba entre ambos. El beso era voraz, desesperado, como si ambos estuvieran devorándose mutuamente, como si cada segundo sin ese contacto fuera una eternidad insoportable.

Naminé, lejos de retroceder, se hundió aún más en el beso, respondiendo con la misma intensidad. Su sonrisa traviesa se desvaneció por completo, reemplazada por un jadeo entrecortado mientras sus manos se aferraban con fuerza a los hombros de Damon. Él la sujetaba como si fuera lo único que lo anclara al mundo. Y entonces, sin previo aviso, la levantó en brazos, con una facilidad que hablaba de su fuerza sobrenatural.

—Damon… —jadeó Nami—. ¿A dónde crees que me llevas?

Pero él no respondió de inmediato. La necesidad de besarla nuevamente era demasiado fuerte. La sujetó más firme. Sus labios moviéndose de los de ella a su mandíbula y luego a su cuello, dejando un rastro de besos húmedos que hicieron que Naminé soltara un leve gemido, incapaz de contenerlo.

—Eso lo sabrás pronto —respondió Damon, su voz profunda, ronca, sonó contra su piel.

Naminé, entre jadeos y risas suaves, se aferró a él con más fuerza.

—Crees que puedes llevarme a donde quieras, ¿eh? —murmuró, sintiendo los besos posesivos de Damon calentando por detrás de su oreja—. Crees que esto va a terminar como tú planeas. Pero… —hizo una pausa para besarlo nuevamente en la boca, esta vez más profundo. Mordió ligeramente su labio inferior antes de soltar una suave risa—. ¿Seguro que eres tú quien tiene el control aquí?

Damon gruñó contra su boca, empujado por el desafío constante en sus palabras. Lejos de detenerse, ella lo incitaba más, sus dedos jugaban con la tela de su traje, sus labios buscando los de él en cada oportunidad.

—Cállate y deja que lo descubras —respondió él sin ceder ni un ápice.

Se acercaba a su mansión, imponente y oscura en la distancia. El beso entre ellos continuaba, interrumpido solo por palabras susurradas al calor del deseo y la provocación. La llevaba sin detenerse, sin vacilar. El control, aunque tambaleante, volvía a estar en sus manos, y sabía exactamente a dónde quería llevarla.

Llegaron a la mansión sin que ella lo notara, perdida en el torbellino de besos y caricias. Las puertas se abrieron ante ellos como si fueran controladas por una fuerza invisible, y Damon, sin soltarla ni un segundo, comenzó a descender por un largo y oscuro corredor. La luz de la luna desapareció gradualmente, sustituida por la oscuridad, pero ninguno de los dos se detuvo.

—Pensé que me llevarías a tu habitación —bromeó la joven—. Pero… —sus ojos brillaban, atrapando un destello de luz—. Me gusta este juego.

Damon no respondió esta vez. El suelo bajo sus pies cambió cuando llegaron al sótano, una estructura más antigua y oculta bajo la mansión. Era su lugar más secreto, una mazmorra que pocas veces había usado, y que Naminé no conocería hasta que fuera demasiado tarde.

—¿Damon? —susurró ella, cuando se dio cuenta de dónde estaba—. ¿A dónde me llevas?

Damon sonrió contra su piel mientras continuaba avanzando.

—A un lugar donde todo será más claro —murmuró.

Las puertas de la mazmorra se abrieron ante ellos. Un espacio amplio y oscuro, con paredes de piedra fría y gruesas cadenas colgando de los muros. Nami se quedó con la boca abierta.

—Damon… —susurró, pero él la interrumpió dejando el dedo índice sobre sus labios. La dejó con cuidado en el suelo.

La puerta se cerró detrás de ellos. La oscuridad de la mazmorra se cernía sobre ellos como una presencia densa. Las paredes de piedra, frías y ancestrales, absorbían cada sonido, cada susurro. Damon chasqueó los dedos y varias antorchas se encendieron para iluminarlos. Nami empezó a notar el cambio en su cuerpo, en su mente. La luna, esa fuerza poderosa que la había arrastrado a una vorágine de deseo y violencia, ya no la alcanzaba. El frío de la realidad

empezaba a deslizarse sobre su piel, apagando lentamente el fuego que la había consumido.

Damon la observaba atentamente. Sintió el cambio sutil en su respiración, en su cuerpo. Lo que antes era una tensión vibrante y peligrosa, empezaba a aflojarse. Nami parpadeó varias veces, sus ojos dorados brillaron con un último resplandor, pero ese brillo empezó a desvanecerse, y el azul profundo que siempre había sido suyo volvió a inundar su mirada.

—Damon… —susurró, su voz ya no era desafiante ni sensual, sino quebrada, como si recién despertara de una pesadilla que la había dejado exhausta.

De repente, su cuerpo perdió toda su fuerza. Las piernas no pudieron sostenerla más. Se tambaleó, su respiración se aceleró mientras la realidad volvía a ella con brutal claridad. Antes de que pudiera caer al suelo, Damon la sujetó con una suavidad inesperada. Sus brazos fuertes y firmes la rodearon, asegurándose de que no se hiciera daño.

—Shhh… —la calló, con un tono mucho más bajo, cálido, que contrastaba con la pasión y la fuerza de antes. No la dejaría caer, no cuando ahora volvía a ser la Naminé que él había jurado proteger.

Ella tembló en sus brazos, sus manos se aferraron débilmente a su pecho, como si luchara por aferrarse a algo tangible mientras su mente procesaba lo que acababa de suceder. Sus labios temblaron, y pronto, las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas, brillando en la oscuridad. Los sollozos suaves rompieron el silencio entre ellos, y con cada uno, la culpa y el dolor parecían desmoronarse sobre ella como una avalancha imparable.

—Yo… —comenzó a decir, pero su voz se quebró—. Dios, Damon… yo… maté a alguien.

Las palabras salieron de su boca con un tono de horror abrumador, como si pronunciarlas las hiciera más reales. Las imágenes de Jody aparecieron en su mente como cuchillas afiladas: el momento en que sus manos se cerraron alrededor del cuello de la oficial de policía, la desesperación en los ojos de Jody mientras se apagaba lentamente. Había sentido el poder, la adrenalina, la emoción oscura de la luna tirando de ella. Todo lo que quedaba era el vacío, el remordimiento que la aplastaba.

—Maté a Jody —repitió, su cuerpo se sacudió por los sollozos, sus ojos azules no podían albergar más lágrimas. La culpa la aplastaba, desgarrándola desde dentro. ¿Cómo había sido capaz de hacer algo tan terrible?

Damon la sostuvo con firmeza. Dejó que llorara, que se desahogara, sin intervenir. La oscuridad de la luna no era más que una fachada para el poder destructivo que había despertado en Naminé. Al estar alejada de su influjo, la verdad volvía a ella con toda su crudeza. Justo, como Damon había previsto al encerrarla allí.

—No eras tú, Naminé —murmuró Damon—. La luna te controló, te usó. Lo que hiciste no fue por tu voluntad.

Sus palabras, aunque dichas con intención de calmarla, no parecían aliviar el peso que

Naminé sentía en su pecho. Ella sacudió la cabeza y lo miró a los ojos con desesperación.

—¿Cómo no va a ser mi culpa? —jadeó, entrecortada por los sollozos—. Lo sentí, Damon. Sentí cómo se iba su vida, cómo la aplasté con mis propias manos.

Se llevó las manos al rostro y se lo cubrió. Quería ocultarse de la realidad. La culpa la atravesaba como un cuchillo, y no importaba cuánto Damon tratara de asegurarle que no era su culpa, ella lo sentía dentro de su alma.

Damon tuvo que tragar saliva, verla sufrir le rompía por la mitad. Aunque ella no lo supiera, desde el momento en que pidió su nacimiento, había estado destinado a protegerla, a cargar con lo que ella no pudiera soportar.

—No estás sola en esto —le aseguró, dejando una caricia por su pelo rubio y sedoso—. Estoy aquí y siempre lo estaré.

Naminé, sacudida por el llanto, lo miró a través del velo de lágrimas que nublaban su vista. Sin decir más, Damon la sostuvo en silencio y ella lo abrazó, desgarrándose de dolor e impotencia.

Capítulo 22: Ojos de luna.

Los recuerdos ardían en la mente de Nami cuando abrió los ojos y supo que el día se había posado sobre las montañas. Era temprano, lo suficiente para ver el amanecer desde la ventana de la habitación de la mansión Evans.

Se sentó de golpe cuando el perfume de Damon inundó sus fosas nasales y sus mejillas se tiñeron de un rojo tan intenso como el color de sus labios, víctimas de las veces que los había mordido la noche anterior.

Levantó una mano y lentamente se rozó los labios. Los acarició y se hundió entre las sábanas completamente avergonzada. Después de todo el circo que le había armado a Damon y de besarlo con tanto descaro, se había quedo dormida en sus brazos por el llanto que le provocó recordar el asesinato de Jody.

Envuelta por la sábana, se abrazó las piernas, inhaló y exhaló hondo. Todo lo que pudo. No podía comprender qué pasó la noche anterior, por mucho que lo intentara. Era ella, lo recordaba todo, pero la luna le daba una actitud que, sin ella, no tendría jamás.

—¿Estás bien? —escuchó una voz joven que le preguntaba. Nami se quitó la sabana y miró hacia una esquina de la habitación. Medio acostado en el suelo, Damián levantó una mano—. Estoy aquí.

—¿Damián?

—¿Damián? ¿Quién es Damián? —Nami hizo una mueca al escucharlo, sin entender—. Es broma, es que me gusta leer. Es una frase de un libro de Alex Mírez.

—Ah, ya. ¿Qué haces aquí? —Nami lo conocía, claro, todo el mundo lo hacía en el pueblo. Llevaba demasiados milenios trabajando como policía—. La gente del pueblo se preocupa por ti y Jody… —se calló de golpe. Se le formó un nudo en la garganta y bajó la mirada hacia las manos, que jugaban en su regazo—. Jody también te extrañó.

—Sé lo que le hiciste, lo sé todo. —Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas de arrepentimiento—. Sin embargo, no seré yo quién te juzgue.

Nami levantó la mirada para observarlo de nuevo.

—¿De verdad? —Él asintió—. Pero, si eres el policía del pueblo, deberías encerrarme.

—Hay cosas que me preocupan más que llevar a prisión a una joven de dieciocho años recién cumplidos. Todavía eres una niña para mí.

Con una mirada rápida, Naminé pudo notar un aura extraña emanando de Damián. Sus ojeras estaban más marcadas, aunque eso no le quitaba al atractivo de su pelo negro caída en mechos sobre su frente o sus ojos marrones tan penetrantes y misteriosos como siempre. Sin embargo,

varios moratones decoraban su cuello, sus brazos y las manos. Al igual como pequeñas heridas que estaban por cicatrizar.

—Siempre he creído en los cuentos que mi madre nos cuenta a Nox y a mí —confesó Nami —. Los mismos que se escuchan en la plaza cuando el cuentacuentos entretiene a todos los niños del pueblo. Quizá por eso no me afecta tanto verte o saber qué es Damon. Tampoco me asusta sentir vuestra presencia, o que los oídos me zumben cuando hay un ser sobrenatural cerca.

—¿Nos presientes? —preguntó Damián. Ella asintió—. Vaya, eres una cajita de sorpresas.

—Pero, tu aura no se siente como la de Damon. —Se sentó en la cama y ladeó levemente la cabeza—. ¿Qué eres?

—Debió de ser un demonio —respondió Damon, apoyado del borde de la puerta. Nami llevó su mirada azul hacia él y lo vio de brazos cruzados, tan imponente como siempre. Las mejillas le ardieron al instante—. Pero, no lo es. Iba a morir, apareció un hombre cuyos ojos parecían dos antorchas, lo salvó y siguió siendo un ángel. Es todo incomprensible.

Nami pestañeó varias veces. Miró a Damián, luego a Damon, volvió a Damián e hizo una mueca.

—Pues, Damián da más miedo que tú a pesar de ser un ángel —comentó.

—Vaya, gracias —murmuró el ángel.

—¿Y no se supone que los ángeles y los demonios se llevan mal?

—Me salvó —aclaró Damián—. Y me regaló un pez.

—¿Y?

—Si me regalas un pez, eres mi amigo.

—Ah.

—Luego me lo tragué.

Nami se quedó en silencio un momento. Evaluando la salud mental de Damián.

—¿Qué se supone que te tragaste? —preguntó, con miedo a la respuesta.

—El pez.

—¿Por qué?

—Fue sin querer, quería beber el agua de la pecera.

—Ya…

Todo se quedó en silencio. Incluso Damon miraba al ángel sin saber cómo reaccionar ante tanta locura. Suspiró hondo y cortó el silencio.

—Damián, ¿puedes dejarnos solos? —preguntó Damon, a lo que el otro asintió.

—No hagas nada con ella, sigue siendo muy joven —le advirtió al pasar por su lado—. A los niños se les cuida.

—Anda, si no le hice nada ayer, ¿crees que lo haría ahora? —se quejó Damon.

—Eres un demonio, solo lo digo por si acaso.

Damián se retiró.

—Ya veo que la cordura le va y le viene —comentó Naminé.

—Y por el camino se entretiene.

El comentario de Damon la hizo sonreír. Él entró a la habitación y cerró la puerta tras de sí. Caminó ligero hacia la cama y se sentó a un lado de la joven rubia que la noche anterior había sido poseída por la luna.

—Tenemos que hablar seriamente —empezó.

—Te juro que no estaba en mis cabales, lo siento —se disculpó Nami—. Por provocarte, por besarte.

Con lo último, el tono de sus mejillas se intensificó más.

—Ya, bueno. Era la única forma de que me dejaras traerte aquí. —Damon levantó la mano y se tocó la nuca. Nami no era la única incómoda con los besos que se dieron en la noche—. No creas que soy un abusador o algo por el estilo por seguirte los besos.

—Si hubieras querido abusar de mí…

—No sigas con la frase, me aterra pensar que no te hubiera encontrado yo y que hubiera sido otro. —Nami llevó la mirada al suelo, arrepentida por sus actos, consternada por cada uno de ellos—. Naminé, esto es preocupante. Sobre todo, porque eres humana. ¿Qué clase de humana puede verse etérea como tú anoche?

Se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿Qué sentiste en el día de ayer?

Nami empezó a recapitulado todo el día anterior e hizo una pequeña mueca.

—Me sentí mal desde por la mañana —contó. Suspiró hondo y siguió—. Me mareaba, tenía angustia y sentía frío. Mucho frío. Me temblaba el cuerpo de vez en cuando y no tenía apetito. Creí que estaba incubando un virus o algo así. En la noche me sentí peor y me desmayé. Supongo que mis padres fueron los que me llevaron a la cama. Luego solo me levanté, con la mente siendo otra persona completamente distinta.

Damon asintió con la cabeza. Se quedó pensativo, con sus ojos azules brillando como si de un mar embravecido se tratase, pero así era cómo lucían cada vez que la miraba y sus pupilas se dilataban. Ella tragó saliva y quiso lanzarse al vacío de sus ojos sin salvavidas. Se forzó a quitar la mirada, para no terminar ahogada en el oasis de perdición que los ojos de Soberbia le arrastraban.

Damon se aclaró la garganta y se levantó de la cama. Por acto reflejo o por autocontrol.

—Vale, a ver. —Apoyó las manos en la madera que vestía los pies de la cama—. Lo que te dije ayer era cierto, pedí a alguien para que estuviera a mi lado. Fue una locura, lo sé, pero cuando vine y te vi, simplemente supe que eras tú.

—¿Quién te dijo que debería de haber nacido muerta?

—Gabriel.

—Oh, Gabriel. ¿Gabriel? ¿El arcángel? —Damon asintió. Ella se quedó con la boca abierta—. ¿Lo puedo conocer?

—¿Me tengo que poner celoso?

Los dos se quedaron en silencio por ese comentario fortuito de Damon. No eran nada, no llegaban a ser ni amigos y ya le estaba reclamando el fanatismo por otro hombre.

—Perdón —murmuró Damon. Ella negó con la cabeza, aunque sus mejillas ardían con más intensidad—. Bien, volvamos al tema. Estás viva por mí y no vine aquí por casualidad, alguien me trajo, pero lo de tu locura transitoria de anoche, no lo entiendo.

—Supongo que solo la muerte podría saber qué pasó el día de mi nacimiento, ¿no?

Damon entrecerró los ojos. Mostró una pequeña mueca, parecida a una sonrisa y luego asintió.

—Sí, me acabas de dar una idea. —Dio una palmada al frente que la hizo saltar—. Levanta, te llevaré a tu casa antes de que tus padres sospechen que has pasado la noche aquí.

—¿Qué harás tú? —preguntó Nami. Se levantó de la cama y se colocó a su lado. Al verla descalza, Damon la levantó en brazos, acción que elevó los latidos de la joven por completo.

—Iré a visitar a un viejo amigo, quizá pueda saber más sobre… —Damon se calló, cuando llevó la mirada hacia Nami y la vio observarlo, con las mejillas tan encendidas que le producían un brillo especial en sus ojos celeste—. Sobre, lo tuyo.

Ella asintió. No supo de dónde, pero Damon encontró el valor suficiente para no volver a comerle la boca. Bajó al salón con ella en brazos y Nami pudo ver a Damián con la cabeza dentro de la pecera, echando el aire y llenándose de burbujas.

—¡Adiós, Dami! —se despidió Naminé.

—¡Adiós! —dijo el ángel debajo del agua.

—Abrázame y cierra los ojos —le pidió Damon. Nami no pudo ni quiso negarse. Lo abrazó por el cuello y hundió el rostro en su pecho. Cerró los ojos y para cuando los abrió, se encontraba en su cama, acostada. Como si todo hubiera sido un sueño.

***

La mansión estaba en silencio cuando Damon la dejó, envuelta en la penumbra, como si su partida hubiera arrancado la vida del lugar. La oscuridad lo acompañaba mientras se dirigía hacia el hospital. Había una pregunta que necesitaba responder, un misterio que se enredaba alrededor de Naminé como una serpiente que apretaba cada vez más fuerte. Y sabía que solo había un ser que podría darle las respuestas: Death.

El hospital se observó frente a él, una estructura imponente y lúgubre, como un mausoleo en medio de la ciudad. Las luces parpadeantes en los pasillos iluminaban débilmente las paredes. Damon caminó por los pasillos en silencio, su presencia se deslizaba entre las sombras, siendo una silueta más en la penumbra. No era su primera vez buscando a Death, y sabía que encontrarlo nunca era un asunto simple. La muerte siempre se escondía en los lugares más oscuros, donde la esperanza era una tenue llama a punto de apagarse.

El olor del hospital lo envolvió como un manto pesado: el desinfectante penetrante, el sudor del miedo y el aroma metálico de la sangre que nunca desaparecía del todo lo nublaron. Damon caminó por los pasillos, dejando que la oscuridad se cerrara a su alrededor. Siguió el rastro de desesperación que manchaba de gotas de sangre las paredes.

Pasó por las habitaciones de los enfermos, y en cada una podía sentir el tenue latido de la vida que se desvanecía poco a poco. Cada respiro, cada gemido ahogado era como una canción para Death. Damon lo sabía. Death siempre se alimentaba de la desesperación, de los últimos momentos de aquellos que estaban a punto de cruzar el umbral.

Llegó a la primera habitación. La puerta estaba entreabierta, y una suave luz parpadeante bañaba el interior. Dentro, un hombre de mediana edad yacía en la cama, conectado a una serie de máquinas que emitían un pitido monótono. Su piel estaba pálida, casi translúcida, y su respiración era irregular, como si cada aliento fuera una lucha. Damon lo observó por un momento, buscando la figura que debía estar allí, esperando pacientemente el último suspiro.

Pero la habitación estaba vacía. Death no estaba allí. Damon continuó. Pasó por otra habitación, esa vez era una mujer mayor con los ojos cerrados y el rostro relajado, como si hubiera aceptado su destino. Las luces del monitor que medían su pulso parpadeaban de forma errática. De nuevo, Damon escudriñó cada rincón de la estancia, pero no había nada, solo la sombra de la muerte, sin tomar forma.

El hospital se volvía más frío, cada paso lo llevaba a un abismo más profundo. Se detuvo frente a una puerta que estaba completamente cerrada. La placa de identificación ya no tenía nombre, y el cristal esmerilado estaba empañado, como si nadie hubiera entrado allí en mucho tiempo. Damon la empujó, y la puerta se abrió con un crujido que retumbó en el silencio, sonando a lamento ahogado.

Dentro, la habitación estaba sumida en la oscuridad y el silencio. Solo un tenue destello de luz de la luna se filtraba por la ventana sucia, iluminando los ojos azules de Damon. En el centro, una figura encorvada estaba sentada junto a la cama de una niña, su cuerpo estaba cubierto por una capa de harapos oscuros que se movían como si tuvieran vida propia. No hacía falta ver su rostro para saber quién era. Damon sintió un escalofrío recorrerle la columna.

—Death —murmuró, y su voz se escuchó como un eco de ultratumba.

La figura giró lentamente la cabeza hacia él, y aunque su rostro estaba oculto bajo la capucha,

Damon pudo sentir la mirada de sus ojos vacíos posarse sobre él. Death sonrió, y fue un gesto que heló el aire, como si la misma noche se estremeciera a su alrededor.

—Damon, no esperaba verte aquí tan pronto. ¿Acaso has venido a llevarte a alguien?

Damon dio un paso adelante.

—No he venido a por nadie —contestó, sentía la presión de Death hundirse en su pecho—. He venido por respuestas.

Death inclinó la cabeza, considerando sus palabras, y un suave ruido escapó de su garganta, una risa siniestra y sin vida.

—¿Respuestas? —repitió, y Damon pudo ver cómo sus dedos huesudos acariciaban la mano de la niña que yacía en la cama—. Siempre vienes por respuestas, Damon. Pero nunca te gustan las que te doy.

—Se trata de Naminé, algo está pasando con ella. Algo que no entiendo. Y sé que tú lo sabes.

Death se enderezó, y la capucha que ocultaba su rostro pareció desvanecerse ligeramente, dejando ver la sombra de lo que alguna vez fue un rostro humano. Sus ojos, si es que los tenía, eran pozos oscuros, sin fondo, y en su boca había una sonrisa que no tenía nada de humano. Death podía verse de muchas formas, pero frente a Damon se presentaba como lo dibujaban en las cartas del tarot.

—Ah, Naminé —susurró con voz cargada de ironía y malicia—. La niña de la luna. —Se inclinó hacia Damon—. La luna la ha reclamado, Damon. Ella es parte de un ciclo más antiguo que tú, más antiguo que yo.

Damon apretó los puños

—¿Qué quiere la luna de ella?

Death se rió suavemente, y el sonido se convirtió en una melodía gélida que llenó la habitación.

—La luna busca lo que siempre ha buscado, Damon. Poder. Vida. La luz que ella nunca tendrá. —Death se acercó más, y Damon pudo sentir el hedor de la podredumbre emanando de su figura—. Hay algo más. Algo que tú ya sabes, en lo más profundo de tu ser. Algo que has intentado ignorar.

Damon sintió la verdad acercándose, como una guadaña que se cernía sobre él, y aunque sabía que estaba a punto de descubrir algo que cambiaría todo, no pudo apartar la mirada de Death.

—Dime lo que sabes —susurró—. Dímelo ahora.

Y en el silencio que siguió, la sonrisa de Death se ensanchó, como una herida que se abría lentamente en la oscuridad.

Damon vio cómo el vaho escapaba de su propia boca con cada respiración.

—Ah, Damon… —susurró Death, y su voz tenía el sonido de hojas secas arrastradas por el viento—. Siempre tan impaciente. Pero hay cosas que ni siquiera tú puedes forzar. —Se inclinó

hacia la niña en la cama, y Damon pudo sentir el aliento débil que aún quedaba en su pequeño cuerpo. Un suspiro más y se iría, arrancada de este mundo por el toque invisible de la muerte—. La luna ha despertado algo en tu querida Naminé. Algo que no pertenece a este tiempo, ni a este lugar.

Damon se acercó un paso más. Empezaba a cabrearse. No tenía tiempo para los acertijos de Death. Cada segundo que pasaba, Naminé se deslizaba más cerca de ese abismo del que había intentado salvarla, y él necesitaba respuestas. Ahora.

—Dímelo —gruñó, su voz baja, peligrosa—. No me hagas arrebatártelo.

La sonrisa de Death se ensanchó, y por un momento, Damon sintió que la misma habitación se inclinaba hacia ella, como si la realidad se tambaleara ante la magnitud de su presencia.

—Hay un antiguo vínculo entre la luna y ella —respondió al fin—. Un pacto sellado antes de que nacieras, antes de que yo caminara entre los vivos y los muertos. La luna la reclama porque la ve como un reflejo de sí misma: hermosa, distante, siempre anhelante de la vida que no puede tener.

Damon tragó saliva. Un pacto. Algo más grande de lo que había imaginado. Algo que, tal vez, incluso él no podría romper.

—¿Y cómo la libero de eso? —preguntó. Death soltó un suspiro, y fue como el último aliento de un moribundo, el sonido de la inevitabilidad.

—Oh, Damon… siempre quieres ser el salvador. Pero hay cosas que ni siquiera tú puedes cambiar. Lo que está escrito en la luz de la luna está grabado en la oscuridad de las estrellas. —Death se giró lentamente hacia el cielo estrellado que se veía desde la ventana—. Hay dos caminos para ella: uno la llevará a la destrucción, a convertirse en lo que la luna quiere. El otro… —Death hizo una pausa, como si saboreara el momento—. El otro la llevará a ti, pero no como la criatura que conoces.

Damon sintió un nudo formarse en su garganta.

—No te entiendo —admitió, y odiaba el tono de incertidumbre en su voz—. ¿A mí? ¿Qué cojones significa eso?

Death dejó escapar otra risa suave, como si hubiera estado esperando ese momento.

—Lo entenderás, Damon, cuando llegue el momento. Tú la pediste, ¿no es así? —La pregunta lo atravesó como una cuchilla, y Damon no pudo evitar retroceder un paso, sorprendido por la certeza de esas palabras—. Pediste su nacimiento porque no querías estar solo, porque en tu soberbia creíste que podrías controlarla, moldearla a tu antojo. Pero, al final, ella tiene que elegir. La luna o tú. La luz o la oscuridad.

—¿Qué quieres decir con que ella debe elegir? —preguntó, y esta vez no había arrogancia en su tono, solo miedo—. La luna no es una persona. No camina entre nosotros.

—Significa que no puedes obligarla. No puedes protegerla de su propio destino. Solo puedes

estar allí cuando decida.

Damon cerró los ojos, y por un instante, se dejó apuñalar por la impotencia, la sensación de que todo lo que podía hacer para proteger a Naminé era inútil contra la fuerza de un destino que se tejía más allá de su alcance.

—Entonces…¿Me quedo de brazos cruzados?

Death sonrió una última vez.

—Solo espera, Damon. Porque cuando llegue el momento, cuando la luna reclame lo que es suyo y tú la llames hacia ti, solo entonces sabrás si ella te elegirá a ti… o a la oscuridad.

Damon quiso decir algo más, quiso desafiar esas palabras, pero antes de que pudiera hacerlo, Death desapareció en un parpadeo, dejando tras de sí el frío de su presencia.

Y en la habitación vacía, junto a la cama donde la niña había dado su último aliento, Damon se quedó solo. Solo con sus pensamientos, solo con el peso de una elección que no era suya, pero que marcaría el destino de la única persona que había pedido a los cielos y a los infiernos para no estar solo.

El pitido del monitor pareciera anunciar su descenso a la perdición.

***

En un parpadeo, Death se trasladó al lugar donde siempre era atraído, al rincón de la existencia que compartía con aquel que la había invocado en un tiempo olvidado. Un pacto sellado en sangre, un destino entrelazado en una danza macabra que nunca terminaba. El hechicero. Zarek.

Cuando Death apareció en la habitación, todo cambió. Incluido su cuerpo, que ya se asemejaba al de Zarek y se veía humano, mortal. Rompiendo el velo entre la vida y la muerte.

Raúl estaba recostado sobre su cama de sábanas negras, su cuerpo estaba iluminado por la luz tenue de la lámpara que descansaba en la mesita de noche. Tenía un libro entre las manos. Leía con una calma hipnótica. Las palabras escritas eran una melodía que solo él podía escuchar.

Death se detuvo en el umbral, recorrió con la mirada el cuerpo del hechicero con un interés que no era habitual para alguien como él. El hombre era magnífico, y lo sabía. Sus músculos se tensaban y relajaban bajo la piel pálida, la que se tensaba y contraía con cada movimiento y respiración lenta. Su cabello negro caía en ondas desordenadas, rozándole los hombros desnudos. Cualquiera se hubiera fascinado por su presencia.

El hechicero llevaba puestos solo unos pantalones de pijama oscuros, que colgaban bajos sobre sus caderas, dejando al descubierto un abdomen firme y esculpido. Sus ojos, cuando alzó la vista del libro y se encontraron con los de Death, eran negros como el abismo, profundos e infinitos, como si el universo mismo hubiera sido tragado por ellos. Pero al girar ligeramente la

cabeza y dejar que la luz de la luna, que entraba por la ventana, se reflejara en su rostro, los ojos cambiaron. Un brillo plateado los cubrió, transformándolos en espejos luminosos que destellaban bajo la luz lunar. Un misterio antiguo se escondía detrás de esa mirada.

—Estás de vuelta —murmuró Raúl. Una sonrisa perezosa curvó sus labios—. ¿Mucho trabajo?

Death lo observó en silencio durante un largo momento, permitiendo que la atracción que sentía por él lo envolviera por completo. Pocas cosas podían captar su interés, y menos aún despertar en él el deseo que el hechicero provocaba. Era más que un simple hombre; era su compañero, su complemento, el otro lado de la moneda que juntos habían moldeado.

—¿Y qué si es así? —susurró Death, su suave voz parecía querer acariciar la piel del hechicero y de alguna manera, él sintió pequeños roces por su abdomen—. ¿Acaso me vas a ofrecer un descanso?

El hechicero sonrió, una expresión que tenía la misma mezcla de dulzura y peligro que un cuchillo al filo del cuello.

—Tal vez —respondió, cerró el libro y lo dejó a un lado. Se sentó en la cama—. Pero antes de eso, dime… ¿por qué has regresado tan temprano?

—¿Te molesto?

—Siempre.

—Ja, te has dado cuenta de que no estaba. Eso significa que me echas de menos.

Raúl hizo una pequeña mueca de molestia y negó.

—Solo responde a mi pregunta.

Death se acercó lentamente, como si la oscuridad misma lo arrastrara hacia él. La observación del hechicero siempre lo fascinaba; esa forma en que parecía mirar más allá de lo que otros veían, como si pudiera despojarlo de sus secretos con solo una mirada.

—Damon vino al hospital —le contó—. El demonio está en busca de respuestas. Su pequeña protegida está atrapada en un juego que ni siquiera él comprende.

Raúl suspiro. Todo era una simple pieza más de un tablero que él había estudiado durante años. Se pasó una mano por el cabello, despejando su rostro, y Death sintió cómo sus ojos seguían cada uno de sus movimientos, devorando cada detalle. La firmeza de sus músculos, la forma en que su piel pálida se tensaba bajo la luz de la luna.

—Damon siempre ha sido un necio —murmuró Raúl. Se inclinó hacia adelante, como si la mera mención del demonio le resultara divertida—. Quiere controlar lo que no puede. Quiere poseer lo que nunca será suyo. —Alzó la mirada hacia Death, sus ojos plateados lo desarmaron —. ¿Y tú? ¿Qué harás al respecto?

Death sonrió. Fue un gesto que podría haber helado la sangre de cualquier mortal, pero no a él. El hechicero era suyo, y él, aunque jamás lo admitiría, era suyo también.

—Haré lo que siempre hago —respondió, acercándose lo suficiente para sentir el calor que emanaba del cuerpo del hechicero, la calidez que contrastaba con la frialdad que él traía consigo —. Esperaré. Porque no importa cuánto intenten luchar contra su destino, todos terminan viniendo a mí.

Raúl dejó escapar una risa baja, y se inclinó hacia adelante. Levantó una mano para coger el rostro de Death entre sus dedos, siendo suave, para sorpresa de los dos.

—¿Incluso yo? —susurró.

Death no respondió de inmediato. Disfrutó de la sensación de la caricia de Raúl, de cómo su piel se sentía bajo sus dedos, de cómo, a pesar de todo el poder y la oscuridad que compartían, había algo casi humano, tierno, en ese contacto.

—Incluso tú —respondió.

Y en ese instante, mientras la luz de la luna convertía los ojos del hechicero en dos espejos plateados, Death supo que, aunque todos los caminos conducían a él, el de Zarek era el único que nunca desearía recorrer.

Death se subió a la cama con la misma gracia que un depredador acechando a su presa. El colchón se hundió bajo su peso, y la mirada del hechicero, no se apartó de él ni un solo instante. Death se colocó sobre él, apoyando las rodillas a cada lado de sus caderas, mientras sus manos descansaban sobre la cama, sosteniéndolo en una posición que lo dejaba a escasos centímetros de su rostro. La atracción entre ambos vibraba en el ambiente.

Raúl, con el torso desnudo no mostró ningún signo de nerviosismo o sorpresa, solo una calma imperturbable.

—¿Qué pasa, Death? —preguntó—. ¿Vienes a preguntarme algo o simplemente no pudiste resistirte a pasar más tiempo lejos de mí? Creí que para trabajar no me necesitabas.

Death lo miró fijamente. Recorrió el rostro de Raúl, cada detalle de su piel, cada línea de su mandíbula. Había algo en la forma en que lo observaba que lo hacía sucumbir al deseo y la amenaza, como si no pudiera decidir si quería devorarlo o simplemente quedárselo para siempre. El hechicero era un misterio, uno que Death no había logrado resolver, y esa incertidumbre lo atraía de una manera que pocos podían comprender.

—Necesito preguntarte algo —confesó Death. Raúl sonrió. Inclinó el cuerpo ligeramente hacia adelante, reduciendo más la distancia entre ellos. Por poco se tocaban.

—¿Y qué podría ser tan importante para hacer que la mismísima muerte venga a mí?

—Te escuché decir que no crees en deidades. Le dijiste a Kate que la adorarás sin creer en ello.

—¿Eso te molesta? —preguntó como un desafío que era imposible de ignorar—. ¿Que no crea en lo que los demás veneran y temen, te molesta?

Death no pudo evitar que su propia sonrisa se asomara.

—No me molesta —respondió, inclinándose un poco más cerca, hasta que sus rostros quedaron a escasos milímetros—. Pero me intriga. Porque aquí estás, con la muerte misma sobre ti… y aún dices que no crees. ¿Es eso lo que realmente piensas, o simplemente te gusta desafiarme?

Las manos de Raúl, sin previo aviso, subieron lentamente y se posaron en las caderas de Death. Se mantuvieron en su lugar, mientras la mirada del hechicero se volvía más intensa.

—No creo en deidades porque he visto su fragilidad. Los he visto caer, los he visto sangrar. Para mí, son solo seres que olvidaron lo que es estar vivos. —Se inclinó hacia adelante. Sus labios rozaron la mandíbula de Death en un gesto deliberadamente provocador—. Pero tú, Death… tú eres diferente. No eres una deidad. Eres lo que queda cuando todo lo demás desaparece.

Death sintió el escalofrío recorrer su espalda. La sinceridad en las palabras de Raúl, la forma en que lo desafiaba a cada momento, era como un ancla que lo mantenía en un mundo donde todo, incluso él mismo, parecía desvanecerse.

—Quizá —logró hablar Death—. Pero eso no cambia el hecho de que, al final, incluso tú me perteneces.

La tensión entre ellos creció, como si la muerte y la vida misma se hubieran encontrado y se negaran a soltarse.

—Te besaría —susurró el hechicero.

—Lo disfrutaría —confesó Death, para luego tragar saliva.

Capítulo 23: Doppelgänger

María Flitz abrió los ojos de golpe, jadeando. Su cuerpo estaba cubierto por una fina capa de sudor frío. La oscuridad de la habitación la envolvía, pero lo que más la aterrorizó fue el silencio, un silencio tan denso que parecía pulsar alrededor de ella como un ser vivo. Parpadeó un par de veces, intentando enfocar su vista, y fue entonces cuando vio el horror.

Cuerpos. Cuerpos desmembrados colgando de las paredes como grotescas piezas de carne con los ojos vacíos mirándola. Sangre, fresca y espesa, goteaba lentamente desde las extremidades mutiladas, formando pequeños charcos que parecían extenderse hacia ella, como si quisieran tocarla. El ambiente impregnado de un hedor metálico y dulzón, el olor inconfundible de la muerte.

Intentó moverse, pero su cuerpo no le respondía. Estaba atrapada en un estado de seminconsciencia, entre el sueño y la vigilia, y no podía hacer otra cosa que observar. La cama era suave, cálida, pero lo que la rodeaba era todo menos reconfortante.

En el rincón de la habitación, pudo distinguir una figura que estaba parcialmente oculta en las sombras: un hombre con la garganta abierta, trataba de sujetar la herida, con los ojos desorbitados, como si el último segundo de vida hubiera quedado atrapado en su rostro.

María sintió que las náuseas le subían por la garganta. Por el terror y el asco que la hizo estremecerse. Las paredes estaban cubiertas de símbolos dibujados con sangre, figuras que se retorcían como si quisieran escapar del material viscoso con el que habían sido trazadas. En la esquina, una mujer de cabellos largos y oscuros colgaba de un gancho que atravesaba su espalda, su boca permanecía abierta en un grito silencioso, con los dedos estirados como si estuviera intentando alcanzar algo, cualquier cosa, para liberarse.

—No… —susurró María. Intentó convencerse de que aquello era solo una pesadilla, que en cualquier momento despertaría, que volvería a la realidad.

Pero no era un sueño. La realidad de Dolwill era más cruel que cualquier pesadilla. Intentó moverse nuevamente, y esta vez, el peso a su lado le recordó que no estaba sola.

Él estaba allí, a su lado. Su piel fría rozó la suya. Érebos estaba tranquilo, como si estuviera durmiendo plácidamente, ajeno al horror que los rodeaba. María giró la cabeza lentamente. Se encontró con sus ojos y el terror que sintió fue mayor. Érebos estaba despierto. La miraba con esos ojos marrones e intensos que a veces la hacían suspirar. En su mirada había algo que la hacía sentir pequeña e insignificante, como si no fuera más que un insecto a punto de ser aplastado.

—¿Te gusta lo que ves? —susurró Érebos.

María no pudo responder. Quería gritar, pero su voz se había quedado atrapada en su garganta, ahogada por el terror que la paralizaba. El dios de la Gula y las sombras la observaba con curiosidad y hambre, una necesidad que no era puramente física. Él se alimentaba de la desesperación, del miedo, e incluso la carne y ella podía sentir cómo cada segundo que pasaba a su lado era un mordisco más en su alma.

Érebos se incorporó lentamente, María no pudo apartar la mirada. Había algo en él que la fascinaba, algo que la aterraba y la atraía a partes iguales. La cama crujió bajo su peso, y entonces, con una sonrisa que era más una exhibición de colmillos, Érebos extendió la mano y le apartó un mechón de cabello que le caía sobre la frente.

—Eres igual a ella, ¿sabes? —murmuró, cariñoso, como si estuviera hablando con una amante —. Pero también eres diferente. Hay una oscuridad en ti que ella nunca tuvo. Una oscuridad que quiero devorar.

María intentó apartarse, pero su cuerpo no respondía del todo. Las lágrimas comenzaban a llenar sus ojos, y la visión se le hizo borrosa mientras miraba alrededor, a todos aquellos cuerpos que habían sido masacrados, despojados de su humanidad. Intentó encontrar un resquicio de esperanza, algo que le indicara que no estaba perdida, que aún podía escapar de ese infierno que la rodeaba.

Pero no había esperanza. No había escapatoria. Dolwill la tenía atrapada, y Érebos también.

—¿Por qué? —sollozó—. ¿Por qué me haces esto? Creí que habíamos hecho el amor…

Érebos la miró durante un largo momento, y por un instante, María pensó que tal vez encontraría una respuesta, una explicación a todo el horror que la rodeaba. Pero entonces, la sonrisa de Érebos se amplió, mostrando más de esos colmillos afilados, y sus dedos, fríos como la muerte misma, se deslizaron por su mejilla en una caricia que la hizo temblar.

—Porque puedo, mi amor —murmuró él, dejó su caliente jadeó contra la piel de su cuello—. Porque no hay nada más dulce que la desesperación de una criatura que aún cree que puede escapar.

Y entonces, antes de que pudiera apartarse, antes de que pudiera hacer algo para protegerse, Érebos la besó. Un beso que fue como un mordisco, como una sentencia de muerte. Un beso que le arrancó la última chispa de esperanza que le quedaba, mientras los cuerpos muertos que los rodeaban parecían susurrar en la penumbra, como si rieran suavemente de la tragedia que se desarrollaba ante sus ojos vacíos.

Miedo, horror, placer, orgasmos, y vuelta a empezar. Se borraron las horas en el reloj, el amanecer se perdió en la cortina y la oscuridad cubrió la habitación. Terminó abriendo las piernas a voluntad y se aferró al cojín, dispuesta a sentir la misma cantidad de placer que de terror.

El cuerpo de María se movía al ritmo que imponía Érebos, su piel ardía bajo sus caricias,

mientras la cama crujía con cada movimiento. Cada caricia era una marca, un sello indeleble que le recordaba que ya no había escapatoria, que cada vez que caía en sus brazos, una parte de su alma se perdía para siempre. Intentó aferrarse a la realidad, a cualquier fragmento de cordura, pero sentía que la oscuridad la arrastraba más y más, como un océano que la tragaba sin piedad.

Y entonces, mientras Érebos continuaba reclamándola, algo en su mente se rompió. Los pensamientos comenzaron a arremolinarse, como hojas secas arrastradas por un viento cruel, y todo lo que pudo ver fue la muerte, la muerte que la acechaba desde cada rincón de la habitación.

La idea de su alma perdida se aferró a ella, como un asesino por su conciencia. ¿Cuánto quedaba de sí misma? ¿Cuántas veces más podía entregarse a él antes de que ya no quedara nada? Sentía que se desvanecía, que cada movimiento de Érebos la despojaba de algo más que su dignidad, que su humanidad. Estaba perdiéndose, como si la esencia que la hacía María se esfumara, dejando solo un vacío donde antes había esperanza.

—Esto es el fin —pensó. Cerró los ojos con fuerza —. Estoy muriendo. Mi alma está muriendo.

En medio de la oscuridad de sus pensamientos, surgió otra idea, una que se coló como un susurro traicionero: la inmortalidad.

"Si estoy muriendo, entonces ¿por qué no puedo vivir para siempre?" Pensar en eso era una herejía, una locura, pero la idea se aferró a su mente como un parásito. Si la muerte era inevitable, si su alma estaba condenada de todas formas, ¿por qué no aspirar a algo más? ¿Por qué no entregarse completamente a la oscuridad que la consumía y convertirse en algo que no pudiera ser destruido?

Érebos la miró, había atrapado a su presa, y en su sonrisa, María vio un destello de conocimiento. Él pudo ver lo que pasaba por su mente.

—¿Quieres la inmortalidad, María? —murmuró Érebos, mientras su boca se deslizó por su clavícula. La miró y dejó un beso, luego un suave mordisco—. ¿Quieres escapar de la muerte?

María tembló, con la respiración entrecortada, el dolor con el placerla dejaba desorientada.

No dejaba de pensar que tal vez, si se convertía en algo más que humana, si dejaba atrás la fragilidad que la mantenía encadenada a su destino, entonces podría escapar. Podría escapar de la muerte que la esperaba en cada rincón de Dolwill, en cada caricia de Érebos.

—No hay escapatoria, María —susurró él, leyendo sus pensamientos, sabiendo la respuesta antes de que ella misma pudiera articularla—. Hay algo mucho mejor.

María sintió que su corazón se aceleraba, y no pudo evitar mirarlo, atrapada en sus ojos oscuros, en el abismo que se abría frente a ella.

—¿Qué es? —preguntó.

Érebos se inclinó sobre ella, su cuerpo presionó el de María contra el colchón. Ella sintió el aliento caliente contra su oído mientras susurraba:

—La eternidad. La verdadera libertad. Pero primero, debes entregarte a mí, completamente. Tu alma. Tu ser. Todo.

La idea la aterrorizaba y la atraía al mismo tiempo. Sería inmortal, sí, pero sería suya. ¿Era eso lo que realmente quería? La respuesta se le escapaba, deslizándose entre sus dedos como arena, mientras Érebos continuaba reclamándola, marcándola, haciéndola suya una y otra vez.

Y mientras sus pensamientos desvariaban, mientras la oscuridad la envolvía, María se dio cuenta de que, quizás, la inmortalidad no era la salvación que creía. Tal vez, al final, ser inmortal significaba estar perdida para siempre en los brazos de un Dios que nunca la dejaría ir.

***

María volvió a despertar sintiendo algo extraño. Una sensación placentera y abrumadora. Abrió los ojos lentamente y sus piernas temblaron. Gimió mirando al techo y se cogió del cojín. Abrió los muslos y arqueó la espalda. Era el oral más delicioso que había sentido en su vida.

—Ya despertó, puedes detenerte —escuchó hablar a Raúl a su lado. Lo miró de reojo y quiso cubrirse, pero alguien sujetó sus piernas y la dejó abierta. Siguió lamiendo—. ¿Qué te dije?

—Es que está muy buena —se quejó Death, hablando hundido entre sus labios vaginales.

María miró hacia abajo. El shinigami que se convertía Death al estar cerca de Raúl le envolvía el coño con la lengua. Lamía a la larga y abría sus labios, pero no la metía en su interior.

—Si te incomoda le digo que pare —aclaró Raúl, pero ella le respondió con un gemido y arqueó la espalda—. Lo suponía. Es muy bueno con la lengua.

—¡¿Qué quieres ahora?! —regañó María, moviendo la cadera por el placer.

—El que Death te haga eso no es cosa mía, te bajó el periodo y se sintió atraído por la sangre.

—¿Qué? —Notó cómo la penetraba con la lengua y saltó en la cama—. ¡Ah, joder, sí!

—Intenta callar y escucharme… —Raúl empezó a jugar con uno de sus pezones, moviéndolo con un solo dedo y dándole pequeños golpecitos—. Te dije que fueras a cautivar a Damon, pero sigues ciega con el padre.

—¡Érebos es especial!

—Claro, por eso quiere matarte. —Raúl miró hacia Death. Lo sujetó del pelo y lo levantó de la humedad de María. La escuchó quejarse—. Basta, Death.

—Pero… —Raúl lo calló dejándole un beso sobre los labios. Le acarició y se acercó para limpiar con la lengua la sangre que caía por la comisura de su boca. Death se quedó con la boca entreabierta y notó el roce de la nariz de Raúl por la suya.

—Lo tuyo es un efecto realmente afrodisíaco —le susurro Raúl.

Death le colocó una mano en la nuca y le apretó un poco. Se acercó a su oído para susurrarle.

—Ese efecto lo produces tú en mí con solo mirarme.

Raúl cerró los ojos y ahogó un jadeo al escucharlo. Se alejó de él y se lamió los labios para intentar concentrarse y mantener la poca compostura que le quedaba. María los miraba desconcertada y aprovechó aquel momento para taparse con las sábanas.

—¿Sois novios? —preguntó.

—¡No! —gritaron los dos a la vez, pero cuando se miraron, pudieron sostener la mirada por poco tiempo.

Death volvió al cuerpo de Raúl, sin ser perceptible para la visión humana de María.

—¿Recuerdas lo que te dije que tenías que hacer? —encaminó Raúl la conversación.

—Sí, pero… Érebos…

—¿Te has enamorado? —María se mordió el labio inferior y los ojos se le llenaron de lágrimas antes de mirar al suelo—. ¡Eres una suicida!

—Siento que no es tan malvado como dice ser —confesó, con un hilo de voz—. Si hubiera querido matarme, lo hubiera hecho ya.

—¿Crees que te prefiere por encima de su exmujer? —Raúl empezó a reír y la señaló—. Mírate, solo te folla. Eres su prostituta particular.

De algún lugar recóndito y escondido en María, salió la fortaleza y la valentía suficiente para arrodillarse en la cama y con la mano abierta, darle una bofetada a Raúl, tal que le giró la cara a un lado.

—¡Estoy cansada de las manipulaciones de todos, incluyendo las tuyas!

Raúl se tocó el labio inferior. El sabor metálico le encendió las venas y se lamió, para luego mirarla de reojo. Lejos de asustarse, María levantó la cabeza en son de una superioridad que no poseía, pero le había colmado la paciencia.

—¿Quieres matarme? ¡Adelante, hijo de puta! —Extendió los brazos a cada lado del cuerpo —. ¡Ya no soporto más esto y traicionar a Érebos es lo último que tengo en la mente!

—Definitivamente, los humanos comunes dais pena. —Le cogió de la nuca y con un tirón de pelo, le elevó la cabeza para que lo mirara. María ahogó un quejido y arrugó la nariz con rabia—. Érebos no te ama y tú serías capaz de sacrificarte por él.

—Prefiero morir por amor que seguir una existencia vacía como la tuya.

Un gruñido interno, parecido al de un león embravecido, se formó en el pecho de Raúl. La empujó contra la cama y lejos de rendirse, su sonrisa mostró los dos colmillos relucientes, que, con rabia, rasgaban su propio labio inferior.

—Es hora de que hagas un pequeñito viaje astral —murmuró el hechicero y las horas del reloj empezaron a marchar hacia atrás.

***

María abrió los ojos, sobresaltada. No estaba en la habitación donde se había dormido. No era su cama, ni el refugio temporal que había construido en medio de la locura de Dolwill. El clima era denso, sofocante, con el hedor de algo que había estado pudriéndose durante eones. El dolor le recorrió el cuerpo de inmediato. Pareciera que cada músculo, cada hueso, estuviera siendo aplastado por un peso invisible que la arrastraba hacia el suelo. Jadeó, por mucho que intentaba calmar su respiración, no lo lograba.

Alzó la mirada y, en la oscuridad que la rodeaba, vio lo que parecía un pasillo, estrecho y retorcido, como el intestino de una bestia gigantesca. Las paredes palpitaban, latían con un ritmo irregular que parecía estar en sincronía con el latido de su propio corazón. María sintió un escalofrío recorrerle la columna cuando notó que las paredes no eran de piedra, ni de metal, ni de ningún material que hubiera visto antes. Eran de carne, carne viva y húmeda, con venas gruesas que serpenteaban por su superficie, pulsando al ritmo de un corazón invisible que latía en alguna parte.

Intentó moverse, y un gemido de dolor escapó de sus labios. Sus pies estaban descalzos y el suelo bajo ellos era blando, pegajoso. Sangre. Sangre que se filtraba entre sus dedos, que burbujeaba como si estuviera hirviendo desde las entrañas de la tierra misma. Le costaba mover las piernas. Sentía que estaban enterradas en arena movediza, y el dolor que sentía era tan intenso que por un momento pensó que iba a desmayarse. Sin embargo, no podía detenerse en ese lugar.

—¿Dónde estoy? —murmuró, pero su propia voz sonó ajena, como si perteneciera a otra persona. La voz se arrastró por el pasillo, distorsionándose, volviéndose un susurro que se transformaba en risas suaves y burlonas, como si los muros de carne se rieran de ella.

María se estremeció. La desesperación empezó a hundir sus garras en su mente, dio un paso adelante. Tenía que moverse, tenía que seguir adelante, aunque no supiera a dónde la llevaba ese camino retorcido y sangriento.

A medida que avanzaba, el pasillo parecía hacerse más estrecho. Pensó que las paredes querían cerrarse sobre ella. Las venas pulsaban con más fuerza, y de vez en cuando, una sustancia espesa y viscosa caía desde lo alto. El lugar sangraba. Intentó apartar la mirada, pero no había escapatoria. El camino la obligaba a seguir adelante, arrastrándola hacia algo que se escondía.

A lo lejos, casi imperceptible, vio una luz parpadeante. Una llama solitaria que iluminaba el pasillo. Empezó a escuchar susurros.

—María… —era su nombre, arrastrado por el aire, como si mil voces lo pronunciaran al unísono—. María… ¿por qué has venido aquí?

Ella se detuvo, el terror le apretaba el corazón, y tragó saliva. Las voces parecían salir de las paredes mismas, del suelo que se estremecía bajo sus pies. Todo la llamaba, todo quería que continuara, que siguiera adelante.

—Déjame salir… —susurró, ni las lágrimas que cristalizaban sus ojos se atrevían a salir—. Déjame despertar.

No hubo respuesta. Solo las risas, burlonas y crueles, retumbando en su cabeza, y el latido constante de la carne que la rodeaba, como si el lugar estuviera vivo y la mirara, saboreando su miedo.

Continuó el camino. Quedarse quieta significaba entregarse a la locura que susurraba su nombre. Y entonces, cuando la luz parpadeante se hizo más cercana, vio algo que la hizo detenerse.

Las paredes de carne, que eran lo suficientemente horribles, tenían rostros. Rostros humanos que se formaban y desaparecían en la superficie palpitante, como si estuvieran atrapados en una membrana delgada. Sus bocas se movían, pero no emitían ningún sonido, y sus ojos la miraban con un dolor infinito y una desesperación insuperable. Uno de ellos, un rostro joven y familiar, abrió la boca, y de su garganta salió un torrente de sangre que salpicó los pies de María. Era su hermano, aquel que había fallecido hacía tantísimos años.

María gritó, dio un paso atrás, y tropezó. Cayó de rodillas sobre el suelo blando. La sangre la rodeaba. Cubría sus piernas, sus manos. Intentó limpiarse, pero cuanto más frotaba, más se extendía.

—No… no… —gimió, el pánico se apoderó de ella. Sonó débil, frágil. La voz de alguien que había dejado de creer en la posibilidad de escapar.

Desde el rabillo del ojo, vio que algo se movía al fondo del pasillo. Una figura que emergía de las sombras, alta, delgada, caminando lentamente hacia ella. Los susurros cesaron, el latido de las paredes se detuvo, y todo lo que quedó fue el sonido de sus propios jadeos y el crujido de la carne bajo los pies de esa cosa que se acercaba.

El terror paralizó a la joven periodista y cuando la figura estuvo lo suficientemente cerca, vio que su rostro era una máscara sin rasgos, lisa y vacía. Se sentía como si alguien hubiera arrancado la identidad de un ser humano y solo hubiera dejado un cascarón.

—María, ¿has venido a buscarme? —susurró la figura y la joven sintió como si mil vidrios rasparan su alma.

María ahogó un grito.

—No es un sueño, ¿verdad? —se lamentó. El ser no le respondió. Empezó a sudar frío—. ¿Qué es este lugar?

Lloraba, claro que lo hacía. Había despertado en el propio infierno.

Sintió un escalofrío recorrerle la espalda cuando la figura dio un paso hacia ella. Se había convertido en un muro infranqueable. La máscara que cubría su rostro comenzó a agrietarse. Pequeñas líneas que se extendían como telarañas hasta que, con un crujido seco, la máscara se rompió y cayó en pedazos.

Allí estaba: su propio rostro la miraba. La misma piel pálida, los mismos ojos llenos de terror, pero los labios curvados en una sonrisa que María jamás habría sido capaz de mostrar. Era ella, pero al mismo tiempo, no. Era el reflejo de su miedo, de su propia oscuridad, hecho carne y hueso.

—¿Qué… qué eres? —susurró María, temblando, retrocediendo del miedo que a su vez, le helaba la sangre.

La figura, su doppelgänger, la imitó. Repitió sus palabras, pero su tono era burlón, distorsionado, como si las arrancara de la garganta de María y las retorciera hasta convertirlas en una imitación cruel.

—¿Qué eres? —Dio otro paso hacia ella—. Soy lo que siempre has sido. La parte de ti que no quieres ver.

María trató de moverse, de correr, pero sus piernas no le respondían. Se sentía atrapada, como si la sangre y la carne se hubieran fundido con su piel, anclándola en ese lugar maldito. No podía escapar. Solo podía mirar cómo su reflejo se acercaba, cómo los ojos que eran suyos brillaban con una crueldad que nunca había visto en ellos.

La figura se lanzó hacia ella. Sus manos emergieron con garras afiladas, negras como la obsidiana, dispuestas a desgarrar la piel de María. Pero antes de que pudiera alcanzarla, un estruendo llenó el pasillo, y de la nada, unos barrotes de hierro se alzaron entre ellas. Barrotes oscuros, cubiertos de runas, que brillaban con una luz azul espectral. El doppelgänger se detuvo en seco, a un paso de la joven.

—¡No! —grito, su rostro se contorsionó por la ira—. ¡No puedes escapar de mí! ¡No puedes huir de lo que eres!

María retrocedió. Temblaba, sin dejar de mirar a su doble. Los ojos de la criatura la atravesaban, como si quisiera arrancar su alma a través de la mirada. Era la versión más monstruosa de sí misma.

—Tú no eres yo —susurró María, aunque la duda que sentía era evidente.

La figura soltó una risa aguda, histérica, demente.

—¿No soy tú? Soy cada pensamiento oscuro que has tenido, cada momento de desesperación que te ha hecho querer rendirte, cada vez que te entregaste a Érebos. —Golpeó los barrotes con furia, y el sonido reverberó como si fueran campanas fúnebres—. ¡Me perteneces! ¡Los cazadores no van a salvarte siempre!

—¿Los cazadores? —María jadeó y empezó a sentir que tiraban de ella.

La absoluta desesperanza que la llenaba. La figura seguía golpeando los barrotes, y cada golpe enviaba chispas de luz azul que saltaban en la penumbra.

—Voy a destrozarte —siseó la figura, apretando los dientes—. Voy a arrancarte la piel, voy a desmembrarte hasta que no quede nada de ti. ¡Nada!

María retrocedió un paso más, sus piernas por fin respondiendo, aunque cada movimiento se sentía como si arrastrara cadenas invisibles.

—No vas a destruirme —murmuró María. Ese comentario agrandó la sonrisa de su doble.

Un disparo. Solo uno bastó para que María despertara. Vio que algo borroso se deshacía sobre ella y se marchaba por los vidrios rotos de su habitación. Jadeando, miró hacia el sujeto que portaba la escopeta y el cual la había sacado de ese infierno.

—¡Jason! —gritó. Se levantó de la cama y quiso abrazarlo, pero él dio un paso al lado.

—Quita, joder —se quejó. Se colocó la escopeta en la espalda y miró hacia la mesilla de noche, donde reposaba el collar que le había dado—. No pienso volver a salvarte el culo si no me haces caso.

María miró al suelo y se acarició el brazo.

—Perdón —murmuró a baja voz.

—¡¿Qué ha pasado aquí?! —se asustó Alexa. Sin embargo, cuando vio a Jason, abrió los ojos en asombro y aunque el cuerpo le pidió marcharse, salir huyendo, recordó los gritos de su abuela y levantó la mano para enfrentarse a él.

—Si usas un poco de tu magia conmigo, solo un poco, te juro por tu santa abuela que te arranco la mano —le amenazó Jason.

—¿Qué? —María los observó. Vio el odio en los dos y pronto se colocó en medio del reto de miradas—. ¡Basta, por Dios!

—No metas a Dios en esto —le advirtió Jason. Levantó un dedo y la señaló—. Tú te vienes conmigo ahora mismo.

—Ey, ey, vikingo. —Alexa lo detuvo, poniéndose entre su trayectoria y la puerta—. No vas a llevarte a la chica que Jody me encomendó cuidar.

—Las dos estarán criando malvas si no me dejas pasar, bruja. —Jason llevó la mirada hacia la puerta de la habitación de Raúl y lo vio como un pequeño hurón asomarse por la puerta entreabierta. Sonrió con molestia.

Comprendió que vigilaba para proteger a Alexa. Levantó las manos en cruz y miró hacia María. Acto que hizo también la bruja.

—¿Qué? ¿Por qué me miráis así?

—Ponte el puto collar —gruñó el cazador. Sonó como un animal. María no quiso escucharlo más así y corrió para ponérselo.

—¿Me vais a explicar qué está pasando? —insistió Alexa.

—Que estamos condenados, eso pasa —sentenció Jason.

Capítulo 24: La hija del cazador.

Alexa agachó la cabeza cuando pasó frente a los cazadores. La casa rustica en la que se hospedaban era grande, pero no lo suficiente para que no se sintiera asfixiada. La mayoría parecían vikingos capaces de cortarla en mil pedazos, así como lo habían hecho con sus familiares, pero ella había prometido cuidar de María. Aunque no fuera una promesa tácita, Jody ya no estaba y para la pelirroja la lealtad era lo más importante. Sobre su hombro, Raúl se asomaba como un pequeño e inofensivo hurón de ojitos negros como aceitunas.

María se percato de que, todos miraban mal a su compañera. Sabían lo que era, se les había escapado en aquella carnicería en la que la dejaron sola, y aunque quería reclamar por lo que le habían hecho, vio más prudente abrazarla del brazo, dedicarle una sonrisa y seguir los pasos de Jason hasta el salón.

—Me cuesta respirar —susurró Alexa.

—Intenta inhalar y exhalar despacio —respondió María—. Pronto saldremos de aquí.

—No van a cazarte —interrumpió Jason la charla—. Aunque querrían, saben que el alfa les ha dicho que no.

—¿Cómo alfa? —comentó María. Miró a los hombres que habían dejado atrás, todos habían vueltos a sus labores, olvidando la presencia de Alexa.

—Vale, bien… —Alexa se alejó de María y se acercó a un sillón—. ¿Puedo sentarme?

—No —respondió Jason. La bruja que ya estaba a medio camino de sentarse forzó sus piernas y cayó de costado al suelo—. ¿Esta es la bruja que pretendes que te proteja?

—No creí necesitar a nadie para protegerme —confesó María.

—Claro, y los dragones existen.

—De hecho, en los libros… —Alexa iba a seguir contradiciéndolo, pero con una sola mirada fiera de Jason tuvo suficiente para mantenerse en silencio.

Con rapidez, el cazador, esparció sal gruesa por la entrada de la puerta y las ventanas, formando líneas divisorias entre lo que podía acecharles fuera y la seguridad dentro del salón. Quitó la moqueta del suelo y dibujó unas runas con aerosol rojo. Una vez hecho, tomó una bocanada de aire y cargó la escopeta, pues no podía relajarse.

Sin embargo, la preocupación del cazador se agudizó cuando vio que, dentro de su barrera de protección, María empezaba a sentirse mal. Miró hacia Alexa, ella seguía normal y, de hecho, se había acercado hacia su amiga para sostenerla del brazo.

—¿Qué coño le hiciste? —lo atacó Alexa.

—Nada. —El rudo cazador dio unos pasos hacia María y olfateó hondo. En ella sintió una mezcla de azufre y sexo, que le recordaba a la condena eterna de alguien que ya tenía su alma corrompida—. ¿Cuántas veces has tenido relaciones sexuales con Érebos? —María abrió la boca un segundo. La cerró cuando se dio cuenta de que fueron tantas que no las podía contar—. Lo imaginaba.

—¿Qué pasa? —preguntó María. Alexa la acompañó hasta una silla donde le ayudó a sentarse —. He salido bien de todos esos encuentros.

—Tú sí, pero tu alma no —aclaró Jason—. Estás corrompida.

—Pero, él…

—Es un ser de oscuridad, María, no un cachorrito al que ponerle lacitos.

—Sería más como el papá de bambi —susurró María.

—¡Me importa una mierda! —Alexa iba a hablar, pero la señaló—. ¡Tú, cállate, puta!

—¡Me dan ganas de achucharte a mi hurón! —gritó Alexa. Raúl se colocó más sobre su hombro y empezó a emitir un bufido, mientras mostraba los dientes.

—No quiero escuchar nada que provenga de una bruja como tú y guarda a ese animal con rabia.

—¡El único animal con rabia eres tú!

A Jason se le escuchó gruñir y por un segundo el color plateado de sus ojos pareció brillar en la oscuridad.

—Para de gritar y no me agotes la paciencia.

—¡Dejad de discutir! —gritó María—. Por favor, estoy asustada.

—¿Ahora estás asustada? —Jason dejó salir una sonrisa sarcástica escasa de buen humor—. No me hagas reír. Debiste tener miedo la primera vez que te follaste a ese ser.

María se quedó callada. Jason tenía razón, pero no podía evitar pensar en Érebos de forma distinta. Era una idiota por pensar que quizá podría cambiar a ese Dios primordial o enseñarle que detrás de toda su oscuridad, había un poco de esperanza y amor.

—Voy a contaros todo lo que he averiguado, porque esto nos concierne a todos y me habéis metido a mí. —Hizo una mueca de desagrado y dejó un libro de apuntes sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —preguntó Alexa y cuando fue a tocar el libro, Jason le dio manotazo en la mano para que ni siquiera lo rozara—. ¡Eh!

—No se tocan mis cosas —advirtió el cazador.

—De acuerdo, señor gruñón. —Alexa tomó asiento al otro lado y apoyó los antebrazos sobre la mesa para estar atenta a las explicaciones de Jason.

—Estos son apuntes que he hecho desde que inicié siendo un cazador, es decir, desde niño. De aquí saqué una parte para crear el libro que María leyó, pero en ese libro no está todo.

—Así que ese libro es como tu santo grial —comentó María.

—Así es, todo ser que respire o simplemente exista en Dolwill, está aquí junto a la forma de destruirlo. Claro, todo se complica cuando es un Dios primordial. La única forma de acabar con Érebos sería encontrar dónde está sellado su cuerpo y quemarlo.

—Espera… —A María le costó tragar saliva—. ¿Por qué quieres acabar con él?

—¿Cómo que por qué? —Jason arrugó la nariz y se encogió de hombros—. Nos está manipulando a todos.

—¿Hay pruebas?

—¿Eh?

—Pruebas —repitió ella—. Soy periodista, sin pruebas no hay delito.

—¿Qué más pruebas quieres si es el único Dios primordial aquí que, además, está maldito por Gula? ¡Es un demonio, María!

Ella suspiró hondo y con dificultad por el mal estar que le ocasionaba esa restricción en el salón, se levantó de la silla. Negó con la cabeza y dio unos pasos hasta mirar por la ventana.

—Érebos está perdido —comentó—. Juega con asustarme porque quiere alejarme de él. Tiene apego evitativo.

—Un demonio. —comentó Jason. María asintió—. Un demonio tiene apego evitativo y necesita ser tratado por un terapeuta, ¿eso intentas decir?

—Sé que suena raro, pero…

—¡Es absurdo!

—¡Y si no fuera él quién está manipulando a todo el mundo! —siguió María. Caminó hacia Jason y éste resopló—. ¿Matarías a un inocente?

—¿Inocente? ¡Es un caníbal!

—¿Tú tienes las manos limpias, Jason? —Éste gruñó después de una pausa y sus ojos miel miraron a otro lado del salón—. Lo imaginaba.

—Sigue siendo un demonio, no me va a temblar el pulso.

—No lo es del todo, y sé su naturaleza, pero solo digo que quizá no siempre es culpa de quien parece culpable.

Jason volvió a resoplar, como un toro embravecido. Se sentó en las sillas con las piernas abiertas y acarició su largo cabello con ambas manos, mientras echaba la cabeza hacia atrás. Se le notaba hastiado por la situación.

—Alguien juega con nuestro tiempo vital y nadie se da cuenta —comentó el cazador—. Los días acaban y empiezan cuando quiere. Los niños del pueblo crecen desigual y algunos de un día a otro, pasan de ser críos a adultos. Siempre se ha dicho que el tiempo es relativo, pero hay alguien que lo domina. Que tiene acceso al pasado, presente y futuro y hasta la fecha, solo los ángeles como Gabriel o Miguel podían hacer tal cosa. Sin embargo, esto lo usa a su favor. Vamos adelante y atrás, como si estuviéramos en un circo y fuéramos sus propios payasos. —

Pasó las páginas del libro hasta que encontró dos fotografías de Naminé. En una se veía como una niña de unos doce años y la otra ya tenía la apariencia del día anterior en el que había estado con Damon—. ¿Veis la diferencia? ¿Cuánto tiempo creéis que ha pasado desde una foto y la otra?

—¿Diez años? —preguntó Alexa.

—Un día —aclaró Jason—. Un maldito día, y su hermano sigue igual. A alguien le interesaba que esa niña creciera rápido. ¿Por qué? No lo sé. Ella no lo ha notado, le han puesto recuerdos vacíos en su mente para que crea que todos esos años han pasado de verdad.

María se acercó con lentitud y miró de reojo al hurón que atendía la conversación.

—Estás diciendo que alguien… ¿es dueño del tiempo? —preguntó la joven con la voz temblorosa.

—Así es —aceptó Jason—. Y hay más, creo que controla todo. Lo que hacemos, lo que no. Cómo actuamos, si morimos. Todo.

María observó de nuevo a Raúl y cuando lo hizo, el animal la observaba tan fijamente que juro verse en la oscuridad de los botones negros que formaban sus pequeños ojos redondeados.

—No es Érebos —dijo tajante.

—Entonces, ¿quién? —siguió Jason. Él y Alexa la miraban sin pestañear.

María tomó aire, sabía todo lo que estaba en juego. El hecho de que Juliet seguía con vida y que la quería muerta. Lo fácil que sería reemplazarla. Tragó saliva y miró sus manos, que jugaban nerviosas sobre la mesa, apretándose los dedos.

—No lo sé —siguió con un hilo de voz. Sus mejillas empezaron a mojarse—. Pero Érebos no es. Él está lastimado, necesita…

—Ya, amor —interrumpió Jason—. Has visto demasiadas películas, ¿verdad? Mientras que estemos aquí, somos los juguetes del que tiene nuestras vidas en la palma de la mano. Si me encuentro con Érebos, lo mataré. No voy a dejar que los humanos del pueblo, incluyendo nosotros estemos sentenciados por una entidad maligna y superior que se aburre en sus ratos libres.

—No creo que sea algo tan simple —siguió María.

—Te has enamorado de un monstruo.

—Me he enamorado de un Dios, y no hay mayor muestra de amor que esa. Érebos puede haber cometido mil atrocidades, pero ¿quién nos dice que él no está siendo manipulado también?

Jason negó, sin embargo, llevó la mirada hacia el libro. Apretó la quijada y aunque le molestara admitirlo, la realidad era que no tenía suficientes pruebas para sentenciar por completo a Érebos. Y sí, no dejaba de ser un Dios a pesar de su maldición como Gula.

—Por el momento, quiero que os quedéis bajo la supervisión de mi familia —siguió Jason. Miró hacia Alexa—. Sí, tú también. Aunque estarías mejor muerta.

—Lo mismo digo —respondió ella.

—Me alegra ver que los dos tenemos buenos deseos para con el otro.

—Ansío bailar cuando los demonios te maten.

—A tu salud brindaré cuando tú seas la primera.

Los dos forzaron una sonrisa mientras se miraban.

—No empecéis… —se quejó María, llevándose una mano a la sien.

Mientras varios de los cazadores llevaban colchones al salón para que María y Alexa se quedaran allí esa misma noche, Jason abrazó con fuerza a su hija. Acarició su pelo castaño y le dejó un beso en la frente, arrodillado frente a ella.

—Tienes que ir con mamá —le dijo—. Sabes que está enferma, así que hazle fácil tu cuidado.

—En la casa de mamá pasan cosas raras —comentó la niña. Se aferró al cuello de su padre y sus ojos castaños empezaron a llorar. Las lágrimas empaparon sus mejillas y con pesar, sacó morritos—. No quiero ir con mamá.

—Aquí todo es más peligroso, renacuaja. —Jason le dejó su collar, uno que formaba la cruz católica. Bendecido para que la protegiera si había algún fantasma en la casa—. Ningún fantasma se acercará a ti, te lo prometo.

—¿Ni siquiera los que vuelven loca a mamá?

—Ni siquiera esos. —La niña le dio un último abrazo y cuando la levantó en brazos, se la dejó a otro de los cazadores que lo acompañaba—. Lleva a Alba con su madre, cuando todo se calme aquí, la iremos a buscar.

***

La noche avanzó y mientras María intentaba dormir, Alexa miraba desde el sofá como Jason alimentaba el fuego de la chimenea con nuevos troncos. Lo miraba fijamente, mientras acariciaba el pelaje suave de Raúl, el cual fingía dormir a la perfección.

—¿Qué miras tanto, bruja?

—Estabas más bonito callado. —Él la miró de reojo. Alexa sonrió levemente y suspiró hondo —. Te vi interactuar con… ¿Alba?

—Es mi hija —dijo él, por si no estaba suficiente claro—. Obviamente no la voy a tratar como a ti.

—Me sorprendió ver esa parte de ti, teniendo en cuenta que lo único que haces es hablarme mal, atacarme e insultarme. —Él no le respondió. Cogió la barra de hierro de la chimenea y movió la madera para que fuera antes consumida por las llamas—. ¿Por qué te dedicas a esto? Teniendo una hija es demasiado arriesgado.

Jason detuvo los movimientos y su mirada se perdió en el fuego.

—Mi mujer está maldita —contó, tomó una bocanada de aire—. Y yo también. Me aterra dejar sola en el mundo a Alba. Además, mi sangre es la de un cazador. Por mucho que huya, no puedo escapar de lo que soy.

—Puedo notar lo tuyo, pero ¿qué le pasa a tu mujer? —Jason la miró sobre el hombro—. Si no quieres, no me lo cuentes.

—Todavía no lo sé —confesó Jason—. Por eso estoy intentando encontrar a alguien.

—Ya veo, no te mueve solo el odio. Es venganza lo que corre por tus venas.

—Y le impediré que mi hija corra el mismo destino que nosotros.

***

Cuando incluso el lobo se había dormido sobre el sillón, iluminado por las pocas brasas que quedaban en la chimenea, María se levantó del colchón. Se mordió el labio inferior y atendiendo a su corazón más que a su parte racional, salió de la casa, esquivando a los cazadores que dormían desperdigados por el suelo como animales.

Corrió bajo la noche que se cernía oscura y fría sobre ella. La lluvia mojaba su piel y empapaba su ropa, pero acostumbrada al clima de Dolwill, siguió sus pasos. Ignoró la mansión Evans que, por la noche, pareciera más tétrica y dejó por alto el aquelarre que rezaba y cantaba en el cementerio. Las lápidas le dieron la bienvenida mientras pasaba por el único camino que llevaba al bosque y que cruzaba aquel camposanto. Se metió en el bosque, sin reparo, sin miedo. No quiso saber qué eran las sombras con ojos brillantes que la acechaban ni los sonidos de pasos que había tras de ella mientras corría. Sus pulmones se apretaron para gritar un solo nombre.

—¡Érebos! —Y con ese llamado, toda criatura del bosque sabía que llamaba al dueño de este y que no podían tocarla—. ¡Érebos, necesito hablar contigo!

—Estoy aquí.

María se giró sobre sus propios talones. Lo vio como un Wendigo, con los ojos rojos iluminados en la oscuridad. Sin embargo, a pesar de su apariencia terrorífica, alta y corpulenta, María no le tuvo miedo. Empezó a llorar y de un salto se colgó de su cuello, abrazándolo. A él le costó, pero terminó por rodear su cuerpo y estrecharla. La levantó del suelo y la cargó con una suavidad impropia de alguien como él.

—¿Qué te pasa? Venir al bosque de noche es peligroso.

—Cualquiera diría que te preocupas por mí.

—Si vienes desesperada y llorando, pues… —Iba a seguir diciendo que sí que estaba preocupado, pero a riesgos de perder su reputación de ser insensible y caníbal, se quedó con la palabra en la punta de la lengua—. ¿Qué haces aquí? Responde.

María se quedó mirándolo un momento y apoyó las manos sobre su pecho, mientras con las piernas le abrazaba la cintura.

—Si quisiera detener el tiempo, ¿cómo podría hacerlo? —preguntó la periodista. Pudo distinguir una pequeña mueca en la cadavérica expresión de Érebos.

—¿Eso se puede hacer? —contestó.

—Lo sabía, no eres tú.

—No soy yo, ¿qué?

—Necesito hablar a solas contigo.

—Entonces espera, los árboles suelen ser un poco charlatanes.

María se quedó con la boca entreabierta y mientras Érebos la llevaba a su cabaña en brazos, ella no pudo dejar de mirar a los árboles que los rodeaban, intentando escuchar alguna conversación.

Érebos pateó los cuerpos de la entrada para hacerse paso. Cerró la puerta a sus espaldas y dejó a María sobre la camilla de metal repleta de sangre en la que hacía sus carnicerías particulares. Vio los grilletes atados a cadenas de hierro y por un instante, sintió el frío y el miedo que los humanos sentían antes de terminar en las fauces de Gula.

—Bien, aquí estamos a salvo. —Érebos colocó una mano a cada lado de la cadera de María, apoyado sobre la mesilla y ladeó la cabeza—. Cuéntame, ¿por qué llorabas tanto?

—Estás en peligro, Érebos —lo advirtió—. Te creen culpable de lo que está pasando en el pueblo. Jason quiere acabar contigo.

—No te entiendo.

—Alguien nos está manipulando a todos y, creen que eres tú.

—Ni puedo con mi propia existencia, menos puedo manipular a los demás.

—Eso les dije.

Érebos se alejó de María y se cruzó de brazos. Suspiró hondo y negó.

—Siempre tiene que haber un culpable, supongo —comentó con resignación.

—Pero, no puedes simplemente dejar que te culpen.

—Siempre hay un culpable, María. No importa si es el verdadero o no. Los humanos necesitan creer en el bien y el mal y pensar que el mal está cernido sobre ellos cuando erran. Aunque no tuviera culpa, con solo el hecho de que la sangre de Gula corra por mis venas, soy culpable. Es automático, aunque el humano sea un cazador. Esa es su forma de pensar.

—No la mía. —María alargó el brazo y sujetó la mano de Érebos. Con suavidad, le rozó los nudillos—. Creo que sé quién es.

Érebos miró sus manos unidas y como un auto reflejo aceptó sus caricias, otorgándole otras.

—¿Quién?

—¿Sabes quién es Raúl? —Los ojos rojos de Érebos se oscurecieron, quedándose con un rojo

granate—. Veo que sí.

—¿Crees que es él?

—Pues…

—¡Maldición! —Soltó la mano de María y se llevó ambas a la cabeza. Se apretó los cuernos con desesperación y gruñó en voz baja—. Tanto que decía que no se la jugara y ahora es él quién está intentando ponerme la guadaña en la garganta.

—Espera… —María arrugó la nariz e incrédula, bajó de la camilla—. ¡¿Estabas trabajando con él?! —Érebos asintió—. Él ha estado…

Iba a contarle todo. Con pelos y señales, pero de repente las palabras no salían de su boca. Desde la ventana de la cabaña observó el rostro de Raúl, con los ojos tan negros como el abismo que se dibujaba cada vez más profundo en su alma. María tragó saliva, lo escuchó susurrar en su cabeza, anunciando una muerte prematura. Suya y del propio Érebos, condenándolo al infierno de por vida.

—¿María? —preguntó Érebos. Ella lo volteó a ver y cuando llevó la mirada de nuevo hacia la ventana, Raúl ya no estaba.

—Ten cuidado con tus amistades —siguió María, sin contarle todo, con la voz temblorosa—. Cuídate las espaldas, Érebos, por favor. —Y estalló a llorar de nuevo—. ¡No me importa si ya no me sacas de esta mierda de pueblo, solo quiero que no te maten y tampoco quiero morir! ¡No quiero ir al infierno!

—María, ey. —Érebos le sujetó los brazos y ella siguió repitiendo que no quería ir a perderse en el infierno. Al fin, sus brazos fueron arropados por el Wendigo que tanto quería y la apretó para calmarla—. Inhala, exhala. No va a pasar nada.

—¡Eso no lo sabes! —lloriqueó María—. Soy mortal, Érebos. ¡De hecho, solo me quieres como recipiente para la loca de tu exmujer!

Érebos aflojó los brazos. María entonces se dio cuenta de sus palabras y llevó la mirada hacia arriba, intentando descifrar que tanto había metido la pata.

—No sabes nada de Juliet. —La voz de Érebos se había engrosado por la rabia, pero se sorprendió que no tomara distancia con ella.

—Perdona.

Se quedaron en silencio. Un silencio incómodo y demasiado largo para soportarse. Érebos suspiró hondo y se encogió de hombros.

—Quería hacerlo, que Juliet volviera con tu cuerpo —confesó—. Para eso necesitaba matar a Damon.

—¿Matarías a tu propio hijo para devolverla a la vida?

—Mataría a cualquiera, pero no he querido perderte a ti.

La respiración de María se entrecortó y mientras que sus mejillas se teñían de rojo, sus manos

se cerraron en la camisa de Érebos, tirando levemente de él para que se acercara.

—Necesito besarte —pidió y como si fuera un mandato divino, Érebos volvió a su apariencia humana y prestada por uno de sus últimos desafortunados huéspedes, para acto seguido, fundirse en un beso con ella. Tan húmedo e intenso, como lleno de amor por parte de los dos. Aunque ninguno lo hubiera dicho con todas las palabras.

—Dime una cosa —murmuró María, entre los labios de Érebos. Éste parecía que le era imposible alejarse—. ¿Fuiste tú el que lastimó a Damián?

—No —murmuró sobre su boca—. De alguna forma te tenía que asustar.

—Entonces, fue tu compañero.

—Así es.

—¿Qué pasaría si él sabe que Jason está descubriendo cosas que no debe?

Érebos dejó de besarla y se quedó a centímetros de su boca.

—Jason tiene una hija, iría a por ella.

El peso del mundo y de todos los secretos que María guardaba cayó sobre sus hombros como hormigón. Exhaló, recordando que la niña había sido enviada por su madre y se alejó de Érebos.

—La niña… —susurró—. Tengo que volver con Jason, ¡se han llevado a la niña!

Capítulo 25: La sonrisa de Death.

La niña, con su vestido blanco y las zapatillas gastadas, se retorcía en el asiento trasero del coche, mirando por la ventana mientras los árboles pasaban a toda velocidad bajo la luz de la luna. La carretera estaba desierta, y la oscuridad envolvía el vehículo como una manta fría. Mantenía su lobo de peluche apretado contra el pecho, su único consuelo en medio de esa noche interminable.

El cazador que la llevaba, un hombre al que conocía bien por ser parte de los más fieles de su padre iba en el asiento delantero, conduciendo en silencio. Había algo en su quietud que la inquietaba. No había dicho una palabra desde que habían salido del pueblo, y cada tanto, sus manos parecían temblar levemente sobre el volante, como si intentara controlar algo dentro de sí mismo.

—¿Cuánto falta para llegar con mi mamá? —preguntó la niña con un tono tímido.

El hombre no respondió al principio, y ella vio cómo su mandíbula se tensaba antes de que sus labios se curvaran en una sonrisa que no alcanzó sus ojos.

—Pronto —dijo con voz gutural.

La niña volvió a mirar por la ventana, pero algo no estaba bien. Las señales de tráfico no eran las mismas que recordaba del camino que solían tomar para ir a casa de su madre. Ese camino era más estrecho, más solitario, y los árboles parecían inclinarse hacia el coche como si quisieran envolverlo.

—Este no es el camino a casa —murmuró para sí misma, sus ojos marrones brillaron con temor.

Intentó mantener la calma, como le había enseñado su padre, pero el nudo en su estómago crecía con cada kilómetro que recorrían. Giró la cabeza hacia el hombre que la acompañaba y, por primera vez, lo observó realmente. Vio cómo sus manos apretaban el volante con tal fuerza que los nudillos estaban blancos, y el temblor que antes era leve, en ese instante parecía una sacudida incontrolable.

—¿Señor...?

La piel que cubría el rostro del hombre ya no le pertenecía. La niña sintió el miedo deslizarse por su columna como un cubo de hielo cuando el hombre giró la cabeza lentamente hacia ella con una sonrisa torcida. Fue entonces cuando lo vio: sus ojos eran negros. No solo oscuros, sino completamente vacíos, dos agujeros que absorbían la luz, dos abismos que la miraban con un hambre.

—¿Adónde... adónde vamos? —balbuceó la pequeña Alba.

El demonio que había fingido ser un hombre se rió, un sonido rasposo y distorsionado que llenó el coche como un crujido de ramas secas quebrándose bajo un peso invisible.

—Tu padre me la puso demasiado fácil, pequeña —se burló—. ¿En serio pensabas que te llevaríamos con tu mamá? ¿Con qué propósito?

La niña retrocedió en el asiento, acurrucándose contra la puerta, pero no había a dónde escapar. La cerradura estaba echada, y el cinturón de seguridad la mantenía atrapada, fija a ese lugar.

—No me hagas daño —suplicó, sintiendo cómo las lágrimas empezaban a nublar su visión. Sin embargo, no se atrevió a llorar. Sabía que no debía mostrar debilidad, como su padre le había enseñado.

El demonio se rió de nuevo, esta vez más bajo y cruel. Extendió una mano hacia ella y tocó uno de sus mechones de pelo.

—Oh, niña... —susurró—. No tienes idea de lo que está a punto de ocurrir.

De repente, el coche dio un bandazo violento hacia un lado. Algo invisible lo había golpeado desde fuera. La niña gritó, cubriéndose la cabeza con los brazos. El vehículo se detuvo bruscamente al borde del camino, y ella aprovechó el caos para desabrochar el cinturón de seguridad, luchando contra el temblor de sus propias manos.

El demonio la miró, y en sus ojos vacíos brilló un destello de ira.

—No vas a escapar —escupió—. Nunca vas a escapar.

Alba, desesperada, cogió el pomo de la puerta y tiró de él con todas sus fuerzas. La puerta cedió. Saltó del coche y cayó sobre el suelo áspero, rasgándose las rodillas. No le importó.

—Corre... corre... —se dijo a sí misma, poniéndose de pie.

Con el corazón martilleándole en el pecho, echó a correr hacia el bosque oscuro, hacia la única esperanza que tenía. Pero, incluso mientras huía, podía sentir la presencia del demonio detrás de ella.

El demonio, que estaba a punto de lanzarse hacia la niña que corría desesperadamente entre los árboles, fue arrancado de su presa por un golpe brutal que lo envió a estrellarse contra el coche. El impacto fue tan fuerte que el metal crujió y las ventanas se hicieron añicos, esparciendo cristales como estrellas caídas sobre el asfalto. El demonio se incorporó lentamente, la furia transformó su rostro humano en una mueca grotesca y aterradora. Su figura comenzó a cambiar. La carne y los huesos que lo componían eran una mera ilusión, y en su lugar quedó una entidad mucho más temible: Death.

Los ojos negros de Death, se estrecharon cuando vio a la figura que se levantaba frente a él. Damián. Aquel que había enfrentado la oscuridad y casi había sido consumido por ella, el ángel caído al que él mismo había destrozado semanas antes.

Damián se quedó en mitad de la carretera, el viento agitó su cabello negro como un manto de

bondad a pesar de la oscuridad que lo rodeaba. Sus ojos, decorados con profundas ojeras, parecían dos pozos sin fondo que mostraban un cansancio más allá de la comprensión. Sus hombros, que alguna vez sostuvieron un par de alas majestuosas, estaban desnudos y cubiertos de cicatrices irregulares.

—Death —murmuró Damián—. Nos volvemos a encontrar.

El demonio se burló, y la risa que salió de su garganta fue un sonido irritable. La piel que había usado para disfrazarse como humano se deslizó de su cuerpo en jirones. Se vio como Raúl, pero con la piel marcada por sellos que encerraban los espíritus en su tortura en la muerte.

—Creí que te ibas a esconder para siempre, pero veo que eres estúpido —se burló Death—. Aunque sería difícil huir de mí después de lo que pasó la última vez.

—No voy a huir —su respuesta cortó la distancia entre los dos con la fuerza de una espada. Levantó la barbilla, viéndose tan brillante como la luz que una vez había emanado de sus alas—. Jamás huiré si de mí depende una vida humana.

Death se quedó mirándolo por un buen rato. No sabía si despreciarlo o admirarlo. Había sentido su miedo antes, cuando lo había atrapado entre sus garras, cuando casi lo arrancó de la existencia misma. Pero, ese miedo parecía haber sido reemplazado la furia de un ser que había perdido todo y, a pesar de ello, seguía de pie, negándose a inclinarse ante el destino que otros habían trazado para él.

—Eres admirable, Dami —siseó el Death. Avanzó lentamente hacia él—. Ya te quité lo que más amabas. ¿Qué más piensas ofrecerme? ¿Qué más puedes perder?

Damián esbozó una sonrisa amarga, un gesto que le costó más esfuerzo del que hubiera querido. Todavía tenía la capacidad de levantarse y desafiar a la entidad que lo había dejado roto.

—No es cuestión de lo que puedo perder, Death. Es cuestión de lo que ya no puedes arrebatarme.

En ese instante, Death pudo ver que Damián, a pesar de haber sido mutilado, a pesar de haber caído de la gracia de los cielos, tenía algo que no podía ser destruido: su voluntad.

—Eres un estúpido, ángel —espetó Death—. Esta vez no habrá misericordia.

Damián no retrocedió. Plantó sus pies en la tierra. Era un guerrero sin armadura, un ángel sin alas, sin cordura, pero con la fé intacta.

—No he pedido misericordia, prometo tampoco dártela a ti.

Sin más advertencia, se lanzó la primera ofensiva.

Death se abalanzó sobre Damián con una velocidad inhumana, un borrón oscuro que rompió el espacio tiempo con un crujido seco. Sus garras, largas y afiladas como cuchillas, se hundieron en el pecho de Damián antes de que pudiera reaccionar, abriéndole la piel como si fuera papel. La sangre brotó de inmediato, caliente y espesa, empapando la camisa rasgada del ángel caído. Damián retrocedió. Apretó los labios para no gritar, mientras sus ojos fulminaban a la criatura

que lo había atacado.

—¿Eso es todo? —se burló Death, sus garras goteaban sangre mientras avanzaba con lentitud. Disfrutaba de la visión de Damián retorciéndose de dolor—. ¿Es esto lo que queda de un ángel?

Damián apretó los dientes, y, a pesar del dolor, un brillo de furia se encendió en su mirada. Levantó una mano, y de su palma surgieron hilos de luz dorada, como hilos de seda reluciente que se elevaron entre los dos. La luz se intensificó. Iluminó el entorno con un resplandor cegador, y en un solo movimiento, Damián lanzó los hilos hacia Death. Las siluetas de luz lo rodearon, apretándose a modo de red que ardía contra su piel, y Death dejó escapar un gruñido furioso cuando la carne se le chamuscó bajo el poder celestial.

—¡Maldito seas! —bramó Death.

Damián no le dio tiempo. Empujó con todas sus fuerzas, canalizando su energía a través de los hilos, y la luz ardió más. Brillante, como el sol mismo. Death gritó, se retorció de dolor mientras la piel oscura se deshacía, exponiendo huesos y tendones ennegrecidos. La sangre del demonio, negra y espesa como brea, goteaba al suelo, chisporroteando cuando tocaba el asfalto.

—¿Sigues creyendo que puedes ganarme? —jadeó Damián por el esfuerzo.

Death sonrió. Con su sonrisa repleta de dientes afilados y oscuros, que no pertenecía a ningún ser vivo.

—Ni siquiera has empezado a entender mi poder —siseó, y, con un grito desgarrador, arrancó los hilos de luz de su cuerpo, rompiéndolos como si fueran cadenas de humo.

Death se lanzó hacia él, y esa vez fue como si la oscuridad misma se hubiera materializado en petróleo. Una sombra espesa y abismal envolvió a Damián, hundiéndose en su piel, sofocándolo, ahogándolo. Los ojos de Damián se abrieron de par en par, y la sombra se coló por su boca, por su nariz, llenándolo de frío, un frío que cortaba como el metal en invierno. Intentó gritar, pero el sonido murió en su garganta.

Death se alzó sobre él, dominando la lucha. Con las garras se clavó al rostro de Damián, presionando, hundiendo los dedos en la carne.

—Voy a arrancarte el alma, ángel —susurró Death, y su voz era un cuchillo que perforaba el cerebro de Damián—. Voy a devorarte y no quedará nada de ti, nada más que un suspiro perdido en la oscuridad. Sabré que sabe el alma de un guerrero de Dios.

Con un esfuerzo sobrehumano, Damián levantó su brazo y lo envolvió en una energía dorada que brilló como mil estrellas. Esa luz, esa última chispa de su esencia, se concentró en su mano, que temblaba bajo el peso del poder que reunía.

—El mal jamás vencerá, al menos mientras yo viva.

Clavó la mano envuelta en luz directamente en el pecho de Death. Atravesó la carne y el hueso,hasta alcanzar lo que latía con un pulso negro y venenoso. Death gritó. Un alarido que hizo temblar la tierra, y el petróleo que lo rodeaba se desvaneció de golpe, liberando a Damián.

La luz estalló desde dentro de Death, desgarrando su forma, incinerando cada fibra de su ser mientras intentaba aferrarse a lo que quedaba de su esencia. Damián cayó de rodillas. Jadeaba, con la sangre corriendo por su pecho y sus brazos, temblaba. Sin embargo, no apartó la mano del cuerpo de Death hasta que lo vio desmoronarse. Ambos cayeron al suelo a la vez, pero con la diferencia de que, aunque Damián seguía respirando, Death ya no lo hacía. Sin embargo, sonrió antes de morir.

***

Eiden llegó al lugar como un fénix de fuego que pronto se hizo humano. Su cabello rojo ardía bajo la luz de la luna, y sus ojos, dos brasas encendidas, buscaron de inmediato a Damián. La carretera estaba teñida de sangre y muerte. Eiden no se detuvo a observar los restos del demonio desvaneciéndose en la penumbra. Solo tenía un objetivo.

Damián yacía en el suelo, con la respiración débil y el cuerpo cubierto de cortes y heridas sangrantes. Eiden se arrodilló a su lado, sin dudar, y lo levantó en brazos con una delicadeza que contrastaba con su brutal apariencia. La armadura medieval que llevaba relució, como si fuera parte de una película de príncipes y princesas.

—Tranquilo, estoy aquí —murmuró Eiden, aunque sabía que Damián apenas podía escucharle en ese estado. Lo sostuvo con firmeza, y por un momento, los brazos del rey temblaron bajo el peso. Sintió el agotamiento y dolor que notaba Damian.

Damián entreabrió los ojos. El destello de fuego en la mirada de Eiden fue lo primero que vio, como si el mismo sol se reflejara en sus pupilas. Se quedaron mirándose, perdidos en esa fracción de segundo y aunque ninguno controlaba el tiempo, pareció detenerse. Damián intentó decir algo, pero las palabras no encontraron fuerza para salir, y sus labios solo se abrieron. La expresión de Eiden, normalmente dura y severa, se suavizó por un instante.

—Vamos a casa, —susurró el rey.

Sin más demora, giró sobre sus talones y empezó a caminar. Sujetó a Damián firmemente contra su pecho, como si fuera el objeto más preciado que hubiera sostenido jamás.

Llegaron a la mansión Evans. Eiden empujó la puerta con un hombro y caminó por los pasillos hasta la habitación de Damián. Entró y se acercó a la cama.

Con cuidado, más cuidado del que había mostrado en cualquier batalla, lo depositó sobre las sábanas, asegurándose de que su cabeza quedara apoyada suavemente sobre la almohada. Se quedó mirándolo un instante, sin apartar la mano del pecho de Damián. Quería sentir el latido de su corazón para asegurarse de que estaba vivo, de que la vida no se le escaparía en ese momento.

—¿Lo hice bien? —preguntó el ángel, con la voz baja, rota y débil.

—Claro que sí.

—Temí no ser suficiente. No suelo ser suficiente para nadie, ni siquiera para mí padre.

—Eres más fuerte de lo que crees, ¿sabes?

Eiden dejó que sus dedos rozaran la piel de la clavícula de Damián, donde quedaban las marcas de la lucha, y una extraña sensación se agitó en su pecho.

Eiden dejó que sus ojos se perdieran en el rostro de Damián, en la forma en que su cabello oscuro caía sobre su frente, en cómo sus labios entreabiertos parecían susurrar algo que no podía escuchar. En ese instante, la distancia entre ambos, la batalla, la sangre y la furia, todo desapareció. Lo único que quedó fue esa extraña conexión que no podía explicar. Ardía en su interior como el fuego que siempre había llevado consigo.

—Ahora descansa —le pidió Eiden—. Estoy aquí.

—Pero, no te irás, ¿verdad?

—Bueno…

—¿Al menos hasta que me duerma? Por favor.

Se quedó allí, sentado a su lado, como un guardián de fuego en la oscuridad, dispuesto a protegerlo de cualquier sombra que intentara llevárselo de nuevo.

***

El hurón, se acurrucaba en el alféizar de la ventana del salón, observando la luna que colgaba en el cielo como un ojo frío y distante. Sus pequeños ojos oscuros reflejaban la luz pálida, y por un momento, parecía que la calma nocturna era suficiente para mantener sus pensamientos a raya. Se sentía inquieto. Notaba un retorcimiento constante en su pecho, una presión que no podía ignorar. El pacto que había hecho con Death parecía estar rompiéndose.

Raúl no pudo soportarlo más. Con un ágil movimiento, saltó del alféizar y corrió hacia la puerta trasera. Se deslizó por una rendija antes de que alguien pudiera detenerlo.

En cuanto cruzó la línea de los árboles, su cuerpo comenzó a cambiar. La transformación fue rápida, un estallido de huesos y carne que se estiraban y volvían a colocarse en su lugar. En un segundo, Raúl estaba de rodillas en el suelo, en su forma humana. Su cuerpo desnudo temblaba bajo la luz de la luna. Sus hombros subían y bajaban con cada respiración, como si acabara de emerger de un mar profundo y oscuro. Jadeó, intentando recobrar el aliento que parecía habérsele escapado por completo.

—No... no... —susurró, llevándose una mano al pecho, donde el vínculo con Death latía como un hierro al rojo vivo. Podía sentirlo, sentir cómo el alma que había compartido con él se desvanecía, cómo ese lazo que lo había mantenido atado durante tanto tiempo se deshacía en la nada, dejándolo vacío, desnudo ante el mundo.

Raúl cerró los ojos con fuerza, pero las lágrimas se filtraron igualmente. Corrieron por sus

mejillas con un ardor que lo dejó ciego. No quería creerlo, no quería aceptar lo que significaba. Death, esa presencia constante, se había ido. No solo destruido, sino arrancado de su existencia de una forma que dejaba un vacío imposible de llenar. Ese vacío se expandía en su pecho, devorándolo desde dentro, como un agujero negro que absorbía todo lo que alguna vez había sido.

—No... por favor... —sollozó, sus palabras rotas escaparon de sus labios.

El barro y las hojas secas se pegaron en su piel, y se inclinó hacia adelante. Queriendo que la misma tierra lo consolara, aunque sabía que no había consuelo para lo que sentía.

Raúl se aferró a su propio pecho, intentó contener el dolor que lo desgarraba. Sintió el alma de Death desmoronándose, fragmentándose como un espejo roto, y con cada fragmento que caía, una parte de Raúl también desaparecía. Era como perderse a sí mismo, como si alguien hubiera arrancado la mitad de su existencia y la hubiera arrojado al abismo.

—Maldita sea... ¡maldita sea! —gritó, con la voz ahogada por el llanto. sus puños golpeando el suelo con fuerza.

El hechicero que había sido invencible, el hombre que había compartido su alma con una entidad oscura y terrible lloraba como un niño perdido. Y la luna, que lo había observado desde el principio, lo miraba sin piedad.

Había vuelto a pasar, Eiden y los suyos le habían arrebatado una vez más, alguien a quien amaba.

Fue así como ignoró el peligro, y cuando Eiden ya se encontraba sentado en el trono, lo vio aparecer en la estancia, sujetando a Alice y dejando el filo de un cuchillo en su cuello.

—¡Zarek! —gritó Eiden, se levantó, pero al ver que la sangre de Alice manchaba el filo del cuchillo, se estuvo quieto.

—Alto, hermanito… —gruñó Raúl, con los ojos brillando en lágrimas.

—Suéltala.

—¡A mí no me des órdenes! —Alice gimoteó por el dolor del corte que empezaba a verse en su cuello—. Me lo has vuelto a quitar todo.

—Sabes bien lo que quiero —insistió Eiden.

Raúl sonrió con sarcasmo y rabia.

—¿Te das cuenta?

—¿De qué?

—La gente dice que la muerte te lo quita todo, pero la vida no hace más que jugar con tu dolor para darte supuestas lecciones que nadie le pidió. Te arrebata lo que más amas y te hace aceptar que todo el mundo es pasajero. Dime entonces, hermano, ¿Cuál es el más cruel de los dos? ¿El que engaña con una dulce mentira, o el que otorga una cruel realidad?

—Es algo irrelevante.

—Lo es cuando no te conviene responder. —Los guardias de Eiden irrumpieron en la sala. Sin embargo, Raúl levantó la mano, los señaló y éstos cayeron al suelo sin vida—. No tienes ni puta idea de lo que has hecho, porque ahora la parca, soy yo.

—Vale, vamos a tranquilizarnos. —Eiden levantó las manos en estrella, para que Zarek viera su rendición—. Solo suelta a la chica y…

—¿Esta es tu mujer? —preguntó Raúl. Eiden no respondió y Alice solo lloraba. Cuando le levantó la mano y vio su dedo anular desnudo, frunció el ceño—. No lo es, vaya. ¿Dónde está la reina?

—Ha tenido que ocuparse de algo del reino. Está fuera.

—Como siempre delegando a los demás tu trabajo por tu increíble incompetencia. —Soltó a Alice y la empujó, haciéndola caer al suelo—. Volveré cuando esté ella, la partida se acaba cuando muere la reina.

Capítulo 26: ¿Blancas o negras?

Inhalar, exhalar, correr. Inhalar, exhalar, mirar a cada lado para asegurarse de que nadie la seguía. Eso hacía Alba a medida que sus pies se lastimaban por las ramas y hojarascas secas del bosque. Las zapatillas que llevaba no eran para correr y tras un girón de tobillo que le hizo gritar, prefirió quitárselas. Sin embargo, en algún momento de su cruel travesía y tras escuchar una disputa a sus espaldas, el camino pareció llevarle a una carretera que recordaba con precisión. La de su casa. Salió de entre los árboles y se rasgó el vestido. Pensó en si su madre se encontraría bien. La preocupación empapó sus lágrimas y los rasguños de su cuerpo siguieron sin doler. La adrenalina la impulsó a seguir descalza por la carretera y aunque los pulmones se le oprimían solo pensaba en sobrevivir, sacar a su madre de la casa y llamar a Jason. La niña sabía bien que su padre era una especie de superhéroe que mataba a seres malvados como el que le había atacado en el coche.

***

—¡Jason! —gritó María cuando llegó a la guarida de los cazadores. Todos se levantaron, aunque alguno que otro ya estaba despierto, como Jason, el cual se tomaba un café cargado en el salón, con la mirada fija en la chimenea. Éste observó hacia la joven periodista y levantó las cejas.

—No sé en qué momento te has escapado, pero veo que no llevas el collar. Otra vez.

—No es momento para que me regañes, por favor.

—Solo dime que quieres morir y ya.

—No, Jason… —María se detuvo frente a él y tragó saliva—. Tu hija está en peligro.

—¿Qué? —El cazador se levantó de golpe y frunció el ceño—. ¿Cómo sabes eso?

—El hechicero dueño del tiempo no es Érebos. —María miró hacia Alexa, que empezaba a despertarse por el escándalo, pero Raúl no estaba allí—. Apresúrate a buscarla, ¡Ya!

Jason llamó al compañero que se había llevado a la niña, mientras se ponía su chaqueta de cuero. Frunció el ceño cuando la llamada no fue atendida. Lo intentó varias veces en lo que cargaba las armas y se las colgaba a la espalda. Con el corazón en un puño, gruñó para sus adentros y miró de reojo a María.

—Espero que tú y ese Dios primordial no tengáis nada que ver —le advirtió el cazador, sin embargo, su sorpresa fue mayor cuando cruzó la puerta de la casa y encontró a Érebos fuera, mirándolo con superioridad y una tranquilidad que le irritaba. Levantó la pistola, la cargo y

cuando el disparo sonó, observó cómo traspasaba a Érebos como si fuera una simple sombra.

—Calma, grandullón, solo vengo a ayudar —comentó. Jason arrugó la nariz y esbozó una fina sonrisa.

—¿Cómo y por qué ibas a ayudarme?

Érebos miró con disimulo a María cuando ésta se asomó por detrás del cazador. Suspiró hondo y se encogió de hombros.

—Hoy me levanté altruista, aprovéchalo porque paso de cero a cien en segundos y podría volverme psicópata si vuelves a apretar el gatillo.

—Olvídame —gruñó Jason. Caminó con decisión hacia su furgoneta.

—Sé dónde está —interrumpió Érebos sus pasos—. He notado una distorsión en el bosque y ya sabes que normalmente, sé todo lo que ocurre ahí. Es extraño, pero tu hija a podido salir de los confines de Dolwill.

—¿Cómo va a poder hacer eso una niña de ocho años? —se quejó Jason—. Los de tu calaña solo hacéis que mentir.

—Puede que sí, o puede que yo sea la única opción que tienes para volver a ver a tu hija con vida. Luego tú decides cuál es tu prioridad.

Jason suspiró hondo y apretó las manos en puño. Una de ellas, alrededor de su arma. Sin embargo, en vez de volver a apretar el gatillo la aflojó y decidió, a pesar de sus creencias, hacerle caso a Érebos.

—Llévame con ella —pidió, aunque a temor de sonar demasiado blando, pareció una orden. Sin embargo, Érebos no lo tomó a mal. Solo asintió.

Con un chasquear de dedos, Jason estaba frente a la puerta de la casa familiar. A sus espaldas, y tras no tener invitación, quedó Érebos. El cazador empujó la puerta entreabierta y observó la casa patas arriba. Desde papeles por el suelo a muebles movidos y comida revuelta por la cocina. Su instinto de cazador lo llevó a sacar el arma y pegarse a las paredes en cada esquina. Un rastro de sangre que llevaba hasta la parte superior de la casa, le cortó la respiración. Observó que la marca se arrastraba por las escaleras y manchaba no solo los escalones, sino también la pared. Tragó saliva cuando sus botas manchadas, que dejaban las huellas marcadas en la moqueta, llegaron a la zona superior. Escuchó un pequeño quejido. Un llanto que se perdió en la oscuridad de una de las habitaciones.

Jason abrió la puerta de la habitación y la visión lo golpeó como un puñetazo en el estómago. Su mujer estaba allí, sentada en una silla vieja y destartalada, con las muñecas atadas a los brazos de madera, la cabeza colgando hacia un lado, y mechones de su cabello pegados al sudor y la sangre que cubrían su rostro.

El dolor y la desesperación se arremolinaron en el pecho de Jason, cerrándole la garganta mientras sus piernas temblaban, congelado ante la escena que tenía delante. La habitación olía a cobre y humedad, y cada segundo que pasaba parecía envolverlo en un manto asfixiante de horror.

—¡Elena! —gritó.

Escuchó un quejido y al fin vio a su hija. La pequeña estaba arrodillada junto a su madre, sollozando de forma desesperada. Se sacudía con los temblores. Su carita, sucia y manchada con lágrimas, se levantó hacia su padre, y la mirada que compartieron fue suficiente para destrozar cualquier fragmento de esperanza que le quedara.

—¡Papá! —gritó la niña, sus pequeñas manos se aferraban a la pierna de su madre como si quisiera protegerla, como si su presencia pudiera hacer desaparecer el horror que las rodeaba—. ¡Papá, por favor, ayúdanos!

Jason quiso correr hacia ellas, pero un golpe seco se interpuso en su camino. Fue agresivo y fuerte en el pecho. Tanto que lo envió tambaleante hacia atrás, como si hubiera chocado contra una pared invisible. La fuerza del impacto le arrancó el aire de los pulmones, y por un instante, todo se volvió borroso.

Una figura había aparecido frente a él, de la nada, alta y esbelta, envuelta en una túnica negra que absorbía la poca luz que había en la habitación. Llevaba una máscara, una máscara blanca e inexpresiva que le cubría todo el rostro, sin ojos, sin boca, solo una superficie lisa que lo miraba con el vacío absoluto de la nada. Jason sintió un escalofrío recorrerle la espalda, el miedo se le metió bajo la piel como un insecto que arañaba para entrar.

—No des un paso más —la voz detrás de la máscara era baja, suave, y esa calma inquietante hizo que Jason quisiera retroceder.

—¿Quién eres? —jadeó Jason—. ¿Qué les has hecho?

El hombre enmascarado inclinó la cabeza ligeramente, y aunque su rostro estaba oculto, Jason sintió la mirada como un peso físico, como si la máscara pudiera ver a través de su piel, hasta los huesos.

—Eso no importa ahora, Jason —el tono psicótico no cambió ni un ápice. Era como si estuviera hablando del clima, como si el sufrimiento que había causado no tuviera más significado que una mota de polvo—. Lo único que importa es que ella te eligió a ti. Que estúpida. Y esa hija que tenéis, es demasiado valiosa.

Jason gruñó. La rabia le hizo apretar los nudillos y sin temor, quiso ir a por él, pero el enmascarado lo golpeó en el pecho de nuevo, con una mano firme y fría que lo envió de rodillas al suelo. La máscara se inclinó sobre él, y Jason pudo ver algo reflejado en la superficie blanca: su propia cara, rota por el dolor y el terror de perder a su familia.

—¿Por qué? —preguntó Jason mientras luchaba por levantarse—. Mi hija es una niña normal

y no permitiré que le pongas un dedo encima.

Hubo silencio, y por un momento, Jason pensó que el enmascarado no respondería. Pero, al contrario, se inclinó y le susurró al oído.

—Porque quiero que veas lo que eres cuando todo lo que amas se desmorona. Así como hacéis conmigo.

Jason trató de levantarse, pero el peso invisible que lo mantenía en el suelo se hizo más fuerte, aplastándolo, mientras el enmascarado retrocedía hacia la mujer atada, hacia la niña que lloraba, y el gruñido de Jason fue el de un marido y padre derrotado.

—Por favor, no les hagas daño —rogó, y él no era un hombre de rogar.

El asesino no habló, simplemente se quedó allí, mirando, como si lo estuviera estudiando, como si quisiera ver hasta qué punto Jason podría soportar el horror que había traído consigo.

Aunque Jason no lo sabía, aunque no podía verlo, era Raúl el que se escondía detrás de esa máscara.

Raúl retrocedió y Jason aprovechó la oportunidad. Con la rabia y el terror impulsándolo, se lanzó hacia adelante con uno de sus cuchillos sagrados. Raúl intentó moverse para esquivarlo, pero fue demasiado lento. La hoja se hundió en su costado, y la sangre brotó de inmediato, oscura y espesa, empapando la tela negra que llevaba. Raúl dejó escapar un gruñido ahogado. A pesar del dolor, fue mayor su sorpresa.

—¡¿Creías que me quedarías mirando mientras las torturabas?! —espetó Jason.

El cazador de demonios se adelantó de nuevo, con una velocidad y precisión que demostraban que no era un simple aficionado. Sacó el cuchillo y lo volvió a hundir varias veces. Al sacarlo era tanta la sangre que le manchó el rostro y sus ojos marrones brillaron con una sed extraña. Cuando un gruñido inhumano nació de su interior, Jason tuvo que apretar los dientes y apartar la mirada, antes que sus colmillos crecieran.

Raúl intentó lanzar un hechizo, pero Jason le cortó el brazo antes de que pudiera pronunciar las palabras, la sangre salpicó la habitación, pintando las paredes de rojo, perfecto junto al olor metálico. El cuchillo giró en su mano, y antes de que Raúl pudiera recuperarse, Jason lo golpeó en la mandíbula. El impacto fue peor que el de un disparo. La máscara crujió, y Raúl trastabilló. Se desestabilizó hasta chocar contra la pared.

—¡Esto es por mi esposa! —gritó Jason, y lo embistió, lanzando una patada que impactó con fuerza en el pecho del hechicero.

Raúl jadeó y cayó de rodillas. Se apretó la herida que sangraba profusamente.

Por un momento, parecía que Jason iba a ganar. El cazador levantó el cuchillo una vez más, dispuesto a dar el golpe final, a arrancarle la máscara y acabar con el monstruo que había invadido su hogar.

—Te dije que no te saldrías con la tuya —murmuró Jason, el filo del cuchillo brilló preparado

para hundirlo en el corazón de Raúl.

Pero entonces, algo cambió.

Raúl levantó la cabeza, y a través de la grieta de la máscara, un destello de luz plateada como la luna brilló en sus ojos. Jason se congeló, un escalofrío le recorrió la espalda. Una sonrisa torcida se dibujó en el rostro del hechicero, y aunque la máscara cubría la mayor parte de su expresión, el poder que emanaba de él era inconfundible. Su alrededor se llenó de una energía oscura, una presión que empujó a Jason hacia atrás, arrancándole el aliento de los pulmones.

Jason retrocedió, tropezando con sus propios pies. El cazador repetía en su mente que podía salvar a su familia como un mantra, solo para hacerlo posible.

Raúl se levantó, lentamente, con el cuerpo tenso y la sangre goteando de las heridas. Era tal el charco del suelo, que hacía sonido con cada gota.

Cuando levantó su mano, las sombras provenientes de la luna le respondieron. Jason notó algo invisible y frío que se enroscaba alrededor de su muñeca, inmovilizándolo.

—Tu determinación es admirable —dijo Raúl, con una calma aterradora—, pero este no es tu final feliz.

Jason intentó moverse, pero las sombras lo envolvieron por completo, sujetándolo con una fuerza que no pudo combatir. El cuchillo cayó de su mano, y la desesperación lo golpeó como una ola de hielo.

Raúl era un perfecto depredador. Antes de que Jason pudiera reaccionar, antes de que pudiera siquiera comprender lo que estaba sucediendo, el hechicero levantó un pie y lo lanzó contra su estómago con una fuerza brutal. El impacto fue como si un camión lo hubiera arrollado. Jason salió volando y cayó de espaldas. Su cabeza golpeó el suelo con un crujido que se escuchó por toda la habitación. La visión se le llenó de estrellas y la sangre le comenzó a llenar la boca, un sabor metálico y amargo que lo hizo toser, escupiendo un chorro oscuro que manchó el suelo.

—¿Pensaste que podías detenerme? —se burló Raúl.

Jason intentó incorporarse, pero su cuerpo no respondía.

Raúl se inclinó y recogió el cuchillo que Jason había dejado caer. Sonrió al ver la hoja manchada con su sangre y la probó, pasando la lengua. Se lo pasó entre los dedos, admirando el arma como si fuera un juguete, antes de girarse hacia la mujer atada en la silla. La esposa de Jason. La mujer que había prometido proteger, la que ahora colgaba de sus ataduras, casi inconsciente. Con la respiración débil la pobre mujer intentaba enfocar al hombre que se acercaba a ella.

—¡No, no! —gritó Jason.

Intentó arrastrarse por el suelo, la sangre le goteaba del rostro, manchando la alfombra. Todo su cuerpo ardía, cada respiración era un tormento, pero no podía dejar de moverse. No podía dejar que Raúl la tocara.

Raúl ni siquiera le prestó atención. La máscara se inclinó hacia la mujer, y aunque no había expresión en su rostro, Jason pudo sentir la satisfacción que emanaba de él, un aura oscura y opresiva que lo ahogaba.

—Es una pena —murmuró el hechicero—. Pero hay cosas que deben hacerse.

Y con una rapidez aterradora, levantó el cuchillo y lo hundió en el pecho de la mujer. El grito que salió de su garganta fue un sonido desgarrador, una suplica de dolor que se expandió por la habitación y pareció detener el tiempo. Jason gritó, un sonido gutural, inhumano, que le rompió la garganta, pero no pudo hacer nada. Solo ver cómo la vida se desvanecía de los ojos de su esposa, cómo la sangre brotaba de la herida y empapaba su ropa, cómo su cabeza cayó hacia un lado, inmóvil.

—¡Mami! —gritó la pequeña Alba. Un chillido agudo que se clavó en el aire como un cuchillo.

La pequeña se arrastró hacia su madre, temblando, llorando sin consuelo. Intentó tocarla, pero el cuerpo de su madre ya estaba frío, sin vida. Por lo que la desesperación, pasó a un llanto desgarrador que la hizo olvidar del daño de sus magulladoruras.

Raúl se giró hacia ella, y por un momento, Jason pensó que la mataría también. Pero en lugar de eso, el hechicero solo la observó, como si disfrutara de su dolor, de la forma en que las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, de los sollozos que le desgarraban la garganta.

Jason trató de moverse, de hacer algo, cualquier cosa, pero su cuerpo estaba paralizado. El dolor lo había consumido por completo, y todo lo que podía hacer era mirar. Mirar y llorar mientras su hija se aferraba al cadáver de su madre y el hombre que había causado todo ese sufrimiento se quedaba observando, como si fuera un espectador en un espectáculo macabro.

El cazador cerró los ojos, tomó una bocanada de aire y como si su vida dependiera de ello, empezó a arrastrarse por el suelo. Clavó sus uñas para avanzar, dejando un rastro de sangre con cada movimiento, pero le dio igual. El dolor que sentía en su cuerpo era nada comparado con el terror de perder a su hija también. El rostro de Raúl lo observaba desde arriba, como un depredador que mira a su presa en los últimos momentos, y Jason sintió el peso de esa mirada burlona y cruel, pero no dejó que lo detuviera.

—Alba… —susurró con la voz rota, y al pronunciar su nombre, la niña lo miró.

Sus ojos grandes mostraron el terror que estaba sintiendo. La niña estiró los brazos hacia él, y ese simple gesto fue suficiente para darle la fuerza que necesitaba.

—Papá… —sollozó ella, y el sonido hizo que el alma de Jason se desgarrara más.

Raúl comenzó a reírba carcajada puta. Disfrutaba de cada segundo del sufrimiento que infligía. Jason lo ignoró, moviéndose con los dientes apretados. Su visión se manchaba de rojo por la sangre que goteaba de su frente. Con un último esfuerzo, logró arrastrarse hasta su hija y extendió la mano para envolverla en sus brazos.

—Estoy aquí, Alba. Ya estoy aquí.

La niña lo abrazó con fuerza, enterrando el rostro en su cuello, temblando como unas marcas.

Con un esfuerzo monumental, Jason se puso de pie. A pesar del dolor, logró mantenerse erguido, sosteniendo a su hija. Raúl, que había estado observando toda la escena con una sonrisa burlona, dio un paso atrás, permitiéndole avanzar.

—¿Vas a irte? —preguntó con sarcasmo—. ¿A dónde crees que puedes llevarla? No hay un lugar en el que pueda estar a salvo de mí.

Jason lo miró de reojo.

—No… me… importa —gruñó, escupiendo sangre al hablar—. Voy a sacarla de aquí.

Raúl se limitó a reír, extendiendo un brazo hacia la puerta abierta, como un anfitrión que invita a sus invitados a marcharse. Jason, sin perder más tiempo, comenzó a caminar, tambaleándose, con Alba acurrucada contra su pecho. La promesa de salvarla le daba la fuerza para continuar. Traspasó la puerta, sintiendo cómo el aire fresco de la noche le helaba las heridas, y por un momento, pensó que lo había logrado, que tal vez, contra todo pronóstico, había conseguido salvarla.

Pero entonces, Alba dejó de moverse.

Jason se detuvo, el corazón le retumbó en la sien. Miró hacia abajo. El cuerpo de la niña había caído flácido en sus brazos, y un pánico indescriptible lo envolvió.

—Alba... —murmuró y la sacudió con suavidad—. Alba, no… no, por favor, mírame.

Pero los ojos de la niña estaban cerrados, y cuando Jason cayó de rodillas, la pequeña se le deslizó de los brazos y cayó al suelo con un golpe sordo. El mundo se congeló. Jason la miró. Los labios le temblaron, su mente era incapaz de procesar lo que estaba viendo.

—¡No! —gritó, completamente destrozado.

Cogió a su hija en brazos, la abrazó con desesperación, pero no había latido en su pequeño pecho. No había calor en su piel.

—No… no puede ser… no… —sollozó.

Las lágrimas se mezclaron con la sangre que empapaba su rostro, y entonces, a sus espaldas, escuchó la risa de Raúl.

—Te lo dije, Jason —murmuró el hechicero con satisfacción—. No hay nada que puedas hacer para salvarla. Nada.

Las lágrimas de Jason se mezclaron con la sangre que le cubría el rostro. Al fin cayó. No pudo aguantar más. Las heridas abiertas, los golpes, y la sangre que había derramado lo arrastraron a la inconsciencia, y lo último que vio antes de que todo se volviera negro fue el rostro de su hija, pálido e inmóvil, mientras la luna iluminaba su pequeño cuerpo sin vida.

Érebos, que había estado observando desde las sombras, dio un paso hacia adelante, y la luz de la luna se reflejó en sus ojos oscuros. Con la mandíbula tensa y las manos cerradas en puño,

se acercó a Raúl. Él estaba tranquilo y con un movimiento lento se quitó la máscara. La luz de la luna bañó su rostro por primera vez, viéndose sus ojos plateados y penetrantes, el cabello despeinado, y una sonrisa torcida que no llegaba a tocar sus ojos.

—Érebos —dijo Raúl con voz suave—. ¿Estás disfrutando el espectáculo?

Érebos no respondió. Parecía estar debatiendose en si lanzarse sobre el hechicero en cualquier momento para arrancarle aquello que le había arrebatado a inicenyes.

—¿Por qué la niña? —fue todo lo que Érebos dijo.

Raúl soltó una risa suave. La pregunta le resultaba entretenida. Se pasó una mano por el cabello, dejándolo más desordenado.

—Porque puedo. —Su sonrisa se ensanchó, aunque sus ojos permanecieron fríos, inquebrantables—. Porque quiero que todos sepan quién tiene el poder aquí.

—¿Poder? —replicó Érebos—. ¿Esto es lo que entiendes por poder?

—Te recuerdo que mataste a tu hijo e ibas a volverlo a hacer.

—Por amor.

—¡Por obsesión, Érebos, tú no sabes lo que es amar! —Los labios de Érebos se apretaron mientras Raúl se reía de él—. Ser un Dios primordial para no sentir nada, que triste.

—Eso no lo sabes.

—Claro que sí, porque hay amores que no comprendes. Como el de la familia, dime… ¿qué se siente ser cómo una maquina sin sentimientos?

—No es del todo así.

—¿Me vas a decir que has tenido compasión al ver todo esto?

Érebos iba a contestar, pero se quedó callado y perdió la mirada en Jason. Raúl lo observó, y por un instante, la sonrisa desapareció de su rostro.

—Recuerda de qué lado estás, Érebos —le recordó en advertencia—. ¿Estás del lado de los muertos, como ese patético cazador? ¿O estás del lado que vencerá? ¿Blancas o negras, Érebos? ¿Vivo o muerto?

La última palabra sonó como un latigazo, y la sonrisa volvió al rostro de Raúl.

Érebos no respondió. Raúl se giró y volvió a ponerse la máscara con un gesto deliberado, sellando su rostro y su verdadera naturaleza una vez más.

—Elige bien, —fue lo último que dijo antes de desaparecer en la oscuridad.

Érebos se quedó en silencio, mientras la fría brisa de la noche agitaba su cabello y las palabras de Raúl seguían repitiendose en su mente. Elige bien. Aquella simple frase se había incrustado en su cabeza como un anzuelo, tirando de cada rincón de su conciencia, arrastrándolo hacia un mar de incertidumbre. Pero por primera vez en siglos, la elección no parecía tan clara.

Pensó en María. En la calidez de su cuerpo, en la luz que brillaba en sus ojos incluso cuando la desesperación la rodeaba. Y aunque nunca lo admitiría, había algo en ella que lo hacía dudar,

que hacía que la idea de empezar de nuevo, de romper el ciclo interminable de destrucción que lo consumía, pareciera más que un simple sueño imposible.

Con un suspiro, Érebos bajó la mirada hacia Jason. Su respiración era superficial, y su rostro estaba cubierto de sangre y sudor, sin embargo, cuando Érebos presionó dos dedos contra su cuello, sintió un latido débil, irregular, pero persistente.

—No estás muerto todavía —murmuró para sí mismo, y aunque las palabras iban dirigidas a Jason, una parte de él sabía que hablaba también de sí mismo.

Con una facilidad que contrastaba con la brutalidad que acababa de presenciar, levantó a Jason en brazos. El cuerpo del cazador era pesado, inerte, pero Érebos lo sostuvo como si no pesara nada, como si cargar con él fuera la carga más ligera que había llevado en toda su existencia.

Lo llevó a casa de los cazadores y se quedó frente a la puerta con todos los pensamientos nublándole la mente. Golpeó la puerta tres veces y se alejó. Su mirada castaña se dirigió hacia la ventana.

Ahí estaba. María lo observaba. Sus ojos se encontraron con los de él, y aunque la distancia que los separaba era pequeña, en ese momento parecía un abismo. Ella no apartó la mirada, incluso cuando la sombra de lo que era Érebos debería haberla hecho retroceder. Y por un segundo, solo un segundo, Érebos juro que el corazón le latía al leer en la boca de la periodista un “gracias”.

Érebos asintió hacia ella. Se alejó de la casa antes de que los cazadores pudieran abrir la puerta.

La puerta se abrió, y dos cazadores salieron corriendo. Todo lo que encontraron fue a Jason, desangrándose en el suelo. Al borde de la muerte, pero aferrándose a la vida. Uno de ellos se agachó de rodillas, tomándole el pulso, mientras el otro buscó hacia la oscuridad con la mirada para intentar averiguar quién lo había llevado a casa.

Sin embargo, él ya no estaba. Érebos había desaparecido en la noche, como un fantasma, dejando atrás una decisión que no estaba seguro de poder tomar.

Capítulo 27: Sangre de placer.

Jason todavía no había dado su último aliento. Fue llevado a su habitación con la ayuda de los cazadores que lo habían seguido como alfa durante incontables años. Alexa y María lo observaron horrorizadas y los siguieron por el pasillo, esquivando las gotas de sangre que quedaban en el recorrido. Alexa se quedó en silencio, observando a Jason. Recordó su aroma y su presencia impregnada en el momento que sus familiares murieron. Llevó la mirada al suelo y se odió por sentir compasión de él. Al final era una bruja y no debía sentir tanta misericordia.

Los compañeros de Jason le desgarraron la vestimenta e intentaron por todos los medios curarlo. Sin embargo, no tenían las herramientas suficientes para una sutura o la medicina que pudiera contrarrestar los efectos de una paliza de tal magnitud.

—No lo va a contar —susurró María. Miró a Alexa con preocupación—. ¿Cuánta sangre puede perder una persona? Además, se le ve demasiado pálido.

Alexa apretó las manos en puño. Miró a su alrededor, necesitaba un consejo. Raúl no estaba, aunque podía imaginarlo perfectamente diciéndole que lo dejara morir.

Tragó saliva y negó con la cabeza. Dio un paso al frente y en medio de la habitación, logró captar la atención de los cazadores que se habían rendido ante el poder de la muerte.

—Puedo salvarlo —declaró, aunque para ello tuviera que aparcar un pasado que todavía ardía—. Pero necesito que no me cacéis si lo intento. Tendréis que confiar en mí.

La desesperación hizo el resto, así que todos asintieron.

—Tengo que ir a casa a por unas cosas, intentaré ser breve —informó la bruja.

—Te acompaño, así te ayudo —se ofreció María. Alexa le sonrió como agradecimiento.

***

En la casa de Alexa, María no podía evitar el pensamiento de por qué la bruja quería ayudar a Jason. Había sentido la tensión entre ellos, lejos de ser positiva, se llevaban como el perro y el gato. Tan incomprensible llegó a ser para su mente que mientras que la bruja cogía un grimorio de su abuela, María se detuvo a su lado y suspiró para luego, preguntarle lo que tanto le reconcomía.

—¿Por qué lo haces?

Alexa la miró un segundo y sus ojos claros volvieron al grimorio.

—¿Crees que merece morir? —preguntó la joven bruja.

—Creo que no somos quiénes para decidir eso.

—Pero sí decidimos sobre nuestros actos. —Alexa volvió a observarla y apretó los labios, formando una línea fina. Sus ojos se llenaron de lágrimas y cuando una de ellas se atrevió a salir y deslizarse por su mejilla, la quitó con rapidez—. El grimorio de mi abuela va a salvar a su asesino.

—No tienes por qué hacerlo —susurró María y llevó una mano a la de Alexa, con la que le acarició para intentar calmarla—. No es tu responsabilidad y tampoco tu culpa que él esté así.

—Es mi responsabilidad desde que lo veo y no hago nada. —Alexa agrandó su sonrisa y ladeó la cabeza—. Es como cuando las personas ven a un perrito abandonado en la calle, muriendo de hambre y solo piensan que ojalá alguien lo recoja, pero aun pudiendo, ellos no lo hacen y pasan de largo. Así hasta que el animal se muere. Si con un pequeño acto puedo cambiar algo, aunque sea mínimo, lo haré.

—¿Crees que algo cambiará respecto a Jason? —Alexa se encogió de hombros—. Espero que tengas razón.

—Si te han criado con la premisa de que debes odiar todo aquello que sea diferente a ti, es difícil cambiar el pensamiento una vez eres adulto, pero al menos quiero intentarlo. Los cazadores solo son humanos asustados.

María sonrió y asintió. Volvió a recoger lo que la bruja le había pedido y dejó salir una fina carcajada.

—A mí también me gustan los retos —comentó para sus adentros, aunque fue escuchada por Alexa.

—Temí por tu vida muchas veces —se sinceró la pelirroja. María la miró con sorpresa y ésta asintió—. Oh, sí. Lo supe desde el inicio, soy bruja. Era fácil sentir las vibras de Érebos con solo estar cerca de ti.

—¿Por qué no hiciste nada?

—Supongo que soy fiel creyente de que las cosas pasan por algo. Además, estás mayorcita para saber lo que te conviene y lo que no, no voy a ponerme a mandar a la gente como lo hace Jason. Eso se de ser padre se le ha subido a la cabeza.

María empezó a reír y cuando las dos se quedaron en silencio, se quedó mirando un punto fijo de la habitación.

—Él es diferente a lo que aparenta —comentó.

—No tienes que justificarte conmigo, he hecho cosas rarísimas, créeme.

Alexa le dio un esporádico abrazo para calmar las pocas dudas que María tuviera. Ésta se lo agradeció y agrandó la sonrisa. Acto seguido, las dos salieron de la casa.

—No sé dónde se habrá metido Raúl.

—Sobre él… —murmuró María. Alexa la miró y agrandó la sonrisa.

—No me acosté con él, si eso piensas. Bueno, no de forma literal. —A Alexa le gustaba

hablar. A veces más de la cuenta así que continuó—. Sé que es raro que le tenga tanta confianza y lo quiera tantísimo, pero llegó en el momento indicado y, supongo que a este punto él es toda la familia que perdí. Ojalá me viera del mismo modo, aunque a veces siento que me desprecia. Igual lo quiero muchísimo.

María iba a contarle todo, con confianza, pero al escucharla temió romperle el corazón. Ya se lo habían roto demasiadas veces y odiaba la idea de que Alexa sufriera otra perdida. Entonces, fingió una sonrisa y asintió.

—Sí que te quiere, eres a la única que no lastima.

—¿Lastimar?

—Bueno, te protege, ¿no? —Alexa asintió—. Pues es suficiente con eso.

La sonrisa de la bruja se volvió más amplia.

—Creo que tienes razón.

***

Érebos, inquieto, no había podido desaparecer del todo. Al contrario, escondido entre las sombras del bosque que rodeaba la guarida de los cazadores, pudo escuchar una pequeña conversación de estos. Se habían reunido en el salón, y el Wendigo los observó desde la ventana, con los ojos rojos brillando, sin ser vistos por ellos.

—¿De verdad vamos a dejar que una bruja salve a Jason? —preguntó uno de ellos.

—No tenemos de otra —respondió otro.

—Ya, pero piénsalo. Jason está así por culpa de ellas, antes de que se metiera en problemas que no le conciernen estábamos tranquilos. Teníamos nuestras noches de cacería y punto.

—Jason tendrá sus motivos para meterse de lleno en ese asunto.

—No, todos sabemos que si Jason se interesó fue para intentar salvar a su mujer de aquello que la tenía poseída y que, lo siento que lo diga, solo se trataba de una esquizofrenia común.

Todos empezaron a murmurar. Unos le daban la razón, otros no, pero ninguno estaba a favor de Alexa o María.

—¿Qué propones que hagamos? —preguntó un tercero.

—Dejemos que la bruja y su amiga curen a nuestro líder y luego aniquilémoslas. No nos hacen falta. Esa tal María huele a demonio, su alma ya no es cien por cien humana. No podemos dejar que, como cazadores, nos tomen el pelo.

Estuvieron deliberando, hasta que el segundo al alzar la voz habló de nuevo.

—No hay más, las mataremos.

Érebos cerró los ojos y apretó la mandíbula con rabia. Sentía las venas arder como si le hubieran inyectado veneno. No podía permitir que tocaran a María. Sin embargo, había un

problema: los cazadores se encontraban en una casa protegida por hechizos que impedían a cualquier ser sobrenatural entrar sin invitación. Así como a todas las casas de Dolwill.

Cuando una idea cruzó la mente macabra del Dios primordial, este formó una sonrisa cínica. Tenía una forma de sacarlos. Se transformó, sus huesos se encogieron, la piel se le volvió más suave y en cuestión de segundos, donde antes estaba la imponente figura de Érebos como un ciervo aterrador, quedó un niño de no más de ocho años, con los ojos grandes y repletos de lágrimas. Con el cabello despeinado que caía sobre su frente.

Cogió aire y suspiró, preparándose para la actuación de su vida. Golpeó la puerta, asegurándose de que los golpes sonaran suaves. Uno de los cazadores se asomó por la ventana y aflojó la dureza de su expresión.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre a través del cristal.

Érebos se mordió el labio inferior y rompió a llorar.

—Mi papá… —sollozó—. Mi papá está herido. Hay algo que lo atacó en el bosque y no sé qué hacer. Es un señor con un bate de beisbol repleto de alambres de espino, pero luego su aspecto pareció el de un animal. ¡Estoy muy asustado!

El cazador dudó, pero terminó por asentir y avisar a los demás.

—Iré a echar un vistazo. —Uno de sus compañeros, se levantó del sofá y se interpuso en su camino—. Solo es un niño.

—¿Y si es una trampa? —preguntó.

—¿Lo has visto bien? —Abrió la puerta y observaron al niño, llorando, temblando, abrazándose a él mismo. Fue entonces cuando todos aceptaron ayudarlo, podían imaginar de quién se trataba, así que con el arma en mano, se marcharon todos exceptuando dos que se quedaron para vigilar el bienestar de Jason.

El niño se frotó los ojos y los guio a las entrañas del bosque. Cuando estaban cerca del cuerpo original del Dios primordial y por lo tanto, donde toda su magia se condensaba, Erebos se detuvo.

—No entiendo nada —comentó el primer cazador que lo siguió—. ¿Dónde está tu padre?

Los ojos del niño se tornaron rojos y la sonrisa perversa dio paso a una carcajada ruidosa que alarmó a los pájaros y animales del bosque.

—Justo aquí —respondió con su verdadera voz.

Érebos volvió a su forma original y levantó el bate de beisbol sobre su cabeza. Cuando uno de ellos quiso disparar, lo golpeó con éste y lo vio mientras los hierros le perforaban la garganta y lo hacían vomitar sangre.

—De eso nada, vamos a jugar al beisbol no a las pistolitas.

Los cazadores lo miraron, y en un instante de aterradora claridad, comprendieron a lo que enfrentaban. El olor a sangre y podredumbre se filtró en sus fosas nasales, y la oscuridad pareció

volverse más tangible, respondiendo al llamado del ser que tenían delante.

—Bienvenidos a vuestro fin —Sacó el móvil y lo levantó para hacer un selfie—. A ver, decid ¡Me cago en la puta! A la vez, una, dos…¡Tres! —Gritaron—. Vale un "Aaaah" también me sirve.

Sacó la foto mientras él sonreía.

Sin más advertencia, se lanzó hacia el segundo cazador.

El golpe fue rápido, brutal. El bate chocó contra el cráneo del hombre con un sonido húmedo y repugnante, la carne cedió bajo la fuerza de Érebos, mientras los alambres se hundían en la piel, arrancando trozos de carne con cada movimiento. La sangre salpicó, como una pintura grotesca que se esparció por las hojas, y el cazador cayó de rodillas, con el rostro convertido en un amasijo de carne desgarrada. Intentó gritar, pero lo único que salió fue un burbujeo débil antes de desplomarse en el suelo.

—¡Maldición! ¡Disparen! —gritó uno de los cazadores. Las sombras cobraron vida antes siquiera de apretar el gatillo.

Éstas se acercaron a Érebos como siluetas humanoides y él las acarició mientras lo abrazaban.

—Sois unas sombras muy buenas, ¿lo sabéis? —las mimó y pudo notar los besos de esas criaturas subiendo y bajando por su cuello—. No es momento de jugar, primero acabemos con ellos.

Las sombras se movieron, enroscándose por las piernas del siguiente. Subieron por su cuerpo, apretando con una fuerza que lo dejó paralizado. Los ojos del hombre se abrieron de par en par. Su garganta se atrapó en un intento fallido de pedir ayuda mientras Érebos avanzaba hacia él con pasos lentos, disfrutando del terror que se reflejaba en su rostro.

—¿Tienes miedo? —le susurró, inclinado hacia él —. Déjame demostrarte lo que es el terror de verdad.

Le sujetó del mentón y dejó un beso en su boca, lamió sus labios y cuando el hombre se resistió, hundió el bate en sus costillas. Los alambres partieron los huesos. El hombre gritó, pero el sonido se convirtió en un gorgoteo cuando Érebos retorció el bate, arrancando fragmentos de piel y músculo. Lo dejó temblando, antes de que sus rodillas cedieran y cayera de cara al suelo.

Los otros intentaron retroceder. Uno de ellos cayó de espaldas, levantó la pistola, apuntó a Érebos mientras temblaba y disparó desesperado. La bala atravesó la oscuridad, pero se desvió antes de tocar a Érebos, perdiéndose en la negrura que lo rodeaba.

—Patético —dijo Érebos, con una sonrisa torcida.

Levantó una mano, y las sombras respondieron. Se movieron con una rapidez sobrehumana. Se deslizaron por el suelo y se enroscaron alrededor del cazador caído, como un enjambre de serpientes negras que se apretaron cada vez más. El hombre comenzó a retorcerse, su piel se

volvió pálida y se congeló. Con un chasquido, su cuello se quebró, dejando su cabeza colgando en un ángulo imposible.

El último cazador intentó huir, tropezando con las raíces y ramas que sobresalían del suelo, con la respiración errática, hiperventilando por el pánico. Érebos no tenía intención de dejarlo escapar. Con un movimiento fluido, arrojó el bate, que giró en el aire como una guadaña antes de impactar en la espalda del hombre, clavándose con tal fuerza que el alambre de espino se clavó alrededor de su columna. El cazador se desplomó de rodillas. Su boca se quedó abierta en un grito mudo y cayó de bruces.

Érebos caminó hacia él, recogió su bate y lo miró con indiferencia, mientras el hombre luchaba por respirar. Se inclinó hacia él.

—Desear la muerte de alguien más, sentenció la vuestra —susurró.

Con un último y brutal golpe, acabó con el cazador, el bate atravesó su estómago. Lo sacó y le reventó la cabeza.

El silencio que siguió fue sepulcral, roto solo por el suave goteo de la sangre que se escurría del bate y caía al suelo en charcos oscuros.

En el aire, flotaba el olor metálico y nauseabundo de la muerte

Los dos cazadores que se habían quedado dentro de la cabaña, cuidando a Jason, se tensaron al escuchar los gritos desgarradores que llegaban desde el exterior. Se miraron y sin perder un segundo, se armaron y corrieron hacia la puerta, empujándola con fuerza para salir y descubrir lo que estaba sucediendo.

Los cuerpos de sus compañeros estaban esparcidos por el suelo, empapados en sangre convirtiendo la tierra en un pantano carmesí.

Érebos estaba esperándolos.

—¿Buscabais a alguien? —preguntó Érebos. Empezó a reír a carcajadas y las sombras que lo seguían lo imitaron.

Los cazadores reaccionaron instintivamente, levantando sus armas, pero Érebos fue más rápido. Se lanzó hacia ellos con la furia de un vendaval. El bate giró en sus manos como un torbellino mortal. Antes de que el primero pudiera apretar el gatillo, el bate chocó contra su brazo, y el alambre de espino se hundió en la carne. El cazador gritó cuando le desgarró y partió el brazo. La sangre salpicó la fachada de la casa, manchando la madera vieja con un rojo oscuro y brillante que contrastaba con la luz de la luna.

—No… no, por favor… —gimió el cazador. Cayó de rodillas, sujetándose el brazo destrozado.

Érebos no le dio tiempo para rogar. Levantó el bate de nuevo y lo dejó caer con un golpe brutal sobre su rostro, aplastando el cráneo con un crujido seco. Los huesos cedieron bajo el impacto, y el bate quedó incrustado en la cabeza del hombre. La sangre y el cerebro salpicaron a

su alrededor, cubriendo su propia cara, ropajes y el suelo en un espeso manto de rojo y gris.

El segundo cazador intentó escapar, pero una de las sombras de Érebos lo hizo caer al suelo.

—¿Dónde está tu valor ahora? —susurró Érebos—. Vamos, mátame.

Y mientras el cazador temblaba, Érebos clavó el bate en su estómago, girándolo lentamente, disfrutando del sonido de la carne desgarrándose, del grito que brotó de la garganta del hombre mientras la sangre burbujeaba y se derramaba sobre sus manos.

El cazador intentó luchar. Cogió el bate, intentó empujar a Érebos, pero fue inútil. El demonio tiró de él hacia adelante, arrancando el bate de su cuerpo en un movimiento brusco que envió una ráfaga de sangre a la fachada de la cabaña.

—Tengo hambre —sentenció Érebos, y sin más ceremonia, abrió la boca lo suficiente para tragarse entera su cabeza.

Érebos se levantó y dejó el bate a su lado, la sangre y los fragmentos de carne se quedaron pegados al alambre de espino. La casa frente a él se había convertido en un lienzo grotesco de muerte y destrucción. Sacó un paquete de tabaco del bolsillo del pantalón y se puso a fumar, envuelto en sangre.

—A veces es mejor esto que un puto orgasmo… —Las sombras lo rodearon, reclamándolo y él sonrió—. Hablando de orgasmo, sé bien lo que queréis, pero no seáis impacientes.

Las sombras tiraron del botón de su pantalón y lo desabrocharon. Él no hizo ningún movimiento, aunque se detuvieron cuando vieron que Alexa y María habían llegado.

—¡Oh, Dios mío! —se alarmó Alexa—. ¡¿Qué ha pasado aquí?!

María se quedó atónita y tuvo que esquivar los cuerpos antes de llegar al lado de Érebos.

—Tenía hambre —gruñó Érebos.

—¡Jason! —exclamó Alexa, corriendo al interior de la casa.

—¡El vikingo está bien! —gritó Érebos para que lo escuchara. Cuando volvió la mirada hacia María, estaba de brazos cruzados, mirándolo con seriedad—. ¿Qué?

—Dime la verdad de por qué los has matado.

—Ya lo he dicho. —María levantó las cejas, incrédula. Él resopló—. Iban a matarte.

—Eso es más creíble… —Suspiró y se quedó mirando toda la escena grotesca. Érebos echó el humo hacia un lado.

—Los escuché, nada más le dierais un remedio a Jason, iban a asesinaros. No lo permití.

María volvió a mirarlo, de pies a cabeza. Empapado en sangre, viéndose como lo que era, un asesino.

—Me pone verte así —confesó.

—No eres a la única. —Señaló las sombras—. Se nutren de mi energía, pero no las he dejado tocarme desde que te conozco.

María observó esos seres extraños, que tocaban a Érebos de vez en cuando por debajo de la

camisa. Le tiraban de los pantalones, pero él los apartaba. Jadeó y la perversidad se apoderó de ella. Eran muchos, deseaban a Érebos tanto como ella y de repente, se sintió sofocada. Se acercó a él y le desató el pantalón. Érebos mostró una pequeña sonrisa ladeada.

—Una vez empiecen no vas a poderlos parar si te pones celosa —le advirtió.

—Imagino. —No le hizo caso, le bajó los pantalones, la ropa interior y dejó al aire su miembro erecto—. No parece que a ti te disgusten.

Nada más tuvo el miembro fuera, las sombras se abalanzaron hacia él. Empezaron a pajearlo y chuparlo sin descanso. Érebos jadeó y apoyó la espalda contra la pared de la casa. María se mordió el labio, viendo cómo se lo estaban haciendo. Lo llegaron a desvestir. Le quitaron la camisa y pudo ver cómo envolvían sus músculos y jugaban con sus pezones.

María se lamió los labios cuando observó como del miembro de Érebos empezaba a salir presemen, lo estaban empapando, dando un placer descomunal. Cerró las piernas entre sí frotandose por solo verlo.

—Joder… —gimoteó ella. Érebos la miró de reojo mientras otra sombra lo besaba y jugaba con su lengua—. Me pone mucho verte así de sumiso con ellos.

Dicho eso, María se mordió el labio inferior y se acercó a él. Rodeó su cintura con las manos y las bajó hasta su trasero. Apretó las nalgas y se las abrió. Lo vio saltar cuando empezaron a follarselo por detrás también. Dejó de besar a la sombra y la miró mientras gruñía.

—Eres una perversa…

—¿Y te gusta?

—Me encanta…

María notó que estaban despojándola de su ropa y sonrió. No las detuvo, al contrario, movió las piernas para que pudieran desvestirla mejor.

—¿Vas a dejar que te den placer? —preguntó Érebos, a centímetros de su boca.

—Forman parte de ti, ¿no? —Él asintió—. Pues es injusto que no las compartas conmigo.

—Ellas desean todo lo que deseo yo —le susurró, y mordió su labio inferior—. Por eso necesitan perderse entre tus labios vaginales.

María sintió como la lamían. Su ropa interior fue desgarrada y la sintió caer acariciando sus piernas. Gimió y se aferró al cuello de Érebos. Sentía mil lenguas, mil dedos, era como formar parte de una orgia en la que todos querían follarsela. Sus piernas temblaron y Érebos la sostuvo de la cintura para que siguiera de pie. El sonido húmedo le cercioraba de que era verdad lo que estaba pasando.

Entraban las lenguas, salían, absorbían. Ella gimió. Los dedos entraban en su interior y tocaban sus puntos erógenos, por delante y por detrás, igual que hacían con Érebos. Todo su cuerpo estaba siendo tocado. Sus pezones se retorcían, se apretaban en pellizcaban sin parar. Su trasero era azotado de vez en cuando y mientras le apretaban el cuello con fuerza, metieron algo

en su boca parecido a un miembro que chupó con ansiedad.

Se calentó más cuando vio que Érebos estaba igual y que de su boca abierta mientras le clavaban algo en ella, caía saliva que se resbalaba por su mentón.

Las piernas de ambos fallaron, y cayeron al suelo rodeados de sangre, mientras las sombras los follaban. Se miraron por un segundo y entre gemidos y gritos de puro placer se besaron, temblando, saltando por la forma en la que se los estaban follando.

—Esto se siente como una orgía —gimió María en la boca de Érebos.

—Mis sombras pueden follarte cuándo quieras, son tuyas.

—¿Todas ellas?

—Sí.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo soy tuyo, entonces ellas te pertenecen.

María llegó al orgasmo, por el morbo, por la estimulación, el placer sin medida o por las propias palabras de Érebos, el cual le había confesado ser completamente suyo.

—Prometo follarme a cada uno de tus demonios.

—Que así sea —aceptó Érebos, llegando al orgasmo con ella.

Las sombras movieron a María y la sentaron sobre Érebos. La penetró mientras el semen lo iba empapando. Ambos se miraron con la boca entreabierta y en un segundo, se besaron.

—Las sombras no piensan en el condón —gruñó Érebos en su boca.

—Ya lo veo… —Y se movió.

—Para, fiera…

—No puedo.

—La protección, cariño.

—Olvídala por hoy. —Empezó a saltar sobre él y el placer hizo el resto para que Érebos, al igual que ella, dejara de pensar.

Sujetó las nalgas de María y la movió a la vez que levantaba la pelvis. Las sombras seguían dándoles sin descanso, por detrás, por delante, tocándolos y clavándose por los recovecos que el miembro de Érebos dejaba en el coño de María. La sangre del suelo empezó a mezclarse con los fluidos de ambos. Ella le arañó el pecho, él me mordió los pezones y cuando se perdieron en la mirada del otro, volvieron a besarse, desesperados.

Érebos la acostó en medio de los cuerpos y le sujetó las manos contra el suelo. Ella gimió y miró alrededor. El morbo creció en su interior cuando se encontró rodeada de los hombres que él había matado para salvarla.

Enarcó la espalda y lo abrazó con las piernas por la cintura. Se movió a su ritmo y el salpicar del suelo la mancharon de rojo carmesí, el mismo que probó Érebos sobre su piel, como si de caramelo de fresa se tratara. Él lo sentía dulce como la miel en su paladar de caníbal y aunque la

carne de María se le hacía como poco apetecible, solo le mordió el cuello para tirar de ella y dejar un chupón que mostraría visible por días.

María se contrajo y el squirt los mojó a los dos. Él no pudo resistirlo y con un estremecimiento que le recorrió la columna vertebral, se corrió con tanta fuerza que cada chorro llenó el interior de ella, haciendo una piscina de semen en su interior. Tanto fue la cantidad que ella se sintió llena y cuando volvió a caer al abismo del orgasmo, los chorros de fluidos empezaron a caer por sus nalgas, las cuales eran azotadas y folladas por las sombras.

No había mayor placer ni sabor que el metal rojo que probaba proveniente de la boca de aquel caníbal que era capaz de matar por ella.

Capítulo 28: Cazador cazado.

Alexa se quedó en el umbral de la puerta, de la habitación donde Jason yacía en la cama. La luz de la luna entraba por la ventana, bañando su cuerpo herido y expuesto en un resplandor pálido, fantasmal. Su pecho subía y bajaba lentamente, y aunque su rostro estaba cubierto de cortes y hematomas, conservaba esa dureza que había visto tantas veces en los cazadores que la perseguían.

Alexa se mordió el labio, indecisa. El hombre que tenía delante no era solo un cazador, era uno que había asesinado a muchas como ella. A su familia. Cazador de brujas, como si eso lo definiera, como si eso fuera lo único que él podía ser. Y aún así, ahí estaba, tendido y vulnerable, con la vida colgando de un hilo, dependiendo de alguien como ella para salvarlo.

—Esto es una mala idea —se dijo a sí misma, pero su bondad fue mayor a la lógica.

Se sentó en la cama y sintió la calidez que emanaba del cuerpo de Jason, el aroma a sangre y sudor que lo rodeaba. Su piel estaba cubierta de cortes y hematomas, la sangre se había secado en líneas oscuras que se extendían por su torso y abdomen. Alexa no pudo evitar que su mirada se deslizara por el contorno de sus músculos, la forma en que su cuerpo parecía esculpido por la batalla, y, por un momento, olvidó que estaba allí para ayudarlo.

Tomó un paño limpio que había traído consigo y lo sumergió en un cuenco de agua tibia que había preparado. Cuando lo colocó sobre la primera herida, Jason dejó escapar un gemido bajo. En su estado de inconsciencia, pudo sentir el roce de sus manos. Alexa se detuvo, observándolo, esperando ver si despertaba, pero sus ojos permanecieron cerrados, y su respiración siguió siendo constante y débil.

—Solo es un hombre, solo un hombre… —se repitió a sí misma, como un mantra, mientras recorría la piel de Jason, limpiando la sangre seca y el barro que cubría su torso.

El contacto entre la tela y su piel era suave, íntimo, y Alexa sintió un escalofrío recorrerle la columna cuando la yema de sus dedos rozó uno de sus pectorales.

Se inclinó un poco más cerca, y el aroma de él la envolvió. La atrajo de una manera que no podía explicar. Siguió limpiándolo, con movimientos lentos, deliberados, y no pudo evitar que su mirada se posara en su rostro, en las líneas de su mandíbula, la barba incipiente que cubría sus mejillas, y la forma en que sus labios se entreabrían cada vez que gemía en su sueño.

—¿Qué haces, Alexa? —murmuró para sí misma—. Pareces una cría con las hormonas a mil. Basta.

Siguió descendiendo por su abdomen, limpiando las heridas que lo marcaban, y sintió cómo su propia respiración se volvía más irregular. Jason era un cazador, alguien que había jurado

destruir todo lo que ella representaba, pero en ese momento, parecía tan humano, tan frágil.

Cuando llegó a una de las heridas más profundas, una que atravesaba su costado, Alexa se detuvo. La piel estaba abierta, y la sangre manchaba la carne expuesta. En lugar de apartarse, se inclinó más cerca. El calor de su aliento se mezcló con el de él, y por un instante, su boca quedó a escasos centímetros de la herida. Algo dentro de ella, algo que no pudo controlar, la impulsó a seguir, y sus labios rozaron la piel de Jason. Lo besó.

—¿Qué estás haciendo? —se recriminó en voz baja, sonrojada.

Jason dejó escapar otro gemido, y su cabeza se movió ligeramente hacia un lado. Ella tragó saliva, sus ojos se quedaron fijos en los labios de Jason, y por un momento, por un segundo fugaz, deseó que abriera los ojos, que la viera y que entendiera lo que estaba haciendo por él, por qué se había arriesgado a acercarse tanto.

No lo hizo y Alexa continuó limpiando sus heridas, Alexa respiró hondo, intentó calmar los temblores que recorrían sus manos mientras cogía la aguja y el hilo. El acero brilló y por un instante, dudó. La herida que atravesaba el costado de Jason era profunda, y si no hacía algo rápido, la hemorragia podría acabar con él antes de que tuviera oportunidad de recuperarse.

—Vamos, Alexa, tú puedes hacerlo —se dijo a sí misma, como si esas palabras pudieran otorgarle la confianza que sentía desvanecerse con cada segundo que pasaba.

Se inclinó sobre él, apoyando una mano en su abdomen. Sintió cómo sus músculos se tensaron bajo su tacto. Con la otra, deslizó la aguja hacia la herida, y la punta penetró la piel con facilidad. Jason dejó escapar un gemido bajo, un sonido que hizo que Alexa apretara los labios, haciendo el mayor esfuerzo por concentrarse en el trabajo que tenía delante. El hilo comenzó a deslizarse por la carne, cerrando la piel con cada punto que daba, y a medida que avanzaba, Alexa no pudo evitar que su mirada se desviara hacia el rostro de Jason.

La dureza de su expresión había desaparecido, reemplazada por una vulnerabilidad que hacía que su corazón latiera con más fuerza. Los labios del cazador estaban entreabiertos, y con cada respiración, un gemido leve se escapaba de su boca. Alexa tragó saliva, su mano tembló cuando la aguja atravesó de nuevo la piel, y una gota de sangre fresca manchó su mano.

—Lo siento —susurró—. Es que me estás poniendo nerviosa con esos sonidos.

Apartó la mirada, pero sus ojos volvieron a fijarse en él de inmediato, como si una fuerza invisible los arrastrara hacia su rostro, hacia los detalles que había tratado de ignorar. La barba incipiente que cubría su mandíbula, la línea de su mandíbula que parecía tan afilada, y esos labios, los que se entreabrían cada vez que la aguja atravesaba su piel.

Cuando Jason dejó escapar un gemido más profundo, sus párpados se cerraron por un instante, como si estuviera soportando el dolor junto a él.

Terminó de coser la herida y dejó caer la aguja en el cuenco. Rozó la piel alrededor de la costura, limpiando los restos de sangre que quedaban, y cuando sus yemas tocaron su abdomen,

Jason se estremeció. Alexa alzó la mirada hacia su rostro. Inclinó la cabeza ligeramente, y la luz de la luna iluminó sus labios, dejándolos brillar con un resplandor suave. Alexa se mordió el interior de la mejilla, intentando apartar la mirada, pero era imposible. Se preguntó cómo sería si él despertara, si esos ojos se abrieran y la vieran, y si, solo por un momento, pudiera tocar esos labios y comprobar si eran tan cálidos como lo parecían.

Se sacudió la cabeza y se obligó a seguir con el trabajo. Preparó todo lo necesario para el ritual de sanación. Las velas estaban dispuestas en un círculo perfecto alrededor de la cama. Dibujó las runas en el suelo y sobre la piel del cazador, símbolos antiguos que conocía desde su niñez, trazados con tiza y un poco de su propia sangre.

—Por favor, que esto funcione —rogó.

Dibujó el último símbolo en el pecho de Jason. El cazador continuaba inconsciente.

Alexa cogió la olla donde había preparado el brebaje, un líquido espeso y de color oscuro que olía a hierbas y raíces amargas. Volvió a la cama y se arrodilló junto a él, el cuenco temblaba ligeramente en sus manos, y el nudo en su estómago se apretó más al recordar el siguiente paso.

Sabía que debía aplicar parte del brebaje sobre las heridas de Jason, pero la otra parte, la que había estado cociendo durante antes de empezar para purificarla, debía ser consumida. Y, en su estado actual, él no podría tomarla por sí mismo. Debía dársela de boca a boca.

—Es solo un ritual… solo es para curarlo —se dijo a sí misma, intentando ignorar el calor que se extendía por sus mejillas y bajaba por su cuello.

Vertió un poco del brebaje en sus dedos y lo esparció sobre las heridas del cazador. Él reaccionó con el contacto, los músculos se le tensaron por el dolor.

—Perdona, pronto pasará ese ardor —susurró Alexa, y aunque sabía que él no podía escucharla, se consolaba a ella misma.

Respiró hondo y se llevó el cuenco a los labios. Tomó un sorbo del brebaje y cerró los ojos antes de inclinarse sobre Jason. Se detuvo a unos centímetros de distancia. Volvió a pensar que todo era parte del ritual para convencerse de no sentir nada.

Se inclinó un poco más y sus labios rozaron los de Jason. Fue un beso suave, un roce, pero el calor que emanaba de él la envolvió por completo. El sabor del brebaje se mezcló con el sabor de su piel, y Alexa sintió un escalofrío que le recorría la columna. Empujó el líquido hacia su boca, dejándolo deslizarse entre los labios del cazador. Él movió la boca, sacó levemente la lengua al probarlo y rozó la de Alexa. Un calor abrasador se extendió por su pecho, bajando hasta su estómago. Por un segundo, olvidó quién era él, olvidó el peligro que representaba. Pero, cuando lo escuchó tragar, supo que debía apartarse.

—Estoy loca, me acuesto con la muerte, ahora me atrae alguien que puede matarme. Sí, me gusta el peligro, joder.

Alexa tomó aire profundamente y abrió el grimorio, sus páginas desgastadas susurraban al ser desplegadas, como si los antiguos secretos que contenía se resistieran a ser revelados. El ambiente a su alrededor cambió de inmediato, volviéndose denso, cargado con una energía que hizo que los cabellos en la nuca de Alexa se erizaran. Las llamas de las velas, que hasta ese momento solo brillaban tenuemente, de repente se alzaron, iluminando la habitación con una luz titilante.

Las runas que había dibujado en el suelo comenzaron a brillar, trazos de luz roja y azul que parecían palpitar como si estuvieran vivas, respondiendo al latido del corazón del cazador que yacía en la cama.

—No hay vuelta atrás —se dijo Alexa y empezó a leer.

A medida que pronunciaba cada sílaba, hacía más frío en la habitación, y las llamas de las velas se movían frenéticas. Los símbolos dibujados sobre el cuerpo de Jason brillaron también, y un vapor oscuro y espeso se elevó de sus heridas. El dolor mismo estaba siendo arrancado de su carne y expulsado al mundo exterior.

Alexa continuó leyendo, y la voz que salía de su boca no parecía la suya. Era más profunda, más gutural. Otra entidad hablaba a través de ella, guiando el hechizo.

Jason se estremeció y arqueó la espalda mientras un grito bajo escapaba de su garganta. Alexa continuó, temblando. Empezó a caer sangre de su nariz, pero no se detuvo. Detenerse significaría la muerte para él.

—¡Por los antiguos que gobiernan la oscuridad, por la sangre que fluye en la tierra, yo te ordeno que sanes! —exclamó, y la habitación tembló con la fuerza de sus palabras.

Las runas sobre el cuerpo de Jason brillaron con una intensidad aterradora. Las heridas del cazador comenzaron a cerrarse. La piel se unió como si el tiempo mismo retrocediera. Alexa observó con fascinación y terror el proceso. Las cicatrices desaparecieron, como si nunca hubieran existido.

La luz de las velas cambió de color, pasando de un naranja cálido a un verde enfermizo, y la temperatura de la habitación cayó de golpe, tanto que Alexa vio su propio aliento condensarse frente a su rostro. La sensación de ser observada se intensificó, y por un momento, juró ver figuras de ojos brillantes que la observaban desde los rincones oscuros.

—No… no me detendré… —dijo, aunque su voz temblaba, y con un último esfuerzo, gritó las palabras finales del conjuro, alzando la voz por encima del susurro de las bestias, de los gritos que llenaban la habitación.

De repente, todo se quedó en silencio.

Las llamas de las velas se extinguieron al unísono, dejando solo la luz de la luna que se filtraba por la ventana. El aire recuperó su temperatura normal, y los monstruos se fueron a dormir. Alexa cayó de rodillas, agotada. El grimorio resbaló de sus manos y cayó al suelo con un

golpe sordo. Con la respiración errática, sintió como el sudor frío recorría por su frente.

Miró a Jason. Sus heridas estaban cerradas, su respiración era más estable. Sin embargo, notó algo en la forma en que la luz de la luna caía sobre él, en el brillo que emanaba de las runas que cubrían su cuerpo. Supo que lo que acababa de hacer había alterado algo más que la carne de ese hombre. No pudo evitar preguntarse qué precio tendría que pagar por haber desafiado a las bestias.

Alexa se sobresaltó al escuchar el sonido de la tos de Jason romper el silencio de la habitación. Giró la cabeza rápidamente, y al ver cómo su pecho subía y bajaba con esfuerzo, corrió hacia él, olvidando por un momento el cansancio que pesaba sobre sus hombros. Se arrodilló sobre la cama y, con cuidado, apoyó una mano en su frente, comprobando su temperatura.

—Estás bien… —preguntó.

De repente, sintió un tirón en su muñeca.

Jason había extendido su mano hacia ella. Sus dedos callosos y fuertes envolviendo los de Alexa con una fuerza sorprendente. El contacto fue tan repentino e intenso que Alexa se quedó sin aliento. Miró fijamente sus manos entrelazaban. La calidez de la piel de Jason contrastaba con el frío que había llenado la habitación.

Jason entreabrió los ojos, aunque se notaba que seguía desenfocado. La observó por un momento, aunque no lograba observar con claridad.

—¿Eres… un ángel? —preguntó, con quebrado. Creía ciegamente que lo era—. ¿Estoy… muerto?

El corazón de Alexa se saltó un latido. La forma en que él la miraba, con esos ojos inocentes y desorientado, hizo que un calor extraño se extendiera por su pecho. Por un instante, se quedó sin palabras, incapaz de responder.

—No, no eres un ángel, y no estoy muerto —continuó él—. No puede ser… El infierno no puede ser tan normal.

Alexa sonrió, pero fue una sonrisa amarga. Acarició con suavidad el dorso de su mano.

—La fiebre te está afectando —murmuró la bruja y se inclinó un poco más cerca—. No soy un ángel y tú no estás muerto, Jason.

Alexa sintió cómo la fuerza de su agarre aumentaba.

—No te vas —ordenó.

—No, vale. No tengo nada más que hacer tampoco.

Jason parpadeó varias veces. Su visión se fue aclarando. La confusión y el delirio de la fiebre se disiparon, y entonces la vio con más claridad: Alexa estaba inclinada sobre él, con el rostro iluminado por la luz de las velas y el cabello cayendo en cascada alrededor de sus hombros,

como un hada mágica. Jason se quedó con la boca abierta por un momento, atontado. Luego se aclaró la garganta. En lugar de gratitud, su mirada se oscureció.

De repente, soltó la mano de Alexa como si su cercanía lo quemara. El cazador se sentó con esfuerzo. El dolor seguía latente, sobre todo en sus costillas, pero eso no le impidió fijar sus ojos en ella con ira y desdén.

—Aléjate de mí —espetó con voz ronca—. Bruja.

Alexa se quedó en shock. Entrecerró los ojos mientras lo miraba. El miedo y la preocupación que habían nublado su mente durante las últimas horas se desvaneció, y en su lugar quedó la indignación que ardió con más fuerza que el fuego de las velas que la rodeaban. Se cruzó de brazos.

—Ah, ¡ahí está! —gritó Alexa—. El verdadero Jason Whraid. Me preguntaba cuándo aparecerías.

Jason frunció el ceño, y la tensión en su mandíbula se hizo más pronunciada. La rabia hervía en su interior, empujada por el hecho de que había necesitado la ayuda de alguien como ella, una bruja, para sobrevivir. Todo en lo que creía, todo lo que había aprendido como cazador, se estaba desmoronando frente a él, y lo único que podía hacer era aferrarse al odio que siempre había sentido por aquellos que eran como Alexa.

—¿Qué has hecho? —preguntó con dedprecio—. ¿Qué clase de hechizo has usado para mantenerme con vida? ¿Qué esperas obtener de mí?

Alexa se carcajeó con sarcasmo.

—¿De verdad crees que hice esto para obtener algo de ti, inútil? Te he salvado la vida, Jason. Sin mí, estarías muerto.

—Pues ojalá lo estuviera —respondió él, y la crudeza de su declaración golpeó a Alexa como un puñetazo en el estómago.

—¡¿Es eso lo que quieres?! ¡¿Morir, para no tener que enfrentar la realidad de que una bruja te salvó la vida?!

—Hubiera preferido morir antes que estar en deuda con alguien como tú —gruñó.

Alexa apretó los labios. Las lágrimas de rabia se agolparon en sus ojos, pero se negó a dejarlas caer. No iba a darle el gusto de verla derrumbarse.

—Entonces, la próxima vez, te dejaré morir —respondió con frialdad, y aunque sus palabras eran duras, había una tristeza en ellas que Jason no pudo ignorar—. Porque está claro que prefieres la muerte antes que aceptar que no todas las brujas somos monstruos.

Con esas últimas palabras, se apartó, dándole la espalda, dejando que la distancia entre ellos se convirtiera en un abismo que, en ese momento, parecía imposible de cruzar.

Jason no le apartó la mirada.

—¿No te has preguntado nunca porqué te dejé vivir? —soltó de repente—. ¿Por qué, cuando

fui a esa casa para exterminar a tu familia, no te maté a ti también cuando te encontré escondida en ese armario?

Alexa se congeló. Había pasado tiempo intentando olvidar ese día, pero la imagen del pequeño espacio oscuro, los gritos, y el olor a pólvora la perseguían en sus peores pesadillas. Trató de sonreír, de mantener su fachada sarcástica, y levantó una ceja, mirándolo con fingida indiferencia.

—Supongo que eras como el lobo feroz, ¿no? —respondió, disimulando el dolor—. Fuiste directo a por mi abuela, y no te molestaste en comerte a la Caperucita.

El fuego que ardía en los ojos de Jason se hizo más intenso. Se levantó y se acercó a ella, hasta que solo un par de centímetros los separaban. Alexa sintió cómo su propia respiración se aceleraba al notar la proximidad de su cuerpo, la intensidad de su presencia.

—No fue por eso —replicó—. No te maté porque, cuando te vi allí, asustada, temblando… pensé que no eras una bruja. Creí que no había maldad en ti, que eras diferente a los demás.

—¿Y ahora? ¿Qué pasa ahora, Jason? ¿Ya no crees que soy "diferente"?

—Ahora, te quiero muerta.

—Eres un idiota —escupió Alexa y avanzó hacia él, obligándolo a retroceder un paso—. Un maldito idiota que no es capaz de ver más allá de sus malditos prejuicios. ¿Te has detenido un solo segundo a pensar que tal vez, solo tal vez, no soy lo que tú crees?

—¿Y qué eres entonces? ¿Qué se supone que eres, Alexa?

—Una persona. Alguien que te ha salvado la vida. Alguien que está cansada de que la juzguen por lo que es, por lo que otros creen que debe ser.

—Por eso te acuestas con monstruos.

—¿Y a ti qué coño te importa con quién me acuesto yo?

—No me importa, en lo absoluto.

—Pues cállate la boca.

—No puedes cambiar lo que eres, punto. —le espetó Jason, y aunque trató de mantener la dureza en su voz, Alexa vio el leve temblor en sus manos, la forma en que apretó las manos en puño a los lados.

—Y tú tampoco puedes cambiar el hecho de que si no fueras tan idiota, tal vez te gustaría —disparó Alexa, y el silencio que siguió fue tan profundo que casi le hizo perder el aliento.

Jason gruñó.

—¿Qué coño dijiste?

—¡Que sin tu puto prejuicio estarías loco por mí! Pero, claro, nunca lo sabremos, ¿verdad?

Jason dejó escapar una risa seca y sarcástica. Una pizca de malicia brilló en sus ojos castaños cuando la miró de nuevo, y se cruzó de brazos, inclinándose ligeramente hacia ella con aire de superioridad.

—Vaya, parece que has pensado mucho en mí, ¿eh? —dijo en tono irónico—. ¿Por eso lo dices? ¿Porque a ti sí que te gusto?

Alexa lo fulminó con la mirada, y la furia que sentía se avivó como una llamarada que amenazaba con consumirla. Dio un paso hacia él y aunque sus rostros estaban a escasos centímetros no cedió ni un ápice.

—Eres un imbécil, ¿lo sabías? Apestas, lobo.

—Claro, claro —replicó él, su sonrisa se hizo más amplia—. ¿Y qué me dices de antes, ah? Mientras me curabas… Parecías muy metida en ello, Alexa. —Sus palabras se convirtieron en un veneno dulce, y cada una se hundía más profundamente en ella, haciéndola hervir por dentro—. ¿Lo disfrutaste? ¿Te gustó tener tus manos sobre mí? ¿O acaso te morías de ganas de hacer algo más? Quizá de tenerme dentro. ¿Te doy mi talla?

—¿Qué talla?

—Los centímetros, bruja.

Alexa sintió cómo el rubor subía desde su cuello hasta sus mejillas, ardiendo como si la hubieran golpeado, pero se negó a apartar la mirada. La rabia le ganaba a la vergüenza.

—Tú… tú eres un idiota prepotente —respondió—. Lo hice porque no iba a dejar que murieras, a pesar de lo mucho que lo mereces.

—Oh, claro, claro, el alma caritativa de la bruja buena, ¿verdad? —Se inclinó más cerca, su rostro por poco le rozaba los labios—. ¿Fue eso lo que pensabas cuando me tocabas, cuando te inclinabas sobre mí? ¿O estabas demasiado ocupada deseándome?

Las uñas de Alexa se clavaron en la palma de sus manos y levantó el mentón. Al rozar sus labios ambos jadearon a la vez. Movieron los labios y se escuchó un beso, corto, rápido.

—Eres despreciable —murmuró sobre su boca—. No todos somos como tú, no todos vivimos con ese odio constante en el corazón. Yo no soy como tú, Jason, y lo que hice fue porque sé lo que es perder a alguien y no me lo perdonaría, aunque seas un maldito engreído que no merece ni un solo segundo de mi compasión.

—¿Compasión? —levantó la voz al decirlo y le mordió el labio inferior. Ella jadeó—. No necesito tu compasión, ni tu lástima, ni nada que venga de ti.

Se alejó para gritarle en la cara.

—¡Entonces, hubiera dejado que te pudrieras! ¡Porque no vale la pena salvar a alguien que ni siquiera tiene la decencia de ser agradecido!

Se miraron fijamente a los ojos, Jason tragó saliva, ella también.

—Vuelve a acercarte —pidió el cazador.

—Solo un poco… —Lo hizo y sus labios volvieron a rozarse—. No lo hago porque me lo pidas tú.

Jadearon a la vez y sus lenguas se rozaron. A pesar de ese extraño juego, no se besaban.

—¿Quieres que sea más agradecido? —volvió Jason al tema—. Dime.

—Sí —jadeó ella.

—¿Y quién te pidió que me salvaras, eh? —rugió él—. ¿Quién te pidió que te quedaras aquí, que me curaras, que te preocuparas por mí? Nadie te lo pidió, y ahora actúas como si te debiera la vida. No necesito tu caridad, ni tus malditos hechizos.

—¡Porque es lo correcto, Jason! —gritó Alexa, y la frustración hizo que se alejará de él de nuevo—. ¡Porque, por mucho que lo niegues, no soy como las brujas que tanto odias! Porque, aunque tú seas un monstruo, ¡yo no lo soy, y me niego a serlo!

Alexa cerró los ojos por un instante. Quiso calmar su respiración, silenciar la furia que latía en su pecho. No tenía sentido seguir gritándose, no cambiaría nada, no los llevaría a ninguna parte. Bajó la voz, y cuando volvió a hablar, fue para preguntarle algo más importante.

—Jason… ¿y Alba? Apareciste solo aquí.

Jason se quedó inmóvil, la dureza de su rostro se desvaneció en un segundo. Las palabras de Alexa habían atravesado sus defensas. La mención de su hija derrumbó el muro que había construido a su alrededor.

Sin decir una palabra, Jason apartó la mirada y se dio la vuelta, dándole la espalda a Alexa. Se acostó. Su cuerpo parecía derrumbarse sobre sí mismo. Alexa buscó sus ojos y pudo ver el brillo de las lágrimas que los llenaban. El cazador llevó una mano a su rostro, ocultándolo.

—No está —murmuró Jason.

No hubo más palabras, pero Alexa entendió. Lo entendió todo.

La sensación de pérdida llenó la habitación.

—Jason, yo… —intentó decir algo, pero su voz se quebró antes de poder continuar, y él no se giró, no le dio la oportunidad de ver la devastación que su rostro reflejaba.

Alexa supo que esa distancia, esa barrera, no era algo que pudiera atravesar. Lo que Jason había perdido, era algo que lo había destrozado de una forma que ni siquiera sus palabras de consuelo podían reparar.

Se pasó una mano por el cabello y exhaló lentamente antes de dirigirse hacia la puerta.

—Debes descansar —le dijo—. Si necesitas algo… cualquier cosa, llámame.

Jason siguió sin moverse. El silencio fue su única despedida mientras cerraba la puerta detrás de ella.

Cuando la puerta se cerró con un suave clic, Jason dejó escapar un suspiro entrecortado. La primera lágrima rodó por su mejilla, quemándole la piel. De repente, toda la fortaleza que había intentado mantener, todo el odio y la rabia que había usado para protegerse, se derrumbaron como un castillo de naipes.

—Alba… —susurró su nombre, y el sonido de su propia voz, rota y desnuda, fue lo que finalmente lo hizo quebrarse.

Las lágrimas cayeron de sus ojos, calientes y silenciosas. Recorrieron su rostro hasta empapar su barba y caer al suelo. Jason apretó los puños hasta que los nudillos se le volvieron blancos. Temblaba con la intensidad de los sollozos que no podía detener. No había nadie para verlo, nadie para juzgarlo, y en esa soledad, permitió que todo el dolor que había reprimido, toda la desesperación que lo había estado consumiendo, lo devorara por completo.

Se cubrió el rostro con las manos. Se obligó a recordar el rostro de Alba, la risa que solía llenar la casa, la forma en que su pequeña mano solía aferrarse a la suya con una confianza inquebrantable, y fue ese recuerdo el que hizo que su pecho se contrajera, el que lo hizo llorar de una forma que nunca se había permitido.

Jason Whraid, el cazador implacable, se dejó romper en la oscuridad de su propia habitación, donde nadie podía verlo, donde nadie podía juzgarlo. Y en esa soledad, en ese instante, fue solo un hombre, un padre que había perdido a su hija, llorando por un futuro que nunca llegaría.

Capítulo 29: Sin unión de sangre.

—Deja la botella —ordenó Raúl a la camarera del bar en el que se encontraba. Sintió una punzada en el pecho cuando Alexa salvó al cazador. Claro que lo había sentido, su misión era que muriera. Sin embargo, el ardor en su estómago creció cuando alguien más que no esperaba, se sentó a su lado.

—¿Tanto lo querías? —preguntó Eiden. Raúl no respondió. La camarera se acercó a ellos y el pelirrojo levantó un dedo—. Una cerveza, *my lady*.

Ella sonrió.

—Marchando.

—Aquí a las mujeres no se les llama así —habló al fin Raúl.

—Estás borracho.

—Y tú eres un rey patético que en vez de pedir una bebida cara se pide una cerveza.

—Me gusta pasar desapercibido.

—Lo que te gusta es ser un payaso.

Los dos se quedaron en silencio cuando la joven camarera le sirvió a Eiden la cerveza junto a su número de teléfono. Éste le sonrió y se guardó el papel por cortesía.

—Tu esposa estará contenta —comentó Raúl.

—Hace bastante que no la veo, pero, de todos modos, no voy a hablar con esta mujer.

Raúl se encogió de hombros y le dio un trago al Whisky.

—Basta, Zarek. —Eiden le quitó el vaso de las manos y ésta se empinó la botella—. ¡He dicho que pares!

—¡¿Por qué?! —se quejó Raúl—. ¡De todos modos me quieres destruido, pues deja que me destruya como me de la gana!

Se levantó del taburete y al hacerlo, golpeó la espalda de uno de los hombres que había en el bar, derramándole la copa por encima.

—Hostias… —Le miró la camisa—. Te he hecho un favor, es horrorosa.

—Zarek… —susurró Eiden. Le dio un trago a la cerveza y suspiró hondo.

—¡¿Eres imbécil?! —gritó el hombre.

—Pues… —Zarek levantó los dedos e hizo como un poco con ellos—. Pero lo mío se va cuando se vaya el alcohol, lo tuyo es de nacimiento.

Eiden dejó la cerveza sobre la barra y cuando escuchó el primer puñetazo impactando en la cara de su hermano, se levantó. De alguna manera, siempre acababa a golpes por culpa de él, aunque no lo buscara. Esa vez no fue diferente. Los dos se enzarzaron a golpes con medio bar.

Hasta que los de seguridad los sacaron y cayeron al suelo del empujón.

—¡Porque quise, porque sino hago que os ruede la cabeza y la desenrosco como una puta bombilla! —gritó Zarek.

—Cállate ya. —Eiden le propinó una cachetada nada más se levantó del suelo—. Siempre igual, voy a tener el labio partido por dos semanas mínimo.

—Ay, cuidado, le han roto la cara al adonis.

Eiden lo miró de reojo y se palpó el labio inferior. Se pasó la lengua para limpiar el corte y negó con la cabeza después.

—No te entiendo —confesó—. Deberías de estar con todos tus esfuerzos puestos en derribarme.

—El que no te entiende soy yo. —Zarek se detuvo y lo observó, retándolo con sus ojos negros —. Matas a todo el mundo que se acerca a mí, me dejas destruido y solo, no me dejas vivir, y cuando estoy mal e intento ahogar mis penas en alcohol, apareces e intentas que no me sabotee. ¿Qué quieres en verdad? ¿Quieres destruirme o no? ¡Decídete de una puta vez!

Al gritar, Zarek cogió la camisa de Eiden y lo zarandeó levemente. Éste bajó la mirada y llevó sus ardientes ojos a perderse en el océano oscuro que suponía el abismo negro de los de su hermano.

—No hay nada que desee más que tu rendición —confesó Eiden.

—Pues decide mejor tus acciones —contraatacó Zarek—. Nunca has sabido lo que quieres, eres un maldito indeciso. ¡Como cuando me pusiste los cuernos y luego quisiste que no me molestara!

Eiden abrió los ojos con sorpresa y cuando vio que dos muchachas pasaban de camino al bar y los miraban asombradas, forzó una sonrisa en la que se le vieron los dos colmillos afilados.

—No le hagáis caso, está borracho. —Lo miró—. ¡Estás borracho y diciendo gilipolleces!

—¿Ahora resulta que miento?

—La gente va a pensar que… —Se calló de nuevo cuando pasaron más personas. Suspiró hondo y cogió el brazo de su hermano. Lo empujó hasta un callejón y le golpeó la espalda contra la pared—. ¡Van a pensar que hemos hecho algo como mínimo ilegal!

Zarek hinchó sus mejillas y golpeó con los puños la pared. Entornó los ojos y se fue deslizando hasta quedar sentado en el suelo.

—¿Tan poco te importó que ahora lo niegas? —murmuró por lo bajo.

—Necesitas descansar.

—¡Lo que necesito es que me mates de una puta vez! —Zarek levantó los brazos y lo miró, llorando para ese punto—. ¡Mírame, estoy borracho y solo! ¡Acaba conmigo ya y deja de matar a la gente que quiero!

Eiden apartó la mirada. Escuchó a su hermano sollozar en el suelo y tragó saliva. Se le

encogió el pecho, pero recordar a sus padres ensangrentados y muertos mientras que él estaba cubierto con su sangre, consiguió volver a ponerle una barrera a los sentimientos que podía procesar por él.

—No pienso matarte así —sentenció—. Pero te estás equivocando de víctimas. No había hablado con Jason.

Zarek empezó a reír y levantó la mirada. Los ojos de Eiden eran como dos faros de fuego en la oscuridad del callejón, así que era fácil mirarlos fijamente.

—Ibas a hacerlo —comentó. Se levantó como pudo y se mordió el labio inferior, mientras pensaba—. ¿Crees que no sé cuáles serán tus aliados, Eiden? Veamos… —Levantó la mano para contar—. Damián, Damon, ¿Naminé? El hermano de ella te va a costar un poco más. Seguro que lo intentarás con Alexa, tiene tus ideales. Jason, por supuesto. El cazador maldito es muy potente. ¿Qué tal los arcángeles?

Eiden sonrió con rabia.

—Vaya, hermano, eres bueno.

—En muchas cosas, y las conoces todas. —Zarek suspiró hondo y pasó por su lado. Le susurró en el oído—. Has tenido la oportunidad de matarme hoy, espero que te valga la pena haberla desaprovechado. —Dio unos pasos hacia la salida del callejón y antes de salir se detuvo de nuevo—. Por cierto, Eiden… Ilegal o no, existe solo un dueño de tu virginidad.

Eiden apretó la quijada y por un segundo sus mejillas se tornaron rojas. Quiso contestar, pero cuando volvió a mirar hacia él, Zarek ya se había ido.

***

—¡¿Por qué me tenía que hacer recordar eso?! —gritó Eiden.

Como un gato enjaulado, daba vueltas en el claro donde solía acostarse para ver las estrellas. No era capaz de calmar el sonrojo de sus mejillas y se las golpeaba con cuidado con el fin de calmarlas, al igual que su respiración. Escuchó un crujido proveniente de uno de los arbustos y el pelo rojo de Alice fue imposible de esconder.

—Hola, no te asustes. Es solo que Zarek es imbécil.

Alice sonrió y salió de su escondite. Se encogió de hombros para que le contara lo que pasaba y él solo apretó los dientes entre sí. Se dejó caer en la hierba y sus ojos felinos se perdieron en el cielo en un segundo.

—No somos hermanos de sangre —le contó—. De hecho, creo que no hay nadie en este mundo más diferente que nosotros. Nuestro padre no nos concibió, nos invocó. A mí una semana antes que a él, por eso soy el mayor.

Milenios más tarde.

El sol brillaba con una intensidad cegadora en el cielo despejado, justo en el punto más alto del mediodía. El rey llegó a la cima de una colina y levantó la espada hacia el cielo. A su alrededor, sacerdotes y guerreros observaban en un silencio reverencial, mientras la brisa caliente del desierto acariciaba sus pieles y hacía ondear las banderas doradas que rodeaban la escena.

Ante él, un león yacía muerto, su sangre empapaba la tierra bajo sus patas. Era el sacrificio, la ofrenda que el rey había decidido entregar al Sol, el dios que gobernaba sus tierras y sus corazones. Con las manos manchadas de sangre, el rey alzó la mirada hacia el astro rey.

—Oh, gran Sol, —exclamó—, dame un heredero. Dame un niño que pueda llevar mi corona y que reine con la misma fuerza que tú brillas en los cielos. He aquí mi ofrenda, para ti, el más grande de los dioses.

La luz del sol pareció intensificarse, y todos los presentes sintieron el calor abrasador aumentar sobre sus pieles, como si el mismo cielo respondiera a las palabras del rey. Una energía sobrenatural se agitó en el viento cálido, y los ojos del rey brillaron con fervor.

De repente, el cuerpo del león comenzó a arder, pero no con un fuego normal. Las llamas que envolvieron al animal eran doradas, resplandecientes como el mismo sol, y su calor era tan intenso que los sacerdotes retrocedieron, cubriéndose los rostros. El fuego crepitaba, pero no destruía la carne del león; en lugar de eso, se transformaba. Cambió de forma frente a todos.

Un niño.

Cuando las llamas se extinguieron, allí, donde había estado el león, se encontraba un niño de unos ocho años. Su cabello era rojo, largo y brillante, como si estuviera hecho de hilos de fuego, y sus ojos ardían con una intensidad que ningún humano había visto antes. Sus pupilas eran como brasas, destellando con una energía feroz y salvaje. El niño miraba a su alrededor, desorientado. Acababa de ser arrancado de otro mundo y lanzado al centro de la tierra.

El rey observó al niño como quien observa un trofeo. Había pedido al sol un heredero, y el sol le había entregado a un niño que llevaba en su interior el poder del astro. Bajó la espada y miró fijó al pequeño, que se encontraba ante él, tembloroso y confuso.

—Eiden —lo llamó el rey—. Ese será tu nombre. El niño del fuego, nacido de la voluntad del sol.

Eiden levantó la vista, sus ojos ardientes se encontraron con los del rey, pero no dijo nada. No entendía del todo qué estaba pasando, ni dónde estaba, pero había una fuerza primigenia en su interior que lo conectaba con el poder que había invocado su creador.

El rey le dio unos golpecitos en la cabeza.

—Tú serás el nuevo rey —dijo con una solemnidad reverencial—. El reino te pertenece, pequeño Eiden. A partir de hoy, el poder del sol corre por tus venas.

Los días que siguieron al nacimiento de Eiden bajo el sol fueron extraños y confusos para el niño. El rey, lejos de ofrecerle el cariño de un padre, lo trató como una creación de guerra, un arma destinada a ser perfeccionada y utilizada. En vez de enseñanzas o juegos, lo sumergió en un mundo de acero, sangre y dolor.

Desde el primer día, el rey lo llevó a los campos de entrenamiento del palacio. Eiden, con sus ojos brillantes como brasas, observaba cómo los soldados se alineaban para sus ejercicios. Eran hombres rudos, curtidos en incontables batallas, con cuerpos llenos de cicatrices. Al principio, el niño no entendía qué esperaba el rey de él, pero poco a poco, la verdad le llegó como una advertencia de guerra.

—Mira bien, Eiden —decía el rey, sin rastro de afecto—. Esto es lo que significa ser rey. La batalla, el dolor y la muerte. Solo los fuertes sobreviven. Solo los fuertes merecen reinar.

Eiden miraba en silencio mientras los soldados luchaban, entrenando con espadas pesadas, lanzas y dagas. Las peleas no eran simples entrenamientos, eran luchas a muerte. Los gritos de los hombres caían sobre los oídos del niño como un tormento constante de violencia. El rey no le ofrecía explicaciones, solo lo hacía observar, una y otra vez. Quería que esos sonidos, esa brutalidad, se grabara en su alma desde temprana edad.

—Vas a aprender así, con tus ojos. La gloria no se alcanza sin sangre —le decía el rey, cruzado de brazos mientras observaba una de las muchas peleas. La sangre salpicaba el suelo, y los cuerpos caían uno tras otro. Eiden no apartaba la mirada, aunque su rostro permanecía inexpresivo.

No pasó mucho tiempo antes de que el rey dejara de lado el simple acto de observar. Quería que Eiden participara. Sin ningún entrenamiento formal, el niño fue lanzado al centro de la arena, obligado a luchar. Primero con soldados más jóvenes, pero a medida que los días pasaban, los oponentes se volvían más y más formidables.

Eiden luchaba con el instinto de supervivencia, sus pequeñas manos se aferradas al arma que le habían dado. Su cabello rojo ondeando en el viento mientras esquivaba y golpeaba con una habilidad que parecía innata. No había espacio para el error. Cada lucha era una batalla por su vida, y si caía, el rey lo miraba con desaprobación, como un fracaso.

—No hay lugar para los débiles en este reino, Eiden —le repetía, observándolo desde el trono que había mandado colocar cerca de la arena de batalla. El rey nunca mostró compasión, nunca ofreció una palabra de aliento.

Un día, Eiden cayó tras una brutal lucha con un soldado adulto. El niño se levantó, jadeando, lleno de heridas y magulladuras. El rey lo miró sin un atisbo de preocupación, con esa mirada

fría que siempre lo acompañaba.

—De nuevo —ordenó el rey, sin darle tiempo para recuperarse.

Eiden lo miró por un instante, sus ojos ardientes se cruzaron con los del rey. Había odio en esa mirada, pero aceptó sin rechistar. Eiden sabía que ese era su destino, que no era un hijo para ese hombre, sino una herramienta, una espada que se estaba forjando en el fuego de las batallas.

Y así, cada día, bajo la mirada constante del rey, el niño de cabello de fuego y ojos ardientes se volvió más fuerte, más rápido, más letal. Pero con cada lucha, con cada muerte que presenciaba o infligía, algo dentro de él se apagaba. Eiden no era un niño común, pero el precio de su poder se hacía evidente en el brillo oscuro que comenzaba a nublar su mirada.

—Algún día, serás un rey como yo —le decía el rey, con la misma frialdadnde siempre. Eiden no decía nada, solo observaba, con el fuego en sus ojos reflejando el horror que había sido obligado a aceptar como su vida.

—Quédate en casa —le ordenó el rey una noche.

Eiden no pudo obedecer la orden del rey. A lo largo de la semana, había aprendido a soportar las batallas y las exigencias brutales de su "padre", pero algo en su interior, ese fuego que siempre ardía en sus ojos, lo empujaba a rebelarse. No quería ser una simple creación del rey, ni una herramienta en sus manos. Así que, cuando el rey le ordenó que permaneciera en el palacio esa noche, Eiden lo ignoró.

Eiden salió sigilosamente del castillo hacia el bosque que rodeaba el reino. La noche era profunda, y la luz de la luna bañaba todo con su resplandor pálido. Su cabello rojo brillaba bajo la luz lunar mientras avanzaba. Una sensación en su pecho lo empujaba a descubrir qué tramaba el rey.

Cuando llegó a la cima de la colina, se escondió detrás de unas rocas y observó en silencio. Ahí estaba el rey, de pie en el claro, bajo el brillante manto de la luna llena. El rey no estaba solo: un león yacía ante él, su majestuosa cabellera negra se desparramaba en el suelo. Era una ofrenda, como el día del nacimiento de Eiden. La escena era demasiado similar a la que Eiden había vivido días atrás.

El rey alzó los brazos al cielo. Llamó a la luna de la misma forma en que había invocado al sol cuando trajo a Eiden al mundo.

—Oh, Gran Luna, diosa de la noche y madre de las sombras, te ofrezco esta criatura de la tierra para que me des otro hijo —pronunció—. Un hijo nacido de tu luz, de la oscuridad y el silencio de la noche.

Eiden observaba, el corazón le iba a mil. No podía dejar de mirar. La luna, que hasta ese momento había brillado tranquila y constante, comenzó a intensificar su resplandor. Un haz de luz lunar descendió del cielo, bañando el cuerpo del león muerto, y de repente, las sombras

alrededor de la criatura comenzaron a moverse, tomando vida propia.

Las sombras cubrieron el cuerpo del león con un manto oscuro. La temperatura bajó, y las hojas de los árboles se agitaron de forma inquietante. Entonces, de la oscuridad, se formó una figura. Un niño, mucho más delgado que el propio Eiden, apareció en el centro del claro, de donde antes estaba el león.

Su cabello era negro como el vacío del universo, liso y largo. Caía sobre sus hombros. Sus ojos también también eran oscuros. Los abrió lentamente, y Eiden notó que cambiaban de color bajo la luz de la luna, pasando del negro más profundo a un gris plateado que brillaba con un resplandor etéreo. Zarek había nacido, un hijo de la luna, igual que Eiden lo había sido del sol, pero con una energía completamente distinta.

Zarek, miró a su alrededor, desorientado, con la misma confusión que Eiden había sentido cuando apareció por primera vez bajo la luz del sol. La luna parecía conectada a él, sus ojos reflejaban cada rayo lunar como si fueran espejos que atrapaban su brillo. Todo en él irradiaba una calma fría y sobrenatural.

El rey se acercó a Zarek, con la misma frialdad y dominio que había mostrado con Eiden.

—Zarek, —murmuró con una sonrisa torcida—, hijo de la luna. A partir de ahora, serás un guerrero y un rey. Te entrenaré como hice con tu hermano.

Eiden, oculto en las rocas, apretó los puños. El fuego en su interior ardió con más fuerza. No podía creer lo que estaba viendo. El rey no lo veía como un hijo, nunca lo había visto así. No era más que una pieza en su plan, y había creado a otro, Zarek, como si él mismo no fuera suficiente.

Mientras observaba, los ojos de Zarek, tranquilos y oscuros como la noche, se encontraron con los de Eiden a la distancia. No hubo palabras, pero un entendimiento silencioso pareció formarse entre los dos niños: dos seres arrancados del poder de los astros, dos seres nacidos de la voluntad de un hombre despiadado.

Eiden los siguió en silencio hasta el castillo. Pensaba en mil cosas a la vez. El rey caminaba al frente seguido pot Zarek el cual estaba envuelto en una fina sábana blanca. Eiden, escondido tras un muro, los observaba de cerca. Intentaba comprender quién era ese nuevo niño que el rey había invocado, qué significaba para él y para el reino.

Eiden, sin hacer ruido, se escondió detrás de una columna. Se ocultó del rey, pero mantuvo su mirada fija en Zarek. El rey y su esposa entraron en la gran sala, y Eiden se tensó cuando escuchó sus voces.

—El proceso fue exitoso —dijo el rey—. Zarek es el hijo que nos otorgó la luna, igual que Eiden es el del sol. Ahora los dos serán entrenados, preparados para la corona.

La reina asintió, aunque parecía distante. Eiden no prestaba atención a sus palabras. Toda su atención estaba en Zarek, quien, con tranquilidad, se había apartado del rey y se dirigió hacia Eiden.

El corazón de Eiden se aceleró. ¿Lo había visto? No parecía posible, había sido cuidadoso, y la oscuridad debería haberlo protegido. Sin embargo, Zarek, tan tranquilo, avanzó sin vacilar. Se acercó hasta quedar a unos pasos de Eiden. Sus ojos grises y brillantes lo observaban con una calma que contrastaba con la intensidad que Eiden sentía en su pecho.

—Hola —saludó Zarek.

Una sonrisa ligera se dibujó en sus labios, y aunque era pequeña se sintió genuina.

Eiden se quedó sin habla. Había pasado días luchando, enfrentando la dureza del rey y el frío de la vida en palacio, sin nadie más que su propia determinación para acompañarlo. En ese instante, frente a él, estaba otro niño. Un desconocido que había llegado de la luna, que había sido invocado como él lo fue bajo el sol, y que lo miraba no con desdén, sino con curiosidad y amabilidad.

—Soy Zarek, creo. O eso dice aquel señor con corona. —El niño de cabello negro, extendiendo una mano en dirección a Eiden—. Creo que somos hermanos, ¿no? Adoptivos, claro.

Eiden lo miró, inseguro al principio, sin saber si podía confiar en él. Sin embargo, mirar a Zarek lo tranquilizó. A pesar de todo, ese niño compartía su destino, su extraña conexión con los astros. Sin embargo, en lugar de competencia o rivalidad, había dulzura. Algo que no había visto en el rey ni en ningún otro ser viviente hasta el momento.

Lentamente, Eiden cogió la mano de Zarek. Tembló un poco al principio, pero al notar la calidez del otro, sus miedos se desvanecieron. Una tímida sonrisa apareció en sus labios, una que había olvidado desde que llegó a este mundo. Durante los últimos días, solo había conocido la violencia y el dolor.

—Soy Eiden —murmuró y su sonrisa se hizo un poco más grande, aunque seguía tímido y bajaba la cabeza.

—Ya lo sé —respondió el otro, con un tono travieso—. He sentido tu presencia desde que llegué.

—No sé si darte la enhorabuena por nacer o no…

—¿Qué quieres decir con eso?

Eiden miró hacia el rey y soltó la mano de Zarek.

—Que quizá estábamos mejor en el basto universo que aquí.

Los días pasaron rápidamente. Eiden y Zarek, aunque habían empezado a formar una conexión inigualable, no tuvieron mucho tiempo para disfrutar de esa amistad. El rey no les concedió esa libertad. Desde el momento en que Zarek fue llevado al palacio, ambos niños fueron lanzados a un régimen de entrenamiento más brutal que el que Eiden había soportado solo.

Pero lo peor llegó cuando el rey les ordenó luchar entre ellos.

La mañana era fría, y la luz del sol apenas iluminaba el patio de entrenamiento. Los dos niños se miraban con incertidumbre, de pie en medio de la arena. El rey los observaba desde su trono con un cáliz de vino en la mano y una sonrisa torcida en los labios. Los ojos de Eiden ardían de tristeza, y Zarek, aunque parecía tranquilo, le dolía la boca del estómago.

—Hoy, aprenderéis lo que significa ser verdaderos reyes —anunció el rey—. La piedad es una debilidad. El que muestra misericordia en una batalla es el primero en morir.

Eiden y Zarek intercambiaron una mirada rápida, ambos supieron lo que venía, pero ninguno de los dos quería levantar la mano contra el otro. No querían traicionarse, mucho menos hacerse daño. Sin embargo, para su mala suerte, el rey no estaba interesado en sus sentimientos.

—Pensad en esto como una partida de ajedrez —continuó el rey—. El rey no es nada sin sus piezas, pero las piezas deben sacrificarse. Los peones, los caballos, incluso las torres y los alfiles… todo puede perderse si es necesario.

Eiden apretó los puños. El fuego en su interior ardió con más fuerza, pero no era por el deseo de luchar contra Zarek, sino por el odio que crecía hacia el hombre que los estaba manipulando.

—Eiden, eres mi torre —prosiguió el rey—. Tu poder es imponente, pero también predecible. Un ataque frontal, directo, pero letal. Zarek, tú eres mi alfil. Te mueves en la sombra, de forma inesperada, buscando el momento perfecto para golpear.

Zarek mantuvo la mirada baja. No quería luchar contra Eiden, no quería convertirse en el arma que el rey estaba forjando.

—No dudéis. —el rey se levantó de su asiento y caminó hacia ellos—. La mejor jugada es aquella en la que sacrificas a tus piezas sin remordimiento. Todo por el bien de ganar la partida.

Los dos niños permanecieron inmóviles, ninguno quería dar el primer paso. Si se enfrentaban, uno de los dos saldría herido.

—¡Luchad! —ordenó el rey.

Eiden actuó por impulso, no porque quisiera, sino porque no tenía elección. El fuego que ardía dentro de él se materializó en sus manos, una llama dorada que se hacía más grande a medida que se acercaba a Zarek. Zarek lo observó. Ambos sabían que el rey no aceptaría piedad.

Zarek levantó una mano, y las sombras a su alrededor se movieron. La luz y la oscuridad chocaron en el centro del patio, pero ninguno de los dos puso todo su poder en el ataque. Más que una lucha, era un intento de no hacerse daño y fingir que obedecían.

—Esto no es un juego, niños —gruñó el rey—. Tenéis que demostrarme que sois más que simples peones. ¡Demostradme que podéis ser reyes!

Eiden lanzó una ráfaga de fuego, sus llamas surcaron el cielo, pero se contuvo lo suficiente como para que Zarek pudiera esquivarlas con facilidad. Zarek, por su parte, movió sus manos y la oscuridad intentó inmovilizar a Eiden, pero sin la fuerza suficiente para atraparlo en realidad.

—¡No estáis dando el cien por cien! —se percató el rey—. Eiden, si fueras el rey en esta partida, harías el sacrificio necesario. ¡No hay lugar para la debilidad!

Eiden sintió la presión y la ansiedad ceció en su pecho como el fuego.

—¡Hazlo! —vociferó el rey. Estaba furioso.

En medio de la presión y la tensión, Eiden lanzó un ataque más fuerte. Obligó a Zarek a defenderse con todo lo que tenía. La oscuridad y el fuego chocaron de nuevo, pero esta vez con verdadera fuerza. El dolor que ambos sentían por atacarse podía verse cada vez que se miraban y derramaban lágrimas de impotencia. No eran piezas en un tablero de ajedrez, eran niños, aunque su destino los empujara hacia el conflicto.

Las estaciones pasaron una tras otra. Los años se fueron acumulando sobre los hombros de Eiden y Zarek, pero el ritmo de su vida no cambió. Cada batalla era más brutal que la anterior, más despiadada. El rey los enfrentaba una y otra vez, empujándolos al límite. Ambos crecieron bajo la violencia y la competencia, pero su vínculo no desapareció. A pesar de todo lo que el rey intentaba, seguían siendo compañeros de vida, aunque se les forzara a actuar como enemigos.

Los combates eran feroces. Los poderes de Eiden y Zarek habían crecido hasta límites que ni ellos mismos comprendían del todo. Eiden, con su control sobre el fuego, podía transformar el campo de batalla en un infierno abrasador. Además de engañar con sus cambios de forma y palabras hechizantes. Zarek, por su parte, había aprendido a manipular la oscuridad, la magia y el tiempo con una precisión letal.

Llegó el día de la última batalla. Se miraron fijamente, sabiendo que esa vez el rey los empujaría más allá de lo que estaban preparados para soportar. Eiden lanzó una llamarada alrededor, el fuego ondulaba dando vueltas sobre sí mismo. Zarek, dejó que la oscuridad lo acompañara.

—Hoy demostraréis quién es el verdadero heredero —rugió el rey desde su trono—. Solo uno de vosotros es digno de este reino. ¡Luchad hasta el final!

El combate fue brutal. Durante un instante, Eiden bajó la guardia, un error que Zarek no pudo evitar aprovechar. La oscuridad de Zarek cubrió a Eiden y lo tiró al suelo con fuerza. El golpe retumbó en la arena, y Eiden dejó escapar un gemido. La herida en su costado, producida por una de las cuchillas de sombra de Zarek, empezó a sangrar. Mojó la arena a su alrededor.

Zarek se quedó quieto. Respiraba con dificultad y las manos le temblaban. Sus ojos conectaron con los de Eiden, confuso, sin saber si seguir o no. Observó la herida de Eiden y una lágrima trazó su mejilla. Lo había lastimado y era algo que no quería que pasara jamás. Sin embargo, no se movió. No porque no quisiera ayudar a su amigo, sino porque sabía que el rey los estaba observando y no quería la muerte para Eiden.

—Bien hecho, Zarek —lo felicitó el rey—. Has demostrado que eres el más fuerte. La luna siempre será más poderosa que el sol.

Zarek apretó los puños, pero no dijo nada. Sus ojos se posaron nuevamente en Eiden, que intentaba levantarse, pero el dolor lo mantenía en el suelo.

—¡Que sirva de lección para ti, Eiden! —continuó el rey—. El más fuerte siempre prevalece. La compasión es debilidad, y la debilidad no tiene lugar en este reino.

Con esas palabras, el rey se dio la vuelta y salió del patio. Cuando las puertas se cerraron tras el rey, Zarek se rompió.

Sin dudarlo más, corrió hacia Eiden.

Se arrodilló junto a él, pasó un brazo por su espalda y lo ayudó a incorporarse. El calor del cuerpo de Eiden, normalmente reconfortante, era abrasador debido al dolor que sentía. Zarek lo levantó cuidadosamente.

—Lo siento —le dijo al instante—. No quería hacerte daño.

—Lo sé.

—Si no lo hubiera hecho, él te hubiera…

—También lo sé —lo interrumpió Eiden.

—Te juro que que te…

—Calma —volvió a interrumpirlo.

—Iba a decirte algo importante.

—Cuando deje de sangrar, por favor. Eres muy inoportuno.

Zarek sonrió y asintió.

Ambos estaban atrapados en el mismo juego cruel, piezas manipuladas por un rey y reyes destinados a ser manipuladores.

Zarek lo levantó en sus brazos como si no fuera más que un niño de nuevo, como si estuviera cuidando de la única familia que le quedaba. Eiden descansó su cabeza en el hombro de Zarek,

—No sé cómo tienes tanta fuerza —comentó Eiden.

—Más de ocho horas diarias de entrenamiento deben servir para algo más que romper cuellos.

Caminó con Eiden en brazos, el peso de su cuerpo era nada comparado con el peso de la responsabilidad y el dolor que cargaba en su corazón.

Lo llevó a la habitación y lo dejó con cuidado en la cama. Hecho eso, Zarek le desató la camisa y le acarició los músculos mientras le retiraba la tela. Notó que Eiden se tensó con el contacto y tragó saliva.

—No estoy acostumbrado a que me acaricien —comentó Eiden.

—Lo sé. —Y lo volvió a acariciar. Con un dedo subió y baja por su pecho, hasta el abdomen y dibujó cada marca de su piel.

—Para… —gruñó Eiden, en voz baja.

—¿Por qué? —Miró hacia su entrepierna—. ¿Por eso?

—Está mal.

—Lo que está mal es tener que estar destruyéndonos así. —Zarek le colocó la mano sobre la herida. Apretó un poco y miró hacia la luna. Le dio el poder suficiente para sanarlo y cuando notó que la cicatriz se cerraba, alejó la mano—. No me gusta hacerte daño.

—Ni yo a ti, te lo juro. —Eiden levantó la mano y le acarició el pelo—. Te quiero.

—Yo te amo —soltó Zarek sin filtros. Eiden se quedó boquiabierto—. Es lo que quería decirte antes.

—¿Quieres decir cómo…—No pudo seguir con la pregunta. Zarek lo calló juntando sus labios con los de él de forma corta, pero lenta—. Joder Zarek, él nos quiere enfrentados.

—Lo sé, pero me gusta el caos.

Los ojos de Eiden se llenaron de lágrimas.

—No me hagas esto —rogó—. Odio los sentimientos, los odio.

—Pero, ¿los sientes? —preguntó Zarek—. ¿Tan fuertes como yo?

Eiden tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Esto es de locos.

—Dilo, por favor —pidió Zarek.

—¿Qué?

—Dilo. Quiero que lo digas solo una vez.

Eiden sonrió levemente y tomó una bocanada de aire.

—Te amo.

La sonrisa de ambos fue genuina y grandiosa por primera vez en toda su existencia. Zarek volvió a besarlo, pero esa vez el beso fue más largo, intenso. Probaron de su saliva y el sonido a húmedo opacó el silencio de la habitación, la respiración de ambos se aceleró y dejaron gruñidos cuando notaron que no eran capaces de dejar de besarse. Zarek se desató la camisa y junto sus pechos, para que las marcas que los distinguían como el hijo del sol y la luna se volvieran uno, formando un nuevo tatuaje si los observaban desde arriba.

—Hagamos un eclipse juntos cada noche.

—Y cada día —pidió Eiden.

—Toda una vida. No quiero que exista espacio ni tiempo para nosotros.

—Entonces… —Eiden sonrió y terminó dejando escapar una risita nerviosa—. Juro amarte sin límites.

***

—Supongo que tuve que romper esa promesa —siguió Eiden.

Alice, que había escuchado toda la historia, salió de su trance por el asombro y dibujó una sonrisa en su boca. Luego negó con la cabeza y dejó varios golpecitos en el pecho de Eiden.

—¿Crees que aún lo amo? Vamos, lo maté una vez y busco una segunda. —Alice negó con la cabeza y señaló el lugar, luego a él—. No busco solo que vuelva, ¿vale? Mi plan es más sangriento. —Alice levantó las cejas, incrédula—. Enserio, no me mires así. Además, estoy casado con tu hermana, deja de divagar así.

Alice se encogió de hombros y se dejó caer de espaldas en el pasto. Eiden llevó la mirada hacia la hierba y arrancó un poco por el nervio de recordarlo todo. Sin embargo, sin siquiera buscarlo o quererlo, sus labios se curvaron en una sonrisa suave y tierna que nadie a parte de Zarek le había visto.

Capítulo 30: Pactos de almas rotas.

Después de apilar cadáveres, María no podía dormir. Recordaba cada muerte que había acontecido desde que ella llegó al pueblo. Con un nudo en la garganta se culpó de toda la sangre derramada. Aunque Alexa también estaba afectada, había vivido suficiente para que todo lo acontecido no le quitara el sueño.

Fue como, en medio de la oscuridad, María se percató de la silueta tambaleante de Raúl.

—Oh, Dios… —Salió de la cabaña y, a pesar de todo, rodeó su cintura para ayudarlo a caminar—. Hueles a alcohol de aquí a la china.

—Está más lejos de lo que crees.

—No te hagas el gracioso, a Alexa no le va a gustar verte así.

—Ni saber que murió uno de sus amantes.

—¿Cómo? —María lo observó y al percatarse del brillo en sus ojos, mostró una fina sonrisa —. Parece más tu amante que el de ella.

Raúl la miró de reojo y volvió la vista hacia la cabaña de los cazadores. Luego observó los cadáveres y agrandó la sonrisa.

—Me perdí la fiesta —comentó.

—Imagino que estabas en otra.

—Es mi forma de pasar el luto, no una fiesta. —Raúl la miró de reojo—. ¿Por qué me estás hablando como si fuéramos amigos? ¿Qué quieres?

María suspiró hondo y se detuvo en la puerta. Lo observó por unos minutos y forzó una sonrisa.

—Temo por Érebos —confesó.

—Deberías temer por ti misma.

—Si fuera una egoísta que juega con los demás como todos vosotros, sí. En mi caso, no tengo estrategia.

—Haces mal. —Raúl se quitó de su agarre y apoyó la espalda en el marco de la puerta—. Te preocupa Érebos, ¿no? —María asintió—. ¿Lo amas? —Volvió a asentir sin titubear—. Entonces forma tu propia estrategia para que él y tú salgáis vivos de esto.

—Pero, quiero entender qué hay detrás de toda esta manipulación, Raúl. No comprendo absolutamente nada.

Raúl suspiró hondo y forzó una sonrisa.

—Es algo que no te concierne.

—Pero, sí soy necesaria.

—Una pieza más.

—¿Y Alexa?

—También.

—Pues que sepas que ella te quiere, no comprendo cómo eres capaz de ver como una pieza a alguien que siempre habla de ti con cariño.

Raúl se encogió de hombros y María resopló. Negó con la cabeza y quiso irse a otra de las habitaciones, con tal de no seguir mirando a la cara al ser tan despreciable que para ella era Raúl.

—Periodista —la llamó y detuvo sus pasos—. Ella me importa, ahora todavía más. Una parte de mí la ama.

—Pues no se nota.

—No sé querer. —María lo miró de reojo, pero no quiso preguntar. Sin embargo, Raúl continuó—. Ella está incluida en mi juego y pretendo que no caiga, crea tu propia estrategia e incluye a Érebos. Si fueras mi amiga, te daría ese mismo consejo.

—¿Cuál sería la mejor estrategia?

Raúl se quedó pensando y achicó los ojos por un momento.

—Inmortalidad. —María sonrió, una sonrisa sarcástica y repleta de desdén—. Lo digo enserio.

—Es asombroso el afán que tienes por matarme.

—No es por eso, Érebos está en mi equipo.

—Por ahora.

—Por ahora —siguió Raúl—. Por eso quería empoderarlo más, por eso mismo te ofrecí que fueras con Damon. Érebos no iba a perder con ese trato, excepto algún que otro orgasmo tuyo.

María suspiró y miró al frente, perdiendo la mirada en la pared de la casa.

—No sé si creerte.

—Pronto empezarás a tener visiones de muerte —siguió Raúl—. Tu alma está corrompida, ¿qué pasará con Érebos cuando tú mueras? A veces hay que saber jugar con las piezas y hacer sacrificios si uno quiere ser feliz. Tú eliges, María. Inmortalidad y felicidad, o ser mortal y en unos meses dejar solo a Érebos sabiendo que su único aliado, es también su enemigo.

—Lo amo suficiente para no querer engañarlo.

—Supongo que no lo suficiente para salvarlo. —Raúl levantó la mano a modo de despedida —. He visto prostitutas que se venden por menos.

María escuchó sus pasos alejarse. Cerró los ojos y apretó las manos en puño. Soltó el aire de golpe y cuando imaginó a Érebos enfrentando todo solo, se le formó un nudo en la garganta.

—¡Espera! —Raúl sonrió, aprovechando que le estaba dando la espalda—. ¿Sería solo una vez?

—Deberían de ser varios orgasmos, pero puedes hacerlo la misma noche.

—¿Por qué con Damon?

—Es poderoso, ya tienes el poder de su padre. Con dos demonios originales en tus venas, es suficiente.

María suspiró y apretó los labios entre sí. No estaba segura, pero había visto tantísimo horror por culpa del juego de Raúl que no podía permitirse ver al hombre que amaba arrastrado por su locura.

—¿Luego seré inmortal para poder proteger a Érebos?

—Confía en el proceso. —Raúl borró la sonrisa para mirarla con seriedad y continuó—. Te prometo, que serás inmortal.

—¿Y qué pasa con Juliet?

—Dejaré de tenerla prisionera.

—¿Me lo prometes?

—Nunca rompo mis promesas. —Levantó un dedo para añadir—. Puedes invocarlo, así él no podrá resistirse a lo que le pidas.

Se acercó a ella y con un chasquear de dedos un papel con instrucciones apareció en su mano. Se lo entregó y se forzó para no sonreír al sentir el sabor de la victoria entre sus labios. María suspiró hondo, se quedó el papel y se retiró. Una vez Raúl ya no era percibido por ella, éste volvió a sonreír. Una sonrisa ladeada y cínica que mostraba sus dos colmillos puntiagudos.

Llegó hasta el salón y vio a la bruja durmiendo en el sofá. Sin más, se dejó caer sobre ella y apoyó las manos para no caerle por completo, dejando que los músculos y las venas de éstos se le marcaron.

—Ay, Raúl —se quejó Alexa—. Me asustaste. —Se pasó una mano por el pelo y lo observó de ese modo, encima de ella—. ¿Estás borracho?

—Sí.

—Se nota. —Raúl aflojó los brazos y hundió la cara en sus pechos. Luego pasó las manos a su espalda y la abrazó—. Que raro que des muestras de cariño.

—Estoy mal.

—¿Por qué?

—Death murió.

Alexa, sorprendida, le levantó el rostro y se quedó con la boca abierta, mirándolo.

—¿Cómo fue eso? —preguntó—. Es la muerte, no puede morir.

—Sí, si tiene un predecesor. Yo. Me siento culpable. —Volvió a apoyar la frente en su pecho y Alexa comprendió el dolor que Raúl estaba sintiendo, pues se parecía bastante al propio. Le acarició la cabeza y pasó los mechones por sus dedos, tirando levemente.

—Para un hombre que parecía quererme…

—Yo te quiero —murmuró Raúl.

—No de esa forma.

—Como sea, Alexa —se quejó como un niño pequeño—. Dame amor.

Alexa no pudo evitar reírse. Asintió con la cabeza y siguió con las caricias. Le levantó el rostro desde el mentón y se lo llenó de pequeños besos. Raúl cerró los ojos y aferrado a ella, completamente pegado a su cuerpo, se empezó a quedar dormido.

—Alexa… —la llamó.

—Dime.

—¿Es posible que una mujer con la que soñaba se haya materializado? Se ve distinta, pero…

—Ya estás divagando, duérmete.

—No, no… —Abrió los ojos de nuevo y levantó la cabeza. Su nariz casi roza la de Alexa con la postura que había tomado—. Llevaba mucho tiempo soñando con una mujer y cuando la perdía en el sueño, sentía una angustia enorme en el pecho. Sin embargo, conocí a alguien y me la tiré el primer día de conocerla.

—¿Y qué tendrá que ver? Eres un calenturiento.

—No, no.

—Lo puedo notar. —Alexa movió un poco la cadera y Raúl se mordió el labio inferior.

—Olvida lo que se clava en tu pelvis, es una reacción natural del cuerpo. Eres una mujer bellísima. —Le sujetó las mejillas con ambas manos y le apretó, quedándose más cerca de ella —. Solo escucha.

—Escucho —habló Alexa, con la voz atontada por la forma que le apretaba las mejillas.

—Fue conocer a esa mujer y los sueños cesaron, tuve uno o dos leves, pero ya no más. Además, sentí una conexión extraña con ella, como si la conociera de siempre. Y repetí, Dios si lo hice. Lo difícil para mí sería dejar de follármela en algún momento.

Alexa hizo una pequeña mueca.

—¿Para qué me cuentas eso?

—Eres una bruja, dime si es posible que…

—Raúl, te conviertes en hurón y como tú mismo has dicho, soy una bruja. No creo en los imposibles. —La sonrisa de Raúl se tornó radiante—. ¿Estás más tranquilo?

—Un poco —aceptó—. Pero no dejes de darme amor hasta que me duerma.

—Vale, niño caprichoso.

Capítulo 31: Un beso y una canción.

La Nada avanzaba, lenta pero imparable. El propio tiempo se había cansado de existir. Era una niebla oscura, densa, que se extendía desde el horizonte hasta el cielo, convirtiéndolo en un abismo de nubarrones que giraban como un torbellino. Sus bordes parecían vibrar, y a su paso, todo lo que tocaba comenzaba a desvanecerse, consumido en un vacío absoluto.

Desde lo alto de una colina, el paisaje que una vez fue fértil y lleno de vida se transformaba en un páramo desolado. Eiden, de pie entre las rocas y los arbustos que sobrevivían, veía en silencio mientras la oscuridad engullía todo a su paso. El sol, que apenas brillaba entre los cielos nublados, fue tragado por el torbellino de sombras, dejando tras de sí una penumbra que parecía succionar hasta el último rastro de luz.

El viento que traía La Nada calaba en los huesos la desesperanza que reinaba en los campos, en los árboles y en las ruinas de los pueblos que iban cayendo. Las aldeas desaparecían como si nunca hubieran existido. Una casa de piedra sólida se desintegró en polvo. El ganado y los cultivos, vitales para la vida de aquellos pueblos, se desmoronaban al contacto con la niebla oscura. El pasto verde se volvía cenizas, los árboles que alguna vez fueron robustos y llenos de hojas caían al suelo, primero secos, y luego inexistentes.

Eiden vio cómo el campo de cultivo más cercano, lleno de trigo dorado, empezó a marchitarse en cuestión de segundos. El trigo se torció y oscureció, los tallos se rompieron.La Nada absorbía la vida. El campo entero se convirtió en un yermo muerto, cubierto por un manto de polvo y cenizas.

Los habitantes de las aldeas no tuvieron tiempo para huir. Los gritos no duraban mucho. Las voces de los que intentaban correr se apagaban al instante, tragadas por el vacío antes de que pudieran siquiera comprender lo que les estaba sucediendo.

Las civilizaciones más lejanas tampoco estaban a salvo. Los imponentes castillos, estructuras que parecían invencibles, temblaban al contacto con La Nada. Las piedras de sus murallas caían, sus torres altas se derrumbaban en cascadas de polvo que se desvanecían antes de tocar el suelo. Las grandes ciudades, con sus mercados y calles llenas de vida, se convertían en restos de lo que habían sido. La gente corría por las calles, pero no importaba lo rápido que huyeran; La Nada siempre los alcanzaba, y cuando lo hacía, no había gritos ni agonía, solo silencio absoluto.

El cielo era un agujero negro que lo devoraba todo. El horizonte estaba roto por la presión de esa fuerza apocalíptica. Nada sobrevivía a La Nada, ni siquiera el viento, que se detenía como si hubiera olvidado cómo soplar.

Eiden supo que pronto no quedaría nada.

—¡Mi señor! —exclamó uno de los aldeanos—. ¡Las casas en uno de los pueblos cercanos están cayendo. No queda mucho tiempo antes de que todo sea destruido! ¡Necesitamos ayuda!

Eiden apretó los dientes. La responsabilidad de un rey no era huir, sino hacer todo lo posible por salvar lo que pudiera. Miró al hombre y asintió. Volvió al palacio para prepararse y salir de inmediato.

Alice apareció cerca de él. Con valentía, cogió la mano del rey.

Eiden la miró. Supo lo que quiso decir, incluso sin palabras. Alice movió las manos en el lenguaje de señas que había aprendido desde niña, y sus gestos fueron claros: “Voy contigo”.

Alice era tan valiente como Kate, no iba a quedarse atrás mientras el mundo se desmoronaba. Con solo mirarla un par de segundos, Eiden pudo darse cuenta que de nada hubiera servido decirle que no.

—De acuerdo, iremos juntos.

Alice dio palmas y varios saltitos por la aceptación del rey.

Sin más tardar, montaron a los caballos. Las gárgolas de piedra que siempre acompañaban a Eiden, criaturas inmensas y sombrías talladas en su castillo, se movieron. Con un estruendo, las alas de piedra se desplegaron, y las gárgolas tomaron vuelo, dando gruñidos bajos mientras seguían de cerca a su rey. Unos leones de piedra volaban, otros corrían a su lado.

El camino hacia el pueblo estaba lleno de escombros, árboles caídos y polvo, pero los caballos de Eiden y Alice pudieron esquivar los obstáculos con la misma urgencia que sentían sus jinetes. El pueblo estaba cerca. Se escuchaban los gritos de desesperación.

Llegaron y la destrucción era abismal.

Eiden y Alice se miraron por una fracción de segundos, no había tiempo para pensarlo. Con las gárgolas descendiendo para escoltarlos, ambos se prepararon para enfrentar el caos que los esperaba en el pueblo, decididos a salvar a tantos como pudieran antes de que La Nada lo engullera todo.

El pueblo se encontraba al borde del colapso cuando Eiden y Alice llegaron a las calles llenas de polvo y escombros. No dudaron ni un segundo. Se lanzaron al rescate de los aldeanos, moviéndose con rapidez y coordinación. Aunque Alice no podía hablar, sus cánticos los calmaba. Eiden, por otro lado, sabía exactamente lo que quería decir y también agradecía que lo hipnotizara para no perder los nervios.

—¡Corred, corred!

El rey miró hacía los gritos. Era una familia que intentaba salir de una casa cuyas paredes empezaban a temblar. Eiden se colocó detrás de ellos para que una pared rocosa cayera en su espalda y solo fuera él, quién sintiera el golpe. Alice guió rápidamente a los niños fuera del edificio antes de que la estructura cayera del todo. Las gárgolas volaban sobre ellos. Rugían mientras arrancaban escombros del camino. Abrían paso para los que intentaban huir.

Alice y Eiden trabajaban como si fueran uno solo. Rescataban a tantos como podían. Alice ayudó a una mujer mayor que había quedado atrapada bajo una viga caída, Eiden levantó la pesada madera con esfuerzo, permitiéndole a Alice sacarla y ponerla a salvo.

Una de las gárgolas levantó a un hombre que había quedado atrapado en el tejado de una casa en ruinas. Lo llevó con suavidad entre sus fauces a un lugar seguro mientras el edificio colapsaba detrás de él. Otra se abalanzó sobre una estructura que empezaba a desplomarse, deteniéndola el tiempo justo para que Alice pudiera sacar a un niño que había quedado atrapado.

De repente, un edificio cercano comenzó a tambalearse. Una casa pequeña, en la que Eiden había visto entrar a una madre con su hijo en busca de refugio. Los muros empezaron a crujir, y sin pensarlo dos veces, Eiden corrió hacia allí.

—¡Eiden, no! —gritó Alice. Quiso detenerlo, pero solo alcanzó a estirar la mano.

La casa estaba cerca del abismo de no retorno que suponía La Nada. Las paredes temblaban y las vigas del techo caían una tras otra. En una esquina, el niño pequeño lloraba, atrapado entre los escombros mientras su madre intentaba llegar hasta él sin éxito.

—¡Voy a por él! —gritó Eiden.

Saltó sobre los escombros, como el felino que era y, con un movimiento rápido, envolvió al niño en sus brazos, protegiéndolo con su cuerpo justo cuando una viga cayó del techo. El tiempo pareció detenerse por un segundo. Si no hacía algo rápido, se quedarían atrapados. Con un esfuerzo sobrehumano, sacó sus garras y el rey se convirtió en un auténtico monstruo. Sin embargo, con su propio cuerpo fue más fuerte que la Nada al romper una pared, por donde sacó a la señora y al niño.

—¡Vamos! —gesticuló Alice, moviendo las manos con urgencia.

Sin embargo, la pared cedió del todo. Eiden dio un último salto para cubrir al pequeño. Puso su propia vida en peligro por salvar al niño. Las rocas y las vigas cayeron detrás de él, pero las gárgolas intervinieron en el último segundo. Sujetaron los escombros con sus enormes cuerpos y le ayudaron a salir ileso, aunque cubierto de polvo y sangre.

Alice corrió hacia él, la adrenalina la hizo abrazarlo con fuerza. Quiso regañarlo, pero a pesar del peligro, había hecho lo correcto.

—Estoy bien —aseguró el rey—. Te abrazaría, pero debemos de irnos.

Alice reaccionó y lo soltó como si tuviera un resorte.

Desde lo alto de una colina, Eiden y Alice observaron hacia el pueblo que acababan de abandonar. A lo lejos, el horizonte era un abismo oscuro, un vacío que devoraba todo a su paso. El lugar donde había estado el pueblo se hundía en la nada, como si nunca hubiera existido.

Eiden suspiró y bajó la mirada. Claro que se sentía culpable. La oscuridad consumía todo lo que tocaba, y aunque habían logrado salvar algunas vidas, la pérdida era innegable. La sensación

de impotencia en su pecho.

Alice se giró hacia él, cogió su mano y entrelazó los dedos. Sin pensarlo, acarició suavemente los nudillos de Eiden. Necesitaba sentir ese roce para anclarse a la realidad.

Aunque Alice siempre mostraba una fuerza imperturbable, en ese momento Eiden notó que sus ojos azules estaban a punto de romper en dos cascadas cristalinas repletas de lágrimas. Lo que habían presenciado juntos, la destrucción de un pueblo entero, dejaba más que varias cicatrices en la piel.

Sin decir nada, Eiden se inclinó un poco hacia ella. Con un movimiento suave, la rodeó con un brazo por la cintura. La acercó y abrazados empezaron a marcharse. Alice se dejó llevar, sin resistirse. Se apoyó en él con confianza.

Eiden se agachó y sus labios rozaron el oído de Alice mientras le susurraba con voz baja:

—¿Estás bien?

Alice asintió, intentando disimular el escalofrío que le había dado la cercanía del rey.

La noche había caído sobre el palacio, pero Eiden no encontraba descanso. El palacio estaba en silencio, pero dentro de su cabeza, los sonidos de la destrucción y los gritos de los aldeanos se repetían sin parar. Como un disco rayado.

Incapaz de dormir, Eiden se levantó de la cama. Decidió salir en busca de un poco de paz, aunque solo fuera por un momento. Salió del palacio, evitando a los guardias y sirvientes que todavía estaban despiertos.

Llegó al claro donde solía ir para observar las estrellas, un lugar apartado del ruido y las responsabilidades de ser rey. El cielo nocturno brillaba con estrellas lejanas, pero incluso su resplandor parecía más tenue esa noche. Eiden se sentó en el suelo, con la mirada fija en el firmamento. Buscó consuelo en las constelaciones que lo habían acompañado tantas veces en el pasado. De donde él y Zarek provenían.

Desde el balcón de su habitación, Alice lo observaba en silencio. Lo había visto salir en medio de la quietud de la noche. Aunque sabía que Eiden buscaba soledad, no podía ignorar la preocupación que sentía por él. Menos después de lo que habían vivido juntos ese día.

Decidió salir de palacio y acompañarlo. Las estrellas brillaron sobre ella, pero su atención estaba completamente enfocada en Eiden. Lo vio sentado en la hierba. Parecía distante, perdido en sus pensamientos. Alice no hizo ruido, pero su presencia siempre era perceptible, y cuando llegó lo suficientemente cerca, Eiden levantó la cabeza y la vio.

Alice se sentó a su lado sin decir nada, y por un momento, ambos permanecieron en silencio, mirando las estrellas. No necesitaban palabras para entender lo que el otro sentía.

Eiden suspiró. Dejó escapar el aire que había contenido sin darse cuenta. Alice le ofreció una pequeña sonrisa, inclinando ligeramente la cabeza como si dijera: "Estoy aquí". El viento fresco

de la noche acarició sus rostros, y por un instante, el peso que cargaban se aligeró.

Con un movimiento lento, Eiden extendió su brazo y la rodeó por los hombros. La acercó abrazándola. Alice se apoyó en su pecho. Dejó que el silencio de la noche hablara por ambos. Era reconfortante la manera en que sus respiraciones se sincronizaban.

—No podía dormir —susurró Eiden después de un rato—. No dejo de pensar que no soy suficiente.

Alice apoyó una mano sobre la de Eiden y trazó caricias que le contornearon los dedos y los nudillos.

Eiden sonrió, una sonrisa pequeña, pero genuina. Alice lo entendía. Ambos habían visto el mismo horror.

—Siempre soñé con ser rey —murmuró Eiden—. Desde que era pequeño, todo lo que quería era ser digno de la corona. Ser alguien que pudiera proteger a los suyos, hacer algo grande. Pero...—Eiden hizo una pausa y miró a las estrellas—. Ahora que estoy aquí, siendo rey, no me siento suficiente. No puedo ni siquiera detener La Nada, y con cada paso que da, me siento aún más... incapaz. Creo que crecer y ser rey son las dos cosas más estúpidas que deseé de pequeño.

Eiden cerró los ojos. Estaba abriéndose a Alice como pocas veces lo hacía con alguien. La presión de ser rey, de ser un protector, lo había consumido.

—Es demasiado abrumador —susurró Alice, cantando, pero en voz baja.

Como sirena, Alice tenía un método infalible para consolarlo. Sus labios se curvaron en una sonrisa tierna, y sin previo aviso, comenzó a cantar suavemente.

Su voz era melodiosa, dulce y a su vez poderosa. El viento pareció detenerse para escucharla, y las estrellas brillaron un poco más mientras su canción llenaba el claro. La letra de la canción hablaba de un rey, un rey con el corazón de un león, bondadoso y valiente, que daba todo por los demás. Era un rey fuerte, pero no por su poder, sino por su capacidad de sacrificarse, de proteger a su pueblo sin importar el costo para él.

Eiden no podía apartar la mirada de ella, de adorarla bajo la luz de las estrellas. Ni una constelación brillaba más esa noche que los ojos de la sirena para él.

La canción hablaba de él. De la lucha que enfrentaba, del deseo de proteger a los demás a pesar de sus dudas y de su sufrimiento.

La sonrisa de Eiden se asomó en su rostro, suave y sincera. Las pupilas de sus ojos felinos se agrandaron y la llama viva en ellos recobró fuerza como si le hubieran puesto leña. El calor de la voz de Alice lo envolvió, y a medida que los cánticos de la sirena fluyeron, sintió que cada preocupación se desvanecía.

Su piel se erizó, no solo por el frío de la noche, sino por el efecto que la canción tenía sobre él. Las emociones que Alice le transmitía con su canto eran tan puras, tan genuinas, que no pudo evitar sentirse vulnerable y agradecido a la vez.

Por un breve instante, mientras la voz de Alice llenaba su pecho y la luna brillaba sobre ellos, Eiden pensó en inclinarse hacia ella. Se fijó en los labios de la joven, su respiración se pausó, y una parte de él, en lo más profundo, deseó besarla.

Pero se contuvo.

Respiró hondo y cerró los ojos. Apreció la canción en lugar de dejarse llevar por el momento. Eiden la respetaba profundamente, así que no iba a estropear la amistad que tenían por un pensamiento fugaz. Culpó al hechizo de su voz, para no pensar en sentimientos.

—Gracias —susurró Eiden, cuando Alice había terminado—. Creo que eres la única que no me ve como alguien malvado.

Alice negó con la cabeza y le estiró del brazo para que se acostara a su lado en el césped. Eiden sonrió y se dejó caer de espaldas, con las manos tras la cabeza.

El cielo estrellado, el aire fresco y el suave sonido de las hojas movidas por el viento fue la nana perfecta para que Eiden se quedara dormido.

A ella le gustaba observarlo dormir. Dibujaba senderos observando las ondas que trazaban sus mechones de pelo rojo, que caían desordenados sobre su frente. El atractivo del rey era innegable para cualquiera.

El corazón de Alice se aceleró. Cuando él no la miraba, no podía evitar admirarlo. La atraía, no solo por su valentía o poder. La humanidad que escondía detrás de su coraza de rey, la ternura que emergía en momentos difíciles, a Alice le encantaba.

Con una sonrisa tímida, Alice alzó una mano y la llevó lentamente hacia el cabello de Eiden. Acarició suave los mechones rojos y los apartó de su frente.

Sin poder evitarlo, empezó a acariciar su rostro. Tocó su mejilla, pasando suavemente los nudillos por su piel.

Cuando llegó a los labios, Alice se detuvo por un momento. Las mejillas le ardían. Tragó saliva, y dejó que la yema de sus dedos rozara la comisura de su boca. Y los deslizó, para acariciar en su totalidad sus labios.

A pesar de lo mucho que Eiden se había contenido antes, Alice no pudo hacerlo. Su fascinación por él era demasiado fuerte. Alice se inclinó lentamente hacia él. Cerró los ojos y, con un gesto suave y tierno, presionó un delicado beso sobre sus labios.

Eiden permanecía dormido. Alice se separó con cuidado, creyó sentir las mariposas en los labios en vez del estómago. Sonrió con timidez aunque no la veía. Se recostó junto a él, más cerca que antes. Inhaló hondo cuando su nariz rozó la tela de la camisa de Eiden. Su aroma era embriagador para ella.

Capítulo 32: Jugando a las casitas.

El sonido de los caballos al galope rompió la tranquilidad de la mañana. Eiden parpadeó varias veces, ajustándose a la suave luz del sol mañanero. Al abrir completamente los ojos, lo primero que notó fue la calidez de un cuerpo acurrucado contra el suyo. Alice estaba apoyada en su pecho.

Una leve sonrisa apareció en los labios de Eiden mientras la observaba. El cabello pelirrojo de la sirena se encontraba esparcido sobre él como un manto de fuego. Con suavidad, levantó una mano y le acarició la cabeza, peinando el cabello con los dedos. Fue instintivo, no podía evitar ser tierno con ella. Sin embargo, el sonido de unas voces y caballos acercándose desde el palacio le recordó que no podían quedarse en esa nube de felicidad.

—Mi señor, ¡lo buscan en palacio! —gritó uno de los guardias.

Eiden suspiró y miró de nuevo a Alice. Quiso moverse e intentar despertarla sin asustarla.

—Alice —susurró y le acarició el brazo con suavidad—. Tenemos que levantarnos. Nos buscan en palacio.

Alice murmuró algo incomprensible y se aferró más a Eiden. Eiden escondió una pequeña risa y le pasó una mano por la espalda.

—Si nos ven así va a ser cuestionable —comentó en voz baja.

Intentó levantarse de nuevo, pero Alice lo rodeó con sus brazos.

—Vamos, Alice, despierta —insistió el rey, sonriendo divertido.

Al intentar moverse de nuevo, perdió el equilibrio con uno de los tirones de Alice. Cayó hacia adelante y terminó sobre Alice. Cuando Alice abrió los ojos, lo primero que vio fue el rostro de Eiden justo sobre el suyo. Sus labios estaban peligrosamente cerca, tan cerca que sentía su aliento cálido contra su piel.

La mirada ardiente de Eiden se encontró con el océano de Alice y el tiempo pareció detenerse por completo. Las narices de ambos se rozaron ligeramente. Los latidos de sus corazones se aceleraron, y aunque ninguno de los dos se movía, latían al mismo compás.

Alice lo miraba con los ojos muy abiertos, pero no hizo nada para apartarlo. El rubor en sus mejillas se intensificó, pero en lugar de sentirse incómoda, sus labios se entreabrieron ligeramente. Eiden, por su parte, no pudo evitar sentir lo mismo. La cercanía de Alice lo envolvía de una manera que nunca había sentido. El calor de su cuerpo bajo el suyo, el suave roce de sus respiraciones sincronizadas, lo enloquecía. Se dejaron caer en esa burbuja de deseo silencioso.

El sonido de los caballos y las voces en la distancia rompió el momento. Eiden parpadeó rápidamente, dándose cuenta de lo cerca que estaban. Tragó saliva y, aunque le costó, se apartó,

con el calor del momento abultando sus pantalones.

—Lo siento —murmuró con una sonrisa torpe.

Se levantó del suelo y con un tirón rápido, la ayudó a ella. Alice seguía roja a más no poder y sentía que se le iba a salir el corazón por la garganta. Con una sonrisa suave, se acomodó el vestido y bajó la mirada, con tal de no encontrarse con ese fuego abrasador que como al agua la evaporaba y solo con mirarla, la hacía suya.

Cuando llegaron a las puertas del palacio, Eiden se enderezó y su expresión cambiando por completo. Ya no era el hombre que momentos antes por poco besa a la hermana de su esposa, sino el rey que necesitaba enfrentar lo que estaba sucediendo en sus tierras. Los guardias se inclinaron ligeramente cuando él pasó, y Alice, aunque permanecía roja, se mantuvo a su lado con su habitual serenidad.

—¿Qué sucede? —preguntó Eiden, autoritario, en cuanto entraron en el gran salón del palacio.

Uno de los consejeros se adelantó.

—Mi señor, han llegado enviados de los reinos vecinos —informó—. Todos los reinos afectados por La Nada han enviado representantes. Se ha convocado una reunión de emergencia en la sala del consejo.

Eiden asintió. Las tensiones habían estado creciendo, y una reunión entre reinos significaba que el conflicto estaba a punto de tomar una nueva dimensión.

Alice lo miró de reojo. Quiso cogerlo de la mano, pero el anillo de compromiso brilló, de forma que la hizo entrar en razón.

Al llegar a la sala del consejo, Eiden abrió las grandes puertas y se encontró con una escena que recordaba a los tiempos de guerra. Los representantes de varios reinos estaban sentados en una larga mesa de madera. Hablaban en voz baja, acto que consiguió un gruñido en Eiden. Los estandartes de cada reino colgaban en las paredes. Lo que antes eran símbolos de poder y orgullo en ese instante se sentían vacíos ante la impotencia.

La presencia del rey los enmudeció de golpe. Se pusieron de pie, en señal de respeto al rey anfitrión. Eiden avanzó con paso firme, imponente y elegante. Los observó a todos, evaluando cuál sería más difícil de tratar. Alice lo siguió, acto que hizo que algún que otro hiciera una mueca al saberse que no era la reina.

Uno de los representantes, Lord Darion, un hombre robusto con una barba gris y ojos astutos, fue el primero en hablar.

—Mi señor, la situación ha empeorado. La Nada ha alcanzado nuestras tierras. Hemos perdido ya tres ciudades, y no hay forma de detener su avance. —Las palabras del hombre

cayeron como una losa sobre los hombros del rey—. No podemos esperar más. Debemos unirnos y actuar.

—¿Actuar cómo? —interrumpió Lady Lethra, una mujer delgada con el cabello negro recogido en un intrincado moño. Estaba furiosa, se podía ver en sus ojos fucsia—. Ya hemos intentado de todo. La magia no funciona, la fuerza militar es inútil. No podemos hacer más que ver cómo nuestras tierras se desvanecen. —Golpeó la mesa con la palma de la mano, frustrada—. ¿Qué sugieres, Darion? ¿Otra reunión, otro intento fallido de parar lo imparable?

Todas las miradas se dirigieron hacia Eiden. Esperaban una respuesta.

—La Nada no se detiene —confesó Eiden—. Lo hemos visto en nuestras tierras, y lo mismo ocurre en las suyas. Pero sentarse aquí y discutir quién es el responsable no resolverá nada. —Su mirada se endureció mientras observaba a cada uno de los presentes—. Debemos unirnos, y si no podemos detenerlo con magia o fuerza bruta, entonces debemos prepararnos para lo que viene. Esto no es una catástrofe, estamos en guerra contra esa cosa.

Volvieron a murmurar entre todos. No decían abiertamente lo que todos temían: que la única salida era un conflicto abierto, no solo contra La Nada, sino entre ellos. La destrucción de territorios significaba luchas por el poder, por los recursos, y una guerra era inevitable si los reinos no cooperaban.

—Si La Nada sigue avanzando, los recursos empezarán a escasear —continuó Eiden—. Cada reino querrá proteger lo poco que quede. Y sabemos bien lo que eso significa.

Lord Darion asintió. Lady Lethra frunció el ceño, consciente de que la situación era mucho más delicada de lo que había imaginado.

—¡Nuestros dragones lucharán por el reino de Rakam! —alzó la voz la joven.

—En ese caso, el rey alzará sus gárgolas —la combatió Darion.

—Nadie va a hacer nada —dijo Eiden. Siguieron discutiendo hasta que repitió alzando la voz —. ¡Nadie desplegará la artillería!

—Entonces, ¿qué propones, Eiden? —preguntó un tercer representante, Lord Valtren, un hombre de aspecto severo y calculador—. ¿Cómo podemos evitar una guerra cuando todos estamos al borde de la destrucción?

Eiden suspiró, no tenía cómo detenerlo, pero debía de mostrarse firme y seguro para que la situación no empeorara.

—No podemos detener a La Nada solos, pero podemos retrasarla y proteger lo que nos queda. Necesitamos alianzas. Si no unimos fuerzas ahora, el caos se desatará antes de lo que creemos. —Eiden observó a los representantes, cada uno con sus propios intereses —. Estamos luchando por la supervivencia de nuestros reinos, y si no trabajamos juntos, no habrá reino que proteger cuando todo termine.

El silencio volvió a la sala. La gravedad de la situación había quedado clara para todos. Alice,

quién seguía de pie al lado de Eiden, le colocó la mano sobre el hombro y le dio un poco de presión, para que se sintiera acompañado.

Lord Valtren, habiendo visto ese acto para nada normal entre cuñados, levantó la mano y formuló una pregunta que los llevó a todos a prestar atención.

—¿Y dónde está tu esposa, Eiden? Kate, la reina, debería estar aquí, ¿no? Es, después de todo, una cuestión de supervivencia para todos y este también es su reino.

Alice retiró la mano y miró al suelo.

Eiden apretó la mandíbula.

—Kate está ocupada en otros asuntos importantes —respondió firme y sin titubeos—. Su hermana Alice está aquí como su representante.

Alice abrió los ojos como un cervatillo asustado.

—¿Alice? —preguntó Lady Lethra, con una ceja levantada. El desdén de notó con una pequeña risita—. ¿Cómo puede una mujer que no tiene voz gobernar o representar un reino?

Eiden la miró directamente. Frunció el ceño y la mujer pareció titubear en su afrenta.

—Alice es más que capaz de representarnos —respondió Eiden con una voz tan impotente que hizo vibrar los muros—. No se necesita una voz para liderar. Se necesita inteligencia, fuerza y la capacidad de comprender lo que realmente está en juego. Y Alice tiene todo eso, como su hermana.

Sin embargo, antes de que pudiera continuar, Lord Valtren soltó una risa seca, interrumpiéndolo.

—Es interesante que hables de liderazgo y control, Eiden. Pero dime, ¿cómo esperas gobernar todo el mundo de Dolwill si ni siquiera puedes controlar a tu propia esposa? —Valtren lo miró con una sonrisa torcida. Disfrutó del golpe bajo—. Se dice que Kate hace lo que quiere, que no sigue tus órdenes. Si no puedes tener a tu reina a tu lado en un momento como este, ¿cómo vas a liderar a los reinos en una guerra contra La Nada?

El comentario cayó como un martillazo, y los cuchicheos inundaron la estancia. Eiden mantuvo su compostura, aunque por dentro la irritación ardía.

—Mi esposa y yo somos dos líderes fuertes e independientes —respondió el rey, tuvo que carraspear la garganta para seguir y no gruñir de rabia—. Kate tiene su propio trabajo, sus propias responsabilidades. No soy un rey que necesita controlar a su esposa para demostrar su poder. Somos un equipo, y ella está trabajando para proteger nuestro reino de maneras que ustedes no entienden. Su ausencia no significa falta de control, sino que tenemos múltiples frentes cubiertos. Dolwill no se basa en el control, sino en la confianza y la cooperación. Además, ¿qué pensamiento arcaico es ese? Un hombre no tiene por qué querer gobernar sobre una mujer, en ocasiones las mujeres saben llevar solas las riendas sin la necesidad de nadie. Agradecería la igualdad en mi reino, Lord Valtren.

Esta vez lo calló y se observó pequeño en la silla.

—Pero quizás, —interrumpió Lord Darion—, todo esto podría resolverse de una forma más sencilla. ¿Por qué no recurrir a quien realmente tiene el derecho legítimo al trono? Tu hermano Zarek.

Eiden sintió un escalofrío recorrerle la espalda al escuchar el nombre de Zarek.

—Zarek no tiene interés en el trono —respondió Eiden, con frialdad—. Él ha tomado otro camino. Además, en tiempos como estos, no necesitamos dividir nuestro reino más de lo que ya lo está por La Nada. Lo que propones no es una solución, sino una distracción peligrosa.

Lady Lethra dibujó en su rostro una sonrisa burlesca.

—¿No será que temes que Zarek pueda ser mejor líder que tú, Eiden? —preguntó, clavando una daga llena de ponzoña con cada palabra—. Que sea alguien más capaz de unir a los reinos, tal vez.

Eiden se enderezó. Empezó a jugar con su anillo de matrimonio, dándole vueltas para calmarse.

—No temo a mi hermano. Zarek es un hombre poderoso y sabio, pero no está aquí para gobernar. Y ahora mismo, el verdadero enemigo no es quién se sienta en el trono, sino lo que viene hacia nosotros desde la oscuridad. Si siguen perdiendo el tiempo en disputas de poder, cuando La Nada haya consumido sus tierras, se arrepentirán de no haber actuado cuando debieron.

—Zarek es el único que puede salvarnos, Eiden —insistió Lord Valtren—. Su magia está más allá de lo que cualquiera de nosotros posee, y todos sabemos que tú... no has hecho lo suficiente. Si realmente te importara el reino, lo traerías de vuelta y dejarías que se encargue.

—Lo he intentado —comentó Eiden—. Él no quiere volver.

—¡Pues haremos que vuelva!

La mandíbula de Eiden se tensó. Muchos en la sala seguían viendo a Zarek como el legítimo heredero y eso le hacía sentir una impotencia abrumadora. Al punto de notar que el pecho le oprimía.

Lady Lethra se inclinó hacia adelante y tomó la palabra.

—Zarek puede ser acusado de traición, pero no podemos ignorar que su poder podría ser nuestra salvación. Mientras sigas ignorándolo, nos arriesgas a todos. ¿Qué estás esperando, Eiden? ¿Por qué te niegas a permitir que el único con el poder suficiente para salvarnos actúe?

Eiden levantó la mirada, el fuego en sus ojos ardió tanto que iluminó la mesa. Había llegado a su límite.

—Zarek está acusado de traición a la corona y de asesinar a los reyes —gruñó—. No olviden eso. No estoy aquí para pedirle favores a alguien que fue desterrado por sus propios crímenes.

El silencio en la sala fue inmediato, pero no duró mucho.

—Quizá no eres lo suficientemente fuerte para liderar, Eiden —interrumpió Lord Darion—. Si no puedes controlar la magia de tu hermano, tampoco sabes contener a tu mujer, tiene que venir a calmarte una sirena y no puedes detener La Nada, tal vez... sea hora de considerar a alguien más.

Eiden frunció el ceño. Alice volvió a tocarlo y a pesar de su tacto sanador y calmante, el rey apretó tanto los puños que los nudillos se le marcaron.

—Quizá alguien más estaría mejor preparado para sentarse en el trono —añadió Lady Lethra, con una sonrisa—. Alguien como Adam, el heredero de mi reino. Él tiene la fuerza, el poder, y muchos aquí confían en sus habilidades.

Eiden sintió cómo la sangre le hervía. Estaban insinuando directamente que debía ser reemplazado, que Adam, el heredero del reino de los dragones, famoso por su fuerza y su capacidad para gobernar, podría ser un mejor rey. Las palabras se le clavaron como puñales. Desafiaban no solo su liderazgo, sino su misma legitimidad como rey.

Se levantó de la silla con una fuerza que hizo que todos en la sala se callaran de golpe. Golpeó la mesa con ambas manos, el impacto hizo crujir la madera bajo su fuerza hasta romperse. Los fragmentos de la mesa se esparcieron por el suelo.

—¡Basta! —rugió, su voz sonó con una autoridad que nadie en la sala pudo ignorar y las gárgolas los rodearon con ojos llameantes—. No permitiré que pongan en duda mi capacidad para liderar ni un segundo más. Este no es el momento para juegos de poder ni disputas sobre quién merece o no el trono. —Se inclinó hacia adelante, acercándose a los líderes—. El enemigo es La Nada, no mi reino ni mi liderazgo. No temo una guerra con los dragones, no temo nada, porque he perdido todo lo que amaba en esta vida. Ustedes verán si es conveniente llevarme a guerra. ¿Creen que cambiar a un rey cambiará algo? ¿Que Adam o cualquier otro salvaría sus reinos? ¡Están siendo ciegos y necios! Adam no tiene la respuesta, nadie la tiene. Si creen que Zarek es su salvador, entonces no conocen lo que significa ser un verdadero rey. Mi hermano ha elegido su propio camino, uno que lo llevó a traicionar todo lo que juró proteger. —Eiden respiró hondo—. Yo no necesito el poder de alguien que destruyó su propio legado. Lo que necesitamos es unidad, y si siguen perdiendo el tiempo con intrigas políticas, estarán cavando sus propias tumbas.

Lady Lethra, que normalmente tenía una respuesta rápida para todo, se quedó en silencio, sorprendida por la explosión de Eiden. Lord Valtren, que había impulsado la idea de Adam, bajó la mirada brevemente. Eiden se enderezó y al fin consiguió calmar a la fiera interna que le aceleraba la respiración.

—No están aquí para elegir un nuevo rey —continuó—. Están aquí porque sus reinos están cayendo y necesitan ayuda. Si alguien más quiere llevar esta corona, que lo intente, pero no permitiré que el mundo de Dolwill caiga mientras ustedes juegan a las casitas.

El mensaje fue claro, y la sala se quedó en un silencio absoluto. Eiden acababa de recordarles por qué era el rey.

—Si esto es todo, la reunión se acabó —anunció Eiden—. Me avisan de quiénes van a luchar conmigo y quiénes contra mí en los próximos días. Mientras tanto, buscaré soluciones y no disputas.

Lo obedecieron y se marcharon uno a uno.

La mesa rota mostraba las marcas de su furia. Eiden soltó un suspiro, la ansiedad se le había anidado en el pecho. Iba a marcharse, pero algo llamó su atención. Sobre los restos de la mesa, entre los papeles y pergaminos que habían quedado desperdigados tras la reunión, uno de los documentos parecía fuera de lugar.

Un trozo de papel, más pequeño que los demás, destacaba por una razón particular: su borde estaba manchado de tinta roja.

Eiden se acercó, frunció el ceño y cogió el papel con cautela. Al desplegarlo, el lado animal en su interior no pudo evitar gruñir.

Escrito en tinta roja, con letras grandes y angulosas, se leía un mensaje que envió un escalofrío por su espalda:

"Sabemos lo que hiciste. El trono no te pertenece. El final se acerca, y no podrás detenernos. Zarek es el verdadero rey."

No había firma, ningún indicio de quién lo había escrito.

Miró a su alrededor, como si esperara encontrar a alguien, pero la sala estaba completamente vacía. Solo Alice pareció preocuparse por la furia que llevaba teñida en su rostro, pero se escondió el papel antes de que ella lo viera.

Eiden apretó el papel con fuerza, arrugándolo en su mano mientras lo metia entre el bolsillo del pantalón.

—No es nada —le respondió a Alice y la acompañó fuera—. Necesito un baño para relajarme, bendita mañana. Qué manera más estresante de que lo despierten a uno.

Capítulo 33: La cuñada del rey.

Eiden pensó que un baño en las saunas del palacio sería relajante para empezar la mañana. Las termas romanas del castillo eran una joya oculta de la antigüedad, un remanso de lujo y sofisticación en medio de la fortaleza medieval. Al entrar, uno era recibido por un ambiente cálido y acogedor, con una arquitectura que evocaba los tiempos gloriosos del Imperio Romano.

La estructura principal estaba compuesta por varias salas, cada una diseñada para proporcionar una experiencia única de baño y relajación. Al principio, se encontraba el *"apodyterium"*, una amplia sala donde los que allí vivían dejaban sus vestiduras en nichos de piedra tallada. Los muros estaban adornados con mosaicos intrincados, representando escenas mitológicas y paisajes idílicos, cuyo esplendor resistía al paso del tiempo.

Eiden detuvo el trayecto de sus pies para quitarse la camisa y siguió absorto en el paisaje, mirando cada recoveco. Seguía siendo hermoso, aunque ya lo hubiera visto varias veces.

Llegó al *"frigidarium"*, una sala de baño frío. Una piscina de mármol pulido reflejaba la luz suave de las lámparas de aceite.

El corazón de las termas era el *"caldarium"*, la sala de baño caliente. El vapor llenaba el aire, envolviendo al rey en un manto de calor purificador. Una gran piscina de agua caliente, también de mármol, ocupaba el centro de la sala, rodeada de columnas decorativas que sostenían un techo abovedado.

Se aseguró de que nadie estuviera en su presencia y se desvistió del todo. Cerró los ojos por un instante y cuando los abrió, observó la silueta desnuda de Alice, caminar con descaro frente a él.

—¡Oh, lo siento! —cogió su ropa y le dio la espalda—. ¡Pensé que estaba solo!

Alice levantó las cejas. No hizo ningún movimiento que diera a entender incomodidad. Al contrario, llevó ambas manos a la espalda, las entrelazó y observó la espalda de Eiden. De arriba abajo. Llegó hasta el trasero y ladeó un poco la cabeza. Pensó en cómo era posible que un hombre fuera atractivo de pies a cabeza.

Con tranquilidad y el pelo cubriendo sus erguidos pechos, se puso frente a Eiden y sujetó su ropa. Le dio a entender que se quedara.

—¿No te importa que te vea así? —Ella negó—. No creo que sea correcto.

Alice se encogió de hombros y se alejó de él. Cogió la pastilla de jabón casero y caminó hacia la primera piscina termal, sin siquiera mirar atrás.

Eiden se quedó con la boca abierta. Tragó saliva y, sin pensarlo mucho, dejó caer sus ropajes reales al suelo.

Siguió la curvatura de su espalda con la mirada y se quedó en el trasero respingón de Alice. Ella no era la única que se había fijado en cada detalle.

Cuando la vio hundirse en el agua, él la siguió. El calor del agua aumentaba la temperatura que por sí, ya estaba sintiendo él en el cuerpo. Aunque no era el único. Al inicio, se quedó uno a cada lado de la piscina termal, pero Alice se hundió en el agua y como buena sirena, apareció sensual frente a él. Le señaló el jabón. Él levantó las cejas y negó.

—No voy a enjabonarte, Alice. —Le hizo pucheros como niña pequeña—. No, soy un hombre al fin y al cabo, por mucho que tenga autocontrol. —Ella le indico un poco con los dedos y entornó los ojos—. ¿Poco? ¿La espalda? —Alice asintió. Luego se tocó por el pelo—. Bien, el pelo y la espalda.

Alice sonrió y le entregó el jabón. Eiden empezó por el pelo. Fregó la pastilla en sus manos y cuando las tuvo envueltas por el jabón, masajeó el cuero cabelludo de Alice. Ella cerró los ojos y apoyó las manos en el borde de la piscina. Con los movimientos de la cabeza, Alice se movió un poco hacia atrás y sin querer, rozó el miembro de Eiden. Abrió los ojos y jadeó, justo cuando él lo hizo. Estaba duro y ni siquiera la había tocado.

—Disculpa, la situación es bastante tensa para soportarla.

Alice volvió a jadear. La voz de Eiden estaba tan gruesa que no pudo contenerse. Cogió sus manos y las llevó al cuello.

—Alice…

—Sigue por la piel —entonó. La pupila de Eiden se volvió a dilatar y gruñó en voz baja, no podía escuchar su voz.

—No me hagas esto…

—Mi cántico no es tan fuerte como para descontrolarte.

—Pero toda tú me nubla la razón. Cállate, por favor.

Alice tragó saliva.

—No quiero —volvió a entonar.

—Alice, soy tu rey y tu cuñado.

—Solo vas a enjabonarme, cuñadito. —Cuanto más cantaba, Eiden más gruñía—. Eres un buen gatito, no pasarás a mayores si yo no quiero.

Eiden no pudo soportarlo. Fueron demasiadas palabras cantadas y como mujer, Alice le había atraído desde el primer día. Bajó las manos y le rodeó el cuello. Alice jadeó y cerró los ojos. Las manos de Eiden eran tan grandes que le cubrían el cuello por completo, venosas al punto de lo atractivo y rudas, llenas de cicatrices, curtidas en batallas y trabajos de campo poco apropiados para un rey, pero que lo habían formado para quien era.

Él se acercó, Alice lo escuchó jadear en su oído. Su piel se erizó mientras subía y bajaba por su cuello, a la clavícula y los hombros. Sacó la lengua y le dio un lametón por la parte trasera de

la oreja.

—¡Ah! —gimoteó.

—No gimas, por favor… —Eiden tragó saliva, pero volvió a lamer. Luego dejó un suave mordisco.

—¡Ah! —gimió de nuevo—. ¿Cómo? ¿Así? —Lo miró de reojo y se mordió el labio inferior —. Tienes las pupilas muy dilatadas, pareces en plena cacería.

Eiden tragó saliva y siguió con las caricias. Subía y bajaba las manos por sus brazos. Al llegar a las manos de Alice, entrelazó los dedos y pegó el cuerpo al de ella por completo. Le quitaba jadeos por la presión de los músculos contra su cuerpo.

Las fuertes e imponentes manos de Eiden se dirigieron a la espalda y apretaron cada curva de Alice. Sin embargo, la joven se arqueó y volvió a gemir con fuerza cuando las deslizó hacia abajo, siguiendo el camino de vértebras que formaba su columna.

—Oh, Dios… —El rey le cubrió la boca y le susurró.

—Canta mi nombre, mejor —pidió.

—Eiden —respondió ella, dejando un hilo de saliva cuando él le apartó la mano.

Eiden sonrió y siguió enjabonandola. Sus manos eran tan grandes y gruesas que con poco le cubría toda la espalda. Era como una muñeca en sus manos. Estaba cumpliendo lo acordado, hasta que Alice empezó a subir lentamente, apoyada del borde de la piscina termal. Eiden llegó a sus nalgas y apretó. Se lamió los labios y volvió a subir cuando ella bajó, siguiendo el vaivén del agua. Para la próxima que subió, Alice se apoyó con el pecho del borde y dejó el trasero al completo para Eiden.

Él se detuvo.

—¿Pretendes jugar con mi locura hoy? —le advirtió.

—Quiero que me enjabones al completo, es todo.

Eiden la observó, pues Alice lo miraba de reojo. Respondía cantando, como podía hablar, pero cerca de ellos, el único animal al que embaucar era él. Se puso jabón en las manos, fregando la pastilla y empezó por las nalgas. Luego pasó la mano en medio de ambas. Rozó cada lugar. Con el dedo gordo, rodeó y presionó levemente por el ano de Alice. Ella tembló y tragó saliva. Bajó y se hundió de nuevo en el agua, sin embargo, llevó ambas manos de Eiden con ella. Le sujetó y las deslizó a su entrepierna, dejándolo a él a sus espaldas.

—Alice… —gruñó en su cuello. Pasó los dedos por sus labios vaginales y se los abrió—. Detenme, por favor.

Rogó, a pesar de que había sido ella la que lo había dirigido ahí. Lo miró de reojo y lejos de lo pedido, abrió las piernas.

—Alice, mi anillo de boda con tu hermana va a mojarse con tus fluidos vaginales si sigues así.

Alice lo miró de reojo y sonrió. Iba a volver a cantar para hablar, pero Eiden le cubrió la boca con una mano.

—Te deseo, Alice —admitió—. Pero no puedo. Por ella, y también por ti. No mereces ser la otra, eres el maldito plato principal y si tengo que hacer algo contigo, si tengo que tocarte o besarte, no será por un calentón y vistiendo en mi mano el anillo de compromiso con tu hermana. —Se alejó de ella y se mordió el labio inferior—. Perdóname, princesa.

Alice se quedó con la boca abierta y lo vio irse apresurado. Se puso los pantalones y salió del lugar. Empapada, notó que las piernas le temblaban hasta que observó la camisa de Eiden en el suelo. Si su piel no olía a él por tocarla, al menos lo sería por ponerse esa camisa. Así lo hizo y aunque la tela blanca y fina transparentaba un poco sus pezones al mojarse, salió así de las termas.

Corrió por los pasillos de palacio y llegó a la habitación de su hermana Bella, la cual no salía de ahí, frustrada por estar en un lugar tan floreciente como ese.

—¡Alice! —se asombró al verla así. Se fijó en sus jadeos y sus mejillas—. Vaya, soy un dragón, pero estás más caliente que yo.

—He intentado que Eiden cayera —le contó Alice.

—¿Y?

—No hubo manera.

—Maldición… —Bella se dejó caer en la cama—. No pensé que fuera tan fiel.

—Sé que sentimos que Kate ha hecho algo malo y que, conociéndola, se acostó con alguien, pero no creo que esta sea la solución para que no nos devuelvan al infierno. —Un murciélago se estampó contra el cristal de la ventana por escucharla y varias moscas se le metieron a Bella en la boca—. Perdón.

Se tragó una mariposa.

—Mejor escribe —aconsejó Bella. Se sentó y miró fijamente a Alice—. No me digas que el rey te gusta de verdad. —Alice la miró y aunque parecía poco probable, consiguió estar más roja —. ¡¿Cómo puede ser?!

Alice sacó una libreta y un boli y le escribió.

—Es bueno, cariñoso, atento, se preocupa por su pueblo, daría la vida por ellos, respeta a su mujer y… —Quiso borrar esa “y”, pero no pudo.

—¿Y qué? —insistió Bella. Alice se mordió el labio inferior y entornó los ojos.

—Mi cuerpo se vuelve loco con él, también mi mente y mi corazón —siguió con la frase.

Bella se llevó las dos manos a la cabeza nada más leerlo. Se levantó de la cama y le salió una risa nerviosa.

—Repite conmigo, Alice, “es el marido de mi hermana”, ¡dilo!

—Es el marido de mi hermana —repitió en lenguaje de señas, pero luego movió las manos y

siguió—. Un matrimonio de conveniencia, debo añadir.

—¡Ese no es el punto, aunque sea un buen punto! —Alice se cruzó de brazos y ladeó la cabeza—. Si se divorcian que no sea por ti, Alice, por favor. No quiero movidas familiares. ¿Vale? —Asintió—. ¡¿Me lo prometes?!

—¡Que sí! —gritó en voz alta y la ventana se llenó de luciérnagas.

—Genial, vamos a ahorrarnos las velas hoy —comentó Bella—. Y olvida lo que planeamos, no te quiero cerca de Eiden. Si Kate le puso los cuernos, será su responsabilidad arreglarlo. —Alice asintió, pero muy lento—. Alice, que no te acerques al rey.

—No me acerco al rey —dijo con las manos, para luego dibujarse una coronita de ángel y sonreír como una niña buena.

—Eso que te lo crea quien no te conozca —Alice borró la sonrisa—. Iré a comer, vístete mejor y te espero en la cocina, ¿vale?

Alice asintió de nuevo. Cuando su hermana salió, se dejó caer ella en la cama.

Un vibrar extraño en la entrepierna le hizo abrir las piernas. Jadeó y se quitó la falda al igual que las bragas para ver cómo de repente, estaba chorreando. La marca que traía después del pacto de fidelidad con Eiden, ardió levemente y la rozó con cuidado. Tragó saliva y cerró los ojos. Lo vio gracias a la conexión que tenían. Se llevó la camisa a la cara e inhaló su perfume.

—Solo puedes verme tú, Alice —lo escuchó en su mente—. También escucharme o sentir lo que estoy haciendo.

Alice tragó saliva, era como una llamada telefónica, pero mediante la conexión que ambos tenían.

—¿Qué estás haciendo? —le respondió ella, pudiendo hablar normal con él pensamiento.

—Lo sabes muy bien, princesa. —Alice jadeó y se llevó la mano entre sus pliegues.

No pudo soportar por más tiempo y hundió tres dedos en su interior.

—Esto sigue siendo una locura —gimoteó Alice en su pensamiento. Enarcó la espalda y empezó a sudar. Los fluidos se resbalaron hasta la sábana.

—No podía dejarte con las ganas, princesa, ¿en qué clase de rey me convertiría si te dejara así?

Alice gritó en voz baja y mordió el cojín. Con la otra mano empezó a fregarse el clítoris y su estómago se contrajo. Empezó a dar pequeños saltitos.

—¿Por eso te dejaste la camisa?

—La conexión iba a ser más fuerte si tenías algo mío, si sentías mi perfume, has hecho justo lo que quería.

Como un castigo, los pezones de Alice se endurecieron y fueron acariciados tortuosamente por la caricia, la cual se movía gracias a sus propios movimientos. Eiden, desde su habitación, se pasó una mano por el pelo y gruñó con fuerza. Con la otra, no dejaba de masturbarse. Duro,

venoso y empapado. Las gotas se le resbalaban desde la punta rosada hasta los testículos. Desesperado era poco. Todos sus músculos se endurecieron, se apretaron, sintiendo no solo su placer, sino también el de Alice.

—Tengo que alejarme de ti —le dijo Alice, a modo de súplica. Sus piernas temblaron.

—¿Podrás?

—Debo hacerlo.

—Inténtalo.

Los dos gruñeron a la vez, en distintas habitaciones y aumentaron la forma en la que se masturbaban.

—Dentro, fuera, dentro, fuera. Vamos, Alice. —Ella gimió y fue escuchada hasta su habitación—. El eco del palacio me encanta. Hace que cada sonido llegué a mí habitación.

—No puedes escuchar el chapoteo.

—Me lo tendré que perder, pero ¿sabes qué es imposible que no me pierda?

—¿Qué?

—Tus orgasmos, porque voy a ser el hombre que te folle con la mente. Córrete, princesa.

Alice abrió los ojos de golpe, apretó con ambas manos la sábana y se medio sentó, por el orgasmo de tal envergadura.

—¡Aaaah! —gritó.

Vio sorprendida los chorros saliendo de su coño y las piernas le temblaron. Se las sujetó para seguir abierta y que el orgasmo durara lo que tuviera que durar. Ese grito, estaba segura que lo pudieron escuchar incluso en otro reino.

En la cocina, Bella miró de reojo a su hermana.

—Me pareció escucharte gritar —comentó, sirviéndole el desayuno.

—Yo no escuché nada.

Eiden apareció por la puerta radiante y recién duchado, al igual que Alice.

—Buenos días, princesa —miró hacia Bella—. Hola.

Bella arrugó la nariz con desagrado. Pronto llegó uno de los ayudantes reales a hablarle a Eiden sobre obligaciones en el día, así que no estuvo mucho en la cocina. Cogió el café, unas galletas y salió con ese señor detrás. Alice entornó los ojos. Que no lo dejaran ni respirar no le gustaba nada.

—¿Y a mí por qué no me llama princesa, el gilipollas? —se indignó Bella—. No es que me guste, pero al menos que disimule un poco. —Alice la miró con los ojos abiertos de par en par, pestañeó varias veces y mordió una galleta—. Tú tampoco disimulas bien. ¡Necesito unas vacaciones anti hermanas, por favor!

Capítulo 34: Verdades que duelen.

La culpa es un virus voraz que se extiende por el pecho y te causa insomnio. Kate no había podido salir de su torre, esa que con esmero había transformado en su hogar estando en aquel lugar extraño tan parecido, pero igual al que conocía en el reino de Eiden. Ni siquiera encontró las fuerzas para volver a ver a Zarek. De alguna forma que no comprendía, estar cerca del hermano del rey le aceleraba las pulsaciones y le erizaba la piel. Sin embargo, tenía algo claro y era que ella y sus hermanas no volverían al infierno, pasara lo que pasara. Aun si su instinto le decía que debía de traicionar a Eiden y dejarse llevar por completo por el fuego que la consumía cuando estaba con Raúl, su mente le negaba cualquier sentimiento y le decía que se comportara como una auténtica mujer casada.

Sin embargo, ahí estaba. Esos latidos desbocados cuando pensaba en él, el hormigueo en sus labios, el temblor en su cuerpo, el calor en su entrepierna. Acostada en la cama de la torre, levantó la mano y observó el anillo que llevaba. Quizá podría calmar sus ansias si se acostaba con alguien más.

No obstante, sabía que algo iba mal. Eiden le había dejado portales para ir con él y por algún motivo, al intentarlo, esos portales que rompían con el espacio tiempo y que la llevaban del Dolwill contemporáneo al medievo, no funcionaban. Se preguntó, para sus adentros, si el rey se había enterado solo de lo que había pasado con Zarek.

***

Un niño pequeño que paseaba con su madre, se quedó mirando a Eiden hacia arriba con la boca abierta.

—Mira, mamá, ¡un guerrero medieval! —gritó el pequeño.

—Debe haber alguna fiesta hoy —respondió la señora—. ¿Se haría una foto con mi hijo, señor?

—¿Una qué? —Eiden arqueó una ceja e ignoró a la mujer tras ver a Alexa saliendo de una tienda de hierbas y otros productos de hechicería.

—La salvia huele delicioso, ¿no? —Se lo dio a oler a Raúl que iba en su hombro y éste estornudó—. ¡Exagerado! Jason necesita un poco de esto para poder recuperarse.

Alexa siguió su camino hasta que tropezó sin querer con una anciana a la cual se le cayeron varias manzanas rojas de un cesto.

—¡Ay, perdone! —se disculpó la bruja. Se agachó para recoger las manzanas e incluso Raúl

las empujó con el morro por el suelo.

—Ay, muchas gracias querida —agradeció la señora. De repente, se quejó del tobillo—. Oh, creo que me fracturé.

—Lo siento tanto. —Raúl se quedó quieto, levantó la cabeza de la manzana y se fijó en la señora. Sin embargo, la confiada de Alexa no dudo en querer ayudarla—. Soy curandera, ¿quiere venir a casa e intento que no le duela el tobillo?

—¿Harías tanto por una anciana indefensa?

—¡Claro! —Alexa dejó que se apoyara de ella—. Así, poco a poco.

Raúl caminó un poco y se quedó quieto, ladeó la cabeza mirando a la mujer. Alexa lo observó un momento y suspiró.

—No empieces con tus recelos y por favor, termina tú la compra —le pidió. Raúl se quedó quieto y se sentó en el suelo, viendo cómo las dos iban a casa de Alexa.

—Tienes un hurón muy mono —comentó la mujer.

—Y desconfiado a la vez.

Llegaron a la casa.

—Que casa tan acogedora, hija.

—¡Muchas gracias! —Alexa sonrió con amabilidad—. Iré a por las sales y algún que otro sahumerio para curarla.

—Espera, toma —la detuvo la señora, ofreciéndole una de las manzanas—. Como agradecimiento.

—Que dulce —susurró Alexa y, para no hacerle el feo le dio un bocado a la fruta. Cuando el mordisco fue efectuado, la joven sintió un leve mareo que poco a poco, nubló su visión.

Cayó a plomo al suelo, la mujer no se movió, solo la vio caer como si le importara poco si se abría la cabeza por el proceso. Cuando la tocó con la punta del pie y notó que estaba completamente inconsciente, su apariencia de anciana cambió por completo. Dejó caer la capa de lana que lo cubría y su melena pelirroja se hizo presente sobre las canas.

—Pero qué fácil es engañar a los humanos, joder —se quejó Eiden—. Mínimo no invites a tu casa a señoras extrañas, bruja.

Solo por su olor, podía sentir la presencia de Kate en esa casa, pero no estaba en ese momento. Entró a la habitación de Raúl y sintió más fuertemente la presencia de su mujer. Rozó con los dedos las sábanas donde ella había estado disfrutando con su hermano durante tantas horas y se le formó un nudo en la garganta. No quiso creer lo que estaba pensando.

Sabía dónde vivía Kate en ese plano, por lo que apareció directamente en la torre, cubierto por las sombras que formaban los pilares. La poca luz que calaba en la torre desde la ventana, lo hacía verse temible y a la vez lo suficiente atractivo para que cualquiera quisiera decorarle la boca con besos, pero Kate tenía la mente en mil lugares diferentes, como para pensar eso con el

rey.

—Kate, Kate, Kate —repitió—. Espero que al menos te alegres de verme.

Katerina dejó el libro que Raúl le había prestado sobre la cama, el mismo de la saga que estaba leyendo en la noche antes de verla a ella. Analizó su tono de voz y se levantó de la cama.

—¿Qué tal, *bloquea-portales*?

—¿Para qué iba a bloquear yo los portales si lo único que quiero es verte? —mintió. Alargó los brazos hacia ella esperando un abrazo—. ¿No vas a darme un abrazo ni nada?

Avanzó hacia él varios pasos. Se quedó muy cerca, pero sin abrazarlo. Levantó su dedo índice y lo clavó en su pecho.

—¿Por qué no puedo regresar al otro mundo?

—Lo estoy arreglando, por eso probé a venir. —Bajó los brazos y suspiró con pesadez—. Me duele demasiado que desconfíes de mí. No hay nada en mi vida que me interese más que tú.

Katerina sonrió de forma ladeada.

—Pues claro —entonó. Caminó a su alrededor, deslizándose como una serpiente—. Llevo un tiempo contigo, esposo, y puedo presumir de conocerte muy bien ya que me gusta analizar a la gente. —Se detuvo en frente de él y lo cogió del cuello de la camisa—. ¿A qué ha venido el tonito del principio? Sé leer entre líneas, ¿sabes?

La seriedad en Eiden se acentuó. Arqueó una ceja y arrugó levemente la nariz.

—He estado en casa de Raúl y me ha llamado fuertemente la atención el hecho de que su cuarto huela tanto a ti.

—Pues claro, te dije que iba a visitarlo —respondió para que sonara lo más obvio del mundo.

—Incluyendo sus sábanas —añadió el rey—. Creo que era lo que más olía a ti, su cama. Toda ella.

Kate negó con la cabeza con una sonrisa en el rostro. Caminó muy tranquila hacia la cama y cogió el libro. Se acercó a él y se lo entregó.

—Estuvimos hablando de libros por bastante tiempo, por eso estuve sobre su cama. Este mismo es suyo. —Lo señaló con la cabeza—. Me lo ha dejado. Nos estamos haciendo buenos amigos.

Eiden revisó el libro. Abrió las páginas y le valió leer unas pocas para darse cuenta de la clase de libro que era.

—*Hunting Adeline*. Sin duda es suyo. —Lo cerró y se lo devolvió—. No me hace gracia que pases tiempo a solas con él en su habitación, precisamente.

—A mí tampoco que mi hermana esté encerrada en esa realidad contigo, y aquí estamos —escupió con veneno—. Aunque ya sé que no tengo nada de qué preocuparme. ¿Verdad, amorcito?

Kate podía oler las mentiras a kilómetros, y trataba a todo el mundo como lo hacían con ella. Era el karma personificado, y si él mentía, ella también lo haría.

—Si pretendes insinuar que quiero algo con tu hermana, estás muy equivocada. Me tienes con abstinencia —gruñó y cerró las manos con rabia—. Y si crees que soy tan gilipollas de pensar que no hiciste nada con Zarek, vas por muy mal camino.

Kate avanzó unos pasos hacia él, colocándose a pocos centímetros. Sin más, le cogió el bulto de sus pantalones.

—¿Por qué no te dejas de mentiras conmigo, Eiden? Sabes que no vas a poder colármela.

El rey dio un pequeño salto con el agarrón y le sujetó del pelo por detrás de la cabeza. Le estiró, arqueando su espalda para que no estuviera tan cerca.

—No sé de qué cojones me estás hablando, es la verdad. En cambio, tú… —Se inclinó hacia ella y olió su piel. Sus ojos se volvieron de un color dorado más intenso—. Incluso tu piel huele a mi hermano.

Kate se puso de puntillas y se acercó al lóbulo de su oreja. Lo mordisqueó y envolvió las manos en su nuca.

—Quizás sea porque me ha estado follando toda la noche —susurró con deleite.

—¿Qué? —Eiden cogió sus brazos y la alejó de él. Arrugó la nariz con asqueamiento—. Primero el trabajo y luego el placer, eso sólo me implicaba a mí, ¿no?

—¿Por qué has bloqueado los portales, Eiden? —repitió con voz grave.

—¡Porque yo también sé jugar! —gritó con una furia que le desgarraba por dentro—. No te he engañado, no he hecho nada con tu hermana, eres… —Iba a decir un insulto, pero se mordió la lengua por un segundo—. He sido un gilipollas. —Empezó a reír a carcajadas—. ¡Un auténtico gilipollas!

—No hace mucho que nos casamos, Eiden. Fue un puto contrato, nadie dijo nada de una relación romántica. Ni siquiera nos acostamos. Era un trato, yo misma te lo aclaré al firmarlo, y tú accediste encantado. Abre los putos ojos, joder. Llevo milenios existiendo, más que tú en este mundo, ¿crees que creo en el amor verdadero o en un matrimonio la mar de feliz?

Eiden apretó la quijada. La furia quemaba como el fuego que parecía crecer en sus ojos dorados.

—Eso de que existes antes que yo… —Echó una risita en medio de la frase—. ¿Estás segura?

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—Estás tan furioso que ya no sabes ni lo que dices.

—Si quisiera, tus hermanas y tú volveríais al infierno del que os saqué. Jamás debí confiar con una mujer como tú. —La miró de arriba abajo y negó con la cabeza. Se quitó la alianza de la mano y la lanzó tan fuerte al suelo que se clavó en él—. ¿Ahora me vas a decir que nuestro trato

se rompe? Lo digo para saber si devolveros del rincón de mierda del que habéis salido tus hermanas y tú.

Kate siguió con la mirada el anillo y levantó el mentón muy arriba.

—Devuélveme a mi hermana primero —exigió con furia.

Eiden empezó a reír a carcajadas.

—Esto es tan genial —susurró. Se pasó las dos manos por el pelo—. Sí, piénsalo. Ni siquiera había pensado en secuestrar a tu hermana y… —La señaló—. ¡Eres brillante, Kate! —La empezó a aplaudir—. ¡Claro! De ese modo, no puedes traicionarme, ¿cómo lo harías si tengo a Alice en mi poder? —Suspiró y sonrió de oreja a oreja—. Joder, Kate. Sí, esto lo cambia todo….

Los ojos de Kate centellearon, su pelo flotó en el aire con su poder.

—¿Qué le has hecho a mi hermana? —gruñó entre dientes.

—No le he hecho nada, no te estaba mintiendo. Vaya, tú sola la condensaste. Por cierto… —Le señaló el pelo—. Relájate, porque si me tocas la vas a ver menos. —Se encogió de hombros y se apoyó de la pared—. Escúchame con atención, Kate, esposa mía… Vas a seguir trabajando para mí, pasándome información de Zarek y a cambio, tu hermana estará bien.

Katerina tensó la mandíbula, pero no perdió la compostura más. Se puso firme y fría como un témpano de hielo.

—Trato hecho, esposo.

—Sobre tu parte del trato con la que iba a ayudarte, como comprenderás, tengo que pensar si te mereces mi ayuda. Quizá cuando se me caigan los cuernos lo reconsidere.

Quería gritarle, quería discutirle sobre que eso no había sido lo que habían hablado, pero su hermana estaba en juego, y cualquier cosa que iba a escupir como una víbora se lo calló.

—Bien.

—Bien. —Se dio la vuelta para irse—. Y, por cierto, Kate… No quiero a Bella tocando las narices. Hice que el dragón apareciera en esta realidad. Si la veo por allí le parto el cuello.

Con qué facilidad se lo partiría ella a él, de no estar su hermana y sus ambiciones en juego…

—La avisaré de que no te moleste.

—Así me gusta y, por supuesto, vendré a reclamar lo que es mío al ser tu esposo. Si te niegas, todo irá a peor. Quiero que estés avisada.

—Aquí te estaré esperando, como una buena esposa —escupió con malicia. Aunque no tuviera poder sobre los hechos, sí podía usar el sarcasmo para defenderse.

—Más bien di como la puta de mi hermano, ¿no? —La miró de reojo y se burló con una media sonrisa, mostrando su colmillo—. Acuérdate de mínimo lavarte cuando venga a por ti.

En un segundo, desapareció de allí, dejando tras él un humo negro que se desvaneció por el aire. Fue entonces cuando Kate rompió su fachada y se derrumbó en la cama, comenzando a

llorar. En un momento dado, agarró el mueble de al lado y lo destrozó contra la pared. Cayó de rodillas en el suelo. Arrugó la alfombra entre sus dedos, sus nudillos se volvieron blancos y apretó mucho los dientes, pegándole a la madera y rompiéndola en el proceso.

Ya no sabía qué hacer. Al menos tenía a su hermana Bella en esa realidad. Por supuesto que pensó en Raúl, pero si se enteraba, no volvería a verla y su hermana jamás saldría de la dimensión en la que Eiden la tenía encerrada.

Se tumbó en la cama y lloró un par de horas, hasta tener la fuerza suficiente como para trazar su próxima estrategia. Una venganza. Pues si todos tenían sus propias fichas, ella debía tener las suyas.

***

Cuando Eiden llegó a su habitación, sus rugidos de rabia pudieron escucharse por todo el palacio. Rompió todo lo que estaba a su alcance, se desquitó con las pertenencias que Kate había dejado allí. Algunas les prendió fuego con la magia y otras pudieron verse volando por la ventana. Los empleados del jardín se alejaron para no ser aplastados por una especie de maleta con pertenencias de Kate en el interior. En un momento, se detuvo y llevó la mirada perdida en la nada, las lágrimas empezaron a empapar sus mejillas y se dejó caer de espaldas en la cama. Levantó la mano donde traía la marca que había dejado el anillo de compromiso y por un momento su mente cínica pensó en amputarse el dedo.

—No, no —respondió a sus pensamientos intrusivos, pero antes de poder controlarlos, se mordió el dedo y se lo arrancó.

Los gritos del rey se escucharon por todo el palacio, incluyendo la habitación de Alice.

Fueron unos sirvientes los que abrieron la puerta de su habitación y lo vieron con la mano levantada, dejando que la sangre le cayera a chorros sobre el rostro. Fuera, un cuervo graznó inundando todo el espacio, como riéndose de él.

—¡Majestad! —gritaron, y corrieron para ayudarlo al ser su deber.

—El karma es un verdadero hijo de puta —murmuró sin siquiera prestar atención a las curas que le hacían en la mano. Y llevó la mirada hacia el cuervo, achicó los ojos al observar dos pupilas negras en él. El nombre de Death voló rápido por su mente.

***

La compra no pesaba nada para los dos metros que medía Raúl. Revisó la lista antes de abrir la puerta de casa.

—Alexa, no quedaban cebollas —murmuró—. Aunque para lo poco que me gustan…

Se quedó callado de golpe y las bolsas cayeron de sus manos al ver a la pelirroja tirada en el

suelo. Se le cortó la respiración por un momento y aunque el ser su familiar era solo una tapadera para permanecer en el pueblo, el sentimiento de protección lo hizo correr y arrodillarse a su lado.

—Alexa, ¡eh! —Le sujetó el rostro y la zarandeó un poco—. ¡Alexa!

Preocupado, la cargó en brazos. El nervio lo hizo temblar. Se sintió abandonado y por un segundo pensó en ejercer el boca a boca si no relacionaba. Fue cuando se fijó en el color rojizo que se observaba por la comisura de sus labios. Entrecerró los ojos y llevó la mirada a las manzanas. Gruñó con rabia y se levantó del suelo.

Dejó a Alexa con delicadeza sobre el sofá. Tenía que despertarla de sus ensoñaciones antes de que el veneno llegara a matarla.

A voluntad, cogió una de las manzanas y la mordió. El cuerpo inconsciente de Raúl cayó sobre el sofá de al lado de Alexa.

Raúl reconoció el lugar al que había llegado. El mundo de los muertos no podía ser más tétrico y ni siquiera Hades podía soportar el dolor de tantas almas que allí se agolpaban. Algunos, se despedazaban entre ellos y aunque pareciera un pueblo normal, los gritos se escuchan desgarradores.

Entre las paredes de la casa de Alexa en ese plano astral, empezó a buscarla. Sin embargo, no halló a la Alexa que conocía. En su propio infierno, Alexa seguía siendo rubia, todavía no se había teñido y se desgarraba del dolor con la perdida de sus familiares.

—Entonces, siempre estuvieron muertos —gimoteó Alexa en sus recuerdos.

—Tenía que estar cerca sin que sospecharan de mí, lo siento, cariño —respondió un hombre sin rostro, frente a ella.

Raúl supo que ese extraño era parte de los recuerdos de la bruja a la que se había ofrecido ser su familiar, pero no pudo evitar mirarlo con odio. Se detuvo frente a Alexa e intentó despertarla de sus ensoñaciones.

—Estoy sola, todos me engañan —repetía la bruja—. No hay nadie.

—Alexa, despierta. —Raúl puso las manos sobre sus hombros y la zarandeó con suavidad—. Ya no estás sola, estoy yo, ¿me recuerdas? Tienes que volver.

El pelo de Alexa fue tiñéndose de rojo y la escena pasó al baño, donde la joven se miraba en el espejo rodeada de botes de pintura roja que taparía su cabellera rubia.

Empezó a llorar mientras hablaba.

—Nunca más van a derramar la sangre de mi aquelarre, aunque yo sea la última.

—Alexa, escucha. —La movió sujetando sus manos y consiguió que la mirada clara y suave de la joven se centrará en él—. Hay mucha gente que necesita de ti, me incluyo. Tienes que volver, ¿escuchas? Vuelve.

—¿Quién eres? —susurró con la voz rota.

—Soy tu familiar y estoy contigo.

Alexa detuvo su llanto y poco a poco sonrió. El momento perfecto para que Raúl volviera a respirar. Entonces, al darse la vuelta para volver al mundo de los vivos, se chocó con el pecho de un ser colosal y alado con plumas de cuervo, vestido de negro y muy parecido a él. Sus ojos plateados sonrieron con arrogancia mirando a Raúl, y le mandaron un guiño.

—¿Death? Eres…—Antes de terminar la pregunta, regresó al mundo de los vivos.

Raúl se levantó de golpe en el sofá y exhaló. Miró a su lado, esperando que Alexa también reaccionara, aunque le costara un poco más.

—Vamos, reacciona, vamos —repitió. Se agachó al lado del sofá, de rodillas y esperó impaciente porque despertara.

Después de unos minutos agónicos, Alexa abrió los ojos de golpe. Miró hacia Raúl y se retiró en el sofá.

—¡Raúl! —gritó—. He soñado algo raro, había dos tú en un lugar oscuro que olía a acre y había gente muerta.

Raúl suspiró hondo, quiso abrazarla por el pesar de pensar que la perdería, pero se aguantó las ganas y se levantó.

—Deja de hacer la imbécil, tuve que morir por ti. Tienes suerte que sé regresar de ese mundo.

—¿Morí? —preguntó la bruja. Se llevó las manos al pecho.

—Y yo para sacarte de ahí. —Se quedó pensativo un momento, con la última visión que tuvo antes de despertar—. Creo que los dos alucinamos con lo mismo. Death está muerto, creo.

Unos sonidos procedentes de la ventana llenaron la habitación. Fuera había un cuervo picoteando en el cristal, parecía cargar algo en el pico.

Los dos llevaron la mirada hacia el animal. Alexa arrugó la nariz y se abrazó las piernas sobre el sofá.

—Un cuervo tétrico parece que te está llamando —murmuró Alexa.

—¿Cómo que tétrico? —La miró de reojo, ni él comprendía por qué le molestaba que insultara al animal. Abrió la ventana y lo dejó pasar.

—Nos va a picar los ojos —volvió a quejarse Alexa.

—Yo sí que te voy a picar los ojos con un tenedor cuando no dejes de decirle eso al pobre cuervo.

Raúl pudo apreciar cómo el ave tenía un dedo ensangrentado en el pico. Se acercó a la mano de Raúl con intención de dárselo.

—Vaya… —Abrió la palma para que dejara el dedo en ella—. Alexa, ¿necesitas condimentos para la cena?

La cara de Alexa pasó de terror a asco, lo que provocó una carcajada en Raúl.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó al animal. Se fijó en el dedo y apreció la marca

de los colmillos. Pudo presentir de quién se trataba. Se quedó con la boca entreabierta y miró hacia el cuervo.

—¿Por qué pones esa cara? —preguntó Alexa.

—Nada —murmuró Raúl—. Solo que es raro.

No quiso decir de más, al final Alexa era alguien más a quien estaba usando en su vida. El animal lo miró directamente a los ojos, los suyos, plateados, centelleaban cuando echó a volar hasta asentarse en su antebrazo con sus garras. Fue entonces cuando Raúl pudo ver el destello de un anillo en una de sus patas.

—¿Qué es eso? —preguntó Raúl. Levantó la pata del pájaro y cogió el anillo. Lo revisó con atención.

—A parte de dedos, te trae anillos. Ya tienes quien quiere casarse contigo, Raúl —se burló Alexa.

—Qué graciosa. —Le dió la vuelta al anillo y frunció levemente el ceño—. Es un anillo de compromiso.

—Medio medieval, a saber de dónde lo sacó.

Raúl no dijo nada. Miró al cuervo de nuevo y torció el gesto sin entender cómo había podido viajar entre las dimensiones del pueblo, si solo él y su hermano podían con esa facilidad.

—Me siento un poco mareada —añadió Alexa—. Iré a dormir.

—Hasta mañana no te duermas, es fácil que mueras de nuevo si lo haces.

El animal dio un graznido y se levantó del antebrazo de Raúl, para comenzar a volar por las escaleras dirección a la planta superior. Él lo siguió y pudo ver cómo el cuervo se metía en su habitación. Una vez allí, el ave fue directa hacia los libros. Picoteó un par de veces sobre ellos justo en uno que trataba de palacio y salía una reina en la portada. El animal lo volvió a mirarlo a los ojos.

Raúl se acercó a los libros. Recordó el momento con Kate, mientras le prestaba uno de ellos y se le formó una pequeña sonrisa en los labios. Sin embargo, miró al cuervo, luego al anillo y entrecerró los ojos. El cuervo le arrancó el anillo de un picotazo y lo tiró sobre el libro.

—No puede ser… —gruñó en sus adentros, pero claro que podía y lo sabía bien. La rabia y el rencor se amontonaron en su pecho y empezó a reír como un desquiciado—. Uy, hermanito… Qué visita más agradable vas a tener. —Cogió el anillo y le indicó al cuervo con unos golpes que fuera a su brazo.

El ave dio un salto hasta ponerse sobre él, acicalando sus plumas como si tuviera todo el tiempo del mundo, y eso para él fuera mero entretenimiento.

—Qué bien te lo estás pasando, cabrón —se río.

El ave le guiñó un ojo, justo como el ser alado que había visto en el mundo de los muertos. Raúl entreabrió la boca, tenía mucho que preguntar, pero por el momento solo pensaba en

hacerle una visita a su hermano.

Con una mano, movió varios dedos y se abrió un portal. La magia de Eiden de retención no era nada comparada con la de Raúl. No hubo hechizo que le impidiera volver a casa.

Caminó por los pasillos del palacio acompañado por el cuervo. Pasó de largo cada habitación que no le interesaba y cuando estuvo a punto de llegar al trono, derribó de una patada la puerta de madera que lo separa con el resto de las estancias.

—¡Hermanito! —canturreó—. ¡Mira quién viene a casa por navidad como el turrón!

Eiden se levantó del asiento. Los leones de piedra no le obedecían si se trataba de Raúl. Los soldados tampoco querían meterse, menos desde la última vez en la que todos perecieron en sus manos.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó Eiden.

—Quise mezclarme con la chusma y pensé en ti.

—Enserio, Raúl, ¿qué mierda haces aquí?

Raúl no quiso hablar más y con el primer puñetazo en su cara le estampó el anillo contra la boca. Eiden lo escupió junto a la sangre, cerró las manos en puño.

—Creo que el anillo es tuyo, ¿no?

—Siento no haberte invitado a la boda —se burló Eiden—. Estaba más ocupado pensando cómo me follaría a mi mujer después.

Los golpes no iban a tardar en llegar y así fue. Eiden estaba preparado para el siguiente puñetazo y lo esquivó. Le sujetó del brazo y se lo crujió en la espalda.

—¡¿No recuerdas lo que ocurre cuando jugamos con fuerza bruta?! —le advirtió.

Raúl se carcajeó y siguió riéndose aun cuando la rodilla de su hermano le había golpeado el estómago y había sentido el sabor metálico en su boca.

Se dio la vuelta sobre sí mismo y su cuerpo empezó a revestirse de un humo negro que parecía formar parte de él y provenir del mismísimo averno. Por lo mismo que podía ir y venir del mundo de los muertos todas las veces que quisiera. El pacto con Death, lo hacía poderoso.

Le devolvió el puñetazo y este se movió del suelo. La oscuridad rodeó a Eiden y por un instante pudo verse en una habitación rodeada de espejos que reflejaban la silueta de Raúl. Comprendió cuánto había aumentado la magia de su hermano. Lo que no esperaba era que cada uno de sus reflejos pudiera golpearlo con la misma magia y fuerza.

Por mucho que intentaba defenderse era inútil. No había un lugar en esa realidad distorsionada en la que Eiden no fuera golpeado. Mientras tanto, Raúl deslizó las manos por el trono y se sentó en él. Con seriedad, fue observando a su hermano sangrando, derrumbado en el suelo, pero sin pedir piedad.

—Deberías rogarme —murmuró, con la voz gruesa y rota de odio.

—Antes prefiero morir… —Eiden se levantó y con un movimiento brusco, un viento rompió

los cristales, con ello la magia de Raúl.

Éste se levantó del trono, se crujió los huesos de las manos, y los golpes volvieron a sonar como piedras chocando entre sí y partiéndose por la mitad. Mientras tanto, el cuervo picoteaba unas uvas en la mesa que seguía de una pieza, a modo de palomitas en una sala de cine.

—¡Alto! —gritó Raúl. Detuvo el tiempo y su hermano se dedicó a jadear, mientras la sangre le corría por el rostro—. No pretendo matarte tan pronto.

—Qué manía de querer matarme.

—Prefiero jugar un poco más —siguió Raúl—. Que lo de hoy sirva para recordarte que no soy tan flojo como me recuerdas, Eiden.

Raúl se dio la vuelta y levantó el brazo para que el cuervo fuera con él.

—¿Qué pretendes hacer? —preguntó el rey—. Para todos sigues siendo el culpable de la muerte de nuestros padres.

—Lo peor que puedes hacer es subestimarme —soltó. Agrandó su sonrisa mostrando los colmillos—. Recuerda que nuestro padre nos enseñó a jugar a los dos, no solo a ti. —Miró hacia su mano. Entre los vendajes, el dedo le volvía a sangrar—. Cúrate eso, no quiero que mueras por una septicemia. Por el momento, voy a visitar a tu mujer.

—Zarek… —Lo quiso detener, pero desapareció frente a sus narices—. ¡Zarek!

Capítulo 35: La reina perfecta.

Mientras Kate dormía, rendida por tanto llorar de impotencia, Raúl apareció en su torre. No le hizo falta escalar la pared o subir escaleras para ir a ver a su doncella. Él sabía cómo llegar ahí sin la necesidad de esfuerzo físico. Esperaba verla despierta para enfrentarlo con todas sus armas, pero, al contrario, estaba dormida.

Sus botas retumbaron hasta posicionarse a los pies de la cama y se quedó observando cada curva de su cuerpo. Por donde se perdía y que usaba para hacerlo delirar. Las manos le quemaron por volver a tocarla, la boca se le hizo agua por la necesidad de probarla y besarla, se le subió el corazón a la garganta y en un segundo, la razón por la que había ido se había convertido en una tan borrosa, que le costaba pensar.

Caminó hasta quedarse a su lado y se sentó en la cama. Levantó la mano sobre su rostro. Se quedó unos segundos con la mano suspendida. Se preguntó dónde estaba el hechicero que solo usaba sus manos para matar, porque en ese momento solo quería tocarla.

Apoyó la mano en su mejilla y la acarició. Llevó sus caricias hasta sus labios carnosos y trazó el contorno. Sin embargo, el recuerdo del anillo, de su hermano, le hizo detener la travesía que había iniciado en su piel. Levantó la mano y suspiró hondo, con la mirada perdida en una esquina oscura de la habitación.

Katerina hizo una pequeña mueca al notarlo, su respiración era lenta y pesada por haber estado durmiendo tan profundamente. Llevó su propia mano a los labios, como si fuera a haber algo allí. Siguió sin abrir los párpados.

Raúl volvió a mirarla. Sin querer sonrió y se inclinó sobre ella.

—No sé qué has hecho conmigo —le susurró a escasos centímetros de su boca. Dejó un beso suave en ella y se levantó de la cama, frustrado por verse incapaz de hacer algo que la perjudicara a pesar de la rabia que sentía.

La albina abrió ligeramente los ojos al notar el contacto. Pestañeó varias veces para enfocar bien a Raúl, y por un momento su mirada expresó sorpresa. Sin embargo, lo que hizo fue agarrarlo de la cadera y moverlo hasta tumbarlo a su lado. Volvió a cerrar los ojos y se acomodó cerca de su pecho, abrazando su brazo musculoso como la mejor almohada.

Raúl la observó y no pudo alejar el brazo. Suspiró hondo y se llevó la mano libre a la frente. Estaba enfurecido, claro, por eso había ido a verla, pero su corazón se estaba encogiendo por segundos. Se acomodó en la cama y cogió la sábana. Por instinto, la arropó y apoyó la mejilla en su cabeza. Trazó caricias por su pelo y dejó la mano en su hombro. No quería alejarse de su lado, aunque esa fuera una burbuja de ilusión dentro del caos mental que tenía.

La respiración de Kate era sumamente tranquila, y al notar las caricias de Raúl pudo haberse derretido como un helado por el calor que le producía su cuerpo. Sonrió por inercia, no quería pensar en el plan de Eiden, sólo quería estar con él. Rozó sus labios por su bíceps y de un momento a otro, le clavó los dientes en él con suavidad, a modo de buenos días.

Raúl sonrió al notar el mordisco, pero no se movió. Suspiró hondo y se levantó la camisa.

—Prueba ahora.

Katerina lo miró con los párpados cansados y una sonrisa en el rostro. Se acercó a su pecho y clavó sus dientes con suavidad en el pezón. Él se mordió el labio inferior al notar el bocado y arqueó una ceja.

—Mejor así que con la camisa, ¿no?

Ella soltó una risa ronca, con su voz dormida, y dejó un suave beso en su pecho. Se movió para dejar otro sobre su esternón y acarició su torso con la mano. Fue dejando besos a lo largo de toda su piel, hasta subir a su boca y dejar otro más lento. Raúl jadeó con el contacto y le siguió el beso. Enredó los dedos por su pelo y la atrajo hacia él. Con la otra mano, le apretó por la cadera y la subió encima suya, la estrechó por la parte baja de la espalda y la miró un momento mientras la besaba. Volvió a cerrar los ojos e introdujo la lengua, lamiendo su interior, haciendo el beso más húmedo y atrevido.

Un cuervo se apoyó en el alféizar de la ventana de la torre. Hasta en forma de cuervo, parecía estar riéndose de Raúl en su cara, como si el animal hubiera leído sus pensamientos de lo que tenía previsto hacer con Kate en ese instante, y el cambio de planes que había hecho.

Ella movió la cadera sobre la de él, tentándolo mientras sus manos tiraban de su pelo. Entre los besos, Raúl miró de reojo hacia la ventana, observó al animal y le levantó el dedo de en medio al sentir su burla desde la cama. Volvió a centrar la mirada en Kate y le susurró.

—¿Te importa que nos vea un cuervo? Es que es un poco voyeur y últimamente no me deja tranquilo.

Kate giró su cuello hacia la ventana y frunció el ceño.

—Oye, ese es el mismo pajarraco que me robó el ani… —Se quedó callada de golpe y tragó saliva. Miró a Raúl con una sonrisa—. Me robó un anillo —finalizó.

Raúl entrecerró los ojos. Se quedó en silencio por un momento, tomó una bocanada de aire y continuó.

—Les gustan las cosas brillantes —dijo, callando lo que tenía en la mente—. Y este, como yo, ama el caos.

—Ya veo —afirmó Kate con las mejillas sonrojadas ligeramente por la vergüenza.

Quería seguir fingiendo como si nada, pero lo cierto era que con Raúl no podía fingir porque era ella misma, y tener que forzarse a estar con él con un plan de por medio la aterraba. La hacía sentir mal, tanto que apartó la mirada de la suya y se sentó sobre él, perdiendo la mirada

en un punto de la nada.

Él notó ese cambio de comportamiento. Le acarició por los muslos. Tenía una necesidad absoluta por saber si lo que había sentido con ella era real o solo fruto de unos sueños que lo tenían obsesionando desde que era joven.

—¿Ocurre algo? —le preguntó, con el fin de intentar que le dijera la verdad—. Si hay algo que te haga sentir mal, puedes decírmelo.

Los ojos de Kate se empaparon en lágrimas, sin atreverse a mirarlo a los ojos, porque sabía que si lo hacía se desmoronaría y todo se iría a la mierda. Se limpió las lágrimas y fingió una sonrisa. Tragó saliva.

—Tranquilo, estoy bien. —Cuando afirmó lo último, una lágrima cayó sobre el abdomen de Raúl—. No sé qué coño me pasa.

Raúl le limpió las mejillas. Se preguntaba si ese llanto repentino era por la situación en la que había quedado su compromiso con Eiden, o si realmente se arrepentía de haberlo estado engañando. Aunque, si no le decía la verdad, para su entendimiento, era la primera opción.

—Sea lo que sea lo que te tenga así, seguro que se soluciona —susurró, aunque en el fondo no quería que volviera con su hermano, si es que lo habían dejado.

—Ojalá poder solucionarlo contigo a mi lado —se le escapó en un murmuro. Se dio cuenta de lo que acababa de soltar y lo miró a los ojos, esperando su reacción.

Raúl tensó el cuerpo, se sentó en la cama, sujetó su cabeza por la parte trasera y la besó de golpe, sin palabras o alguna pregunta. Envolvió sus labios y la probó con fuerza y desesperación. Kate ahogó sus lágrimas en su beso, devolviéndole su respuesta sin necesidad de palabras. Se aferró a su nuca y acarició su espalda. Fue entonces cuando notó algo extraño.

—¿Y estas marcas? —preguntó, con un rostro de preocupación.

Se movió de junto a él y se puso detrás de Raúl para verlo mejor. Se llevó la mano a la boca al ver las marcas de heridas recientes.

—¿Quién te ha hecho esto? —gruñó con rabia.

Raúl suspiró hondo y se vio las heridas. La miró fijamente a los ojos, sin saber si romper su tapadera o no.

—Te dije que cuando me veía con mi hermano la cosa no terminaba bien —confesó, aunque sin añadir detalles.

—¿Por qué te has visto con tu hermano? —preguntó, tratando de que su tono fuera firme, aunque se le heló la sangre.

—Una visita familiar sin importancia —comentó, bajando gradualmente la voz—. ¿A caso te interesa?

—Claro que lo hace. Yo también veo a mis hermanas y no acabamos así.

—De pequeños ya nos abríamos la cabeza. Nuestro padre nos enseñó a eso. —Raúl se levantó

de la cama. La frustración iba burbujeando en su interior, no podía comprender que ella siguiera con la farsa.

Kate se quedó sentada en la cama, mirándolo fijamente. Le sudaban las manos.

—Raúl, ¿va todo bien?

—Perfectamente —respondió, con la voz un tanto engrosada. Se quedó mirando por la ventana y frunció el ceño.

Tomó una bocanada de aire antes de seguir.

—Será mejor que me marche, solo quería mostrarte que había averiguado dónde vives.

Katerina se levantó de la cama, caminó hasta ponerse en frente de él y lo agarró por las mejillas.

—Dime qué te pasa —exigió.

Raúl le cogió de las manos y las alejó de su rostro. Lo hizo con cuidado, pero rotundo para que no lo tocara.

—No me pasa nada, solo pasé una mala noche. De hecho, no dormí ni una hora, debe ser eso.

Kate retrocedió alucinada, viendo el cambio brusco en su comportamiento. Sabía que algo iba mal.

—Claro, ve a descansar —contestó, muy seria.

Raúl asintió, apretó los labios en una fina línea y fue hacia las escaleras. Sin embargo, cuando iba por las primeras para irse, escuchó un sonido.

Volvió atrás y con la realidad alterada propia de un rey del engaño como era su hermano, pudo ver como una falsa Kate se reía a carcajadas con Eiden mientras le dejaba besos fugaces en los labios.

La magia de Eiden lo mareó, tuvo que apoyarse de la pared. Una arcada por la impresión amenazó con hacerlo vomitar, pero entre jadeos consiguió mantener la compostura. Desquiciado y sin saber lo que creer, con la mente en un nudo, empezó a reír a carcajadas en la escalera, siendo escuchado por Kate. Ella abrió la puerta y lo vió allí, desde abajo, riéndose como un loco y frunció el ceño.

—¿Estás bien? —preguntó en un tono bajo.

Raúl elevó la mirada, lentamente. Como si fuera a cámara lenta. Cerró la boca y cuando se quedó mirando a Kate, subió de nuevo los escalones que había bajado. La apoyó contra la pared y puso las dos manos acorralándola.

—Dime, ¿tienes más preguntas que hacerme para una noche conmigo? —preguntó, destilando rabia.

Kate se asustó, pero asumió su destino y suspiró.

—¿Para qué preguntas, si ya sabes la respuesta?

—Sin preguntas, ¿no estarías conmigo?

—Sin respuestas, sería libre de estar contigo.

Raúl arrugó levemente la nariz.

—Entonces, ¿qué pasa si te digo que no voy a contestarte a nada?

—Pues que las cosas se pondrían muy feas —dijo lentamente, bajando la mirada a sus labios.

—Pues que se pongan —sentenció. Apretó las manos en puño sobre la roca de la pared—. Considérame como una de tus mayores preocupaciones a partir de hoy.

Ella le enseñó los dientes.

—Lo último que quiero es estar a malas contigo.

—Tarde para ese planteamiento —susurró Raúl. Se acercó a sus labios y siguió hablando en voz baja mientras se los rozaba—. No me gusta la realeza.

—A mí tampoco. Por eso tú siempre has sido el único al que le he llamado rey

Raúl dio un jadeo y su mirada pasó de los ojos de Kate hasta sus labios. Tragó saliva.

—Debería matarte —gruñó.

Kate agarró una de sus manos y la puso sobre su propio cuello, apretándola con fuerza.

—Lo estoy esperando —dijo con cierta dificultad por la propia presión que ella misma se estaba aplicando.

Raúl le apretó, pero solo para atraerla hacia su cuerpo. Le sujetó la espalda baja con un poco de fuerza y le acarició por la nuca. Hizo que arqueara la espalda para mirarlo a los ojos.

—Mis ganas de hacerte mía son superiores a cualquier otro deseo.

—Pues hazlo. Fóllame o mátame, cualquier opción es buena —soltó con una sonrisa cínica—. O si quieres puedes intentar las dos.

—Voy a matarte de placer —gruñó sobre su boca—. Y cuando no puedas sostenerte en pie, haré que no olvides nunca quién es capaz de abrirte de esa manera.

Kate jadeó por inercia, incapaz de aguantarse y pegó su frente a su pecho, absorbiendo su aroma mientras rodeaba su espalda con sus brazos. Tiró de su ropa con las manos, provocándole pequeños escalofríos a Raúl por sus uñas.

—Enséñame a decirle a tu hermano unos planes de venganza inventados, a base de gemidos.

Raúl dejó escapar una risita en voz baja y la cargó en brazos.

Capítulo 36: El rey del engaño.

La espalda de Kate fue apoyada sobre el colchón. Pronto sintió el peso de Raúl sobre ella. Entre besos húmedos que le empapaban los labios y mordidas que se los volvían carmesí, Raúl la acarició y le arrebató la poca tela con la que Kate dormía. Desató su sujetador, bajó sus bragas y se las llevó al rostro. Cerró los ojos para olerlas y como un pervertido, sacó la lengua. Lamió la tela de las bragas sin alejar la mirada de Kate y las lanzó a un lado.

—¿Te gusta el sabor de la reina? —dijo ella, apoyada sobre sus codos, con una sonrisa pícara. Se abrió de piernas para él, acostumbrada a ello.

—Sí, majestad —gruñó, entre la rabia y el deseo. Junto a la sensación de dominación que ella ejercía en él.

Pasó entre sus piernas y con la nariz, abrió sus labios vaginales. Lentamente. La miró fijamente mientras lo hacía. Abrió la boca y la lengua se deslizó del mismo modo, suave y placentera por el agujero de su coño. Apretó sus muslos y dejó azotes para abrir sus piernas un poco más.

—Eres la reina perfecta para mí.

—Algún día te obligaré a casarte conmigo y serás mi rey —sentenció, como si ella misma se tratara del hilo que teje el destino—. Yo misma te pediré matrimonio.

Pasó sus manos por su cabeza y las enredó sobre su pelo.

—¿Me has oído, Zarek? —preguntó a propósito—. Tú y yo, y nadie más.

Raúl siguió lamiendo su coño mientras hablaba. Cuando levantó la cabeza, se observó un hilo de saliva que lo unía con ella. Dio un lametazo para cortarlo y sonrió, con la sonrisa ladeada y perfecta que lo caracterizaba.

—Olvidas algo —comentó. Pasó la lengua por sus muslos y subió hasta la rodilla, donde apoyó el mentón—. Yo ya soy tu rey.

Tras hablar, metió un dedo en su interior. Le siguió otro y otro. Una vez fueron tres, movió el brazo con fuerza, abriendo sus entrañas. Kate jadeó y abrió mucho la boca. De un impulso, se sentó sobre sus dedos e hizo que la mirara directamente.

—Entonces, ayúdame —gruñó—. Ayúdame a estar contigo.

—Si quieres que te ayude a algo, tienes que ganártelo —contestó. Su sonrisa se hizo más amplia—. No confío fácil de quién me miente y traiciona una vez.

—No te he traicionado del todo, y jamás he mentido contigo. Has sido la única persona en toda mi existencia que me ha visto llorar, ni siquiera mis hermanas lo han apreciado. ¿Crees de verdad que fingía sentir algo por ti? ¿O que lo estoy fingiendo ahora?

Raúl se quedó mirándola fijamente a los ojos. Esa era su duda desde un principio, lo que más lo estaba atormentado a pesar de las complicaciones que los rodeaban. Sin embargo, su pecho se apretó y lo obligó a negar con la cabeza.

—No creo que me hayas mentido en lo que sentiste por mí, pero sí al ocultarme cosas.

—Te he ocultado mi trabajo desde que nos conocimos, eso es cierto, pero jamás te mentiría al decirte que me estoy enamorando de ti. Y esa es la verdad. No me creas si no quieres, pero la conexión que he sentido nada más verte no la he tenido con nadie en milenios.

—Me lo creo, porque a mí… —Iba a decir que le pasó igual, pero Kate lo interrumpió.

—Y también, desde que te he conocido, he comenzado a soñar con un ser muy parecido a ti con dos alas de cuervo, que me incita a seguirte todo el tiempo.

Raúl llevó la mirada hacia la ventana, donde el cuervo seguía mirándolos sin moverse.

—Es… Un amigo o un bully, no lo tengo muy claro aún —comentó.

El ave ladeó la cabeza y se marchó volando sin dar ni un graznido.

—Qué raro… —comentó Kate con mirada de detective.

—Se enfadó, parece. —Raúl volvió a mirarla y torció el gesto—. Sí nos ponemos a follar seguro que aparece otra vez.

—Es nuestro mayor fan, está claro —soltó Kate. Entonces lo miró y le pegó una colleja repentina—. ¡Te he dicho que me estoy enamorando de ti, espabila y contéstame algo bonito de vuelta!

Raúl movió la cabeza con el golpe y arqueó las cejas. Le sujetó las manos y las levantó, hizo que lo abrazara por el cuello.

—Luego te pusiste nerviosa y empezaste a hablar sin parar, cosas que no tenían correlación, como lo del cuervo. No es mi culpa perder el hilo.

Kate hizo una mueca con la boca y miró hacia otro lado, con las mejillas sonrojadas por la vergüenza.

—Me cuesta expresar mis emociones —murmuró.

—A mí también —confesó Raúl. Suspiró hondo—. Nací para amarte, Kate. No hay mucho más que pueda decirte.

A Kate le brillaron los ojos al oírlo, y entreabrió los labios.

—Vale, ya me has puesto cachonda de nuevo —afirmó chocando los labios con los suyos. Él dejó escapar una risita y siguió su beso. Se movió en la cama y la dejó sobre él.

—Tengo otra fantasía sexual —susurró entre beso y beso.

—¿Quieres que te ate y te pegue? —preguntó con una sonrisa burlona.

—Sí.

Kate se echó a reir a carcajadas sobre su pecho.

—Ya me parecía extraño que me pusieras encima tuya de repente. Sabes que llevo

intentando dominarte desde el primer día, ¿no?

—El plan era que me follaras tú, pero si me quieres pegar, es un plus. —Sonrió ilusionado. Levantó las manos y empezó a aplaudir—. ¡Fiesta!

Kate volvió a echarse a reír y dio unos saltitos sobre su cadera.

—Qué puedo decir. Si el rey me manda órdenes, tendré que cumplirlas —afirmó, y las serpientes salieron de ella camino a inmovilizar las muñecas y los tobillos de Raúl contra la cama con unas cadenas.

Ella se escurrió hacia abajo y le arrancó de cuajo los pantalones.

—Lo siento si los querías.

—Me importan una mierda los pantalones, la verdad.

Él miró hacia los grilletes. Movió un poco las manos y vio que con su magia podía soltarse con facilidad. Guardó sus habilidades para seguir con el juego y se encogió de hombros, como respondiendo a él mismo que debía estarse quieto un rato.

Kate había tirado con tanta fuerza que también se había llevado consigo su ropa interior, rebelando su miembro erecto listo para lo que fuera que iba a hacerle. Vio una gota de humedad en la punta y la cogió con el dedo para llevársela a la boca.

—¿Cuánto tiempo llevas queriendo esto? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Mi polla habla por mí —respondió, con la voz engrosada—. Me pones lo suficiente como para tenerte encima montándome cuánto quieras.

Kate se separó de él, y comenzó a caminar de pie, desnuda, cerca del colchón. Se apoyó en un lateral y estiró sus labios en una sonrisa.

—Mírate —dijo entre risas—. Tan activo y dominante y ahora como un fiel perrito —se mofó.

Raúl gruñó.

—Vuelve a llamarme perrito y las cadenas terminan en tu cuello.

—Eres un perrito grande, de los que llevan bozal porque muerden —se burló. Caminó a gatas hacia él, hasta sentarse en uno de sus grandes muslos—. No empieces con las amenazas, los dos sabemos que te correrías tú solito tan solo viendo cómo me froto contra tu pierna, sin ni siquiera tocarte la polla.

—Hazlo. —Movió un poco la pierna, olvidándose de cómo lo llamaba y de su propia amenaza solo por imaginarla—. Friégate y mójame la pierna.

Una cinta apareció en la boca de Raúl, justo sobre su boca.

—Aquí las órdenes las doy yo. Haré lo que quiera contigo, ¿estamos? —aseguró, y se bajó por su extremidad hasta acomodar su coño sobre la rodilla de Raúl.

Apoyó ambas manos sobre su muslo y movió sus caderas hacia delante, impregnándolo de sus fluidos en su rodilla. Se mordió el labio soltando un gemido.

—Oh… Esto es mejor que la almohada —jadeó.

Raúl emitió una especie de gruñido. Se quedó quieto a pesar de que podía soltarse. Apretó los dientes sobre la cinta que le cubría la boca y empezó a babearla. Le excitaba tanto verla y escucharla que su miembro se iba lubricando, sin perder la erección. De hecho, sus venas cada vez estaban más marcadas y podía notarse como de vez en cuando el miembro le bombeaba por las ganas.

Kate se fijó en su polla y sonrió ilusionada. Se inclinó hacia delante para contemplarla mejor, y con un dedo deslizó la punta hacia abajo, solo para ver cómo se agitaba de delante hacia atrás hasta volver a ponerse erecta.

—¡Qué divertido! —exclamó para luego reír—. ¡Me encanta!

Raúl se rio bajo la cinta y empezó a mover la polla, estando erecta, pero haciendo que diera pequeños pulsos sobre su estómago, para divertir más a Kate. Luego movió levemente la pierna, para que se siguiera fregando.

—Ya voy, ya voy, señor impaciente.

Lo miró a los ojos y su temperatura se puso al máximo. Comenzó a frotar más rápido el clítoris contra la rótula, buscando el placer que empezaba a formarse en su estómago. Clavó sus uñas en su muslo, y se movió de delante hacia atrás con tanto deleite como si le estuviera montando la polla.

La respiración de Raúl iba en aumento. Su miembro estaba empapado y solo pensaba en deslizarlo por el interior de Kate. Sin embargo, el morbo era tal que quería ver cómo se corría sobre su rodilla. Iba pensando en la forma que se estaría abriendo su coño mientras se fregaba. Cómo de caliente se sentiría su interior y la forma que sus paredes vaginales lo apretarían. Cerró las manos en puño al imaginar todo eso. No le quitaba la mirada de encima.

—¿Te imaginas que me moviera así sobre ti en una reunión con tu hermano? —propuso con las mejillas sonrojadas de lo excitada que estaba—. ¿Te imaginas su cara al ver que puedes satisfacerme hasta con tu puta rodilla?

Raúl jadeó y por un momento deseó que su hermano estuviera en la misma habitación en la que ellos se encontraban. Mirándola, viendo cuánto es que se mojaba por él. Su mirada se oscureció un poco y tragó saliva. Podía hacerlo aparecer ahí sí quisiera, pero tomó una bocanada de aire para no hacer más locuras al menos por ese día.

—Un día nos verá —continuó Kate, como adivinando sus pensamientos—. Lo miraré a los ojos, pero será en ti en quién esté pensando, y luego gritaré: ¡Oh, Zarek! —exclamó corriéndose sobre él en el momento ideal, acelerando sus movimientos al máximo.

La excitación en Raúl fue tanta que pudo sentir cómo un poco de semen corría por su miembro. Gruñó un poco y sus manos se apretaron con más fuerza. Uno de los grilletes cedió y lo partió por la mitad. Miró de reojo hacia arriba, pero dejó la mano en la misma posición, como

si no hubiera roto nada. Al final, lo estaba disfrutando demasiado.

Kate vio cómo él se corría un poco, y en medio de su propio orgasmo, se separó de su rodilla y se sentó de lleno sobre su polla, gritando muy alto. Comenzó a moverse de arriba a abajo, saltando sobre él mientras sus pechos rebotaban.

—Córrete dentro de mí, cariño. Llename —gimió en tono erótico.

El grito de Raúl se escuchó sofocado por la cinta que cubría su boca. Entornó los ojos, su estómago se tensó y todos sus músculos se marcaron. Empezó a correrse nada más ella se lo pidió. Sintió cada chorro, cada bombeo, cada vena clavándose en su interior. Lo hizo con tanta cantidad que el semen empezó a resbalar hasta la cama.

Notar su semilla caliente dentro de ella fue suficiente para arrancarle otro orgasmo, contrayendo sus paredes al máximo para tratar de retener todo lo que pudiera de él adentro. Se apoyó sobre su abdomen y comenzó a moverse de delante hacia atrás, notando cómo escurría el semen de Raúl por sus piernas. Lo miró a los ojos mordiéndose el labio inferior, hasta que sonrió.

—¿Te gustaría decir algo?

Él asintió, sofocado, con la piel erizada y los músculos apretados por el placer tan absoluto que estaba sintiendo. Kate le arrancó la cinta, pero no le dejó hablar, pues sus labios fueron directos a los suyos y su lengua entró de lleno en su boca. Raúl gruñó, estaba enloquecido para ese momento. Siguió su beso con una necesidad visceral y única. Probó de su saliva como si fuera la primera vez y tragó con urgencia, como tratándose de un elixir milagroso y sanador. Entre jadeos, logró recuperar el aliento necesario para jugar con su boca y no separarse ni un centímetro.

Kate recorrió toda su boca, pasó la lengua por su paladar, por sus dientes y la obligó a jugar con la suya, como un masaje matutino, mientras sus caderas seguían moviéndose hacia delante. Contraía sus paredes justo como a él le gustaba, y aprovechó su pelvis para rozarse el clítoris.

—¿No ibas a decir algo? —preguntó fugazmente, justo antes de volver a apresarlo con su lengua.

Raúl solo pudo dar un quejido. No le importó como se escuchaba, terminó gimiendo en su boca. Movió la cabeza y mordió ligeramente su labio inferior para que lo dejara hablar.

—Si quieres que mi hermano te vea, solo pídelo y te lo concedo —dijo al fin, entre jadeos.

—Él va a volver, siempre que quiera. Me ha advertido de que me va a follar por ser su esposa, ¿qué te parece si estás atento a su llamada, para estar follándome cuando venga?

—¿Qué te parece si le corto en trozos su chorizo revenido? Porque es lo único en lo que pienso al saber eso. —Raúl levantó la mano que ya tenía suelta y le sostuvo del mentón—. ¿Te gustaría que él te follara?

—Tiene a mi hermana, Raúl —jadeó—. La tiene prisionera, y seguirá secuestrada mientras no cumpla con mi trabajo.

Raúl se lamió los labios, a pesar de la conversación que estaban teniendo, seguían follándose y debía centrarse en cómo hablar sin gruñir o hacer algún ruido.

—Eiden es un cabrón, pero ladra más que muerde —contó—. No te forzará, es tu decisión si quieres o no cumplirle como esposa.

—Él no me desagrada —gimió.

—Ah, ¿no?

Kate negó.

—Y tampoco me fio —añadió—. Necesito ver a mi hermana a mi lado, sana y salva. Además, sin él no puedo salir del infierno. No volvería a verte.

Raúl entrecerró los ojos y se soltó de las ataduras. Se dio la vuelta, la dejó debajo suya y le llegó hasta el fondo con un empujón que hizo crujir la cama y la pared misma.

—No lo necesitas —aseguró, aunque no le aclaró por qué. Apenas podía hablar con claridad.

—Sólo te necesito a ti —jadeó, llena de placer.

—Exacto —gruñó en su cuello—. Y te llevaré con tu hermana, solo que no podrás traerla contigo. Nos conviene que Eiden no sepa lo bien que nos llevamos.

Kate sintió que respiraba por primera vez desde la discusión con Eiden. Volvería a verla, estaría a salvo. Alice estaría bien.

—¿Entonces tendré que fingir que me caes mal delante de él? —preguntó poniendo morritos —. Ni siquiera él se creerá que no tengo ganas de follarte a todas horas. Me ha llamado tu puta, ¿sabes?

—Fingir se te da bien, putita mía —se burló. Empezó a reír, pero el placer calló las carcajadas —. Frente a él, tú y yo, hemos discutido.

—No sé si será lo mejor —gimió comenzando a poner los ojos en blanco—. Si nos hacemos los enfadados, pasará lo que ocurrió en las escaleras.

—Y lo disfrutaremos. —Subió una mano y le tapó la boca, impidiéndole también respirar—. Ahora solo cállate y córrete, Kate.

Ella asintió con la cabeza, gimiendo sobre su mano muy alto. Abrió mucho los ojos cuando notó cómo subía su orgasmo a la superficie y movió sus manos hasta la boca de Raúl, para tapársela a él también.

Él gimió en su mano, apoyó la frente contra la de Kate, se encorvó y llegó al orgasmo poco después. Empezó a llenarla mientras se apretaba en su interior, perdiendo la noción del tiempo en un segundo por el placer absoluto que estaba sintiendo. Ella lo recibió con ansias, soltándole la boca para aferrarse a su nuca. Le apretó más las piernas en su espalda, para unirse a él lo máximo posible. Volvió a disfrutar de cada chorro cálido que la llenaba, como si sus paredes nunca

debieran estar vacías, sino llenas de él.

Raúl la observó a los ojos mientras jadeaba. Su cuerpo iba destensándose poco a poco, sin dejar de mirarla y sin salir de su interior.

—Joder, si vamos a acabar así cada vez que discutamos, me voy a volver más tóxico de lo que soy.

—Tú mismo dijiste que nuestro lenguaje de amor era el sexo, ¿recuerdas? —preguntó, y le dio un suave beso en los labios—. Me encantan nuestras discusiones.

—Me encantan nuestros momentos juntos, en general.

Le devolvió el beso y se dejó caer a su lado, acostado boca arriba en la cama. Le dejó una palmada en el muslo y no quitó la mano.

—Cuando te lleve con tu hermana, que no te vean. Solo yo puedo ir en este momento y mi hermano no es estúpido.

—Entendido. —Giró el cuello para verlo con una sonrisa sincera en el rostro—. Muchas gracias, no sé cómo podré agradecértelo.

—Ya se me ocurrirá algo. —La miró de reojo y torció el gesto—. Es broma. Bueno, medio, medio.

Suspiró y se sentó en la cama. Miró hacia la ventana un momento y arqueó una ceja.

—Arréglate, me parece que yo también tengo que ir a ver a alguien.

Después de una ducha que se alargó más de la cuenta por volver a perderse en los placeres carnales, Kate y Raúl al fin habían conseguido permanecer al menos unos minutos con la ropa puesta.

Raúl se sentó en el sofá y movió una mano. De esta salió una especie de humo en forma de león. Abrió sus fauces y al rugir con tanta fuerza que las paredes de la torre temblaron, se abrieron varios portales alrededor de Kate y Raúl.

—Ahí va mi pequeño secretito —dijo para sus adentros, con la voz rasposa—. Yo… soy Eiden. —Aplaudió—. Bienvenida a mi mundo del engaño.

Y lo que una vez fue cabello negro se volvió rojo, mientras la sonrisa despiadada del rey centelleó como sus ojos repletos de furia.

Capítulo 37: Falta de fe.

La mano de Kate impactó sonora en la mejilla de Eiden. Ahogó su quejido de rabia y cuando iba a volver a golpearlo, el rey le sujetó del brazo y la empujó para quedar a unos centímetros de su rostro.

—La fidelidad debería pagarse con fidelidad —le dijo, a lo que Kate respondió con un escupitajo en la cara. La risa de Eiden fue suficiente para que la joven Furia comprendiera, que había roto la paciencia del rey—. ¿Vas a ir a ver a tu hermana?

—¡Vete al infierno! —chilló Kate. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—De ahí vienes tú, ¿recuerdas?

Kate se tragó las lágrimas. Solo dos se deslizaron por sus mejillas, las cuales limpió con rapidez. Se sintió usada, avergonzada. Pues sabía bien que Eiden lo había hecho para saber qué estaba tramando y si en realidad lo iba a traicionar.

—Te odio —le confesó la joven, sin embargo, el rey no mostró misericordia. Le indicó con la mano que pasara al portal y Kate, preocupada por el bienestar de su hermana, pasó corriendo.

Eiden se lamió los labios y cuando la silueta de Kate se perdió por el castillo, él se marchó por el otro portal. Al llegar a casa de Alexa, encontró a Zarek aturdido, con la mirada perdida en el salón y sentado en el suelo. Levantó su mirada oscura y al observar a Eiden de pie frente a él, lo comprendió todo.

—¿Qué has hecho? —preguntó al segundo—. Yo estaba en la cama con Kate y ahora estoy aquí.

—Le hice creer que se acostó conmigo.

—¿Me has utilizado para tener información? —Eiden agrandó la sonrisa como respuesta—. Eres un hijo de puta.

—Lo hubiera sido más si de verdad me hubiera acostado con ella, ¿no crees?

—¿A caso no tienes ganas de hacerlo? —Eiden hizo una mueca y finalmente negó—. Que extraño. Te casas con ella y luego haces que crea que eres un violador, además de no querer nada sentimental, pero te da tanta rabia la situación que te arrancas un dedo. ¿Quién te entiende?

—Ni yo mismo —confesó. Se agachó frente a su hermano y le levantó la cara, dejando el dedo índice en su mentón—. Pero, me gusta jugar. Igual que a ti.

—Eiden, la última persona que me miró así, me la tiré.

Eiden dejó escapar una risa sarcástica mientras la rabia de Zarek hizo que apretara la quijada y fingiera una sonrisa.

—Tengo a la hermana de Kate prisionera —le informó Eiden, a sabiendas de la que

información la podía usar a su favor—. La otra hermana, no puede venir y tu chica, está en la palma de mi mano. La creí reina, pero no lo es. De serlo, no estaría en peligro tan pronto.

—¿Qué coño quieres?

—¿Odias a Kate? —Zarek se carcajeó con rabia y apretó las manos en puño—. Te traicionó, pero no la odias. ¿Quieres que las cosas salgan bien para ella y su hermanita?

—¡Ve al puto grano! —Lo amenazó cogiéndolo con fuerza del cuello de la camisa—. Te juro que tengo muchas ganas de partirte la cara.

—En otra ocasión, hermano. —Eiden le acarició las manos y entrelazó los dedos con los de él para conseguir que lo soltara. Se las apretó contra la pared y se inclinó hasta quedar a escasos centímetros de su rostro—. Kate no es leal, Zarek. Lo ha demostrado conmigo, lo demostrará contigo. Sin embargo, si quieres que esté bien, vas a hacer como si no recordaras nada.

—¿Qué?

—Tú no estuviste en la cama con ella, no supiste de sus planes, no sabes que es mi mujer.

—¿Qué gano a cambio?

Eiden sonrió voraz y rozó la nariz con la de Zarek. Luego le susurró:

—Que no te haga Jaque Mate. Piénsalo, ahora mismo estás en desventaja. No me gusta dejarte ganar, pero si te destruyo ya, no será tan divertido. —Zarek sonrió con rabia, pero la sonrisa se le evaporó cuando se quedó fijo en la mirada llameante de Eiden—. ¿Qué tan importante es Kate para ti?

—¿Qué coño te importa?

—¿Crees que es la mujer de tus sueños? —Zarek frunció el ceño, a lo que Eiden continuó—. Oh, sí. Sé de eso. Sé más cosas de ti de las que tú mismo puedes saber.

Zarek se movió y lo empujó con un golpe en el pecho. Eiden agrandó la sonrisa y se levantó, tomando distancia con él.

—Lo que crea o no crea es mi problema —respondió, una vez Eiden ya no estaba tan pegado a él.

—Yo creo que ella no es, hermano. Pero ya te darás cuenta… —Ladeó levemente la cabeza —. Al fin y al cabo, el tiempo siempre pone a todos en su lugar.

—Por eso tú acabarás tres metros bajo tierra.

—Contigo. —Zarek gruñó por la rabia e intensificó la tensión cuando Eiden siguió—. ¿Vas a obedecer?

—Lo haré.

—Perfecto.

—De hecho, esta conversación me ha dejado claro quién es tu reina. ¿Cómo se llama tu cuñada? —Con eso, Eiden sí que reaccionó y cerró las manos en puño. Miró de reojo a Zarek—. Ya sé quién es. ¿La chica a la que le puse el cuchillo en el cuello? Claro, por eso se te veía

asustado. ¡Ella realmente te gusta! ¿Es por ella también que no te has acostado con Kate? No es propio de ti que no te vengues en su totalidad.

—Cállate la boca.

Zarek dejó escapar una risotada sonora que reverberó por toda la casa.

—¡Esto es genial! Genial… —bajó la voz. Luego asintió—. Está bien, sigamos jugando, gatito. Esto va a ponerse muy interesante.

***

Kate había buscado a Alice desesperada por todo el palacio. No obstante, encontró a su hermana en el jardín donde disfrutaba de recolectar flores y cuidar las plantas cada día, a sabiendas que muchas veces lo hacía bajo la mirada del rey, aunque era algo que a ella no le molestaba en lo absoluto.

—¡Alice! —Corrió con ella y la abrazó. La sirena dejó caer el cesto de flores que llevaba y estrechó a su hermana con una sonrisa en el rostro—. ¡¿Te ha hecho algo?! —La extrañeza en la expresión de Alice descolocó a Kate—. Eiden —aclaró—. ¿Te ha tocado? ¿Te ha lastimado? ¿Te ha hecho algo malo?

Alice se alejó de su hermana y negó con la cabeza. No comprendía el por qué de la urgencia de sus palabras ni su expresión de preocupación, al contrario, se sentía a gusto con él.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila estando secuestrada por él? —Alice arqueó las cejas. Miró alrededor. No había guardias ni nadie que la detuvieran si quería marcharse. Volvió a mirar hacia Kate, creyendo que estaba alucinando y le detuvo la mano en la frente para comprobar si tenía fiebre—. ¡Alice, lo digo enserio! —Le quitó la mano—. Ha bloqueado las entradas para Bella y para mí. Te tiene sola aquí, con él. ¿Me estás diciendo que no te da miedo? ¡¿Sabes lo que es el Síndrome de Estocolmo?

Alice no pudo aguantar la risa. Luego se llevó una mano a la boca para callarse, pues notaba que la preocupación de su hermana era genuina. Miró a los lados y tomó aire para hablar, aunque fuera poco antes de que los animales la empezaran a seguir.

—¿Desde cuándo estoy secuestrada? Es que no me enteré.

—¿Lo dices enserio? —Kate se llevó las dos manos al pelo y se lo echó para atrás—. ¿No te ha hecho nada? ¿De verdad?

—A parte de darme techo, comida y seguridad, no. —Kate se quedó con la boca abierta mirándola, no daba crédito—. ¿Qué pasa, Kate?

—Que me asombra que estés hablando de la misma persona la cual acaba de engañarme para que me acueste con él.

La expresión de Alice cambió drásticamente y esta vez, los ojos que brillaron fueron los

suyos.

—¿Cómo?

—Sí creía que era su hermano y…

—¿Su hermano? —la interrumpió—. Kate, ¡¿te has acostado con el hermano de tu marido?! —Varios pájaros revolotearon alrededor de ellas por escucharlas y alguno que otro se golpeó en los árboles—. ¡¿Estás loca?!

—¡No grites! Si sigues cantando a voces va a aparecer aquí un oso o algún animal peor a eso… —Kate tomó una bocanada de aire y se mordió el labio inferior—. Fue sin pensarlo. De verdad que no sé lo que me pasa con él.

—Y Eiden… —hizo una breve pausa—. ¿Se acostó contigo?

—Me engañó para hacerlo y así saber lo que planeaba yo. —Kate se desesperó de solo pensarlo y no se percató de la seriedad que reinaba en ese momento en la expresión de Alice—. No sé cómo puede ser tan hijo de puta. Luego fue cuando me dijo con todo el descaro que te tenía secuestrada y es así. No puede salir de aquí, al menos no si él no quiere. Y vengo y te encuentro tan tranquila, ¡esto es de locos! —Alice suspiró hondo y se agachó para recoger las flores—. Alice, ¡pero di algo!

Una de las rosas pinchó su dedo y mientras veía la sangre tuvo la excusa perfecta para empezar a llorar.

—Me pinché… —susurró y se limpió las lágrimas con la manga del vestido—. Vaya, creo que me confié demasiado al coger las flores.

Pero claro, no estaba hablando de rosas con espinas, sino de sentimientos que igual rompían la piel.

—Oh, espera, te ayudo. —Kate no era consciente de lo mucho que había lastimado a Alice que le contara lo sucedido y, aun así, cuando la ayudó, su hermana le mostró una sonrisa dulce y aniñada—. Haré por sacarte de aquí y que al fin estés lejos de ese dictador, te lo juro.

Alice sonrió y asintió. Dejó que su hermana la estrechara una vez más y besara su frente. Como era de costumbre, calló todo lo que tenía por decir y que su corazón quería gritar. Así fue hasta que la noche hizo presencia y Kate tuvo que volver para cumplir con lo que Eiden le había pedido, sin ser consciente de que, ambos hermanos estaban jugando con todos. Incluida ella.

***

Jason se había recuperado, aunque lo que no se reparaba era su alma. Los brebajes de la bruja lo habían ayudado lo suficiente, sin embargo, no le hicieron olvidar el dolor que le desgarró por dentro al perder a su hija. Por su mujer, ya se había resignado a no tenerla. Llevaba demasiados años sin ser ella misma y aunque su perdida era como poco dolorosa, se había hecho a la idea de

su partida mucho antes de la tragedia. Sin embargo, la joven Alba sí que le había roto el corazón en pedazos tan pequeños que supo que jamás iba a poder repararlo.

Cogió fuerza de donde no había para amontonar los cuerpos de los que habían sido sus compañeros, su manada y aunque quisiera matar a Érebos por tal sanguinaria escena, le debía la vida y como buen cazador, sabía devolver los favores. Le iba a perdonar esa vez y así saldar su deuda. Con una botella de Whisky en las manos, tomó un sorbo y lanzó la cerilla. La leña impregnada en gasolina ardió y mientras el fuego iluminaba sus ojos castaños, una silueta se materializó a su lado.

—¿Ahora qué? —se quejó con cansancio—. Dejadme todos en paz, de verdad.

—Fue una pena lo de tu hija —comentó Eiden—. Damián no fue suficiente.

Jason llevó la mirada hacia el hombre que estaba a su lado e hizo una mueca.

—¿Quién coño eres tú? O más bien, qué eres.

Eiden suspiró hondo y tragó saliva, se notaba que no quería contestar.

—Damián era su ángel guardián, pero por desgracia estaba muy mal herido cuando la niña murió —continuó Eiden—. Sin embargo, necesito guerreros como tú.

—Soy un cazador, no un guerrero.

—Todos estamos destinados para algo más que solo existir. Desde que nacemos, tenemos el guion de nuestra vida planeado.

—Pues mi escritor está colocado o necesita antidepresivos.

Eiden sonrió más abiertamente y miró los cuerpos que se iban convirtiendo en cenizas.

—Polvo al polvo —comentó—. Pero tu decides si vale la pena existir el tiempo que sea, Jason. Ni siquiera yo estoy exento de terminar así.

Jason volvió a observarlo con detenimiento.

—No pienso seguir hablando si no me dices qué eres.

Eiden sonrió y asintió ante su insistencia.

—Te quiero en mi bando así que lo haré. Me llamo Eiden —se presentó, y alargó la mano hacia Jason. Éste miró su mano y lo ignoró—. Bien, nada de saludos formales entonces.

Se cruzó de brazos y Jason negó, para luego cargar la pistola, apuntando al suelo, pero sin confiar.

—Ese nombre no me dice nada —insistió el cazador.

—En otra reencarnación me conocieron como Loki —añadió Eiden.

—¿Eres un Dios nórdico? ¿Un Aesir? —Eiden lo miró de reojo—. ¿Me estás tomando el pelo?

—Aunque es mi especialidad, ahora te estoy siendo sincero.

—No me jodas. ¿Eres el hermano de Odín?

Eiden hizo una mueca y señaló alrededor de ellos.

—Aquí no, mi hermano aquí es un poco más toca pelotas.

—Me está reventando la cabeza.

—Suelo formar ese efecto. —Eiden llevó una mano al hombro de Jason y aunque éste levantó la pistola a su sien, no tembló ni tuvo miedo a la muerte—. Eres un cazador importante en todo esto, Jason. El último de tu estirpe y más adelante, protegerás algo sagrado. Confía en mí.

El cazador lo empujó y echó a reír con sarcasmo.

—Llevo desde niño matando seres que los dioses ni los ángeles no repelen. Los demonios poseyeron a mi mujer y no la dejaron hasta la muerte y mi hija acaba de perecer porque su ángel guardián se estaba recuperando, según me has dicho. Desde hoy me declaro ateo.

Jason empezó a marcharse. Eiden se giró para observar sus pasos.

—No digas eso, Jason. Sabes perfectamente quién era tu mujer.

Jason detuvo sus pasos un momento y gruñó con rabia.

—Para mí ya no existen los ángeles y los Dioses, no sirven en mi vida. Aléjate, porque, así como mato demonios puedo incrustarte una bala en el cráneo si sigues insistiendo.

—Tu destino ya está escrito Jason, solo falta que tengas fe.

—¡A la mierda! —gritó. Le levantó el dedo de en medio antes de marcharse por el bosque como un lobo queriendo huir.

Eiden no lo siguió. Observó los cuerpos hasta que no quedó nada y cuando regresó a palacio, la mirada enfurecida de Alice le dio la bienvenida antes de que se encerrara en su habitación de un portazo.

—Qué bonito es regresar a casa —comentó con sarcasmo—. Incluso ella se creyó mi actuación.

Capítulo 38: Damon Evans.

El recuerdo llegó a Damon como un susurro lejano, uno de esos momentos de la infancia que parecían pertenecer a otra vida. Era un niño otra vez, su cabello negro alborotado caía en mechones rebeldes sobre su frente y sus ojos azules, tan intensos como el cielo en una tarde despejada, miraban con un brillo de inocencia que ya no existía en su rostro adulto.

Estaba abrazando a su madre, sintiendo el calor y la seguridad que solo ella le proporcionaba. Ella se inclinó ligeramente sobre él y revisó su mochila, asegurándose de que todo estuviera en su lugar. Damon la miraba en silencio, aferrándose a ella como si al hacerlo pudiera mantenerla siempre a su lado.

—Damon, cariño, —murmuró la mujer. Él no podía comprender por qué la voz de su madre se rompía cada vez que tenía que alejarse de ella—, estos amuletos son muy importantes. Debes mantenerlos siempre contigo.

La pequeña mano de Damon se aferró a uno de los amuletos mientras su madre lo colocaba en el bolsillo lateral de su mochila. Eran extraños, con formas y símbolos que no entendía, pero que tenían un peso particular en sus manos, como si cada uno cargara un secreto que él no estaba listo para descubrir.

—¿Por qué, mamá? —preguntó, con la inocencia y curiosidad de un niño que no sabía del mal que se escondía en las sombras.

Su madre le sonrió, aunque había algo en sus ojos que no alcanzó a ver por completo en ese momento. Era una tristeza profunda, mezclada con el coraje que solo una madre posee.

—Son para protegerte —respondió y le acarició la mejilla.

—¿De qué, mamá?

—De los demonios. Ellos siempre están al acecho, pero estos amuletos te mantendrán a salvo.

Damon la miró fijamente, sus ojos azules buscaban alguna pista en los de su madre, pero todo lo que encontró fue un amor infinito y una preocupación que entonces no comprendió. Asintió lentamente, sin apartar la vista de ella.

—¿Y tú también los tienes, mamá? —preguntó, aferrándose a la tela de su vestido.

Ella sonrió, pero fue una sonrisa triste, y Damon solo se dio cuenta años después de lo que realmente significaba.

—No, cariño. —se inclinó y lo abrazó con fuerza, tan fuerte que Damon sintió que nunca querría soltarla—. Mi deber es protegerte a ti. Siempre.

El calor de su abrazo fue un refugio en su memoria, y mientras el recuerdo se desvanecía,

Damon se aferró a él.

Soberbio como su nombre, caminó por los pasillos de su mansión. Sus pasos retumbaron en el suelo de mármol. Su presencia era imponente, la manera en que su figura se erguía con una confianza que no admitía dudas, con un porte que irradiaba poder. Sus ojos azules, fríos y penetrantes, se movían con calma mientras recorría las habitaciones, como si todo en su entorno le perteneciera. Y así lo era. Había una elegancia en él que rozaba lo majestuoso, una certeza que solo venía de años de haberse construido a sí mismo como un ser intocable.

Al llegar al gran salón, Damon se dirigió hacia el piano, una de las pocas cosas que le traían algo de paz en su mundo caótico. El instrumento, un imponente piano de cola negro, brillaba bajo la luz suave de las lámparas doradas que iluminaban la sala. Se sentó con gracia y sus dedos alargados y elegantes descansando un momento sobre las teclas antes de comenzar a tocar.

La música fluyó. Una melodía profunda y melancólica que llenó el aire. Cada nota contaba una historia que solo él entendía. Los ojos de Damon, que normalmente eran tan intensos y controlados, se nublaron mientras la música lo arrastraba hacia recuerdos que intentaba mantener enterrados.

En su mente, se vio a sí mismo de niño otra vez, con su mochila colgada en el hombro de camino a la escuela. Sus manos pequeñas apretaban las correas con fuerza, y aunque sus ojos mantenían esa intensidad azul, había una vulnerabilidad en ellos que ahora era irreconocible.

La escuela había sido un lugar difícil, un terreno hostil donde la crueldad se disfrazaba de risas y burlas. Los otros niños, en grupo, lo miraban como si fuera diferente, como si hubiera algo en él que no encajaba. Damon recordó el momento en que uno de ellos le empujó, haciendo que su mochila cayera al suelo, y cómo los demás rieron mientras él recogía sus cosas con las manos temblorosas. Sin embargo, cuando se levantó juraron que sus ojos se habían vuelto rojos. Aunque creyó que estaban alucinando, el rumor se extendió.

Las burlas, las palabras hirientes que se clavaban en su corazón, cada día se volvían más afiladas. "Extraño", "demonio", "anormal", eran palabras que se repetían una y otra vez, y aunque él intentaba ignorarlas, había algo en su interior que las absorbía, como si se estuvieran grabando en su alma. Quizá sí era un monstruo, pues por mucho que lo intentaba, encajar no era lo suyo.

Los amuletos que su madre le había dado, que él llevaba con tanto cuidado en su mochila, a menudo se convertían en motivo de burla también. Los niños los arrancaban y los tiraban al suelo, riéndose de sus intentos por protegerse. Damon, que siempre había intentado mantener la calma, apretaba los puños hasta que los nudillos le dolían, conteniéndose para no responder, para no dejar que las lágrimas aparecieran. Es así cómo supo formar su expresión de Póker. Esa que en la adultez mostraría como máscara.

La música que tocaba en el piano en el presente se intensificó. Las notas se elevaban con fuerza, como si intentaran ahogar esos recuerdos que lo perseguían. Damon cerró los ojos, dejándose llevar por el ritmo que sus propias manos marcaban, pero cada vez que presionaba una tecla, las imágenes de su infancia volvían a aparecer, tan vívidas como si las estuviera viviendo en ese momento.

Recordó las miradas, la manera en que los otros niños lo observaban como si fuera un ser extraño, algo que no entendían y que, por eso, temían y atacaban. Los insultos, los empujones, todo se mezclaba en su mente con las palabras de su madre, que le decía que los amuletos lo protegerían de los demonios. Pero no había amuleto que lo protegiera de la crueldad de otros niños, de la soledad que sentía en cada paso que daba por esos pasillos.

La música se suavizó, y Damon, con los ojos cerrados, sintió cómo el peso de esos recuerdos lo envolvía. Era como si, por un instante, volviera a ser ese niño que solo quería encontrar un lugar seguro, un lugar donde no tuviera que sentirse diferente.

Abrió los ojos y sus dedos se detuvieron sobre las teclas. El silencio que llenó la sala fue profundo. Damon, el hombre imponente y majestuoso que caminaba con fuerza por su mansión, cargaba con las cicatrices de ese niño que alguna vez había sido.

Entonces, un grito se escuchó solo en sus oídos.

El grito retumbó en su mente, un sonido que rasgó el silencio de la sala como una cuchilla. Damon se quedó quieto, con las manos suspendidas sobre las teclas del piano. Se le heló la sangre, y sus ojos azules empezaron a llenarse de lágrimas que no podía contener.

Era un grito que conocía demasiado bien.

El recuerdo lo arrastró, y de repente, no estaba en la sala de la mansión. Estaba de vuelta en aquel pasillo oscuro que significaba el pasadizo hacia su propio infierno. El olor metálico de la sangre, el polvo del papel tapiz viejo y el aroma de la madera podrida que se descomponía en algún rincón de la casa, le traía recuerdos. Los gritos seguían, perforando el aire como agujas invisibles, y cada vez que se escuchaba, el miedo le apretaba el pecho como una mano fría.

Era la voz de su madre.

Caminó por el pasillo, sintiéndose perseguido. Las luces parpadeaban, proyectando formas monstruosas que se retorcían en las paredes, y aunque sabía que eran solo reflejos, en el fondo, algo en su mente le decía que no, que no eran simples sombras, que lo que se movía allí eran sus propios demonios.

El grito se convirtió en un gemido, una súplica. Damon aceleró el paso, los latidos de su corazón retumbando en sus oídos. Las puertas de las habitaciones que pasaba estaban cerradas, pero detrás de cada una de ellas sentía algo observándolo, algo que contenía la respiración, esperando, acechando. La casa parecía viva, respirando, como si estuviera compitiendo con él para llegar al final del pasillo.

Cuando llegó a la puerta de la sala de estar, la que siempre estaba cerrada con llave, la encontró entreabierta, dejando escapar una franja de luz amarillenta que se mezclaba con la penumbra. Damon sintió un nudo formarse en su garganta, pero no podía detenerse. Dio un paso, y otro, hasta que empujó la puerta y entró.

La imagen que lo recibió quedó grabada en su mente como un tatuaje hecho con fuego.

Su madre estaba en el suelo, con temblores intentaba cubrir la herida que le atravesaba el abdomen, pero la sangre se desbordaba entre sus dedos, empapando el suelo como un charco de tinta oscura. Los ojos de ella, esos ojos que siempre le habían sonreído, ahora estaban abiertos de par en par, llenos de un terror tan puro que a Damon le pareció que la oscuridad de la habitación se tragaba toda la luz.

Y junto a ella estaba él. La figura que había visto tantas veces en sus pesadillas: un demonio.

Era más sombra que carne, más pesadilla que realidad. La figura oscura se retorcía en la luz parpadeante, su cuerpo delgado y anguloso mostraba una silueta que no tenía forma fija, como si el propio aire lo deformara. Sus ojos, dos pozos de negrura, se clavaron en él, y la boca, si es que se le podía llamar así, se curvó en una sonrisa que dejaba ver dientes demasiado afilados, demasiado largos.

—Damon, corre... —murmuró su madre, su voz se había convertido en un hilo débil que se apagaba con cada segundo que pasaba. Pero Damon no podía moverse. El miedo lo había congelado en su lugar, sus piernas se negaban a obedecer, y sus ojos azules seguían fijos en aquella cosa que no dejaba de mirarlo, como si ya lo hubiera marcado como su próxima presa.

La criatura se movió, y el interior de la casa se volvió más frío, como si el propio aliento de la habitación se escapara por las ventanas cerradas. Los dedos largos y huesudos se alargaron hacia su madre, y cuando la tocó, el grito que salió de sus labios fue como el rugido de un animal acorralado, desesperado.

Damon sintió las lágrimas brotar mientras veía la vida escapar de los brazos mortecinos de su madre. Dio un paso, y luego otro, intentando acercarse, pero el demonio lo miró de nuevo, y el aire se volvió denso, como si lo atrapara en una red invisible.

—¡No! —gritó Damon, pero su voz fue una súplica que ni los ángeles pudieron atender.

La criatura se volvió hacia él por completo, y la sonrisa se ensanchó, mostrando una fila interminable de dientes afilados que brillaban como alfileres. Los ojos de Damon, llenos de lágrimas, se encontraron con los de su madre una última vez. Ella intentó sonreír, pero la mueca que le salió fue de puro dolor.

Y entonces, todo se convirtió en plena oscuridad.

Damon parpadeó, y estaba de vuelta en la sala de la mansión. El piano permanecía en silencio bajo sus manos temblorosas, y las lágrimas que había estado conteniendo cayeron sobre las teclas, manchando la madera negra. El grito de su madre se repetía en su cabeza, y aunque había

pasado tanto tiempo desde aquel día, el dolor seguía siendo igual de agudo, igual de implacable.

El terror de ese momento nunca se había ido, y en lo profundo de su ser seguía teniendo un rencor a aquel que se llevó a su madre.

Damon se levantó del piano. Su expresión de Póker no pudo dejar que las lágrimas expresaran lo que realmente querían. La máscara que llevaba todos los días volvió a cubrir sus emociones, como una coraza que había aprendido a construir desde niño. Se dirigió a la puerta principal, y al salir de la mansión, el aire frío de la noche lo recibió con un abrazo gélido.

La oscuridad del pueblo se extendía ante él, con las calles desiertas y las luces de los faroles parpadeando como si fueran velas a punto de apagarse. Damon sacó un cigarrillo y lo encendió. El brillo naranja iluminó brevemente sus rasgos, revelando el cansancio en sus ojos azules, antes de que una nube de humo escapara de sus labios.

Caminó en silencio por las calles empedradas. La ciudad dormía, y en esa quietud, los recuerdos se colaron de nuevo en su mente, envolviéndolo como el humo que lo rodeaba.

En medio de esas calles desiertas, las imágenes de su pasado volvieron, sin piedad. Recordó las huidas, las noches en las que corría sin cesar, tratando de escapar de algo que siempre lo encontraba, sin importar cuánto intentara ocultarse. Las sombras lo perseguían, y el miedo se instalaba en su pecho como una garra que no lo dejaba respirar.

Era un niño otra vez, con los ojos azules abiertos de par en par, buscando un lugar seguro en medio de la oscuridad. Las calles cambiaban de forma en su memoria, las esquinas se alargaban y las sombras parecían ser parte de aquello que tanto temía. Los gritos de su madre lo torturaban, y la sensación de estar siempre a un paso de ser atrapado le aceleraba el corazón.

Y entonces, en una de esas huidas interminables, el demonio se materializó frente a él.

Damon se detuvo, sus pies se clavaron en el suelo, como si una fuerza invisible lo hubiera congelado en su lugar. La figura que emergió de la oscuridad no era como las otras sombras; tenía una forma definida, una presencia real que llenaba el aire con un frío que le calaba hasta los huesos. Era un Wendigo, pero no uno cualquiera.

El demonio tenía una sonrisa que le heló la sangre. Sus ojos eran como pozos oscuros, vacíos de cualquier luz, y su cuerpo parecía una masa de sombras retorcidas. Estaba hecho de oscuridad y caos. Los dientes afilados se asomaban en esa sonrisa que no era humana, y sin embargo, había algo en su rostro que le resultaba familiar.

—Hola, Damon —dijo, un susurro que se arrastró por el aire como una serpiente. Era profunda y retorcida, pero había en ella un tono que le hizo estremecerse—. He estado siguiéndote. Buscándote.

Damon no podía moverse, su cuerpo se negó a responder. El miedo era tan intenso, tan absoluto, que se sintió atrapado en una pesadilla de la que no podía despertar.

—No temas —continuó el ser y se le acercó. La oscuridad se arremolinaba a su alrededor,

daba escalofríos—. Siempre estaré aquí para ti.

El niño miró a esa criatura, sintiendo cómo las lágrimas se acumulaban en sus ojos, pero no podía apartar la vista. No tenía escapatoria, y lo sabía.

—Puedes llamarme papá.

—¿Papá?

—Soy tu padre, Damon. Érebos, el Dios primordial y ahora, el pecado de la Gula.

El corazón de Damon se detuvo, y el aire frío se volvió más helado a su alrededor. Las palabras se quedaron suspendida en el aire, y en ese momento, entendió. El demonio no solo lo había estado persiguiendo, no solo lo había encontrado; lo había reclamado. La sombra, el terror que siempre había sentido, era una parte de él, una conexión que no podía cortar, sin importar cuánto corriera.

El cigarrillo se consumía lentamente entre sus dedos, la ceniza caía al suelo mientras Damon permanecía inmóvil en medio de la calle. Los recuerdos se aferraban a su mente como una niebla oscura, y por un momento, la figura del demonio volvió a materializarse en la esquina de su visión, susurrándole al oído como lo había hecho entonces.

Damon cerró los ojos, soltando el humo lentamente. El peso del pasado seguía ahí, un ancla que lo mantenía atrapado en su propia historia. El demonio, su padre, nunca lo había dejado. Siempre estaba en la oscuridad, en las sombras de cada rincón por donde caminaba.

Caminando llegó a la iglesia del pueblo. Las grandes puertas de madera se impusieron frente a él, y las paredes de piedra, cubiertas de musgo y envejecidas por el tiempo, parecían impenetrables. Damon se detuvo, sintiendo cómo una barrera invisible se alzaba entre él y el edificio. Era una sensación que conocía demasiado bien: una fuerza que lo repelía, que le prohibía cruzar ese umbral. Las paredes mismas sabían lo que él era, y lo mantenían a raya.

El dolor en su pecho se intensificó, y antes de que pudiera contenerlo, otro recuerdo lo asaltó, uno que siempre había estado en las profundidades de su mente, acechando, esperando el momento para salir a la superficie.

La visión lo envolvió. Ya no estaba en las calles del pueblo; estaba en una sala oscura, fría, y lo primero que sintió fue el tirón en sus muñecas. Las cadenas mordían su piel, apretándose con fuerza mientras colgaba del techo. Sus pies estaban suspendidos en el aire, incapaces de tocar el suelo. El olor a sangre y hierro llenaba el aire, un aroma tan denso que le daba arcadas.

Las paredes de la habitación estaban cubiertas de símbolos tallados que brillaban con un resplandor siniestro. La luz de las velas, parpadeante y débil, lo cegaba de vez en cuando. Estaba atrapado.

Su padre estaba presente en la oscuridad. Cogía instrumentos de tortura que relucían con el

brillo pálido de las velas.

—Es necesario, Damon —murmuró el Érebos—. Para que seas uno de los nuestros, para que puedas cumplir tu destino.

Damon intentó gritar, pero su voz se perdió en el aire, atrapada en su garganta por el miedo y la desesperación. Las cadenas tiraban de él con más fuerza, y el dolor en sus muñecas se intensificó mientras sus brazos temblaban, al borde de romperse bajo el peso de su propio cuerpo. Las lágrimas le escocían en los ojos, pero no podía hacer nada para liberarse.

Érebos se acercó, y con una sonrisa que dejaba ver una fila de dientes afilados y relucientes, le hizo un corte en el brazo. La sangre brotó de inmediato, goteando al suelo y formando un charco que se mezclaba con los símbolos en las baldosas. El dolor fue como un fuego que le recorrió el cuerpo, pero lo peor no fue eso; lo peor fue lo que vino después.

El demonio alzó un cáliz, un recipiente negro que parecía absorber la luz de las velas. Damon lo vio llenarse con su propia sangre la cual hacía que las líneas de los símbolos en el suelo se iluminaran con un resplandor rojo. Y entonces, el demonio lo alzó para que lo viera.

—Todavía tienes sangre humana en tu cuerpo, pero no por mucho tiempo —murmuró—. Esta es la primera etapa. Para que seas uno de nosotros, tu sangre debe ser purificada, transformada.

El siguiente paso fue peor. Su padre se acercó con una aguja larga, delgada, y la sumergió en el cáliz. El líquido oscuro se adhería a la aguja, brillando con un resplandor siniestro. Damon sintió el pánico crecer en su interior, su cuerpo temblaba mientras las cadenas se clavaban más y más en su piel.

—Esto te transformará, Damon. Esto te convertirá en mi hijo por completo. Un ser de oscuridad, uno que puede caminar en las sombras y gobernar el mundo que se avecina.

La aguja se acercó a su piel, y cuando el demonio la hundió en su brazo, el dolor fue insoportable. Un fuego helado recorrió sus venas, y Damon gritó, un sonido desgarrador que inundó la estancia. La sangre de demonio se mezcló con la suya, y sintió como si algo en su interior estuviera siendo arrancado, devorado por las sombras que lo rodeaban. Su alma.

Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras el dolor lo consumía. Las cadenas lo mantenían atrapado, y todo lo que pudo hacer fue gritar, una y otra vez, mientras el demonio sonreía, disfrutando de cada segundo de su sufrimiento. De cada pinchazo.

—Es solo el principio, hijo mío. Luego morirás por mí, ¿no es precioso? Devolverás a la vida a tu madre, ya que por tu culpa murió.

Damon se debatió, intentó luchar contra las cadenas, contra el dolor que lo quemaba por dentro, pero era inútil. El fuego en sus venas se extendió, y con cada segundo, sintió cómo su humanidad se desvanecía, cómo su alma era atrapada en esa oscuridad que lo envolvía todo.

De vuelta en las calles del pueblo, Damon apretó los puños. El cigarrillo cayó y se apagó en el

suelo. El recuerdo de su muerte, de ese momento en el que el demonio lo reclamó por completo, seguía grabado en su memoria, como una cicatriz que no desaparecería jamás. El horror de lo que había sido y de lo que había llegado a ser seguía persiguiéndolo. Llegó a la plaza del pueblo sumido en sus pensamientos.

Se sentó en uno de los bancos de la plaza del pueblo, intentando calmar el torbellino de pensamientos que lo invadía. El banco de hierro estaba frío al tacto, pero Damon lo recibió como un ancla a la realidad, algo tangible que lo alejaba de las sombras de su pasado. Las campanas de la iglesia comenzaron a sonar y las luces en las ventanas de las casas parpadearon.

Los habitantes del pueblo, fieles a sus costumbres, empezaron sus rezos. Las voces se alzaban como un cántico colectivo que buscaba protección. Sabían lo que acechaba en la oscuridad, y sus rezos eran escudos contra todo aquello que, como Damon, no podía entrar en sus hogares sagrados.

Mientras los cánticos se volvían una melodía nocturna, Damon cerró los ojos, y los recuerdos lo arrastraron de nuevo a ese lugar oscuro donde había sido encadenado, torturado, convertido. Pero esta vez, el final del recuerdo fue diferente.

Recordó el momento en que todo cambió. El dolor había alcanzado su punto máximo, cada fibra de su ser parecía a punto de romperse, y sintió que la sangre demoníaca que le había inyectado su padre lo estaba cambiando. Algo se quebró, pero no fue él. La ira, la rabia, y esa sensación de no querer ser controlado nunca más lo invadieron como un torrente.

El fuego que recorrió sus venas no era simplemente dolor, era poder. Un poder que no había sentido nunca, uno que le daba la capacidad de ser algo más, de trascender el sufrimiento al que había sido sometido. Su padre quería transformarlo en un esclavo, en un peón más, pero lo que había despertado en Damon era mucho más fuerte que eso.

—No seré tu hijo. Nunca —susurró, sintiendo cómo la energía dentro de él se expandía.

Los grilletes que lo mantenían encadenado comenzaron a vibrar, y sus ojos se encendieron con una luz azul intensa, como un relámpago en una tormenta. Las sombras en la sala se asustaron, como si supieran que algo más grande, algo más poderoso estaba surgiendo. Las cadenas, que alguna vez lo habían sujetado, empezaron a agrietarse.

El demonio, su padre, se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué es esto...? —gruñó Érebos, sorprendido. El miedo en sus ojos, aunque breve, fue suficiente para encender la soberbia en el corazón de Damon.

Con un grito de pura furia, Damon partió los grilletes, el metal se quebró como cristal bajo su fuerza recién descubierta. Las cadenas cayeron al suelo y su liberación estremeció incluso a los muertos. La energía de la soberbia, un poder puro que emanaba de su voluntad de no ser controlado, de ser su propio maestro, se apoderó de cada fibra de su ser.

Los demonios que servían a Érebos se abalanzaron sobre él. Intentaron detenerlo, pero Damon ya no era un niño indefenso, ni un simple humano. Era la personificación de la soberbia, el pecado hecho carne. Sus manos se movieron con rapidez, desatando ondas de energía que hicieron que los cuerpos de los demonios estallaran en cenizas. Los gritos de las criaturas se escucharon por toda la ciudad, pero para Damon solo eran un sufrimiento lejano, un ruido insignificante frente a la furia que lo impulsaba.

Uno tras otro, los demonios cayeron. Las sombras que lo habían asfixiado, se rendían ante él, disolviéndose en la oscuridad que él mismo controlaba. Sus ojos azules brillaban con una intensidad sobrenatural. En su rostro se formó una sonrisa, pero no era una de alegría; era la sonrisa de alguien que había encontrado su verdadero poder y lo estaba usando. Y claro que lo iba a seguir haciendo.

Érebos lo observaba, sin saber qué hacer. Sus miradas se cruzaron en silencio, antes de que el odio invadiera a Damon por completo.

—No seré tu esclavo —sentenció y un trueno estalló a sus espaldas—. Soy más que eso. Soy el demonio de la soberbia, y no me someteré a nadie.

Damon desató su poder, haciendo que las últimas sombras se disolvieran y que Érebos huyera. Había roto las cadenas, destruido a los que le habían torturado, y en su liberación ya no era él quien se escondía.

Capítulo 39: Conversación de humo.

El demonio de la soberbia traía la mirada perdida en las campanas que seguían sonando, y en los rezos que llenaban el aire. Apretó los puños y suspiró.

Se encendió otro cigarrillo, ya que los otros se habían consumido mientras él recordaba. El humo del cigarrillo se elevó y juró ver en él un rostro

Unos pasos rompieron el silencio, pasos que se acercaban con calma. Era Raúl, envuelto en un abrigo oscuro. Traía la mirada en el suelo mientras se acercaba. Se le notaba cansado.

Damon lo observó con los ojos entrecerrados, sin decir nada. No se sorprendió de verlo, sabía que Raúl no era de los que buscaban compañía sin razón, y más aún después de lo que había pasado. No lo conocía en persona, claro, pero Damon tenía espías por todos lados.

—No podía dormir —comentó el hechicero y se sentó a su lado, dejándose caer en el banco como si llevara una carga invisible sobre los hombros.

Damon no respondió. Mantuvo el cigarrillo entre sus labios, inhalando profundamente mientras el humo se expandía en sus pulmones. Raúl parecía atrapado en sus propios pensamientos.

—Me enteré de que Kate, la mujer que quiero, me traicionó —le contó Raúl, como si fueran amigos, pero a falta de Death, no encontró nadie más confiable—. Es la mujer de mi hermano. —Soltó un suspiro cansado—. Ahora todo tiene sentido... y aun así, no deja de ser un maldito caos.

Damon continuó fumando, sin pronunciar una palabra. Sabía de lo que hablaba Raúl, pero no tenía intención de dar explicaciones. Las relaciones en Dolwill eran un nido de serpientes, y saber quién estaba con quién, quién traicionaba a quién, solo complicaba más las cosas.

—Dame uno de esos —pidió Raúl, señalando el cigarrillo que Damon sostenía entre los dedos.

Damon lo miró por un instante, evaluándolo, antes de meter la mano en el bolsillo y sacar un cigarrillo extra. Se lo ofreció a Raúl y este lo aceptó con gusto.

—La gente del pueblo... Siguen rezando, ¿eh? Como si las palabras pudieran protegerlos de lo que viene —comentó Raúl y dejó salir el humo de su boca.

Damon soltó una risa corta, un sonido seco y sin humor. Llevó el cigarrillo a sus labios, dejando que el humo se deslizara por su garganta antes de responder.

—Las palabras nunca detienen a la oscuridad —respondió con frialdad—. Son como un escudo de papel en medio de una tormenta de fuego.

Raúl asintió, sin apartar la mirada de la calle vacía frente a ellos. Ambos sabían que los rezos,

los amuletos, las protecciones que la gente usaba eran poco más que ilusiones, formas de pretender que tenían control sobre algo que no podían comprender.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Damon, de repente—. Engañar a tu hermano... con ella.

Sonaba curioso, mas no inquisitivo.

No era una pregunta fácil de responder, y menos a alguien como Damon, quien se abría por completo con nadie.

—Es complicado —dijo al final, sin entrar en detalles—. Las cosas siempre lo son cuando se trata de familia.

Damon asintió.

Ambos habían pactado engaños, ambos habían jugado con las vidas de otros, y en esa noche de confesiones veladas, sabían que no se pedirían explicaciones.

—No eres para nada un santo, Raúl —añadió Damon.

—No, claro que no. Pero ya sabes, todos jugamos nuestras cartas de la mejor forma que podemos, aunque al final, las deudas nos alcancen. No importa cuantas promesas se rompan.

Damon se quedó en silencio por un momento, observando las últimas volutas de humo que se desvanecían en el aire. Ya no sonaban las campanas, dejando la plaza en una quietud que parecía hecha a medida para las palabras que iban a intercambiar.

—Dime algo —dijo al fin Soberbia. Se giró para mirar a Raúl directamente—. ¿Crees que una promesa puede ser el amor mismo? —Raúl frunció el ceño, confundido por la pregunta—. Prometer amar a alguien en todas tus vidas, sin importar las circunstancias. ¿Qué piensas de eso?

La expresión de extrañeza de Raúl no se desvaneció, pero Damon podía ver que la pregunta había calado hondo. Era un tema que parecía ajeno a la naturaleza calculadora de Raúl, pero esa era la intención de Damon: empujarlo fuera de su zona de confort, llevarlo a un lugar donde las emociones y los recuerdos pudieran convertirse en presente.

—No sé si lo entiendo, Damon —respondió Raúl, con una sonrisa cautelosa—. El amor eterno es... —Hizo una pausa, como si no encontrara las palabras—. Idealista, supongo. Y en un lugar como Dolwill, idealizar algo así parece una locura.

Damon sonrió ligeramente y buscó la grieta en la fachada de Raúl.

—Quizá —admitió Damon. Se encogió de hombros—, pero a veces las promesas que hacemos van más allá de lo que creemos posible. —Hizo una pausa, inclinando la cabeza—. ¿Alguna vez has soñado con alguien, Raúl? Alguien que sientes que conoces, pero no sabes de dónde.

Raúl se tensó ligeramente, su expresión se cerró. Había tocado un tema que preferiría evitar. Ahí estaba la brecha. Damon lo observó, atento a cada reacción. Sabía dónde tocaba.

—A veces... —admitió Raúl, su voz más baja—. He soñado con alguien, sí. —Miró hacia otro lado. No se sintió capaz de sostener la mirada de Damon—. Es extraño. No sé quién es, pero... la

veo en mis sueños como si siempre hubiera estado ahí.

Damon se inclinó un poco más, parecía interesado, aunque había algo mucho más oscuro detrás: manipulación calculada, un hilo que tiraba con cuidado para que el muñeco ventrílocuo dijera lo que quería.

—¿Cómo es ella? —preguntó Damon—. Quizá la conoces y aún no te has dado cuenta.

Raúl se debatió internamente. Era Damon, seguramente no iba a estar en su equipo y a falta de amigos, no podía compartirlo todo con él. Sin embargo, ¿qué daño hacía hablar de alguien que solo estaba en sus sueños

—Es hermosa —dijo, soltando un suspiro de resignación—. Tiene el cabello oscuro y ondulado, y sus ojos... Hay algo en ellos, como si contuvieran siglos de historias. —Raúl tragó saliva—. Y su sonrisa... es la clase de sonrisa que te hace olvidar todo lo demás.

—Y tanto.

—¿Qué?

—Digo que es bonito lo que dices. Tanto amor, uff…

—Ya.

Damon no apartó la mirada, y aunque parecía escuchar atentamente, en su interior, ya conocía la respuesta. Raúl estaba hablando de Kate, aunque su cabello fuera blanco y su piel pálida como la nieve.

—¿Y cómo te sientes al respecto? —siguió Damon, con una calma estudiada—. ¿Alguna vez has pensado que quizás no es solo un sueño, que hay algo más?

Raúl se quedó en silencio por un momento, y luego, en un susurro apenas audible, dijo:

—Creo que es Kate.

—¿Esa que dices que es la mujer de tu hermano? —Raúl asintió—. ¡Vaya! Que contratiempo.

—Lo sé.

—¿Estás seguro de que es ella?

—He soñado con ella tantas veces... y cuando la conocí, fue como si ya supiera quién era. Como si siempre hubiera estado buscándola.

—Eso es... curioso. No imaginé que ella pudiera ser la misma que la de tus sueños, todo se te pone en contra, chaval.

Raúl lo miró. Buscó en Damon alguna señal de engaño, pero no encontró nada. Damon era un maestro en ocultar sus verdaderas intenciones, y en ese momento, se aseguró de que Raúl no viera más que una máscara de genuina curiosidad.

—No sé qué significa —admitió Raúl—. Pero cuando la conocí, fue como si algo se hubiera encendido en mi interior. Como si todo lo que había estado buscando estuviera justo frente a mí. Y luego supe que era la esposa de Eiden... y todo cambió.

—Los sueños son engañosos —respondió Damon—. Pueden ser un reflejo de lo que

deseamos, o de lo que tememos. O tal vez, simplemente nos muestran algo que ya hemos tenido.

Raúl se quedó en silencio, mirando a la distancia, intentando descifrar las palabras de Soberbia. Damon sonrió ligeramente, pero solo él sabía lo que esa sonrisa realmente escondía.

Capítulo 40: Invocando al deseo.

En medio de la oscuridad, la respiración de María se volvió más lenta. Cayó en un sueño profundo. Las pesadillas comenzaron a invadir su mente de inmediato, como monstruos que se arrastraban por los rincones de su subconsciente.

Las imágenes surgieron en su mente como relámpagos, fragmentos de horror que se clavaban en su imaginación. Se vio a sí misma, pero no como era en ese instante. Su rostro cambió, envejeció a una velocidad espantosa. Sus hebras oscuras se tornaron grises, y luego blancas, en un abrir y cerrar de ojos. La piel se le arrugó, se volvió frágil, como si estuviera hecha de papel viejo, y empezó a caer en tiras, mostrando la carne podrida y los huesos debajo.

María intentó gritar, pero ningún sonido salió de su garganta. El horror la mantenía paralizada, obligándola a mirar cómo su propio cuerpo se descomponía ante sus ojos. Sus manos se convirtieron en garras huesudas y temblorosas, sus uñas se rompían y caían al suelo como fragmentos de vidrio.

La imagen cambió de nuevo. La habitación que la rodeaba parecía desvanecerse, y en su lugar, aparecieron cuerpos. Los rostros de las personas que conocía, aquellos que alguna vez había visto en el pueblo, yacían en el suelo, con los ojos abiertos y las cuencas llenas de sangre, fijos en algún punto en el techo. Con las bocas abiertas en un grito que supuso, fue desgarrador. La sangre manchaba las paredes. Alguien había querido pintar una historia de muerte con brochazos torpes y desesperados.

María abrió los ojos de golpe, incapaz de distinguir si seguía soñando o si las imágenes que la rodeaban eran reales. El sudor frío le corría por la espalda mientras se incorporaba en la cama, temblando. La habitación era arrancada de un cuento de terror.

Las paredes estaban cubiertas de grietas, y un papel tapiz desgarrado colgaba en tiras, con manchas oscuras debajo. Las luces parpadeaban, iluminando el espacio con un resplandor enfermo. La madera del suelo crujía bajo sus pies. Algo debajo intentaba liberarse.

María se levantó descalza y empezó a caminar por la habitación, a pesar de que el miedo no la abandonaba. Sus fosas nasales se llenaron de un olor metálico, un aroma que reconoció de inmediato: sangre. Se estremeció, y aunque quería salir corriendo, había pasado por demasiadas cosas como para huir.

Al girar la cabeza, vio el espejo en la pared, y lo que reflejaba la hizo detenerse en seco. Su rostro, que debería haber sido el suyo, estaba irreconocible. La piel pálida y arrugada, colgaba en tiras desiguales, como en su sueño. Sus ojos, hundidos y sin vida, la observaban desde el otro lado del espejo, fijos en ella como los de un cadáver. Los labios agrietados y oscuros se curvaban

en una mueca de terror.

—¿Quién coño eres? —susurró. Extendió una mano temblorosa hacia el espejo, intentando tocar la imagen y convencerse de que no era real.

El reflejo no se movió, permaneció mirándola, inmóvil. La boca del reflejo comenzó a moverse, y María vio cómo sus propios labios se torcían en una sonrisa macabra. Sonreían los dos iguales.

La madera del suelo se agrietó, dejando escapar un vapor oscuro y que olía al averno. Las luces parpadearon más rápido. Crearon destellos que hicieron que la habitación se convirtiera en un caleidoscopio de sombras y terror.

María retrocedió, pero sus piernas se sentían pesadas. El espejo seguía mostrando su imagen distinta, y aunque intentó apartar la vista, los ojos del reflejo la seguían, fijos en ella, clavados en su alma.

Las risas opacaron el silencio de la habitación sin tener un rumbo al que dirigir la mirada para encontrarlas. Eran risas huecas, sin vida.

María gritó. Gritó con todas sus fuerzas y pidió misericordia a los Dioses, pero tras acostarse con un demonio, ninguno quiso rescatar su alma. El espejo continuó mostrándole la versión de sí misma que no quería aceptar: la imagen de su propia muerte, de su futuro descomponiéndose ante sus ojos. Como una humana. Como cualquiera que lea esto dentro de muchos años.

Sin pensarlo, salió de la casa de Alexa. El miedo se enroscó en su garganta y le arrebató un quejido al sentir los latidos de su corazón retumbando como un tamborilero trastornado. Las puertas se cerraron a sus espaldas y el golpe quiso escucharse hasta la fuente de piedra del pueblo.

Las visiones la perseguían. Imágenes sangrientas que se grababan en su mente, impresas en sus párpados. El cielo se iluminó con un relámpago y la lluvia golpeó el suelo con su fuerza natural. Las gotas, frías y pesadas, la empaparon en cuestión de segundos. Sin embargo, no se detuvo. Corrió hasta tropezar, incluso después de eso. El resplandor plateado se tiñó de rojo. La luna pareció llenarse de venas oscuras que pulsaban como un corazón enfermo. La luz carmesí bañó todo el paisaje y la joven periodista, sintió que la lluvia se había vuelto espesa además de cálida. Miró al suelo y el barro que se formaba bajo sus pies descalzos, no era barro; era sangre. El cielo lloraba gotas gruesas de un rojo profundo que se mezclaba con la tierra, convirtiéndola en un lodazal espeso que quería arrastrarla hacia abajo. Como tierras movedizas.

—¡No! —exclamó y quiso quitar de sus piernas aquello que la absorbía al infierno—. ¡Esto no es real, no es real!

La lluvia de sangre aumento y levantó la mirada al suelo para que cubriera de rojo sus mejillas pálidas y así intentar encontrar a alguien que se apiadara de ella, sin embargo, hubo algo que le heló por completo cada rincón de su alma. Las nubes traían rostros. Rostros que sonreían,

gritaban o se morían por comérsela. Se fundían unos con otros, siendo almas atrapadas en una tormenta de dolor interminable.

El pánico en la joven llegó al último nivel. Su respiración se volvió errática y sus piernas fallaron, quedando arrodillada en aquel charco del que quería huir. La sangre la cubrió y todo a su alrededor se convirtió en un paisaje de pesadilla.

—¡Dejadme! ¡Me voy a volver loca! ¡Ya basta! —exclamó envuelta en llantos. Lágrimas que se mezclaban con aquel líquido que se parecía al vino cuando llegaba a su boca. Lo probó y fue dulce, con lo que su incertidumbre se acrecentó.

El frío la invadió y el contraste caliente con la supuesta sangre que sentía resbalar por sus brazos y rostro le produjo un escalofrío mayor. Los rostros nubosos se acercaban, el cielo se cerraba sobre ella como un castigo divino.

—¡Aaaah! —gritó, desgarrando el abismo de su locura y en el subconsciente escuchó una voz que le recordó los planes con Zarek. Esos a los que ella se había negado y que le habían prometido la inmortalidad. Se desmoronó en el suelo por completo y empezó a convulsionar. Los ojos le dieron la vuelta y se le quedaron blancos mientras babeaba. Y se vio siendo inmortal mientras su cuerpo estaba al borde de la muerte. Sin embargo, la voz de su cabeza, aquella que le pertenecía a Zarek le repitió que debía sucumbir a Damon y morir con su creación en su interior. Aquella que iba a ser el anticristo.

—Lo haré —susurró, a riesgos de tragarse la lengua.

Las imágenes de muertes la rodearon. Tal y como Zarek le había advertido. Era el precio por estar con Érebos, la muerte y la destrucción que conllevaba amarlo, y se negaba a dejarlo solo. Aun cuando ella sintió un dolor que le rompía las costillas, solo pensaba en que Érebos fuera feliz.

—María, ¿qué haces aquí? —La voz que la llamó era imponente y sexy. La pudo reconocer muy fácil.

Damon. Imponente bajo la lluvia, con su cabello negro alborotado pegado a su frente y sus ojos azules, intensos, brillando en la oscuridad. Como dos faros guiando a los marineros en una noche tempestuosa. Se disponía a regresar a la mansión Evans cuando la vio, y su expresión, aunque mantenía esa frialdad que lo caracterizaba, podía verse un poco de preocupación.

—María, mírame —insistió, arrodillándose junto a ella. Le sujetó los hombros—. Respira, no estás sola.

María, temblando y llorando, intentó controlar su respiración, pero el pánico la tenía atrapada. Las palabras de Raúl se repitieron en su mente, recordándole lo que le había dicho: que, para salvarse, tener vida eterna y salvar a todos, tenía que acostarse con Damon y morir en el proceso. Era la única forma de asegurar su supervivencia, y esa idea, que antes le había parecido absurda, se aferraba a su mente como una tabla de salvación en medio del abismo en el que se encontraba.

El frío de la noche y la tormenta que caía sobre ellos se desvaneció momentáneamente mientras María se aferraba a la única certeza que tenía en ese momento. Extendió sus brazos y, sin pensarlo, lo abrazó por el cuello, aferrándose a él como si fuera su última esperanza.

—Damon, por favor... —sollozó—. Sácame de aquí.

Damon sintió cómo María se aferraba a él y a pesar del dolor que ella sentía, siguió frío y distante. La sensación de sus brazos alrededor de su cuello le recordó la fragilidad de aquellos que buscaban su ayuda, de Naminé, mas no era ella. La lluvia caía con fuerza, empapando sus ropas, pero Damon no lo sintió; su atención estaba completamente en los recuerdos de la humana rubia que protegía y que se había adueñado de su mente por completo.

—Te llevaré a mi casa, te calmas y luego te vas —sentenció.

Sus ojos azules se mantuvieron fijos en el camino mientras la cargaba y ella pensaba en cómo podría convencerlo de unirse en algo más que un abrazo. Sin embargo, el solo pensar que debía de hacer algo con alguien que no fuera Érebos, también la torturaba. El llanto de María se escuchó con fuerza contra el pecho de Damon, y aunque él mantenía esa distancia emocional, cada sollozo le recordaba a su madre y eso le partía en dos. Y es que sí, aunque apenas recordaba a su madre por los traumas que llevaba, había algo en María que le hacía sentirla a ella.

La luna roja y las nubes con rostros ya no estaban en la visión de María. Estaba enloqueciendo, el pueblo lo estaba consiguiendo. Cerró los ojos mientras las lágrimas caían por su rostro, pero, por un instante, la sensación de sus brazos alrededor de Damon le dio un destello de esperanza, una posibilidad de que, tal vez, el caos en su mente podría disiparse. El calor de su cuerpo, la fuerza de sus brazos que la sostenían, le

Llegaron a la entrada de la mansión, Damon empujó las puertas y entró, el sonido de la tormenta se desvaneció de inmediato al cruzar el umbral. La luz cálida de las lámparas doradas llenó el espacio, y solo sus pasos se escucharon en el gran salón. Las paredes, adornadas con obras de arte y tapices oscuros, parecían absorber la humedad de la tormenta que quedaba en el aire.

Damon la llevó con cuidado hacia el sillón más cercano, un mueble de terciopelo oscuro, y la dejó con suavidad. María se acomodó, temblando y sin poder alejarle la mirada.

—Quédate aquí un momento —ordenó Damon—. Voy a buscar algo para que te cambies.

Mientras hablaba, se desabrochó la corbata, liberando el nudo con rapidez. Se notaba ágil en cuanto a nudos se trataba. El material mojado cayó a un lado, y Damon empezó a desabotonarse la camisa, que estaba empapada y pegada a su piel. Las gotas de agua resbalaban por su cuello y su pecho, y cuando se abrió un poco más la camisa, dejó a la vista la piel pálida y el contorno de sus músculos, definidos bajo las luces tenues de la sala.

María no pudo evitar observar cada movimiento. El cabello mojado, la forma en que la camisa se abría, y la seriedad en su expresión mientras se movía por la habitación, la mantenían

completamente atenta.

Damon sintió como lo devoraba con la mirada y se detuvo. Se observaron y el silencio entre ellos se hizo denso. La tensión que flotaba en el ambiente no era solo producto de la tormenta que habían dejado atrás.

—Te traeré algo de ropa —dijo cortante y se dirigió hacia las escaleras.

María lo siguió con la mirada. Notó cómo el calor en su pecho aumentaba con cada paso que él daba. El sonido de sus botas mojadas lo hacían ver más poderoso, y mientras él desaparecía por el pasillo, María se quedó en el sillón recapitulando información y con un nudo en la mente. Entonces, pensó que quizá no estaba tan mal dejarse complacer por Damon. Cuando él regresó al salón, María levantó la cabeza para seguir sus pasos nuevamente. Llevaba en las manos un conjunto de ropa seca, un sencillo vestido largo y cómodo que había encontrado en una de las habitaciones de huéspedes. Seguramente de alguien que vivía allí antes que él.

—Aquí tienes. —Le dio la ropa, pero María no se la cogió de inmediato. En su lugar, extendió una mano y lo sujetó suavemente por la muñeca. Tiró de él para que se sentara en el sillón junto a ella.

Damon se dejó llevar, aunque no le gustaba nada el contacto físico y menos así de repentino. Le encantaba el control y esos actos se lo quitaban. Se sentó a su lado, sin decir nada, sin mostrar nada.

María, sin apartar la mirada, cogió la ropa que él le ofrecía, pero en lugar de pedirle que se apartara, empezó a cambiarse delante de él, ofreciendo el mismo silencio que Damon le entregaba. Sus manos se movieron con calma mientras deslizaba la tela mojada de su vestido, dejándolo caer lentamente sobre sus hombros, mostrando la piel húmeda y suave que había estado escondida bajo las capas de tela empapada.

Damon permaneció inmóvil, con los brazos descansando en el borde del sillón, pero sus ojos no podían apartarse de ella. María se movía con una sensualidad hipnótica. La luz de las lámparas delineaba cada curva y hacía que el ambiente se sintiera cada vez más íntimo. Dejó caer el vestido al suelo. El sonido de la tela mojada cayendo sobre la alfombra rompió el silencio por un instante. Damon pudo sentir la tensión crecer entre ellos, y en su entrepierna. Los ojos de María lo buscaban, observando cada reacción en su rostro mientras se deslizaba el vestido seco por la piel, pero lo hacía lentamente.

—Creo que debería quitarme la ropa interior porque también está mojada —susurró y tras quitarse las bragas y lanzarlas sobre el regazo de Damon, añadió—. Gracias por ayudarme.

Damon asintió, miró hacia la ropa interior y enarcó las cejas. No era tonto, pero tampoco fácil. María se inclinó un poco hacia él, y el espacio entre ellos se hizo pequeño. El calor de ambos se mezcló como el aliento. La humedad, el suave aroma de su piel y la cercanía consiguió un efecto demasiado tentador para un demonio como Damon.

—Es lo menos que puedo hacer —respondió con la voz gruesa. Las pupilas azules de Damon se agrandaron como las de un depredador.

María terminó de ajustar el vestido seco sobre su cuerpo, pero no apartó la mirada de Damon. En lugar de eso, se inclinó más cerca. Dejó la mano suavemente sobre su brazo y dejó caricias ligeras sobre su piel.

—Hay algo en ti que me hace sentir segura —le habló coqueta y a baja voz—. Será por lo sexy que eres y lo imponente que te ves con solo existir.

Damon arrugó la nariz y a pesar de su expresión de asqueamiento, María se sentó sobre su regazo, de forma que el vestido se plegó y pudo ver parte de su sexo rosado y húmedo, no solo por la lluvia. Le acarició el pecho y jugó con los botones desabrochados de la camisa mientras una sonrisa traviesa se dibujaba en sus labios.

—Damon... —murmuró con voz suave, su aliento cálido acariciando su cuello—, ¿no tienes frío con la camisa tan mojada?

La coquetería en su voz era inconfundible. María se inclinó y rozó los labios con la piel de Damon. Suave, tentándolo. Las gotas de agua que quedaban en su cabello caían sobre él, y su perfume mezclado con la humedad llenaba el espacio, haciendo que Damon sintiera otro tirón en su bajo vientre.

—María, no deberías... —comenzó a decir, pero su voz se quedó atrapada cuando María se movió, presionando su cuerpo contra el suyo, haciéndolo sentir el calor y la cercanía que compartían. Incluyendo la humedad que, desde el coño, se traspasaba a su pantalón.

—¿Por qué no? —respondió ella, juguetona. Le pasó los dedos por el cuello de su camisa, disfrutando de cada segundo de tener el control de la situación.

Las bocas de ambos se quedaron tan cerca, que casi se rozaban.

La tentación en sus actos era innegable; se movía con una sensualidad felina, provocándolo, haciendo que cada fibra de Damon se tensara. Movió la cadera, y el roce de sus labios vaginales contra el pantalón, no solo lo empapó, sino que también avivó más aquel bulto que tanto ansiaba sentir. Sus manos acariciaron su rostro, bajaron lentamente por su pecho hasta llegar al borde de su camisa, que permanecía medio abierta, dejando ver la piel firme debajo.

—Damon, no tienes que resistirte conmigo...

Damon no hizo nada, ni se movió, a pesar de que su pensamiento volaba entre nubes de deseo y placer que quería otorgarle en cualquier momento.

María, viendo que Damon aún se contenía, sonrió y deslizó sus manos por su espalda. Se acercó y le rozó el cuello con los labios. Terminó por morder con suavidad y tirar de su piel.

—María, si no te controlas... Soy como un íncubo entre los humanos.

—¿Un íncubo? —preguntó con curiosidad tras la advertencia de Damon—. ¿Y qué es eso?

Damon respiró hondo, dejó las manos sobre la cintura de María y la alejó para explicárselo.

—Son seres que se alimentan de la energía de los humanos. Usan el deseo para apoderarse de ellos, para alimentarse de sus emociones, de su vitalidad.

—Y si yo fuera eso, ¿qué harías? —preguntó. Sus caricias se detuvieron en los últimos botones de la camisa y los desabrochó del todo.

—Te estoy diciendo que es lo que soy, no puedo imaginarte a ti.

Se observaron, ardieron en silencio y María, con descaro, acarició el torso de Damon hasta quitarle la camisa. La deslizó por sus hombros y cayó sobre el respaldo del sillón.

La piel de Damon, completamente expuesta, relucía bajo las luces cálidas de la sala. El aire frío de la mansión hizo que su piel se erizara, pero María no apartó los ojos de él, ni por un segundo y los músculos se le tensaran.

—Entonces dime, —susurró María y su aliento chocó con los labios de Damon—, ¿cómo se siente ser atrapado por un íncubo, Damon? ¿Me lo enseñas?

Damon apretó la mandíbula. Era una mujer preciosa, con unas curvas que quitaban el aliento, pero Damon si algo tenía, era autocontrol y saber cuándo las cosas lo ameritaban y cuando no. Un recuerdo se abrió paso en su mente, cortando a través del calor del momento como un cuchillo frío. El rostro de Naminé, su cabello dorado, sus ojos azules mirándolo. La imagen de ella, esa conexión que siempre habían compartido, el hecho de que había nacido para él. Ella lo despertó de la niebla en la que estaba cayendo. Se apartó bruscamente y se levantó del sillón. María, que no esperaba la reacción, perdió el equilibrio y cayó al suelo, sorprendida por la fuerza con la que él se había alejado. El impacto fue leve, pero la sorpresa en su rostro se notó de inmediato.

—¡Damon! —exclamó, aturdida.

Damon, al darse cuenta, extendió una mano para ayudarla a levantarse y con un tirón, consiguió ponerla de pie.

—Lo siento, María —dijo, con culpa, pero pronto tomó distancia con ella—. No era mi intención... —Hizo una pausa mientras se acariciaba el cabello negro y a mechones desbaratados —. Pero no puedo hacer esto. Si algo soy es fiel a mis principios.

María lo miró e intentó hallar en él un poco de deseo, pero todo lo que encontró fue una expresión seria y distante. La que siempre llevaba.

—Pero, solo sería una noche —intentó convencerlo—. Te lo juro.

—Aunque sea un demonio, aunque viva aquí y parezca un promiscuo, hay alguien que vive en mi mente, en mi corazón. Naminé. Siempre ha estado ahí, y no importa cuánto intente escapar de eso. No puedo... no puedo ser de otra cuando amo a una mujer.

—Entiendo. Lo siento, no debí... —Su voz se quebró ligeramente, pero se recompuso, apartándose de él—. En realidad, yo también amo a alguien más.

Y entonces, lo imaginó. Imaginó a Érebos destruido sin ella, todas las muertes que iban a

pasar si no obedecía. Sus recuerdos giraron en torno a lo que Raúl le había dicho, a lo que le había entregado para asegurarse de que Damon no pudiera resistirse a ella. Buscó en su bolso, y cuando sacó el objeto envuelto en tela oscura, miró al frente. Tragó saliva y cogió una bocanada de aire. Debía hacerlo, por Érebos y por todos. No quería ver que nadie más sufriera por su culpa.

—Damon, —lo llamó—, quiero que sepas que no pienso perder esta oportunidad.

Damon frunció el ceño. Claro, había notado el cambio repentino de personalidad. Sin embargo, nada pudo hacer, pues en un segundo estaba abriendo aquello que Raúl le había dado. Polvo negro, velas, y un frasco de líquido oscuro que brillaba, junto claro está, las palabras exactas que tenía que decir.

María se arrodilló en el suelo de la sala y comenzó a dibujar un círculo con el polvo. Sabía qué hacer y cómo. Había estado dándole vueltas toda la noche. Damon notó algo extraño desde que empezó a dibujarlo y aunque intentó acercarse a ella y detenerla, una barrera invisible le impidió el paso.

—María, ¡¿qué estás haciendo?!

Había visto rituales antes, el que ella estaba haciendo se veía peligroso.

María no respondió, concentrada en el círculo y en las palabras que Raúl le había enseñado. El polvo negro se mezcló con el líquido oscuro que vertió en el suelo, creando un dibujo que se tiñó de rojo. Las líneas formaron un símbolo en el centro, y cuando estuvo listo, María se levantó, deslizó su vestido, dejándolo caer al suelo en un solo movimiento, y se deshizo del sujetador. Se quedó desnuda bajo la luz tenue de las velas. Apartó la tela fuera del círculo y se tumbó en el centro. Su cuerpo se alineó con el símbolo que había trazado, y cerró los ojos mientras abría las piernas.

—In nomine potentiae umbrarum, invoco tibi, —comenzó a recitar—. Per sanguinem et corpus, te attraho ad me.

Se cortó la mano con un pequeño cuchillo y apretó para que la sangre cayera sobre el símbolo.

Damon sintió una fuerza que lo arrastraba hacia ella. Las palabras que pronunciaba lo tiraban de él hacia el círculo. La sangre le ardía y la fuerza de voluntad se estaba evaporando junto al líquido del suelo.

—¡María, detente! —exigió.

María continuó pregonando. Dibujó símbolos en el aire mientras las velas brillaban con fuerza. El símbolo bajo su cuerpo se iluminó, un resplandor rojo que se reflejaba en su piel desnuda.

—Toma lo que soy, mi alma, mi deseo, —pronunció en voz alta—, y haz que tú también seas mío. Que nuestras voluntades se unan.

Damon sintió cómo la energía del ritual lo atravesaba. Un torrente de fuego que corría por sus

venas. El símbolo en el suelo brilló cada vez con más fuerza, y el poder que emanaba de él lo arrastraba hacia el centro, rompiendo cualquier resistencia que él pudiera imponer. Las palabras de María, pronunciadas con convicción, lo envolvían como cadenas invisibles que se apretaban con cada sílaba.

—¡María, para! —gritó en vano.

Los ojos de Soberbia se volvieron de un rojo intenso, un color carmesí que reemplazó el azul habitual, y las venas de sus ojos comenzaron a marcarse, extendiéndose como raíces negras que se propagaban por todo su rostro, hasta cubrir cada centímetro de piel con un tono oscuro. Sus colmillos crecieron, asomando de su boca con una longitud aterradora, y sus garras se alargaron, afilándose mientras sus manos se deformaban.

Damon gritó, un rugido profundo que hizo temblar las paredes. El dolor y la furia se mezclaron en su interior. Un torbellino que lo impulsó a ceder por completo al poder que lo consumía. Sus ojos, que antes eran una ventana a su alma, eran dos pozos de sangre, y el aura que emanaba de él era tan oscura como su carencia de alma.

Cayó de rodillas al suelo, las garras golpearon las baldosas, dejando marcas profundas en el mármol mientras las venas negras se extendían por su cuello, bajando por sus hombros y brazos, cubriendo su torso. El dolor de la transformación lo hacía jadear, pero cada segundo que pasaba se sentía más dominado por la fuerza que María había desatado.

Sin poder evitarlo, Damon comenzó a caminar sobre sus manos y rodillas, como una bestia. El ritual lo empujaba a obedecer. Sus colmillos sobresalían de su boca, y sus ojos rojos no se apartaban de María, quien permanecía en el centro del círculo y se obligaba a abrir las piernas para él. Lo miraba sin miedo, fijamente mientras las luces parpadeaban. Damon llegó hasta ella, sus garras se clavaron en el suelo a cada lado de la cabeza de la joven. Se colocó encima. Estaba tan cerca de ella que el aliento caliente que escapaba de sus labios rozaba la piel de María, enviándole un escalofrío.

—No deberías haber hecho esto... —gruñó con voz ronca—. No sabes a lo que estás jugando.

Capítulo 41: La creación del fin.

Las manos de Damon se deslizaron por el contorno de las curvas de María. Ella veía a Érebos cuando cerraba los ojos, mientras que Damon observaba el mar azul que se encerraba en la inocencia perdida de Naminé.

Como un animal sin raciocinio sacó la lengua y la deslizó hacia sus pechos. Los estrujó. Las manos de Damon, grandes y venosa cubrieron sus senos y los reclamaron suyos con una fiereza única. María gimió y se atrevió a mirar a la Soberbia a los ojos. La mirada de Damon, juzgando con solo un pestañeo, estaba incendiada y hundida en el infierno que suponían sus más oscuros y cárnicos deseos. Sus colmillos rozaron la piel de la periodista y dejaron rasguños con sangre que lamió con un gusto infernal. El piano empezó a sonar a sus espaldas y la melodía acompañó cada movimiento de Damon. Alrededor de ellos, todo se oscureció y para María no existía nada más que la silueta de Damon marcada por el color de las velas. Ese rojo que se clavaba en su pensamiento hasta confundir amor con deseo.

Junto con sus fieras caricias, la lengua lo acompañó. Abrió sus piernas y María se vio arrancada de la realidad. Gritó cuando la lengua y los labios de Damon rodearon su clítoris. Su técnica la elevó mucho más allá del cielo, donde Damon sabía bien que en algún momento había pertenecido antes de que lo echaran como a un perro.

Rodeó su clítoris con la lengua y absorbió. Apretó con los labios y rozó con los dedos por su coño hasta abrir sus labios de par en par. Pasó un dedo, dos y tres. Se deslizó por la humedad que estaba provocando en su interior y sediento, bajó para ahogar su sed de placer.

No pudo callar los gritos de María y tampoco quiso hacerlo. Levantó su mirada azul hacia ella y la vio retorcerse de placer. María cerró los ojos, movió la cintura y arañó el suelo hasta romper aquel dibujo que ataba en un principio a Damon, pero que en ese momento, la tentación y lo que le ataba, despertaba entre sus piernas.

Como un ángel del infierno dispuesto a esculpir en su interior cascadas de deseo, la lengua de Damon se escurrió y conoció cada recoveco de su piel. Se alargó más allá de lo que un humano podría conseguir y tocó ese punto mágico en el que vio que la joven se retorcía de placer. Quiso cerrar sus piernas, pero él le azotó los muslos para que se mantuviera abierta. La intensidad de Soberbia era única y solo con su lengua, la estaba haciendo sudar, arañar el suelo y maldecirse a sí misma por disfrutar con el hijo del hombre que amaba.

Damon absorbió cuando el squirt de María le mojó el rostro. Bebió de su licor como un alcohólico y la volteó solo para dejar golpes certeros en sus nalgas. Observó el rojo de su piel y pasó los labios para que, junto al escozor, sintiera sus besos. Sin embargo, no se detuvo y volvió

a golpear. Control, dolor y placer. Tres objetivos que, junto a la intensidad, definían a Damon. Ató sus manos con unas cadenas de hierro que aparecieron al chasquear los dedos. Se los levantó y la dejó completamente expuesta. Tiró de las cadenas y sus muñecas dolieron lo suficiente para que supiera, que no debía moverlas.

María gimotea bajo sus dedos y cuando se hundieron en ella, tocando por donde él ya había probado, no consiguió soportarlo. Sabía donde tocar, que puntos apretar, donde rasgar, golpear. El cuerpo de Damon se veía como un dios del pecado. Cada músculo de su cuerpo se marcaba con el sudor y el color rojo que emanaba de las velas y de sus propios ojos que seguían sin verse azules o inocentes. Con al mano le cubría todo el coño y María comprendió de dónde salía el fetiche de algunas mujeres por las manos grandes y venosas. Lo terminó de comprobar cuando Damon le rodeó el cuello y usó sus dedos como un bonito collar de tortura que la dejaba sin aire y la soltaba a su voluntad, siguiendo el vaivén de los movimientos que sus propias paredes vaginales le entregaban, apretando sus dedos.

Tiró de su pelo, bajó su rostro y la dejó con el culo en pompa. Miró la creación que había dejado con los golpes, las marcas que había dejado sobre su preciada piel perfecta y con una sonrisa, clavó sus dientes en lugares estratégicos para que luego no pudiera sentarse. Lamió más allá de sus nalgas y las abrió para inspeccionar cada agujero con la lengua. A ese punto, María temblaba y lloraba. La pasión, la intensidad y las ganas aumentaron tanto en su cuerpo que los fluidos empezaron a recorrerle las piernas y morían en el suelo.

Como una muñeca de trapo, Damon la cogió y la llevó a la habitación. La sentó al borde de la cama y hundió la cabeza entre sus piernas. María empezó a moverse, inconsciente de sus propios movimientos. Entornó los ojos, acarició su pelo, tiró de él y se negó a mirarlo, porque cada vez que lo hacía, lo deseaba más.

Los dedos de Damon la penetraron por cada rincón, abrieron su ano y descubrieron cuan placentero podía llegar a ser para ella el abrirse por ambos lados. Damon levantó la cabeza y se le vio un hilo de saliva cayendo desde su lengua, que permanecía fuera de su boca. Sus labios gruesos se habían puesto de un color rojo exquisito por tantas absorciones y sus colmillos brillaban gracias a la luz que emanaban las farolas de la calle.

El sonido a humedad se juntó junto a los gemidos y los gritos ahogados de María. Ella tiró de las cadenas y al sentirlas apretarse por su piel, gimoteó más fuerte. Sin comprender, como el placer que él le ejercía se intensificaba más si el pequeño dolor de las manos era perceptible. Damon se agachó y dejó lamidas por su clítoris nuevamente. Junto a tanta estimulación, la joven periodista supo lo que era un orgasmo detrás de otro. Así lo hizo y gritó hasta que las ventanas no pudieron contener su suplica por más y se escuchó hasta el bosque colindante.

La respiración de María se cortó cuando Damon desató a la fiera que abultaba en sus pantalones. Tragó saliva y se retiró por la cama hasta que su cabeza tocó el cabezal.

—Ese monstruo es demasiado grande —comentó sulfurada.

—Te acostumbrarás.

—¿Cuánto te mide?

—¿Cuántos centímetros deseas? —le preguntó. Rozó su grande miembro por su estómago y midió si era posible abrirla un poco más—. Puedo hacerla más grande, pero…

—¡No! —chilló María como una súplica. Él sonrió de costado—. ¡Déjala así, por favor!

—Es tamaño estándar.

—Para ti, para un humano no.

Damon escondió su sonrisa fanfarrona y golpeó con suavidad su mejilla. Tras la pequeña bofetada, le apretó la nuca y la agachó a la altura de su sexo. Le deslizó la punta por sus labios y le pintó del color de los fluidos que, por deseo, decoraban la grandeza de su punta. María gimoteó y cerró los ojos. Sacó la lengua, probó cada gota y se lamió los labios.

—Quiero vestirte de mis deseos para no dejar de follarte toda la noche —comentó Damon.

—¿Puedes hacer realidad también los míos? —Él asintió—. Entonces, ponte un disfraz.

—Pongámoslo los dos, aunque ninguno sepa el del otro.

—Esconderé mi voz para que no salgas del papel.

—Y yo prometo estar a la altura.

Cuando Damon se vistió de Érebos en la mente de María y ella de Naminé en la de Damon, los dos se unieron en un beso húmedo, pasional. Se estremecieron, María clavó sus uñas en la espalda de Damon y aunque temió por aquello que colgaba entre sus piernas, rezó porque no lo sacara cuando de una sola estocada se la metió por completo. Ella saltó y gritó. Echó la cabeza hacia atrás y se pasó las manos por el pelo. Tiró de él. Los pezones se le endurecieron y fueron atendidos por la boca de Damon. Su cuerpo se arqueó, se pegó al máximo a la piel del demonio que la estaba enloqueciendo. Movió la cintura, lo abrazó con las piernas por la cintura y rebotó como una pelota sobre su miembro. La cama chirriaba, pero a sabiendas de cuánto mobiliario había roto, Damon ya se había provisto de una cama de hierro forjado. Sin embargo, la pared sí que se rompió un poco, algo que a ninguno de los dos le importó.

El interior de María se sintió más abierto que nunca y elevó el trasero para que llegara a lo más profundo de ella.

Ella se estremeció. Cuando le dio la vuelta y la penetró por el ano después de llenarle de semen el coño, mordió el colchón con fuerza. Su rosado coño empezó a gotear del blanco de Damon y empapó las sabanas de color negro, dejándole manchas blancas que se extendieron por sus rodillas. Alargó las manos para encontrar el cojín a pesar de la restricción de las cadenas y lo que encontró fue la mano de Damon, entrelazando los dedos y apretándola contra las sábanas.

Lamió su espalda, se la mordió. Golpeó su coño con la mano libre y jugó con el grosor de su clítoris. La tentó con caricias que no llegaron a ser masturbación y con solo el vaivén de su

miembro en el ano, María sucumbió y volvió a correrse. Damon, aprovechó los pulsos que su coño daba para meter hasta tres dedos dentro de ella, provocándole un squirt detrás de otro. No fue suficiente, pues tras arrebatarle varios con los dedos, la estrechó contra su cuerpo y volvió a visitarla con el miembro. Era tan grande, que abultaba en su estómago. Elevó los brazos de María con los hierros y se las ató en la nuca. Como una muñeca a la que poder hacer lo que quisiera, acarició por sus costillas. La levantó y la bajó a su antojo. La vio retorcerse de placer encima suya, pero sin perder el control, pues cuando ella quiso moverse, él le enseñó su descontento quedándose quieto.

—Oh, vamos —se quejó.

—Nadie mas que yo puede tener el control —le advirtió Damon. Ella lo aceptó, se quedó quieta y él le rodeó la cintura con un brazo. Con el otro, le levantó la pierna y la colocó de lado, para seguir embistiéndola con una brutalidad que no cualquier humana podría aguantar, pero ella, por algún motivo, estaba soportando cada estocada sin desmayarse.

Damon, todavía recuperando el aliento, se apartó de María, su expresión más seria que nunca. El brillo rojo en sus ojos se desvanecía, regresando poco a poco a su color azul habitual, pero las sombras que lo habían envuelto durante el ritual aún se aferraban a él, como si intentaran mantenerlo atrapado en la oscuridad que acababan de compartir.

—Deberías irte de Dolwill, antes de que te consuma —gruñó Damon en su oído.

—Eso quería —confesó ella entre gemidos—. Pero jamás me he sentido tan viva.

—Cuidado, es el primer paso de la corrupción. —La hizo mirarlo y la sentó sobre su regaño. Le movió los brazos para que lo abrazara a él por el cuello y empezó a hacerla saltar mientras lo miraba a los ojos. Ella empezó a gritar, solo por verlo a la cara. Dejó de ver a Érebos, era Damon y aún así, estalló—. No te culpes, soy muy bueno en esto.

—¡Joder! —exclamó y su cuerpo saltó sobre su miembro a medida que estallaba y los mojaba a ambos. El orgasmo aumentó cuando sintió que él le entregaba también todo su placer—. ¡Eres bueno, muy bueno!

—Y como soberbia, amo los cumplidos.

Los movimientos de Damon se hicieron mas bestiales que al inicio. Le sujetó el trasero con ambas manos, apretó sus nalgas y la pegó a su cuerpo. Los pechos de María rozaron la piel de Damon y sintieron la electricidad bajar hasta el botón del placer, movido sin descanso por la pelvis del hombre que se la estaba follando. Se aferró a su cuello, apoyó la frente contra la de Damon, rozó sus narices y empezó a gritar, en un orgasmo infinito que, junto a él, los llevó al éxtasis por completo. Los ojos de Damon volvieron al azul original. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que el sudor que se le resbalaba por la frente, le empapara el pelo. Tragó saliva y cuando un

rayo iluminó la noche solo su mirada se observó, en ese oasis de placer sin sentido. Cuando el trueno retumbó en las ventanas, ambos cayeron en la cama y Damon notó una sensación extraña, como si se hubiera drenado por completo. Apretó los labios y observó a María, apoyado por las manos de la cama. Estaba extasiada y aunque intentaba mantener el norte, parecía que en cualquier momento iba a perder el conocimiento.

—Aquí no —le advirtió Damon—. He sido suave contigo, pero no quiero soportar en casa a una humana desmayada.

Le desató las manos y la cadena de hierro desapareció. Chasqueó los dedos. Una sombra densa rodeó a María y la transportó al instante. Sin romanticismo o sentimientos de por medio. Damon no era de esos.

Cuando la oscuridad se disipó, María apareció en el salón de Alexa, completamente vestida, aunque su rostro mostraba el cansancio y el impacto de lo que había sucedido. Apenas se mantuvo en pie.

Alexa, que estaba en la habitación, se giró de inmediato al escuchar el sonido de María apareciendo de repente. La observó con sorpresa, pero sin dudar, corrió hacia ella.

—¡María! —gritó y la alcanzó justo cuando María empezó a perder el equilibrio. Las piernas le temblaban.

Alexa la sostuvo con fuerza, rodeándole la cintura para evitar que cayera al suelo. Cuando Alexa la miró, el miedo y la preocupación se reflejaron en sus ojos.

—No te preocupes, te tengo —le dijo Alexa y empezó a arrastrarla despacio hacia la cama. La joven bruja no pudo evitar preocuparse.

María intentó decir algo, pero el cansancio la venció, y sus ojos se cerraron mientras Alexa la acostaba.

—¿Qué demonios te ha pasado? —murmuró Alexa, pero María ya estaba desmayada, respirando con calma mientras los escombros del acto deleznable parecían desvanecerse en el ambiente cálido y seguro de la casa de Alexa.

Capítulo 42: El incendio.

Nox era un niño feliz, con los ojos más cristalinos y puros que su alma. Siempre traía una sonrisa en el rostro y su amor por los animales y la naturaleza lo distinguía de cualquiera en el pueblo. Todos acostumbraban a matar al ganado para alimentarse, pero él prefería recolectar almendras o frutos antes de probar un pedazo de carne de algo que en algún momento, tuvo vida.

Sus ideales no se rompían, como tampoco su ansia por vivir. Corría por los prados, subía a los árboles y disfrutaba del cielo acostado en el techo de su casa. Le gustaba hacerlo y extendía su pequeña mano para simular que podía tocar las nubes. Tan cerca del cielo y tan lejos a la vez. Nunca se sentía solo, y en el fondo sabía que su fe no se equivocaba cuando le rezaba cada noche al arcángel Gabriel para que guiara sus pasos. Y así era. Él lo acompañaba en los momentos felices, pero, sobre todo, en los complicados. Como cuando veía a Naminé actuar extraño.

Ayudaba a su padre con las tareas y asistía a clases sin rechistar, ignorando el bullying que los niños le daban por verse con los ojos tan irreales como preciosos. A veces, los había soñado de azul y rojo, aunque esos sueños los aparcó, creyendo que solo eran eso.

Simulaba volar como los pájaros, subido en su bicicleta y extendiendo los brazos para que el viento le elevara la chaqueta y creerse completamente libre, a pesar de que nadie lo fuera en el mundo. Cerraba los ojos y mientras el viento elevaba su cabello negro, su sonrisa se agrandaba hasta marcarle los hoyuelos.

Atendía los cuentos y las historias que enmarcaban el aura oscura de Dolwill y atesoraba muy bien cada lección. Los demonios eran malos, ¿verdad? Por eso rezaba cada noche y se iba a dormir temprano cuando las campanas sonaban alertando del toque de queda, aunque el pequeño había notado el crecimiento anormal de su hermana Naminé y que los días y las noches pasaban diferentes para cada persona. Se hizo preguntas, muchísimas, pero siempre le respondían lo mismo: la luna elige.

Ayudaba a su padre, a su madre, los amaba y se los hacía saber. Era un niño tan amoroso como respetable y sarcástico. En el colegio aseguraban que su inteligencia llegaba más allá que otros niños de su curso. Sin embargo, lo que más amaba Nox, era jugar con su hermana. Picarla como lo hace cualquier hermano pequeño y compartir ratos con ella, pero desde hacía unas semanas, era imposible. Desde que había crecido de un día a otro como si de un mal sueño se tratara. Y ella, Naminé, tenía recuerdos de alguna vida pasada en la que había hecho toda esa noción de vida que, por los ojos de su hermano, no existía.

—¿Recuerdas cuando cumpliste diecisiete? —le preguntó Nox. Ella asintió—. Pues yo no.

—Supongo que eras muy pequeño.

—En algún momento nos quitábamos solo unos pocos años.

—¡No digas tonterías! —se mofó su hermana—. Siempre has sido mi pequeñín.

Sin embargo, en un momento dado, la joven si disoció. Miró a un punto fijo del bosque y sus ojos se elevaron hacia la luna llena que poco a poco se elevaba por el horizonte.

—¿Nami? —preguntó Nox. Ella estaba en trance. Preocupado, pasó su mano por delante del rostro—. Nami, me estás asustando.

Ella no reaccionaba, pero cuando lo hizo, observó a su hermano con las pupilas dilatadas como las de un gato. Pestañeó y volvieron a la normalidad.

—Hoy tenemos que dormir temprano —le dijo la mayor con una sonrisa aparentemente dulce —. Mañana será un día precioso.

—¿Qué hay mañana? —preguntó Nox.

—Ya lo verás —aseguró Nami y le acarició la cabeza—. ¿Sabes que solo busco que seas feliz? —Nox asintió—. Pues eso vas a tener, felicidad plena. Junto a papá y mamá.

El niño guardó su temor y esas palabras para él mismo. Los padres creían que Naminé estaba yendo por malos pasos y que quizá se juntaba con alguien que le daba ideas extrañas, más de lo que ya lo era el pueblo, pero Nox la había visto hablando sola. La escuchó decir el nombre de Damon Evans varias veces mientras observaba a un punto donde él no veía a nadie. Sin embargo, el niño sabía que ese ser la ayudaba, pues cada luna llena, excepto esa, él la había acompañado y restringido para que no se quedara en trance.

—Damon… —susurró el niño, dándose cuenta de que la noche caía y que el amigo imaginario de su hermana no estaba.

Ignoró la alerta de las campanas que sonaban ruidosas a sus espaldas, cogió la bicicleta y pedaleó con todas sus fuerzas hasta llegar a la iglesia, pues pensó, que si Damon ayudaba a su hermana era por ser celestial. Fue así cuando entró a la iglesia y con toda su fe puesta en las oraciones, se arrodillo en uno de los bancos y juntó sus manos al frente. Miró el altar, observó a Dios a los ojos y pidió por su hermana. Le rogó que le contara a Gabriel lo que estaba pasando y aunque no lo viera, el arcángel ya estaba sentado a su derecha.

—¡Nox! —lo llamó su madre desde la puerta. Corrió por el pasillo y lo cargó en brazos—. Dios mío, ¿no has escuchado las campanas? —El niño asintió, se escuchaban más dentro de la iglesia—. Pues ya sabes que hay que ir a dormir.

—No quiero dormir.

La madre se sorprendió, era la primera vez que su hijo, en ocho años, estaba desobedeciendo.

—Sabes que debes hacerlo, pequeño.

Nox negó con la cabeza y como una suplica miró hacia el asiento donde se había arrodillado mientras la señora se lo llevaba. La respiración de Gabriel se acortó cuando los ojos del pequeño llevaron la dirección a los suyos. Como si de algún modo, lo hubiera visto. El arcángel se levantó

de golpe del asiento y los siguió con un nudo en la garganta.

Parecía estar todo tranquilo. Gabriel no le quitaba los ojos de encima a Nox, pero de reojo observaba los comportamientos de Naminé. No parecía actuar extraño, al contrario, se veía sonreír feliz. Quizá más de la cuenta.

Cuando llegó la hora de dormir, Nox estaba más relajado. Su madre le contó uno de los cuentos del pueblo y él sonriendo elevó la mano hacia el libro y acarició el papel donde nombraban a Gabriel.

—Él es mi ángel de la guarda —aseguró el pequeño.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó la mujer.

—Siempre lo he sabido. ¿Crees que Gabriel está conmigo hoy?

—Claro que sí, cariño. —Besó su frente—. Es imposible no querer cuidar de un niño tan bueno.

Nox se calmó del todo y aunque no lo supiera, su confianza en él consiguió que el arcángel arqueara los labios en una fina y sutil sonrisa. Sin embargo, el inquieto para ese momento era Gabriel. Podía protegerlo, pero no cambiar el destino y sentía una sensación extraña y angustiante en el pecho.

Nox se durmió abrazado al libro. Gabriel seguía sentado a los pies de su cama. No se movió de ahí por horas. Vigiló su sueño y acunó su alma para que no se perdiera entre sueños. Como cada noche lo hacía.

Algo le aceleró el ritmo a Gabriel y al respirar, observó un vapor blanquecino. No era humano, no solía sentir frío a no ser que la muerte estuviera cerca. Un cuervo graznó cerca de la casa y la alarma se encendió en el arcángel. Se levantó de la cama y se deslizó sin pasos por los pasillos hasta la habitación de Naminé. No estaba en su cama. Eran las tres de la madrugada, imposible que no estuviera durmiendo. Quiso llamar a Damon, pero por mucho que se concentraba para que, telepáticamente supiera que lo necesitaba, no conseguía dar con él.

Levantó su mirada y al percatarse de las llamas alrededor de la casa, corrió hacia la cama del pequeño e intentó despertarlo. Empujó el libro y lo dejó caer de la cama. Zarandeó la mesilla de noche y rompió el vaso de agua que reposaba sobre ésta. Nox abrió los ojos, agitado y observó el destrozo junto al libro. El pequeño sintió el olor a quemado que emanaba de alrededor de la casa.

El resplandor naranja brilló en sus ojos claros cuando se levantó de la cama y se asomó por la ventana. Naminé había prendido fuego a la casa, que de madera y con una estrategia tan psicópata como inusual, prendía más rápido que la misma luz.

—¡Papá! ¡Mamá! —Naminé se había encargado de que toda la planta baja estuviera en llamas en cuestión de segundos. Cuando el pequeño abrió la puerta de la habitación el humo llenó sus pulmones y empezó a toser.

Corrió hacia la habitación de su hermana, como era lo habitual, y la observó sentada en la

cama con la mirada fija en la luna que se reflejaba desde la ventana.

—¡Nami! —Tiró de su brazo desesperado, pero ella no se movió—. ¡Nami, tenemos que salir de aquí y avisar a papá y mamá!

Ella no se movió, no le respondió, no lo miró. Nox la soltó y sin comprender nada sus ojos se llenaron de lágrimas. Con el corazón en la garganta, intentó salir y llegar hacia sus padres.

—¡Nox! —llamó su madre.

—¡Mamá! —Se vieron por una fracción de segundos, pero cuando intentaron unirse en un abrazo, las vigas cedieron e impidieron que madre e hijo llegaron el uno con el otro—. ¡Mami!

El llanto de Nox fue en aumento. Una de las maderas golpeó sus pequeñas piernas, pero su pánico era mayor al dolor. Se arrastró por el suelo y se quedó a centímetros de la puerta entreabierta donde los ojos tristes de su madre lo observaban.

—Tranquilo, cariño —le susurró la señora.

—¡Tenemos que salir de aquí! —exclamó Nox—. Ayúdame.

Intentó mover la madera, pero no pudo. Era demasiado pequeño para hacerlo y su madre no podía moverse. Lo que no le revelaba al pequeño es que su padre yacía ahogado en la cama por culpa de los gases tóxicos y que ella tenía todo el cuerpo aplastado, consumiéndose por las llamas.

—Vamos a salir —lo intentó calmar la mujer. Alargó la mano entre las vigas y acarició el cabello suave de su pequeño—. Pero, primero tienes que relajarte, ¿vale?

—Tengo miedo —se lamentó Nox.

—Lo sé, cariño. —Y entre llantos, la mujer añadió—. Te quiero muchísimo, ¿lo sabes?

—Y yo a ti, mamá.

—Buenas noches, cariño —susurró la mujer, y entre llantos, con el aliento que le quedaba, le cantó una dulce nana.

—Buenas noches, mami.

Gabriel estaba desesperado. Empezó a mover vigas, romper cristales. Las explosiones que producía no sabía si mejoraba o empeoraba la situación. Salió de la casa y miró hacia el cielo.

—¡Ayuda! —rogó y al instante empezó a llover. Se llevó las dos manos a la cabeza, desesperado. Caminó alrededor de la casa y añadió—. ¡No es suficiente!

La tormenta aumentó y el agua empezó a apagar varias zonas de la casa, pero ni los caballos relinchaban para ese momento. Gabriel negó varias veces y pidió entonces hacerse humano de forma momentánea, pues, como estaba, no podía tocar a un mortal. Se le concedió y cuando su piel se hizo carne propiamente dicha, le importaron poco las quemaduras y el dolor. Tumbó la puerta de la casa de una patada, pasó por las llamas y el fuego quemó sus ropajes. Empezó a toser y cubrió su rostro con el antebrazo. Subió por las escaleras, a temor de que cedieran, pues

también estaban hechas de madera. Llegó hasta donde se encontraba Nox.

Al mirar hacia la habitación de Naminé, se había quemado viva, sin moverse encima de la cama. Incomprensible incluso para él. Miró al pequeño tumbado en el suelo y se lamentó por la mujer, la cual ya no respiraba. Se agachó junto al pequeño y lo movió levemente.

—¡Nox, ey! —lo zarandeó y a pesar de la asfixia, los latidos del pequeño seguían presentes, aunque suaves—. Dios, sigues vivo.

El niño abrió levemente los ojos y lo observó por un instante.

—¿Gabriel? —preguntó en voz baja y rasposa. Él asintió—. Lo sabía.

Y tras asegurarlo y mostrarle una suave sonrisa, Gabi notó como la vida de Nox se le escapaba de las manos.

—No…no… ¡No! —gritó y levantó el cuerpo inerte del niño—. ¡Nox, mírame, abre los ojos! ¡Nox! —Observó a Death a un lateral de la estancia y lo encaró—. ¡No te lo lleves!

—Es mi trabajo —aseguró la muerte, quien todo el mundo, creía muerto.

—No…

—Lo siento. —Suspiró y esa vez, su disculpa, fue sincera. Dicho esto, miró hacia el techo. Estaba a punto de ceder—. Yo que tú, saldría de aquí ya.

Gabriel no pudo llorar. Como arcángel debía mantener las formas, pero el brillo en sus ojos no podía negar las ganas que su cuerpo físico tenía de dejar salir las lágrimas. Dejó el cuerpo del pequeño en el suelo e intentó salir sano y salvo, pero antes de bajar las escaleras, éstas cedieron y se vio cayendo entre vigas y fuego que ardía más que el propio infierno.

Damon acababa de dejar a María en su casa cuando llevó la mirada hacia la casa de Naminé. Juró que la sangre no le corría por el cuerpo y sus ojos azules se tiñeron de rojo por la impresión. Con el rugir de un trueno apareció en la casa y dejó que el agua sagrada le atravesara la piel.

—¡Naminé! —se alarmó al instante. Miró hacia el cielo y se percató de que era luna llena. La respiración se le entrecortó y aunque el arcángel no lloró, él sí lo hizo—. ¡Naminé! ¡Maldición! —Atravesó paredes y encontró cenizas donde estuvo el amor de su vida. Se arrodilló en ellas. Él no sentía el dolor del fuego que como brasas seguía ardiendo en el suelo—. Te fallé.

Entre el dolor y el arrepentimiento, escuchó la tos y el lamento de alguien que seguía con vida. Sin ganas de seguir, pero asombrado de que alguien siguiera con vida, se trasladó hacia donde se encontraba Gabriel.

—¡Gabriel! ¡¿Qué coño haces ahí?! —Notó rápidamente que para intentar sacar a Nox, estaba en su envoltorio físico. No preguntó más, quitó la madera que lo cubría y ahogó las llamas en sus manos.

Sabía que eran de bandos distintos, pero desde que llegó al pueblo no había hecho más que ayudarlo. No debía de hacerlo, pero a pesar de todo, cargó al arcángel en su espalda y corrió por

las llamas. Una de las maderas lo golpeó. Fue doloroso, pero se fijó más en que Gabriel estuviera bien. Consiguió salir a rastras de la casa, por un recoveco libre de fuego. Una vez fuera, tumbó al arcángel en el suelo y lo zarandeó, ignorando la sangre que lo cubría.

—Garbiel, ¡te juro que no pienso admitir que eres mi amigo si te mueres!

—Recordaré esto para futuras extorsiones —se burlo el arcángel.

Damon suspiró con alivio. Entornó los ojos y se dejó caer a su lado, acostado en el suelo. Los dos dejaron que el agua los cubriera mientras las llamas eran apagadas por la tormenta que se había formado encima de esa catástrofe tan planeada, que ni un arcángel había podido detener.

Capítulo 43: El nuevo ángel.

Miguel gruñía de rabia porque un demonio como Damon se hubiera atrevido a profanar el suelo del cielo. Su hogar. Sin embargo, las miradas retadoras de soberbia eran opacadas por la preocupación de Gabriel. Aunque el arcángel intentaba ser frío como el hielo y no mostrarse roto mientras escuchaba a sus hermanos.

—Esto no es posible, no les tocaba —dijo Rafael—. Esa chica está mal de la cabeza, porque su alma está limpia. Nadie la corrompió.

—Está claro que no hay más que hacer que llevarla al infierno —continuó Miguel.

—¿Y qué pasa con Nox? —preguntó Gabriel. Sin embargo, no fue el único que quiso hablar tras la decisión de Miguel.

—Esperad, ¿cómo que va a ir al infierno? —replicó Damon.

—Tú mejor cállate, que sé perfectamente de quién eres la reencarnación —lo enfrentó Miguel —. No deberías de estar aquí, lo que me hace preguntarme por qué Gabriel se junta con demonios.

—Si sabes quién soy comprenderás porque puedo estar en el cielo, ¿no? —lo retó Damon. Miguel dio un paso hacia él y antes de que la lucha entre ambos empezara como en antaño, Gabriel se puso en medio.

—Me salvó la vida —contestó Gabi. Miró a Miguel en son de que se calmara y el moreno apartó la mano de su espada.

—Muy bien, sé un buen soldado y haz caso, perro —escupió Damon.

—Así no ayudas —se quejó Gabi—. Cierra la boca con los ataques y aboca por salvar a Naminé de la tortura.

Damon resopló, tenía razón. Aunque odiaba a Miguel y todo lo que tuviera que ver con él, asintió y siguió.

—Naminé perdía el control cuando miraba la luna, algo que lo hubierais sabido de ponerle un ángel guardián. Pero, claro, estabais más ocupados tocándoos los cojones.

—Esa chica no tiene ángel porque de primeras debería estar muerta —se le encaró Miguel, una vez más—. Por alguna razón, un demonio pidió compañía y su vida se alargó con su propia alma, ¿te suena?

—¿A ti te suenan mis nudillos en tu cara?

—¡Chicos! —Esta vez, los alejó Rafael—. Parecéis dos gallitos de pelea.

Damon gruñó para sus adentros, apretó las manos en puño y luego continuó.

—Era como una posesión extraña.

—Pero su alma está limpia —continuó Gabriel—. No podemos arriesgarnos, no está corrompida. Y eso es así, lo siento Damon.

—Aunque no esté corrompida, sé por lo que he pasado con ella y la he visto llorar después de su desequilibrio, no es una psicopatía —aseguró. Damon levantó las manos en estrella y ladeó la cabeza—. Bien, soy el primero que gozaría de que fuera un demonio, lo sabéis. No me conviene para nada un ángel nuevo, no es mi bando, pero vería injusto que alguien bueno se marchara al infierno.

—¿Qué nos propones? —preguntó Gabi.

—Soy su guardián, ¿verdad? Ella forma parte de mí y yo de ella. Seguiré con Nami, aunque sea un ángel y averiguaré qué es lo que le ocurre con la luna. Trabajaré con vosotros.

—¿Por qué querríamos que trabajaras con nosotros? —lo interrumpió Miguel, con orgullo—. Nos valemos solos.

—Eres consciente de que soy muy bueno cuando trabajo contigo, Miguel —lo calló Damon —. ¿Sabes? Mejor que todos, ahora que lo pienso.

—Damon… —murmuró Gabi.

—Vale, dejo la soberbia un momento. —Inhaló y exhaló para esforzarse en ello—. Naminé es poderosa, murió virgen y tiene el alma brillante. Va a ser un ángel excepcional si le dais una oportunidad. No merece morir así. Algo se adueñaba de ella y sabré qué es para destruirlo. Dadme tiempo.

—Parece como si te importara más de la cuenta —dejó caer Miguel.

Damon miró al suelo repleto de humo blanquecino y suspiró hondo.

—Quizá sea así —admitió—. Por eso puedes estar más seguro de que no la dejaré sola.

—Pues lo hiciste y mató a todos.

—Sí, pero porque me invocaron. Cuando me invocan no puedo decir que no, es la putada de ser un demonio.

—Podemos arreglar eso —comentó Gabi—. Si vas a trabajar con nosotros, nos conviene que tengas total control de tus actos sin que puedan controlarte.

Damon miró hacia Miguel y levantó las cejas, sin saber si estaría de acuerdo con ello.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Solo porque tienes que cuidar de Naminé. Te quitaremos la opción de que puedan controlarte.

—Bien.

—Se dice gracias.

—Ya, sí.

Miguel entornó los ojos.

—¿Y qué pasa con Nox? —preguntó Gabriel de vuelta.

—Es tan puro que podría unirse a nosotros —consideró Rafael—. Pensadlo, nos viene bien un

poco de novedad.

—Estaré encantado de ser su profesor para que sea un buen arcángel —aseguró Miguel y los otros dos estuvieron de acuerdo.

***

Nami y Nox sentían frío. No un frío normal, uno que se calaba en los huesos y les adormecía la piel pálida. Ella intentó acurrucarse al lado del pequeño, pero éste se levantó y en la habitación blanca sin puertas en la que se encontraban, se sentó a la otra punta.

—Lo recuerdo todo —le escupió con la voz temblorosa—. ¿Por qué lo hiciste?

—La luna me dijo que lo hiciera.

—Hablas como una trastornada.

—¡Pero es cierto! Me dijo que disfrutaríamos de una vida eterna con papá y mamá.

—¿Sí? ¡Pues estamos muertos! —se alteró el niño—. Y dime dónde están papá y mamá. Aquí no.

—En el cielo —interrumpió Gabriel en medio de la charla—. No tienes por qué preocuparte por ellos. Ni por los animales.

Nox corrió hacia él al instante y lo abrazó, buscando confort y calor que, asombrosamente, encontró en los brazos de ese bloque de hielo llamado Gabriel. Naminé lloraba, se podía ver su arrepentimiento y sentada en el suelo se abrazó las piernas y perdió la mirada hasta que unas botas negras opacaron su visión, resaltando con la pureza y el color del blanco impoluto que empezaba a cegarla.

Levantó la mirada lentamente y junto a su traje negro y la corbata perfectamente anudada, encontró los ojos azules de Damon vestidos por su pelo negro cayendo a mechones sobre el rostro, al mirar hacia abajo para observarla. Le ofreció la mano y ésta con temblores, se la cogió. Con un leve empujón la levantó del suelo.

—Me la llevo —informó Damon—. Te esperará para los entrenamientos.

—Bien —asintió Gabriel.

—Espera, ¿y mi hermano? —preguntó Nami.

—Él viene conmigo —sentenció Gabriel.

—Espera, no. Teníamos que estar juntos siempre. —Quiso ir con Nox, pero Damon le dejó la mano sobre el hombro y se lo impidió.

—¿Quieres despedirte de tu hermana? —le preguntó Gabriel al niño. Sin embargo, sobre su antebrazo, Nox levantó su fiera y llorosa mirada para sentenciar con ella a Naminé.

—No —respondió tajante. Rompiendo así el corazón de su hermana mayor en mil pedazos.

Nami dio un paso atrás y mientras el arcángel se llevaba a la única familia que le quedaba,

ella rompió en llanto y hundió la cara en el pecho de Damon. Él levantó los brazos y aunque no estaba acostumbrado a dar amor, a ella sí que la abrazó.

—No sé ni siquiera por qué lo hice —se lamentó Nami.

—Eso tenemos que averiguar.

***

La casa de Naminé había quedado devastada, por lo que Damon había optado por dejarla en una casa que había sido deshabitada en Dolwill hacía poco por el fallecimiento de sus ancianos propietarios. Pensó en dejarla viviendo con él en su mansión, pero al recordar que Gabriel debía entrenarla y que era un ángel novato, supo que sería arriesgado estar en casa de un demonio al que, tenía claro, alguien vigilaba. Sabía que su padre siempre le seguía el rastro, así que por seguridad, arregló el nuevo hogar para que ningún demonio excepto él pudiera entrar a hacerle daño a Naminé y mientras que ella seguía en shock sentada en el sofá, limpió y acomodó el lugar con rapidez.

—Me siento extraña —confesó el ángel. Se llevó ambas manos al rostro y sus ojos cristalinos derramaron lágrimas que ardían en sus mejillas—. No me siento igual a cuando era humana.

—Ni lo harás nunca más.

—Debería dormir, pero no tengo sueño —continuó ella—. Llorar es doloroso y siento una presión extraña en el pecho. El tacto… —Acarició la tela del sofá—. Tampoco se siente igual. No tengo hambre, ni sed, tampoco frío o calor. Al inició sí, sentía frío, pero ya no siento nada.

—Es que, en realidad, estás muerta, Naminé. —Nami tragó saliva y lo siguió con la mirada cuando se sentó a su lado. Las ojeras de sufrimiento que la joven mostraba la hacían ver más demacrada—. Pronto te acostumbrarás y podrás sentirte mejor. Esto es un cambio muy drástico.

Nami miró hacia la chimenea y aunque no sintiera nada, Damon movió la mano y encendió la leña que esperaba ser quemada. Ella sonrió, pues la calidez de sentirse en un hogar, aunque no fuera el suyo, la calmaba.

—Gracias por hablar con los arcángeles para que me dieran una oportunidad —agradeció Nami, al borde del llanto.

—Fue culpa mía.

—Lo hice yo.

—Y yo debí cuidarte.

—Supongo que somos un desastre los dos.

Se miraron y sonrieron a la vez. Nami apoyó la cabeza en el hombro de Damon y se centró en mirar el fuego.

—Me quedaré un rato —le aseguró Damon—. No pienso dejarte sola hasta que te calmes.

—Me das ganas de fingir nerviosismo por días. —Damon sonrió, pero cuando ella lo observó se apresuró a quitar la sonrisa y volver a su expresión de póker habitual—. ¿Un ángel y un demonio pueden ser amigos?

—En realidad no.

—Entonces, ¿por qué me cuidas y te llevas bien con Gabriel?

Damon entreabrió la boca y luego la cerró. Se encogió de hombros como respuesta, ni él lo tenía claro. Nami sonrió, pensó que al final, fuera lo que fuera, era bueno. Volvió a apoyarse de su hombro y cerró los ojos, pues, aunque no podía dormir, quiso fingir hacerlo para olvidar el odio de su hermano y la tragedia que había provocado.

Capítulo 44: El anticristo.

María estaba en la cama, con el cuerpo hundido entre las sábanas, mientras una sensación de agotamiento la envolvía. Atrapada en un laberinto de pensamientos. Su rostro estaba pálido, y sus ojos, brillantes y llenos de vida, estaban perdidos en la distancia, obsesionados con una sola idea: la inmortalidad. Cada pensamiento la arrastraba más hondo. A un abismo que no podía evitar, una obsesión que la consumía desde dentro.

El tiempo parecía burlarse de ella, moviéndose de forma errática, acelerándose y dejándola atrás. Lo que para los demás eran días, para María era una eternidad interminable. Los días pasaban, pero para ella, cada segundo era una tortura. El sol y la luna intercambiaban sus posiciones con una rapidez aterradora, mientras su cuerpo permanecía inmóvil, atrapado entre las sábanas que cada vez se sentían más frías.

El tercer día llegó, y con él, la sensación de pesadez en su cuerpo empezó a intensificarse. Sus músculos se sentían como si estuvieran siendo arrancados de sus huesos, y cada intento de moverse era en vano. Era como si algo invisible la estuviera sujetando, impidiéndole levantarse. El sudor frío cubría su frente, pero no había calor en su piel, solo un frío profundo que se extendía por todo su ser.

María intentó levantarse, pero su cuerpo no respondió. Sus manos temblaban, pero no podía sentirlas realmente, como si no le pertenecieran.

Los pensamientos de la inmortalidad la acosaban, susurrando promesas vacías, pero también recordándole el precio que tendría que pagar. Su mente luchaba por entender si el tiempo que percibía era real o simplemente una distorsión creada por su propia desesperación. Las imágenes de sí misma envejeciendo, descomponiéndose, volvían a atormentarla, pero al mismo tiempo, la idea de vivir eternamente la atraía con una fuerza que no podía explicar.

—¿Es esto lo que quiero? —se preguntó, pero su mente no le daba descanso. El ciclo de pensamientos sobre la inmortalidad, la muerte y el tiempo acelerado la mantenía prisionera en su propia cama.

La debilidad la consumía, y en lo más profundo, comenzó a preguntarse si alguna vez podría volver a sentir el peso de la realidad. María sabía que algo estaba muy mal, pero no tenía la fuerza para enfrentarlo, ni la claridad para entender qué la estaba destruyendo lentamente. Estaba atrapada, no solo en esa cama, sino en sus propios pensamientos, en una espiral descendente que no parecía tener fin.

Hizo un esfuerzo monumental para levantarse de la cama. Su cuerpo, débil y tembloroso, luchaba contra ella en cada movimiento. Su interior se había roto durante esos días interminables

de inmovilidad. Las sábanas frías cayeron al suelo mientras se ponía de pie, tambaleándose como si el suelo bajo sus pies fuera inestable. Con un susurro apenas audible, se dirigió hacia la ventana. El vidrio empañado se sentía helado al tacto al abrirlo. El viento frío de la noche la golpeó, haciendo que su piel pálida se erizara. María respiró hondo, pero el aire fresco no la alivió; al contrario, solo hizo que su debilidad se sintiera más presente.

—Érebos —llamó, con voz quebrada por la desesperación. Sus ojos se clavaron en el cielo oscuro, buscando algo, cualquier señal de su presencia. El viento susurraba en respuesta, pero no hubo señales inmediatas de él.

María se tambaleó, sus rodillas amenazaron con ceder bajo su propio peso. El dolor que sentía en cada músculo la consumía, pero la necesidad de verlo, de encontrar alguna salvación en Érebos, la impulsaba a seguir. Su visión comenzó a oscurecerse en los bordes, y sintió que el mundo giraba a su alrededor.

De repente, una presencia detrás de ella hizo que la oscuridad en la habitación cambiara. Antes de que pudiera darse cuenta, Érebos estaba ahí, apareciendo silencioso en la penumbra que dominaba. La sujetó justo antes de que María cayera al suelo, incapaz de sostenerse más. Su cuerpo, completamente agotado, se rindió al contacto de Érebos, quien la sostuvo con firmeza y una delicadeza que pocos conocían viniendo de él.

—Te tengo —murmuró él, con su voz profunda e imponente.

María jadeó, apoyándose en él. Sentía su presencia envolviéndola, pero había algo en Érebos que era distinto esa noche. El calor de su cuerpo contrastaba con el frío de la noche que entraba por la ventana abierta.

Érebos, al acercar su rostro al cuello de María, inhaló profundamente. El aroma que emanaba de ella lo golpeó de inmediato, y lo que sintió hizo que sus ojos se oscurecieran de furia. La fragancia no era solo la de María, no era el aroma al que estaba acostumbrado.

—¿Qué has hecho...? —susurró con una dureza fría, mientras la verdad empezaba a observarse en su mente.

El olor, inconfundible, le confirmó lo que su instinto ya le había gritado. María había estado con su hijo, con Damon. El lazo oscuro que unía a ambos le era evidente, y la traición, aunque involuntaria, se hizo presente como una herida abierta.

María, apenas consciente de lo que ocurría, no pudo responder. Érebos la sostuvo más cerca. Los actos de María cayeron sobre Érebos como una tormenta que lo llenó de furia y lo arrastró, pero en su mente, el peligro que corría María en ese estado era lo que lo mantenía en control.

—Debes descansar, —murmuró con una voz tensa—. Pero hablaremos de esto... cuando estés mejor.

Al borde del colapso, María se dejó llevar por el abrazo frío de la oscuridad. Cayó inconsciente en los brazos de Érebos mientras él se quedaba en silencio, se odió a sí mismo,

creyéndose culpable de enloquecer una vez más a la mujer que amaba.

Cuando María despertó, su cuerpo seguía débil pero la sensación de agotamiento empezaba a desvanecerse. La oscuridad de la habitación estaba teñida por una atmósfera tensa y asfixiante. Érebos estaba sentado a su lado. Imponente y envuelto en sombras. Sujetaba un pequeño frasco. La mirada oscura en sus ojos no dejaba espacio a dudas: estaba furioso.

—Toma esto —dijo, y le ofrecía la poción. El líquido en el frasco brillaba con un leve resplandor púrpura.

María, medio desorientada, se incorporó con esfuerzo y aceptó la poción. El sabor amargo del brebaje la hizo estremecerse, pero a medida que lo bebía, sintió una energía sutil recorriendo su cuerpo, devolviéndole algo de fuerza. Sin embargo, lo que capturó su atención no fue el efecto de la poción, sino la expresión de Érebos. Su mirada que de normal era fria y calculada, estaban llena de furia, y la tensión en su mandíbula lo delataba más.

María, al ver su reacción, sonrió. Una sonrisa torcida y llena de una locura creciente, una que reflejaba su desesperación y obsesión.

—Lo hice para tener inmortalidad —de apresuró a hablar ella con la voz temblando de emoción—. Para estar siempre a tu lado, Érebos.

Érebos la miró en silencio, sin hacer ni una sola mueca, pero en el fondo, reventaba de ira. El simple hecho de que ella hubiera hecho algo tan desesperado, algo tan... prohibido, no solo le resultaba irritante, sino que lo enfurecía profundamente. Damon, su hijo, el único vínculo que Érebos no quería ver corrompido, había sido alcanzado por las acciones desesperadas de María.

—Inmortalidad... —repitió él en voz baja, con una calma peligrosa—. ¿A qué costo, María?

Ella rió suavemente, pero el sonido era inquietante, carente de alegría real. Lo miraba con devoción y locura.

—Lo hice por ti, para no tener que perderte jamás, —murmuró—, para seguir a tu lado eternamente.

La ambición y la desesperación de María por tenerlo, por asegurarse un lugar a su lado para siempre, habían llevado las cosas demasiado lejos. El precio que había pagado no era uno que él estuviera dispuesto a ignorar.

—No entiendes lo que has hecho —respondió con frialdad—. No entiendes lo que significa estar atado a mí para siempre.

María, sin embargo, no lo escuchaba. La idea de la inmortalidad, de poder caminar a su lado en la eternidad, la había consumido por completo. Su sonrisa seguía presente, inquebrantable, incluso mientras Érebos hablaba con más dureza.

—Te equivocas —dijo ella—, lo entiendo mejor que nadie. Ahora, nadie podrá apartarme de ti. Ni siquiera la muerte.

Érebos se levantó y pasó ambas manos por su pelo.

Érebos avanzó lentamente hacia María. Cuando Érebos llegó hasta ella levantó la mano y la posó en su vientre. Un instinto oscuro lo guió hacia esa zona.

Su expresión cambió de inmediato, sus ojos se abrieron más de lo normal y el color oscuro en su mirada se tornó en puro odio cuando lo sintió. La realidad lo golpeó como un rayo. Un gruñido profundo, salió de su garganta. Sus dientes rechinaron y una mueca de furia vistió su expresión.

—¡Estás embarazada! —rugió.

María amplió su sonrisa cuando lo vio retroceder, atónito. El hijo de Damon, su nieto, estaba en el vientre de María, la mujer que amaba. Esa traición, esa mezcla de sangre prohibida, lo quemaba por dentro.

—¡Tienes a mi nieto en el vientre! —bramó—. ¿Cómo te atreves...? —El control que normalmente tenía se desmoronó como si fuera una baraja de naipes. Era más de lo que estaba dispuesto a aceptar.

María, en lugar de asustarse, rompió a carcajadas. Sus risas llenaron la habitación. Estaba desequilibrada, llena de locura. Sus ojos, abiertos de par en par, mostraban la desquiciada satisfacción que sentía al ver cómo Érebos, el ser todopoderoso, se veía atrapado en esa realidad que ella misma había creado.

—Es perfecto, ¿no lo ves? —dijo entre risas—. Es justo lo que debía suceder.

Las palabras de María no hacían más que avivar el fuego que ardía en el interior del Dios primordial.

—¡Cállate! No entiendes en lo que te has metido. Este... error... no debía ocurrir. No vas a parir a esa cosa.

Pero María, ignorando por completo sus palabras, se inclinó hacia él con una sonrisa enigmática, y murmuró como si le estuviera contando un secreto.

—Me lo han susurrado —dijo, con los ojos brillando por la emoción—. Me han dicho que, para obtener la inmortalidad, debo morir... —hizo una pausa dramática, dejando que sus palabras lo penetraran—. Morir con este bebé en mi vientre.

Érebos se quedó en silencio. La locura en su voz, la risa que había precedido aquella confesión, todo indicaba que María había cruzado un umbral del que no habría regreso. El sacrificio, la idea de morir con su nieto en el vientre, era el precio que estaba dispuesta a pagar por esa inmortalidad que tanto ansiaba.

—Estás loca... —murmuró Érebos, más para sí mismo que para ella—. No puedes siquiera imaginar lo que eso significa. Además, dudo que puedas hacer nada en contra de ese ser. Tenemos que acabar con ese feto ya. No puedes querer estar conmigo para siempre porque…

—Es lo único que importa —lo interrumpió —. Vivir para siempre, a tu lado. Eso es todo lo

que quiero.

Érebos, a pesar de su inmenso poder y control sobre la vida y la muerte, se estremeció al saber que María estaba dispuesta a destruirlo todo, incluso su propio cuerpo, por conseguir lo que creía que era la salvación eterna.

—¿Eres consciente de lo que has creado? —preguntó, sus palabras eran más cortantes que el filo de una navaja.

—Por supuesto que lo sé, —respondió—. El bebé en mi vientre... es un anticristo. Un mata dioses.

Dijo las palabras con una extraña reverencia, como si aquello fuera una bendición, y no la condena que realmente representaba.

Un anticristo... un ser destinado a destruir, una amenaza para los dioses. Y ella lo había llevado a su propio linaje, un ser que podría acabar con todo, incluso con él.

—¿Y aun así piensas que vas a sobrevivir? —gruñó.

María se carcajeó, pero esta vez su risa era más errática, carente de cualquier cordura que alguna vez pudiera haber tenido.

—No sobreviviré. Voy a morir con él... antes de que nazca. Es la única forma de salvarte, ¿no lo ves? —Su voz se rompía mientras las palabras escapaban de sus labios—. Así podré quedarme contigo, para siempre. Si muero con la sangre de un anticristo dentro, ¡seré como tú!

Érebos se quedó inmóvil, sus pensamientos chocaron unos contra otros, tratando de encontrar sentido en lo que ella decía. El caos que había desatado era más grande de lo que él podía haber imaginado, y la obsesión de María con la inmortalidad la había llevado a hacer algo impensable.

De repente, María empezó a perder el control por completo. Sus manos se dirigieron a su propio cabello. Tiró de él con fuerza. Enredó los dedos en los mechones oscuros mientras gritaba entrecortadamente, el dolor y la desesperación volvieron real la locura que la consumía.

—¡Me salvaré! —gritó, con los ojos completamente desorbitados. No era ella quien gritaba, sino el bebé en formación—. ¡Me salvaré de ti! ¡De todos!

María, en su frenesí, se arañaba el vientre, dejando marcas rojas sobre su piel mientras seguía tirándose del cabello. Sus uñas se clavaron con una violencia que parecía querer destruir aquello que había creado.

—¡Para! —rugió Érebos, pero María no escuchaba. Sus ojos estaban completamente desenfocados, su respiración entrecortada mientras el dolor físico y mental la desbordaban. Siguió arañándose, rasgando la piel de su vientre como si quisiera arrancar de su interior el horror que había engendrado, pero lo hacía con una convicción desesperada, como si realmente creyera que destruir al bebé antes de nacer la salvaría a ella... y a Érebos.

—¡María, detente! —gritó él.

Ella no estaba, su cuerpo físico estaba presente, pero su mente vagaba en los rincones más

oscuros, perdida en una espiral de autodestrucción.

Érebos, al ver el descontrol absoluto en María, decidió detenerla antes de que se hiciera más daño. Pero justo cuando dio un paso, María levantó algo que lo detuvo en seco: el collar que Jason le había dado. El amuleto, diseñado para repeler a los demonios, brilló tenue bajo la luz de la habitación, y aunque el poder de Érebos era inmenso, sentió la barrera invisible que el collar creaba, impidiéndole acercarse más.

—No te acerques —ordenó María—. No podrás tocarme, no hasta que muera con este bebé... —Sus ojos se iluminaron con una chispa de locura—. Y entonces seré tuya, para siempre. ¿No es genial? ¿No estás feliz? ¡Dime qué estás feliz! —Y empezó a llorar—. ¡Dime que me amas, Érebos, por favor! ¡Dime que nos he salvado y podré estar toda la eternidad contigo!

Érebos se quedó paralizado, el veneno en sus palabras lo golpeó más que la barrera del collar. Podía ver en María el fruto de una obsesión que había ido más allá del amor, algo que había corrompido cada parte de su ser. La furia, la frustración, la impotencia lo consumían.

—Créeme, Érebos —insistió ella temblando con emoción—. Créeme cuando te digo que te amo. Lo hago todo por ti, para estar contigo para siempre. Mi vida no significa nada si no es a tu lado.

Érebos, aunque en su naturaleza demoníaca no entendía del todo el concepto de amor humano, sintió compasión y amargura al escuchar esas palabras. La vida humana, corta y frágil, siempre lo había fascinado. Los mortales parecían ansiar lo que no podían tener, buscando desesperadamente una eternidad que él, inmortal, encontraba insoportable.

—María, la vida humana es lo más valioso precisamente porque es efímera. Es ese límite, esa fragilidad, lo que le da sentido a todo. —Continuó, acercándose lo más que le permitía el poder del collar—. Las emociones que sientes, el dolor, la alegría, el amor... solo tienen valor porque sabes que no durarán para siempre. ¿Qué sentido tiene vivir eternamente si lo que te hace humana desaparece contigo?

—Me da igual —respondió María con una frialdad inquietante, sus labios se curvaro en una sonrisa vacía—. No me importa ser humana, ni sentir dolor, ni tener una vida limitada. Solo quiero estar contigo para siempre, Érebos. No quiero vivir una vida frágil y efímera. Quiero ser tuya... y lo seré.

Érebos suspiró, sabiendo que ninguna palabra cambiaría la decisión de María. La locura había penetrado su mente demasiado profundo. .

—Eres libre de elegir tu destino, María, pero no eres consciente de lo que estás sacrificando. Cuando pierdas todo lo que te hace humana, quizás te des cuenta de lo que significa estar atrapada en una eternidad vacía.

María rió una vez más, con esa risa quebrada que resonaba como su propia condena. A ella no le importaba. El amor obsesivo que sentía por Érebos la había llevado hasta el borde del abismo,

y estaba dispuesta a saltar, sin importar las consecuencias. Sin importarle que no llevaba paracaídas. Así que Érebos se marchó, sabía a quién debía buscar.

Capítulo 45: Quien da la vida.

Érebos no le dijo nada a Zarek. Hablaron de sus planes hasta que ambos llegaron a la casa de Alexa en completo silencio, aunque la furia contenida de Érebos era evidente.

—¿Qué cojones te pasa hoy? —preguntó Raúl.

—Nada.

Al entrar, Érebos no perdió el tiempo en observar los detalles; su objetivo era claro, y Raúl estaba en el centro de su ira.

Cuando llegaron a la habitación, Raúl se sentó tranquilamente en una silla junto a la ventana, y se puso a leer un libro, ajeno a los pensamientos de Érebos.

—Sigo sin saber por qué has querido venir conmigo hasta aquí como si fuéramos amigos, pero coge asiento.

Érebos no dijo nada al principio, simplemente se movió con la rapidez de un depredador. Antes de que Raúl pudiera reaccionar, Érebos lo cogió de la camisa con una fuerza brutal, lo levantó de la silla como si fuera una muñeca de trapo y lo estampó contra la pared con un golpe que hizo que las ventanas vibraran. El libro cayó de las manos de Raúl, golpeando el suelo con un ruido seco, pero eso era lo último que le preocupaba en ese momento.

—¿Fuiste tú, Zarek? —escupió Érebos—. ¿Planeaste esto desde el principio? ¿Lo de María?

La presión de su mano en la camisa de Raúl lo mantenía clavado contra la pared, incapaz de moverse.

Raúl palideció de inmediato cuando vio la seriedad en los ojos de Érebos. Por un segundo, intentó recuperar el control. Pensó algo que lo librara, pero la mirada de Érebos le dejó claro que no había espacio para engaños o excusas.

—¿De qué... de qué estás hablando? —balbuceó Raúl.

Érebos acercó su rostro al de Raúl, sus ojos brillaban con un fuego oscuro.

—María está embarazada —gruñó Érebos. Los ojos de Raúl se abrieron de par en par, y todo el color desapareció de su rostro. La sorpresa y el horror se apoderaron de él, aunque Érebos no le dejó tiempo para procesar nada.

—Mi nieto, Zarek. ¿Es eso lo que querías? ¿Un anticristo? ¿Un mata dioses?

Zarek sabía que Érebos era despiadado, y siendo algo personal, era mucho más peligroso.

—Yo no... —intentó Raúl, pero las palabras murieron en su garganta gracias a un puñetazo en el estómago. Escupió sangre. Envuelto en la oscuridad de Érebos no había hechizo o poder que funcionara si él no quería.

—¡Di la verdad!

—¡Lo estoy intentando!

—No me importan tus planes o lo que pretendías, Zarek. Esto ya ha ido demasiado lejos. Si no me das una solución... tú serás el próximo en caer.

—¡Tú trajiste a tu hijo aquí! —lo encaró Zarek—. Querías regresar a la vida a tu exmujer y para ellos necesitabas matar a tu hijo y al recipiente de Juliet. ¿Y el malo soy yo?

—Pero cambié de opinión. —Zarek ladeó la cabeza, siendo la primera vez que escuchaba que Érebos tenía nuevos planes—. Quería reconciliarme con Damon. Quería que fuéramos una familia junto a María, ¡y lo has estropeado todo!

Lo lanzó al suelo y partió con la espalda de Raúl el escritorio de la habitación. Furioso, se levantó y empujó a Érebos con fuerza, logrando apartarlo lo suficiente como para que el demonio retrocediera un paso. Raúl, que de normal era calculador y sereno, se observaba preocupado, con el rostro pálido y los ojos inquietos. Sin perder tiempo, se sentó en la cama, pasando ambas manos por el cabello oscuro. Estaba preocupado.

Érebos lo miró desde el otro lado de la habitación y al percatarse del terror en los ojos negros de Raúl, se dio cuenta de que todo le había caído como un balde de agua congelada.

—Escucha, —dijo Raúl—, te diré la verdad, toda la verdad.

Érebos lo observó con desconfianza, pero se mantuvo en silencio, esperando.

—Quería caos, —confesó. Levantó la vista para mirar a Érebos—. Quería que Damon se acostara con María. Sabía que si lo hacía, crearía un conflicto, algo que pondría a los dos en posiciones opuestas. Sabía que te enfurecería y que Damon quedaría atrapado. Quería que hubiera muerte, que todo se desmoronara, que el caos terminara acabando con ella, contigo y con Damon. No me gusta que haya seres casi igual de poderosos que yo. Ese era mi plan. Quería a María muerta. No me malinterpretes, ella es solo una pieza en un juego mucho más grande. La idea de desatar un conflicto entre tú y tu hijo... era parte de la jugada. Un plan para debilitarte, para ponerte en contra de lo que más te importa. —Raúl suspiró y negó con la cabeza—. Pero lo del embarazo... —se detuvo un segundo y al soltar el aire gruñó—, no fue parte de mi plan. No puedo crear vida. No soy capaz de hacer algo así. Esa creación, no es mía.

El hechicero no estaba mintiendo, o al menos, si lo hacía, lo hacía de una manera que incluso Érebos no podía detectar. La idea del embarazo, un ser como su nieto, un anticristo que podría poner en peligro tanto a los dioses como a los humanos, no podía haber sido parte del esquema de Raúl. El hechicero no tenía ese tipo de poder.

—Ella dijo que alguien se lo susurró —recordó Érebos.

—No fui yo, te repito, no puedo…

—No puedes crear vida, ¿verdad? —lo interrumpió Érebos.

—Exacto, —respondió Raúl—, quería a María fuera del tablero, pero esto... esto es algo que

está fuera de mi control. Créeme, Érebos. Lo último que quería era que naciera un ser como ese. Lo que te digo es la verdad.

El embarazo de María había sido un golpe inesperado, incluso para alguien como Raúl, quien siempre había calculado cada uno de sus movimientos con una precisión letal.

—Entonces, si no fue tu plan... ¿quién está detrás de esto? —preguntó Érebos.

***

Eiden estaba sentado en su imponente trono, rodeado de luces tenues. Las columnas de mármol negro se alzaban a ambos lados, decoradas con tapices antiguos que contaban las historias de su linaje. Pero lo que más destacaba en esa oscura sala era el espejo mágico que mantenía frente a él. Su superficie cristalina, ondulante daba destellos. Las imágenes que proyectaba estaban siempre en movimiento.

En el espejo, se observaba a María recostada. La mano de Eiden se deslizó con una calma inquietante por la superficie del espejo, acariciando suavemente la imagen del vientre de María, donde sabía que estaba el bebé no nacido, el anticristo, la creación que cambiaría todo.

Su mirada fija se clavó en esa zona, y mientras lo hacía, una sonrisa peligrosa apareció en su rostro. Una sonrisa que se extendió hasta formar una mueca de puro deleite.

—Perfecto... —murmuró satisfecho.

Sus labios se curvaron más, y de repente, su risa empezó a salir de lo más profundo de su pecho, suave al principio, pero creciendo rápidamente hasta convertirse en carcajadas salvajes que retumbaban en la enorme sala vacía.

El sonido de su risa no era humano. Cada carcajada se asemejaba al rugido de una bestia, profunda y resonante. Eiden se reía como un león en plena caza, una criatura en su máximo poder, disfrutando de la desesperación que se desataba ante sus ojos.

Era el rugido del león, el rugido de alguien que sabía que el poder estaba a su alcance, y que había creado el arma perfecta para derrocar a su hermano.

Capítulo 46: El fuego y el agua.

Alice caminaba con gracia por el jardín del palacio. Ligera y etérea se movía entre las rosas que florecían bajo el cielo brillante, como si bailara entre ellas. El aroma dulce de las flores era el suyo, y sus delicadas manos acariciaban los pétalos con cuidado mientras iba recogiendo algunas rosas para llevarlas al interior. El silencio que siempre la acompañaba era un reflejo de su naturaleza tranquila y muda.

Eiden la había estado observando desde lejos, intrigado por la calma y la elegancia que irradiaba. Los días habían pasado, y aunque Eiden tenía otros asuntos en su mente, se encontraba atraído hacia ella de una forma que no terminaba de comprender. Decidió acercarse.

Alice, concentrada en su tarea, no se dio cuenta de su presencia hasta que él estuvo lo suficientemente cerca como para que la sombra de Eiden cayera sobre ella. Se giró ligeramente, sus ojos expresivos se encontraron con los de él. Tuvo que levantar la cabeza para hacerlo.

—Las rosas parecen más bellas cuando las tocas.

Alice sonrió tímidamente, pero justo en ese momento, al intentar recoger otra rosa, una espina se clavó en su dedo. Su piel se rasgó levemente y una gota de sangre apareció en la punta de su dedo. Eiden cogió su mano con delicadeza antes de que pudiera apartarla.

—Déjame ver... —murmuró.

Antes de que Alice pudiera reaccionar, Eiden llevó la mano hacia sus labios, y con un gesto que la tomó por sorpresa, se metió el dedo en la boca. Lamió suavemente la herida. El contacto de su lengua contra la piel herida la estremeció. La calidez de su boca sobre su piel hizo que Alice sintiera un escalofrío recorrer su cuerpo, pero no apartó la mano. Solo tragó saliva y juntó sus rodillas cuando el deseo le tiró de la entrepierna.

Los ojos de Eiden, permanecieron cerrados mientras lamía la sangre de su dedo, saboreando el metal y la delicadeza que se mezclaban en ese acto. Su rostro tenía una expresión seria, pero cuando abrió los ojos y la miró, el fuego que ardía en ellos semejaba a qué les habían echado leña.

Alice no pudo aguantar la tensión y se forzó a apartar la mirada del rey.

Cuando se sacó el dedo de la boca, dejó una suave mordida, la cual por poco arranca un quejido en la joven sirena.

—¿Sigues enfadada conmigo, Alice? —preguntó el rey, inclinado sobre ella.

Alice le quitó la mano. El gesto de evasión fue todo lo que necesitó para saber que, aunque no lo diría, el enfado estaba latente en su interior. Eiden sonrió con picardía. Su distancia lo retaba, lo atraía más. Ella lo miró de reojo.

—No me mires así, Alice, no puedo soportar que me ignores.

Eiden mantuvo su mirada fija en ella y cogió de nuevo su mano. Sus labios volvieron a acercarse a la piel de Alice, esta vez no a su dedo herido, sino más abajo, en la palma de su mano. Su lengua rozó suavemente la piel. Alice se tensó. Tragó saliva y el calor en sus mejillas la hizo olvidar donde estaban.

Eiden, sintió su nerviosismo. Continuó con el gesto, lento, lamiendo suavemente la palma de su mano mientras su mirada seguía fija en ella, buscando cualquier reacción. Alice, incapaz de mirarlo directamente, dejó escapar un leve temblor.

—¿Vas a seguir enfadada conmigo para siempre? —preguntó en un susurro bajo—. Porque si es así, tendré que buscar otras formas de hacerte sonreír… una sonrisa nerviosa me sirve.

Con el corazón acelerado, Alice, no podía evitar sentirse más y más nerviosa. Eiden la descolocaba.

Alice retiró la mano cuando notó que sus bragas empezaban a empaparse. Apretó la mano, sintiéndola ardiendo por el contacto. Se dio la vuelta rápidamente, intentando distanciarse de la intensidad de su cuñado.

Justo cuando pensó que podría recuperar el control, sintió la presencia de Eiden más cerca de lo que esperaba. Su respiración, cálida y lenta, rozó su nuca, enviándole un escalofrío por la espalda. Alice cerró los ojos, consciente de que aunque intentara escapar, Eiden no la dejaría marcharse tan fácilmente.

Con suavidad, Eiden apartó el cabello de Alice, dejando su cuello al descubierto. La piel expuesta parecía brillar bajo la luz del sol que bañaba el jardín, y Eiden se inclinó hacia ella, tan cerca que su aliento acariciaba su piel, generando una corriente de tensión entre ambos. Alice se mordió el labio inferior, aprovechando que al estar a su espalda, no la veía.

—Alice —susurró Eiden en su oído—. Debes saber algo... —Sus labios rozaron ligeramente su oreja. La piel de Alice se erizó—. No me acosté con tu hermana

Alice abrió los ojos de golpe, sorprendida por la confesión. Su hermana, Kate, había sido el punto más delicado entre ellos, el que definía su relación.

—¿Por qué? —canturreó ella en voz baja.

—Tú lo sabes.

—No lo sé.

—Alice…

—No lo sé.

—Me vuelves loco. Tengo ganas de ronronear solo por estar cerca de ti.

Alice respiró hondo, odiaba la forma en la que conseguía derretirla. Se giró bruscamente hacia Eiden y apoyó las manos en su pechos. Sin dudarlo, lo empujó con fuerza, haciendo que él retrocediera unos pasos hasta que su espalda golpeó uno de los bancos del jardín. Lo dejó

sentado. En un acto que le quitó el aliento, subió sobre su regazo, sentándose encima de él sin importarle si el vestido se le subía. Sus cuerpos se encontraron, y aunque Alice no podía hablar, sus ojos lo decían todo.

Eiden dejó las manos en las caderas de Alice.

—Siempre supe, que había algo en ti, Alice, que hacía que todas las demás se desvanecieran. —Su mirada ardía mientras la observaba. Subió la mano, trazando el contorno de su figura. Y continuó—. Pero verte así, encima de mí... es más de lo que imaginé.

Eiden bajó la voz cuando la distancia entre ellos se volvió más corta.

—¿Te das cuenta de lo que haces? —le preguntó en tono sensual y provocador—. Tienes el control, Alice. Me tienes atrapado... pero no solo en este momento, sino desde que nos vimos por primera vez.

Acarició lentamente la espalda de Alice, deteniéndose en la base de su cuello.

—Eres como una rosa. Hermosa, peligrosa, imposible de ignorar... Y aunque sé que me clavarás las espinas, no puedo evitar querer tenerte entre mis garras.

Alice bajó la mirada hacia la mano de Eiden, la que había sangrado momentos antes. Seguía herida desde que se arrancó el dedo. Su piel mostraba la herida, y la sangre seguía fluyendo ligeramente. Alice, con suavidad, le cogió la mano. Las caricias sobre la mano del rey eran delicadas, y mientras lo hacía, su magia empezó a fluir. Su habilidad como sirena, ese poder sutil y curativo que corría por sus venas, se activó de inmediato.

El agua que residía en ella, la esencia de su naturaleza, se manifestó en forma de un suave resplandor que envolvió la herida de Eiden, sanando lentamente la herida. Alice no apartó la vista de su trabajo, pero de reojo lo observaba. Notó que su mirada la seguía, aunque ella no lo mirara directamente.

El rey, cogió una de las rosas que Alice había recogido momentos antes y la colocó tras su oreja, dejando que los pétalos suaves rozaran la piel de Alice. Ella sonrió.

—Mi rosa… Sé que soy fuego, y que ardo en la oscuridad, pero jamás podría quemar una flor como tú. Tú eres mi única excepción, —Acarició su mejilla con los nudillos—, mi rosa que florece entre las llamas, pero nunca se marchita.

El fuego de Eiden y la naturaleza de Alice, tan distintas y opuestas, parecían haberse encontrado en un punto de equilibrio, un lugar donde, aunque el fuego quemaba todo a su paso, el agua de Alice no se evaporaba.

De repente, y sin previo aviso, Alice levantó la mano y le dio una bofetada. El sonido seco del impacto rompió la quietud del jardín. Eiden, sorprendido al principio, no apartó la mirada de ella. Marcado por el golpe, no mostró rabia ni resentimiento; al contrario, una ligera sonrisa se formó en sus labios. Lo esperaba.

Alice frunció el ceño. Había sido paciente, había soportado la angustia de creer que Eiden se

había acostado con su hermana, Kate, y aunque las palabras que él le había dicho antes habían aliviado una parte de su corazón, la herida que aquello había dejado necesitaba una bofetada para sanarse.

Eiden inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado, acariciando su mejilla que ardía por el golpe.

—Me lo merezco, —dijo con calma—. Te hice creer algo imperdonable, Alice. Te hice pasar por un infierno, haciéndote creer que me había follado a Kate. No espero que lo olvides ni que me perdones tan pronto. Nunca debí hacerte creer eso, Alice.

Después de unos segundos de silencio y con la intensidad del momento ardiendo entre ellos, Alice lo miró fijamente. Tal como había sido su bofetada, lo siguiente fue igual de repentino. Sin pensarlo dos veces, se inclinó hacia él y lo besó. Fue un beso fuerte, lleno de todas las emociones guardadas, de la tensión acumulada, y de los sentimientos que había estado ocultando durante tanto tiempo.

Eiden, jadeó en su boca por la sorprenda, el sonido de su respiración entrecortada se mezcló con el beso. El calor del momento lo envolvió por completo, y sin dudarlo más, le respondió con la misma intensidad, profundizando el beso. Sus manos se deslizaron con firmeza hacia la espalda de Alice, apretándola contra su cuerpo, cerrando cualquier distancia que quedaba entre ellos.

El beso se volvió cada vez más intenso, más apasionado, mientras sus lenguas se encontraban con desesperación. Ambos habían estado esperando ese momento durante demasiado tiempo. La necesidad de estar cerca el uno del otro se sentía, y el sonido de sus respiraciones se entrelazaba con los gimoteos que emanaban al unísono, incapaces de contener el deseo y la emoción que los consumía.

Eiden tragó la saliva de Alice, sintiendo el sabor de ella en su boca, y eso solo aumentó el frenesí del beso. Los labios de ambos se movían con urgencia, explorándose, probándose, dejando salir todo lo que habían contenido. Las manos de Eiden recorrían la espalda de Alice, presionando su cuerpo contra el suyo con más fuerza, queriendo sentir cada parte de ella.

El sonido de sus gemidos llenaba el jardín.

Eiden y Alice, atrapados en la intensidad del momento, escucharon los pasos de los guardias acercándose. El sonido de las botas golpeando el suelo los sacó bruscamente de su burbuja de deseo, y ambos, aunque a regañadientes, se forzaron a separarse, tratando de recuperar el control antes de que fueran vistos. Sus respiraciones seguían agitadas. Los labios hinchados y el brillo en sus ojos delataban lo que acababa de suceder.

Los guardias pasaron de largoEiden, siendo el rey, no perdió la compostura. Con una sonrisa calmada y una inclinación de cabeza casual, los saludó.

—Alteza —dijeron.

—Señores.

Alice les sonrió.

Los guardias le devolvieron el saludo y siguieron su camino, sin sospechar lo que acababan de interrumpir. Mientras tanto, Alice hacía todo lo posible por controlar su respiración y su nerviosismo, pero su piel estaba encendida y fregaba las piernas entre sí.

Cuando los guardias se alejaron, Alice se levantó rápidamente, con los ojos brillando por todo lo que sentía. Sin decir una palabra, extendió su mano hacia Eiden, quien la miró con sorpresa y curiosidad. Alice, lo cogió de la mano, y tiró de él. Lo guió sin palabras hacia dentro del palacio.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Eiden, aunque no hizo nada por resistirse. Su sonrisa traviesa lo delataba; quería ver hasta dónde llegaría la impulsividad de Alice.

Alice lo llevó a su habitación. Al llegar, sin titubeos, lo empujó suavemente hacia la cama. Eiden cayó sobre los suaves cojines. La sonrisa que antes tenía en el rostro se transformó en una expresión más seria cuando el deseo tensó sus pantalones.

Alice no dijo nada, pero sus ojos lo decían todo. Se giró con decisión y caminó hacia la puerta. La cerró con un leve clic. Tras cerrar la puerta, se quedó de espaldas a Eiden. Con un movimiento suave, Alice dejó caer el vestido que llevaba al suelo. La tela resbaló lentamente por su cuerpo, cayendo en una suave cascada hasta sus pies, revelando su piel pálida y perfecta bajo la luz tenue que se colaba por las ventanas.

Eiden, sentado en la cama, no apartaba la mirada de ella. Sus intensos ojos, seguían con deseo cada centímetro de su piel que quedaba al descubierto. Se detuvo en su trasero, y bordó caminos de fuego en él con la mirada.

Alice, con elegancia, se inclinó y, con la misma lentitud, dejó caer su ropa interior al suelo, dejándose desnuda ante él. Aunque no lo miraba directamente, podía sentir los ojos de Eiden quemándola, recorriéndola sin perder detalle. Aprovechó el agacharse para abrir las piernas y que el rey viera no solo lo que ocultaba entre sus nalgas, sino lo empapada que tenía su parte delantera.

—Alice... —murmuró su nombre con intensidad. Lleno de deseo. Le encantaba nombrarla—. Eres como una diosa ante mí, perfecta, inaccesible... y sin embargo, aquí estás, regalándome el privilegio de verte como ningún otro lo ha hecho.

Alice cerró los ojos sin darse la vuelta y notó cómo las palabras tiernas de Eiden tenían un efecto afrodisíaco para ella. Tanto que las gotas de fluidos empezaron a correr desde sus labios vaginales por sus piernas.

Él lo notó, claro que lo hizo y siguió.

—Eres la luz en medio de mis llamas, la única que puede caminar entre el fuego y salir intacta. Y no sabes cuánto te deseo. Es la primera vez que el agua es como gasolina para el fuego.

Eiden se levantó de la cama y se le acercó.

—No solo quiero tenerte en mis brazos, Alice. Quiero adorarte, cuidarte, porque, aunque mi fuego quema todo a su paso, prefiero quemarte con placer. Prometo que mis llamas jamás te quemarán, sino que te protegerán. Soy capaz de obsesionarme contigo.

Le dio la vuelta y pegó la espalda de Alice contra la puerta. Acarició su silueta desnuda y descendió con una mano por los pliegues de su sexo. Abrió sus labios vaginales y ella jadeó. Sus piernas temblaron y las abrió para él, sin embargo, necesitaba comprobar que era suyo y no de su hermana. Le señaló el suelo y levantó el mentón con orgullo.

—De rodillas —susurró Alice con voz melodiosa.

Eiden ahogó un jadeo. Ella no sabía cuánto adoraba sucumbir a sus exigencias. Se arrodilló y levantó su fiera mirada para observarla, como un fiel esclavo que en algún momento llevaba corona. Alice se señaló la entrepierna y él lo entendió. Ahogó sus jadeos entre sus piernas y dejó que la lengua se perdiera en su interior. Esa vez la dejó cantar mientras gemía y sus pupilas se dilataron, para disfrutar de su placer como si fuera propio.

Capítulo 47: Dueña del rey.

Como un buen felino, odiaba el mar. Tras varios recuerdos dolorosos tenía terror a las profundidades. Pensó que, si se perdía en el vasto océano, un Kraken lo arrastraría al fondo y que la sensación de asfixia, le arrancaría del mundo y el sentido, tal como cuando era un niño y su padre adoptivo le ejercía castigos.

Estaba hecho de fuego que ardía en sus venas, que se movía en la pupila de sus ojos y que emanaba de sus fauces cuando rugía. El color rojo de su melena era una representación al fénix que podía ser algunas veces para trazar líneas en el cielo. Sin embargo, a pesar del miedo, del terror al mar, al agua, adoraba a una mujer que nació para estar en las profundidades.

Podía rozar su cuerpo sin arrepentirse y por primera vez en su vida le rogó que lo arrastrara al fondo. De sus emociones, de sus sentidos, de su placer. Como una sirena elevó los gemidos y los hizo cánticos que, aunque pudieron hipnotizar a cualquier capitán bucanero, en ese momento solo fue él, quién la escuchó. En otras ocasiones ignoró la posesión que la sirena ejercía en su cuerpo, pero esa vez no fue así. Dejó que la melodía le penetrara y no en el cuerpo, sino en el alma. Rebotó por su ser y la acompañó en la melodía, tan fascinante y ardiente que juró ver vapor emanar del cuerpo de la mujer a la que estaba amando. Dejó de estar arrodillado para acostarla, aunque eso no significaba que hubiera dejado de besar por donde pisaba.

—Eiden… —le gimió en el oído, mientras sus enormes manos le quitaban la ropa interior, dejando caricias permanentes en su piel.

—Dime, princesa —le respondió, con los labios pegados al cuello.

—Soy virgen. —Eiden cerró los ojos al escucharla. Jamás había imaginado que el agua ejercería en él un efecto igual a la gasolina.

—¿Quieres que sea yo? —preguntó. Levantó la cabeza para mirarla a los ojos—. Si en este momento me dices para, lo haré. En cambio, si me pides seguir, no pararé hasta gritarte que soy tuyo mientras estallas.

Alice gimoteó solo por escucharlo. Cogió su mano y la guio a su entrepierna. Eiden gruñó y apoyó la frente contra la de ella. Se miraron a los ojos y mientras ella trazaba lamidas húmedas en sus labios, el fuego del rey se deslizó entre sus pliegues. Alice gimoteó y arqueó la espalda. Era la primera vez que alguien se introducía en ella y los dedos de Eiden no eran precisamente pequeños ni finos. Llevó ambas manos al brazo del rey y él se detuvo. La miró con atención y se perdió entre las sábanas.

—Relájate, voy a estimularte hasta que no pienses en nada más que en placer. Haré que tu interior se convierta en una piscina resbaladiza que me lleve directo a tu punto G. Solo cierra los

ojos, Alice. Prometo elevarte hasta el mismísimo sol.

Y claro que lo hizo. La boca de Eiden dejaba oleadas calidad por el clítoris de Alice. Sus mejillas se empaparon de lágrimas que se evaporaban por el calor que las teñía. Cogía las sábanas y tiraba de ellas mientras su espalda se arqueaba y sus piernas tiritaban. Apretó los dedos de los pies y flexionó las rodillas. Notó cómo los fluidos se le deslizaban por su hendidura y eran recogidos por los dedos del Rey.

Lo escuchaba sorber, lamer, y así lo estaba haciendo. Cuando Alice llevó la mirada hacia él lo vio observando cada una de sus muecas de placer mientras su lengua le recorría sin el mínimo pudor. Levantó una mano y apretó sus pechos, la intensidad fue subiendo cuando apretó uno de sus pezones y tiró. Aunque quería ser suave, era demasiado para él contenerse sin verla saltar.

Junto los labios alrededor del clítoris de Alice y empezó a sorber. Ella abrió la boca y su cadera se movió sola en convulsiones contra su boca. Apretó las rodillas alrededor de la cabeza de Eiden y él sujetó su cintura. No se alejó, no se detuvo. Siguió sirviendo y su saliva deslizó entre sus labios vaginales.

—¡Ah, ah! —gritó en cánticos Alice y empezó a sollozar—. ¡Es demasiado! Eiden, ¡Eiden!

El fuego en la mirada del rey se encendió por completo, como dos faros ardientes. Aumentó sus absorciones y la vio retorcerse debajo de él. Sintió sus manos en el pelo y cuando la mirada de ambos conectó dándose paso entre el placer, Alice estalló.

—¡Ah! —Echó la cabeza hacia atrás y se llevó dos manos al pelo, donde tiró de él. Eiden abrió la boca al máximo y empezó a beber de aquel elixir de la felicidad.

Gruñó cuando metió la lengua entre sus paredes y ella se encorvó. Al rey no le hizo falta más para verla tener otro orgasmo. Entornó los ojos y apretó sus nalgas. Le levantó el trasero para llevarla más hacia su boca y probó cada recoveco de su interior.

Cuando sacó la lengua, sus ojos brillantes y sus mejillas sonrojadas daban un punto de atractivo a su lengua que seguía fuera con un hilo de saliva que la conectaba con el interior de Alice. Ella lo observó y jadeó. Comprendió el significado del fuego y se mordió el labio inferior mientras se negaba a sí misma a impedir quemarse de nuevo.

Se inclinó hacia su boca y la besó, fiero, cortó. Hizo que ella misma se probara y cuando le arrancó un quejido, mostró sus colmillos en una amplia sonrisa mientras sus mechones largos cayeron sobre su rostro.

—Me tienes de rodillas —le susurró sobre los labios—. Voy a cumplirte la fantasía de verme postrado a tus pies. Así, si algún día este villano te decepciona, recuerda que solo se inclinó ante ti.

Le acarició la mano y con una delicadeza única, la guió hasta el borde de la cama. Le indicó que se levantara. Él se arrodilló, levantó una pierna de Alice sobre la cama y la otra la abrió. Se colocó cerca de su intimidad, pero no se acercó. La vio jadear y sonrió.

—Montame la boca, princesa. Ponme riendas, dame un camino que solo me lleve a ti.

Alice lloraba. Nunca se había sentido tan acalorada, llena de placer y a la vez con tanto amor recorriéndole el cuerpo. El corazón se le subió a la garganta cuando la boca de Eiden chocó con su intimidad y aunque inexperta, supo moverse y encontrar el placer. Enredó los dedos por la larga cabellera roja del rey y se perdió en movimientos que sonaban húmedos por toda la habitación. Juró que las piernas le fallarían, pero él la sujetó de los muslos para elevarla y que siguiera llevando el control. Ella empezó a gemir. El sudor le dejaba la piel perlada, como si se encontrara en el mismísimo mar. Saltó sobre su boca y cuando escuchó que Eiden rugía y la premiaba con un azote en el trasero, se dio cuenta de lo bien que lo estaba haciendo.

Movió la cadera en círculos y bajó la mirada. Lo observó con los ojos cerrados, centrado en complacerla. Tan sexy y acalorado que quitaba el sentido. Fue imposible no explotar. Los chorros cayeron por la cara del rey, el squirt no había sido pequeño. Escuchó el sonido y quiso retener la máxima cantidad en su boca, pero de sus fauces se resbaló pequeñas hileras de fluidos que murieron por su cuello.

Alice no pudo soportar tanta intensidad. Se abalanzó sobre Eiden y lo tumbó en el suelo. El rey jadeó en su boca y siguió el beso desenfrenado que la joven le estaba dando. Mientras tanto, averiguó senderos de pasión que se extendían por su espalda y morían en sus nalgas, donde le apretaba y la escuchaba gemir una vez más. Llegó con una mano a su nuca y mientras ella lo abrazaba y se pegaba a su cuerpo, él jugó con su lengua y sus sentidos. Ambos jadearon a la vez, se quitaron el aire y aumentaron las ganas. Sin embargo, la joven tenía otros planes.

Despojó al rey de la ropa que le quedaba y aunque podría ser una fechoría ante la corte, se postró, pero hacia su miembro.

Eiden cerró los ojos y se mordió el labio inferior cuando sintió el primer lametazo.

—Haz lo que quieras —pidió—. Soy tuyo, princesa.

—Sigue.

—¿Qué?

—Diciendo que eres mío.

Eiden tragó saliva y sus pupilas volvieron a dilatarse. Su voz lo llevaba a un límite que ninguna otra podría.

Alice absorbió la punta rosada y húmeda.

—Soy tuyo —jadeó.

Lo masturbó mientras su lengua lo recorría de arriba abajo.

—Soy tuyo.

Llevó la lengua hasta los testículos donde le absorbió. Luego volvió a subir y chupó con fuerza los fluidos que lo envolvían.

—Soy tuyo —gruñó. Apretó los dientes después.

Alice sonrió y movió la mano con más rapidez. De arriba a abajo. Apretó y dejó que las venas se le marcaran.

—Ah, joder… —gimoteó—. Soy tuyo.

Cuando sin previo aviso la tragó la garganta, no importaron las arcadas, Eiden se rompió y se llevó una mano al pelo mientras gritaba.

—¡Soy tuyo! ¡Follame, hazme lo que quieras!

Alice cerró los ojos. Sus mejillas se sonrojaron más, pero lo que notó fue el orgasmo que recorría entre sus piernas solo por escucharlo. Él se percató de eso y jadeó. Gruñó y se llevó ambas manos a la cabeza.

—Te acabas de correr solo por escucharme —gruñó. Cerró los ojos—. Nunca nadie me ha llegado a excitar tanto. No voy a cansarme de darte orgasmos hoy.

Alice empezó a tragársela. El dolor en su garganta llegaba a ser insoportable, pero no la sacaba.

—Cuidado, no quiero que te lastimes. —Pero a ella le dio igual para hacerle garganta profunda de golpe—. ¡Joder!

De todas formas, apenas hablaba, le daba igual acatarrarse.

Eiden se contrajo. La dejó hacerle lo que quisiera, tal como le había dicho. La observó mover la cabeza, subir y bajar el miembro que se encallaba en su garganta. Lo envolvía con la lengua, ahuecaba las mejillas y absorbía como si su vida dependiera de ello.

Alice recogió los fluidos que le caían por las piernas y alargó el brazo para llegar a la boca de Eiden, la cual acarició y mojó con ellos.

—Mm… Princesa… —ronroneó como un gato. Alice levantó la mirada al escucharlo, asombrada por ese sonido.

Eiden lamió sus dedos y mientras lo hacía, siguió ronroneando. Le sujetó la mano y le pegó a su boca. Dejó pequeños mordiscos sin clavar los dientes del todo y sacó de nuevo la lengua. Apoyó la mejilla en su mano y movió hacia arriba la cabeza, dándose una caricia con ella. Cuando volvió a observarla a los ojos, fue para ver cómo el semen le salía por la boca.

—Soy tuyo —dijo con una voz gruesa, mientras todo su cuerpo se estremecía.

Alice cerró los ojos y tragó. No estaba acostumbrada a ello y tampoco a tanta cantidad, pero lamió y tomó de él lo máximo que pudo. Era su recompensa, lo que había deseado desde que empezó a besarlo cerca de los rosales.

Cuando el orgasmo se había calmado, Eiden le acarició los labios y se los limpió. Se acercó a ella y sin asco, lamió para terminar de limpiarla. Acto que le demostró a la sirena lo obsceno que era su hombre de fuego. Él sonrió y ella se vio contagiada por tan hermosa y genuina sonrisa ladeada y atractiva.

Eiden la sujetó por la cintura y la movió hasta sentarla a la orilla de la cama.

—Dime un número, del uno al diez. —Alice arqueó las cejas, siendo evidente su confusión—. Tu elige. No te pases, no elijas diez.

Alice torció el gesto. Solo por darle la contraria, levantó los cinco dedos de cada mano. Eiden dejó salir una risita.

—Créeme no quieres diez. —Alice ladeó la cabeza y volvió a poner los dedos levantados—. Alice, elige un número más bajo. —Ella negó con la cabeza—. ¿Segura? —Asintió—. Vale.

Abrió sus piernas y le hizo fuerza levemente en el pecho para que se acostara. Ella obedeció mientras él le doblaba las rodillas y la dejaba abierta por completo. Eiden seguía en el suelo, desde ahí tenía una vista perfecta de lo abierta y húmeda que se había quedado Alice.

—Necesito cuerdas —susurró. Luego la observó—. ¿Me das permiso para atarte? ¿Confías en mí?

Ella asintió y en un abrir y cerrar de ojos las sogas se habían apretado alrededor de sus piernas y de ellas a la cama. Las cuerdas las mantenían abiertas y con las rodillas flexionadas. Eiden se agachó nuevamente en el suelo deslizó los dedos por su intimidad y apretó el clítoris. Lo empezó a fregar con el dedo gordo de una de las manos y con la otra, metió tres dedos en ella, lento. Encontró la tela que le aseguraba la virginidad y la dejó intacta. Se perdió en su interior hasta encontrar su punto G y cerró los ojos.

—Vamos a empezar, coge aire. —Alice no lo entendía hasta el primer movimiento. Un solo movimiento bastó para hacerla correr con un potente chorro. Fue tan repentino que incluso se avergonzó—. Uno —contó Eiden y Alice lo comprendió. El diez era la cantidad de squirts que iba a sacarle con los dedos. Y siguió golpeando, rasgando, fregando. Bajo y le mordió uno de los labios vaginales—. Dos… —susurró. Alice se encorvó. Empezó a llorar. No había segundo en el que no sintiera placer. Lo miraba, intentando saber cómo lo hacía, pero no había nada más que sus manos—. Tres, princesa.

—¡Aaaah! —golpeó la cama con los puños y se retorció. Sus piernas intentaron centrarse por inercia, pero no pudieron y esa restricción de las sogas le excitó más.

—Cuatro.

—¡Eiden!

—Cinco.

Los chorros salían uno tras otro. No había descanso. Detrás de una oleada de placer venía otra. El calor en el interior de Alice se volvió abrumador y lloró a lágrima tendida al no poder gestionar tanto placer junto. Empezó a jadear, a gimotear y se mordió la mano. Eiden le mordió suave por la ingle.

—¡Ay!

—No te cubras la boca —le advirtió—. Quiero escuchar cada uno de tus gritos. —La escuchó. Cerró los ojos un momento y jadeó—. Seis…

—¡Espera, espera! —Le sujetó el brazo con ambas manos, pero está vez Eiden no se detuvo.

Sus dedos siguieron llenándola sin parar. No la dejaba de estimular a cada rato y vio cómo su estómago saltaba, incapaz de contener tanto placer.

—Siete, mi amor… —gruñó.

Alice lo empujó desde la nuca y lo llevó a su boca. Lo besó para callar gritos de desesperación y lo miró a los ojos.

—¿Cómo me llamaste? —gimoteó Alice.

—Mi amor. —Eiden ahogó un gruñido en su boca—. Ocho.

—¡No puedo más! —suplicó cantarina.

—Quedan dos y creo que los voy a sacar de otra manera. —Alice escuchó el sonido de un plástico rasgándose. Eiden se inclinó sobre ella y el miembro se deslizó en sus entrañas. Ella se arqueó, pero a su sorpresa, no hubo dolor—. Te he estimulado tanto que no te duele, ¿verdad?

Gimió como respuesta. Estaba estrecha y lo estremecía demasiado, pero no había dolor para ella. Solo saltó cuando Eiden rompió aquella tela que había notado con los dedos. La abrazó con fuerza y calló su dolor con pequeños besos en los labios.

—Eiden… —lo llamó.

—Ya está… —Besó cada una de sus lágrimas y la estrechó contra su cuerpo—. Ya está, mi vida. Te lo quité amándote, esto no es sexo, ¿me escuchas? Te estoy amando con todo mi ser.

Alice tembló y lo abrazó por la espalda. Apoyó la frente en su pecho y cambió el llanto por una suave y tierna sonrisa.

Cuando Eiden empezó a moverse, los dos gimieron a la vez.

—Nueve —le susurró en la boca. La besó y sonrió mientras la miraba fijamente a los ojos, al igual que ella—. Diez.

Pero no fue el último, porque el día y la noche pasaron y Eiden no se detuvo. Alice tampoco se lo pidió, deteniéndose solo cuando perdió el conocimiento.

Cuando se despertó, observó a Eiden mirándola mientras le acariciaba las facciones del rostro.

—Bendito océano el de tus ojos, quién fuera náufrago.

—Me gusta más la lava que hay en tu mirada —susurró, para no cantar en voz alta y que hiciera algún efecto en él.

—¿Te quema?

—Me hace arder.

—¿Y te gusta esa sensación?

—No dejes de dármela nunca.

—Ahora mismo quiero que mi volcán estalle.

—Y yo quiero quemarme.

Alice lo besó. Se subió sobre él y como algo encallado, movió la cintura y lo llevó a su interior.

—El condón, Alice…

—Shhh… —Le deslizó el dedo por los labios—. Calla.

—Alice…

—Aguanta.

—Me vuelves loco, no puedo soportarlo.

—Tendrás que hacerlo. —Empezó a moverse. Eiden entornó los ojos y le apretó la cintura.

—Princesa, basta.

—Ahora eres tú el que se está quemando. —Saltó y Eiden se contrajo. Le pidió con la mirada que parara, quería correrse, pero el peligro la excitaba más, por lo que sus movimientos frenéticos aumentaron—. Dijiste que te follara y te hiciera lo que quisiera, ¿no?

Eiden asintió. El placer y el cantar de Alice lo dejaban sin sentido común. Se dejó, ella le llevó las manos al reposacabezas de la cama y lo ató con la manga de la camisa. Podía soltarse, pero ella lo dominaba al punto en el que no lo hizo.

Eiden gruñó, sus colmillos se apretaron y lastimaron levemente su labio inferior. La sangre fue lamida con suavidad por Alice y mientras se enloquecía encima suya, marcó con las uñas su pecho.

—Dime qué sientes —le pidió, entre jadeos.

—Que te amo —confesó Eiden. Alice gimió y se estremeció—. Mira cómo me tienes Alice. Podrías matarme y yo pedirte perdón por mancharte con mi sangre.

—Quiero torturarte con placer por tenerme secuestrada aquí. —Eiden cambió la expresión y abrió al máximo los ojos—. ¿Creías que no lo sabía?

—Adelante —asumió—. Tortúrame.

—Tienes prohibido correrte, recuerda que no llevas condón. Además, soy muy fértil.

Dicho eso, Alice no se cortó ni un pelo. Era virgen, pero lo que no le había contado a Eiden es que en el infierno había visto de todo y que la mantenían virgen solo para que fuera espectadora y así los demás se excitaran más. La práctica no la tenía, pero sí la teoría. La llevó a cabo. La cama empezó a sonar junto al ruido de chapoteos que formaban sus cuerpos al unirse. Eiden gruñía y dejaba pequeños gritos junto a los de ella. La vio correrse, se levantaba con las rodillas y dejaba la punta del miembro dentro de ella mientras que lo hacía para que sus paredes vaginales lo apretaran con el bombeo. Lo estaba enloqueciendo. Eiden sudaba y levantaba la pelvis con el fin de que siguiera. El placer que sentía le subía por el estómago y lo impulsaba a gritar. Cuando sentía que habían salido algunas gotas, movía la cintura y la sacaba para que Alice lo limpiara con la boca. Sin embargo, no se corría. Ahí estaba el rey, obedeciendo a su princesa.

Alice se tumbó sobre él y le mordió el cuello. Le dejó marcas de chupones y empezó a subir y bajar la pelvis. Sobre ella, Eiden vio como su trasero subía y bajaba a modo de baile sensual. Entornó los ojos y apretó la tela que le ataba las manos con tanta fuerza, que se escuchó un desgarro.

—Así no, ¡así no! —bramó, pues era tanto el placer que iba a correrse.

—Aguanta.

—¡Alice! —Aumentó la rapidez y la fuerza. Eiden salto debajo de ella—. ¡Oh, ah!

—Voy a correrme —susurró ella.

—¡Y yo, para!

—No.

—¡Alice!

—Puedes apartarme y no lo haces, estás disfrutando de que te domine.

Las mejillas de Eiden se encendieron más que sus ojos. Echó la cabeza hacia atrás y cuando iba a correrse, Alice la sacó y le cubrió la uretra con el dedo.

—¡Deja que me corra! —le suplicó.

Alice vio una lágrima recorrer el rostro del rey. Se acercó y lamió el recorrido. Una vez en el ojo, lo besó.

—Di de quién eres una vez más.

—¡Tuyo! —gritó ronco, mientras ella le soltaba el miembro y lo dejaba estallar, empapando todo alrededor.

Alice agrandó la sonrisa, mientras se corría ella misma mirándolo, acariciándose el clítoris.

—Buenos días —le cantó. Eiden, con la boca abierta, ladeó la cabeza para mirarla.

—He creado un monstruo.

Alice se echó a reír al escucharlo, pero tenía razón, porque no lo soltó por el resto de la mañana.

Capítulo 48: Escamas púrpura.

En la oscuridad, entre dos árboles señoriales, un fuego extraño emergió, pintando el camino de colores morados eléctricos. Alexa detuvo su camino. Había seguido un extraño cuervo que, al parecer, vigilaba el sueño de Raúl. Aunque no era muy lógico adentrarse en el bosque a seguir unas luces extrañas como quién sigue caramelos hasta la ratonera, o a la casa de una bruja con chocolates. su espíritu aventurero hizo más que su cordura y se acercó a la primera luz.

El fuego desapareció y apareció unos pasos más adentro del bosque. Asombrada, pudo distinguir que lo que estaba siguiendo era un fuego especial. Solo quemaba aquello que quería.

La nueva llama se quedó estática, pero frente a ella se abrió un camino de fuegos que la dirigían a un inhóspito lugar del bosque. Era lo que necesitaba para ocupar su mente. Sonrió con seguridad y empezó a caminar, siguiendo el color morado.

La oscuridad del bosque se hacía cada vez más intensa cuánto más se adentraba en la maleza, hasta tal punto que ni siquiera oía a ninguna criatura. "*Ven, ven*" parecían decirle con las manos, indicándole que siguiera su camino. Alexa siguió caminando hasta que las luces dejaron de existir, quedándose en una completa oscuridad. Un soplo de aire húmedo y caliente, le azotó el cuerpo. Incapaz de quedarse en la mera interrogante, sacó el móvil e iluminó con la linterna.

No tardó mucho en darse la vuelta y chocar con el hocico de un dragón gigantesco, cuyas escamas moradas brillaban con el fulgor del fuego. La criatura gruñó ligeramente, y abrió sus ojos reptilianos como lo haría un humano cualquiera cuando su madre le abre las cortinas para que entre la luz del sol.

El dragón bufó, le enseñó sus dientes afilados y se extendió en el aire, mostrando toda su magnitud y estirando sus colosales alas.

—¡Dios! —gritó la bruja. Asombrada, tropezó y se cayó de culo. Apoyó las manos en el suelo y sin importarle el dolor en sus nalgas, levantó la mirada. Se quedó con la boca abierta, maravillada. Era un dragón, algo que jamás imaginó ver en un mundo como Dolwill, donde, aunque la magia sí existía, no los seres míticos. O eso creía.

Se levantó del suelo y agrandó la sonrisa. Elevó la mano hacia las estrellas, como si pudiera tocar, aunque fuera una pequeña parte de aquel majestuoso animal. Se veía ilusionada y con las mejillas del color de su pelo, por la emoción que sentía en su pecho. Siempre había sido una gran lectora de fantasía y ese, sin duda, era un sueño hecho realidad.

La criatura inspiró una bocanada profunda de aire y su pecho de iluminó por las llamas que contenía dentro, como una señal de amenaza a la joven pelirroja que lo miraba como si fuera un gatito adorable y grande. Se agachó y empezó a dar pisotones a su alrededor, haciendo vibrar la

tierra. Eso provocó que Alexa cayera de nuevo al suelo. Acercó su hocico a ella y gruñó como la bestia que era.

Alexa estaba tan maravillada que el terror salió solo cuando el hocico del animal la tocó. Dio un pequeño gritito y puso las manos en sus escamas, sin hacer fuerza, dándole pequeños golpecitos para calmarlo.

—¡Soy teñida! —gritó y empezó a hablar sin control por el nerviosismo—. ¡Tengo un sabor horrible, te lo prometo! El tinte seguro que te sienta mal, es químico. Y mira, sí tengo barriguita y caderas, pero, pues grasa, nada nutricional. Solo, te daría una indigestión, ¡no quiero que te indigestes!

El dragón la miró un par de segundos más, en silencio, hasta que se incorporó, abrió sus fauces y de ellas salió un fuego demoledor que arrasó con todas las hectáreas alrededor de ellos.

—Ay madre del amor hermoso —murmuró Alexa. Se puso en cuatro y empezó a intentar huir gateando—. No eres muy amigo de los bomberos, ¿verdad? Ya me lo decía mi madre, fumar es malo. Bueno, no fumas, pero… El humo seguro que te lo tragas.

En medio del fuego y de los brillantes tonos anaranjados, la criatura se cernió sobre ella agarrándola de la ropa en el aire. Alexa cerró los ojos con fuerza, temblando de arriba a abajo mientras notaba como una fuerza superior a ella la hacía flotar sobre el suelo.

—Por favor, no me mates… —susurraba sin atreverse a abrir los ojos, moviéndose como un flan.

—Ejem —soltó la bestia, con una voz demasiado humana como para pertenecer a un dragón.

Alexa abrió un solo ojo. Sí, estaba en el aire, sí, todo estaba en llamas. Pero lo que le sujetaba de la ropa era una mujer tan grande como un oso, con el pelo blanco semi recogido hacia atrás, con una expresión seria y retadora al mismo tiempo, y los mismos ojos que compartía con el dragón.

—¡Ay la madre! —gritó, la joven bruja con un chillidito detrás—. ¡La bestia me mató y estoy en el cielo! —Miró las llamas—. ¿Infierno? Vale que me tiré a un demonio, pero ¿tan malo es eso? —Se quedó mirando a la mujer que tenía en frente y sonrió—. ¿Premio o castigo?

La gigante peliblanca puso los ojos en blanco, un gesto demasiado mortal para la belleza devastadora que irradiaba, mezclada con el aura de una guerrera.

—¿Es que nunca paras de hablar? —gruñó con su voz profunda que se le caló a Alexa hasta los huesos.

—Mira, justo eso me dice mi hurón. —Pestañeó. Se quedó en silencio, un segundo, dos, no lo soportó—. ¡Me voy a morir si estoy callada! Dime, ¿me vas a ahorcar o algo? ¿Dónde voy a cumplir condena en el infierno este?

La mujer sonrió de forma ladeada, arrogante.

—Ya te gustaría a ti que te ahorcara. —Y la dejó en el suelo, simplemente soltándola.

—Pues no, la verdad. Escucharía el crujido y me dejarías tiesa, no es un sueño que tenga desde pequeña el que me revienten el cuello. —Empezó a mirar por todos lados—. ¿Y el dragón? Era precioso y no pude hacerle ni una foto.

La mujer la miró desde arriba, se llevó la mano a la boca y tosió fuego, para luego cruzarse de brazos esperando su reacción.

—Tienes que tratarte ese COVID.

La peliblanca se pellizcó el entrecejo.

—Soy la dragona, imbécil de segunda categoría.

—¿Lo de segunda categoría son tus apellidos? —Luego cayó en la cuenta—. ¡¿Eres el dragón?! —Se levantó del suelo emocionada—. ¡Contágiame de eso!

—No te voy a contagiar una mierda, joder. Estaba durmiendo tranquilamente y tú me has despertado. Solo por eso me entran ganas de comerte viva.

—No creo que al comerme estuviera viva.

Alexa volvió a quedarse tildada y alrededor de ellas se instaló un silencio incómodo. Forzó una sonrisa y se encogió de hombros.

—Estaba siguiendo unos fuegos fatuos. Cúlpalos a ellos.

—¿Fuegos fatuos? —repitió la mujer dragón para sí misma, colocando una mano sobre su mentón, pensativa—. Supuestamente te conducen a tu destino… —La repasó de arriba a abajo con la mirada—. Pero ¿qué tendrás tú de especial para guiarte hacia mí? —gruñó mientras caminaba hacia ella, obligándole a retroceder hacia el fuego.

—¿Algo especial? —Fue caminando hacia atrás, hasta que las llamas le impidieron dar un paso más. Tragó saliva—. Hace unos días me tatué un hurón en la nalga. Quizá es eso.

—Sí, me he dado cuenta de que tienes exactamente la misma idea que yo —afirmó sarcásticamente.

—¿Qué idea? —Al estar tan cerca de las llamas, el calor empezaba a quemarle la piel. Detuvo la mano en el pecho de la mujer y dio unos pasos al frente para dejar espacio entre ella y una quemadura segura.

—Pues la que no tenemos ninguna de las dos, tonta —dijo dándole un pequeño toquecito en la frente que desequilibró a Alexa lo suficiente como para inclinarse de espaldas a las llamas, hasta que la mujer la detuvo agarrándola por la espalda baja. Suspiró y negó con la cabeza—. En fin, ¿has visto a mi hermana por casualidad? Lleva días sin vernos a mí o a Alice. Además, el rey me echó y los portales no funcionan.

—¿Alice? ¿Quién? ¿Qué rey? ¿Portales? —Alexa bajó la mirada hacia donde la sujetaba. Apretó las manos en sus brazos y golpeó por los músculos—. Eres el único dragón que conozco, no sé de quienes hablas. Lo siento.

—Alice no importa, hablo de Katerina —explicó—. Alta, pelo blanco, que te folla con la

mirada, y esas cosas.

Alexa abrió la boca dibujando una “O” en ella y se llevó las dos manos para cubrirla.

—¿Qué clase de don es ese? El de follar con la mirada. Yo lo quiero.

La mujer suspiró y la soltó. Empezó a caminar muy cerca de las llamas, incluso entre ellas como si se tratase del vapor reconfortante de una ducha caliente.

—He venido aquí a propósito para hablar con ella. Llevo buscándola todo el día, pero no la he encontrado, por eso decidí darme una pequeña siesta hasta que tú llegaste.

Alexa suspiró hondo y se movió para alejarse lo máximo que pudo del fuego.

—Siento mucho haberte molestado. Es más, te invito a mi casa, puedes echarte una ducha y dormir cuánto quieras. Vivo sola con mi hurón y una amiga. No serás una molestia.

Bella descendió los hombros en un suspiro y se desabrochó los primeros botones de la camisa blanca, hasta su pecho.

—Sí, vale, estaría bien un baño.

—¡Genial! ¿Luego podría hacerte una foto como dragón? —Le dio un toque en el hombro—. Es como recuerdo.

La mirada de la mujer clavada sobre la suya como cuchillas, fue suficiente contestación para Alexa.

—Emm… Vale. —La bruja se encogió de hombros y como no, siguió hablando—. ¿Cómo te llamas?

—Bellatrix. Pero mis amigos, que no tengo, me llaman Bella.

—¡Puedo ser tu amiga! —Le señaló el fuego—. Sácame de aquí y te guío hasta mi casa.

Con el semblante muy serio, extendió sus gigantescas alas en su espalda y sin avisar, agarró a Alexa para cargarla en brazos y subir al cielo.

—Más te vale conducirme de verdad a tu casa y no a una trampa, o te dejaré caer desde aquí arriba.

—No, yo… —La asustó dejando de sujetarla momentáneamente unas décimas de segundo—. ¡Ah! —Se aferró a su cuello, abrazándose a ella con todas sus fuerzas—. ¡¿Para qué iba yo a meterte en una trampa?!

—Me has dicho que vives con un hurón, y el olor que ronda cerca de ti es de un hombre sudado. Hay cosas que no encajan.

—Eres una desconfiada, mi hurón es un familiar que se convierte en hombre, se llama Raúl. De verdad, que paranoica. —Le echó aire a la cara como si fuera un gato al que espantar.

—¿Ves? Datos que faltaban. En fin, condúceme ya.

—Por allá —señaló—. ¿O era por allá? —Señala a otro lado—. ¡No, no! ¡Por ahí!

—Decídete o te dejo caer de verdad, niña.

—Ostras, creo que vas en dirección contraria. —Señaló a sus espaldas.

—Los mortales merecéis extinguiros como especie… —susurró para sí misma—. A ver, última oportunidad, ¿por dónde coño es?

Alexa se fija en el bosque y logra ver a lo lejos el pueblo y la colina.

—¡Por ahí! —gritó cerca de su oreja que por poco la deja sorda.

Bellatrix tomó aire. Fue a toda velocidad por el aire en esa dirección, tan rápido que incluso Alexa sintió el vértigo en su estómago. Antes de darse cuenta, la peliblanca ya se había detenido en el aire.

—¿Es esa casa de la colina? —preguntó Bella.

—Sí —balbuceó—. Pero no vayas tan rápido que todavía te vomito encima.

—No me hubieras pedido que te llevara —soltó, dejándose caer en picado hasta aterrizar con gracia en el suelo.

Alexa se había aferrado a ella completamente espantada al bajar de esa manera. Cuando llegó al suelo no se soltó. Iba con los ojos abiertos cual conejo asustado y temblaba como unas marcas sin poder sostener el equilibrio o querer soltarse.

—Amo mi vida, amo el suelo —susurró con la voz temblorosa.

Bella la dejó en el suelo, para su suerte, no de forma brusca. Avanzó hasta la casa y sin pedir permiso, abrió la puerta de par en par. Avanzó hasta el salón y comenzó a desnudarse allí mismo. Empezó por la camisa.

—¿El baño? —preguntó mirando a la pelirroja.

Alexa corrió con ella y le sujetó los botones de la camisa junto a la camisa para que parara de desnudarse ahí.

—Ay madre, espera. —La cogió de la mano y le dio un suave tirón para que la siguiera—. Te doy toallas y algo para ponerte después, no vaya a ser que te vea un vecino por la ventana y se crea que una de mis novias gusta de hacer nudismo.

De uno de los armarios de su habitación sacó varias toallas limpias. Se las dio y la guio hasta el baño.

—Ahí tienes todo lo que necesites. —Señaló los jabones—. Iré a que Raúl me deje algo de ropa, lo mío te quedará muy pequeño.

—Gracias. —Y cerró la puerta del baño.

Alexa suspiró e hizo pucheros como una niña pequeña.

—Debí dejar que se desnudara en el salón. —Entornó los ojos y entró a la habitación de Raúl. Él estaba acostado con un pan en la boca. En algún momento se había despertado con hambre—. Te ves más relajado que de costumbre.

—¿Tú sabes si una mujer con ojos rojos puede tener Instagram? —preguntó. Levantó el móvil y lo zarandeó—. Solo veo humanas por ahí.

—¿Y a mí qué me preguntas? Voy a cogerte ropa —informó, aunque ya había abierto el

armario—. Invité a una dragona a dormir.

—Tus amigas cada día son más raras —reaccionó—. Espera, ¡¿qué?! Eso tengo que verlo yo.

—No incordies, es muy desconfiada.

Raúl se convirtió en hurón y salió corriendo al salón. Derrapó en la esquina que daba al sofá, sus patitas se movieron cogiendo carrerilla y brincó. Se colocó en el respaldo, hecho una bolita y atento a cuando saliera del baño.

Los minutos pasaron, y la puerta del baño se abrió. El vapor salió de él en cantidad, pero no fue lo único, pues también apareció Bella, enrollada en una toalla. Iba con cuidado de no chocar con el techo del marco de la puerta con su pelo blanco y mojado.

—¡Alexa! ¿Tienes la ropa que me habías dicho?

Sus sensores detectaron algo extraño, le dio un pequeño tic en la ceja y su vista se dirigió al hurón que la miraba como un animalillo indefenso.

—¿Y tú qué coño miras? —escupió.

—No mira nada —interrumpió Alexa. Se puso entre los dos y le dio la ropa—. Él tiene los ojos así, negros y saltones. No es nada.

Raúl solo miraba, ladeó un poco la cabeza. Luego levantó una patita y la movió a modo de saludo. Bella alzó una ceja con desconfianza, su mirada se entrecerró.

—Gracias de nuevo —dijo agarrando la ropa y dejó caer la toalla para vestirse.

Los ojos de Alexa fueron a parar sin querer en el culo de su invitada. Pestañeó y cerró de golpe la puerta antes de seguir acosándola con la mirada.

—Bendito escultor que hizo ese pomelo —susurró Alexa.

Bella se vistió rápido. Arqueó una ceja al ver la puerta cerrada y los problemas que tenían de intimidad. Le recordaban a su hermana Alice. Terminó de ponerse la camiseta cuando abrió la puerta de nuevo, bajándola desde su pecho. Dejó fugazmente a la vista sus abdominales marcados.

Los ojos de la bruja volvieron a perderse. Esta vez, se quedó mirando fijamente los abdominales que marcaban a la mujer dragón que tenía enfrente. Se quedó con la boca abierta y luego se acercó para apretarlos, dando toques con una mano.

—Necesito lavar ahí mis bragas.

Bella arqueó una ceja intimidándola con la mirada, hasta que le apartó la mano sujetándole la muñeca con fuerza.

—Tranquilita con esas confianzas. No recuerdo haberte dado permiso para tocarme —gruñó.

Se separó y caminó hacia los sofás. Se sentó con las piernas abiertas en uno, mientras seguía inspeccionando con la mirada al hurón. Raúl, solo por joder, se movió lentamente en el sofá, simulando girar la cabeza como un muñeco poseído hasta darse la vuelta y seguir mirándola

fijamente.

—¿Por qué me mira así tu mascota? —lo chinchó preguntándole a Alexa con una sonrisa maliciosa.

—Es mi familiar, no una mascota y no lo sé. Raúl, para. —El hurón abrió más los ojos—. ¡Raúl! —Lo cargó en brazos para llevárselo y siguió con la mirada de las mil yardas—. ¡Qué pares!

Bellatrix le envió un guiño y un beso por el aire. Alexa se lo intentó llevar a la habitación, pero él saltó de sus brazos, subió a la mesa de centro que quedaba delante del sofá y volvió a retorcerse para poner esa cara rara sin dejar de mirar a la invitada.

—Ay, ¡Raúl! —Ignoró sus regaños.

Bellatrix terminó por reírse, su sonrisa rebeló sus caninos.

—Joder, me recuerda a mi hermana dando por saco siempre.

—Podría ayudarte a encontrarla —comentó Alexa. Se sentó a su lado en el sofá —. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Katerina —dijo su nombre lentamente, llenándole toda la boca.

Raúl dio un gritito como de rata. Cuando lo vieron, estaba con el pelo levantado y la boca abierta de par en par.

—Raul, ¿te rompiste hoy o qué te pasa?

El hurón empezó a tener un tick nervioso en el ojo. Saltó de la mesa al sofá y subió al respaldó para mirar de cerca a Bella. Le pinchó la frente con una uña.

—Raúl, compórtate. No se le toca la cara a un dragón. —La tocó de nuevo—. ¡Estate quieto!

Bellatrix lo agarró con ambas manos en el aire.

—Y a ti qué te pasa conmigo, ¿eh?

—A veces se pone pesado con las visitas.

Alexa lo cogió y lo dejó a un lado, aunque Raúl siguió atento a la conversación y asomó la cara por detrás de la espalda de Alexa, muy lentamente, como un asesino serial.

—Cuéntame por qué buscas a tu hermana, ¿crees que le pasó algo malo? —continuó Alexa, siguiendo con la conversación.

—Alice y yo no sabemos dónde coño se ha metido desde hace días. No ha venido a visitarnos, ni ha respondido a nuestras notas. Por eso vine aquí a buscarla, este no es mi mundo. El rey cerró los portales y ahora no puedo regresar.

—Comprendo, te ayudaré, aunque aquí es mejor salir cuando hay más luz. Aunque seas un dragón, hay unas normas básicas de estar en casa por la noche.

—Siempre y cuando quieras estar de una pieza —habló Raúl. Como humano, se había acostado en el suelo al lado del sofá y las miraba al revés.

—Así que este es el que olía a sudor —comentó Bella.

—El mismo —aseguró Alexa.

—¿Y por qué no se puede salir de noche?

—Hay demasiados seres peligrosos ahí fuera —contó Alexa—. Como el caníbal del bosque.

—Pero ese a Alexa no le asusta —interrumpió Raúl—. Ya le comió hasta el alma la muerte como para temerle.

—¡Cállate un poquito!

Bella arqueó una ceja y sonrió de forma ladeada mirando a Alexa.

—Vaya con tus gustos…

—Sí, bueno… —Alexa se miró las manos con las que jugueteaba en su regazo después de la forma en la que había volteado Raúl la conversación.

Dicho eso, Raúl se levantó del suelo.

—Me voy a dormir, alguien me ha quitado toda la energía. —Se despidió con la mano—. Además de que sé cuándo alguien le mola a mi bruja protegida.

Alexa no lo aguantó más, se quitó la zapatilla y le voló a la cabeza antes de que pasara la puerta de su habitación.

—Tu familiar es literalmente el tipo de mi hermana Kate. Si llegara a conocerlo se volvería loquita por él —soltó Bella.

—Es un poco raro, pero hoy parece estar de buen humor. —Movió una manta de uno de los sofás y se la colocó encima—. Toma, para que estés cómoda y puedas descansar. Yo iré a mi cuarto y así no interrumpo tu sueño esta vez.

Bella agarró la manta y la miró con sus ojos reptilianos. Agarró a Alexa de la muñeca y sonrió de forma confiada.

—Muchas gracias por todo.

—No hay de qué. —Le devolvió la sonrisa—. Gracias a ti por no comerme.

—Ja. —Bella sonrió de forma ladeada mostrando sus colmillos izquierdos, mientras estudiaba su cuerpo de arriba a abajo sin ningún reparo, hasta finalmente soltarla—. Buenas noches.

Alexa notó ese repasó, pero quiso ignorar cualquier extraño pensamiento que pasara por su mente. El pensar tan turbio era más cosas de Raúl que de ella.

—Buenas noches. —Se levantó del sofá—. Cualquier cosa me llamas. A mí o al hurón.

Se despidió con la mano y se marchó a su habitación, donde se dejó caer en la cama. Su sonrisa se agrandó recordando a cuando la había visto como un dragón. Iba aguantando su fanatismo.

No fue hasta que Alexa se fue a dormir, que Kate no apareció en el salón junto a su hermana.

—Lo has hecho muy bien —le dijo a Bella. Ella asintió—. ¿No pudiste sacar a Alice?

—No, el cabrón de Eiden la tiene presa.

—Bueno, mejor —comentó Kate para sus adentros—. Ella siempre piensa más con los

sentimientos que con el plan y nos pone en peligro a las tres.

—¿No te preocupa lo que le haga Eiden?

—Claro, pero nuestro jefe me preocupa más. —Kate suspiró y miró hacia la habitación de Raúl—. Lo tengo comiendo de la mano. Cree que soy ella.

Capítulo 49: Puñalada de control.

En la realidad de sueños que Eiden había creado solo para que Bella se paseara y tranquilizara sus sospechas sobre el bienestar de su hermana pequeña, permanecía sentado en el trono, tranquilo. Apenas parecía percibir la presencia de Bella cuando irrumpió en el espacio del trono. Él traía entre sus manos un libro, pero uno con la cubierta en negro. Veía hechizos oscuros de tiempos remotos. Lo dejó a un lado y levantó la mirada hacia la mujer dragón que caminaba segura hacia él.

—¿Pasa algo? —preguntó el rey.

—Mi hermana y yo no podemos abrir portales —soltó en tono firme nada más llegar. Su mirada irradiaba desafío—. ¿Por qué?

—Yo tampoco —se excusó—. Desde que la gente dejó de creer en mí, mi magia está fallando cada vez más. Es igual a cuando decían que no creían en las hadas y casi logran su extinción. Estoy intentando repararlo, siento mucho si os preocupasteis. Ya sabéis que esto es un mundo creado por la fantasía de los humanos. Si no creen en algo los seres de los libros nos volvemos débiles.

Bella frunció el ceño, hizo una mueca con la boca de desconfianza y arrugó la nariz. Kate le había contado todo, pero los hermanos de sangre noble no eran los únicos que sabían trazar planes y jugar sus propias piezas.

—Haz propaganda, envía folletos por ahí o lo que sea —se burló.

—¿Algo así como el programa electoral del Dolwill del nuevo mundo? No parece factible aquí —siguió Eiden. Le mostró una suave sonrisa—. Pero, gracias por querer ayudarme de alguna manera. Te estaré eternamente agradecido.

—Pues claro. En fin, solo venía por eso. Gracias por resolverme la duda y arregla eso cuanto antes. Kate todavía no ha visto a Alice, está sumamente centrada en la misión que le diste de investigar a Zarek.

—Haré por arreglar lo de los portales cuánto antes. —El rey amplió la sonrisa cuando habló de Kate—. Dile que la extraño, y te la dejo para que la vigiles. Mi hermano es bastante complicado, no querría que le hiciera algo indebido.

El doble sentido podía leerse nada mas salían las palabras por su boca.

—De hecho, voy a volver junto a ella. Confío en la independencia de Alice y de Kate, pero ahora ella está con el enemigo así que… Me sentiré más tranquila sabiendo que estoy cerca.

—Y te estoy profundamente agradecido. —Se llevó ambas manos al pecho, a modo de preocupación—. Tengo que quedarme aquí para reinar y cuidar de Alice. No sabes lo mucho que

agradezco tu ayuda con mi amada mujer. De hecho, ya sabes que cuidaré de Alice como si fuera ella quien llevara la corona.

Esas palabras dieron señal de alerta en los instintos de Bellatrix, pero su rostro era una pura fachada.

—Genial. —Se dio la vuelta—. Ah, por cierto, ¿por qué aparecí de repente en el mundo contemporáneo? —preguntó y volvió a girarse.

—Fallos en la magia, solo eso —Se levantó de su asiento y se asomó por una de las ventanas —. Me apena que te hayas sentido excluida de esta, tu casa.

—En ese caso, todo va sobre ruedas. —Se acercó a la puerta—. Una última cosa. —Levantó el cuello por encima del hombro—. Katerina está avanzando sumamente bien con Zarek. Raúl, se llama ahora.

—¿Raúl? —preguntó con aparente molestia. La miró y arrugó la nariz—. Se puso un nombre del nuevo Dolwill para que no imaginaran quién es, es astuto. Me irrita.

—Como tú —soltó—. Lo de astuto, claro.

Y dio un portazo al irse.

Eiden suspiró y su rostro amable cambió a una seriedad absoluta. Se le cayó la careta y también la fachada que había construido alrededor del portal de la torre el cual también selló después. Entornó los ojos y apoyó la frente contra el hierro que separaba la ventana en rejas. Se golpeó varias veces la frente y se mordió el labio inferior. Estaba irritado.

Se dio la vuelta y empezó a caminar en círculos como un gato enjaulado, mirando el trono, pensando en el pueblo, todo el esfuerzo que había hecho para gobernar y lo difícil que estaba siendo al no sentirse aceptado. Era demasiado para él que no lo estuvieran alabando día y noche, como siempre lo habían hecho en tiempos pasados.

—Zarek siempre parece ir un paso por delante, pero esta vez no será así. —Recordó las partidas de ajedrez y sonrió—. Oh, vamos. No puede ser tan fácil.

Había tenido una idea. Para él era tan brillante que no tardó en querer ponerla en juego.

Atrapado en un sueño, Raúl había vuelto su constante y silenciosa obsesión. Había una figura en medio de aquella densa perdición. Una mujer de cabello negro como la noche, ondeante y sin fin, que siempre lograba llamarlo hacia sí, aunque nunca podía ver su rostro completamente. Su silueta, difusa y casi incorpórea, era como un recuerdo perdido en algún rincón de su alma.

Se sentía como si la conociera desde otra vida, de algún amor olvidado. El cabello oscuro de la mujer caía en cascadas, envolviéndola con un misterio eterno, y aunque Raúl extendía la mano hacia ella, nunca alcanzaba a tocarla del todo. La distancia entre ambos era un abismo, y esa cercanía que anhelaba siempre parecía estar fuera de su alcance, como un destino inevitablemente esquivo.

Creía que había dejado de soñar con ella al conocer a Kate, pero ahí estaba otra vez. Ella.

Confundiendo todos sus sentidos.

Los movimientos de la mujer eran pausados, suaves, similares a una melodía lenta y llena de melancolía que lo rodeaba. La tristeza los acompañaba, una añoranza sin palabras que se sentía en el pecho, y en esos momentos, Raúl podía oír el latido de su propio corazón, acelerado, vacío, buscando algo que no podía encontrar.

Intentó enfocar, encontrar un rasgo, algún indicio que lo guiara a comprender quién era esa mujer que habitaba sus sueños y llenaba su mente de una nostalgia dolorosa. La imagen de su cabello oscuro y el misterio de su presencia lo perseguían cada noche, y, aunque despertaba sin respuestas, cada sueño lo dejaba con la sensación de haber perdido algo valioso, algo que una vez fue suyo, aunque se escurriera entre los velos de su memoria.

La mujer estaba de espaldas a él, tan elegante como siempre. Con una calma que casi le resultaba ajena, Raúl levantó una mano y la deslizó lentamente por su cabello negro. Los mechones oscuros se deslizaron entre sus dedos, suaves como la seda, hasta que notó algo que le hizo detenerse: hilos blancos se entrelazaban con el resto. Destellos claros que resaltaban entre la profundidad de su cabello.

La mujer se giró hacia él, y aunque su rostro seguía envuelto en misterio, pudo ver sus labios rojos como un punto de color intenso en medio de todo. La intensidad de su boca lo dejó sin aliento, especialmente cuando notó que de entre sus labios asomaban unos colmillos delicados y afilados, curvados con una perfección hipnótica. La imagen era tan poderosa, oscura y cautivadora, que Raúl se sentía tentado a quedarse con ella, perdido en cada detalle.

No podía dejar de mirarla. Esos colmillos parecían devorar cada palabra y cada secreto. Ella, al notar su fascinación, sonrió suavemente, dejando entrever más de su naturaleza en ese pequeño gesto. Raúl, en un impulso que no podía controlar, acercó la mano a su rostro, queriendo sentir de cerca el calor de su piel. Esa cercanía que parecía al mismo tiempo tan familiar y desconocida.

Parpadeó, y de pronto la imagen cambió; la veía acostada en una cama, inmóvil, como una figura atrapada en algún rincón de su memoria. La tristeza que emanaba de ella lo golpeaba con una fuerza indescriptible. La visión parecía tan vívida, tan desgarradora, que Raúl no pudo contenerse; las lágrimas empezaron a deslizarse por su rostro, cayendo sin freno, como si el peso de su propia pena se desbordara ante aquella imagen.

Él se acercó a la cama y se sentó junto a ella. La desolación le arrancaba el aire de los pulmones. Y entonces, escuchó algo que lo estremeció hasta lo más profundo: los sollozos de ella.

Los llantos se unieron. La sensación de perder algo irremplazable lo abrumó, y sin decir palabra, extendió su mano y la colocó sobre la de ella. Intentaba consolarla, aunque sabía que nada podía aliviar aquella pena compartida.

Raúl, con la voz rota, se inclinó hacia ella, incapaz de soportar el dolor en su pecho. Aunque las lágrimas se deslizaban por su rostro, reunió toda la fuerza que le quedaba y le susurró con ternura:

—Mi Diosa, mi único refugio en esta eternidad. No sabes cuánto daría por verte, por no estar atrapado en esta distancia que me consume. Si tan solo pudiera tocarte más allá de este sueño…

La mujer permaneció en silencio mientras sus lágrimas se fueron calmando. Inclinó la cabeza hacia él, y aunque su rostro permanecía perdido, su voz emergió, suave y llevando con ella una promesa eterna:

—En cada vida, en cada instante perdido entre las estrellas, te amaré, —susurró, arrastrando el amor como un río de pura devoción—. No habrá momento en el que no seas mío; no habrá vida en la que mis labios no recuerden tu nombre, ni respiro en el que mi alma no te busque. Eres la luz en mi sombra, el susurro en mi silencio… Y te amaré hasta el final de los tiempos, en cada rincón de cada mundo.

—Y yo te amaré en cada vida, —respondió él—. Eres mi principio y mi final. No hay muerte ni renacimiento que pueda apartarme de ti. Que mis almas se consuman si eso significa amarte hasta el último suspiro de cada vida. En cada amanecer y en cada ocaso, seré tuyo, así como tú serás mía, por siempre.

Sin poder contener la intensidad de sus sentimientos, aquel que juró no arrodillarse por nadie, se arrodilló ante ella, sujetando su mano delicada como si fuera lo más sagrado que hubiera tocado. Su frente descendió hacia ella, y con una devoción desesperada, besó sus nudillos suavemente, dejando que el calor de su aliento acariciara su piel.

—¿Estás presente en mi realidad? —preguntó, con la voz quebrada como su alma—. Dime que puedo encontrarte… que no estoy atrapado en la ilusión de este sueño.

La mujer, en su enigmática calma, dejó que su mano permaneciera en las de él, y tras unos momentos, sus labios se movieron en una respuesta suave y etérea:

—Estoy en tu mundo, Raúl. Me tienes cerca ahora… solo que no me has buscado bien. Llegado el momento, yo no te recordaré y tú a mí tampoco, confía en lo que sientas.

Raúl sintió cómo una punzada de culpa lo atravesaba. Los recuerdos de amores equivocados, de intentos fallidos, de momentos en los que creyó haberla encontrado en otras personas. Kate. ¿La amaba o creía hacerlo? La devoción en su mirada se tornó en arrepentimiento mientras apretaba su mano con más fuerza. Temía que pudiera desaparecer, aunque sabía que iba a hacerlo.

—Perdóname, mi Diosa. He amado a otra, creyendo que eras tú. Me equivoqué en mi ceguera, en mi deseo de hallarte… y dejé que alguien más ocupara el lugar que solo te pertenece a ti.

Ella acarició la mano de Raúl, tan comprensiva como la eternidad le dejaba. Era una

bendición y una tortura encontrarse de nuevo. Raúl volvió a romperse, y continuó.

—Sé que te he buscado en cada vida, pero esta vez, ahora que sé que estás aquí, no volveré a perderte. No me apartaré hasta que estés a mi lado, como siempre debió ser.

Ella lo miró en silencio y poco a poco sonrió.

—¿Me recuerdas? —preguntó ella.

La verdad era clara, dolorosa, y no había forma de disimularla. Con un suspiro de resignación, Raúl bajó la cabeza y se fijó en sus manos unidas.

—No te recuerdo, —confesó, su voz baja—. Pero mis sentimientos… son suficientes para amarte, aunque sea como un mendigo, en busca de cualquier pequeño gesto de amor que quieras darme.

Ella cerró los ojos. Sus palabras aumentaban la tristeza en su expresión. Al abrir los ojos, ella lo miró con pesar.

—Nunca hemos podido estar juntos, Zarek, Siempre ha habido algo que nos separa, que nos lo impide… No importa cuánto lo intentemos.

—En esta vida, haré lo imposible —prometió—. La muerte no nos separará esta vez. No dejaré que te aparten de mí, aunque tenga que desafiar a los mismos dioses para lograrlo.

Un brillo de esperanza se asomó en los ojos azules de la mujer, aunque la melancolía seguía presente. En el fondo sabía que el destino siempre había sido implacable con ellos. Aunque el amor de ambos seguía siendo eterno.

***

Raúl despertó, sobresaltado, con la piel fría y la respiración pesada. La sensación de su presencia y su voz seguían haciendo estragos en su cuerpo. Le dejaba una inquietud que se pegaba a su piel como un manto húmedo. Mientras trataba de despejarse, un movimiento en el salón captó su atención.

Un cuervo, de plumaje negro y opaco, cruzaba el salón. Sus ojos oscuros lo miraban con una inteligencia inquietante, y aunque Raúl sabía que era absurdo, había algo en la manera en que se movía que le recordaba a Death. El ave giró la cabeza, sus ojos brillando, mirándolo fijo, penetrante. Lo hizo estremecer.

Raúl se levantó con cautela. Observó cómo el cuervo continuaba su camino y avanzaba sin desviarse hacia la habitación de María.

Raúl lo siguió, conteniendo la respiración. El cuervo no hacía ruido al avanzar, pero Raúl sentía un peso extraño alrededor, una tensión que crecía con cada paso. El corazón le retumbaba en el pecho, acompañando el lento avance de aquella presencia.

El cuervo llegó a la puerta de la habitación de María. Raúl lo vio detenerse, y el ave, sin apartar su mirada de su dirección, emitió un graznido

Supo rápidamente por qué estaba ahí. El ser que crecía en el vientre de María, esa criatura que no era solo un hijo, sino un anticristo, una abominación capaz de desafiar el equilibrio mismo del mundo.

El nacimiento de esa criatura traería consecuencias devastadoras para él, y aunque la desesperación se alzaba en su pecho, intentó ignorarla. Resopló por la frustración, mientras se convencía de que podía hacer algo para evitarlo.

Justo antes de abrir la puerta, el cuervo se desvaneció. Sus plumas negras se disolvieron en el aire. La oscuridad que lo rodeaba desapareció, dejando el pasillo vacío y en silencio.

Raúl se quedó un momento frente a la puerta, con la mano sobre el pomo. Se lo estaba mentalizando.

Cuando se decidió y abrió la puerta, un ardor se le asentó en el estómago. Ell interior de la habitación estaba sumido en un silencio inquietante, y María, ajena a la amenaza que se cernía sobre ella, yacía dormida en la cama, tranquila bajo las sábanas.

La mirada de Raúl se dirigió de inmediato hacia el vientre de María, esa parte de su cuerpo que albergaba la semilla de la destrucción. El tiempo corría en su contra. Lo que crecía en su interior era algo que desafiaba no solo la naturaleza, sino el mismo equilibrio del universo. La criatura que nacería de ella traería consigo un poder oscuro e incontrolable y se debía tomar medidas extremas.

Levantó las manos y concentró su magia. Sus dedos trazaron patrones en el aire, movimientos rápidos y precisos, y de la nada, un cuchillo apareció en su mano. Con la hoja afilada brillando débilmente en la penumbra de la habitación. El arma parecía absorber la oscuridad de la habitación, como si estuviera hecha de la misma esencia de lo que quería destruir.

Raúl apretó el mango del cuchillo con fuerza mientras observaba el vientre de María. Avanzó hacia la mujer, implacable.

María no era más que una pieza insignificante en su tablero, y el ser que llevaba en su vientre, un obstáculo que debía eliminar. Sin remordimiento, sin duda, levantó el brazo, listo para hacer descender la hoja sobre ella, dispuesto a borrar esa amenaza antes de que pudiera nacer.

Sin embargo, justo cuando el cuchillo estaba a punto de atravesar el vientre de María, una voz se escuchó en su mente, suave pero autoritaria. Lo paralizó al instante. La voz de la mujer del sueño se deslizó en sus pensamientos, acariciándolo con posesión y poder absoluto:

—Eres mío, Zarek... siempre lo has sido. Detente y demuéstramelo.

Las órdenes de la mujer quebraron su concentración, su voluntad. Su cuerpo tembló, y sin comprender del todo lo que hacía, sintió un impulso incontrolable que lo hizo girar el cuchillo hacia sí mismo. Como si su mano ya no le perteneciera, sintió cómo el filo de la hoja apuntaba

hacia su propio estómago, y en un instante de absoluta entrega, hundió el cuchillo en su carne.

El dolor fue intenso y agudo, desgarrando su piel y extendiéndose por todo su abdomen. La sangre comenzó a brotar, empapando sus manos y su ropa mientras Raúl se tambaleaba, incapaz de comprender lo que acababa de suceder. La mujer, posesiva y profunda, lo cubría de desesperación y sumisión.

Cayó de rodillas. Había fallado, pero en su fracaso, había obedecido el mandato de una presencia más fuerte, que lo dominaba más allá de su comprensión.

A gatas, salió de la habitación, con la sangre empapando sus manos y su ropa. El cuchillo incrustado en su abdomen, le recordaba el control de esa mujer. Con un esfuerzo doloroso, tiró del arma y la sacó lentamente. Sintió cada milímetro desgarrar su piel. El dolor fue tan intenso que por un momento su visión se nubló, pero cuando logró extraerlo por completo, lanzó el cuchillo lejos, sin comprender lo que realmente había ocurrido ahí dentro. Consiguió levantarse.

La herida no dejaba de sangrar, cada movimiento arrancaba un nuevo torrente de sangre espesa que caía al suelo, dejando un rastro oscuro y macabro a lo largo del pasillo. Con esfuerzo pudo mantenerse en pie, antes de caer sobre sus manos y rodillas, incapaz de soportar más el peso de su cuerpo.

—¿Qué… qué ha pasado? —murmuró entre gruñidos.

Intentaba comprender cómo su propia voluntad había sido arrebatada tan fácilmente, cómo se había convertido en un peón en el juego de alguien más.

Continuó arrastrándose. Después de lo que se le hizo una eternidad, llegó a la puerta de su habitación y empujó débilmente hasta abrirla. Raúl se dejó caer al suelo, agotado.

Eiden, oculto entre las sombras del pasillo, observaba toda la escena con una sonrisa maliciosa en los labios. Había en él un placer oscuro mientras contemplaba cómo Raúl, sangrando y derrotado, se arrastraba hacia su habitación. Cada gota de sangre que dejaba a su paso, cada jadeo y gemido de dolor, era un triunfo para Eiden.

El cuervo, esa figura que había guiado a Raúl hacia la habitación de María, no había sido otro que Eiden. Supo disfrazarse de Death para ganarse la confianza de Zarek. Movió los hilos de la situación desde el principio, probando hasta dónde llegaba el dominio que ese ser no nacido ejercía sobre el hijo de la luna.

La sonrisa de Eiden se ensanchó mientras seguía observando, deleitándose en el efecto de la criatura sobre Raúl. Era fascinante cómo alguien tan poderoso podía ser doblegado sin esfuerzo. Una entidad que ni siquiera había visto la luz todavía, pero cuyo poder ya se extendía como una red de influencias.

—Perfecto —murmuró para sí mismo, satisfecho—. Veamos hasta dónde puedes llegar, pequeña abominación.

Con una última mirada de satisfacción, se desvaneció. Dejó a Raúl solo, desangrándose y

quebrantado, sin saber que había sido el propio hijo del sol, quien lo había puesto en aquel juego perverso.

Capítulo 50: Sanación y renacimiento.

Un graznido se difuminó entre los quejidos de Raúl. El cuervo que normalmente lo seguía, apareció a su lado y al fin, se mostró como un hombre. Su pelo rubio cayó a los lados del rostro, decorándolo con una melena sedosa que la acompañaba por varios mechones negros los cuales había trenzado. Su piel se pintaba de marcas tatuadas. Sellos de poder de almas que corrompidas eran suyas y mantenía en su prisión personal. Sin embargo, y aunque su apariencia era diferente a la del monstruo que Raúl había conocido, lo reconoció al instante cuando observó dos iris en cada uno de sus ojos.

—¡Death! —se emocionó Raúl, pero el dolor en su abdomen lo calló. Gruñó y Death le levantó la camisa sin contemplaciones para observar la herida—. Creía que estabas muerto.

—Y yo que lo estabas tú, aunque estás a punto.

—¿Cómo?

—No importa.

—¿Y ese aspecto de gladiador? —Death lo miró un segundo y le empezó a desabrochar la camisa—. No me mires así, es extraño verte como un humano sin tener mi apariencia.

—Conseguí cuerpo propio.

—¿A qué costo? —Death no respondió. Solo lo movió para terminar de quitarle la camisa. Raúl resopló por el dolor, pero se dejó atender—. Death, responde, ¿a qué costo?

—¿Te callas? —Le quitó el cinturón del pantalón y se lo metió a la boca—. Muerde, porque va a doler.

—Si vas a dejarme sin ropa mínimo sé más delicado. —Death le tocó la herida con brusquedad y cuando Raúl iba a gritar, lo forzó a apretar el cinturón con los dientes.

—Te dije que mordieras el cinturón. —Observó la herida y su apariencia volvió a parecer petróleo. La mano se hundió en la herida y Raúl golpeó el suelo con los puños. Los quejidos de dolor eran alarmantes. Empezó a sudar y las lágrimas cayeron sin quererlo empapando sus mejillas.

—Estás francamente jodido, te has apuñalado en una zona demasiado sensible, loco de mierda.

Después del regaño, Death se metió en su cuerpo. Raúl aguantó la respiración. Lo vio deshacerse en su piel y volver a ser uno. Jadeó, sintiéndolo más intimo que cuando vivía directamente en su interior. Se mordió el labio inferior para no jadear, aunque su piel se erizó y un calor extraño se extendió por todo su cuerpo. Elevó la cabeza y dejó escapar el aire de golpe. El dolor desapareció y frente a sus ojos, observó la nueva apariencia de Death. Éste apoyó la

frente contra la de Raúl y unió sus miradas mientras lo sanaba por completo. Ninguno apartó la mirada del otro. La mano sanadora de Death quemaba sobre la herida como si estuviera suturando con fuego. Raúl detuvo su mano encima y la dejó rozándole los nudillos.

—¿Desde cuándo la muerte prohíbe que alguien muera? —le preguntó Raúl en un hilo de voz.

—Es difícil de explicar.

—¿Seguimos unidos?

—Los pactos conmigo no se rompen.

—Sentí que te habías ido.

—Lo sé.

—Yo…

—Me lloraste —lo interrumpió Death—. Es la primera vez que me marcho y alguien llora porque no esté. —La efímera sonrisa que se había formado en sus labios se borró—. Tú deberías odiarme.

—¿Odiar a mi mejor amigo?

—No soy tu amigo, soy tu condena, Zarek. Tu y yo siempre hemos estado juntos, somos uno. Por mi culpa ella y tú…

—¡Raúl! —exclamó Alexa. Después de tantos gruñidos de dolor y ver media casa llena de sangre, se había asustado suficiente como para pensar que su familiar había muerto. Al verlo en el suelo, se arrodilló y lo abrazó por el cuello, irrumpiendo la charla y la proximidad de los dos —. ¡Pensé que el dragón te había comido!

—¿Dragón? —preguntó Death.

Alexa se giró de golpe y al verlo, agrandó la sonrisa. Cambió de cuello al que abrazarse y se abalanzó hacia Death.

—¡Death! —le chilló en la oreja.

—¡Ayuda! —pidió la parca, alargando la mano hacia Raúl.

—Yo no quiero saber nada —regañó Raúl—. Que poco le ha durado la preocupación por mí.

—¿Cómo es que volviste de la muerte? —preguntó Alexa. Raúl prestó especial atención a la respuesta de Death.

—No podía dejarlo solo —respondió, mirando hacia Raúl—. Y a las pruebas me remito. Tardo un poco más y termina fiambre.

—¿Volviste por mí? —se interesó.

—¿Por quién más?

—No sé.

—Siempre veré por ti por encima de todo y de todos. Te lo prometo.

—Entonces, ¿nunca moriste? —Death negó—. Y dónde…

—¿Has matado a alguien estos días? Alguien que le tocara, claro —lo interrumpió Death.

—No.

—Claro, porque estaba trabajando yo. —Lo ayudó a levantarse del suelo—. Arriba, vago de mierda. Me voy y te relajas con la que tienes encima.

—¿Vago? ¡Me apuñalé!

—Nenaza.

—Tu abuela.

—¡No tengo!

Alexa sonrió y ladeó la cabeza observándolos.

—Se nota que os lleváis genial —comentó entre risas.

Lejos de forzar a Raúl a hacer algo, Death lo acompañó a la cama y lo acostó. Limpió su cuerpo con suavidad, usando una toalla húmeda. La expresión seria del shinigami no era normal. Raúl no sabía si preocuparse o intentar indagar que pasaba por la mente de aquella parca que siempre lo acompañaba. Death ordenó a Alexa que preparara un chocolate caliente, pues notaba la piel de Raúl demasiado fría. Dicho y hecho. La bruja salió corriendo de la habitación mientras que él cubría a su protegido con una manta felpada.

—¿Pretendes enamorarme? —bromeó Raúl.

—No soy yo a quien siempre eliges. —Raúl borró la sonrisa con esa respuesta. Al notarlo, Death fue el que encorvó sus labios—. Te estoy tomando el pelo.

—Ya… No me convences. —Mientras el silencio los rodeaba, Raúl suspiró y arqueó las cejas —. Creí que era la nueva parca. Pude notar tu poder en mi interior.

—No era el mío, sino el tuyo. Eres mucho más que un hechicero, Zarek.

—Ya, el rey.

—Mucho más —insistió Death. Tras un suspiro, se sentó a su lado en la cama—. ¿Has seguido viendo a la albina?

—Pues… —Con la sonrisa traviesa que se dibujó en el rostro de Raúl, Death tuvo suficiente.

—No continúes —lo interrumpió—. ¿Estás seguro de que tienes todas las piezas del tablero vigiladas, Zarek? —Asintió y Death insistió—. ¿Todas? Échales un último vistazo. —Mientras Raúl se quedaba pensativo, Death continuó—. Gracias.

—¿Por qué?

Death negó con la cabeza y esbozó una media sonrisa.

—Solo, gracias.

—Estás raro.

—Soy raro.

—Más de lo normal.

Cuando Alexa llegó con chocolate para los dos, a pesar de que la sangre seguía manchando el suelo, sin preguntas ni juicios, desconectaron. Como tres amigos que hablaban de cosas

informales en una extraña reunión rodeados de líquido rojo.

***

Naminé estaba en el centro del campo de entrenamiento, justo a orillas del río. Respiraba con dificultad y el sudor perlaba su piel mientras intentaba hacer las cosas bien. Frente a ella, el arcángel Gabriel la observaba con una expresión severa y desapasionada. Sus ojos claros, uno morado y el otro azul, la miraban con un juicio implacable que no permitía ninguna señal de debilidad. Su cabello rubio brillaba bajo la luz, dándole una apariencia etérea, pero había una frialdad en él que convertía el entrenamiento en un momento al que temer.

—Otra vez, Naminé, —exigió el arcángel, sin rastro de compasión en su voz. Era cortante—. Si deseas convertirte en ángel, no puedes permitirte el descanso. Necesitas fuerza, resistencia… y una voluntad inquebrantable.

Naminé asintió, recuperando el aliento. El entrenamiento era exigente, y aunque cada músculo en su cuerpo le dolía, no estaba dispuesta a rendirse. Y menos con la mirada de Damon fija en ella desde el borde del campo, observando cada movimiento, cada tropiezo, cada intento de levantarse.

Gabriel dio un paso atrás, señalando para que ella se colocara nuevamente en posición. Sin esperar, lanzó una descarga de energía en su dirección, un golpe que ella por poco no alcanzó a esquivar. Sin embargo, el arcángel no le dio tregua; inmediatamente estaba sobre ella, lanzando otra serie de ataques, obligándola a mantenerse alerta, a reaccionar con velocidad y precisión.

El entrenamiento era brutal, no había piedad en los movimientos de Gabriel, quien golpeaba y lanzaba ataques de forma implacable, obligándola a defenderse o caer derrotada. Naminé no tenía respiro, pero con cada golpe que recibía, la rabia crecía y la hacía más fuerte.

Desde la distancia, Damon observaba sin siguiera pestañear, porque en el momento que Gabriel lastimara de gravedad a su ángel, sería él quien desearía haber entrenado mejor durante toda su existencia. El camino que Naminé había elegido era difícil, y aunque Damon confiaba en su fuerza, ver cómo Gabriel la empujaba al límite le arrancaba las entrañas una a una. Sin embargo, no intervenía. Era necesario. Solo a través de la dureza de aquel entrenamiento Naminé alcanzaría el poder y la resistencia que necesitaba para convertirse en lo que deseaba ser.

—Aún no estás lista, pero estás avanzando —dijo Gabriel, sin rastro de elogio en su tono. Naminé asintió de nuevo, con una mirada decidida que le decía a Gabriel y a Damon que, sin importar cuántas veces cayera, seguiría poniéndose de pie.

***

La noche cayó, y el campo de entrenamiento fue iluminado solo por la luz de la luna. El cuerpo de Nami estaba exhausto, pero no se rendía, acto que sorprendió a Gabriel, aunque no lo dijera. Damon, desde la distancia, continuaba observándola. Era un vigilante nato.

De repente, mientras Naminé se detenía un instante para recuperar el aliento, sus ojos se elevaron hacia el cielo y se encontraron con la luna. Llena y resplandeciente. En ese instante, sus ojos se volvieron de un blanco puro, vacíos de expresión. De nuevo estaba bajo su control.

Damon fue el único en notar el cambio. La rigidez en el cuerpo de Naminé, el modo en que su mirada parecía perderse en la luna. Estaba respondiendo a ese brillo plateado en el cielo. Su corazón dio un vuelco al verla así; sintió que estaba a punto de transformarse otra vez.

Gabriel, ocupado en el entrenamiento, no notó nada extraño. Llamó la atención de Naminé con un silbido, y ella pareció reaccionar. Parpadeó varias veces y sus ojos volvieron lentamente a su color normal. La expresión de Naminé cambió por un momento. La duda y la confusión cruzaron su rostro, pero rápidamente se recompuso, volviendo a concentrarse en las instrucciones de Gabriel.

Damon observó en silencio, sin decir nada, pero la inquietud en su pecho creció. Decidido a no quitarle la mirada de encima, continuó observando, esperando cualquier señal de que esa presencia, ese poder extraño, pudiera volver a aparecer.

A su sorpresa, todo siguió con normalidad hasta la hora de marcharse.

—Gabriel, —preguntó el nuevo ángel. Quiso sonar casual, pero no le salió por la evidente preocupación en sus palabras—, ¿cómo está Nox?

Gabriel se detuvo sus pasos. Su expresión era imperturbable, pero su mirada mostró una suavidad que demostraba un atisbo de empatía. Aunque era firme y autoritario en su rol como su instructor y arcángel, no le era indiferente Naminé ni su situación.

—Nox se está preparando para convertirse en un gran arcángel —respondió. El porte de Gabriel era noble.

Naminé sonrió. La felicidad le llenó el pecho al saber que se encontraba bien. Gabriel se inclinó un poco hacia ella y en algún momento, endureció el semblante.

—Sin embargo, —continuó el arcángel—, no podrás verlo, no hasta que tengamos claro si tu alma es lo suficientemente pura como para ser un ángel.

Nami no se lo esperaba. La expresión de Gabriel no admitía dudas, y aunque había compasión en su mirada, su voz firme le dejaba claro que no había indulgencia en esta decisión.

—Está bien —susurró ella.

—Solo cuando demuestres que tu espíritu es verdaderamente puro, cuando podamos estar seguros de tu camino, —concluyó Gabriel, mirando a Naminé sin vacilar—, podrás verlo. Hasta entonces, el riesgo es demasiado alto.

—De todos modos, ¿podrías decirme cómo está de vez en cuando?

—Eso está hecho.

Ella le agradeció con una sonrisa.

Atrapada entre el deseo de ver a su hermano y la incertidumbre de su propio destino, bajó la mirada. Aceptó en silencio las palabras de Gabriel.

Capítulo 51: El ángel del demonio.

Nami volvió a su nueva casa, acompañada por Damon. La tensión de lo sucedido estaba latente entre ambos, y Damon, sin decir una palabra, se dejó caer sobre el sofá. La mente le iba a mil por hora. Su expresión era sombría, y con un gesto de pura frustración, se llevó ambas manos a la cara, cubriéndose mientras soltaba un suspiro pesado, lleno de exasperación. La idea de que Naminé estuviera bajo el influjo de la luna lo inquietaba profundamente, y por más que intentaba ignorarlo, aquella sensación lo desgastaba.

Naminé observó a Damon. Él se inclinó hacia delante, dejando que el peso de la vida le curvara la espalda. Con un suspiro, decidió acercarse a él. Se arrodilló delante y, sin decir una palabra, lo abrazó. Pasó sus brazos alrededor de sus hombros y lo acercó hacia ella.

Damon, al sentir el calor de Naminé rodeándolo, bajó lentamente las manos de su rostro. Por un instante, permaneció inmóvil, como si se resistiera a dejarse consolar, pero la calma y la cercanía de Naminé fueron derritiendo su resistencia. La presión en su pecho disminuyó ligeramente, y poco a poco, dejó que sus manos descansaran sobre la cintura de la joven.

El abrazo de Naminé era cálido, fuerte, y la manera en que ella lo sostenía en ese momento lo desarmaba.

—No me gusta esto, Naminé, —confesó él en voz baja—. No me gusta el poder que la luna tiene sobre ti.

Naminé no respondió; en su lugar, apretó el abrazo, como si con ese gesto pudiera aliviar la carga que él llevaba. Damon acarició la piel de su cintura, respondiendo al gesto, y por un momento, en la tranquilidad de ese abrazo, ambos encontraron un refugio del mundo.

—Damon, tú tienes un poder mayor sobre mí que la luna.

Damon levantó la vista, sorprendido y atrapado por la intensidad de sus palabras. Le apretó la cintura y, en un movimiento firme, la sentó sobre su regazo, manteniéndola cerca.

Con una mano, Damon acarició la mejilla de Naminé. Su pulgar rozó su piel con suavidad, como si intentara entender hasta dónde llegaban sus palabras y el efecto que tenía en ella. Y le acarició el labio inferior sin siquiera mostrar remordimiento.

—No deberías decir esas cosas, ya te lo he dicho, ángel —murmuró—. Soy tu guardián, Naminé… tu protector. Y no olvides lo que soy en realidad, un demonio.

Sin apartar la mirada, Nami dejó que una sonrisa suave y desafiante se asomara en sus labios. Se inclinó un poco más cerca, sin miedo, y con una voz decidida le respondió:

—Me da igual, creo que también te lo he dicho.

El lugar de Damon era cuidarla y mantener la distancia, pero la franqueza de Naminé rompía

cualquier barrera que intentara construir. Su corazón, por un instante, se tambaleó, atrapado entre su deber como protector y la conexión que parecía intensificarse con cada palabra de ella.

—Naminé, —carraspeó la garganta para sonar convincente—, para que puedas proteger a tu hermano, para que puedas permanecer cerca de Nox, debes mantener tu pureza intacta. Es la única forma en que los arcángeles te aceptarán completamente y te permitan permanecer en su compañía. —Damon apartó la mirada un instante, pues lo que iba a decir, le iba a costar más que la propia existencia—. Y eso significa… que es imposible que tú y yo estemos juntos.

—Damon, no me importa lo que digan o lo que se suponga que deba hacer. Te necesito… te deseo.

Y antes de que él pudiera responder, Naminé se inclinó y lo besó. Sus labios encontrando los de él con urgencia. Quiso transmitir todo lo que sentía en ese único contacto. Aquel beso sabía dulce, pero pasional. Con él pretendía borrar cualquier duda que Damon tuviera de lo mucho que quería entregarse a él. Sin embargo, cuando la respiración de ambos se entrecortó y Damon fantaseó con acostarla en el sofá, fue cuando reaccionó y levantó las manos en cruz a los lados. Se alejó, rompió el contacto y con ella, también su propio corazón. Le acarició la mejilla a Nami, quizá para consolarla o para consolarse a él mismo.

—No puedo permitírmelo —dijo, con la voz quebrada—. Busco tu felicidad antes que la mía. Lo que deseo para ti es un amor que no te arrastre a la oscuridad, que no ponga en peligro todo lo que amas. Si estamos juntos, si… hacemos el amor, no será algo sin consecuencias. Irías al infierno. Y no voy a permitir que caigas ahí, no por mi culpa. Yo soy tu guardián… y también el que debe proteger tu pureza, por mucho que me duela.

Ella lo comprendió, claro que lo hizo, pero seguía doliendo. Él estaba dispuesto a anteponer su deber y su amor por ella a su propio deseo, a pesar de que le doliera como nada en el mundo.

—Si no podemos ser más… entonces, regálame al menos un último beso —pidió Nami—. Solo uno, para recordarlo por siempre.

Damon no podía negarle ese último gesto de amor, menos cuando su propio corazón también ansiaba ese contacto, aunque supiera que lo dejaría ardiendo en una fogata imposible de apagar. Con una delicadeza infinita, como si estuviera frente a una princesa, tomó la mano de Naminé y besó sus nudillos. Y la adoró.

Luego, levantó la vista hacia ella, y con una suavidad que contenía todo el amor que había reprimido, se inclinó y depositó un beso en su frente. La protegió y le prometiño siempre hacerlo.

Naminé cerró los ojos, dejando que el calor de sus labios se impregnara en su piel. Pero Damon no se detuvo ahí. Con sus dedos rozó suavemente su nariz y la besó, de una forma dulce y etérea. Le susurró sin palabras que, por favor, no lo olvidara.

Finalmente, después de un instante que pareció eterno, se acercó a sus labios. Sus miradas se

encontraron, y en ese breve segundo, ambos supieron lo que significaba ese beso. Le aseguró su amor. Damon dejó que sus labios rozaran los de ella, despacio, sintiendo cada segundo. La ternura escondía un fuego latente, una pasión callada que hacía arder el alma.

Cuando se apartó, sus ojos azules mostraron la tormenta interna que llevaba dentro.

—No poder tocarte… me quema por dentro, ángel. Eres como una cerilla que no puedo apagar, un deseo que llevo en el alma y que nunca podré saciar.

Ese amor prohibido era tan doloroso para él como lo era para ella.

—Nunca digas nunca, Damon.

Antes de que pudiera responder, ella se acercó más y depositó un beso suave en su cuello, sus labios rozando su piel con una delicadeza que lo hizo estremecerse. Damon apretó ligeramente el borde del sofá. El calor aumentó cuando Naminé le dio un suave mordisco, haciendo que un escalofrío le recorriera la espalda.

Damon cerró los ojos, luchó contra el deseo creciente que se despertaba en su interior. Y en su entrepierna desde hacía rato.

Con una sonrisa en los labios, Nami se levantó del sofá y, sin decir una palabra, comenzó a desvestirse lentamente. Damon abrió los ojos y la observó. El deseo se acompañó de resignación, mientras ella deslizaba cada prenda con calma, permitiendo que su piel se fuera mostrando poco a poco bajo la tenue luz del salón. Él disfrutaba de cada curva y quiso contar sus pecas, para en algún momento dibujar constelaciones que se unieran con la saliva que dejara su lengua.

Naminé se movía con una gracia provocadora, consciente de cómo la mirada de Damon seguía cada uno de sus movimientos. Estaba jugando con el fuego, empujándolo al límite. Él se debatía entre contenerse y rendirse al deseo que ella despertaba.

Damon, contuvo la respiración. Cerró los ojos un instante, intentando recuperar el control de sí mismo, mientras Naminé continuaba deslizándose de una prenda a otra.

Abrió los ojos justo cuando ella se quitaba las bragas sin perder la sonrisa traviesa dibujada en sus labios. Con un movimiento juguetón, se la lanzó a Damon, que no se movió, esperando sentir la tela caerle en la cara. Se quedó quieto e inhaló el suave aroma de Naminé impregnado en aquella prenda, y sin poder resistirse, la cogió y la llevó a su nariz, cerrando los ojos mientras el perfume de ella llenaba sus sentidos.

Naminé, al verlo, dejó escapar un jadeo. Completamente desnuda, se quedó frente a él. Cuando ya había dejado que su figura se quedara grabada en la mirada de Damon, que la observaba atrapado en un torbellino de deseo y frustración, se giró, dándole la espalda. Con un último destello de desafío en sus ojos, lo observó sobre su hombro.

—Voy a ducharme —dijo con un tono suave pero tentador, y sin añadir nada más, se marchó del salón, dejándolo solo en el sofá, aferrado a su prenda y con la respiración agitada. Con la boca abierta.

—Parezco retrasado —se quejó para sí mismo, pero no soltó las bragas ni las alejó de él, al contrario, sacó la lengua y lamió la zona donde se había producido el contacto con aquello que realmente quería lamer.

El sonido de la ducha al fondo le recordó lo cerca que estaba, desnuda, empapada, y mientras intentaba calmarse, supo que aquella noche se le haría interminable.

Capítulo 52: Recuerdos de Érebos.

Recuerdos que queman mucho más que una prisión perpetua en el infierno. Momentos que no son capaces de borrarse y que, aunque en antaño fueron de pura felicidad, luego se convierten en un puñal imborrable. Tan impermeable que no le importa cuanto se clave, pues no hay sangre que lo manche suficiente.

Érebos resguardaba el pueblo con su oscuridad, pero la misma lo estaba consumiendo a él. Esa noche la niebla no vistió el bosque, y la oscuridad de Dolwill se tiñó de luz bajo el manto estrellado. Él se había ido, pero no por su bien. Sentado en un bar en uno de los pueblos cercanos, levantó el dedo y pidió que la botella de Bourbon se quedara en la barra, pues no pretendía levantarse hasta terminarla por completo.

Parecía un humano roto, tan, tan roto, que nadie sospechó el Dios del caos que se escondía debajo de su piel. Trago tras trago, buscó encontrarse ebrio, pero no lo conseguía y su maldición le asoló, con un hambre tan voraz, como mortecina. Pero se resistió a matar, se resistió a comer, pues al único que quería asesinar esa noche, era a él mismo.

Se acabó una botella, dos, e incluso tres. Cuando el dueño del bar empezaba a sospechar de su mortalidad al no caer rendido con tantos grados de alcohol, cambió de bar. Y lo hizo varias veces mientras el recuerdo de Juliet lo cegaba.

Sonreían juntos, se amaban en cada noche, a cada hora. Hasta que al igual que María, soñó con la inmortalidad, una que él no le iba a dar. Sin embargo, se culpaba, porque terminó convenciéndolo y para ello, encontró la forma. Matar a su primogénito era el precio por la vida de ella. No obstante, cuando se lo contó, la mujer entró en cólera.

—¡Es nuestro hijo, Érebos! —bramó en su rostro y seguía siendo nítido en sus recuerdos—. ¡No puedes matarlo!

—Dijiste que querías estar conmigo, ¿no era así? No comprendo tus sentimientos.

—¿No amas a tu hijo? —Él no supo responder, pues ¿cómo era amar par aun ser inmortal que siempre lo había perdido todo y a todos?—. Aléjate de mí.

—¿Ese mocoso te hará alejarte de mí?

—¡Deberías amarlo tanto como a mí!

—¡Yo no sé lo que es tener una familia, Juliet! Ese niño, fue un error.

Los pasos de Damon se escucharon junto a su llanto y cuando los dos adultos se giraron a observarlo, el pequeño, sujeto de la puerta, estaba llorando sin consuelo. Aunque había dolor en los ojos de su madre, su padre lo observó y arqueó las cejas. Solo le faltó preguntarle por qué lloraba. No lo comprendía.

Juliet empezó a hacer las maletas y el sentimiento de odio en Érebos fue mayor al amor por una fracción de segundos.

—Juliet, yo te amo a ti, ¿no es suficiente? —preguntó, miró de reojo al niño el cual, entre lágrimas, se fue a esconder a su habitación.

—No, no lo es. Estás haciendo daño a Damon.

—Pero, si no lo he ni tocado.

—¡Esa clase de daño no, Érebos! —La mujer se pasó ambas manos por la cabeza y se echó el pelo hacia atrás, desesperada—. Mira, vamos a irnos y tú nos vas a dejar marchar.

—No.

—Érebos…

—No puedes dejarme solo. —La cogió del brazo para impedir que siguiera haciendo la maleta —. ¡No me gusta estar solo!

—¡Me estás haciendo daño! —La soltó al instante, pero la decepción que sentía en ella le demostró que era demasiado tarde—. Adiós, Érebos. Damon ha tenido suerte de ser un niño humano, normal. Y espero que siga siendo así.

—Nunca será normal —le advirtió, pero ella no lo escuchó cuando se fue con el pequeño en mitad de la noche.

Él se convirtió en su sombra. Una espesa neblina que los acompañaba allá donde iban, pues había demasiados demonios interesados en un hijo de un Dios primordial. Los siguió de noche y de día. En las buenas y en las malas. Acompañó a su hijo cuando aprendió a ir en bici, en cada cumpleaños. No lo veían, pero estaba ahí. Mataba a cualquiera que osara hacerles daño. Aun si con ello su alma se corrompía un poco más. Y entonces, llegó Gula. La puerta de la casa se azotó y se abrió de par en par. Amenazó a Juliet y le aseguró la muerte, si no le decía dónde se encontraba Damon. Érebos se vio entre la espada y la pared y mirando a su amada a los ojos, le clavó un puñal en el pecho, para que no desvelara la ubicación del niño. Sin embargo, fue el mismo con el que rompió el orden natural de las cosas. Pues sin pecados el mundo no existe, y cuando la cabeza de Gula rodó por el pavimento y los cazadores que lo habían perseguido corrieron por su vida, Érebos sintió la maldición correr por cada centímetro de su cuerpo. Buscando culpables, culpó a Damon, y entre llantos suplicó que Juliet volviera. Su poder no era suficiente para contrastar a la muerte, pero sí lo sería si absorbía el de su hijo.

Los recuerdos se volvieron borrosos, pero sí recordaba como cazó a su hijo. Como lo ató, como lo mató, como lo convirtió en soberbia. Como lo dejó escapar después, antes de matarlo, para que todo el mundo creyera que lo había solo. La realidad es que ímpetu se había roto y cuando la colera desapareció, se dio cuenta de que había hecho justo lo que Juliet no quería para su hijo. Convertirlo en un demonio igual o más poderoso que su padre. En la reencarnación del propio señor del averno y en uno de los principales pecados capitales.

Sin embargo, Damon era distinto y su instinto no le borró la humidad. Hacía su vida como un humano normal, pasaba penurias, hambrunas y como todo un huérfano, llegó a vivir en la calle. Érebos seguía sin comprender las emociones de su hijo, hasta que un día, lo escuchó decir que había olvidado el rostro de su madre, pero que el ser humano era todo lo que le quedaba de ella. Al final comprendió, que los dos la amaban con la misma intensidad, aunque fueran amores distintos.

No quiso saber nada de amor, hasta que María rompió sus planes. Se sirvió más bourbon y se lo bebió de un trago. Resopló y dejó que las lágrimas corrieran intrépidas por sus mejillas. María había enloquecido por él. Apretó levemente el vaso y como el cristal que formaba su vida, se rompió.

—Rompo todo lo que toco —susurró para si mismo—. Pero me aterra estar solo.

Nadie escuchó su lamento, y cuando terminó de condenarse, golpeó con los puños su estómago cada vez que rugía.

Con la mente nublada al igual que los ojos, apareció directamente en la mansión de su hijo, la cual le había regalado él mismo, aunque no lo supiera.

Damon se encontraba en el sofá de cuero, leyendo un libro. Al verlo aparecer, lo dejó a un lado y se levantó. Se puso en guardia, creyendo que suponía una amenaza.

—No vengo a matarte —aseguró Érebos.

—¿No? Lo único que has hecho desde que tengo memoria es odiarme y querer matarme, así que perdona si no confío.

Érebos miró al suelo y levantó las manos a cada lado para que viera, que sus intenciones no eran esas.

—Solo vengo a hablar —insistió.

—¿De qué?

—Soy tu padre y…

—Eres mi asesino, no mi padre. Yo no he tenido padre. —Érebos suspiró y se mordió el labio inferior, canalizando el nervio en la herida sangrante que se había hecho con sus propios colmillos—. ¿Qué quieres, Gula?

—No seas un cabrón como yo.

—¿Eso has venido a decirme?

—Vas a ser padre, Damon. —La sorpresa de Damon fue evidente cuando, a pesar de ser un demonio, tuvo que sentarse en el sofá—. María está esperando una niña, que muchos querrán destruir. Sé mejor padre que yo, ámala, como tu madre te amó a ti. Siento no haberte podido querer nunca. No hagas que esa niña crezca sin ti.

Cuando Damon tuvo el aliento para responder, Érebos ya no se encontraba con él, pues su preocupación lo había llevado a observar a María mientras dormía y en mitad de la oscuridad la

arropó a ella tanto como a su nieta, aunque supiera que su socio, se iba a convertir en su principal enemigo.

—Él tiene a Juliet —susurró María, aunque ella estaba dormida. La niña estaba hablando con su abuelo a través de ella. A pesar de lo tétrico, Érebos se acercó a la cama.

—¿Quién?

—Zarek. Él encerró a Juliet para tenerte preso a ti. La tiene en el purgatorio y al no poder descansar, se ha vuelto loca. No sé si te convendría revisar tus amistades.

Capítulo 53: Amenazas de muerte.

La mañana se había presentado enrarecida. Zarek, quién solía tener el control del tiempo, notaba que esa vez, no era dueño de las manecillas del reloj. Intentaba detenerlas, pero observaba como los segundos avanzaban. Miraba por la ventana de su habitación, mientras Alexa dormía en su cama y Death fingía dormir.

—Sé que no duermes —comentó Zarek. Death sonrió al escucharlo y abrió los ojos. Raúl se dio la vuelta y lo observó—. ¿No te das cuenta de que estoy inquieto?

—Sí, pero en las mañanas suelo pensar poco —comentó, y se señaló la tienda de campaña que formaba debajo de las sábanas.

Alexa se despertó con la charla y se fregó los ojos. Los miró por un momento y luego sonrió.

—Buenos días —dijo, a modo cántico adormilado.

—Guapa, ¿me haces un favor? —le preguntó Death. Ella sonrió más ampliamente y no tuvo que pedirle nada. Se deslizó entre las sábanas y sacó el miembro de los pantalones de Death.

Se le volvió la boca agua y no pudo aguantar mucho tiempo para empezar a lamer y absorber por la punta. Death cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Estáis en mi cama —comentó Raúl.

—¿Te molesta? —preguntó Death.

—No, intenta no ensuciar las sábanas. —Dicho eso, se movió de la ventana y se acostó al lado de Death, sin interrumpir el oral en su entrepierna—. Ahora que estás sintiendo placer, ¿me puedes escuchar?

—Dame la mano —le pidió, pero no esperó a que lo hiciera, él mismo se la cogió y empezó a lamerle los dedos. Se miraron fijamente a los ojos y Raúl, en vez de quitarla, jugó con su lengua, con los dedos, fingiendo que estuviera lamiéndole el miembro.

—No tengo control del tiempo, Death —repitió—. Alguien lo está controlando por mí.

Death absorbió sus dedos y dio un pequeño mordisco en la palma de su mano. Alexa empezaba a usar la mano para masturbarlo mientras el miembro iba al fondo de su garganta.

—Quizá te has levantado raro, como yo, y por eso no te funciona la magia. Dormir los tres en la misma cama no fue buena idea.

—No es eso… —Levantó la sábana para ver a Alexa haciéndole el oral. Ella le sonrió y le guiñó el ojo—. El tiempo también está raro, se está armando una tormenta demasiado fuerte para ser obra de la naturaleza.

Con una mano, le acarició la mejilla a Alexa y la bajó al miembro. Le bajó la piel a Death y apretó, para que le diera más placer. Death cerró los ojos por un segundo y se aferró a su brazo.

Lo acercó hasta que sus narices se rozaron.

—¿Crees que alguien más fuerte que tú está haciendo eso? —siguió Death, entre gemidos—. ¿Quién podría ser?

—No lo sé y es lo que me preocupa.

—Tendríamos que vigilar a la albina.

—Y al bicho que está engendrando María, así que date prisa de acabar.

—Hazme correr tú, Zarek.

—Definitivamente estás loco… —Apretó el pelo de Alexa y empezó a moverle la cabeza, guiándola con el oral que le estaba dando a Death—. ¿Así te parece bien?

Death jadeó, se acercó a su oído y le susurró.

—Siento que me estás follando tú. —Cerró los ojos para imaginarlo mejor—. Entre la bruja y tú me vais a terminar enloqueciendo.

Raúl tensó la mandíbula. Lo aferró contra su cuerpo y alejó la boca de Alexa para empezar a masturbarlo en su totalidad. Alexa se levantó y los observó, con la boca abierta y las mejillas rojas.

Death se aferró a Raúl y hundió el rostro en su pecho. Arañó su espalda y se le escuchó gemir. Raúl pasó una mano por su pelo y enredó las hebras por sus dedos. La punta se empapó y Zarek pasó el dedo gordo para aprovechar la lubricación. Death gruñó y levantó la mirada desde abajo. Lo observó y suplicó por más. Zarek obedeció.

Su mano se movía con una fuerza y una rapidez que Death se estremeció por completo. Toda su piel se erizó y sin pensarlo, envolvió la lengua por uno de los pezones de Zarek. Su sorpresa fue que era dejara, por lo que terminó dándole un pequeño mordisco.

—¿Tu cuerpo también me desea? —preguntó Death.

—Cállate —advirtió Zarek. Lo cogió del cuello con la mano libre y apretó, de forma que le quitó el aire y también la voz—. No pienso responderte a nada, solo quiero que me des tus putos orgasmos, ¿lo tienes claro?

Death jadeó y se dejó por completo. Su orgasmo llegó con una intensidad escandalosa. Empapó no solo la mano de Raúl, sino también su barriga. Sin embargo, a pesar de la intensidad del orgasmo y de lo mucho que se había corrido, notó que, seguía duro. Demasiado como para dejarlo tranquilo.

—No sé qué clase de relación tenéis —comentó Alexa—. Pero no seré la tercera en discordia, ¡eh! Así que, me retiro.

—Piensas demasiado mal de nosotros —comentó Death—. Solo reforzamos la amistad.

—Claro… —susurró la bruja.

Raúl sacó una caja de condones de su mesilla de noche y rompió uno de los envases con los dientes. Death lo observó fijamente y se lamió los labios, pensando que iba a hacerlo suyo de una

vez por todas. Sin embargo, fue a él a quien le puso el condón. Luego, guió a Alexa hasta ponerse encima de Death y le sujetó el miembro para que quedara directamente en la entrada de la pelirroja, ladeando las bragas debajo de su falda.

—Tranquila, no voy a dejar que mi protegida se quede con ganas —le comentó Raúl—. Fóllatelo hasta que te canses. Iré a ver qué está pasando.

—Vale… —Alexa se dejó caer de golpe y los dos gritaron del placer—. ¡Llámanos si necesitas ayuda!

Asintió. Death comprobó, cuando Raúl se levantó de la cama, que su excitación también le había hecho un tremendo bulto entre sus piernas.

—¡Déjame la albina a mí! —le advirtió—. No estás en condiciones para verla. Acabarás en sus brazos como un perrito otra vez.

—Sí, así como tú acabas en los míos.

—Auch.

—No iré —aseguró, pero fue lo primero que hizo.

Cuando terminó con ella y quiso ir a vigilar a María, Death ya estaba libre para decirle a Kate más de una verdad a la cara.

***

Kate estaba en su habitación en lo alto de la torre, ajustándose una túnica sobre los hombros, se notaba que recientemente había tenido un momento de puro éxtasis con Raúl. Los primeros rayos de la luna se colaban por la ventana. El silencio en el lugar era total, denso, y en su tranquilidad no podía imaginar que alguien más estuviera cerca. Pero, de repente, una voz profunda y gélida rompió la calma detrás de ella.

—Kate, necesitamos hablar de Zarek.

Kate se giró rápidamente, sobresaltada. Instintivamente se cogió del borde de su túnica. Al ver a la figura oscura y enigmática de Death de pie detrás de ella, su respiración se detuvo un instante. Nunca lo había visto antes, pero la presencia de aquel ser le transmitía algo inquietante, una sensación de muerte que lo envolvía.

—¿Quién eres? —preguntó, temblando—. No te conozco. ¿Y qué tienes tú que ver con Zarek?

Death esbozó una leve sonrisa, carente de humor. Dio un paso hacia ella, sin apartar su mirada penetrante, y dejó que el silencio se alargara, aumentando la tensión.

—Eso no importa, Kate. Lo que importa es que tú y yo sabemos bien lo que has hecho. Así que conmigo, no te pongas la máscara de buena. Sé que has traicionado a Zarek.

Kate sintió un escalofrío recorrerle la columna; sus ojos se agrandaron por un momento, y en

su rostro apareció el temor. No esperaba que alguien supiera su secreto, menos aún que un extraño se presentara para decírselo tan fríamente.

—Yo… no sé de qué estás hablando, —intentó responder, aunque la vacilación en su voz la delató.

Death no se inmutó. Con un paso más, cerró la distancia entre ellos.

—Oh, lo sabes perfectamente.

—No he traicionado a Zarek. No tienes idea de lo que estás diciendo —replicó, esforzándose por mantenerse serena.

Death la observó en silencio. Su insistencia no era más que un juego vacío para él. Inclinó la cabeza y una leve sonrisa se formó en sus labios, una sonrisa que no alcanzaba a iluminar sus ojos.

—Sí lo has hecho —dijo cortante—. No intentes mentirme, Kate. Tus acciones hablan por sí solas.

Ella dejó escapar una sonrisa astuta y, con elegancia, caminó hacia la cama y se dejó caer sobre ella, recostándose con una expresión de absoluta confianza.

—Puedes decir lo que quieras, pero eso no cambia nada —Sus labios se curvaron en una sonrisa provocadora—. Zarek es mío. Y siempre lo será. Está bajo mi control, te guste o no. Puedo hacer lo que quiera con él, y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Death esbozó una sonrisa al escuchar la audacia de Kate. La desafió con ella y le quebró la confianza.

—¿Tú controlas a Zarek? —preguntó, irónico. Fingió interés mientras la miraba con los ojos entrecerrados—. ¿Estás segura de eso, Kate? Porque Zarek es un alma… complicada.

Kate soltó una risa suave. Se cruzó de brazos mientras lo miraba desde la cama, sin ceder ni un ápice de su confianza.

—Complicado para ti, quizás, —respondió con burla—. Pero para mí, Zarek es predecible. Al fin y al cabo, sé cómo manejarlo.

—Oh, ¿manejarlo? —repitió, burlón—. Me pregunto si realmente comprendes la naturaleza de alguien como él, o si solo crees que lo haces. Tal vez él no esté tan bajo tu control… como tú piensas.

Kate levantó una ceja, la provocación en su mirada era más evidente.

—Claro que lo está. —contestó tajante—. Zarek es mío, haga lo que haga, su lealtad siempre vuelve a mí.

Death soltó una risa baja, pero esta vez más fría, y se inclinó hacia ella hasta quedar a pocos centímetros de su rostro.

—No estés tan segura, Kate —murmuró—. Lo mismo podría decir yo. Si quisiera, Zarek podría estar a mi lado en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Tú? ¿Tener a Zarek? —se río con desdén—. Él jamás se rendiría a ti. No tienes ni la mitad de lo que yo le ofrezco.

Death entrecerró los ojos. Le acababa de lanzar un reto irresistible.

—Oh, subestimas mi poder, Kate. Si quisiera, Zarek podría ser mío de una manera que tú ni siquiera puedes imaginar.

Death la observó en silencio por un momento, y aunque la sonrisa permanecía en sus labios, en sus pupilas empezó a formarse una sombra oscura. Se enderezó y bajó la voz.

—Escucha bien, Kate, si le haces daño a Zarek… si siquiera piensas en traicionarlo de nuevo… te prometo que lo vas a pasar muy, muy mal.

Kate, lejos de inmutarse, lo miró con altanería. Se echó hacia atrás en la cama, cruzando las piernas con aire despreocupada y sonriendo de lado, segura de sí misma.

—¿Tú, amenazándome? —Se empezó a reír con desdén—. No olvides que yo no puedo morir. Estoy mucho más allá de eso, así que… ¿qué podrías hacerme?

—No necesitaré matarte, Kate. No es necesario para alguien como yo —replicó con calma, una que le erizó la piel a la joven—. Pero puedo hacer algo mucho peor. Si tocas a Zarek, si lo lastimas, desearás poder morir.

Kate, mantenía su actitud egocéntrica, aunque la verdad era que empezaba a darle miedo. Sabía que Death no se iba con chiquilladas. Había oído hablar de él muchas veces.

—¿Eso crees? —respondió, con una sonrisa desafiante—. Me haces reír, Death. ¿Acaso crees que puedes asustarme con palabras?

—Te aseguro que no serán solo palabras. Si le haces daño, descubrirás lo que significa estar viva y desear lo contrario. Las torturas que te esperan serán tan profundas que implorarás por una muerte que jamás llegará.

Death hizo una pausa antes de salir de la habitación, quedándose quieto, sin mirarla directamente. Giró levemente la cabeza, y con una expresión de indiferencia, lanzó una última advertencia.

—Tú no puedes morir, Kate, pero tus hermanas… ellas sí pueden. Y sé que están todas en el mismo saco, compartiendo tus ambiciones y secretos. Así que no me provoques, porque puedo alcanzarlas tan fácilmente como te he alcanzado a ti.

Kate, que había mantenido hasta ese momento la sonrisa altanera, sintió cómo esa última advertencia le borró cualquier rastro de seguridad en su expresión. Su rostro se tensó, y por un instante, la frialdad de Death hizo tambalear su fachada de confianza.

Sin decir nada más, Death salió de la habitación, dejándola sola en un silencio denso. Apenas se cerró la puerta, Kate sintió cómo la rabia empezó a burbujear en su interior, una furia que no podía controlar. Su rostro se crispó, y en un estallido de ira, empezó a descargarla sobre todo lo que tenía a su alcance.

La habitación se convirtió en un caos mientras lanzaba los muebles contra las paredes, arrancando adornos y rompiendo objetos sin piedad. La madera crujía y los vidrios estallaban. Sus manos temblaban mientras derribaba una estantería, dejando que los libros cayeran al suelo, sin detenerse a mirar el desastre que había creado.

Perdida en su frenesí, no dejaba nada intacto, como si destruirlo todo fuera la única forma de liberar el odio y la frustración que Death le había provocado.

Capítulo 54: Una nueva Evans.

Raúl se coló en la habitación de María en completo silencio. Se detuvo junto a su cama. La luz tenue que se filtraba desde la ventana creaba un ambiente tranquilo. El sueño de María parecía profundo y aunque su rostro lucía en calma, Raúl no podía ignorar el impulso que lo había llevado a velar su descanso.

Sus ojos se desviaron un momento hacia el reloj en la pared, y fue entonces cuando notó algo extraño. Las manecillas, que habían estado moviéndose con la lentitud habitual, empezaban a girar más rápido. El tiempo en aquella habitación había perdido su curso normal. En pocos segundos, las horas pasaron en una danza desquiciada, dando vueltas sin parar, arrastrando la habitación en un torbellino de horas y minutos que parecían no tener fin. Hasta que fueron días, semanas y meses en segundos.

Raúl frunció el ceño. Sintió una opresión en el pecho, no podía detenerlo. No era dueño del tiempo. Su instinto le decía que no estaba solo, que esta alteración no era un simple error del tiempo.

De repente, una voz baja y grave resonó a su lado, helando la sangre de Raúl. Érebos se materializó.

—¿Dónde tienes a mi exmujer, Raúl? —preguntó.

Raúl se tensó, sin apartar la mirada de María, aunque era plenamente consciente de la presencia de Érebos junto a él. El sonido de las manecillas girando parecía intensificar la tensión entre ambos, como si el tiempo mismo hubiera perdido el equilibrio frente a aquella confrontación.

—¿Y quién te ha dicho que yo la tengo? —preguntó.

Érebos soltó una risa de fastidio.

—Mi nieta aún no nacida me lo ha dicho, —confesó—. Y es inútil negarlo, Raúl. Así que, ¿dónde la tienes?

Raúl soltó una risa seca, sin disimular el desdén en su expresión.

—¿Tu nieta? Está completamente loca si piensa eso.

—Tengo poca paciencia, Raúl —amenazó, en tono bajo y peligroso—. Y créeme, no te conviene que yo la pierda. Dime dónde está, antes de que este juego tome un rumbo que no puedas manejar.

—Sigue amenazándome, y te aseguro que la soltaré —Dirigió la mirada hacia Érebos—. Y todos sabemos lo que pasará después. Seguro que matará a María antes de que puedas alcanzarla.

Érebos apretó los labios. Los dos hombres se observaron en un duelo silencioso, conscientes

de que el equilibrio que sostenían era frágil, y que cualquiera de ellos podría romperlo con una sola palabra o un movimiento en falso.

Érebos no esperó más. La tensión acumulada explotó en un instante, y con una velocidad brutal, se lanzó hacia Raúl, propinándole un golpe que lo estrelló contra la ventana. El impacto fue tan poderoso que el cristal detrás de ellos se hizo añicos, y ambos se vieron arrastrados hacia el exterior. La lluvia empezó a caer con fuerza, empapando sus cuerpos y el suelo sobre el que aterrizaron con violencia.

Raúl casi no tuvo tiempo de recuperarse antes de que Érebos se abalanzara de nuevo. El Dios primordial se veía consumido por una furia despiadada. Las sombras salieron a su alrededor, extendiéndose y formando látigos oscuros. Azotaba con ellos y buscaba envolver a Raúl. Érebos las controlaba con precisión. Eran rápidas, letales.

Raúl, con la mandíbula apretada, levantó las manos, concentrando su poder de manipulación del espacio y el tiempo. La imagen a su alrededor empezó a ondularse, y en un instante, desapareció y reapareció unos metros más atrás, evadiendo los ataques de las sombras con una destreza impresionante. Sin perder tiempo, lanzó una explosión de energía contra Érebos, contra unos árboles que rompió con la espalda.

Érebos gruñó. Se limpió la sangre que brotaba de un corte en su ceja. El golpe no lo detuvo. Con una mirada asesina, las sombras a su alrededor se solidificaron, envolviéndose en sus puños mientras se lanzaba nuevamente contra Raúl, arrojando golpes que reventaban el aire a su paso.

Raúl levantó una barrera mágica, pero el impacto fue tan fuerte que tembló y se desintegró en fragmentos de energía. Érebos aprovechó el momento de debilidad y, con una velocidad sobrehumana, golpeó a Raúl en el estómago. Lo hizo doblarse y escupir sangre.

Raúl, sin embargo, no se rindió. Con una mueca de dolor, extendió sus manos y, manipulando el tiempo, ralentizó el movimiento de Érebos lo suficiente para lanzar una bola de energía directamente a su rostro. El impacto fue devastador, y Érebos fue lanzado hacia atrás, estrellándose contra el suelo mientras la sangre corría por su rostro.

La lluvia continuaba cayendo, intensificando el ambiente caótico de la pelea. El agua mezclada con la sangre cubría el suelo, y cada relámpago los iluminaba, dándoles un aspecto salvaje y aterrador.

Érebos se levantó. Sus sombras formaron un escudo a su alrededor mientras avanzaba hacia Raúl, lanzando fragmentos oscuros que cortaban el aire como cuchillas. Raúl los esquivaba con destreza, saltando y usando el espacio para moverse. De repente, apareció detrás de Érebos y de un solo golpe, lo derribó de rodillas.

—No podrás vencerme, —gruñó Raúl.

Érebos dio una risa rabiosa y levantó la cabeza con una mirada que rebosaba odio.

—Aún no has visto nada, Raúl.

Con un grito, las sombras se arremolinaron y tomaron la forma de una bestia detrás de Érebos, que se lanzó hacia Raúl.

Mientras la batalla entre Érebos y Raúl se desarrollaba bajo la lluvia, el reloj en la habitación de María continuaba girando, avanzando sin control. El tiempo mismo se estaba precipitando hacia un destino inevitable. Los engranajes giraban sin piedad, marcando un paso anormalmente rápido que retumbaba en el silencio de la habitación vacía.

De repente, María abrió los ojos, despertando de su sueño en medio de una creciente sensación de angustia. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando notó algo extraño: su vientre estaba creciendo ante sus propios ojos, hinchándose. La vida dentro de ella estuviera acelerando su desarrollo. La piel de su abdomen se tensaba, cada segundo aumentaba de tamaño, y la angustia se apoderó de ella.

María jadeó. No pudo procesar lo que veía, pero antes de que pudiera moverse o reaccionar, sintió un movimiento dentro de su vientre, algo que empujaba desde el interior. Con horror, observó una pequeña mano que presionaba desde adentro, deformando la piel de su barriga como si tratara de abrirse paso hacia el exterior. La forma de unos diminutos dedos marcaba la superficie de su abdomen. Cada movimiento más nítido y desesperado que el anterior. La criatura atrapada estaba ansiosa por liberarse.

El rostro de María se congeló en una mueca de terror, y su respiración se volvió errática mientras el movimiento continuaba. Cada empuje marcaba las huellas de pies y manos sobre su piel.

Con el corazón latiendo violentamente, María intentó apartar las manos de su vientre, sintiendo que cada segundo se volvía más y más aterrador, pero de nada sirvió. La criatura seguía moviéndose en su interior, dejando su rastro en la piel estirada y dándole a la escena una oscuridad tétrica, como una pesadilla de la que no podía despertar. Más aún cuando fue su rostro el que se marcó en la barriga.

María, en medio de su pánico y el dolor creciente, se levantó torpemente de la cama. Nada más puso los pies en el suelo, sintió un líquido caliente deslizándose entre sus piernas; había roto aguas. Su piel comenzó a volverse más pálida, casi translúcida, mientras una debilidad extrema se apoderaba de su cuerpo. La criatura en su interior estaba drenando cada fragmento de su energía vital. Con las manos temblorosas, se aferró a un cuchillo, su única defensa contra aquella abominación que sentía creciendo, abriéndose paso dentro de ella.

Con dificultad, salió de la casa, con el cuchillo en la mano temblando al ritmo de su pulso desbocado. La criatura dentro de su vientre se movía con violencia, estirándose y empujando contra sus órganos. La desgarraba desde el interior. María se llevó una mano al abdomen, ahogada en un dolor insoportable, notando cómo su piel se expandía y retorcía, como si estuviera

a punto de romperse.

Cada vez más débil, empezó a toser, y un hilo de sangre escapó de sus labios. La sangre no tardó en brotar de sus fosas nasales, de sus ojos, de sus oídos, empapando su rostro mientras el dolor se intensificaba. La criatura en su interior se movía con una fuerza brutal, y la carne de su vientre se estiraba al límite, expandiéndose como si fuera a partirse en cualquier momento, con cada empuje de aquella vida oscura que parecía devorarla desde dentro.

María, en su desesperación, apretó el cuchillo con más fuerza. Sus labios temblaron en un intento de sollozo que casi no pudo contener. Se sentía prisionera de su propio cuerpo, atrapada por la criatura que estaba arrancándole la vida con cada segundo que pasaba.

***

La batalla continuaba con una intensidad desmedida. Érebos y Raúl estaban enfrascados en una lucha épica, ajenos al tormento que María estaba viviendo a poca distancia. Érebos lanzó un golpe devastador, las sombras a su alrededor se alzaron en forma de una bestia grotesca, con tentáculos oscuros y afilados que se abalanzaron sobre Raúl con una furia incontenible. La criatura de sombras rugía, su presencia aterraría al mismísimo diablo. Quería devorar todo lo que tocara.

Raúl se desvió a un lado, evadiendo los látigos de sombras que se estrellaban en el suelo con fuerza, dejando marcas en la tierra y levantando un vendaval de escombros y agua. Érebos sonrió, disfrutando de la destrucción que estaba causando. Sus ojos se habían llenado de una malevolencia intensa. Definitivamente, quería matarlo.

Raúl no iba a ceder tan fácilmente. Con un movimiento rápido, levantó un collar que llevaba consigo. Un objeto que contenía una esencia poderosa. Un alma. El cristal en el centro del collar vibraba, y dentro de él, una pequeña luz parpadeaba.

—¡¿Quieres a Juliet?! —gritó Raúl, con una sonrisa sarcástica mientras alzaba el collar hacia Érebos—. Entonces la tendrás.

Antes de que Érebos pudiera cogerla, Raúl apretó el collar con fuerza, y en un estallido de energía, el cristal se rompió en mil pedazos entre los dos. Una onda oscura se expandió desde el centro, y en medio del caos, una figura se materializó.

Juliet apareció en medio de ellos, y Érebos se quedó atónito al verla. Era una réplica exacta de María, pero en lugar de la calma y la vida, era locura pura. Sus ojos estaban abiertos de par en par, viéndose en ellos un abismo oscuro y desesperado, y su sonrisa temblaba con una demencia inhumana. Los colmillos asomaban de entre sus labios en una mueca siniestra, vibrando en cada risa entrecortada que brotaba de su garganta.

Juliet lanzó una mirada perdida. Sus ojos desorbitados se pasearon por el entorno hasta fijarse

en Érebos, quien parecía atrapado en el pesar de verla así. La misma batalla quedó en un segundo plano. Justo lo que Raúl quería, pues enfrentarse con Érebos lo veía una pérdida de tiempo.

—Juliet, —murmuró Érebos.

Juliet sonrió más ampliamente, y su risa acompañó a la tormenta. Fue hacia ellos con un caminar errático, pero de repente, se detuvo. El dolor de María se sintió en su interior. Un vínculo inquebrantable que la ataba a su doble. Sin más, giró y, con una velocidad sobrehumana, se lanzó a correr, desapareciendo en la tormenta que envolvía las calles de Dolwill dejando a Érebos solo, pues Raúl ya se había marchado.

María, entretanto, había llegado a un cobertizo oscuro y mohoso en los límites del pueblo, un lugar usado para guardar heno y herramientas, pero parecía un refugio desolado en medio del temporal. La lluvia golpeaba con fuerza en el techo de madera, y el viento hacía crujir las paredes mientras el agua comenzaba a filtrarse, creando charcos en el suelo.

Desesperada y consumida por el dolor, se arrodilló sobre el suelo embarrado, aferrándose al cuchillo, desesperada. Dirigió el filo hacia su abdomen hinchado, con la esperanza de liberarse de la criatura que la estaba destruyendo desde dentro. Pero, por más fuerza que aplicaba, la piel no se cortaba. Una fuerza oscura protegía su vientre, impidiéndole hacer cualquier daño a lo que llevaba dentro.

La impotencia la envolvió, y, en medio de su agonía, María dejó escapar un grito desgarrador que se perdió en el estruendo de la tormenta. Las lágrimas brotaron de sus ojos mientras sollozaba, su voz se ahogaba entre el sonido ensordecedor de la lluvia y el viento que azotaba las paredes del cobertizo.

Fue entonces cuando la puerta del se abrió, dejando entrar una ráfaga de viento helado. Juliet apareció en el umbral, empapada por la lluvia. La expresión de Juliet era de una demencia imposible de disimular. Los ojos sobresaliendo de sus cuencas con un brillo febril, y una mueca torcida de angustia y deseo de destrucción al mismo tiempo.

María, temblando y agotada, levantó la mirada hacia Juliet, incapaz de procesar si era una visión o una realidad más aterradora. Sin embargo, Juliet no era un simple reflejo; ella estaba ahí, unida por un vínculo oscuro y doloroso.

Juliet avanzó lentamente hacia María. La sonrisa torcida en su rostro se intensificó mientras se inclinaba sobre ella, y sin mediar palabra, le arrebató el cuchillo de las manos. Con una calma escalofriante, Juliet presionó el filo del cuchillo contra el cuello de María.

—Nunca debiste existir, —murmuró Juliet, su aliento helado se mezcló con el sonido de la tormenta que seguía azotando el cobertizo—. La única que debería haber estado en la vida de los Evans soy yo. Tú y ese… ese bebé que llevas dentro no tenéis lugar en este mundo.

María, sintió el filo del cuchillo en su piel y con el dolor desgarrador que le provocaba el bebé

en su vientre, ya no pudo contener las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Voy a poseerte, María. Te arrebataré tu existencia, tomaré tu lugar y me aseguraré de que nadie recuerde que alguna vez estuviste aquí. Seré yo quien reine en la vida de los Evans.

María, cada vez más débil y consumida por el dolor, creyó que su única salida era apelar a la única cosa que creía que podría conmover a Juliet. En medio de las lágrimas, levantó la mirada y, con una voz quebrada, susurró:

—¿Vas a cuidar a Érebos? —Esa era su última súplica.

Juliet mantuvo el cuchillo en su cuello.

—Sí, —respondió Juliet, su voz baja.

María, al escuchar esa promesa, cerró los ojos y se resignó al dolor, a la propia muerte. Sus lágrimas continuaban cayendo, y con su último aliento de esperanza, susurró:

—Prométemelo, Juliet. Cuida de él… porque lo amo mucho. Él no merece seguir solo, es su mayor miedo, yo lo sé. Por eso hice esto. Quería salvarlo de su soledad.

Juliet inclinó la cabeza para susurrarle al oído.

—Lo cuidaré, sí. Pero en el infierno. Lo mataré como él me mató a mí.

María intentó hablar, sus labios temblaron. Intentó decir algo, protestar, rogar por la vida de Érebos, pero antes de que las palabras pudieran salir, Juliet movió el cuchillo. La hoja cortó la piel de María sin piedad, y su cuello se abrió, dejando escapar una corriente de sangre.

María se llevó las manos al cuello. Sus ojos se abrieron de par en par mientras intentaba contener la sangre que brotaba sin cesar. Su respiración se volvió imposible, y su cuerpo empezó a temblar mientras la sangre se acumulaba en su garganta, ahogándola. Cada jadeo se escuchaba como un gorgoteo macabro. Juliet la observó sin remordimiento.

Cuando María se desplomó en el suelo, Juliet se arrodilló junto a ella. Cogió un cuenco y recogiendo la sangre que brotaba de la herida. Empezó a dibujar un símbolo en el suelo. El símbolo brilló débilmente en tono carmesí, reflejando la luz de la tormenta que seguía rugiendo en el exterior.

Sin apartar la vista de su obra macabra, Juliet se sentó en medio del símbolo, rodeada por el charco de sangre. Con un último suspiro, levantó el cuchillo y lo dirigió hacia su propio pecho. Se hundió la hoja y apretó hasta que el cuchillo atravesó la piel y el tejido.

La risa de Juliet, en medio de su agonía, se escuchó por el cobertizo mientras su vida se desvanecía lentamente, sellando el pacto.

En el silencio absoluto que se había sumido el cobertizo, mientras las dos mujeres yacían muertas en el suelo, ocurrió algo que helaba la sangre. El alma de Juliet, al haberse deshecho de su propio cuerpo, se arrastró con ansias hacia el cuerpo de María. Se introdujo en él, desplazando y devorando lo que quedaba de la esencia de María, tomando su lugar, reclamando aquella forma

inmortal como suya.

En ese mismo momento, algo dentro de María empezó a desgarrarse. La criatura, esa niña aún sin nombre, se movió con una fuerza que no parecía pertenecer a un recién nacido. Con un empuje que distorsionó y rasgó las entrañas de María, el bebé rompió su camino hacia el exterior. Abrió la carne con sus propias manos, sin ayuda de nadie. La piel desgarrada dio paso a una pequeña figura, una niña, con los ojos tan azules que reflejaban la tenue luz de la luna que se filtraba por las rendijas del cobertizo.

La recién nacida salió sin emitir ningún sonido, sin el llanto habitual de los recién nacidos. Sus ojos fríos y calculadores exploraron el lugar con una quietud antinatural, como si ya comprendiera el mundo a su alrededor. Con sus pequeñas manos, alcanzó el cordón umbilical, y con una destreza sorprendente, lo rompió, liberándose de su madre y de cualquier atadura física que pudiera haber tenido.

Luego, con una calma escalofriante, la pequeña empezó a arrastrarse por el suelo. Su cuerpo cubierto de sangre y restos dejó un rastro mientras se movía hacia la sombra más cercana en el cobertizo. Sabía que debía esconderse, que su presencia en aquel mundo necesitaba ser ocultada, al menos por el momento.

La luna, pálida y distante, iluminaba brevemente su figura antes de que la oscuridad la cubriera, desapareciendo en las sombras, como una criatura nocturna que había encontrado su refugio, esperando el momento de salir a reclamar su lugar en el mundo.

Capítulo 55: Azul.

El cuerpo de María se movió de manera antinatural. Pareciendo a una marioneta tirada por hilos invisibles. Los huesos crujieron mientras ella se levantaba lentamente del suelo. Su cuerpo adoptó una postura rígida, inhumana. Abrió los ojos, y su mirada era de un rojo intenso, el color de la sangre, una mirada que ya no pertenecía a María. La mujer que había sido antes estaba perdida; en su lugar, Juliet, el demonio que había reclamado su alma, miraba el mundo con una indiferencia fría y calculadora.

El cobertizo estaba bañado en sangre y restos, y el rastro de la niña que había desgarrado su camino hacia el mundo, se extendía por el suelo. La pequeña, cubierta en restos y sangre, había dejado una huella evidente en su huida hacia las sombras. Sin embargo, Juliet no le dedicó una sola mirada al rastro; el nacimiento de la bebé era irrelevante para ella, algo secundario, sin importancia en su nuevo propósito.

Entonces, escuchó una voz en la distancia. Era Érebos, llamándola desesperado. No a ella, sino a María. Su voz impregnada de angustia y desesperación era una súplica que se escuchaba más potente que la tormenta. El sonido del sufrimiento de Érebos habría desgarrado el corazón de María, pero Juliet no era María. La sombra de una sonrisa fría cruzó su rostro al escuchar los gritos de Dios primordial. Para ella, su dolor y su desesperación no significaban nada; si acaso, era un recordatorio de su victoria, de que había vencido a la mujer que él amaba y ocupado su lugar.

Con una última mirada al cobertizo, sin el menor interés en el caos que dejaba atrás, Juliet dio media vuelta y salió, ignorando la tragedia y el sufrimiento que su presencia había dejado. En su interior no quedaba espacio para compasión. Huyó de los gritos de Érebos y reclamó su nueva vida, como el demonio renacido con la mitad de Juliet y la otra de María.

***

Érebos llegó al cobertizo. Su respiración se cortó y sus ojos derramaron lágrimas cristalinas mientras observaba el desastre que tenía frente a él. La sangre cubría el suelo, una escena macabra que solo acentuaba el silencio desgarrador que lo rodeaba. Al avanzar, se percató de un cuaderno, cubierto de sangre, tirado junto a los restos de lo que había sido María. La libreta, aquella en la que ella, como periodista, había apuntado sus pensamientos y observaciones, yacía empapada y abandonada, como un testimonio trágico de lo que había ocurrido.

Érebos se arrodilló junto a la libreta y temblando por la angustia la levantó. Sus dedos, al

rozar las páginas empapadas. Sintió una oleada de emociones que amenazaban con derrumbarlo. Intentó contener las lágrimas, tragándose la amargura y el dolor que lo asfixiaban, pero fue inútil no romperse. Pues, Érebos, llevaba milenios roto, y solo faltaba una última espina para acabar añicos. Antes de que pudiera asimilarlo del todo, un sonido leve rompió el silencio.

Un pequeño sollozo, casi imperceptible, provenía de entre los montones de paja al fondo del cobertizo. Érebos se levantó, se acercó y apartó un poco de paja. Al asomarse, su mirada se encontró con ella. En medio de la oscuridad y el desorden, estaba una bebé recién nacida, mirándolo con unos ojos azules e intensos que brillaban en la penumbra. Hacía un contraste abrumador con la escena de horror que la rodeaba. Las mejillas de la niña estaban sonrojadas, y sus ojos vivarachos lo observaban con curiosidad, ajena al caos en el que había nacido. Unas hondas de cabello negro enmarcaban su rostro diminuto y hermoso, y sonrió, tan inocente en medio de la tragedia.

Érebos sintió que su corazón se detenía al verla, su mano temblorosa alcanzó a acariciar suavemente su mejilla. Aquella pequeña no lloraba; simplemente lo observaba, como si lo reconociera de alguna manera, como si supiera que él era quién la había encontrado en aquel mundo cruel. Que era su abuelo y, como buena Evans, no tenía que romperse frente a las adversidades.

Érebos, abrumado por la cantidad de emociones que lo recorrían, se quitó su chaqueta y cubrió a la pequeña bebé con cuidado, envolviéndola para protegerla del frío. Al levantarla en brazos, la niña lo miró con una ternura inesperada y, después de un instante, le volvió a sonreír. Una sonrisa pequeña pero genuina que hizo que Érebos sintiera un nudo en la garganta. La bebé se acurrucó contra su pecho, su respiración se tranquilizó, y poco a poco cerró los ojos, entregándose al sueño pues en sus brazos se sentía segura y querida.

Érebos la sostuvo con firmeza y ternura, asegurándose de que la tormenta no tocara ni un solo cabello de la pequeña mientras la llevaba bajo la lluvia. Su camino lo condujo a la casa de Damon, y, al llegar, se agachó. Colocó a la bebé en el suelo, frente a la puerta, cubriéndola una última vez con su chaqueta antes de llamar.

Sin esperar, Érebos dio un paso atrás y desapareció en la noche. Sin embargo, se escondió, hasta que supo que su hijo había abierto la puerta.

La tormenta seguía furiosa, pero justo en el umbral, a salvo de la lluvia y envuelta en la chaqueta de Érebos, Damon encontró a la bebé. Los ojos azules de la niña se alzaron para mirarlo, y Damon sintió como si un espejo reflejara sus propios ojos, ese color tan característico que lo identificaba. No había dudas de que era suya.

Damon se agachó. La pequeña lo miraba con una calma inesperada, solo le faltaba llamarlo papá. En su corazón, él supo al instante lo que significaba su presencia. No necesitaba preguntas, no buscaba respuestas; algo en lo profundo de su ser reconocía a esa pequeña como su niña.

Damon la cargó en brazos, sosteniéndola con un cuidado infinito mientras la pequeña se acomodaba contra su pecho, acurrucándose en él con la tranquilidad de quien se sabe en el lugar correcto.

—Te voy a llamar Azul —la bautizó su padre—. Porque no hay ojos más azules que los nuestros.

***

Zarek caminó ruidoso por los pasillos de palacio, irrumpiendo donde no lo querían. Ignoró a todo el mundo, solo quería llegar a la habitación de su hermano Eiden. Sin el menor cuidado, abrió la puerta y se adentró en la oscuridad de la habitación. Pero lo que encontró al otro lado lo dejó perplejo.

Eiden estaba en la cama, y junto a él, Alice, su cuñada. La mujer se giró y su expresión de sorpresa y alarma al notar la presencia de Zarek fue genuina. Eiden palideció al ver a su hermano de pie en el umbral, hasta que se dio cuenta de que era él. Sin embargo, Alice no pudo evitar sentirse incómoda al ser descubierta en los aposentos del rey.

Zarek, sin embargo, no parecía interesado en lo que acababa de ver; permanecía serio, con la mirada fija en Eiden.

—Eiden, necesito que vengas conmigo —mandó, sin intención de discutir.

Eiden, aturdido, miró a Alice, pero Zarek no le dio tiempo para pensar. Con un movimiento de la cabeza, insistió.

—Ahora.

Eiden asintió y se levantó de la cama, dejando a Alice envuelta en la incomodidad de la situación. Zarek lo guió por los pasillos hasta llegar a la sala del trono. Eiden, sin saber bien lo que estaba ocurriendo, se detuvo en el centro de la sala, observando a Zarek, expectante.

—¿A qué viene todo esto, Zarek? —preguntó Eiden.

—El anticristo… o el matadioses, como quieras llamarlo, ya ha nacido. Y es una niña.

Eiden lo miró con incredulidad.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo pudo nacer sin que ninguno de nosotros lo supiera? —Estaba tan desconcertado, que notó un dolor punzante en la sien.

Zarek dejó escapar un suspiro.

—Porque tiene poderes que desafían todo lo que conocemos —contó Zarek—. Maneja el espacio y el tiempo con una habilidad que rivaliza con la mía, incluso me atrevería a decir que la supera. Ha tomado control de los días y las noches… y ahora es ella quien dicta su flujo.

Eiden sintió un escalofrío recorrerle la espalda al escuchar aquellas palabras. La idea de que una criatura tan poderosa hubiera nacido y se hubiera hecho con el control del tiempo y del ritmo

de los días y las noches era algo que escapaba a su comprensión.

—¿Entonces estamos… indefensos ante ella? —susurró, como si no quisiera admitir que un bebé fuera capaz de tanto.

Zarek asintió lentamente, también le jodía admitirlo.

—No será fácil detenerla. Pero te he buscado porque debemos encontrar una solución antes de que ella decida que nuestra existencia ya no le sirve.

Eiden observó al suelo y apretó las manos en puño. Podía verse la culpa por todos sus poros. El hijo de la luna lo acusó con la mirada. Se cruzó de brazos, sin apartar los ojos de Eiden mientras formulaba la pregunta que no podía quedarse sin respuesta.

—¿Esta creación es obra tuya, Eiden? ¿Es esa niña el resultado de tu deseo de poder?

Eiden dejó escapar un suspiro profundo y miró hacia un punto vacío de la sala.

—Sí, —admitió—. Lo hice para… derrotarte. Creí que sería la única forma de mantener el control, de asegurarme de que tú no me despojaras de lo que es mío. —Eiden apretó los labios—. Pero jamás pensé que esa niña llegaría a tomar el control de todo. Ni de los días, ni de las noches ni de nuestras vidas, Zarek.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¡Has desatado algo que no podemos contener, algo que podría destruirnos a ambos!

Eiden asintió, ni siquiera sabía cómo reaccionar.

—No esperaba que tomara tanto poder tan rápido —confesó con voz apagada—. Pensé que sería una herramienta para mi causa, no un ser con voluntad propia… y ahora lo entiendo. Se ha convertido en algo más que mi creación; será una mujer que nos superará a ambos.

Los dos hermanos se miraron en silencio, conscientes de que el camino que Eiden había elegido los había colocado en una situación imposible.

Ahora, ellos eran los peones.

Continuará…

Sobre el autor

Jana V.Moreno es una autora nacida en Valencia (España).

Es una escritora polifacética que ama la comedia romántica y el dark romance a partes iguales. Su pluma es ligera y fácil de leer. Siempre mezcla el romance en sus tramas, aunque puedes encontrar cualquier género en su repertorio de libros. Adora los personajes de moralidad gris y romper con estigmas o tabús establecidos. Como demuestra con los *retellings de cuentos eróticos*

siendo cuentos cortos, de bolsillo, pero con alto contenido sexual.

También disfruta de un buen Thriller policiaco como demuestra con la saga *Los Marim* y la comedia romántica. Uno de sus libros de ese género llamado *¡Estás como una cabra!* fue ganador del premio Watty en el 2022 en Wattpad.

Soñadora, entusiasta y versátil, pretende seguir jugando con los géneros y las tramas románticas para que los lectores vuelvan a creer en el amor

y sientan el fuego en sus venas.

Redes sociales:

Instagram: @janav.moreno

Amazon: Jana V.Moreno

Wattpad: janaVMoreno

Facebook: Jana V.Moreno escritora

Threads: janav.moreno

Tiktok: @labelcedeloren